

Antología III

Del imperialismo a la globalización neoliberal

Marco A. González Virginia de la Torre Nicolasa López



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Ciudad de México **UAM**
Escapuzcaino

2^{a.} PARTE

DEL IMPERIALISMO A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Doctrinas Políticas y Sociales III

Segunda parte



DEL IMPERIALISMO A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Doctrinas Políticas y Sociales III

Antología
Segunda parte

Compiladores

*Marco Antonio González Gómez
Virginia de la Torre Veloz
Nicolasa López Saavedra*

2895083

División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Sociología
UAM-Azcapotzalco

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo 
Azcapotzalco

UAM-AZCAPOTZALCO

RECTOR

Mtro. Víctor Manuel Sosa Godínez

SECRETARIO

Mtro. Cristian Eduardo Leriche Guzmán

COORDINADORA GENERAL DE DESARROLLO ACADÉMICO

Mtra. María Aguirre Tamez

COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DCG Ma. Teresa Olalde Ramos

JEFA DE LA SECCIÓN DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

DCG Silvia Guzmán Bofill

ISBN: 970-654-625-1

© UAM-Azcapotzalco

Virginia de la Torre Veloz
Nicolasa López Saavedra
Marco Antonio González

Sección de producción
y distribución editoriales
Tel. 5318-9222/9223
Fax. 5318-9222

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco
Av. San Pablo 180
Col. Reynosa Tamaulipas
Delegación Azcapotzalco
C.P. 02200
México, D.F.

DEL IMPERIALISMO A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL
Doctrinas Políticas y Sociales III Segunda parte
2a. edición, aumentada y corregida, 1997
3a. reimpresión, 2004
4a. reimpresión, 2005

Impreso en México.

ÍNDICE

Segunda parte

IV. Periodo 1971-1996: Un mundo en crisis: Democracia, Socialismo y Estado Benefactor. Neoliberalismo y Conservadurismo

- 259 GÖRAN THERBORN
Los retos del Estado de bienestar: La contrarrevolución que fracasa, las causas del malestar y la economía política de las presiones del cambio
- 271 Cuestionario 11
- 273 MARCO A. GONZÁLEZ G.
Del Estado Benefactor al Estado Neoliberal
- 289 Cuestionario 12
- 291 ALEJANDRO DABAT
El derrumbe del socialismo de Estado y las perspectivas del socialismo marxista
- 308 Cuestionario 13
- 309 ENRIQUE SEMO
Umbral de una época
- 321 Cuestionario 14
- 323 KARÉN JACHATÚROV
La perestroika en el marco de la opción socialista
- 331 Cuestionario 15
- 333 RENÉ VILLARREAL
La crisis del capitalismo industrial y la contrarrevolución monetarista. El programa ideológico del neoliberalismo: de la contrarreforma económica a la contrarreforma política
- 362 Cuestionario 16
- 363 JOSÉ VALENZUELA FEIJÓ
Liberalismo económico, apariencias y realidades. Sobre el Estado y su papel económico subsidiario. La liberalización y su impacto en los agentes del crecimiento y el tipo de especialización internacional

381 Cuestionario 17

383 NORBERTO BOBBIO
El futuro de la democracia

395 Cuestionario 18

397 FERNANDO H. CARDOSO
La democracia en las sociedades contemporáneas

404 Cuestionario 19

405 LESTER THUROW
Los problemas que se agravan. ¿ Quién dominará el siglo XXI ?

431 Cuestionario 20

433 PAUL KENNEDY
Prólogo: Viejos desafíos y nuevos desafíos. El futuro del Estado-nación. Hacia el siglo XXI

447 Cuestionario 21 a

459 Cuestionario 21 b

476 Cuestionario 21 c

477 Mapas

487 Cronología

507 Videos

513 Apoyos Literarios

515 Bibliografía Básica

517 Bibliografía Comentada

521 Bibliografía General

IV. Periodo 1971-1996

**Un mundo en crisis: Democracia, Socialismo y Estado
Benefactor. Neoliberalismo y Conservadurismo**

GÖRAN THERBORN

**Los retos del Estado de bienestar: La
contrarrevolución que fracasa, las causas del
malestar y la economía política de las
presiones del cambio**

Góran Therborn

"Los retos del Estado de bienestar: la
contrarrevolución que fracasa, las causas del
malestar y la economía política de las presiones
de cambio"

en *Crisis y futuro del Estado de bienestar*, de
Rafael Muñoz de Bustillo (Comp.) Madrid,
Alianza, 1984, pp. 81-99.

GÖRAN THERBORN
Universidad de Gothenburg

La «Revolución» que fracasa

En el libro *The Triumph of Politics*, «bestseller» político de la primera mitad de 1986, David Stockman, exdirector del Presupuesto de los EE. UU., cuenta a sus lectores su sorpresa por «el hecho de que los demócratas contaran con el apoyo de tantos republicanos en su intento de mantener intacto el Estado de Bienestar (Stockman, 1986, p. 15, edición Holandesa), y concluye con tristeza señalando como «de la cabeza a los pies, el Estado de Bienestar está casi tan intacto como antes (de Reagan)» (p. 343).

La historia de Stockman es la historia de una revolución que fracasa. «La Revolución de Reagan», una expresión que para algunos puede ser confusa, considerando que el propio Reagan se había definido orgullosamente como un «contrarrevolucionario». Sea lo que sea, lo que quiere decir el autor está bastante claro: «La Revolución de Reagan, tal y como la he definido, exigía de un asalto frontal al Estado de Bienestar» (p. 16). Las memorias de Stockman están escritas por un comandante derrotado en su guerra contra el Estado de Bienestar.

Norman Fowler, el Secretario General Británico de Servicios Sociales

* Traducción de Rafael Muñoz de Bustillo.

no ha escrito todavía su autobiografía política, y no es muy probable que de hacerlo tuviera un éxito tan fulgurante en el mercado editorial como el señor Stockman. Pero si quisiera podría escribir una historia parecida. Su revisión del sistema de Servicios Sociales Británicos era muy ambiciosa en su primera época, y tuvo que conformarse con algo mucho más discreto. Su idea de eliminar las prestaciones familiares generales ni siquiera alcanzó el libro verde de junio de 1985 —no vinculante—. Su propuesta de eliminación del SERP, el sistema de pensiones estatales relacionadas con los ingresos, dirigido principalmente a mujeres y otros trabajadores con salarios bajos, sí se incluyó, pero solo para ser postpuesto en el libro blanco del gobierno de diciembre de 1985 —vinculante—, después de haber recibido el apoyo del «Monday Club» —de ideología conservadora—, el Institute of Directors y un conjunto de instituciones financieras» pero con la oposición de casi todos los demás, desde el «lobby» de la pobreza hasta las principales compañías privadas de seguros de vida y la Confederación de la Industria Británica (Financial Times, 20 de septiembre de 1985, p. 22). En enero de 1986 la Ley de Seguridad Social siguió al Libro Blanco. De acuerdo con las declaraciones del grupo parlamentario laborista ni siquiera la marginalización del SERP sobreviviría a una victoria laborista en las próximas elecciones. En marzo de 1986, el boyante mosquetero neo-liberal Sir Keith Joseph, por aquel entonces Ministro de Educación, admitió el fracaso, por lo menos a corto plazo, de otro plan para desmantelar el Estado de Bienestar: la transformación de la educación en un mercado que funcionará mediante la utilización por parte de las familias de bonos a la hora de realizar las compras. «No es muy sencillo, les aseguro» decía Sir Keith a un grupo de esperanzados miembros del partido Tory. «me habría gustado avanzar por este camino, pero para hacerlo se necesita gran cantidad de legislación compleja». (Times Educational Supplement, 7 de marzo de 1986).

Antes de la derrota de los partidarios anglosajones del desmantelamiento del Estado de Bienestar, era evidente que el *Wende* (giro) en Bonn a finales de 1982, significara lo que significara, no iba a suponer un retroceso en política social. Cualquier esperanza que tuviera en ese sentido el compañero minoritario de coalición de Bonn fue inequívocamente enterrada por el Ministro Cristiano-Demócrata de Asuntos Sociales, Norbert Blum, al afirmar a comienzos de 1985, que la línea en la que iba a desarrollar los seguros sociales «no era la de una seguridad básica (mínima) sino una seguridad solidaria basada en la justicia» (Die Zeit 23 de mayo de 1985).

Después de ser elegido, el nuevo Primer Ministro conservador francés Chirac manifestó en su declaración de gobierno «su intención feroz (tarouche) de conservar la Seguridad Social». El resultado todavía está por ver. Chirac hizo referencia a los problemas financieros de la Seguridad Social, pero también anunció un aumento de las prestaciones por familia numerosa (Le Monde 10 de abril de 1986).

Esta información política del fracaso de la revolución en contra del Estado de Bienestar también se ve confirmada por la evidencia cuantitativa. Para los siete principales países occidentales, los gastos en seguridad social con relación al PNB aumentaron de forma continuada entre 1973 y 1982, pasando del 9,9 % al 14,1 %, manteniéndose a este nivel en 1983. Para el conjunto de la OCDE el incremento del 10,2 al 14,6 parece haber experimentado un ligero retroceso en 1983, cayendo al 14,3 % (OCDE, 1985, p. 63). En Japón las transferencias sociales se han multiplicado por más de dos en la década de 1973 a 1983, pasando del 5,2 % del PNB en 1973 al 11,5 % en 1983. En Gran Bretaña, ya bajo el Gobierno de Thatcher, el gasto público creció del 42,9 % del PNB en 1979 al 48,0 % en 1984 (OCDE, 1986, p. 181). Aunque una parte considerable de este aumento se debe a prestaciones provocadas por el gran aumento de desempleo. Las transferencias directas por desempleo, sin incluir la asistencia social, explican 0,7 puntos del aumento del crecimiento de los gastos sociales entre 1979 y 1981 (calculado a partir de OCDE, 1985, p. 84). El presupuesto de Alemania Federal se ha mantenido estable, con una ligera tendencia a la baja, desde 1975. Si excluimos la compensación por el aumento de desempleo bajó del 32,4 % del PNB en 1975 al 31,1 % en 1980 y al 30,3 % en 1983 (Bundesminister für Arbeit und Sozialordnung, 1983, p. 10). En Holanda, descontando los costes por transferencias de desempleo, el gasto público en programas sociales cae en 1,4 puntos de 1982 a 1984, suponiendo en esta fecha el 26,6 % de la renta nacional neta, denominador común de las estadísticas oficiales holandesas (Central Bureau Voor de Statistiek, 1985, p. 316).

Stockman ofrece un retrato muy vivo de la evolución de los programas americanos de «lucha contra la pobreza». En 1962 su coste alcanzaba 15 millones de dólares; bajo el mandato de Kennedy y Johnson aumentó en 27 millones de dólares; con Nixon y Ford en 54 millones de dólares, después aumentó en 16 millones de dólares con Carter, alcanzando los 112 millones de dólares al tomar posesión de la presidencia Reagan. Este último frenó el ritmo de crecimiento, reduciéndolos en 5 millones de dólares, pero mantuvo el gasto de 1986 en 107 millones de dólares, más del doble que en el período Kennedy-Johnson.

Hay muchas buenas razones para defender la idea de que hay que aumentar el tamaño de los Estados de Bienestar actuales para hacer frente a importantes problemas sociales de pobreza, inseguridad y mala salud. Desde esta perspectiva las reducciones actuales de gasto pueden parecer siniestras. Pero observando la fortaleza del Estado de Bienestar en los países capitalistas avanzados, hay que concluir que por ahora las reducciones han sido bastante marginales con relación a la estructura del mismo, aunque hayan podido ser muy dolorosas para algunas personas. La frustración de los defensores del libre mercado como David Stockman o Sir Keith Joseph es bastante comprensible.

El malestar

De todas formas, hay un malestar general con respecto al Estado de Bienestar, que en ningún caso se limita al espectro político conservador. En el continente Europeo este malestar es un fenómeno particularmente importante, tanto en el ámbito político como intelectual. En un borrador reciente sobre un nuevo programa de política social, la comisión ejecutiva del Partido Social-Demócrata Alemán señala: «El cambio en la situación económica ha dejado a la política social a la defensiva» (SPD, 1986, p. 5). Un dirigente del Partido Comunista Italiano, Claudio Napoleoni, se manifestó en este sentido de forma mucho más drástica: «...como productor y oferente de servicios sociales, las instituciones públicas (l'ente pubblico) han generado deficiencias que no se pueden mantener por más tiempo» (l'Unita, 22 de junio de 1986). Entre los Verdes alemanes también predomina una opinión fuertemente crítica sobre el Estado de Bienestar existente en la actualidad. Los resultados de las elecciones sucesas de 1982 —como las noruegas de 1985— se pueden leer en clave de apoyo a cierto retroceso del Estado de Bienestar, en las elecciones de 1985 el Partido Moderado (el más conservador de los partidos políticos suecos) centró sus ataques en la política social. La organización del Estado de Bienestar succe y su cuasi-monopolio en los servicios sociales y sanitarios se cuestiona cada vez con más frecuencia, incluso en las editoriales y debates públicos del Partido Social-Demócrata en el poder. Desde finales de la década de los sesenta también se ha desarrollado una corriente crítica del Estado de Bienestar desde posiciones de izquierda (Strasser, 1979; Rosanvallon, 1981; Offe, 1984; Habermas, 1985, por citar sólo a algunos de los autores más influyentes).

Aunque muchos de los argumentos teóricos críticos no resistan el contraste empírico, sería un error rechazar por ello su importancia. La crítica y el cuestionamiento de los Estados de Bienestar actuales traspasa los círculos neoconservadores que hasta ahora habían dominado el debate en el mundo anglosajón. Los científicos sociales deberían ir más allá de las controversias políticas actuales, y no dejar sólo a los filósofos y a los teóricos no empíricos la tarea de interpretar el mundo.

Hay tres aspectos claves relacionados con el malestar con el Estado de Bienestar. El primero, especialmente importante en Alemania Federal, se centra en el final del pleno empleo, cuestiona la deseabilidad de una hipotética vuelta al mismo, basándose en los destructivos efectos que tendría el crecimiento económico necesario para mantenerlo, y apoya la separación de la Seguridad Social y el mercado de trabajo. El segundo aspecto está relacionado con el primero, y considera al desempleo como un factor importante que contribuye a un fenómeno más general de desintegración social, minando la legitimidad del Estado de Bienestar. El tercero se centra en la eficiencia del Estado de Bienestar como proveedor de bienestar.

Es importante tomar estos temas en serio, abordando su estudio desde una aproximación tanto teórica como empírica.

En términos generales, se puede decir que la investigación desde las ciencias sociales sobre el Estado de Bienestar carece de una base teórica suficientemente desarrollada. Este artículo junto con otros (Therborn, 1987) tiene como objetivo el contribuir a su relanzamiento, defendiendo que el malestar señalado con respecto al Estado de Bienestar se puede comprender mejor desde una aproximación teórica alternativa.

Diferenciando «Estado Keynesiano» y «Estado de Bienestar»

Los conceptos de Estado Keynesiano de Bienestar (Offe, 1984, cap. 8) o de «Pacto Keynesiano», en el que el Estado de Bienestar es un elemento crucial (Rosanvallon, 1981, p. 130) son teóricamente estériles e incorrectos desde un punto de vista histórico. Son incorrectos desde un punto de vista histórico porque las instituciones modernas tienen sus orígenes, y se conformaron de forma importante, antes de que se adoptaran las teorías keynesianas y las políticas macroeconómicas de control de demanda. No sólo la legislación de Bismark se anticipa al Keynesianismo, sino que también tanto la seguridad social americana de los años treinta como la importante «reforma de las pensiones» de Alemania Occidental de 1957, se aprobaron en una época en la que el presupuesto federal se regía todavía según los criterios de las unidades domésticas (Shonfield, 1965, p. 284). Beveridge, como es lógico, conocía la dependencia del sistema de seguridad social del pleno empleo, pero la Ley de Seguridad Social Británica (British National Insurance Act) de 1946 se basaba en el supuesto de una tasa de desempleo del 8,5 % (Deacon, 1981, p. 63), o sea, la misma tasa de desempleo de Alemania en 1984 y 1985 (OCDE, 1986, p. 185). Todo parece indicar que el mismo Keynes no consideró la posibilidad de que el desempleo cayera por debajo del 6 %.

El concepto de Estado Keynesiano de Bienestar es estéril y poco afortunado desde un punto de vista teórico, ya que recoge de forma conjunta la política social del Estado de Bienestar, la dirección macroeconómica keynesiana y el compromiso con el pleno empleo, tres cosas que, tanto desde un punto de vista lógico como en la práctica, están separadas.

La política social puede incluir prestaciones por desempleo en ausencia de pleno empleo, una opción claramente seguida en Bélgica inmediatamente después de la guerra, que puso en marcha subsidios de desempleo sin limitación temporal sin poner en marcha una política de empleo activa. Japón ha llevado a cabo hasta hace poco una política económica keynesiana combinada con un compromiso de las empresas privadas con el pleno empleo y con un Estado de Bienestar manifiestamente poco desarrollado. El Estado de Bienestar suizo es también bastante restringido, y su política eco-

nómica durante la crisis ha sido muy poco keynesiana, aunque los principios keynesianos de dirección de la economía se adoptaran en este país antes que en el resto del continente europeo, habiendo seguido otras vías para garantizar el pleno empleo de sus ciudadanos (Therborn, 1986, p. 101).

En vez del concepto poco preciso de «Estado Keynesiano de Bienestar» deberíamos clasificar a los Estados en función de dos aspectos o dimensiones: sus prestaciones sociales y su orientación en lo referente al mercado de trabajo y el pleno empleo. La coexistencia en la década de expansión anterior a 1974 de aumentos en las prestaciones sociales, más o menos pleno empleo y la adopción de ideas keynesianas de política económica fue una coincidencia coyuntural. Detrás de ello se esconden profundas diferencias entre los países en su concepción de la relación entre la política social pública y la economía de mercado y en sus instituciones. Con el estallido de la crisis económica estas diferencias se convirtieron en algo fundamental.

Partiendo de esta idea podemos distinguir cuatro tipos generales de estados socio-económicos.

Estados de Bienestar Intervencionistas Fuertes, que combinan una política social generalizada con un compromiso institucional con el pleno empleo. Suecia, Noruega, Austria, también podemos incluir a Finlandia, estarían entre estos países, con un gasto medio en política social (un poco por encima de la media de la OCDE) y con una política de empleo muy activa, aunque no siempre eficaz.

Estados del Bienestar Compensatorios Blandos, que tienen prestaciones sociales generosas pero fundamentalmente dirigidas a compensar la existencia de desempleo, con poca influencia en el mercado de trabajo. Por algún tiempo pueden haber seguido una orientación keynesiana basada en el control de demanda, pero después de 1973 han seguido, cada vez más, una política económica postkeynesiana. Los ejemplos típicos son Bélgica, Dinamarca y Holanda. Francia, Italia, Alemania e Irlanda también pertenecen a esta categoría, aunque con un menor nivel de generosidad en sus prestaciones.

Estados orientados al pleno empleo con escasa política de bienestar, con pocas prestaciones sociales, pero con un compromiso institucional para mantener el pleno empleo: Japón y Suiza.

Estados orientados al mercado con escasa política de bienestar, con provisión limitada de servicios sociales y poca intervención pública en lo referente al empleo: Australia, Canadá, Nueva Zelanda, EE. UU.

Para esta clasificación el volumen del gasto en política social se ha tomado de las estadísticas de la OCDE (1985b, p. 21) considerando la media de la OCDE como la línea de demarcación y la orientación con respecto al empleo del trabajo desarrollado en Therborn (1986).

Aunque la crisis económica de 1974-1985 no ha hecho que las campañas tuñeran a muerte por el Estado Keynesiano de Bienestar, si ha provocado la bifurcación del capitalismo avanzado en países que mantienen el

pleno empleo (Austria, Japón, Noruega, Suecia y Suiza) y países con alto nivel de desempleo, a todos los indicios permanente (el resto de los países, con Finlandia y Nueva Zelanda en una posición intermedia; OCDE, 1985c, p. 125). Esta división no se puede explicar por diferencias en la tasa de crecimiento —y/o en el crecimiento de la población activa— sino solamente por diferencias en las instituciones nacionales de política económica (Therborn, 1986). El fracaso de Alemania, con una economía relativamente fuerte, en mantener el pleno empleo, es sorprendente y explica en gran parte la intensidad de las críticas al Estado de Bienestar alemán. Si bien esta crítica interpreta sociológicamente de forma indehida el fracaso político y la despreocupación del gobierno de Helmut Schmidt y el Banco Federal. Su consideración como teoría de aplicación general supone la extrapolación no válida de una experiencia nacional.

El desempleo genera una presión especial sobre el Estado de Bienestar a través de dos vías distintas: aumentando sus costes y disminuyendo la base impositiva. En la medida en que algunas prestaciones sociales, como los derechos a pensiones, se basen en el historial de trabajo, la persistencia de desempleo puede reducir algunos costes financieros, aunque es probable que esta nueva situación despierte, en el largo plazo, demandas de adaptaciones institucionales. En términos generales es muy probable que el Estado de Bienestar del futuro esté sujeto a una mayor inseguridad y que el malestar con los existentes sea mayor en países con desempleo masivo permanente que en países más próximos al pleno empleo. En otras palabras, la conexión del Estado de Bienestar con el mercado de trabajo, más que su tamaño o modelo de financiación, es el factor más importante en la generación del malestar.

El debate actual en política social sobre cómo atajar el desempleo masivo se está desarrollando por dos vías opuestas. El debate europeo, centrado en Alemania Federal, gira alrededor de las distintas formas de separar los derechos sociales del historial de trabajo. Proponiendo el aumento de las prestaciones mínimas del sistema de Seguridad Social alemán, basado enormemente en prestaciones de acuerdo con el historial de trabajo, acercándolo al sistema escandinavo y haciéndolo más coherente con los principios de «ciudadanía social» en la tradición de Beveridge-Marshall. El borrador de política social del SPD (1986, p. 35) sigue esta línea. Otra aproximación defiende la existencia de una subvención universal básica para todo el mundo, independientemente de la situación y comportamiento del mercado de trabajo. Los verdes alemanes y algunos pequeños partidos de izquierda apoyan esta propuesta. Las dos líneas tienen sus variantes neoliberales-minimalistas, y socialdemócratas/verdes/izquierdistas maximalistas. Un buen repaso de este debate Europeo se puede encontrar en el número especial de la revista mensual belga *La Revue Nouvelle* (n.º 4, 1985).

La historia de los estados de bienestar demuestra que no son como velas, sino como petroleros, moviéndose a velocidad cambiante y variando

de rumbo con gran dificultad una vez en movimiento. Por tanto, debemos ser escépticos ante la probabilidad de un cambio institucional de importancia en el futuro inmediato. Probablemente el efecto más directo de este debate desarrollado en Europa sea la adaptación política e intelectual al fenómeno de desempleo masivo de larga duración. Si esto es cierto, los participantes de izquierda en el debate estarían contribuyendo a la consolidación de la división de la sociedad en aquellos con empleos permanentes y aquellos sin empleo, aunque tengan las mejores intenciones de combatir esa división.

En los Estados Unidos la discusión va más en la línea de reunificar trabajo y prestaciones sociales. El sistema americano de subsidios mínimos para madres solteras y sus hijos, en el contexto de una fuerte herencia racista, junto con el desmantelamiento de los programas de empleo público, está ayudando al mantenimiento y reproducción de una subclase social localizada en los «ghettos». Como en Europa, hay variantes de izquierda y de derecha dentro de esta tendencia de acercar política social y mercado de trabajo. En Massachusetts, un programa de Educación y Formación —de tipo sueco— ofrece a los beneficiarios de servicios sociales la opción de incorporarse al mercado de trabajo, mientras que en estados más conservadores el «workfare» se desarrolla como un instrumento de disciplina y castigo (en el «Financial Times» del 2 de julio de 1986 se puede encontrar un breve pero magnífico resumen de este tema).

El debate europeo debería prestar más atención a las experiencias y tendencias americanas. Debería tener presente, en concreto, que los beneficiarios de la existencia de unas prestaciones mínimas al margen del mercado de trabajo no sólo serían jóvenes que abandonan la universidad y amas de casa de clase media, que tienen recursos sociales fruto de su desarrollo personal con los que poder contar. ¿Qué posibilidades tendrían los descendientes de inmigrantes recientes y otros grupos marginados, poco educados, inseguros, desempleados de larga duración? Aunque todavía la pobreza puede que no sea tan extrema como en los Estados Unidos, ya existen ghettos en las grandes ciudades de prácticamente todos los países de Europa Occidental. El abandono de la política de empleo no haría sino aumentar su tamaño.

La experiencia de la crisis de 1974-1985 demuestra que el mantenimiento del pleno empleo no depende del mantenimiento de tasas elevadas de crecimiento económico. Para un grupo de 16 países de la OCDE las diferencias en la tasa de crecimiento explican tan sólo el 15 % de las diferencias en el crecimiento del desempleo entre 1973 y 1984 (Therborn, 1986, p. 44). Esto significa que la vuelta al pleno empleo no exige necesariamente de la vuelta a altas tasas de crecimiento económico. Aquí, de nuevo, es importante el peso de las instituciones desarrolladas a lo largo de la historia. En contraste con los efectos del desempleo en 1930, el desempleo masivo actual ha tenido muy poco impacto político. Desde la ciencia social se

pueden dar muy pocas esperanzas de un cambio en la política de empleo. Lo más probable es que en el futuro previsible se mantengan las presiones que el desempleo ejerce sobre aquellos Estados de Bienestar que han sido incapaces de alcanzar el pleno empleo.

Para estudiar las teorías de la crisis del Estado de Bienestar basadas en los argumentos de desintegración social e ineficacia es conveniente realizar un rodeo teórico analizando, en primer lugar, qué es el Estado de Bienestar.

El Estado de Bienestar como un Sistema Social de Reproducción Humana que provee bienes públicos y privados

Las políticas y pactos a los que hace referencia al término «Estado de Bienestar» tienen que ver con la aportación que el estado realiza a la reproducción simple y ampliada de la población nacional, manteniéndola viva, asegurando su reproducción intergeneracional e incrementando su cantidad y/o sus condiciones de vida.

La aportación del Estado a la reproducción humana se materializa en lo que en términos económicos se conoce como bienes públicos y privados. Los bienes públicos son bienes de consumo no rival o, de forma más general, bienes de cuyo consumo no se puede excluir a los que no pagan, o su exclusión es muy costosa. La no rivalidad en el consumo significa que el consumo que hace A de un bien no impide el —posible— consumo del mismo bien por parte de B. Los bienes privados, incluso si son de provisión estatal, son de consumo rival (ver Therborn, 1987).

La provisión estatal con vistas a garantizar la reproducción simple de la fuerza de trabajo, un mínimo de supervivencia y subsistencia, es un bien público en virtualmente todos los Estados desarrollados. Pero el aumento de la cantidad y calidad, y la mejora de las condiciones de vida de la población también pueden ser un bien público. La cantidad y/o calidad de la población puede ser una fuente de poder o riqueza para todos los miembros de una comunidad geográficamente delimitada. Las políticas de inmigración, de estímulo de la tasa de natalidad —o, por el contrario, de disminución—, de educación y salud pública, tienen carácter de reproducción ampliada de la fuerza de trabajo. Las condiciones sociales generales para alcanzar un nivel de vida mejor —sobre el mínimo de subsistencia— también pueden constituir un bien público provisto por los Estados de Bienestar.

Los Estados de Bienestar también ofrecen bienes privados, de cuatro tipos distintos. Unos están relacionados con las externalidades de mercado, beneficiando a un sector de la población del que otros sectores también se benefician, por ejemplo, transferencias que generan estabilidad política o regulaciones sanitarias que impiden la extensión de una enferme-

dad. Otros proveen o promueven la provisión de bienes preferentes y previenen o regulan el consumo de bienes no deseables, con relación a los cuales la elección individual del consumidor es problemática. La regulación o provisión de cuidados sanitarios es un ejemplo del primero, la regulación o prohibición del tabaco, alcohol y drogas un claro ejemplo del segundo tipo de intervención. El tercer tipo de bienes privados de provisión estatal que normalmente se incluye en los análisis del Estado de Bienestar, son los complementos salariales: pensiones especiales, seguros sanitarios, transferencias por enfermedad, pagos y servicios para veteranos y víctimas de las guerras del país. Por último, hay otro tipo de bienes privados provistos por el estado, bien como resultado de las demandas de redistribución realizadas por distintas fuerzas y coaliciones o como resultado de la propia racionalidad de los estados y/o los políticos.

La razón para realizar esta distinción de bienes ofertados por el Estado de Bienestar es que la economía política de estos bienes es distinta. En lo que se refiere a la provisión de bienes públicos y a la existencia de costes y beneficios externos, el mercado es claramente una alternativa sobóptima. Los bienes preferentes junto con los no deseables tampoco se deben dejar sólo al mercado en la medida en que suponen situaciones en las que la elección del consumidor individual es difícil —por ejemplo en lo relacionado con elecciones irreversibles bajo situación de información limitada— y su aprendizaje problemático, como en los casos de posible adicción. La provisión de los bienes preferentes tampoco se debe dejar exclusivamente al mercado.

En resumen, parte del Estado de Bienestar consiste en soluciones a problemas y fallos inherentes al mercado como mecanismo de asignación eficiente de recursos.

Sin embargo, en lo que se refiere a la provisión del resto de los bienes, la actividad estatal se puede interpretar como la manifestación de una serie de esfuerzos redistributivos. Su evaluación se tiene que realizar no en términos de eficiencia asignativa general sino en términos de legitimidad y relaciones de poder y en función de la eficiencia del instrumento utilizado, esto es, si el objetivo se consigue con el sistema existente mejor que con otras alternativas.

Los problemas económicos, políticos, sociales e ideológicos a los que se enfrentan los Estados de Bienestar son distintos en función de la combinación producida de bienes públicos y los cuatro tipos de bienes privados mencionados. Las principales teorías de la crisis del Estado de Bienestar y los ataques neoliberales al mismo, normalmente se olvidan de realizar esta distinción.

Los Estados de Bienestar como proveedores de Bienes Públicos y sus Problemas.

La reproducción simple de la fuerza de trabajo es un bien público consagrado en todas las sociedades desarrolladas. Y como tal, no está siendo atacado. Incluso un ideólogo de la extrema derecha como Milton Friedman (1962) lo acepta. Esto, de todas formas, no elimina totalmente los problemas, ya que aquí, como en todos los casos de bienes públicos, aparece la cuestión de quienes son miembros de la comunidad, de «lo público». Después de las últimas olas migratorias, este problema se ha convertido en un tema de actualidad en Europa Occidental. ¿Pertenece los inmigrantes más recientes y sus hijos a la comunidad?, y por tanto, ¿es el Estado en última instancia responsable de su reproducción o no? La existencia de mecanismos de repatriación, desarrollados principalmente en Austria, Francia, Alemania y Suiza, indican la presencia de importantes fuerzas a favor del no. En Holanda, a pesar de la existencia de graves problemas económicos, la respuesta ha sido inequívocamente afirmativa. El etnocentrismo y el racismo son dos problemas básicos en la política de bienes públicos.

Algunos bienes públicos obtienen su carácter de «públicos» en cuanto que son recursos, económicos o militares, importantes a tener en cuenta en los procesos de rivalidad internacional. La cantidad y calidad de población normalmente tiene ese significado como bien público. En este caso el cambio de los parámetros principales de los conflictos internacionales ha eliminado la importancia de este tipo de bienes. La guerra nuclear y electrónica tiende a hacer irrelevante la cantidad y calidad global de la población. A pesar del hecho de que la tasa de reproducción de la población en Europa Occidental es inferior al 1 %, hay muy poca preocupación, a diferencia de los años treinta, con la perspectiva de una disminución de la población, aunque hay cierta preocupación en Francia y Alemania. Los Estados Unidos y Gran Bretaña han abandonado el sistema de servicio militar obligatorio.

En las sociedades postindustriales de servicios también hay una menor dependencia de la preparación global de la población. El «Sector Servicios» significa, por un lado, actividades profesionales altamente cualificadas, y por otro, mano de obra poco cualificada. Estos parámetros cambiantes en las relaciones internacionales de poder afectan negativamente a las necesidades y fundamentación de la provisión de bienes públicos, como ayudas familiares y la provisión de educación y sanidad pública universal por parte del Estado de Bienestar.

Algunas condiciones sociales para la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo pueden haberse convertido en algo asumido como normal por la comunidad y como tal en bienes públicos. Se habrían convertido en derechos sociales de los ciudadanos en el sentido de T. H. Marshall (1965, p. 1V). El libre acceso a la sanidad pública en Gran Bretaña y Escandinavia

via, la seguridad social en Holanda y Noruega (ingresos asegurados), la seguridad social en Australia (Castle, 1985, pp. 82 y ss.); y una distribución igualitaria de la renta en Noruega y Suecia (Therborn, 1987) constituyen ejemplos importantes de como el mantenimiento de las condiciones necesarias para la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo puede convertirse en un bien público, según sean las distintas comunidades nacionales. En la medida en que el empleo sea elástico con respecto a la demanda, como en Noruega y Suecia durante la crisis, y en gran medida también en Japón, el pleno empleo puede ser también un bien público.

Una vez establecidas, institucionalizadas e internalizadas, las reglas comunitarias son resistentes e inertes al cambio. Sólo tienden a cambiar cuando el cambio de los parámetros hace imposible la consecución de los objetivos existentes. En otras palabras, los Estados de Bienestar que consideran la reproducción ampliada de su población como un bien público nacional son muy resistentes a los ataques y al cambio.

Pero los bienes públicos son susceptibles de generar lo que en la Teoría de la Elección Colectiva se denomina «congestión». La generalización del acceso al bien público y por tanto el aumento de beneficiarios, puede tener efectos negativos sobre la calidad del servicio, por lo menos en el servicio de los antes privilegiados. Por ejemplo, en ausencia de otros efectos, se pueden generar colas. En respuesta a esto, las empresas con grandes recursos o los individuos ricos es posible que opten por la provisión privada de servicios, que pueden estar subsidiados por el Estado mediante deducciones impositivas u otros sistemas. En este sentido las posibilidades futuras del Estado de Bienestar dependerán de su capacidad financiera y productiva para ofrecer unos servicios de mayor calidad. De otra manera existe el peligro inherente de que el Estado de Bienestar se convierta en un subóptimo. Hasta ahora este problema de «congestión» ha recibido muy poca atención en la defensa política e intelectual del Estado de Bienestar.

Que el mercado sea un mal proveedor de servicios públicos no quiere decir que los sistemas estatales existentes sean necesariamente lo más eficientes. Otros sistemas de intervención de los tres que tiene disponibles el Estado de Bienestar: dinero, regulación y servicios, pueden ser más eficientes. El endurecimiento de las condiciones económicas y el mayor tamaño de los Estados de Bienestar occidentales contemporáneos nos debería llevar a esperar una mucho mayor preocupación por la eficiencia de los Estados de Bienestar en el futuro. Parte de esta inquietud se desarrollará sin duda —y ya se está desarrollando— a partir de ideologías contrarias al Estado de Bienestar.

Pero en lo que a bienes públicos se refiere, las soluciones más racionales seguirán siendo soluciones públicas. La probabilidad de alcanzar buenas soluciones aumentará, sin duda, en la medida en que la gente activamente comprometida con el Estado de Bienestar se comprometa en la búsqueda de soluciones más eficientes.

A modo de conclusión podemos decir que los principales retos a los que se enfrenta el Estado de Bienestar, en lo que a la provisión de bienes públicos se refiere, son: la xenofobia, el cambio en los parámetros significativos de la rivalidad internacional y el problema de la congestión. Aunque en términos globales es de esperar que los Estados de Bienestar en los que la provisión de bienes públicos sea muy importante, como los Países Escandinavos y Holanda, mantengan un alto grado de estabilidad, aun en situación de tensión por la existencia de desempleo masivo estable, por ejemplo. Por otro lado, hay que esperar un mayor seguimiento de la provisión de bienes públicos por parte del Estado de Bienestar en lo que a eficiencia se refiere y, discusiones ideológicas aparte, potenciar la consideración de otras posibles vías de organización pública distintas a las existentes en la actualidad.

La Provisión Estatal de Bienes Privados: El Estado de Bienestar como escenario de conflicto social

Como oferente de bienes privados, cuyo consumo entra en competencia con el de los bienes producidos por el sector privado, el Estado de Bienestar se ve envuelto en el marasmo de la lucha redistributiva y las relaciones de poder. Un elemento básico a tener en cuenta a este respecto es que no se puede seguir considerando al Estado de Bienestar como un elemento ajeno a los conflictos distributivos. Con la silenciosa transformación del capitalismo avanzado en los años sesenta y primera mitad de los setenta —cuando las transferencias de la Seguridad Social, en el conjunto de la OCDE pasan del 6,8 del PNB en 1960 al 12,8 % en 1975, y el gasto público total del 28,9 al 38,4 % (OCDE, 1985, pp. 63-64), cuando en Europa Occidental el empleo público aumenta mientras el empleo privado disminuye desde mediados de los sesenta (Rose, 1985, pp. 60, 103, 131, 170, 207)— el Estado se convierte en uno de los principales escenarios de desarrollo de las negociaciones y la lucha distributiva. En 1980, en Europa Occidental, cerca de la mitad o más de los receptores de ingresos tenían en el Estado su principal fuente de renta, bien en forma de transferencias (principalmente pensiones) o como sueldos y salarios. —en Estados Unidos cerca del 40 %—. Los datos estimados por Rose (1985, p. 40) están sobredimensionados al suponer, de forma incorrecta, que todos los desempleados reciben subsidio de desempleo (Therborn, 1986, p. 67). Estimaciones realizadas por el autor sobre estadísticas oficiales, para el caso de Holanda, muestran cómo en 1983 el 43 % de todos los hogares holandeses tuvieron su principal fuente de ingresos en las transferencias públicas, tal que considerando las remuneraciones de los empleados públicos y cuasipúblicos alrededor del 60 % de los hogares recibían del estado su ingreso principal.

Con un 40-60 % de la población directamente afectada, la provisión de bienes privados por parte del Estado de Bienestar no se podrá eliminar por medios democráticos: más aún, considerado como un escenario donde se decide la distribución del producto, el Estado de Bienestar es inmune a argumentos de legitimidad y eficiencia. Un escenario económico no es ni legítimo ni ilegítimo, ni eficiente, ni ineficiente, simplemente está ahí, existe por sí mismo y su topología debe ser considerada por todos aquellos preocupados por los problemas de distribución. Toda la problemática de la crisis de legitimación presupone que el Estado de Bienestar es algo externo a la vida cotidiana de la mayor parte de la población, algo precario que tiene que ser mantenido por el esfuerzo solidario de la gente. Pero éste ya no es el caso. La provisión estatal de bienes privados es una manifestación de las relaciones de poder, que pueden adoptar la forma de compromisos más o menos estables. Por tanto, está sujeta a los cambios en las relaciones sociales de poder. Los Estados de Bienestar de la Europa Continental, con la excepción de Holanda y los Estados anglosajones y Japón, ligeramente por encima de los mínimos, son predominantemente proveedores de bienes privados, que cubren distintos tipos de intereses sin una sustentación en normas comunitarias generales. Por eso mismo es de esperar que éstos sean más conflictivos y menos estables que el modelo escandinavo. El futuro de estos Estados de Bienestar, y en términos más generales, el futuro de la provisión pública de bienes privados, se debe discutir en términos de relaciones de poder, analizando el debilitamiento de los intereses creados existentes y el nacimiento de nuevas formas de poder.

La crisis económica, con la reestructuración geográfica y espacial que conlleva, y el desempleo generado, ha provocado el debilitamiento y la división de la clase trabajadora. La relativa tranquilidad con la que los desempleados han asumido su destino puede deberse, en gran parte, a la existencia de subsidios públicos. Pero esta actitud de los desempleados y los pobres está probablemente indicado al estrato de los trabajadores más prósperos, de forma directa, que el empeoramiento de las condiciones sociales de parte de la clase trabajadora genera muy poco o ningún coste externo al resto de los trabajadores. Por tanto, es de esperar que los desempleados de larga duración y los grupos de trabajadores no organizados o con organizaciones débiles pierdan, tanto ahora como en el futuro más inmediato, los conflictos distributivos relacionados con el Estado de Bienestar. Concretamente esto significaría subsidios de desempleo más bajos, pensiones de invalidez inferiores, o menos accesibles en los casos en los que se han utilizado como subsidios de desempleo permanentes encubiertos y, por lo demás, una disminución relativa de las pensiones y seguros de enfermedad para los trabajadores de salarios bajos y de forma general para aquellos con una posición débil en el mercado de trabajo.

La búsqueda de una respuesta adecuada, para aquellos de nosotros que

encontramos esta perspectiva difícil de aceptar, pasa por la investigación de las posibles líneas políticas de reunificación de la clase obrera.

Parece ser que los vencedores de las transformaciones sociales de la última década han sido los directivos/ejecutivos, y quizá ciertas categorías de trabajadores especializados, en los sectores en expansión del sector privado. Estos grupos ejercerán en el futuro presiones para conseguir subsidios con vistas a acceder a una seguridad social y unos servicios más exclusivos, y un menor grado de imposición general.

Hay otras fuerzas sociales que también han visto aumentado su poder social. Una está formada por las mujeres, como resultado del aumento de su participación en la educación superior y de su mayor incorporación al mercado de trabajo. En el mercado de trabajo, la mayor parte de las mujeres pertenecen a los sectores más débiles, y por tanto son susceptibles de sufrir los efectos de la división de la clase trabajadora mencionados con anterioridad. Pero, por otro lado, la mayor tasa de participación social de las mujeres ejercerá una presión creciente sobre el principio del hombre como cabeza de familia, concepto alrededor del cual se han estructurado la mayor parte de las prestaciones sociales en la Europa continental. Las medidas antisexistas recogidas en la Tercera Directiva de la CEE, que se están poniendo en práctica en la actualidad, la mejora de los derechos a pensiones de las mujeres ancianas en Alemania Federal —las llamadas Trümmerfrauen, que levantaron el país de las ruinas tras la guerra— son un buen ejemplo de esta tendencia, aunque ninguno de los dos casos haya estado libre de críticas desde posiciones conservadoras.

Un tercer grupo de importancia creciente, aunque mucho menos significativo que los directivos del sector privado y las mujeres, es el formado por una nueva categoría de individuos marginados de la corriente principal de la sociedad. No son ni proscritos ni individuos «derrotados», sino gente que «ahonda» la sociedad y empleados en condiciones precarias con considerable formación social. Ellos, y un estrato de intelectuales y empleados del sector público relacionados culturalmente con ellos, constituyen la base social de las demandas de unos ingresos básicos o mínimos independientes del mercado de trabajo, y de apoyo estatal a las iniciativas de creación de empleo por parte de los propios desempleados.

Aunque en el futuro previsible no es fácil que se consiga la creación de un sistema universal de ingresos mínimos, es de esperar que se generen fuertes presiones en demanda de financiación municipal para servicios sociales organizados de forma cooperativa y para hacer menos restrictivas las normas existentes de acceso a los servicios sociales.

Conclusiones

Los defensores del libre mercado han fracasado y continúan fracasando en su intento de provocar un retroceso importante del Estado Bienestar. Los Estados de Bienestar existentes se han desarrollado, en parte, como respuesta a fallos y dificultades inherentes al mercado. Otras de las características del Estado de Bienestar son el resultado de las tensiones y los conflictos redistributivos, que en la actualidad afectan intereses de tal magnitud, que ninguna coalición antiestado de bienestar puede desplazar de forma democrática.

Los Estados de Bienestar actuales están siendo cuestionados, criticados no sólo desde posiciones (neo)conservadoras, sino también desde un segmento significativo de las posiciones a la izquierda del centro, en especial en el continente europeo. Este autor está en desacuerdo con los diagnósticos realizados por las dos corrientes, pero piensa que se debería aprovechar la coyuntura crítica actual para desarrollar teorías del Estado de Bienestar más amplias y con mayor capacidad analítica, con el objetivo de señalar sus principales problemas y perspectivas.

Las prestaciones sociales y las políticas e instituciones del mercado de trabajo se influyen mutuamente de forma crucial, pero distinta, de un país a otro. El «Estado Keynesiano de Bienestar» es un término que se utiliza de forma errónea, que oculta las distintas posibles combinaciones que existen en la actualidad: grandes Estados de Bienestar intervencionistas o compensatorios, pequeños Estados de Bienestar orientados al pleno empleo, y Estados del Bienestar orientados hacia el mercado.

La distinción teórica entre bienes privados y públicos, caracterizados por ser de consumo rival y no rival, respectivamente, nos ofrece una potente herramienta de análisis para comprender los diferentes problemas y retos a los que se enfrentan los distintos tipos de Estados de Bienestar, con combinaciones diferentes de bienes y servicios sociales.

En lo referente a la provisión de bienes públicos, el Estado de Bienestar se enfrenta con problemas de racismo/xenofobia o de delimitación de los límites de la comunidad, con cambios en los parámetros de la competencia internacional, con problemas de congestión, con demandas de mejoras exclusivas para algunos grupos sociales, y con problemas de eficiencia en relación con otros posibles sistemas públicos. De todas formas, en términos generales se puede esperar que los Estados de Bienestar universales basados en gran medida en la provisión de bienes públicos sean más estables que aquellos centrados en la provisión de bienes privados a distintos grupos de interés.

La relativa inestabilidad de estos últimos, sin embargo, no afectará a su existencia ni a su tamaño. En el capitalismo avanzado actual, el Estado de Bienestar se ha convertido en un escenario importante de esfuerzos y conflictos distributivos, escenario en el que alrededor de la mitad de la po-

blación obtiene sus ingresos principales. En relación con esto, los problemas de legitimidad y eficiencia son irrelevantes. Lo que importa son las relaciones de poder y las estrategias de lucha. Los últimos desarrollos socioeconómicos han alterado las relaciones de poder en las sociedades capitalistas avanzadas, y algunas de las fuerzas que cabría esperar se opusieran a un cambio en la provisión estatal de bienes privados se han visto marginadas.

El malestar existente con los Estados de Bienestar actuales entre algunos componentes de la izquierda europea se debe interpretar como la manifestación de su oposición a estas relaciones de poder, cristalizadas en el tipo de bienes privados que ofrecen los estados europeos continentales.

En los países anglosajones este tipo de crítica desde la izquierda está mucho menos extendida. En parte porque las relaciones de poder están tan próximas a la derecha que la izquierda no se puede permitir criticar el Estado de Bienestar que queda. Pero también tiene que ver con el hecho de que el relativamente poco desarrollado Estado de Bienestar de estos países está orientado, en gran parte, hacia actividades de reproducción simple, hacia la prevención de la pobreza. Esta actividad constituye un bien público que hay que defender, el conflicto con la derecha se limita en este caso a la determinación de la extensión del problema, reconocido como tal por los dos lados, a los límites étnicos efectivos de la comunidad —racista o no— y a la eficiencia de los mecanismos existentes. Los tipos de bienes provistos por el Estado de Bienestar y las relaciones sociales de la comunidad, junto con las relaciones de poder que están detrás, tienden a estructurar el debate sobre el Estado de Bienestar realizado por autores de distintas tendencias.

En el cuestionamiento de los Estados de Bienestar actuales realizado desde posiciones de izquierda hay, de forma implícita, un tema más amplio que merece ser discutido explícitamente. Se refiere a lo que podemos denominar la cultura del bienestar, esto es, el conjunto de significados y normas de comportamiento recogidas en el Estado de Bienestar. Para acabar este trabajo realizaremos un pequeño comentario sobre esta cultura, con el propósito de sacar a la luz algunos retos a los que se enfrentarán los Estados del Bienestar actuales en el largo plazo.

El Contexto Cultural, Histórico y Futuro del Estado de Bienestar

Entre todas las innumerables aproximaciones al Estado de Bienestar utilizadas hasta ahora, no hay, por lo menos entre las que conozco, ninguna realizada desde la óptica de la historia cultural. Pero sin embargo parece que el desarrollo de los sistemas estatales de bienestar fue parte de cuatro grandes procesos históricos.

El primero, y el más importante, fue el nacimiento del capitalismo lo

ustrial. La legislación sobre fábricas (Arbeiterschutz, protección de los trabajadores en las lenguas germánicas), higiene pública en las ciudades industriales, y seguros sociales para los trabajadores, en primer lugar contra los accidentes de trabajo (Albert, 1982, p. 49). El Estado de Bienestar es parte de una cultura industrial de fábricas, movimientos de clase obrera, producción a gran escala de bienes homogéneos y planificación social y económica. Los dos primeros explican su ímpetu, los dos últimos su perspectiva de futuro.

La construcción de los estados nacionales, la creación de estados nacionales organizados de forma burocrática, fue otro de los principales procesos relacionados con el naciente Estado de Bienestar. Se desarrollan sistemas de pensiones para asegurar una organización estatal efectiva, liberada de la semilitud y la venalidad. El sistema de educación estatal aseguraba la formación de ciudadanos integrados en el nuevo estado nacional. Las políticas sociales y sanitarias se desarrollaron para incrementar y asegurar la calidad de los reclutas de los ejércitos estatales y, al igual que el Informe Beveridge y la Carta del Atlántico, para animar a los soldados a seguir adelante; y las políticas familiares y demográficas con el objetivo de aumentar su cantidad en el futuro.

En tercer lugar, el nacimiento del Estado de Bienestar es parte de un proceso de secularización. La asistencia y cuidados sociales estatales sustituyeron a la caridad de la iglesia y a sus servicios, la educación pública despojó a la iglesia de su autoridad sobre el mundo.

Por último, los Estados de Bienestar se desarrollaron como parte de un proceso de democratización, de triunfo de los derechos cívicos y de las prescripciones sociales legales, sustituyendo a la obligación de servilismo, humildad y agradecimiento por las limosnas conseguidas. La última fase de este proceso fue la provisión de cuidados para los niños pequeños y los ancianos, que permite a las mujeres tener acceso a sus derechos sociales cívicos de forma total, incluyendo el derecho a participar en el mercado de trabajo y en la vida pública.

El desarrollo económico y la organización estatal está experimentando en la actualidad un nuevo giro. Está emergiendo la silueta de una sociedad postindustrial. Desde mediados de la década de los setenta, en la OCDE (OCDE, 1985, p. 36) la participación del empleo industrial en el empleo total ha experimentado una disminución histórica, justamente coincidiendo con el fin del período de mayor expansión de la historia del Estado de Bienestar. Estado y nación están empezando a desconectarse de nuevo, con nuevas diferencias étnicas y menor dependencia de los dirigentes del estado y las élites económicas de los recursos y posibilidades de la nación. Nuevas formas de organización formal están erosionando la clásica forma de organización del estado moderno, la burocracia Weberiana.

Gran parte de las dudas actuales sobre la forma de los Estados de Bienestar existentes están relacionadas con estos cambios seculares en la or-

ganización política y económica. El adaptarse a estos cambios constituye el mayor reto a largo plazo al que se enfrentan los Estados de Bienestar que conocemos en la actualidad.

BIBLIOGRAFIA

- AIERER, J. (1982): *Vom Armenhaus zum Wohlfahrtsstaat*. Campus Frankfurt.
- BUNDESMINISTER FÜR ARBEIT UND SOZIALORDNUNG (1983): *Sozialbericht 1983 / Materialband zum Sozialbudget*. Bonn.
- CASTLES, F. (1985): *The Working Class and Welfare*. Allen & Unwin, Wellington.
- CENTRAAL BUREAU VOOR DE STATISTIEK (1985): *Statistische Zakboek 1985*. 's-Gravenhage.
- DEACON, A. (1981): «Unemployment and Politics in Britain since 1945», B. Showler and A. Sinfield (Eds.), *The Workless State*. Martin Robertson, Oxford.
- FRIEDMAN, M. (1962): *Capitalism and Freedom*. Univ. of Chicago Press, Chicago.
- HABERMAS, J. (1985): «Die Krise des Wohlfahrtsstaates und die Erschöpfung utopischer Energien», ídem, *Die Neue Unübersichtlichkeit*. Suhrkamp, Frankfurt.
- MARSHALL, T. H. (1965): *Class, Citizenship and Social Development*. Anchor Books, Garden City, N.Y.
- OCDE (1985a): *Historical Statistics 1960-1983*. Paris.
- OCDE (1985b): *Social Expenditure 1960-1990*. Paris.
- OCDE (1986a): *Employment Outlook*. Paris.
- OCDE (1986b): *Economic Outlook* n.º 39. Paris.
- OFFE, C. (1984): *Contradictions of the Welfare State*. Hutchinson, London.
- OPIELKA, M. (Ed.) (1983): *Die Zukunft des Sozialstaates*, 2nd ed. Die Grünen, Stuttgart.
- ROSANVALLON, P. (1981): *La Crise de l'Etat-Providence*. Seuil, Paris.
- SHOWFIELD, A. (1965): *Modern Capitalism*. Oxford University Press, Oxford.
- SPD (1986): *Die Zukunft sozial gestalten*. Bonn.
- STOCKMAN, D. (1986): *Der prijs van de polineek*. Spectrum, Utrecht.
- STRASSER, J. (1979): *Grenzen des Sozialstaats?* Europäische Verlagsanstalt, Köln.
- THIERBORN, G. (1986): *Why Some People Are More Unemployed Than Others*. Verso, London.
- THIERBORN, G. (1987): «Welfare States and Capitalist Markets» *Acta Sociológica*, fall.

Cuestionario 11

- 1.- ¿Cuál es la clasificación de los estados hecha por Therborn y qué criterios utiliza para hacerla?
- 2.- ¿Cuáles son las vías a través de las cuales se trata de detener el desempleo masivo?
- 3.- Señale y explique cuáles fueron los grandes procesos históricos que dieron origen a los sistemas estatales de bienestar social.
- 4.- ¿Cuáles son los elementos que configuran el malestar respecto al Estado de bienestar?
- 5.- ¿Cuáles han sido los resultados de los intentos de dismantelar el Estado de bienestar?

**MARCO ANTONIO
GONZÁLEZ GÓMEZ**

Del Estado Benefactor al Estado Neoliberal

Marco A. González Gómez
"Del Estado Benefactor al Estado Neoliberal"
en *Ciencia ergo sum*, vol. 1, UAEM, 1994, pp. 26-
32.

ESTADO LIBERAL Y ESTADO BENEFADOR

Los orígenes de la forma de organización estatal que se llegó a denominar como Estado benefactor, observó diversos condicionamientos históricos: el afianzamiento de los Estados-naciones a fines del siglo XIX y principios del XX; la 'nacionalización' del capitalismo provocado por la primera guerra mundial, que mostraba las capacidades potenciales de los Estados como reguladores de las relaciones económicas y políticas al interior de sus sociedades y con respecto al sistema mundial; la experiencia rusa que aunque diferente a las situaciones existentes en los demás países occidentales, no dejaba de ser una muestra de un control total sobre los medios de producción y por ende, de la vida económica global de la sociedad.

Ciertamente estos factores no son los únicos que coadyuvaron para la instauración del nuevo accionar del Estado, sin embargo, esos elementos fueron esenciales para delinear y plantear ciertos rasgos que pasarían a ser características centrales en la nueva relación entre Estado y sociedad.

El Estado Benefactor constituyó por un lado, la respuesta que las democracias occidentales ofrecieron a los enormes desajustes en la economía capitalista provocados por la crisis de 1929, así como a las tendencias políticas que habían encarnado en la instauración de regímenes totalitarios, ya fueran de derecha como el

fascismo y el nazismo, o de izquierda, como en el caso de la Rusia socialista.

El Estado benefactor o de bienestar (*Welfare State*) implicaba un cambio fundamental en las relaciones entre Estado, sociedad y economía. La teoría liberal tradicional concibe al Estado como un conjunto de instituciones organizadas racionalmente, cuyos objetivos, valores y funciones eran garantizar la libertad, la convivencia pacífica, la seguridad y la propiedad, pero sin intervenir en la esfera económica. Es decir, el orden político liberal no sólo hacía una distinción tajante entre Estado y sociedad, sino que incluso los concebía como dos sistemas con un alto grado de autonomía.

Como lo ha planteado Picó: "En principio el Estado es visto como un instrumento pasivo cuya función consiste solamente en facilitar las reglas y el marco en el que operan las fuerzas sociales, sin tomar ningún protagonismo en el cambio social, y a lo sumo responde a los problemas que genera la economía de mercado" (Picó, 1987: 4). Bajo tales supuestos, el Estado no debía tratar de modificar el orden social natural, sino habría de limitarse a asegurar las condiciones mínimas para el funcionamiento espontáneo, y cuando mucho, a intervenir transitoriamente para eliminar algún bloqueo en la dinámica del orden autorregulado de la economía.

Estas concepciones que habían prevalecido desde la época de la Revolución Industrial y de Adam Smith, empezaron a mostrar debilidades e ineficiencias en un mundo que había cambiado sustancialmente desde entonces. La modernización, la industrialización y un sistema mundial crecientemente complejo reclamaba ajustes en el funcionamiento del sistema capitalista que la autorregulación no era capaz de proporcionar.

En la etapa de desarrollo capitalista de las décadas de los treinta y cuarenta, el Estado no podía limitarse a asegurar las condiciones del orden social prevaleciente, ni a vigilar simplemente los disturbios que se presentaban en el mecanismo económico. Lo que la realidad histórica reclamaba en ese momento era el compromiso de un Estado que se propusiera de una manera racional, la instrumentación de una serie de reformas económicas y sociales que cristalizaran en un nuevo pacto social que legitimara políticamente el orden capitalista de la posguerra, y que lo afianzara económicamente.

Por supuesto, esto implicaba que los valores ideológicos mantenidos por el liberalismo clásico no desaparecerían, sino que se mantendrían y reforzarían adquiriendo un contenido nuevo. Se seguiría luchando por la libertad, la democracia, y por todo aquello que ya figuraba tradicionalmente en el espectro ideológico del capitalismo, pero lo importante era que esas transforma-

ciones se debían alcanzar sin cambiar fundamentalmente ni la economía de mercado ni la estructura social de clase.

Se requería por tanto, un Estado que, tuviera la disposición, responsabilidad, atribución y competencia para emprender la estructuración del orden social (García-Pelayo, 1989: 23), garantizando al mismo tiempo el sistema de intereses de la sociedad a la que representaba.

Sin embargo, la adaptación del Estado liberal burgués a las nuevas condiciones impuestas por la crisis y por la guerra, transformó de manera radical el papel desempeñado por el Estado, y condujo a una situación en la que el poder público ganaría una enorme ascendencia respecto al poder del sector privado.

EL ESTADO BENEFACTOR

Uno de los elementos que vino a plantear como necesaria la regulación de la economía por parte del Estado, fue la crisis económica mundial que se inició con el 'crac' de la bolsa de valores de Nueva York en 1929, y que duró con intensidad variable aproximadamente diez años. (Galbraith, 1976:231) La crisis se extendió rápidamente a otros países, y en 1931 el banco más importante de Viena quebró, lo que precipitó la crisis financiera en Europa, entre 1929 y 1932 el comercio

mundial se redujo a una tercera parte y los desempleados aumentaban alarmantemente, en 1932 había 15 millones de desempleados en EU y 6 millones en Alemania. (Thomson, 1992: 132-134)

El enorme desequilibrio que produjo la llamada Gran Depresión, mostró de manera evidente que las teorías clásicas del equilibrio natural y el sistema de libre mercado como mecanismos de ajuste automático para la economía capitalista eran altamente deficientes. A partir de entonces, las políticas económicas inspiradas en las teorías keynesianas trajeron una redefinición radical entre Estado y economía. En este sentido, el punto principal del keynesianismo consistía en las recomendaciones de una mayor participación e intervención del Estado en la economía de mercado, con el fin de disminuir el desempleo y aumentar la producción.

Pero por otro lado, el Estado benefactor se constituyó como una fórmula de seguridad social y de redistribución de la renta, en aras de de la integración de los sectores más desprotegidos de la sociedad. Esta vertiente social, fundamental en la constitución del Estado benefactor tuvo su origen a partir del reporte Beveridge (Thomson, 1987: 191) elaborado en Inglaterra, el cual tuvo enorme eco en los gobiernos de la posguerra.

En Francia se presentó una situación similar con el "Estatuto de Resistencia", y en general los países participantes en la Naciones Unidas aceptaron, en diversos grados de intensidad y de acuerdo a sus condiciones propias, los ideales del bienestar social y de la seguridad para todos los hombres.

La estrategia del Estado benefactor observaba por tanto, dos vertientes. La primera, básicamente económica, era la aplicación de las recomendaciones keynesianas, las que trataban de introducir medidas de planificación económica dentro de los límites del sistema capitalista, y la segunda se orientaba a implementar políticas de protección social a los sectores menos favorecidos. En pocas palabras, el Estado benefactor observa tres características fundamentales: la lucha contra el desempleo; la provisión universal pública de determinados servicios sociales y la garantía de un nivel de vida mínimo para todos los ciudadanos. (Picó, 1987: 13)

ESTADO BENEFADOR Y ECONOMÍA

En el aspecto económico, la influencia fundamental seguida por el Estado benefactor fue la teoría keynesiana. Para esta es el Estado el que puede lograr una estabilidad en la economía ya que merced a la capacidad de intervención estatal en ese campo, se podían rene-

rar las fuerzas del crecimiento económico, evitando por tanto, la caída en crisis cada vez más profundas.

Las concepciones keynesianas dejaron una profunda huella en el pensamiento económico y fue la tendencia predominante durante cuatro décadas, los países europeos más adelantados como Francia, Inglaterra y Alemania, así como los EU aplicaron las teorías keynesianas y dieron un impulso decisivo al Estado benefactor.

Es importante señalar que el contexto para el desarrollo del Estado benefactor fue altamente positivo, pues el periodo posterior a la guerra observó una renovación tecnológica sin precedentes en la historia de la humanidad, la reconstrucción de los países afectados por la guerra impulsó el desarrollo capitalista y el liderazgo de la economía norteamericana generaron un aliento al desarrollo económico en el cual las crisis desaparecieron prácticamente del sistema mundial capitalista prácticamente por más de veinte años. Incluso se llegó a plantear que la economía capitalista había entrado a partir de los años cuarenta, en un ciclo económico de larga duración de crecimiento acelerado que se extendería hasta mediados de los años sesentas, (Mandel, 1969: 12) y a la prosperidad alcanzada en el apogeo del 'neocapitalismo' se le atribuía un ritmo desconocido aún respecto al periodo anterior a la Primera Guerra Mundial.

En gran medida, el auge del capitalismo de la posguerra se debió precisamente a la intervención desplegada por el Estado benefactor en la economía. El Estado de bienestar observó dos modalidades centrales de intervencionismo. Por un lado, el Estado se encargaría de la 'administración de la demanda efectiva' ya fuera a través de la vía fiscal o de la monetaria o de las dos. A este respecto se ha planteado lo siguiente: "A través de la política fiscal el Estado puede reducir los impuestos al ingreso personal, lo que a su vez estimula el consumo, que es un componente importante de la demanda efectiva. El otro camino más directo es que el propio Estado aumente su gasto público." (Villarreal, 1984:61)

Fue precisamente esta vía, la del aumento del gasto público, la que se desarrolló más vigorosamente durante la época del Estado benefactor. Muchos de los programas de bienestar del Estado formaron y forman aún, parte precisamente del presupuesto del gasto público, y se financian apropiándose fondos de impuestos recibidos por el gobierno que son después canalizados a los administradores de los programas de bienestar. El gasto público cubrió una amplia gama de apoyos del Estado hacia la sociedad civil, creación de empleos, fondos para vivienda, asistencia médica, educación, subsidios a diversos sectores y otros. Es importante hacer notar que una vez que se rompió con el tabú del presupuesto

balanceado del gobierno, este buscó sus metas a través incluso de la impresión de dinero nuevo para lograr los objetivos de mayor producción y empleo, así como de oferta de niveles mínimos de bienestar para la población.

En una etapa posterior, el aumento del gasto público se vería como un exceso cometido por el Estado benefactor y como una de las causas relevantes de la crisis que llevaría consecuentemente a la adopción de políticas que contrarrestaran las tendencias del gasto público del Estado benefactor.

La otra forma de intervencionismo estatal fue la transformación del Estado en un Estado empresario, con la consiguiente creación de un sector de la economía bajo control directo de la autoridad estatal, la participación del Estado en otras empresas como socio de la iniciativa privada, y en suma, la creación de una nueva modalidad de economías que se conocieron como las economías mixtas.

Tanto en países desarrollados como subdesarrollados, el Estado desplegó una intensa actividad empresarial, participando directamente en la producción y con una participación activa en los procesos de reproducción y acumulación de capital.

La economía mixta fue un signo distintivo del Estado benefactor en los países desarrollados. Como se ha

afirmado: "En Inglaterra, Francia, Alemania Occidental e Italia, por mencionar unos cuantos, el gasto público, es cercano al 40% del PIB y además el Estado participa activamente en las empresas europeas más grandes". (Villarreal, 1984:297)

Por su parte, en los países periféricos, aunque la intervención estatal tuvo características diferentes a la de los países centrales, se dio también una intensa participación estatal en la conducción sobre todo de los procesos de industrialización, como fue el caso de América Latina. La experiencia mexicana muestra cómo desde el cardenismo se configura un Estado promotor del desarrollo (Córdova, 1974:190) que se distingue tanto por la creación de infraestructura, como por su participación activa en la creación de un poderoso sector paraestatal. Movimientos similares al representado por el cardenismo en México se observaron en Brasil y Argentina con el peronismo y el varguismo, en los que "El Estado... Especialmente a partir de la década de 40 pasó a ser también un agente de transformación directo del proceso económico", (Altman, 1983:67) con una amplia participación empresarial.

ESTADO BENEFADOR Y POLÍTICA

Ciertos autores han enfatizado el aspecto político del Estado benefactor, desarrollando la idea de que este tipo de Estado sirvió como moderador de los conflictos de clase, proporcionando una solución política a las desigualdades prevalecientes en el sistema capitalista.

En este sentido Offe plantea lo siguiente: "Esta fórmula de paz consiste básicamente, en primer lugar en la obligación explícita que asume el aparato estatal de suministrar asistencia y apoyo (en dinero o en especie) a los ciudadanos que sufren necesidades y riesgos específicos de características de la sociedad mercantil. En segundo lugar, el Estado de bienestar se basa en el reconocimiento del papel formal de los sindicatos tanto en la negociación colectiva como en la formación de los planes públicos." (Offe, 1991:135)

En efecto, la modernización de la sociedad y el influjo que sobre esta ejerció la industrialización, dio origen al surgimiento de grupos y movimientos sociales que reclamaban derechos, libertades y reivindicaciones, estos grupos presionaban al sistema político en busca de satisfacción a sus demandas y el sistema político respondió con políticas de bienestar social.

Esto era más acuciante considerando por un lado, las expresiones políticas autoritarias representadas

por el fascismo y el nazismo, los cuales habían aprovechado el descontento popular de la posguerra para presentarse como una opción política para el remedio del desempleo y demás problemas sociales.

Pero más importante era el combate a los gobiernos y partidos socialistas en los propios países de capitalismo avanzado, los que, después de la Segunda Guerra Mundial se habían prestigiado y fortalecido. A pesar de las controversias ideológicas en las que se veió involucrado, el Estado de bienestar logró su propósito de estabilización sociopolítica. Hasta principios de los setenta existía un consenso adecuado sobre su viabilidad política, y el "Estado de Bienestar parecía ofrecer una atractiva y efectiva <vía intermedia> entre el capitalismo liberal y el socialismo burocrático de Estado". (Misra, 1989:57)

De cualquier manera, existía una tendencia en los gastos sociales de producción a elevarse cada vez más, y el Estado se veía como la única institución capaz de manejar el problema de la socialización de los gastos sociales.

O'Connor ha planteado que: "El capitalismo de bienestar falló porque ninguna corporación o industria pudo planear o financiar efectivamente un sistema diseñado para mantener la armonía en los órdenes político y

social" (O'Connor, 1973:170), de ahí que fuera el Estado, vía socialización de estos gastos, el encargado de proporcionar la solución al problema, y al mismo tiempo controlaba políticamente a la población sobrante a través del sistema de bienestar.

Aunque la igualdad general preconizada por la democracia no se pudiera alcanzar, el Estado trataría de paliar las desigualdades producidas por el mercado, y la autonomía de la esfera de lo económico respecto a lo político, asistiéndose así a una repolitización de la economía. Ciertamente la igualdad general de todos modos no se logró, pero se establecieron mecanismos de ayuda a los sectores más necesitados de la población sin olvidar que junto con el control político, la demanda y el mercado interno se expandían también.

EL ASCENSO DEL ESTADO NEOLIBERAL

La crisis que se desencadenó en los países capitalistas en la década de los setentas planteó la necesidad de una reestructuración del capitalismo a nivel mundial. Esta crisis, se caracterizaba por la presencia de inflación, recesión, desempleo y grandes déficits presupuestarios, y exigía una estrategia que cambiara las bases de la política económica de la posguerra, la cual evidentemente, ya no funcionaba adecuadamente en el nuevo contexto.

El análisis marxista era correcto en lo esencial, el gasto público tendía a exceder a los ingresos, la ganancia descendía por las demandas salariales en un contexto de pleno empleo, los sindicatos eran fuertes y demandaban prestaciones sociales etc., mas las tendencias socialistas no habían logrado establecer una alternativa política viable que permitiera el tránsito a una configuración sociopolítica diferente y atractiva.

Como Mishra ha planteado, (Mishra, 1989:59) el Eurocomunismo fracasó en proponer una respuesta teórica y política coherente frente al capitalismo de bienestar, y no aportó nada nuevo, la izquierda marxista era muy asimilable a las versiones social-demócratas y además el público no estaba muy ansioso por apoyar los programas socialistas.

Por su parte, la corriente de pensamiento neoliberal le atribuía al Estado un papel altamente importante en las causas de la crisis, ya que, por un lado, este había absorbido importantes sumas financieras que de otra manera se podrían haber canalizado a la acumulación de capital, y por otro, el gasto público con su déficit acompañante, se consideraban como la causa principal de la inflación. (Cordera y Tello, 1981:79-80)

Desde la perspectiva neoliberal, se planteó que la inflación y los déficits gubernamentales podrían reducir-

se, si se limitaba el gasto público y el papel intervencionista desplegado por el Estado desde la Gran Depresión.

En este sentido, Milton y Rose Friedman planteaban que: "Aunque los Estados Unidos no han adoptado una planificación económica central, hemos ido muy lejos en los últimos cincuenta años en la expansión del papel del gobierno en la economía. Esta intervención ha sido costosa en términos económicos. Las limitaciones impuestas sobre nuestra libertad económica amenazan con llevar a su fin dos siglos de progreso económico. La intervención ha sido también costosa en términos políticos. Ha limitado grandemente nuestra libertad humana." (Friedman, 1980:64)

El neoliberalismo promovido teóricamente por intelectuales como Milton Friedman y la escuela monetarista de Chicago, ha encontrado eco para sus teorías en los organismos financieros internacionales como el FMI y el Banco Mundial, organismos que proponen entre otros puntos, la disminución de la intervención estatal en la economía y la cesión de la actividad económica paraestatal a los 'creadores originales del bienestar económico', es decir, a los empresarios privados, tanto en términos de una regulación gubernamental disminuida como a través de la venta de las empresas estatales al sector privado, es decir, reprivatizando las economías nacionales.

Es por esto que Herbert Stein, haciendo referencia a la administración Reagan expresaba que: "Las ideas que confluyeron en la economía conservadora eran negativas. Eran un llamado hacia menos gasto público, menos impuestos, menos déficit, menos expansión monetaria, menos regulación gubernamental". (Stein,1985:15)

El neoliberalismo es por tanto, una tendencia de política económica la que centrado su ataque sobre el Estado benefactor propone los siguientes puntos:

- ✦ La vuelta al *laissez-faire* o libre comercio.
- ✦ El libre comercio internacional.
- ✦ La eliminación del Estado como agente económico.

Como Villarreal ha señalado, (Villarreal,1984: 210-211) se puede observar la similitud, casi identidad con las políticas del FMI que incluyen:

- ✦ Políticas de contracción de la demanda agregada, reduciendo principalmente el gasto del Estado.
- ✦ Políticas de liberalización de mercados, que incluyen a las tasas de interés, al mercado cambiario, al mercado de precios internos eliminando subsidios y precios tope pero controlando salarios, y

- ✦ Políticas de liberalización del comercio exterior, eliminando los obstáculos arancelarios y no arancelarios a las importaciones.

A la preponderancia que tuvo el Estado bajo la época keynesiana, se trata de establecer su fase contraria: disminuir a la mínima expresión su intervención en la economía, es decir, regresar al espíritu del Estado liberal clásico.

LA LIBERALIZACIÓN COMERCIAL

La disminución de las atribuciones estatales en materia económica han ido acompañadas de intensos esfuerzos por liberalizar las relaciones comerciales internacionales.

De hecho en distintos continentes se han hecho progresos concretos significativos en esa dirección, tenemos por ejemplo el gran avance observado por los países miembros de la Comunidad Económica Europea. Igualmente en el continente americano encontramos la reciente aprobación y puesta en marcha del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, y la creación del Mercosur.

Es importante señalar que la práctica del liberalismo comercial ha pasado también por un proceso que ha

registrado avances pero también ha enfrentado obstáculos. El Gatt por ejemplo, ha ampliado su radio de acción, de 22 miembros con que contaba originalmente, tenía en 1986, 90 miembros y 30 más que aplicaban sus reglamentos de facto, (Aho y Aronson, 1986:8), e incluso Rusia pidió recientemente su incorporación formal a este organismo.(1)

Pero también hemos de recordar que la Ronda Uruguay del Gatt se encontró empantanada por varios años, y el peligro de que una guerra comercial se desatara fue constantemente planteado.

El entonces presidente del Banco Mundial, Barber Conable y el director del FMI, Michael Camdessus, hablando a los delegados de la Ronda Uruguay del Gatt en diciembre de 1988, (2) coincidieron en señalar que las nuevas medidas proteccionistas, además de las tarifas aduanales, eran síntomas de una crisis en el comercio internacional, que en ese momento no se había solucionado aún.

Sin embargo, después de siete años de difíciles negociaciones, en diciembre de 1993 (3), se logró llegar a un nuevo acuerdo entre los 117 países participantes en las negociaciones, lo que permitió abrigar nuevas expectativas para la recuperación del crecimiento económico internacional.

Otros casos nos ilustran sobre las dificultades que la liberalización comercial ha tenido que enfrentar, paradójicamente muchas veces producidas por los principales países promotores de esas políticas. Una de las últimas acciones del Presidente Reagan fue la aprobación —después de 12 meses de intenso debate— del Acta de Comercio y Competitividad de 1988 (Omnibus Trade and Competitiveness Act of 1988) la cual le daba un carácter altamente proteccionista a la política de comercio exterior norteamericana.

Pocos meses después de haberse promulgado la citada ley, sus efectos empezaron a aparecer: países como Japón, Brasil y la India fueron acusados por los EU de realizar "prácticas de comercio desleal", (4) acusaciones apoyadas legalmente por la sección 301 de la nueva Acta de comercio. Asimismo, otros países, México entre ellos, estaban en 'la lista', siendo observados para ver si no realizaban comercio desleal. A este respecto, el representante de la CEE ante el Gatt consideró que los argumentos de los norteamericanos basados en la mencionada ley eran una "violación a la ley internacional" (5) y varios países, entre ellos México, Noruega y Canadá rechazaron las acusaciones norteamericanas. Los ejemplos en torno a la actitud proteccionista de los EU y de muchos otros países propagandistas del libre comercio abundan. Todavía está fresca en la memoria histórica de

México, los problemas con EU sobre las exportaciones de atún, acero, cemento y diversos productos agrícolas que indican las tendencias proteccionistas en la política comercial de esa nación, lesivas no sólo a los intereses mexicanos, sino también a la doctrina del libre comercio.

De tal manera, la experiencia hasta ahora ha sido que los gobiernos poderosos no han observado siempre las reglas de liberalismo comercial que ellos han creado y se han comprometido a respetar, mas el acuerdo alcanzado por el entonces Gatt (ahora Organización Mundial de Comercio) en diciembre de 1993, abre una nueva época para el comercio internacional, el cual abatirá barreras aduanales que permanecieron cerradas por mucho tiempo (6), y este impulso podría ser fundamental para la recuperación económica mundial, lo que no descarta por supuesto, que pueda haber intentos de reimplantación de políticas proteccionistas. (Batra, 1993:84)

LA REPRIVATIZACIÓN

El enorme gasto público observado por el Estado benefactor ha tenido, se afirma, una enorme responsabilidad en los déficits de las finanzas públicas presentes en la mayoría de los países, y esto se asocia a veces también con la ineficiencia de los sectores paraestatales.

En Japón, por ejemplo, los Ferrocarriles Nacionales Japoneses a mediados de los setentas perdían anualmente alrededor de 7,000 millones de dólares, y a mediados de los ochenta las pérdidas eran del orden de 10,000 mdd anuales. (Kikeri, 1992:19)

Entre 1989 y 1991 las empresas paraestatales en Argentina tuvieron pérdidas equivalentes al 9% del PIB, 8% en Yugoslavia y más de 5% en promedio en varios países del Subsahara africano. Los subsidios y transferencias del gobierno eran del orden del 3% del PIB en México en 1982. (Kikeri, 1992:15) Estas evidencias entre otras, son las que ha usado el pensamiento neoliberal para proponer un cambio en la relación Estado-sociedad, en la que el Estado ceda el papel protagónico a la empresa privada.

La consecuencia lógica de la propuesta neoliberal en el caso de las empresas paraestatales ha sido la reprivatización. Esta es una tendencia que en los ochentas se expandió mundialmente. En los países avanzados

como Inglaterra, Francia, Alemania o Italia, se ha convertido en la política de moda, y su ejemplo cundió a países y regiones distantes entre sí y alejadas como Japón, la India, Canadá, África, Latinoamérica e incluso China y la Unión Soviética. (González, 1990: 75)

En el caso de México la reprivatización ha sido intensa. Este proceso se inició con el Presidente De la Madrid, existiendo en ese entonces 1155 empresas paraestatales; Carlos Salinas continuó con esa tendencia, y a fines de 1991 quedaban tan sólo alrededor de 269 empresas (González, 1992: 36) varias de las cuales ya se han vendido y otras están en proceso de venta.

En otros países de América Latina, el proceso reprivatizador también se ha dado, aunque con diferentes modalidades y resistencias.

En Chile ese proceso se ha verificado en una gran amplitud, mientras que en Brasil el proceso de privatización ha sido modesto, y en el caso de Argentina durante el gobierno de Alfonsín se verificaron pocas transferencias, aunque con la administración de Menem se ha tratado de intensificar el proceso. (Glade, 1991)

De acuerdo a datos recientes del Banco Mundial, (Kikeri, 1992: 22) entre 1980 y 1991 se han vendido a nivel mundial 6,832 empresas paraestatales, la mayoría en Europa del Este. Tan sólo en la República Democrá-

tica Alemana se han privatizado 4,500 empresas, pero se espera seguir vendiendo muchas más, de hecho en ciertos países, el proceso de transferencia de empresas estatales al sector privado recién empieza.

Salta a la vista que el proceso de privatización significa no solamente la venta de las empresas del gobierno a la iniciativa privada, las consecuencias de esta transferencia se remiten sobre todo, a la pérdida de la capacidad de los órganos estatales para ejercer un control sobre ciertas ramas económicas, de esta manera el Estado se debilita en su poder de concertación, mientras el poder privado crece.

Las tendencias del neoliberalismo que han intentado restarle relevancia a la acción de los gobiernos en lo tocante al manejo de la economía, han demostrado igualmente concederle poca importancia a los objetivos sociales de crecimiento, empleo, o igualdad de los agentes sociales. Como ha planteado Ibarra: "En buena medida la ocupación, la expansión real de la producción o el reparto de las rentas nacionales, son variables de ajuste, esto es, se amoldan expresamente a la consecución de los objetivos superiores de la estabilidad de precios o de la competitividad en los mercados internacionales" .(Ibarra, 1990: 30)

Sin embargo, a pesar de que las tendencias de la política neoliberal ha significado un avance significativo en la concentración de poder en manos del sector privado, esta política ha heredado una necesidad en la asignación de recursos que no es fácil de transformar de un día para otro.

Como ha señalado Therborn, (Therborn: 1989: 82-83) los gastos sociales en varios países europeos entre 1973 y 1982 no sólo no disminuyeron, sino que aumentaron, y por otro lado, muchos países no han logrado estabilizar o frenar los déficits de las finanzas públicas, lo que denota las dificultades que han enfrentado aquellos que buscan el desmantelamiento del Estado benefactor.

El Estado neoliberal para tener una viabilidad duradera, tendrá que irse adecuando a las necesidades de la sociedad postindustrial, con sus demandas democráticas de derechos humanos, y prestaciones sociales, y en donde las tendencias de separación del Estado con respecto a la nación tiende a crear nuevas formas de organización económica y política. La comprensión de esas nuevas necesidades organizacionales y el encauzamiento sin pérdida de lo ya ganado, constituye el reto a la consolidación del Estado neoliberal.

Notas

1. *El Sol de México*, junio, 12, 1993, p.6, En las Finanzas.
2. *Excélsior*, diciembre 7, 1988, p. 2-F.
3. Ver *El Universal*, 16 de diciembre, 1993, 1a. Plana.
4. *Excélsior*, junio 23, 1989, p.1-F.
5. *Ibid.*
6. Un ejemplo de estas dificultades es la apertura del mercado del arroz en los países asiáticos como Japón y Corea, al respecto ver: "Going down to the mat over rice" en *Newsweek*, diciembre-20, 1993, p.20. Ver también la revista *Time* del 20 de diciembre, 1993. p. 32.

Bibliografía

- Altman, Werner (1983). "Cárdenas, Vargas y Perón, una confluencia populista", en Altman, Werner *et al.* *El populismo en América Latina*. UNAM, México.
- Batra, Ravi (1993) *The myth of free trade. A plan for America's economic revival*. Macmillan Publishing Company, New York.
- Cordera, Rolando y Tello, Carlos (1981). *México: La disputa por la Nación*. Siglo XXI, México.
- Córdova, Arnaldo (1974). *La política de masas del cardenismo*. Era, México.

Friedman, Milton & Rose (1980) *Free to choose. A personal statement*. Harcourt Brace Jovanovich, New York.

Galbraith, John K (1976). *El crac del 29*. Ariel, España.

García-Pelayo, Manuel. (1989) *Las transformaciones del Estado contemporáneo*. Alianza Universidad, Madrid.

Glade, William (1991). *Privatization of public enterprises in Latin America*. International Center for Economic Growth, California.

González Gómez, Marco Antonio (1990). "Tendencias hacia la internacionalización de la economía mexicana, 1982-1988", en *Anuario Mexicano de Relaciones Internacionales 1987*. UNAM, México.

Ibarra, David (1990). *Privatización y otros acomodos de poder entre Estado y mercado en América Latina*. UNAM, México.

Kikeri, Sunita *et al.* (1992). *Privatization. The lessons of experience*. The World Bank, Washington, D.C.

Mandel, Ernest. (1969) *Ensayos sobre el neocapitalismo*. Era, México.

Mishra, Ramesh. (1989) "El Estado de Bienestar después de la crisis: los años 80 y más allá", en Muñoz de Bustillo, Rafael, (Compilador) *Crisis y futuro del Estado de bienestar*. Alianza Editorial, Madrid.

O'Connor, James. (1973). *The fiscal crisis of the state*. St. Martin's Press, New York.

Offe, Claus. (1991). *Contradicciones en el Estado de bienestar*. Alianza Editorial, México.

Picó, Josep (1987). *Teorías sobre el Estado de bienestar*. Siglo XXI, España.

Stein, Herbert. (1985). *Presidential Economics*. Simon & Schuster, New York.

Thomson, David. (1992). *Historia Mundial de 1914 a 1968*. FCE, México.

Therborn, Göran. (1989). *Los retos del estado de Bienestar: la contrarrevolución que fracasa, las causas de la enfermedad y la política económica de las presiones del cambio*. En Muñoz de Bustillo Rafael, *op.cit.*

Villarreal, René. (1984). *La contrarrevolución monetarista*. Océano, México.

Revistas

Aho, Michael y Aronson, Jonathan David. (1986). "Nuevo vigor para el sistema comercial", en *Perspectivas económicas* # 55, 1986/3, United States Information Agency, Washington, D.C.

González Gómez, Marco Antonio. (1992). "La reprivatización en México", en *El Cotidiano* # 45, enero-febrero 1992, UAM-A.

Cuestionario 12

1. Señale las tendencias históricas que condicionaron el surgimiento del Estado benefactor.
2. Señale las diferencias entre el Estado liberal y el Estado benefactor.
3. ¿Cuáles eran las características centrales de la estrategia del Estado benefactor?
4. ¿Qué papel juega el Estado benefactor frente al desarrollo del socialismo?
5. ¿Cuáles son las causas por las que el neoliberalismo trata de disminuir el papel del Estado como agente económico?

ALEJANDRO DABAT

**El derrumbe del socialismo de Estado y las
perspectivas del socialismo marxista**

Alejandro Dabat

"El derrumbe del socialismo de Estado y las
perspectivas del socialismo marxista"
en *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, de
Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y UAM
XOCH., México, 1991, pp. 88-116.

La crisis del "socialismo realmente existente" tiene una dimensión histórica mucho más amplia que el derrumbe del socialismo de Estado en la Unión Soviética y Europa del Este. Tan importantes como él son otros aspectos actuales de la crisis, como la orientación capitalista de las revoluciones democráticas de masas que lo están demoliendo o los grandes avances de la reestructuración del capitalismo mundial. Pero si además la situamos en un contexto más general que abarque la degeneración muy anterior de la socialdemocracia o los debísimos logros políticos y sociales del marxismo alternativo en el resto del mundo, resulta evidente que es un fenómeno que envuelve al conjunto del socialismo contemporáneo.

Por esas razones, el debate autocrítico de los socialistas, no puede limitarse a una mera crítica externa al corazón ideológico del marxismo burocrático que hoy fenecce (stalinismo, leninismo). Debe más bien, abordarse desde una perspectiva histórica y teórica mucho más amplia, que abarque las causas y el desenvolvimiento del fenómeno, que lo sitúe en el contexto de las nuevas condiciones y problemas del mundo actual y que lo contraste con la propia teoría marxista.

Sin este tipo de debate amplio y descarnado, la propia teoría del socialismo perderá sentido, y la propia lucha de los trabajadores y explotados no tendrá otra guía que la crítica moral a la injusticia o la creencia religiosa en alguna vieja o nueva forma de utopía.

Para abordar ordenadamente algunos de esos problemas, dividiré la exposición en tres partes. En la primera, trataré de ubicar la crisis en una perspectiva histórica. En la segunda, de situarla en el contexto de la tradición teórica marxista y el debate histórico socialista. En la tercera, finalmente, esbozaré algunas ideas en torno a las posibilidades y perspectivas de un nuevo tipo de socialismo adecuado a las condiciones del mundo moderno.

1. EL DERROTERO HISTÓRICO DEL SOCIALISMO DE ESTADO

La crisis del socialismo "realmente existente" es un fenómeno mundial que abarca al conjunto de los países regidos por el socialismo de Estado,¹ al bloque interna-

¹ Entre todas las concepciones utilizadas para denominar a la formación social de esos países, utilizo la de socialismo de Estado por considerar que es la que más se ajusta a la caracterización del fenómeno. Se discute con razón sobre la posibilidad y conveniencia de llamar socialista a un tipo de régimen social tan alejado de la idea marxista original. Pero dado que constituye un resultado del tipo

cional por ellos constituido (el llamado campo socialista), a los Estados periféricos capitalistas o semicapitalistas asociados a su órbita de influencia, a los partidos y movimientos políticos integrantes del movimiento comunista oficial o vinculados a los centros y subcentros del mismo, y a la propia teoría y cultura emanada de ese socialismo. Es por lo tanto, un fenómeno global que sólo puede ser comprendido adecuadamente desde una perspectiva histórica muy amplia.

La conformación del socialismo de Estado y el llamado campo socialista fue la cristalización final del proceso de transformación social mundial iniciado por la revolución rusa de 1917. Como tal, fue el resultante de la conjunción entre el proyecto jacobino de revolución desarrollado por los bolcheviques y las condiciones históricas internas e internacionales en que operó: la vastedad y el atraso relativo de la Rusia prerrevolucionaria, su aislamiento internacional, la crisis del capitalismo mundial desde la primera guerra mundial hasta muy entrada la segunda posguerra, o su expansión internacional a otras áreas del mundo casi siempre más atrasadas que la propia Rusia (con la excepción de algunos países euroorientales).

Este último nivel —el rasgo burocrático-militar presente en todo momento en la política externa de la Unión Soviética— dio un acusado carácter imperial tanto a la reconstrucción de su propio Estado después de la revolución, como a la incorporación al bloque soviético de los países de Europa del Este.

El acelerado crecimiento del poder económico y político-militar de la Unión Soviética y su asociación ulterior con los países más industrializados de Europa del Este, convirtió al campo socialista en el núcleo de atracción de las revoluciones nacionales del tercer mundo que trataban de orientarse hacia una vía no capitalista de industrialización y reforma social. La Unión Soviética les garantizó asistencia técnica, económica y un escudo nuclear protector. Pero en la medida en que lo hizo, difundió sus propias formas de organización económica y política en el conjunto del campo.

El rasgo central del socialismo soviético, fue la estatización total de la economía y la vida social, la completa eliminación de la democracia política y las libertades civiles y la ideologización extrema de la cultura y la propia ciencia. La sociedad se estructuró en torno a una pirámide administrativa de poder (la llamada "*nomenklatura*"), cuya cúspide burocrática y militar detentó enormes privilegios de función, que la convirtieron en una clase explotadora (monopolio de la gestión de los medios de producción y la información, utilización discrecional del patrimonio público, acceso exclusivo a los bienes de consumo escasos, etcétera).

En este marco, la clase obrera (como el conjunto del pueblo) fue excluida de las decisiones de poder, de la gestión empresarial o del derecho a la organización sindical independiente, pese a lo cual obtuvo importantes logros en materia de seguridad y servicios sociales, dentro de un contexto distributivo general menos de-

de construcción socialista (o, si se quiere, de transición al socialismo) iniciado a nivel mundial a partir de la revolución socialista rusa de 1917, me parece evidente que es una modalidad primitiva de socialismo o, más estrictamente, un protosocialismo burocrático. Debe recordarse que en *El manifiesto comunista*, el propio Marx reconoció la existencia de muy distintos tipos de socialismos como el feudal, el pequeño-burgués, el burgués o el utópico.

sigual que el capitalista, y (en la época posestalinista de paternalismo burocrático) bastante favorable a la gran masa de obreros no calificados.² También la mujer obtuvo grandes logros sociales, como fue el caso de licencias de maternidad muy prolongadas, el aborto legal y gratuito, la generalización del servicio de guarderías, la incorporación masiva a la educación y el trabajo remunerado. Pero la plena subsistencia de la cultura patriarcal y el enorme retraso en la producción de bienes para el hogar, generalizaron la doble jornada femenina al punto de eliminar prácticamente el tiempo libre de la mujer y excluirla de la actividad cívica y cultural a un nivel mayor que en el capitalismo.

Este tipo de organización social se tradujo en una extremada concentración del poder que —a pesar de su naturaleza despótica y bárbara— posibilitó entre los años treinta y sesenta procesos muy rápidos de industrialización, urbanización y constitución de una tecnología militar de punta, gracias a la movilización en masa de la fuerza de trabajo, la realización de enormes masas de inversión en la industria pesada y la asimilación sectorial de tecnología occidental en una época de transformaciones tecnológicas mundiales aún relativamente lentas. La enorme concentración del poder asociado al control de la tecnología militar más avanzada, coexistió a la Unión Soviética en superpotencia mundial —añadido de su supremacía militar convencional en el continente europeo y el equilibrio nuclear con los Estados Unidos.

Este tipo de desarrollo estatista-burocrático, basado en una organización social estructurada en torno a jerarquías políticas y administrativas, se apartó en cuestiones filosóficas, sociales y políticas fundamentales del ideal socialista original y de la teoría marxista clásica. Pero apareció para sectores muy amplios de la intelectualidad y el movimiento popular de los países coloniales y atrasados como enormemente atractiva y como materialización "real" de los ideales y principios expuestos, en la medida en que fue vista como el único medio de alcanzar un tipo de moderniza-

² Pasada la época heroica de la industrialización acelerada y la "guerra patriótica", tuvo lugar en la Unión Soviética un sensible proceso de atenuación de las grandes desigualdades salariales de la época de Stalin, que coincidió con la desmilitarización del trabajo. El abandono progresivo del pago a destajo, el fuerte incremento de los salarios mínimos generales y la reducción relativa de los ingresos de los ingenieros y técnicos o de las bonificaciones de la administración, condujeron a un achicamiento muy fuerte del abanico salarial que benefició particularmente a los obreros en desmedro de los empleados y profesionales. Según Nowe, entre 1950 y 1978 los salarios nominales percibidos por los obreros se elevaron en 544 por ciento, contra 298 por ciento de los empleados y 387 por ciento de los ingenieros y técnicos, pasando a configurar un cuadro dentro del cual los salarios obreros superaban en 1978 en un 25 por ciento a los de los empleados y eran solo un 12 por ciento más bajos que los de los ingenieros y técnicos (*El sistema económico soviético*, Siglo XXI, México, 1982, p. 281). Lo mismo parece haber sucedido en los restantes países de Europa Oriental (ver por ejemplo Kaser y Zielinski, *La nueva planificación económica en Europa Oriental*, Alianza, Madrid, 1971). Esta tendencia hacia la igualdad entre las dos últimas categorías continuó en la primera mitad de los ochenta (o sea en el periodo de mayor caída de la productividad y del incremento del absentismo), al punto de que la *perestroika* la considerara como un obstáculo al mejoramiento profesional de los trabajadores y el restablecimiento de la eficiencia en el trabajo (Ver declaraciones de Leonid Kostin al anunciar la nueva política salarial, publicadas en el suplemento financiero de *Exelior* del 13 de mayo de 1987).

ción económica, social y cultural más rápida y, al mismo tiempo, socialmente más justa que cualquiera otra factible de lograr en las condiciones del capitalismo.

Sobre la base de esa paridad militar, y de la suposición—que a la postre se demostraría doblemente errónea— que ese tipo de socialismo garantizaba un crecimiento necesariamente más rápido y superior que un capitalismo supuestamente incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, los teóricos del PCUS formularon la idea que dominaría la línea principal del pensamiento socialista de posguerra. Sostuvieron que si se lograba evitar una guerra nuclear, el campo socialista aventajaría en capacidad productiva al capitalismo en pocos decenios (mucho antes de la finalización del siglo XX), lo que rompería el equilibrio del poder mundial en su favor mediante la incorporación masiva de los países capitalistas dependientes a su esfera de influencia y la progresiva transformación interior de los propios países capitalistas avanzados por obra de la acción de los partidos comunistas nacionales.

Al lado de esta concepción estratégica —y estrechamente vinculada a ella— se desarrolló otra alternativa de tipo dependiente-tercermundista radical, que demostraría ser igualmente errónea. Conforme esta última, el derrumbe del capitalismo no provendría del crecimiento económico de la Unión Soviética y los países industrializados de Europa del Este, sino del desarrollo de revoluciones nacionales en el tercer mundo, que romperían con el mercado capitalista mundial, estilarían la producción e impulsarían procesos de industrialización autónomos (o conectados directamente al campo socialista) que privarían a los países capitalista-imperialistas de los sobrenumerarios derivados de la explotación de la periferia. La similitud con el anterior, está en el intento por generalizar la misma vía estatista-burocrática en el desarrollo socialista nacional de cada país, enfatizando en otro tipo de mecanismo de transición mundial al socialismo: la creencia de que el capitalismo no podría subsistir sin el saqueo del tercer mundo.

La experiencia histórica ulterior destruiría, sin embargo, estas expectativas. La crisis del stalinismo de los cincuenta (frustrado intento reformista de Krushov), la ruptura chino-soviética o las invasiones a Hungría y Checoslovaquia, constituyeron sólo preavisos que operaban en un contexto que parecía ser cada vez más favorable (revolución cubana, guerra de Vietnam, revolución cultural china). En el decenio de los setenta, el tercer mundo fue sacudido por una oleada impresionante de revoluciones o movimientos nacionalistas adscriptos o aliados al campo socialista, en Vietnam, Kampuchea, Laos, Afganistán, Yemen del Sur, Irán, Libia, Angola, Mozambique, Cabo Verde, Guinea-Bissau, Etiopía, Zimbabue, Benin, Congo-Brazzaville, Madagascar, la República Saharaí, Nicaragua, Granada, Jamaica o Surinam. Simultáneamente, el curso de los acontecimientos internacionales en esa década no pudo ser más desfavorable al capitalismo y al imperialismo. Tras la desastrosa derrota sufrida por los Estados Unidos en Vietnam, aparece la OPEP en 1973, y estalla en 1974 la esperada crisis global del capitalismo, a un nivel de profundidad y generalidad sólo alcanzada en la gran depresión de los treinta. Pero el conjunto de estos acontecimientos, en lugar de constituir el prólogo del triunfo mundial del socialismo burocrático, es el comienzo de su ruina.

A diferencia de lo sucedido en la anterior gran crisis del sistema capitalista en los años treinta, el socialismo de Estado de los setenta no se comportó mejor que las economías industriales de Occidente, ni en Europa del Este, ni en la periferia asiática, africana o latinoamericana. Bajo el signo de la decadencia brezheviana, la economía de la Unión Soviética y de los demás países del campo, entró en una era de pertinaz declinación y estancamiento,³ a pesar de los supuestos beneficios que debió brindarles la crisis del capitalismo y el excepcional elevamiento de los precios del petróleo, principal producto soviético de exportación.⁴ Es en este contexto que comenzó a declinar acentuadamente el nivel de vida de la población y aparecieron síntomas muy graves de descomposición social, como la generalización del alcoholismo, el ausentismo laboral o la aparición en gran escala de la corrupción administrativa, el mercado negro, la prostitución, que se hicieron públicos en la década siguiente.

En el plano exterior, la descomposición se expresó principalmente en la aparición de las guerras intersocialistas (invasión de la Unión Soviética a Afganistán, de Vietnam a Kampuchea, o de China a Vietnam) y en la participación de centenares de miles de soldados soviéticos, vietnamitas o cubanos en guerras civiles internas en Afganistán, Kampuchea, Etiopía o Angola. Este tipo de intervención militar generalizada, junto al incremento de los subsidios a los gobiernos involucrados en estas guerras, mereció el repudio del pueblo soviético, y gravó aún más a una economía cada vez más frágil. Este conjunto de elementos degenerativos pasaron a adquirir una dinámica incontenible cuando el fin del auge petrolero de los años ochenta, creó una situación económica insostenible.

A un nivel propiamente interno, tal situación debe ser vista como el resultado del agotamiento del patrón de desarrollo económico extensivo de “acumulación socialista originaria” heredado de la etapa stalinista,⁵ y los esfuerzos por prolon-

³ Tras haber crecido a una tasa cercana al 6 por ciento entre 1950 y 1970, el producto nacional bruto de la Unión Soviética redujo su dinamismo a un 3.8 por ciento en 1971-75 y a un 2.8 por ciento en 1976-80 (Goldman, *URRS in crisis*, Norton, Nueva York, 1983). De allí adelante, conforme reconoce Abel Agambegyan, el crecimiento fue prácticamente nulo.

⁴ Según la revista inglesa *The Economist*, entre los años 1974 y 1980 la producción soviética de petróleo (el principal producto de exportación del país), creció en cerca del veinte por ciento como resultado de la incorporación a la producción de los enormes campos del occidente de Siberia, en un período en el que los precios internacionales se multiplicaron quince veces, lo que dio al país ingresos externos superiores a los cien mil millones de dólares. (Ver Sección Financiera de *Excelsior* del 7 y 8 de junio de 1990). Tales ingresos externos en divisas fuertes, fueron la base material que permitió la considerable ampliación del apoyo económico y militar a los países extracuropeos del campo socialista.

⁵ El patrón de acumulación desarrollado por la Unión Soviética en la era stalinista (1929-54), se basó en lo fundamental en las propuestas del principal economista trotskyista E. Preobashensky, que preconizaban la necesidad de que la transición al socialismo fuera precedida de una etapa de acumulación socialista originaria. El rasgo central de esa política, fue la construcción acelerada de una base industrial pesada de propiedad estatal, mediante la exacción de la economía campesina y la maximización de la inversión industrial. Un aspecto fundamental de esta política, fue la colectivización forzada de la agricultura y la estatización del conjunto de la economía. Como señalaremos luego, este tipo de política condujo inevitablemente a la burocratización extrema de la vida social y a la postulación de la

garlo infructuosamente en otras condiciones históricas. Como es sabido, la economía stalinista siguió una orientación extremadamente voluntarista —de establecimiento de metas subjetivas y maximización de la inversión a toda costa—, sustentada en la extrema centralización de las decisiones y el control, en el uso dispendioso de los recursos naturales, los materiales y la fuerza de trabajo, que jerarquizó el crecimiento de la industria pesada y militar en desmedro de la agricultura y la industria productora de bienes de consumo. Este patrón pudo funcionar en las condiciones de un país rural y analfabeta, conmovido por el mensaje revolucionario y patriótico, que contaba con grandes reservas inutilizadas de mano de obra y recursos naturales. Pero dejó de hacerlo al aparecer condiciones económicas, sociales y culturales que requerían de desarrollo económico sustentado en el cambio tecnológico, el elevamiento sistemático de la productividad y la calidad del trabajo, la descentralización de las decisiones y el uso cuidadoso de los recursos naturales y el medio ambiente.⁶ A pesar de la enorme experiencia y bibliografía que se acumuló en este sentido desde la década de los sesenta, ni la Unión Soviética, ni los países industrializados de Europa del Este, pudieron realizar exitosamente un tránsito al “socialismo desarrollado” por razones consustanciales a la propia organización social del sistema.

En el plano estrictamente económico, la transición fue bloqueada por un conjunto de factores consustanciales al propio régimen estatista burocrático. Probablemente el principal obstáculo al cambio, parece haber estado en la baja productividad media del trabajo, y especialmente en la tendencia hacia el estancamiento o la reducción de la misma.⁷ Esto fue resultado, tanto del exceso relativo del personal y la utilización de tecnología obsoleta en casi todas las ramas industriales —excluida la militar—, como de la falta de verdaderos incentivos al trabajo y la eficiencia. En este último aspecto, se conjugaban el sistema de planeamiento y

agricultura. Véase al respecto mi trabajo “Campo y ciudad en la transición socialista. Los casos de la URSS y China”, *Teoría y Política*, núm. 5, México, septiembre de 1981.

⁶ La entrada de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental en una nueva fase de desarrollo económico de tipo “intensiva” (en contraposición a la anterior de naturaleza “extensiva”) fue planteada muy claramente por Oscar Lange en 1963. “La economía de los países socialistas (URSS y Europa del Este) —escritura Lange— ha madurado”, “ha dejado de ser una economía subdesarrollada para convertirse en una economía industrial moderna”, compleja y diversificada. Por esa razón, “para mantener el desarrollo económico hay que pasar de los medios extensivos a los medios intensivos. Medios intensivos quiere decir aumento de la productividad del trabajo, aumento de la eficiencia de la organización de la economía nacional y del progreso técnico”. (Véase Jorge Alvarez, *Desarrollo y socialismo*, Buenos Aires, 1969, pp. 118-120).

⁷ Antea de que la Unión Soviética cayera en el estancamiento brezhnevista, la productividad del trabajo industrial en el país se hallaba en una proporción de 1 a 2.5 en relación a la de la industria norteamericana (A. Bergson, *Productividad y sistema social: Rusia y Occidente*, EUDEBA, Buenos Aires, 1981). Pero, desde entonces, la productividad del trabajo soviético creció muy lentamente hasta 1978-80 y parece haber caído sensiblemente desde entonces (cuando el estancamiento del producto coincidió con el continuo crecimiento del empleo arrastrado por el crecimiento demográfico). Por ello, el retraso frente a Estados Unidos tiene que haberse acentuado muy sensiblemente, probablemente al nivel de 1 a 3.5 hacia finales de la década de los ochenta. En cuanto a la agricultura, la diferencia es mucho mayor aún, y puede situarse en la actualidad al nivel de 1 a 10 (*The Economist* del 9 de abril de 1988).

organización centralizados (que sólo requería de las empresas el cumplimiento formal de las directivas), el rezago de la producción de bienes de consumo (que hacía ilusorios los mayores ingresos monetarios), el régimen de promoción (que premiaba la lealtad política y el conformismo social por encima de la eficiencia en el trabajo) y la exclusión de los trabajadores de la participación en la gestión y los logros de los colectivos de trabajo.

Otro obstáculo fundamental fue el parasitismo burocrático que absorbió la mayor parte del excedente económico. Dentro de él, destaca el enorme gasto militar que consumía entre el quince y el veinte por ciento del producto nacional, y estaba asociado al desmesurado peso de la industria bélica y la concentración de los mejores recursos productivos. En este campo —como en el de otras categorías burocráticas— la reducción del gasto improductivo hubiera liberado enormes recursos para financiar la reestructuración y atenuar los impactos sociales negativos de la misma. Pero precisamente a este nivel, como en el de la extrema centralización de la planificación y el arbitrario sistema de decisiones económicas y burocráticas reproducidas a lo ancho y largo del sistema, se concentró la principal resistencia del sector más poderoso y nutrido de la clase dominante.

La rigidez de la organización económica tuvo su correlato en la vida política. En todas partes la unificación del Estado y el partido en el poder coincidió con la total supresión de la democracia en los diversos niveles de la vida política, social y cultural. Ello afectó particularmente a los sectores más dinámicos de la población, generalizó el conformismo social e impidió la conformación potencial de centros e ideas de recambio. En esas condiciones, las posibilidades de reforma del sistema quedaron necesariamente confinadas a iniciativas de la propia cúpula como lo demostraría el fracasado intento de Jrushov o los intentos de renovación húngara o checoslovaca aplastadas por el ejército soviético. Sólo en Polonia pudo desarrollarse tardíamente —ya en el contexto de la decadencia brezhneviana—, un movimiento opositor de masas nucleado en torno a la clase obrera (Solidaridad) y la Iglesia católica, que llegó a adquirir una fuerza social y política impresionante (sin igual en ningún país capitalista).

A esta evolución interior, se le sumó las consecuencias de los cambios mundiales. Desde fines de los años setenta la economía capitalista mundial entró de lleno en la reestructuración basada en la revolución informática, que tendrá las conocidas consecuencias sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, los modos de comunicación, consumo y vida, y —potencialmente— de la propia tecnología militar. Con ella surgía a nivel mundial el nuevo tipo de economía basada en la automatización, la flexibilidad, la calidad y la descentralización, que comenzaría a volver obsoletos a enormes masas de capital fijo, destrozadas laborales y conocimientos administrativos anteriores. Ello tenía lugar en un mundo cada vez más internacionalizado y competitivo, que imponía a todos los países la necesidad de adecuarse a las nuevas condiciones bajo pena de marginamiento internacional y descomposición económica y social.

China fue el primer país socialista (fines de los setenta) que modificó radicalmente su orientación económica para tratar de adecuarse a las nuevas condicio-

nes internacionales y superar su estancamiento económico, alcanzando un éxito espectacular—crecimiento cercano al diez por ciento anual medio— que contrastó nítidamente con el estancamiento de la Unión Soviética y Europa del Este. En el contexto mismo de la generación de esas reformas y con la protección del sector más reformista de la dirección del partido comunista, irrumpió la llamada Primavera de Pekín de 1978-79, que constituyó el punto de partida del movimiento democrático juvenil que eclosionó diez años después en las grandes jornadas revolucionarias que culminaron en la masacre de Tiananmen.

La reforma de la Unión Soviética sobrevino más tardíamente que la china (mediados de los ochenta), cuando la declinación aguda de la economía, el crecimiento de la protesta social y política y la presión de los acontecimientos internacionales la hacían inevitable. El *glasnost* y la *perestroika* planteadas por Gorbachov y el nuevo equipo de dirección del gobierno de la Unión Soviética, ha constituido un gran esfuerzo por reactivar y modernizar la economía y la vida social, política y cultural del país, a partir de una revolución desde arriba que convoca a la movilización popular para debilitar y vencer la resistencia de la burocracia a los cambios. Pero ha operado también como factor desencadenante de otros procesos de cambio, ya sean similares—también desde arriba— como los de Bulgaria, Vietnam, Mongolia o los países africanos de la órbita soviética; de otros mucho más profundos, como las revoluciones democráticas que barrieron a la burocracia gobernante en los países más avanzados de Europa del Este, o que la renovaron (como en Rumanía); o de los movimientos independentistas y autonomistas de las diferentes nacionalidades oprimidas de la propia Unión Soviética en franca rebelión contra el poder central.

De esta manera todos los países comunistas, con excepción aún de Albania, Cuba y Corea del Norte—no por ello exentos de la crisis— han entrado en la vorágine del cambio.

En el plano económico, Gorbachov propuso originariamente un socialismo de mercado que recogía distintas experiencias y propuestas anteriores, como el cooperativismo de la Nueva Política Económica de los años veinte, ideas de los economistas reformadores de los sesenta como Lange en Polonia, Liberman en la URSS o Sik en Checoslovaquia, la reforma contemporánea húngara,⁸ o más en particular—por su fuerte impacto sobre los actuales reformadores soviéticos—, la

⁸ Las reformas húngaras de 1968 fueron las únicas de los países del Pacto de Varsovia que subsistieron a la contrarreforma brezhneviana. Según Kaser y Zielinski, sustituyeron la planificación centralizada por un nuevo régimen de “mercado guiado” y descentralización de empresas, que otorgó a estas el derecho a retener parte de sus utilidades y a percibir intereses por sus depósitos bancarios. Los precios pasaron a ser fijados en gran medida por el mercado. Pero a diferencia de Yugoslavia o de las últimas propuestas polacas de 1957-58 o checa de 1967-68, la reforma húngara no contuvo elementos autogestionarios y fortaleció la autoridad de los gerentes (*La nueva planificación económica en Europa Oriental*, Alianza, Madrid, 1971). Pero las empresas siguieron dependiendo del subsidio financiero estatal (lo que Kornai llamó “relación paternalista” basada en una “restricción presupuestaria suave”), que les impedía quebrar en cualquier circunstancia. La economía reformada húngara funcionó mejor que las más centralizadas del resto del Comcon; pero tampoco evitaron la escasez e ineficiencia crónica común a todos ellos.

exitosa modernización económica de China popular.⁹ La *perestroika* procura modernizar, descentralizar y desmilitarizar la vida económica, combinando las reformas administrativas consiguientes con el establecimiento de un mercado interior limitado y regulado en el que concurren empresas públicas autónomas, cooperativas, individuales y mixtas. En el plano internacional, las reformas propugnan el fin de la guerra fría, la apertura al comercio, la tecnología y el capital occidental, la convertibilidad internacional del rublo y el ingreso al conjunto de las organizaciones mundiales. En el plano político, el *glasnost* procura la renovación y flexibilización del sistema institucional y la apertura a la libre manifestación de ideas y expresiones culturales, como medios que permitan restablecer la autoridad del partido comunista y preservar la unidad estatal de la Unión Soviética. Finalmente, trata de flexibilizar drásticamente la estructura del propio bloque soviético (CAME, Pacto de Varsovia) para compatibilizarlos con el fin de la guerra fría y de su autarquía económica frente al capitalismo.

Pero, aunque lograron desencadenar un amplísimo proceso de democratización político y florecimiento cultural, las reformas desde arriba de la Unión Soviética fracasaron rotundamente en sus propósitos de reactivar la economía y ampliar el consenso social. Los intentos de reforma desorganizaron aún más el aparato burocrático sin poder impedir que éste bloqueara los aspectos fundamentales de las propias reformas.¹⁰ En esas condiciones, comenzó a caer la producción, a generalizarse el desabasto y a adquirir el mercado negro una dimensión

⁹ La reforma china iniciada en 1978 dio lugar a lo que los comunistas chinos llamarían luego una “economía socialista de mercancías”. Sus alcances liberalizadores fueron bastante más amplios que los de la húngara, ya que además abarcaron la apertura externa (“áreas económicas especiales”, ampliación muy rápida del comercio exterior, inversión masiva de capital extranjero); la descolectivización de la agricultura (el sistema de “responsabilidad contractual” que deja la producción en manos de las familias campesinas); y la legalización de variadas formas de empresas no-estatales (colectivas, privadas, mixtas, arrendamientos y concesiones a empresas capitalistas, etcétera). Como resultado de ello, hacia mediados de los ochenta “más de la mitad del total de la inversión [había] quedado fuera del plan central y el presupuesto estatal” y “de una tercera parte a la mitad de todas las transferencias de productos se [realizaban] fuera del sistema estatal de asignación y la red de comercialización oficial” (A. Doak Barnett, “Ten Years After Mao”, *Conicias*, diciembre de 1986). En términos económicos, la reforma tuvo un éxito impresionante; pero debilitó el control del país por la burocracia comunista frente a las nuevas fuerzas sociales emergentes que demandaban ampliar la modernización al plano político. De allí que el endurecimiento político del régimen que siguió al aplastamiento de la rebelión juvenil de fines de los ochenta, también conllevó un esfuerzo por revertir la reforma económica.

¹⁰ Un caso muy ejemplificativo es el del impulso a las empresas cooperativas e individuales, que constituyó un pilar fundamental de la recuperación de la producción y la transición a la economía de mercado, especialmente en los sectores agrícola y de servicios. A pesar del énfasis gubernamental en esta política, existen numerosas evidencias de que el aparato burocrático obstruyó la conformación de este tipo de empresas de todas las maneras posibles, negándoles permisos e insumos necesarios, acosándolos administrativamente, y promoviendo campañas entre la población contra las empresas prósperas, a las que se acusaba de enriquecerse por encima de la gente común. Una de las causas fundamentales de esta resistencia, es que dichas empresas generaban fuente de empleo y actividad que escapaban al control directo de los funcionarios locales.

anteriormente desconocida,¹¹ como resultado de la enorme desviación ilegal de recursos hacia él desde las propias empresas estatales. Ello generó un amplio descontento social que convergió con el estallido generalizado de los movimientos independentistas y autonomistas regionales para conformar una situación caótica de descomposición social y estatal.

El país comenzó a polarizarse entre dos grandes fuerzas. Por un lado, un creciente movimiento democrático de masas encabezado por los intelectuales (el *yeltsinismo*), cada vez más crítico del liderazgo reformista de Gorbachov, que propugna el multipartidismo, el pasaje rápido hacia una economía "mixta" de mercado fuertemente privatizada y la conversión de la Unión Soviética en un Estado confederal —que reconociera efectivamente el derecho de autodeterminación de las repúblicas—; por su programa y composición social, es un movimiento muy similar a otros de Europa del Este como el Foro Cívico checoslovaco, pero mucho más inorgánico y de mucho menor base social —pues está lejos de aglutinar a la gran mayoría de la población y el movimiento popular. Del otro lado, el bloque conservador compuesto por los sectores más reaccionarios de la burocracia y el mando militar, huscando capitalizar en su favor los sectores más atrasados de la población descontentos con las reformas liberales y contando con la posibilidad de dar un golpe militar —que pasaría a ser viable en el caso de una extrema profundización de la crisis económica, social y política. La acentuación de esta polarización reduce la base política propia del liderazgo de Gorbachov. Pero aunque puede conducir a su caída, no implica necesariamente el triunfo de alguna de las tendencias extremas mencionadas, dada la debilidad relativa de ambas.

El triunfo de la revolución democrática en los países más desarrollados de Europa del Este, conllevó también la apertura de un nuevo proceso histórico. En las condiciones internacionales e internas mencionadas, el pasaje del socialismo de Estado al socialismo de mercado se convirtió, a poco de andar, en otro de transición pacífica y democrática al capitalismo. El elemento central de esta inflexión fue el nuevo carácter privatista que tendió a adquirir la desestatización de las empresas —venta o concesión masiva al capital privado—, en desmedro de las distintas formas de propiedad social no estatal.

Paradójicamente, este proceso fue iniciado por el advenimiento al poder de Solidaridad en Polonia, y la sustitución de su anterior programa autogestionario

¹¹ El mercado negro está conformado por el conjunto de fuerzas que operan al margen de la economía estatal, debiendo distinguirse dentro de él tres tipos de sectores sociales distintos: los trabajadores que laboran ilegalmente por su propia cuenta (*chabachniki*) en áreas donde está prohibido el trabajo privado, como la construcción o los talleres de reparación de bienes de consumo duradero, obteniendo ingresos que son hasta cinco veces más altos que equivalentes de los trabajadores del Estado, aunque sin gozar de ningún beneficio social. Los funcionarios corruptos "que tienen la posibilidad de desviar los bienes altamente subvencionados por el Estado hacia el mercado semisubvencionado o hacia el mercado libre [...] obteniendo beneficios proporcionales a la magnitud de la operación realizada". Y los comerciantes clandestinos que articulan estas distintas operaciones con el mercado de consumo, se dedican al contrabando u operan en el mercado de divisas (Karol, "La URSS de Gorbachov", *Notas*, México, noviembre de 1987). Entre ellos, los dos últimos sectores constituyen la base principal de la futura burguesía rusa.

por el primer proyecto de privatización generalizada con ayuda del capital internacional (el plan Mazowiecki).¹² Pero alcanzó una nueva dimensión con el pronunciamiento masivo del pueblo estealemán en favor de su reunificación nacional con la RFA, en las condiciones y régimen económico-social de ésta última. En la propia Unión Soviética, ese proceso se abre cuando convergen el fracaso de la política económica de compromiso del gobierno de Gorbachov ("plan Rizkov") y el acceso al poder del *yeltsinismo* en la federación rusa, el corazón económico, demográfico y político del país. Desde entonces, pareciera que sólo un acuerdo Gorbachov-Yeltsin pudiera continuar el proceso de democratización sin guerra civil, y que este acuerdo —de darse— operaría dentro de una relación interna e internacional de fuerzas cada vez más favorable a la política privatista del segundo.

Pero la transición del socialismo de Estado al capitalismo, aunque enteramente posible, muy probable y ya segura en algunos países, será sin embargo un proceso largo, difícil y socialmente doloroso, que admitirá distintas posibilidades de evolución. Junto a la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental, podrán darse otras modalidades mucho más matizadas y sociales, como la conformación de economías mixtas con sectores privados menos desarrollados que en el capitalismo occidental, o con sectores públicos dominantes que agrupen al grueso de la gran industria y los servicios básicos, cualquiera que sea el nivel de privatización de la agricultura, el comercio y la industria y servicios en pequeño.

Dentro de estas alternativas, a su vez, podrán tener pesos muy distintos las empresas cooperativas y autogestionarias o la cobertura de servicios sociales. Pero el elemento fundamental de subordinación al capitalismo será el creciente peso del mercado mundial, que aunque compatible con modalidades socialistas de tipo escandinavo o distintas formas de socialismo de mercado, parece dejar muy poco lugar para la subsistencia a largo plazo de economías autárquicas y de dirección centralizada.

Sin embargo, y con excepción de Alemania Oriental —donde la reunificación estableció un contexto político completamente diferente—, existen en todas partes enormes obstáculos a la privatización. Aún más que la de por sí muy fuerte resistencia de la burocracia, los principales son la debilidad de las premisas económicas y culturales interiores para el cambio —como la escasa acumulación privada de dinero capitalizable y la debilidad de las motivaciones empresariales y competi-

¹² El programa levantado por Solidaridad en el punto culminante de la movilización popular cordada por el golpe militar de Jaruzelski, se ubicaba dentro de lo que podría llamarse un socialismo autogestionario de mercado. Solo planteaba la privatización de empresas a nivel rural (donde defendía la propiedad campesina familiar), y en el caso de las empresas estatales urbanas se pronunciaba por su autonomía con autogestión de los trabajadores. Se pronunciaba expresamente en favor del respeto a "las ideas socialistas de la sociedad" y de la "planificación democrática" (Ver A. Dabai y L. Sepúlveda, "Los sucesos de Polonia y las perspectivas del régimen de Jaruzelski", *Teoría y Política*, núm. 6, México, 1982). El principal fin del Plan Mazowiecki aplicado a partir del primero de enero de 1990, por el contrario, plantea como objetivo final "una economía de mercado de características similares a las de otros sistemas ya probados en países altamente desarrollados" (*Excellior*, 3 de enero de 1990). El aspecto social del plan se halla en un conjunto de medidas de protección que atenúen los efectos sociales del mismo, como los planes de ayuda alimenticia y de vivienda y de ayuda a los desempleados.

vas en la gran masa de la población— o la renuencia del gran capital internacional a invertir en estos países antes de que se haya definido claramente la situación política y social interior. Estas dificultades son mayores en la Unión Soviética que en la mayoría de los otros países de Europa del Este, lo que hace muy difícil que pueda darse en ella el primer tipo de posibilidad (la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental).

En cuanto a los costos de la transición, los principales son el desempleo (que ya abarca diez millones de personas en la Unión Soviética), otras pérdidas en materia de seguridad, servicios y derechos sociales (como el derecho al aborto o el amplio sistema de guarderías) o la caída del poder adquisitivo del salario. Estos factores tienden a incrementarse aceleradamente; pero su causa fundamental, especialmente los de carácter económico, no puede atribuirse hasta ahora tanto a la liberalización o la privatización propiamente dicha —que todavía no han tenido lugar en amplia escala—, sino al derrumbe de la economía estatal y al enorme crecimiento del abasto alimentado por el mercado negro a precios altísimos.

En este contexto, la clase obrera tiende a dividirse en torno a las mismas líneas que separan al conjunto de la sociedad. En los países más avanzados de Europa del Este apoya masivamente a la liberalización y privatización económica, que asocia con la democratización política y la destrucción del viejo régimen. Ello también sucede en parte en la Unión Soviética, sobre todo en la República Rusa —incluyendo los colectivos de trabajadores que desencadenaron las principales huelgas— y en las repúblicas socialmente más avanzadas, donde los trabajadores políticamente activos tienden a volcarse en favor del ala democrática y sus propuestas liberalizadoras. Pero en la URSS, un sector muy importante, principalmente integrado por trabajadores no calificados de mayor edad o por pequeños funcionarios afectados o vulnerables ante las reformas, tiende a quedar al margen de la movilización política o a hacer frente común con la fracción conservadora de la burocracia.¹³ Pero lo que más llama la atención, es la notoria pasividad de la mujer ante los cambios políticos y sociales, que parece reproducirse en todos los países. No sólo tiende a quedar relativamente al margen del movimiento democrático general, o al de sus propias demandas de género, sino que tampoco ha logrado articular hasta el presente la defensa social de conquistas históricas como el aborto, amenazadas por la creciente influencia de la Iglesia y el renacimiento del nacionalismo patriarcal.

¹³ La principal organización obrera conservadora de la Unión Soviética, es el llamado Frente Unido de Trabajadores creado a nivel nacional en 1989. Es una organización inspirada en la vieja tradición estalinista constituida para luchar contra las reformas liberalizadoras. Su política consiste en denunciar los peligros que entrañan las mismas para los trabajadores, señalando que no son ellos los que deben pagar el precio de la crisis. Pero también se oponen a la democratización y levantan consignas antisemitas (Ver *Socialist Worker Review*, Londres, números de marzo y julio-agosto de 1990). A pesar de que se trata de una tendencia minoritaria (que ha sido derrotada por los obreros democráticos en los principales congresos obreros), tiene un potencial de crecimiento muy grande ante el inevitable advenimiento de despidos en masa, especialmente entre la enorme masa de los funcionarios y agentes públicos improductivos (administradores, militares, policías etcétera). Por sus posturas políticas, constituye la posible base obrera de un hipotético golpe militar reaccionario.

Dentro de esa polarización, llama la atención la casi inexistencia de corrientes surgidas de las filas de la clase obrera que luchen claramente por una perspectiva democratizadora independiente de la burocracia y las fuerzas privatistas, incluyendo a Polonia —donde existió la tradición autogestionaria de Solidaridad. Las corrientes socialmente más avanzadas de alguna significación, no parecen ser las que resisten a la liberalización o la privatización de la economía, sino las que tratan de mitigarlas mediante diferentes medidas de salvaguarda social (seguros al desempleo, preservación de instituciones de asistencia y seguridad social) o de inscribir dentro de ellas proyectos que incorporen elementos autogestionarios o cooperativos. Esta actitud de la clase obrera, puede atribuirse en parte a factores objetivos derivados de las condiciones sociales y políticas del régimen anterior, como la despolitización o ciertos elementos de corrupción. En el caso de la mujer, parece operar además el agotamiento físico y la desesperanza provocada por la doble jornada y la marginación político-cultural. Pero, en lo fundamental, parece ser una consecuencia de la incapacidad de los proyectos socialistas, autogestionarios o de modernización social manejados hasta ahora para afrontar la pavorosa perspectiva del derrumbe de la infraestructura industrial, la penuria de materiales y alimentos o la creciente dependencia ante las aportaciones financieras y tecnológicas de Occidente. Esta situación objetiva tiende a situar los problemas de la sobrevivencia social o nacional por encima de los del régimen de propiedad y gestión, de las relaciones entre los sexos y las generaciones, o de los ecológicos y de calidad de vida.

2. EL SOCIALISMO DE ESTADO Y LA TEORÍA MARXISTA

Como se planteó en el apartado anterior, el intento de construcción socialista que se desarrolló en la URSS y demás países del bloque soviético, tuvo poco que ver con la tradición teórica original del marxismo. Sin embargo, intentó apoyarse en esa tradición, y en cuanto “marxismo-leninismo” pretendió ser la continuación actualizada de la misma en las condiciones históricas del capitalismo imperialista, apareciendo como tal ante la inmensa mayoría de los partidarios y enemigos del socialismo en el mundo entero. Por esa razón, resulta indispensable abordar a la luz de la experiencia histórica que feneció, el balance de las relaciones entre la misma y el desarrollo paralelo de la teoría y el debate marxista.

El socialismo marxista adquirió entidad teórica propia como crítica a los proyectos inimaginarios del socialismo utópico del siglo XIX y la formulación de un nuevo tipo de socialismo “científico”. El rasgo central del nuevo socialismo, fue la definición del sujeto material de la transformación social (el “obrero colectivo” en cuanto síntesis de las modernas fuerzas del trabajo asalariado y la ciencia), y la aseveración de que él sólo podría madurar y convertirse en fuerza dominante como resultado del desarrollo y las contradicciones del propio capitalismo (la socialización del trabajo, la extensión del mercado mundial y los límites históricos del capitalismo para desarrollar ilimitadamente las fuerzas productivas). Por tal razón, excluía la posibilidad de formular un modelo de sociedad socialista futura,

considerando que éste sólo podía surgir del estudio de la experiencia social de lucha contra el capitalismo y, que –mientras ésta no alcanzara un importante desarrollo– sólo era lícito plantear algunas indicaciones muy generales que sirviesen de guía para la acción.

Esta idea de socialismo científico, fue formulada en las primeras épocas del capitalismo industrial –cuando éste sólo existía bajo formas primitivas en una pequeña parte del mundo– y bajo el influjo de la tradición política voluntarista característica del jacobinismo. Ello dio a su esbozo teórico un sesgo ambiguo y contradictorio, en el que coexistían elementos propiamente científicos aportados por el materialismo histórico o la teoría del capitalismo y otros utópico-románticos aportada por la tradición jacobina, la impaciencia revolucionaria o la subestimación de las dificultades prácticas de la transformación social. En este contexto, sin embargo, algunas cosas eran muy claras, como la idea de que el socialismo sólo podría comenzar a construirse en países donde el alto nivel de desarrollo del capitalismo hubiera generado las premisas económicas, sociales, culturales y políticas que hicieran posible esa transformación por medios democráticos (apoyo de la mayoría de la población), a partir de la autorganización de los propios productores y posibilitando un desarrollo mayor y más equilibrado de las fuerzas productivas de la sociedad.

La revolución bolchevique rompió completamente con esta última tradición, cuando impuso una dictadura revolucionaria comunista y dio inicio al intento de construcción del socialismo en un país atrasado y semicapitalista como Rusia, donde el proletariado y el conjunto de la población urbana sólo constituían un pequeño islote inmerso en un inmenso mar de rudimentarias explotaciones campesinas. Esa decisión, fue considerada en su momento por los marxistas críticos del bolchevismo como una completa ruptura con la tradición socialista, que sólo podía conducir a un monstruoso experimento burocrático;¹⁴ pero también por los propios bolcheviques –en la medida en que concordaban con que Rusia carecía de condiciones internas para el socialismo–, que reconocieron que esas decisiones sólo podían justificarse como factor desencadenante de una revolución europea que creían, inminente o –después que se derrumbó esta creencia hacia 1920–21–

¹⁴ Las críticas más interesantes de este tipo son las que provinieron de los mencheviques y de Kautsky. Conforme este último, lo que los bolcheviques estaban construyendo no era el socialismo, sino un sistema de “estatización burocrática” de tipo contrarrevolucionario (que a veces llamaba capitalismo de Estado), puesto que el socialismo no puede existir sin democracia y sin que exista entre las masas trabajadoras “el saber y la conciencia económica necesarias para garantizar un empleo fructífero de las fuerzas productivas por parte de ellos mismos”. Polemizando contra los socialistas que planteaban que lo que la URSS necesitaba era sólo democratizar la superestructura política, sostenía que ella era “irreformable” desde adentro, y sólo podía ser superado por medio de una revolución democrática que adaptara la estructura económica al nivel real de las fuerzas productivas por medio de una economía “mixta”, introduciendo nuevamente en cierta medida el mercado y la competencia y democratizando completamente la vida política. (M. Salvatori, “Presupuestos y temas de la lucha de K. Kautsky contra el bolchevismo. Desarrollo capitalista, democracia, socialismo”, en Claudín y otros, *La crisis del capitalismo en los años veinte. Cuadernos de Pasado y Presente*, México, 1981).

del “seguro” triunfo de la revolución colonial contra el imperialismo, que debía provocar el colapso del capitalismo mundial al privarlo de las sobreganancias de monopolio que supuestamente constituían la base de su estabilidad social.

En realidad, los bolcheviques tomaron el poder “sin un programa racional (y mucho menos generalmente aceptado) en relación con lo que considerarían finalmente su objetivo primordial y requisito esencial del socialismo, la industrialización y modernización de la Rusia atrasada y campesina” (Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*). Su guía de construcción social, no fue por lo tanto alguna idea concreta de construcción económico-social, sino su proyecto voluntarista-jacobino de desencadenamiento de la revolución mundial montado sobre la idea simplista expuesta por Lenin en *El Estado y la revolución*, sobre la posibilidad de prescindir en corto tiempo de la burocracia y los especialistas burgueses y construir un nuevo Estado de tipo comunal. Los choques de estas ideas con la realidad y la necesidad de formular otras nuevas para acomodarse a esta última, daban un carácter errático y pragmático al conjunto de la nueva teoría.

Consecuentes con la idea de que no existían en Rusia condiciones internas para el socialismo, los bolcheviques comenzaron por establecer un “capitalismo de Estado” –conforme Lenin llamara a la propiedad capitalista controlada por el Estado revolucionario desde arriba y el control obrero desde abajo. Pero meses después implantaron el “comunismo de guerra” (1918-21) que estatizó totalmente la industria y el comercio y confiscó las cosechas de los campesinos por medios militares. Tras el interregno de la Nueva Política Económica (NEP) –que expresó un breve intento realista y fructífero por apoyarse en la flexibilización de la dictadura del partido, la cooperativización voluntaria del campo y una industrialización más equilibrada¹⁵ –tuvo lugar la estatización completa de la economía, la industrialización pesada acelerada y la colectivización forzada de la agricultura¹⁶. Am-

¹⁵ La NEP constituyó un intento por revertir la política voluntarista del comunismo de guerra, a partir de una reorientación radical de la política económica y cultural. Se basó en un intento original por generar las premisas internas para una posterior construcción del socialismo. “Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural [escribió Lenin antes de morir] ¿por qué entonces no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?” (“Nuestra revolución”, en *Obras completas*, tomo 36, Cartago, Buenos Aires). El nuevo camino tenía dos aspectos centrales: a) la conversión de los campesinos en cooperativistas insinuados aliados al poder soviético y la gran industria estatizada; y b) el logar los máximos ahorros y eficiencia en el aparato estatal, para canalizar los recursos existentes hacia el desarrollo de la industrialización (ver otros trabajos de la misma época como “Sobre la cooperación” o “Más vale poco y bueno”).

¹⁶ Aunque aplicada desde 1928-29, esta política económica fue teorizada por Preobrazhenski en 1922, bajo el nombre de “acumulación primitiva socialista”. Ella consistía, según su autor, en “la acumulación en manos del Estado de recursos materiales provenientes de fuentes externas al complejo económico estatal”, para permitir llegar muy rápidamente (o lo más rápido posible) “a la fase en que da comienzo la transformación técnico-científica de la economía estatal y en la que esta logrará por fin una supremacía puramente económica sobre el capitalismo”. Dentro de este proceso, “la economía estatal no puede dejar de explotar a la pequeña producción, de apropiarse de parte del sobreproducto del campo y el artesanado y de realizar apropiaciones de la acumulación capitalista en beneficio de la

bos saltos burocrático-militares hacia la centralización total del poder y el excedente económico, conllevaron la eliminación de los logros democráticos del periodo anterior, y fueron respuestas a fenómenos aparentemente contingentes, como el desencadenamiento de la guerra civil y la intervención extranjera en 1918 o la lentitud de los logros de la NEP y el temor ante la superioridad económica y militar del capitalismo en 1928-29.

En los hechos, el resultado de esas políticas de construcción socialista tuvo muy poco que ver con los esbozos teóricos precedentes —de los clásicos del marxismo—, y mucho —casi todo— con condiciones históricas compulsivas que orillaron a los revolucionarios rusos a seguir determinados caminos para poder alcanzar y consolidar su poder. Dentro de ese contexto, la aportación fundamental de los actores del proceso a la teoría marxista del socialismo, no estuvo tanto en las ideas que a la larga prevalecieron, sino en el riquísimo conjunto de formulaciones desechadas y temores fundamentados confirmados a la largo de la historia.

El primer grupo de ese arsenal crítico se dio en torno a la problemática de la democracia, y apareció desde el momento mismo en que los bolcheviques ascendieron al poder. En la tradición marxista prebolchevique, el socialismo —cualquiera fuera la forma en que se le definiera— sólo podía ser alcanzado a través de la organización democrática del Estado y la sociedad y del respeto a los derechos de los ciudadanos y los pueblos. Pero por razones siempre fundadas en necesidades reales o supuestas de la revolución, el bolchevismo desconoció desde el comienzo los derechos democráticos del conjunto del pueblo ruso, al comenzar por suprimir las instituciones representativas generales (como la Asamblea Constituyente convocada por ellos mismos), para continuar eliminando la democracia directa más genuina de la revolución (los soviets),¹⁷ cuya existencia había sido utilizada por su "superioridad sobre la democracia formal" para justificar la liquidación de esta

acumulación socialista" ("La ley fundamental de la acumulación socialista primitiva", en Bujarin-Preobrazhensky, *La acumulación socialista*, Comunicaciones, Madrid, s.f.). Esta política de "dictadura de la industria" (conforme la denominó Trotsky), fue planteada por la Oposición de Izquierda y aplicada hasta el máximo de sus posibilidades por Stalin a partir de 1928. Uno de sus elementos fue la colectivización forzada de la agricultura (establecida para controlar la totalidad del excedente agrario), a costa de una feroz guerra civil y una terrible hambruna que dejó millones de muertos y liquidó más de la mitad de las existencias ganaderas.

¹⁷ Independientemente de los factores objetivos que debilitaron la organización soviética en los dos primeros años de la revolución (como la guerra civil o el derrumbe de la economía), dichos organismos fueron liquidados de hecho por los propios bolcheviques al prohibir la participación de los partidos opositores y los ciudadanos independientes desafechos. Tal prohibición no se debió a la complejidad de los mismos con la contrarrevolución armada, pues envolvió a fuerzas opositoras como el núcleo principal de los mencheviques que había expulsado de sus filas a los que colaboraban con la misma. Este último partido socialista, por ejemplo, luchaba por la reanudación de la asamblea constituyente y la organización de la protesta pacífica contra la orientación totalitaria del gobierno, y su supresión definitiva fue decidida en 1921, después del fin de la guerra civil. La razón principal parece haber sido la importante y probablemente creciente fuerza que los mencheviques tenían dentro del movimiento obrero (véase Samuel Farber, *Before Stalinism. The Rise and Fall of Soviet Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1990).

última. Hizo lo mismo con la organización de la propia clase obrera al suprimir la autonomía de los sindicatos, prohibir el derecho de huelga y militarizar de hecho el trabajo, para terminar liquidando la democracia al interior del propio partido gobernante. La dictadura revolucionaria de los bolcheviques no sólo afectó los derechos políticos de los opositores y la propia mayoría de la población, sino también sus ideas, al institucionalizar la prohibición y censura de las mismas¹⁸ y proscribir las expresiones culturales independientes. Parte fundamental de estos procesos, fue la institucionalización del "terror revolucionario" y las prácticas represivas arbitrarias de la policía secreta —no limitadas por norma legal alguna— desde mucho antes de 1929, que permitieron conformar la nueva ideología represiva que cristalizaría con el advenimiento del stalinismo. El trato que dio a las nacionalidades oprimidas por el zarismo no fue mejor que el que padecieron los ciudadanos de Rusia —como no lo sería tampoco el de las democracias populares—, a pesar de que la lucha en favor del derecho a la autodeterminación de las naciones había constituido uno de los elementos centrales de la tradición revolucionaria leninista.

Este tipo de orientación antidemocrática fue resistida y denunciada por un gran espectro de personalidades y corrientes marxistas fuera y dentro de Rusia y del propio partido gobernante. La más conocida de ellas fue la crítica de Rosa Luxemburgo a la supresión de las instituciones democráticas representativas, que tuvo gran eco entre los propios bolcheviques. Conforme a ella, ese tipo de medidas "sofoca la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas" (en *Crítica de la revolución rusa*). La supresión de la autonomía sindical y los derechos de la clase obrera, fue combatida por diversas corrientes del propio partido gobernante como la Oposición Obrera, los Centralistas Democráticos o bolcheviques "de derecha" como Tomsky, Riazanov o Lozovsky. El advenimiento del monolitismo stalinismo, fue también resistido muy firmemente, tanto desde perspectivas voluntaristas radicales que defendían la democracia interna del partido,¹⁹ como desde la "derecha" bolchevique

¹⁸ El gobierno bolchevique impuso en los primeros años de la revolución un régimen de censura a las ideas y expresiones artísticas que el propio Trotsky calificó de "durísima" en el prólogo a su obra *Literatura y revolución*. Según su concepción (que expresaba el punto de vista de la dirección bolchevique), esta debía ser mantenida indefinidamente. "La censura de la revolución desaparecerá por inútil —escribió— el día que el proletariado venza de un modo duradero en los más poderosos países de Occidente" (subrayado por mí, A.D.). Como se ha señalado con entera justicia, "el error de Trotsky no era solo el de una excesiva seguridad en la inestabilidad y la rapidez de la revolución mundial, como se le reprochó en las polémicas que se sucedieron y como confirmó el curso de los acontecimientos, sino sobre todo el de ignorar que se estaba constituyendo grupos de poder y centros de poder en la 'dictadura del proletariado' gracias a la 'durísima' censura revolucionaria; fenómeno que posteriormente, como es sabido, no hizo más que cristalizar y desarrollarse" (V. Strada, "De la revolución cultural al realismo socialista", en E. J. Hobsbawm, *Historia del marxismo*, t. 8, Bruguera, Barcelona, 1983).

¹⁹ La crítica de la oposición trotskista de izquierda al stalinismo estuvo mucho más centrada en cuestiones de estrategia política revolucionaria (conocido debate sobre revolución mundial y socialismo en un solo país), que en aspectos democráticos. En este último campo, la crítica de Trotsky apuntó a la burocratización del partido y su organización interior. Pero fue acompañada por puntos de vista

(Bujarin, Rikov, Tomsy) que sustentaba puntos de vista más democráticos en relación a la organización del conjunto de la sociedad. Sobre todas estas cuestiones, no fueron menos importantes las aportaciones críticas de marxistas occidentales de diferentes posiciones como Gramsci, Lukács o Korsch.

En el plano específico de la construcción del socialismo, también la crítica se desarrolló en varios campos, de lo que sólo consideramos la cuestión de la estatización en relación a la gestión de la producción y al campesinado. Como quedara planteado en el punto anterior, la concepción bolchevique dio muy poca importancia al papel de la gestión o el control obrero sobre la producción, así como a la autonomía de los sindicatos, dentro de una concepción teórica que terminó por identificar los intereses de los trabajadores con los del partido y el gobierno comunista, y el socialismo con la estatización de los medios de producción bajo la dirección del partido comunista.²⁰ Si a ello se le agrega que —salvo durante el muy breve interregno de la NEP— predominó una concepción que consideraba al campesinado como un enemigo de clase que debía ser reprimido y expropiado, se termina de conformar un tipo de ideología que asocia necesariamente la estatización con la necesaria privación generalizada de derechos a la mayoría de la población.

La oposición fundamentada a estas concepciones desde el interior del propio partido comunista soviético, sentó las bases para el enriquecimiento de la teoría marxista y la comprensión del ulterior proceso de degeneración. La identificación entre estatización y socialismo fue criticada desde diversas perspectivas internas,²¹ que en contraposición a las ideas de Lenin o Trotsky, concibieron al socialismo

similares a los de Stalin en casi todas las otras cuestiones consideradas en el texto, ante las que más bien Trotsky expresó la extrema versión jacobina de la dictadura revolucionaria: el terror rojo, el encarcelamiento de la oposición, la censura, la militarización del trabajo o la prohibición del derecho de huelga.

²⁰ Durante el Noveno Congreso del partido comunista soviético realizado en 1920, Lenin esbozó el núcleo central de la concepción bolchevique sobre la naturaleza de clase del Estado y la economía. Para él, esta no dependía en absoluto de la forma específica que adoptaba la organización de la producción y la gestión económica, sino del carácter de la propiedad de los medios de producción. Desde que el proletariado nacionalizó la propiedad capitalista de los mismos por medio de su partido, pasó a ser la clase dominante cualquiera fuera el régimen de dirección económica, ya que este último dependía de conveniencias prácticas. Dentro de esta perspectiva, se concibió a la participación de los trabajadores en las actividades del Estado y el partido (más que en la empresa), como un medio para combatir la burocratización y mejorar la eficiencia de las instituciones públicas (véase S. Farber, *ibidem*). De esta manera, se tendió a excluir por definición teórica la posibilidad misma de un Estado burocrático-explotador sobre el conjunto del pueblo y la propia clase obrera, lo que es congruente con ulteriores formulas políticas como la de "Estado obrero burocratizado" (o "degenerado") utilizadas por el trotskismo para caracterizar al régimen stalinista.

²¹ Osinsky planteó en 1918 que "la nacionalización [de la industria] no era por sí misma en ningún sentido equivalente a socialismo", y que al excluir a los trabajadores de la gestión, "los convertía en un elemento pasivo, el objeto más que el sujeto de la organización del trabajo en la producción". Un punto de vista parecido sostuvieron algo después la Oposición Obrera (Shlyapnikov, Kollantai) o el grupo sindical de Tomsy, que defendieron el traspaso de la dirección de la industria a los sindicatos. La diferencia entre ambas posiciones estuvo en que Osinsky proponía una red nacional de Consejos Económicos del Pueblo (CEP) integrado por delegados de las distintas empresas, que contaban a su vez con direcciones mayoritariamente obreras (dos tercios de la misma, dividida entre un tercio de la propia

como un tipo de organización de la producción que requiere necesariamente de la participación directa de los propios trabajadores. Desde una de estas perspectivas —que creía que la capacidad de gestión obrera sería resultado del socialismo y no su condición, dada su debilidad al momento de la revolución—, Bujarin advirtió ya en 1921 sobre el peligro de que el atraso cultural de las masas trabajadoras condujera a la asimilación de las direcciones obreras a la burocracia gobernante, a la conformación de una nueva clase dirigente "monopolista-burocrática" y a la constitución de un nuevo tipo de Estado "burocrático-explotador".²²

En cuanto a las consecuencias de la estatización forzada de la pequeña producción campesina, también Bujarin previó con precisión el trágico desenlace que vivimos.

El intento de sustituir a todos los pequeños productores por funcionarios estatales crea un aparato burocrático tan gigantesco [señaló] que sus costos sociales son más graves que los provocados por la situación anárquica propia de los estamentos de pequeños productores. Toda la forma administrativa, todo el aparato económico del Estado proletario, se convertirá entonces en cadenas de las fuerzas productivas y obstaculizarán su propio desarrollo. Por eso es absolutamente necesario romper ese aparato burocrático. Otras fuerzas lo harán si no lo hace el proletariado mismo.²³

empresa y otro de la CEP). Losovsky, a diferencia de los anteriores, consideraba que en Rusia no estaban aún dadas las condiciones para el socialismo, por lo que se oponía tanto a la estatización de la industria (por considerarla una medida voluntarista) como a la autogestión (en la que veía un factor de desorganización de la producción). Pero partiendo de la misma definición de Osinsky del socialismo, consideraba que los trabajadores debían prepararse para asumir la dirección cuando existiesen condiciones para ello (después del triunfo de la revolución europea) mediante un tipo de control obrero regulativo de la producción más que organizador de ella (S. Farber, *ibidem*).

²² Para Bujarin, "la dictadura del proletariado era en realidad la dictadura del partido [...] Como la clase obrera era incapaz de crear su propia élite intelectual en el seno del capitalismo, sus líderes más destacados [del partido A. D.] procedían necesariamente de una clase hostil [...] de la inteligencia burguesa". Si durante el período de transición el proletariado, de maduración lenta y en su mayor parte sin desarrollar, permanecía política, cultural y administrativamente subordinado a una serie de autoridades superiores, entonces era muy grande el peligro de que degenerara el ideal socialista. Si, además "los estratos avanzados del proletariado [sus cuadros dirigentes] habían de alienarse de las masas" y ser asimilados a las élites administrativas dominantes, podían entonces fundirse en una "clase monopolista y privilegiada" y juntos "transformarse en el embrión de una nueva clase dirigente". Esa nueva clase no estaría basada en la propiedad privada, sino en el "monopolio de la autoridad y del privilegio". Los únicos fenómenos que podía "minar" esa tendencia, eran el "aumento de las fuerzas productivas", "el fin del monopolio educativo" y la constitución creciente de organismos sociales independientes que llenaran el vacío que separaba al Estado revolucionario de la sociedad (S. P. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Sign XXI, Madrid, 1976, pp. 201-204).

²³ Esta idea fue desarrollada en una época tan temprana como 1922 en el IV Congreso de la Internacional, y constituirá desde entonces el leitmotiv de la lucha de Bujarin contra la política económica preconizada inicialmente por Preobrazhenski y Trotsky y luego por Stalin (véase Cohen, *ibidem*, y A. G. Lowy, *El comunismo de Bujarin*, Grijalbo, Barcelona, 1972).

Esta conciencia de los límites y peligros de la estatización de algunos de los más destacados revolucionarios rusos, fue paralela a otra en torno a las posibles consecuencias de la inferioridad económica y cultural de la Unión Soviética frente al capitalismo mundial. Trotsky fue probablemente el que expresó mejor este temor, al señalar poco después de la revolución que una de las reglas básicas de la historia es que “la victoria es en último término del régimen que asegure a la sociedad humana el mayor nivel económico” (cit. por Mandel, *Trotsky, teoría y práctica*). Y luego, ya en plena industrialización stalinista y depresión mundial del capitalismo, cuando escribió que “en la técnica, la economía, el arte militar, el imperialismo es infinitamente más poderoso que la URSS”, por lo que “sin intervención de la revolución europea las bases sociales de la URSS se derrumbarán, tanto en caso de victoria como en caso de derrota” (cit. por Claudio, en *La crisis del movimiento comunista internacional*). Y así sería efectivamente, a pesar de que la Unión Soviética triunfó en la segunda guerra mundial y pasó a ser una de las grandes superpotencias mundiales.

En la segunda posguerra apareció una nueva oleada de críticas fructíferas de muy variado tipo, que se tradujeron en intentos de modalidades más democráticas de socialismo de Estado, como la yugoslava —con su intento de conjugar estatización y autogestión—, o la china —con su preocupación por la cooperación rural—, así como en proyectos reformistas abortados o sólo aplicados limitadamente en la Unión Soviética, Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Cuba. Salvo en el caso de la revolución cultural china o el efímero intento de construir un “hombre nuevo” en Cuba, inspirados por propósitos utópico-voluntaristas, el conjunto de los experimentos reformistas (yugoslavo, soviético bajo Jrushov, checo, polaco, húngaro o chino posterior a 1978) y propuestas teóricas renovadoras confluyeron en esfuerzos por concebir y construir un nuevo tipo de socialismo descentralizado “de mercado”, dentro del cual se inscribieron diferentes tipos de modalidades como la autogestionaria.

Simultáneamente, el llamado marxismo occidental cuestionó los rasgos burocráticos, jerárquicos e ideologistas del socialismo “realmente existente”, incorporando a su crítica elementos renovadores que habían estado poco presentes con anterioridad, como las perspectivas ecologista, feminista, pacifista o humanista, la nueva problemática de la comunicación de masas o el intento por profundizar la temática del mundo del trabajo (tecnología y proceso de trabajo, cambios en la naturaleza de la relación salarial, condiciones de la lucha obrera). Un aspecto central de esta aportación se dio en el terreno filosófico, desde donde se criticó la escolástica materialista dialéctica desde una rica diversidad de ángulos: la praxis social, la tradición humanista, el método científico.

La mayor parte de las mismas, confluyeron social y políticamente en lo que se conoció en la segunda mitad de los sesenta como la “nueva izquierda”, que tendió a convergir con las luchas obreras y revolucionarias de la época sin llegar a generar empero un nuevo proyecto socialista. Esta falta de cristalización debe atribuirse en gran parte al insuficiente desarrollo de condiciones objetivas para ello, como la persistencia del orden bipolar de posguerra o la debilidad de los esbozos de ac-

ción independiente del movimiento obrero occidental. Pero también a la presencia en su interior de fuertes elementos utópico-voluntaristas que obstruyeran los esfuerzos por desarrollar una verdadera teoría científica del socialismo moderno, dejando en gran parte esa tarea a intelectuales no marxistas.²⁴

Sin embargo, y a pesar de sus ambigüedades y falta de cristalización teórica y orgánica, estos diversos elementos críticos y de acción alternativa, demostraron que el marxismo aún estaba vivo y era capaz de asumir desde dentro, el cuestionamiento del marxismo y el socialismo oficial.

3. EL FUTURO DEL SOCIALISMO MARXISTA

Por las razones planteadas en los dos apartados anteriores, el socialismo marxista vive una crisis de enormes proporciones. No es, sin embargo, la primera vez que el movimiento y la teoría socialista atraviesa una gran crisis. Tras la derrota de la Comuna de París en 1871, tuvo lugar el primer colapso que acarreó la liquidación de la Primera Internacional. El estallido de la primera guerra mundial, a su vez, provocó la ruina de la Segunda Internacional que sería completada por la aparición de la Tercera (la Internacional Comunista). Sin embargo, ninguna de estas crisis significó el fin del socialismo marxista, sino que se tradujeron en procesos de reformulación teórica y reconstitución política que condujeron a los partidos socialdemócratas europeos de la Segunda Internacional en el primer caso y a los Estados, partidos comunistas y movimientos revolucionarios del llamado tercer mundo característicos del último ciclo del socialismo mundial. ¿Volverá a suceder algo parecido?

Para intentar responder a esta pregunta, debe partirse de la idea de que la presente crisis es mucho más profunda y generalizada que las anteriores, porque abarca un universo de campos y problemas vastos, es el resultado de una derrota no bélica ante la superioridad tecnológica, política y cultural del capitalismo y afecta a un movimiento que cuenta con mucho menos reservas teóricas y políticas de recambio, en una época en que el capitalismo mundial se halla en pleno proceso de recuperación y reestructuración.

En estas condiciones tan difíciles, el porvenir del socialismo marxista dependerá de su capacidad para afrontar el conjunto de los retos que le plantea la historia, lo que en modo alguno está garantizado de antemano. Alcanzo a ver cuatro retos fundamentales: a) el de su capacidad autocrítica del legado anterior; b) el del desarrollo y la actualización de su teoría; c) el de la comprensión de las nuevas tendencias del capitalismo, la vida social y el propio socialismo y, d) el de la recomposición del movimiento socialista de masas como alternativa válida de transformación social. Cada una de estas exigencias plantea requerimientos específicos.

²⁴ Conforme a Perry Anderson, quizá la “primera obra fundamental de la posguerra sobre el socialismo” (*La economía del socialismo posible*, de Alec Nove) fue escrita fuera de la tradición marxista (*Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 127). Habría que agregar, que también lo hizo criticando tanto al “socialismo real”, como a los elementos utopistas y voluntaristas del esbozo de socialismo alternativo esbozado por la nueva izquierda.

cos. Pero salvo la primera, que es en realidad la precondition de las restantes —en cuanto toma de partido frente a las tendencias del desarrollo histórico—, las otras tres se presuponen mutuamente.

a) *La autocritica radical del pasado.* Esta cuestión es una exigencia de comprensión histórica y teórica para poder rectificar el rumbo; pero también, una respuesta política insoslayable a la ofensiva capitalista contra el conjunto del socialismo y el marxismo, que pretende identificarlos con su deformación estatista y totalitaria. Los ideólogos del capitalismo están haciendo esa crítica, y no la hacen mal. Tienen gran eco, se apoyan en valores y tradiciones culturales de la época y están formando escuela. Si los marxistas no lo hacen mejor, el suyo será el juicio de la historia.

La crítica marxista debe partir de la concepción del socialismo que lo concibe como un sistema social superior al capitalismo, no sólo en términos de justicia social, sino también de eficiencia y racionalidad económicas (capacidad de desarrollar más plena y equilibradamente las fuerzas productivas), de organización política (mayor democracia y participación social) y de desarrollo cultural. Debe explicar las razones históricas e ideológicas que condujeron al aborto histórico resultante, viendo en él una modalidad primitiva y espuria de socialismo, producto de un esfuerzo voluntarista por intentar construir una sociedad más justa que la capitalista, en una época y lugar histórico donde aún no existían condiciones económicas y culturales para construir una verdadera sociedad socialista. Tal crítica, para ser consecuente, deberá atacar los fundamentos ideológicos y morales más profundos del socialismo de Estado, como el burocratismo, el autoritarismo, el voluntarismo, el paternalismo demagógico o el ideologismo, traduciéndose en la búsqueda de nuevos principios prácticos y distintos modos de abordar y controlar socialmente fenómenos como los mencionados.

b) *El desarrollo y la actualización de la teoría.* Este aspecto de la reconstitución, debe partir del reconocimiento de que el marxismo no es un modelo ideal a aplicarse deductivamente a la realidad social, sino un cuerpo vivo de pensamiento en desarrollo y permanente confrontación con los hechos, sujeto él mismo a los avatares de la historia, que incluye una concepción del mundo, un método de interpretación histórica y un conjunto de teorías e hipótesis sobre la realidad social sujetas a comprobación, adecuación y rectificación. Desde esta asunción, debe tratar de retomar los aspectos más sólidos de sus propuestas fundacionales y clásicas, en sí mismas, en confrontación con la historia anterior y los acontecimientos actuales, con el escolasticismo "marxista-leninista" y con las corrientes y aportaciones más importantes del pensamiento no-marxista. Para ello deberá abordar necesariamente sus insuficiencias comprobadas (vacíos, esbozos no precisados, errores o ilusiones), incorporar las múltiples aportaciones del pensamiento no-marxista y desarrollar el conjunto de la teoría para adecuarla a las necesidades de comprensión de la actual realidad social y el impulso a las luchas por su transformación.

Esta gran tarea deberá abarcar al conjunto de las ciencias y disciplinas histórico-sociales. Pero deberá otorgar una importancia particular a las esferas de co-

nocimiento más afectadas por la crisis (como la teoría del socialismo) o por los intentos de convertir al marxismo en ideología de Estado.

La teoría del socialismo debe ser reelaborada totalmente sobre una base histórico-materialista. A diferencia de lo que sucedía en la época de Marx —en la que el socialismo era poco más que un sueño—, existe hoy una amplísima experiencia histórica de intentos por desarrollar relaciones socialistas tanto a nivel político-estatal, como de organización autogestionaria, cooperativa o comunal, o de múltiples formas de organización de la solidaridad social. Apoyada en el análisis de estas variadísimas experiencias, de sus éxitos y fracasos, y de sus condicionamientos históricos y culturales, debe hacerse un gran esfuerzo para precisar, depurar y corregir las hipótesis fundacionales, eliminando de las mismas los elementos utópico-románticos, especulativos y voluntaristas, para sustituirlos por planteamientos precisos factibles de traducirse en prácticas sociales operativas. La experiencia histórica y el trabajo crítico y teórico acumulado, permiten abordar concretamente las cuestiones más cruciales del socialismo de hoy. Entre ellas, existen algunas particularmente importantes, como la vinculación precisa entre plan, mercado y autogestión;²⁵ entre propiedad pública y gestión social; entre eliminación de explotación de clase y de otras formas de opresión no clasistas como la de género; entre los diferentes niveles de desarrollo económico y posibilidad (y modalidad) del socialismo; entre cantidad y calidad-eficiencia de trabajo en la determinación del principio socialista de trabajo equivalente; entre trabajo especializado de administración y gestión (burocrática) y control social sobre los funcionarios y las relaciones de poder; entre democracia representativa y directa dentro de una nueva concepción de democracia socialista.

Dentro de esta perspectiva, el elemento utópico común a todas las formas anteriores de ideal socialista (las aspiraciones de justicia y libertad) debe sustituir como un sustrato ético que también requiere ser modernizado y enriquecido por la incorporación de nuevas valoraciones, como la de una nueva idea de progreso —que contemple el ingrediente ecológico o el de calidad de vida—, o el de una nueva cultura solidaria y socialmente responsable.²⁶

²⁵ Para el socialismo de Estado en todas sus expresiones, el socialismo es la supresión del mercado por el plan central. Pero para el socialismo autogestionario y democrático, es la supresión del mando despótico del capital sobre el trabajo por medio de la gestión social. Dentro de esta última perspectiva, la supresión de la propiedad y la gestión capitalista puede coexistir durante un periodo histórico con la subsistencia de modalidades reguladas de intercambio mercantil, tanto por razones de conveniencia económica general, como porque la autogestión empresarial requiere la autonomía de las empresas frente al Estado (ya que es prácticamente imposible o carece de significación si las decisiones de producción son dadas por el plan central). Es por ello que todos los intentos por establecer la autogestión al interior del socialismo real (yugoslavo, polaco de 1956-57, checoslovaco de 1967-68, inicial de Solidaridad) fueron parte de proyectos descentralizadores y liberalizadores, mientras que la imposición de la planificación central coincidió siempre con la liquidación de todas las formas de cooperación voluntaria, organización autónoma o gestión obrera. Al respecto véase mi trabajo "Proletarios, intelectuales y despotas", *Teoría y Política*, núm. 4, México, abril-junio de 1981.

²⁶ Una de las principales conclusiones de J. Kormai en su análisis crítico de las economías socialistas de Europa Oriental, es que los intentos imprescindibles por establecer eficiencia, entraban en con-

En cuanto a las disciplinas sociales más afectadas por el esclerosamiento y dogmatización del marxismo, debe destacarse la filosofía y en particular la metodología. Existen aquí grandes problemas a resolver, como el de la relación (y confusión) tratada por marxistas eminentes como Manuel Sacristán Luzón, entre la racionalidad analítica de la ciencia experimental moderna, la racionalidad sintético-totalizadora del pensamiento dialéctico y la racionalidad crítico-práctica consustancial a la acción revolucionaria, en cuanto requerimientos de la concepción unitaria del mundo y la sociedad que es la filosofía de la praxis. Pero tampoco el materialismo histórico puede quedar libre de una reconsideración global, para llenar vacíos, precisar y relacionar ideas fundamentales e incorporar aportaciones de la antropología cultural, el feminismo, el ecologismo o el institucionalismo. Este tipo de prioridades teórico-metodológicas, es requerido también por una fundamental razón política: la lucha contra el relativismo posmodernista y el neoliberalismo, que amenazan a la racionalidad misma del pensamiento histórico y social contemporáneo.

c) *La comprensión de las nuevas tendencias del desarrollo histórico y el cambio social.* Mi hipótesis de trabajo es que el capitalismo está entrando en una nueva fase de su desarrollo histórico que abarca al conjunto de su conformación social y espacial, como resultado de la conjunción entre la nueva revolución tecnológica, la derrota del campo socialista y la incorporación abierta al mercado mundial del conjunto de las regiones del planeta. Si esto es así, debe abandonarse completamente la idea común al stalinismo y la izquierda radical, de que el capitalismo maduro de nuestros días es un fenómeno virtualmente "agonizante", incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, que sólo puede sobrevivir por medio del fascismo u otras formas semejantes de barbarie, y prepararse para reconstituir el movimiento socialista a lo largo de un prolongado proceso histórico moldeado por los nuevos rasgos y contradicciones del sistema social dominante.

La nueva fase del capitalismo que comienza a dibujarse, se diferenciará de la anterior en múltiples cuestiones. Tendrá una diferente base productiva cimentada principalmente en la microelectrónica, la automatización flexible, el trabajo en equipos y las redes integradas de comunicación. Contará con una diferente estructura del capital, de la fuerza de trabajo y de la relación salarial; del papel y la estructura de los servicios; de los patrones de consumo y distribución. Habrá en ella

tradición no sólo con los intereses de la burocracia, sino también con la ética socialista. Ello puede ejemplificarse en cuestiones tales como la participación de los trabajadores en la participación de las empresas (que en la medida de que también dependen de factores cualitativos tales como la eficiencia afectan el principio de "a igual trabajo igual salario") o del cierre o reestructuración de las empresas ineficientes, que afecta la seguridad social (ver A. Erquizio, *Funcionamiento de la economía socialista: contradicciones y dilemas. El aporte de Janos Kornai*, Universidad de Sonora, México, 1989). Conforme ello, la compatibilización de los principios de eficiencia y solidaridad social al interior de un mismo cuerpo de doctrina y valorización social, requiere también del desarrollo de los principios morales del socialismo en el sentido de vincular los intereses individuales y colectivos de los trabajadores con los del conjunto de la sociedad. Pero ese nuevo tipo de moral sólo puede ser desarrollada, dentro de un movimiento social que demande nuevas formas de seguridad social y capacitación laboral, o modalidades de participación en las ganancias que combinen los beneficios a nivel de empresa con la constitución de fondos sociales de utilización más amplia.

un mayor lugar para el mercado en su relación con el Estado. Surgirán y se extenderán nuevas formas de miseria social. Todo ello se expresará en distintas modalidades de acumulación y reproducción del capital, en cambiantes expresiones de la lucha social y en nuevas formas globales de regulación.

Una de las mayores diferencias se hallará en las nuevas condiciones de funcionamiento del capitalismo mundial, conforme patrones de conformación espacial, concurrenciales y regulatorios muy diferentes a los que emergieron de la primera guerra mundial, o de los que los continuaron en la segunda posguerra. Del capitalismo monopolio-imperialista estudiado por Lenin —que conllevaba el desarrollo de la militarización y la estatización de las fuerzas productivas—, se está pasando a otro mucho más parecido al que intuyera Kautsky en su polémica clásica con Lenin sobre el imperialismo (el "ultraimperialismo"), caracterizado por un acuerdo intercapitalista general para explotar conjuntamente y por medios pacíficos al conjunto del mundo. De allí que también a este nivel resulte esencial abandonar viejas ideas y encarar el estudio del nuevo contexto y sus múltiples consecuencias sobre las diferentes regiones y países y el conjunto de otros problemas de importancia igualmente grande.

No menos importantes son las modificaciones de las relaciones sociales. A este nivel debe señalarse la necesidad de estudiar los cambios en la división y organización social del trabajo; en las formas de comunicación social; en las relaciones entre los géneros, etnias y generaciones; en la configuración de los espacios urbanos y comunales; en las nuevas formas de subordinación del campesinado al capital. Lo mismo sucede en relación a las nuevas necesidades y demandas sociales: feministas, derechos humanos y civiles, lucha contra la violencia, resistencia a los abusos de poder. Al estudiar estas cuestiones, se deberán abordar aspectos más generales del desarrollo social que están más o menos conectados con el conjunto de estos u otros problemas, como el nuevo papel de la personalidad individual, sus exigencias actuales y su relación con los colectivos y demandas sociales.²⁷

²⁷ Uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo, y núcleo dinámico de las revoluciones de la libertad en Europa del Este, es la emergencia de los derechos individuales contra las diferentes formas de compulsiones estatales y autoritarias. Desde la vieja perspectiva de la izquierda, esto sólo expresaría la creciente influencia del mercado o del neoliberalismo. Pero en realidad, es la expresión de un nivel más avanzado del desarrollo internacional de las fuerzas productivas y la modernización social que conlleva la incorporación masiva de la población al mercado del trabajo, la urbanización y la escolaridad generalizada, la destrucción de la familia patriarcal, la extensión de la comunicación de masas, la diversificación de las posibilidades de consumo, los cambios en la organización del trabajo o la multiplicidad de influencias culturales entrelazadas. El aspecto reaccionario de este fenómeno, no está en el fenómeno mismo, sino en su implementación política por el neoliberalismo contra las viejas formas burocráticas y corporativas del socialismo y el propio capitalismo anterior. En sí mismo (conforme la síntesis que hace Rosdolsky de la idea de Marx), es un momento de la historia de la humanidad, "como proceso necesario de la formación de la personalidad humana y su libertad" (*Génesis y estructura de el Capital*, Siglo XXI, México, p. 458). Desde una perspectiva socialista-marxista, de lo que se trata, es de integrar la individualidad dentro de nuevas formas de solidaridad social y lucha contra las relaciones de poder y el capitalismo, apoyándose en un nuevo esfuerzo de síntesis cultural.

En las áreas periféricas del capitalismo mundial, la extensión y maduración del capitalismo, la complejización de las relaciones sociales o la internacionalización de los patrones culturales, están generando una nueva relación entre el Estado y la sociedad civil, la aparición de nuevas formas de cultura societaria y la vertiginosa extensión y ampliación de la democracia. En el plano cultural, ha comenzado a emerger un nuevo patrón de comportamiento que acentúa los elementos seculares de la realización individual, la responsabilidad social y el establecimiento de normas objetivas de regulación social, en detrimento de las relaciones clánicas, caciquiles o corporativas heredadas de los modos de producción precapitalistas. Las demandas democráticas han pasado a ocupar el lugar central del escenario político mundial, extendiéndose al conjunto del planeta y a nuevas esferas de la vida social. Pero también se está ampliando su contenido para abarcar cada vez más a la pluralidad social y el respeto a las minorías, al nivel que ocupa dentro de ella el gobierno de las mayorías.

En conjunto, puede decirse que las nuevas condiciones históricas tienden a generar condiciones objetivas mucho más favorables que las anteriores, para el desarrollo de experiencias socialistas cercanas al ideal marxista original. También, que la mundialización del capitalismo y la multiplicación de las contradicciones generadas por su desarrollo, permiten predecir un nuevo ciclo de grandes conflictos sociales, ecológicos y culturales que debieran hacer posible una transformación radical de las relaciones sociales. Pero ello no sólo requerirá de reformulación de la teoría socialista, sino también de la existencia de un nuevo movimiento político social de masas orientado en esa perspectiva. ¿Podrá éste conformarse? Y de hacerlo, ¿cuál será la influencia del marxismo en el mismo?

d) *La recomposición del movimiento socialista.* Esta cuestión comprende tanto la del desarrollo de un nuevo movimiento socialista, como el de la influencia y capacidad de orientación que pueda jugar el marxismo dentro de él. Es el más difícil de resolver y analizar, porque depende en mayor medida de incógnitas que escapan al propio control de los marxistas. ¿Podrá el capitalismo asimilar políticamente a la clase obrera? ¿Será reparable el daño causado por el desprestigio del marxismo soviético? ¿Cómo se orientará la juventud en el futuro? ¿Qué podrá rescatarse del viejo marxismo-leninismo? ¿Cuál será el futuro de la socialdemocracia y sus sectores renovadores? Lo que es claro en todo caso es que será una tarea muy compleja, que insumirá un período prolongado y que requerirá de soluciones muy diferentes a las que condujeron a la constitución de las diferentes Internacionales.

El marxismo deberá establecer una tajante diferencia entre lo que es él mismo como instrumento cultural de conocimiento y guía teórica para la acción, y lo que deberá ser el nuevo movimiento socialista como fenómeno pluralista de masas. Para ello, deberá renunciar a tratar de convertirse en ideología oficial (de Estado, de partido, de sindicato), procurando establecer un nuevo tipo de relación entre los círculos y grupos marxistas con los movimientos políticos y sociales de masas basada en la complementariedad y la interacción. Ello requerirá que la intelectualidad abandone los propósitos de dirigir como tal a los movimientos populares, para sustituir ese papel por el de educador, colaborador y orientador, lo que re-

querirá de un nuevo tipo de metodología de trabajo que rompa completamente con la tradición voluntarista y paternalista del viejo socialismo.

Para hacerlo deberá apoyarse en las mejores tradiciones políticas del socialismo anterior, aplicables en la época actual, como la de la construcción de los grandes sindicatos y partidos de masas del siglo XIX y principio del XX, la organización de consejos obreros o la reformulación gramsciana de la teoría de la revolución. También en las aportaciones de las corrientes avanzadas del movimiento político-social como las autogestionarias, feministas, ecologistas, antirracistas, pacifistas o defensoras de derechos humanos y civiles. Finalmente, tener presente para no reincidir en ellos, las acciones y métodos del socialismo de Estado y el voluntarismo burocrático.

El nuevo movimiento deberá necesariamente ser un socialismo moderno, que abarque a las nuevas fuerzas del trabajo y el progreso, respetando sus propias tendencias y modalidades de acción, lucha y organización. Su base social deberá ser mucho más amplia y compleja que la de los anteriores movimientos socialistas, dado el cambio sustancial que se ha operado en la composición social y cultural del "obrero colectivo": el predominio cuantitativo de los empleados sobre los obreros, el creciente peso de las mujeres frente a los hombres, la gran importancia funcional y numérica del trabajo científico, la multiplicidad de los niveles de calificación, la composición multirracional y multiétnica, la importancia creciente de los problemas del consumo familiar y colectivo, de la capacitación o del tiempo libre. El movimiento sindical o lo que quede de él, deberá superar su tradición puramente distribucionista para orientarse mucho más hacia los problemas de la producción, la capacitación y la gestión. La conversión de esta nueva clase obrera en una clase "para sí" será una tarea muy compleja que requerirá de la integración en un solo sujeto político social del trabajador como productor —en el lugar de trabajo— y como consumidor —en la colonia—, la resolución de los conflictos interiores de género entre hombres y mujeres, culturales entre obreros e intelectuales o étnicos entre nacionales y migrantes, lo que requerirá de un enorme trabajo cultural de comunicación y concientización. El sindicato no podrá cumplir todas estas funciones y aún así deberá asumir algunas de ellas convirtiéndose en un centro de capacitación y educación obrera.

Pero dentro de esta nueva perspectiva socialista, el nuevo movimiento obrero sólo será una parte de un movimiento popular y democrático mucho más amplio integrado por cooperativas, uniones de consumidores, colonos y pequeños productores y prestadores de servicios, o de grupos feministas, ecologistas, de minorías discriminadas o en lucha por derechos humanos, entre otros. Los nuevos partidos socialistas debieran concentrarse en canalizar, orientar y organizar la lucha política al interior del Estado, ampliando espacios democráticos, formulando programas específicos —adaptados a las condiciones de cada país— y propuestas de políticas públicas, proponiendo reformas institucionales y sociales, promoviendo la participación y el desarrollo de la conciencia política del pueblo y tratando de conformar con sus organizaciones sociales y culturales bloques de convergencia democrática en camino a la transformación del sistema capitalista.

Otra cuestión fundamental, será la del desarrollo de las relaciones internacionales entre los partidos, sindicatos, movimientos sociales y culturales e intelectuales, en marcha hacia la conformación de redes estables de organización e intercambio de ideas y experiencias. Este aspecto, como ya se señaló, adquirirá una importancia cada vez mayor que se traducirá en una gran cantidad de cuestiones prácticas.

Este nuevo socialismo moderno tendrá que otorgar gran importancia a la definición precisa de lineamientos programáticos de alternativa y transformación, que permitieran diferenciarlo claramente, tanto de las fuerzas defensoras del capitalismo como de la izquierda demagógica y paternalista. Entre los múltiples problemas que pudieran contemplarse, hay cuatro ejes interrelacionados que destacan por su importancia de principio, desde la perspectiva del marxismo. El primero, seguirá siendo sin duda alguna el de las propuestas de reforma y transformaciones sociales sobre un espectro amplio de problemas que vinculen las necesidades históricas del desarrollo social y cultural con las demandas concretas de los sectores explotados y oprimidos. El segundo, deberá girar en torno a la transformación democrática del Estado, los servicios públicos y las instituciones civiles. El tercero, debe proponer un nuevo tipo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales que conjugue el progreso tecnológico, el crecimiento económico y la promoción de las regiones marginadas con protección al medio ambiente, la conservación de los recursos naturales y el mejoramiento de la calidad de vida. El cuarto, tendrá que ver con propuestas internacionales en torno a los grandes problemas que afectan al conjunto del mundo, como el desarme, los peligros ecológicos que amenazan al planeta, la reforma democrática del orden internacional, la lucha contra la opresión nacional, la integración de cada país al orden internacional o a los diferentes bloques de países.

Estas orientaciones y propuestas, debieran tratar de articularse en torno a estrategias revolucionarias muy diferentes a las propugnadas por el bolchevismo y sus herederos históricos. Si en el pasado que termina ésta se basó en la construcción de aparatos "de vanguardia" o en la orientación de la lucha de masas hacia la confrontación directa y la toma violenta del poder, la nueva estrategia socialista debiera parecerse mucho más a lo que Gramsci denominara una "guerra de posiciones". Esta nueva "guerra" pacífica y civil, debiera disputarse en todos los espacios de presencia popular, orientada a generar redes cada vez más amplias de autorganización, concientización, gestión y control desde abajo, para convertir el momento de "toma del poder" en un proceso prolongado y disperso de modificación de las relaciones sociales de fuerza en la base de la sociedad, que tienda a madurar y convergir orgánicamente en torno a alternativas viables y progresistas de transformación social. Dentro de esta perspectiva, sería factible combinar la apuesta a las vías alternativas más democráticas, progresistas y sociales posibles dentro del capitalismo, con el tipo de acumulación de fuerzas social, política y cultural que pudiera permitir ulteriormente disputar la dirección del Estado y la sociedad, cuando el agotamiento del ciclo expansivo del capital genere las condiciones políticas para ello.²⁸

²⁸ No existe ninguna razón que lleve a pensar que el nuevo ciclo de acumulación de capital que

¿Será una utopía? Puede ser. Pero en todo caso, una utopía fructífera que intenta apoyarse en las tendencias más progresistas del desarrollo histórico mediante el elevamiento social, cultural y moral de los trabajadores y demás sectores explotados y oprimidos. Los otros caminos parecen conducir a formas prosaicas de integración en el capitalismo, a algún nuevo tipo de aventura sin futuro ni resultados rescatables o a utopías románticas carentes de viabilidad histórica.

Si el marxismo no es capaz de responder a los cuatro retos señalados, se habrá convertido en una concepción decadente del mundo y de la historia, que sólo logrará subsistir bajo una forma puramente intelectual. La lucha socialista, desprovista del elemento orientador suministrado por el marxismo, volverá a ser entonces un movimiento utópico de protesta social incapaz de generar alternativas prácticas de transformación social o, en su caso, un mero receptáculo pragmático de las aspiraciones de reforma.

está comenzando a nivel mundial, no culmine como todos los demás en otra gran crisis de acumulación que cree condiciones propicias para salidas socialistas. Por el contrario, lo más probable es que esa futura crisis, tenga una dimensión mundial mucho mayor que las anteriores por el nivel de internacionalización alcanzado por las fuerzas productivas y la maduración global del sistema a nivel mundial.

Cuestionario 13

1. Enuncie los principales problemas que condujeron a la crisis del "socialismo realmente existente".
2. Explique en qué consiste "el intento de construcción socialista" que se desarrolló en la URSS y demás países del bloque socialista, en su relación con la tradición teórica marxista.
3. Señale la relación entre la política de construcción socialista y las bases teóricas del marxismo.
4. A partir de la propuesta del autor en torno a las posibilidades de un nuevo tipo de socialismo, explique cada uno de los factores que incidirían en la construcción de este nuevo sistema.
5. Reflexione sobre la temática central del artículo y dé su opinión al respecto.

ENRIQUE SEMO

Umbral de una época



2895083

Enrique Semo
"Umbral de una época"
en *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, de
Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y UAM
XOCH., México, 1991, pp. 117-135.

Año inolvidable, el de 1989. Debido a su caliente otoño, millones de hombres y mujeres pueden ahora interrogarse libremente sobre el tipo de sociedad en la cual quieren vivir. Presenciamos, deslumbrados, uno de esos raros movimientos de la historia en los cuales en una vasta parte del mundo el orden establecido no se da por sentado y la gente puede buscar nuevas opciones. Al término de la segunda guerra mundial, hubo otro momento similar y la humanidad lo desaprovechó. Naufragó en la guerra fría que todo lo redujo a un binomio estéril y maniqueo. Democracia o comunismo, lo llamaban en Occidente, socialismo o capitalismo, en Oriente. 1989 nos hizo recobrar la universalidad de la palabra y la pluralidad de las alternativas. Mal haríamos en caer en la trampa del mundo de la posguerra pensando que desaparecido uno de los términos, solo queda en el horizonte el otro. Al contrario, ese se ensancha y los puntos de referencia se multiplican. En el idioma de la guerra fría es el fin de la historia, en el del siglo XXI, el principio de otras muchas historias. Están en crisis ambos sistemas y las esperanzas del siglo XXI solo pueden fincarse en una nueva concepción de la civilización.

A un año de la caída del muro de Berlín, podemos ya preguntarnos qué fue realmente lo que sucedió en estos países que se extienden desde el Asia Menor hasta el Este, Centro y Sur de Europa. Un sistema político que dominó durante cerca de setenta años, se derrumbó como una casa devorada por las termitas. La estructura social en la cual se apoyaba, entró en una profunda crisis. Un poderoso bloque de Estados que era la base del equilibrio bipolar de la posguerra desapareció. La ideología oficial que les daba sustento fue masivamente repudiada.

¿Qué nombre podemos dar a este inesperado terremoto que sacudió a la humanidad a fin de siglo? Toynbee estampó el concepto de "colapso de las civilizaciones" que definió en los siguientes términos:

Los colapsos son fracasos en la audaz tentativa de ascender del nivel de la humanidad primitiva que vive la vida de un animal social hasta las alturas de un tipo de existencia sobrehumana en una comunión de santos, [...] lo hemos comparado con los alpinistas que hallan la muerte despeñándose, o que permanecen en trance de agonía, contra la saliente por la que acaban de trepar sin conseguir completar la ascensión y alcanzar en el declive siguiente un sitio donde descansar [...]. La naturaleza del colapso de las civilizaciones puede concentrarse en tres puntos: fracaso del poder creador de la minoría, de resultas de ello, falta de mimesis por parte de la mayoría; y la consiguiente pérdida de unidad social en la sociedad toda.

en la instauración
y la redistribución del
tal: la instauración del
durante varias décadas
cción del socialismo.

tragedias de la histo-
rios, millones de hom-
as que los unían a un
guales se enfrentaron
os y la tradición. Hoy
a haya sido anunciada
esperanzas.

“dictadura del prole-
-era”, el “centralismo
ma de la democracia
no”, de la imposición

todos los problemas
ción y dominio. No es
tica socialista del est
trayectoria, hacia la c
medios de la izquierda
sus diversas versiones
de Estado”, una etap
“colectivismo burocr
mente, un “estatismo
trataba de una socied
halla en manos de un
ción, el Estado y la i
abolido, pero solo par
tiquísima contradicci
recaer en individuos

gestión, quedan reservadas para los detentadores del conocimiento y los puestos de mando. Las funciones de planeación y regulación que otorgan a esa sociedad su carácter no capitalista, se transforman paulatinamente en las fuentes de las nuevas relaciones de dominio. La burocracia se reserva el derecho de interpretar los intereses de la sociedad como un todo y de mantener un equilibrio entre los intereses parciales y grupales. Pero en una sociedad marcada por una distribución desigual de recursos materiales y culturales escasos, ella no es una fuerza neutra. Tiene intereses y proyectos propios y aprende a imponerlos.

En la etapa de desarrollo que transcurre entre los años treinta y a inicio de la *perestroika*, el sistema tenía como características políticas: a) el dominio del aparato burocrático sobre todos los cuerpos formalmente electos, b) la sustitución de elecciones verdaderas por el nombramiento por la *nomenklatura* de todos los puestos de dirección, c) prohibición de los partidos y sindicatos independientes, d) subordinación incondicional de todos los sectores del Estado al poder teocrático del Buró Político, el monopolio del control de los medios de difusión masiva, incluyendo la censura preventiva. Económicamente, representaba a) el dominio del Estado sobre la economía que administra y planea, b) distribución igualitaria del ingreso sobre todo en los productos y servicios básicos, c) colectivización y administración centralizada de la agricultura, d) en ausencia de un mercado, fijación burocrática de las necesidades sociales e individuales y e) en el campo de la gestión, prioridad de las normas de la conducta burocrática sobre los de la eficiencia económica. Ahora se confirma también que se trataba de una sociedad estratificada cuyas capas privilegiadas eran la *nomenklatura* y, ahí donde la había, la mafia (los jefes de los túncles semilegales de la economía oculta).

Atendiendo a esas corrientes, lo que ha terminado no es el socialismo sino una etapa en el desarrollo de la sociedad estatista estrechamente ligada a la ilusión que la identificaba con el socialismo realizado. Ahora, en ella, la oposición de intereses y las luchas sociales cobran carta de legitimidad. Y los jóvenes de mañana no tendrán dificultad alguna en aceptar una visión del mundo en la cual, junto a la sociedad de clases llamada capitalismo, hay otra sociedad de clases llamada estatismo —dicho sea sin ánimo peyorativo— y que el socialismo no es una formación social existente, sino una idea y un movimiento que se propone la superación de ambas. El socialismo (como formación social) no ha muerto —decía Bierman— porque nunca existió.

No ha llegado aún el tiempo de hacer un balance global del inmenso experimento. Por el momento sus virtudes se pierden en el calor de la negación radical que solo tiene ojos para sus defectos más monstruosos y sus aportaciones a la historia obrera yacen sepultadas bajo los escombros de la crisis. Más tarde se descubrirá que la reconstrucción, como después de un terremoto o un bombardeo, deberá usar los ladrillos y las vigas de los edificios destruidos. Una cosa es segura, después de 1989, las sociedades estatistas de Europa del Este entran en una fase nueva de su historia, que está en búsqueda de un nombre: ¿reforma, restauración o revolución?

El socialismo solo puede contribuir al humanismo del siglo XXI, partiendo del pleno reconocimiento del colapso del "socialismo realmente existente" y la sobrevivencia de la sociedad estatista en plena transformación.

En la era de globalización de la economía y la política, el significado de un fenómeno de tal envergadura es muy diferente al que podía tener hace quinientos años. Produce cambios profundos no solo en el presente de la humanidad en su conjunto sino también en las ideas y esperanzas que guían sus acciones futuras y este significado no puede ser capturado por la alegoría Toynbeciana. El fin de la guerra fría, el desarme y la democratización de una parte del mundo que entusiasma con justicia a los pueblos de Occidente, vienen envueltas en derrotas objetivas y subjetivas de todo el movimiento anticapitalista. Por un momento el neoliberalismo se yergue como dueño absoluto de la escena ideológico-política y el capital financiero impone las reglas del juego económico. El movimiento socialista en Occidente sufre una derrota real (experimento fallido) y a la vez la liberación de un mito asfixiante (su confusión con el socialismo realizado).

De la ya existente teoría económica de esas sociedades y lo sucedido en los últimos dos años, pueden verse tres grandes líneas de desarrollo: una reforma que deje intactos aspectos importantes del sistema, eliminando los obstáculos más paralizantes a su desarrollo, una restauración capitalista *sans phrase*, o bien una *fuite en avant* hacia un socialismo auténtico. Aún cuando la tercera parece hoy imposible, existe latente en los poros de la sociedad estatista y aparecerá cuando se sientan los efectos de las políticas de austeridad y restauración.

Los sucesos de 1989 pueden ser mejor comprendidos por medio de una idea creada por sociólogos e historiadores para designar algunos de los aspectos de "la primavera de los pueblos" de 1848, la idea de una revolución conservadora. En aquel año, la heroica rebelión de los proletarios parisinos, culminó en la elección de Napoleón el pequeño, así como un cuarto de siglo antes, en México, la revolución de independencia que se había iniciado con una rebelión campesina, terminó en una victoria de la aristocracia criolla.

1989 tuvo el carácter de una verdadera revolución. La clase dominante se vio asediada por un movimiento popular que en la URSS se tradujo en el rebasamiento del PCUS y en los otros países en la caída de seis gobiernos en cuatro meses. Por otro lado, se acentuó la división de las filas de la burocracia en reformadores y conservadores. El contenido común de todos esos movimientos desde la cúspide y desde las bases, fue un asalto a las posiciones del Estado y la burocracia. "Como han escrito repetidamente los partidarios de Gorbuchov —dice Stephen Cohen—, todas esas reformas están diseñadas para desestatizar el 'sistema stalinista administrativo de orden y mando'. Cuando se les presiona para revelar las proporciones de su propuesta de desestatización, prometen abolir la mitad o dos tercios de todas las posiciones burocráticas estatales". Por otro lado, movimientos como el de Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia o los más espontáneos de la RDA y de Bulgaria, tienen todos ellos un sentido antiestatista y un importante contenido anti-burocrático. "La esencia del movimiento [de Solidaridad] escribió Michnik desde la prisión, sigue siendo el de reconstruir la sociedad, el de

restaurar los lazos sociales fuera de las instituciones oficiales". Ese elemento ha estado presente en todos los movimientos en formas e intensidades sea cual sea su visión alternativa.

La erosión del poder de la burocracia ha tomado a veces la forma de un proceso de reconquista de la sociedad civil y otras las del derrocamiento de un gobierno y un partido gobernante, pero en todos los casos impregna la gran transformación de Europa del Este. Inscritos en los términos de la sociedad estatista, los golpes se dirigen contra el partido comunista y el comunismo, pero el blanco verdadero es el poder omnipotente de la burocracia y las prácticas que le dan vida. Además, en Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania, el movimiento tuvo también un marcado sello de liberación nacional tendiente a recobrar la independencia perdida. El carácter revolucionario del movimiento se define no en su violencia o su duración, sino en la magnitud del reto al poder ilimitado del Estado y el dominio de Moscú.

Circuitos esenciales de la vieja estructura de poder han sido irremediablemente dañados. La ideología que combinaba lemas socialistas con el culto al poder ilimitado del Estado y de su jefe máximo, ha perdido su status de ideología oficial y única. Y esto es de por sí un cambio revolucionario. El Estado no puede ya presentarse como el portador único de la modernidad y la nación. El poder monolítico del partido comunista está siendo sustituido por el pluralismo político. Comienzan a realizarse elecciones legítimas, surgen los parlamentos, se descentraliza el poder. Se ha abolido la censura directa y la prensa, el arte y la ciencia se liberalizan. En muchos lugares, los obreros y los campesinos comienzan a reconquistar sus organizaciones sociales y gremiales. Hoy día, Rusia y las otras repúblicas de la unión, Polonia, Hungría y Bulgaria, gozan de libertades democráticas sin precedente en su historia. La revolución ha obtenido ya sus primeros triunfos en el campo de la democracia y las libertades ciudadanas, aún cuando los regresos al pasado y los nuevos autoritarismos no pueden ser descartados. En este sentido, 1989 fue un año de intenso cambio político en esos países cuyo estado actual permite catalogarlos entre las democracias ascendentes.

Estamos ante la primera revolución antiburocrática de la historia. Una revolución primaria, llena de vacilaciones como un niño que busca su camino en la obscuridad, pero pese a todo, una revolución auténtica que ha obtenido importantes victorias democráticas. Su primera etapa se inicia el 12 de septiembre de 1989 con el ascenso de Solidaridad al poder en Polonia y termina el 16 de julio de 1990 cuando el Partido Comunista de la Unión Soviética, en su XXVIII Congreso, pierde la dirección de los procesos de transformación en la URSS. Ella no se produjo como pensaban algunos teóricos socialistas del pasado como una gran explosión proletaria que apuntaría inmediatamente hacia nuevos avances del socialismo autogestionario. Tampoco ha tomado la forma gradualista que imaginaban pensadores más recientes como Branko Horvat quienes sostenían que una vez iniciado el movimiento, la descentralización del poder y el impulso autogestionario avanzarían muy aprisa, utilizando la ideología socialista dominante, vulnerada hasta ahora por la práctica de la burocracia. A todos ellos, la historia volvió a jugarles una

de sus bromas acostumbradas, quizá la broma más macabra del siglo XX. El muy esperado embate a las posiciones de la burocracia gobernante tomó no la dirección de un avance en el socialismo, sino el de una fuga nostálgica hacia un capitalismo en crisis.

La revolución de 1989 fue conservadora porque sus objetivos y muchas de sus ideologías así como su derrotero práctico se inscriben en la dinámica actual del capitalismo. Restauración del libre mercado y de la propiedad privada en todas sus formas, inserción en el sistema económico mundial capitalista; apertura a las transnacionales y el crédito en condiciones de subordinación; aprobación de la unificación de Alemania bajo la bandera del neoliberalismo; reconocimiento de la hegemonía político-militar de los Estados Unidos, admiración avasallante por los modos de vida capitalistas; fuerte presencia del nacionalismo, la religiosidad política, el racismo y el antisemitismo.

Los impulsos hacia un socialismo democrático: reducción del poder y los privilegios de la burocracia, autogestión, propiedad social de los medios de producción, planificación democrática, igualitarismo, pleno empleo, humanización del proceso de trabajo, no están ausentes del movimiento, puede incluso decirse que aparecen en todos los países. Pero su fuerza no es suficiente por ahora para influir en la marcha de los acontecimientos.

Esto no fue así desde un principio. La *perestroika* en la URSS, Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia, la Nueva Izquierda en la RDA, el Partido Socialista en Hungría, el Movimiento Ecológico en Bulgaria, estaban impregnados de objetivos compatibles con el socialismo democrático y parecían dominar la escena. Pero en forma vertiginosa, esas fuerzas perdieron el control o se vieron arrastradas por la marea conservadora, cambiando su orientación. Desde comienzos del presente año se han ido imponiendo en mayor (Polonia) o menor (Checoslovaquia) grado las tendencias procapitalistas.

¿Como pudo suceder eso? ¿Por qué una revolución que comenzaba bien, acabó tan mal? Existen varias causas para ello a las cuales vale la pena pasar revista. La primera y más importante es de índole internacional. Desde mediados de la década de los setenta, era evidente que el intento de crear un sistema económico internacional "socialista" distinto al capitalista, había fracasado. La URSS y sus asociadas perdieron la carrera de la tecnología y la productividad de los últimos veinte años. Mientras que en los países capitalistas desarrollados la informática transformaba explosivamente las estructuras económicas y sociales, la URSS apenas entraba en la era de las microcomputadoras. Actualmente fabrica 1.1 millones de unidades anuales, mientras que en los EU, la producción se eleva a treinta millones. Aún en ramas en las cuales la URSS goza de superioridad mecánica, la productividad es baja. Su producción de tractores es cuatro veces superior a la estadounidense, pero la productividad en el trabajo agrícola es apenas el veinte por ciento de la Europa Occidental y diez por ciento de la de EU. Economistas como L. Alankin consideran que la URSS está atrasada unos diez años en la asimilación de tecnología de punta. Mientras tanto, los demás países del bloque sufrían los efectos de su inserción en un bloque que no podía ofrecerles acceso a la nueva

tecnología. La distancia que los separaba de los países capitalistas más avanzados comenzó a crecer a pasos agigantados. Al principio se hicieron intentos de abrir espacios en el mercado capitalista sin realizar reformas internas. De ello solo resultaron las exorbitantes deudas externas que rápidamente hicieron crisis y produjeron deformaciones en las balanzas de pago. Hacia mediados de la década pasada era claro que no había alternativa: o se integraban de lleno al mercado capitalista de mercancías, capitales y tecnología, realizando las reformas económicas, políticas y militares necesarias, o estaban condenados a bundirse en un cuarto mundo de atraso y estancamiento económico. La profecía de Trotsky y Stalin se había cumplido: el capitalismo podía vencer a las nuevas sociedades en el campo de batalla o en la batalla del mercado. Habiendo fracasado en el primero, triunfaba al fin en el segundo. La presión capitalista más poderosa sobre la revolución del 89 provino no tanto de alguna medida concreta adoptada por los países industrializados, sino de la presencia latente pero impostergable de esa necesidad y las ilusiones que de ella se derivaban. Detrás del derrumbe del "marxismo leninismo" oficial y su espíritu combativo, está la comprensión de que la lucha por crear una economía internacional socialista autónoma se había perdido, que la carrera armamentista con los Estados Unidos no podía continuar un día más, que la competencia con una Europa Occidental unida a partir de 1992 estaba condenada a la derrota de antemano en todos los terrenos. Algunos pueden creer que el sistema se derrumba sin librar batalla, pero en realidad eso sucede después de una larga contienda económica en la cual los países del socialismo real quedaron vencidos no solo en el campo de la economía, sino también en el de la seguridad en sí mismos. Eficaz en la concentración de los esfuerzos en algunos renglones prioritarios el "modelo staliniano" demostró ser ineficiente en el uso global de los recursos. Durante varios decenios esos países conocieron ritmos de crecimiento elevados y mejoras en los niveles de vida del pueblo, pero a medida que la economía se diversificaba, las ventajas comenzaron a esfumarse. Hacia mediados de los setenta, la principal debilidad del sistema se había hecho evidente, su resistencia a las reformas y la adaptación a nuevas necesidades. La interdependencia entre economía y política se tradujo en un ciclo infernal de reformas económicas que despertaban fuertes resistencias políticas y las crisis políticas desembocaban en medidas económicas que acababan disolviéndose. Ahora sabemos que sin la *perestroika* y el 89, el círculo vicioso nunca hubiera podido ser roto.

Después de la segunda guerra mundial, las sociedades estatistas perdieron también la carrera de la democracia. Decisivos en ese sentido fueron los cambios sufridos por Europa Occidental. El mapa político de esa parte del mundo era en 1945 desolador. Alemania, Italia, Grecia, España, Portugal, habían pasado o estaban pasando todavía por experiencias totalitarias. En otros países como Francia, el panorama era muy inestable. Cuarenta años más tarde, la situación había cambiado enormemente. La democracia pluralista se había estabilizado en casi todos esos países. En España se había producido una transición pacífica, que sigue sirviendo de modelo para otras transiciones del "autoritarismo a la democracia". Se comenzó a marchar en serio hacia una integración no solo económica, sino políti-

ca también. Al mismo tiempo, la estructura política de los países estatistas, superados los aspectos más arbitrarios y violentos del stalinismo, se congelaban en un neostalinismo, que los golpes un poco ciegos de Jushov y el XX Congreso no lograron mellar. La incapacidad de transitar paulatinamente hacia formas de dominio menos autoritarias fue sin duda una de las lacras más nocivas del sistema.

Otra causa, de carácter interna esta, fue la actitud de la burocracia gobernante hacia las corrientes socialistas críticas. Durante décadas estas corrientes fueron tratadas como el enemigo principal. Perseguidas dentro y fuera de los partidos comunistas, exorcizadas como herejías inaceptables, nunca tuvieron la oportunidad de desarrollarse en la vida intelectual e echar raíces en la vida política. Así, la oposición se vio arrinconada a formas muy antiguas de la mentalidad popular: la religión y el nacionalismo. Cuando el Estado se debilitó, lo único vivo eran esas corrientes tal y como se habían mantenido latentes durante décadas en la conciencia popular. La oposición masiva a un socialismo erigido en ideología oficial excluyente y totalitaria, un socialismo en nombre del cual se cometieron crímenes innumerales, no podía alimentarse de una versión crítica de ese mismo socialismo.

Este asalto a la oposición de izquierda viene ahora a continuarse en un viraje nuevo e inesperado de la política oficial. Durante décadas, el rechazo al capitalismo occidental jugó un papel fundamental en la ideología oficial del estatismo. Las carencias y fracasos eran adjudicadas a la acción del "enemigo externo" que recibía varios nombres peyorativos. Ahora, la vieja mentira que presentaba a Occidente como fuente del mal ha sido sustituida por otra no menos grave que lo presenta como el origen del bien y el modelo a seguir. Basta leer los periódicos oficiales o ver la televisión, para darse cuenta que esta idea no ha surgido en forma totalmente espontánea en el seno del pueblo.

Y esto ha contribuido decisivamente a orientar el rechazo del sistema anterior hacia la adhesión a los valores dominantes en el capitalismo y cerrar el paso a cualquier orientación auténticamente socialista.

El precio a pagar por los largos años de abuso del socialismo es su deserción como ideología en el seno del pueblo. Si las ideas igualitarias, libertarias, autogestionarias siguen vivas, el discurso socialista y cualquier otro que proponga abiertamente sus objetivos o descansa en sus premisas morales en términos tradicionales, sólo produce por ahora reacciones escépticas o cínicas. Es más, cualquiera que convoque a consiruir una sociedad perfecta o casi perfecta sería considerado como un peligroso emisario del pasado, porque durante cuarenta años, la idea matriz del discurso oficial fue que los sacrificios del presente eran el precio a pagar por un futuro luminoso... que nunca llegó. La única visión teicológica que la gente está dispuesta a aceptar es la religiosa y el único futuro de cual se puede hablar es el inmediato. Para mantenerse dentro del proceso de cambio, Duocsek tuvo que abandonar el lenguaje de 1968 y aquellos veteranos de la Primavera de Praga que no lo hicieron, fueron rápidamente excluidos. En Polonia, los nombres de Adam Szaflar o Kolakovsky son anatema.

El carácter ambiguo de la revolución tiene mucho que ver con la presencia temprana y vigorosa de impulsos reformadores que parten de los círculos dirigen-

tes. Hasta ahora, éstos ha predominado en todas partes menos en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. El caso más evidente de revolución desde arriba, es el protagonizado por Gorbachov y su grupo en la URSS. Se inició en el corazón mismo del buró político. Sus promotores pertenecen a una generación de funcionarios formada en la era de las reformas jrushovianas y su estrategia se fue definiendo en reuniones de dirigentes del partido.

De ahí también surgió el proyecto socialista más elaborado existente en la crisis y la revolución: la *perestroika*. Planteada en términos que representan una ruptura de contenido y de semántica con los clichés del "marxismo-leninismo", la *perestroika*, *glasnost* y *novii mist* (términos inexistentes en el viejo discurso) son claves para su nueva concepción de socialismo que, en un reciente artículo, Gorbachov ha definido en la siguiente forma:

El concepto de socialismo surgió en Francia hace casi ciento sesenta años, pero la idea es mucho más antigua. Refleja el aspecto de la existencia humana relacionado con los intereses generales del hombre, a diferencia de los privados, con su complejo y secular afán de igualdad social y justicia [...] se propone emancipar condiciones que garanticen el libre desarrollo del mayor número posible de seres humanos [...] Fórmula que en principio comparten los partidarios de sus diferentes interpretaciones socialistas, socialdemócratas y comunistas. Una cosa es clara (y esto lo confirma nuestra experiencia) el socialismo no puede ser implantado por la violencia. El "socialismo" forzoso es funesto para el ideal socialista, es su negación [...] Rompemos resueltamente con la práctica anterior que considera que se podía construir el socialismo por medio de directrices dictadas desde arriba según planes minuciosamente detallados [...] La creación del socialismo debe ser un proceso natural en el que los propios hombres, en el marco de los procedimientos constitucionales y democráticos, toman decisiones y las realizan.

Hoy vemos cuestiones cardinales del socialismo con mayor amplitud y realismo que en el pasado. Ello se refiere a las ideas sobre la propiedad, las relaciones monetarias y mercantiles y el mercado [...] El socialismo no debe ser deducido de esquemas ideológicos, sino de la propia vida. Determinamos ahora la orientación y el contenido de las reformas aplicadas no por su adecuación a teorías aprioristas, sino en apreciaciones realistas de lo que pueden dar a cada persona y a toda la sociedad.

Las nociones de protección social, justicia y colectivismo como rasgos inalienables del socialismo, han arraigado profundamente en la conciencia de nuestro pueblo. Los intentos de imponer a la sociedad tal o cual modelo especulativo [...] serían contrarios al propio espíritu de la *perestroika*, a su sentido democrático.

[Y finalmente] Ouremos cerca: una sociedad nueva que no será copia del capitalismo ni una repetición mejorada de la que no hubo antes [...] Todavía no conocemos muchos aspectos de la sociedad a la que aspiramos [...] Sabemos cómo quisiéramos ver el socialismo. Pero cómo será, lo dirán el tiempo, la experiencia y la práctica. Estoy seguro de una cosa: la *perestroika* tiene para lar-

go. No nos apartaremos de la vía socialista. No nos apartaremos de la democracia. Enlace entre socialismo y libertad, ese es el rasgo distintivo de la *perestroika*.

Esas ideas son sustancialmente diferentes a la concepción oficial que predominó durante seis décadas. El reconocimiento de la existencia de un ideal común a todo el movimiento que lleva el nombre de socialista, el rechazo del "socialismo forzado" impuesto desde arriba, la necesidad de revisar a fondo el concepto mismo, el deslinde de su proyección con el capitalismo y cualquier versión modificada del "socialismo realmente existente" (léase estatismo), la relación esencial entre socialismo y democracia, son rasgos que lo emparentan ideológicamente con el "socialismo de cara humana" de la Primavera de Praga y el pensamiento de Berlinguer. Y su práctica les proporciona el primer gran escenario para su experimentación.

Gorbachov gusta de prescatar a la *perestroika* como una nueva revolución, la "segunda revolución rusa" como dice el subtítulo de su libro de 1987, *La perestroika*. Los documentos del pleno de abril de 1985 y el XXVII Congreso de 1986 llamaron al pueblo a una "renovación revolucionaria del país y la sociedad", a una "reforma radical de la economía, a la construcción de un Estado de derecho, a infundir nueva vida a los soviets", a la "reestructuración de las relaciones de producción". En una analogía con el desarrollo del capitalismo, Gorbachov recuerda que el triunfo de ese sistema exigió varias revoluciones y, sosteniendo que lo mismo sucederá con el socialismo, convoca a una segunda revolución.

Reconoce que en cierta medida se trata de una "revolución desde arriba", de "un proceso dirigido y no espontáneo" que "parte de la dirección del partido comunista", pero está consciente que la debilidad de todas las revoluciones desde arriba en el pasado es que al no contar con un apoyo de masas, se ven obligadas a recurrir a la coerción. Por eso, termina, la *perestroika* debe llegar a ser una revolución desde arriba y desde abajo a la vez.

Respecto al enemigo de la *perestroika*, los ideólogos del movimiento disienten frecuentemente. Gorbachov tiende a definirla como una revolución contra "viejos mecanismos sociales" o una "revolución cultural" o "de las conciencias". Ha dicho "naturalmente, esta lucha no toma entre nosotros la forma de antagonismos de clase", se trata a lo máximo de "choques entre grupos, intereses o ambiciones personales". Otros en cambio como la socióloga Vera Zaslavskaya ven un conflicto más profundo. Si bien rechaza la idea de que pudiera tratarse de una revolución social que enfrenta a los obreros y los campesinos con los funcionarios, Zaslavskaya habla de "una revolución que enfrenta los sectores radicales de la sociedad con los sectores conservadores, con una creciente participación de grupos que no tienen una conducta definida".

En lo cinco años de existencia de la *perestroika*, sus autores han demostrado con hechos el radicalismo de su proyecto. Se trata, por la magnitud de los cambios iniciados, de una verdadera revolución, no de un artificio demagógico. Durante el lustro transcurrido, el programa se ha transformado en acción política firme y audaz. La sorprendente coherencia entre la palabra y el hecho ha acabado por vencer al mundo que están decididos a persistir en sus propósitos sin dejarse inti-

midar por los inmensos obstáculos que yacen en su camino. La batalla ha sido iniciada en todos los frentes en un impulso que tiene al mundo como escenario. Pero la combinación cada vez más compleja de intereses internos y externos contrapuestos hace difícil prever el desenlace de su empresa.

El nuevo rumbo está garantizado por una ruptura radical con el viejo régimen. En la raíz de este está el stalinismo, periodo durante el cual se construyeron las bases del sistema político y económico que se trata de sustituir. Por eso la crítica del stalinismo está en el centro de la construcción de una nueva óptica histórica. En este terreno, las críticas de Gorbachov han ido mucho más allá de todo lo hecho antes. El ha dicho que desde los primeros años de la era staliniana "la propiedad social fue separada de sus verdaderos propietarios, los trabajadores" y que el resultado fue la "creciente enajenación de los hombres de la propiedad colectiva". Durante la NEP, Lenin —dice Gorbachov— apoyaba la idea de la formación "de cooperativas rentables y autogestionarias en las cuales la democracia y la eficiencia económica iban unidas". Pero después de su muerte, los partidarios de los métodos violentos y administrativos se impusieron y la burocracia se volvió cada vez más activa y poderosa, imponiendo la política de la industrialización forzada. El viejo sistema de gestión económica es designado con el nombre de "sistema de mando administrativo". "Las ordenes vienen de arriba y son aplicadas administrativamente [...] La información que viene de arriba tiene el carácter de una orden y la que viene de abajo, la de un informe". Y el periodo de Brezhnev es caracterizado como un periodo de estancamiento durante el cual se consolidaron los mecanismos que frenan el desarrollo económico y social de la sociedad soviética.

Nadie puede negar que el "nuevo pensamiento" de Gorbachov y la práctica a él asociado está transformando al mundo. La importancia de la *perestroika* ha sido ya comparada con la revolución de 1917 y la idea no es totalmente descabellada. Su rasgo más impactante es la coherencia entre el proyecto reformador para la sociedad soviética y sus propuestas para las relaciones políticas y económicas internacionales. Este aparece como parte de un conjunto de proposiciones y de ideas que conciernen a la estructura del mundo contemporáneo visto en su totalidad.

El concepto central es el de la *interdependencia* o *globalidad* y ha sido ampliamente desarrollado por el líder soviético. El principio fundamental del nuevo enfoque es simple:

...La guerra nuclear no puede ser un medio para lograr objetivos, ya sean estos políticos, económicos, ideológicos u otros. La tecnología militar ha hecho tales progresos que incluso una guerra convencional sería a partir de ahora comparable a una guerra nuclear en sus efectos destructivos. El precepto de Clausewitz, según el cual la guerra es la persecución de la política por otros medios, se ha vuelto definitivamente obsoleto [...] habiendo entrado en la era nuclear, la humanidad ha perdido su inmortalidad.

La idea no es totalmente nueva, pero las conclusiones teóricas y prácticas derivadas de ella, sí lo son.

De la imposibilidad de una solución militar (es decir nuclear) de las divergencias internacionales se deriva una nueva dialéctica de la fuerza y la seguridad. La seguridad no puede ser garantizada por medios militares, ni por el uso de armas de disuasión ni por el perfeccionamiento de la "espada" y del "escudo". La única vía para llegar a la seguridad pasa por las decisiones políticas y el desarme [...]. Los adversarios deben transformarse en socios y buscar juntos la vía para consolidar la seguridad universal.

Y esto no puede lograrse sólo en la esfera militar sino que incluye aspectos económicos, sociales y culturales.

En la nueva situación cambia también el papel de las superpotencias:

Ha madurado el tiempo —dice Gorbachov— para abandonar en política exterior concepciones basadas en un punto de vista imperialista. Ni la Unión Soviética, ni los Estados Unidos pueden imponer a los demás su voluntad. Es posible aplastar, construir, romper, doblegar y romper, pero sólo por cierto tiempo. En una perspectiva a largo plazo de la política, nadie puede subordinar a los demás. De aquí que sólo queda una posibilidad: las relaciones de igualdad.

G. Vacca piensa que esa posición representa un paso de la política de fuerza a la política de hegemonía en las relaciones internacionales y que esto corresponde íntegramente a los cambios internos hacia el pluralismo, la "transparencia" y el renacimiento de la sociedad civil en la Unión Soviética.

Aún cuando el objetivo prioritario de la *perestroika* era económico aprovechando las lecciones dejadas por los fracasos de la NEP y la era Jrushoviana, Gorbachov comenzó por las reformas políticas cuyo objetivo inmediato es la liberación de fuerzas sociales capaces de derrotar a la burocracia conservadora y los intereses y prácticas sociales a ella asociadas. Pero la consolidación del Estado de derecho, el respeto a las libertades ciudadanas, el pluralismo ideológico y cultural, la elección auténtica de los representantes populares, la ampliación de la autonomía de las repúblicas de la unión, el desarrollo de una vida parlamentaria, el abandono de la posición monopólica del PCUS en el sistema de partidos, son más que eso, representan pasos decisivos en el desmantelamiento del sistema stalinista y promesas, frágiles aún, de una democracia avanzada.

El proyecto económico de la *perestroika* es hacer pasar a la URSS de una economía de planificación administrativa a una economía basada en un mercado controlado por medio de mecanismos económicos. El aspecto nodal de esa reforma es el acceso de la empresa a la autonomía económica. El Estado dejará ya de ser responsable de ellas en el plano financiero y a su vez las empresas no responderán por las deudas del Estado. Se reconoce constitucionalmente el pluralismo de la propiedad junto a las empresas de Estado, se crea un importante sector cooperativo y la iniciativa privada debe ser autorizada en casi todas las ramas de la actividad.

Los años 1985-88 fueron consagrados a la creación del nuevo sistema de gestión y de un programa de reformas económicas radicales. Con ese propósito se aprobaron tres leyes: la ley sobre la actividad económica privada del 1 de mayo de

1987, la que se ocupa de la nueva condición de las empresas del Estado de 1 de enero de 1988 y la ley sobre cooperativas del 1 de junio del mismo año. Esas leyes fueron el punto de partida de medidas de reestructuración de la planificación, las finanzas y los sistemas de precios. Otras están modificando las relaciones con el exterior. Estos cambios normativos se han ido extendiendo paulatinamente a todo el aparato administrativo del Estado, las empresas y los *koljoses*. Como resultado de todo ello, la URSS ha entrado en un periodo que los optimistas califican de coexistencia del viejo y el nuevo sistema de gestión y que los pesimistas describen como una situación en la cual lo viejo ya no funciona y lo nuevo todavía no.

En 1989 se inicia una etapa que puede caracterizarse como la de la puesta en práctica generalizada y consecuente de las medidas aprobadas hasta ahora. El número de objetivos del plan general ha quedado considerablemente reducido, las empresas comienzan a funcionar de acuerdo al principio de la autonomía contable, el número de empresas cooperativas y privadas ha aumentado considerablemente. Se están reduciendo los aparatos administrativos del Centro y las repúblicas en un treinta a cincuenta por ciento y a finales del presente año entrará en vigor una reforma general de los precios. Estas medidas pueden crear las condiciones de un socialismo de mercado, pero pueden también abrir las puertas a una restauración del capitalismo y al dominio de las transnacionales. Todo depende de la magnitud y el ritmo de la apertura.

La *perestroika* se desarrolla en medio de una lucha cada vez más aguda contra una oposición que rara vez se presenta con su propia cara y nombre. Interrogado públicamente, todo funcionario soviético se declara partidario de la *perestroika*. Sin embargo la oposición práctica a las reformas es muy poderosa y se deja sentir en todos los campos de la vida. Esto tiene que ver con las particularidades de la vida política soviética en la cual durante seis décadas la opinión disidente era considerada criminal y no existía ninguna oposición institucionalizada. El resultado es que la mayor parte de la oposición sigue vías subterráneas difíciles de discernir y adopta formas sordas de resistencia pasiva y sabotaje encubierto. Sólo después del XXVIII Congreso del PCUS, al definirse la mayoría de los delegados por posiciones conservadoras comenzó a tomar forma política la oposición a la aplicación radical de la *perestroika*.

Pero esa resistencia a manifestar el desacuerdo abiertamente, no debe engañar a nadie. La oposición a las reformas económicas y políticas es fortísima y se aloja en los lugares menos esperados. En realidad, el apoyo popular tardó en venir. Durante los primeros dos años los reformadores tuvieron más éxito en modificar la composición de los órganos de dirección que en movilizar apoyo popular. No fue sino muy lentamente que primero sectores de la *intelligentsia*, luego las corrientes nacionalistas y religiosas y por fin los sectores obreros entraron en movimiento. Ahora que el pueblo se ha puesto en marcha, la orientación de los movimientos no responde directamente a las expectativas de los reformadores. Si ahora aparecen como aliados en lo que Gorbachov llama la etapa destructiva de la revolución, vale decir, el debilitamiento de los partidarios de los métodos burocráticos y las prácticas con ellos asociados, su orientación futura es incierta.

Vista como proyecto, la *perestroika* apunta hacia una transición al socialismo, pero su práctica al no lograr un apoyo masivo de la mayoría del pueblo, plantea innumerables incógnitas y el peligro de desembocar en una versión modificada del "socialismo realmente existente" o tendencias de restauración capitalista.

El papel jugado por el sector reformista de la burocracia soviética en los cambios en los demás países del Este es determinante. Gorbachov retiró paulatinamente su apoyo a los conservadores que dominaban en la RDA, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y promovió el cambio de dirección en Hungría. Existen datos suficientes para afirmar incluso que intervino directamente para precipitar su caída. Además, los movimientos populares no hubieran podido desplegarse sin su firme política de no intervención y el aliento que les dio con actos simbólicos como la visita a Dubcek durante su estancia en Checoslovaquia y el desaire público a Honecker en los festejos del 40 aniversario de la fundación de la RDA. Su política de desarme y distensión mundial hizo posible las reformas sin hostigamiento externo. En el corazón del sistema, en 1985, una vez más —como lo preveía Rosa Luxemburgo— la burocracia demostró ser el cuerpo vivo de la sociedad rusa que inició las reformas y puso así en movimiento la inmensa moic.

Las fuerzas conservadoras de Occidente tratan de convencernos: a) que los países del Este sólo tienen una alternativa, el capitalismo y b) que ésta es la que sus masas realmente desean. Nosotros hemos opinado que las opciones son en realidad tres: estatismo reformado, capitalismo y socialismo. En cuanto a la segunda afirmación, creemos, repetimos, que las mayorías, todavía confusas e indecisas, se inclinan hacia una especie de híbrido en el cual se sintetizan de manera inverosímil solamente las virtudes de los dos primeros.

Pero antes que nada debemos preguntarnos si la sociedad estatista ha dejado de existir. Creo que sería un grave error llegar a esa conclusión. *Lo que se ha derrumbado es el intento civilizatorio, no la sociedad estatista.*

Hoy más que nunca hay que advertir: contra las trampas de la ideología. El derrumbe del proyecto ideológico no es sinónimo de la desaparición de las estructuras sociales surgidas a su amparo. Aun cuando la orientación de los cambios es la integración en el mercado mundial capitalista, el liberalismo político y el impulso a la economía mercantil, sería ingenuo pensar que al final del proceso, esos países serán una simple réplica de algún modelo capitalista, ya sea este el estadounidense, el sueco o el brasileño. Los setenta y dos años transcurridos desde la revolución de octubre dejaron su marca. Ni la URSS ni los otros países que conformaban el bloque, han entrado de lleno en el proceso de retorno al sistema capitalista. La restauración es un fuerte impulso que viene de dentro y de fuera, pero está muy lejos de haber triunfado. Lo esperan largos años de forcejeo con los que defienda el pasado y aquellos que entreven un futuro diferente. Los puntos de partida son diferentes y los de llegada lo serán también. Y aún si triunfa, la restauración absoluta es —con la excepción de Alemania Oriental— imposible. Ninguna restauración ha podido retrotraer la historia a la posición anterior a un cataclismo revolucionario auténtico y es muy poco probable que ahora lo logre. El regreso de los Estuardo al trono inglés en 1660 no pudo deshacer las transformaciones implanta-

das por Cromwell y sus revolucionarios, y en Francia en 1814, la restauración borbónica no logró revivir el viejo régimen. La introducción de la democracia parlamentaria en los países del Este subvierte las formas en que se ejerce el dominio, pero no cancela el poder de la élite gobernante. La extensión del mercado y el crecimiento del número e importancia de las empresas privadas en esta etapa inicial modifica todos los mecanismos económicos, pero no liquida la economía estatizada. En ambos casos es necesario diferenciar lo que se pretende y se dice de lo que realmente está sucediendo.

Por otro lado sería un grave error de juicio confundir el derrumbe de la *ideología socialista* con las posibilidades de la *opción socialista*. En esas sociedades, que han demostrado su vitalidad contra todas las previsiones, existen fuertes impulsos que coinciden en la práctica con el socialismo. La atomización impuesta por la jerarquía burocrática se está disolviendo. Los individuos recobran sus organizaciones, sus preferencias, sus vidas privadas. El Estado ya no lo determina todo. Y quien se opone a él no es reo de inmoralidad. Los obreros han dejado de ser un elemento políticamente pasivo. Están comenzando a exigir la democratización de las relaciones en sus lugares de trabajo, la autonomía de sus sindicatos, la abolición de los privilegios de la burocracia, las libertades civiles, la diseminación de información auténtica. Pronto presionarán para exigir la autogestión, ya vislumbrada en la Primavera de Praga, el programa inicial de Solidaridad y otras organizaciones similares. Como lo demuestra la experiencia yugoslava, ésta no representa un obstáculo para la introducción del mercado, ni para la hegemonía política de las élites actuales, pero sí pasos reales hacia el socialismo. Las ideas relacionadas con la autogestión han sido ampliamente desarrolladas durante los últimos veinte años en todos esos países. La abolición del Estado no es un prerrequisito para el socialismo ya que éste tiene todavía un papel civilizador que cumplir. Y la burocracia —como lo ha demostrado brillantemente Gorbachov— puede actualmente jugar un papel transformador importante. Lo que es necesario es la aparición de instituciones y prácticas que frenen eficazmente su poder a todos los niveles de la vida económica, política y cultural. Porque su hambre de dominio es insaciable y su capacidad de ocupar los espacios dejados vacíos por la inacción de la sociedad civil, temible. Premisas teóricas para una política de ese tipo pueden ser encontradas profusamente en el pensamiento de los revolucionarios del 17, los economistas críticos de la era de Jrushov y de la *perestroika*, la escuela yugoslava y la rica tradición de los técnicos autogestionarios de Occidente. Los sujetos pueden surgir en la clase obrera sometida a fuertes presiones tendientes a elevar las tasas de explotación por medio de la baja de los salarios reales, la liquidación de sus logros sociales y la reducción de su papel en la sociedad, la intelectualidad revolucionaria sobrecogida por el ascenso de la derecha en sus propias filas y los elementos más radicales de la burocracia, dispuestos a sacrificar poder para impulsar su participación hegemónica en el proceso de transición al socialismo.

Ahora sabemos que el sistema de gestión administrativa centralizada es inoperante en una economía compleja y desarrollada. Pero esto no significa que su

única alternativa eficiente sea el libre mercado presidido (o, contradicción!) por empresas monopolistas que surgirían inevitablemente de la privatización acelerada de una economía altamente centralizada como la de los países estatistas. Los planes de austeridad del Fondo Monetario Internacional pueden producir en sí este resistencias más profundas y tenaces que en los países del tercer mundo. Y entonces, para sorpresa de todos los voceros del capital, la revolución puede cambiar de rumbo.

De los fracasos y éxitos de las sociedades estatistas, deducimos que las condiciones básicas para la instauración y desarrollo de una sociedad socialista son: a) preponderancia de las empresas estatales y cooperativas y la ausencia de cualquier gran propiedad privada de los medios de producción, b) mercado basado en la autonomía de las empresas, independientemente de la forma de propiedad, c) planificación centralizada por medio de una autoridad autónoma responsable ante una asamblea electa por administradores de las empresas y representantes de los trabajadores en los lugares de trabajo, d) intervención del Estado (no de la instancia planificadora) para regular el mercado, frenando sus tendencias a la desigualdad social y los monopolios, e) desarrollo paulatino de la autogestión en las empresas estatales y cooperativas, f) preferencia por las pequeñas unidades como un medio para aumentar la participación, g) libertad de los trabajadores para escoger su empleo y apoyo para que puedan cambiar sus especialidades, h) derecho a trabajar indistintamente en empresas del Estado, cooperativas, privadas, familiares o de autoempleo, i) prioridad a la lucha contra el desempleo a todos los niveles de la economía, h) exclusión de campos como salud pública, educación, medios de difusión masivos, deporte, etc. circuito mercantil, gestión social, (no estatal) de los mismos, i) sistemas impositivos tendientes a reducir y finalmente a extinguir los ingresos por ganancias y renta.

Socialmente, la tarea histórica es superar la condición de subordinación de las mayorías respecto al poder político, económico y cultural. Esto no puede lograrse exclusivamente por medidas que afectan las esferas de la producción y la distribución. Cada vez es más necesario centrarse en la organización de la sociedad como un todo. Mientras los patrones de consumo y las actitudes hacia la vida no cambian, el “desarrollo de las fuerzas productivas” será siempre insuficiente para cancelar las contradicciones entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre tareas de dirección y de ejecución. Y en eso, el papel de la conciencia es fundamental. Las sociedades actuales en Oriente y Occidente, bloquean y limitan el desarrollo y el reconocimiento de innumerables personas. Reducen artificialmente la igualdad de posibilidades de acceso a las actividades más creativas y los puestos de dirección, deshumanizando el consumo y la competencia. La verdadera democracia exige asegurar que ninguna persona se eternice toda la vida en posiciones subalternas y repetitivas; la multiplicación de las posibilidades de educación a todos los niveles y para todas las edades; la abolición de la educación basada en criterios estrechos de rendimiento.

En lo político esto se traduce en la ampliación del poder de los ciudadanos y el sometimiento del Estado a la sociedad civil. Algunas de las medidas que se

orientan en esa dirección son: a) elección directa de todos los poderes, excepto el ejecutivo, b) representación directa y proporcional de los ciudadanos en sus diferentes intereses (como productores, miembros de minorías étnicas, habitantes de diferentes regiones y sexo) en las cámaras legislativas, c) división real de poderes, con un ejecutivo colectivo electo por las cámaras, d) creación de un cuarto poder cuya función es el nombramiento de todos los funcionarios administrativos en concursos públicos y abiertos y uno quinto para el control de la legalidad de los actos de las policías, el ejército y las administraciones de las grandes empresas, igualdad de éstos con los tres poderes tradicionales, e) descentralización del poder, aumentando las funciones y recursos de los órganos regionales, locales, y de autogestión, e) freno al surgimiento de una oligarquía profesional, limitando el número de veces que cada persona puede ser electa a puestos de dirección política o económica. Hemos dicho ya que una salida en esa dirección en los países del Este tiene a corto plazo pocas posibilidades.

Pero eso no cancela las posibilidades del socialismo ni en Oriente, ni en Occidente. Enriquecido con una experiencia amarga, el socialismo puede mirar el futuro con una nueva modestia. Habiendo dejado de ser ideología de Estado, renace volviendo al lugar del cual nunca debió salir: la sociedad civil. Rico de sus 160 años de tormentosa historia y la diversidad de sus corrientes, el socialismo se justifica en la idea común a todas ellas: el capitalismo es un sistema injusto basado en la explotación, la subordinación de los trabajadores, la enajenación y la desigualdad. Es posible y necesario sustituirlo por un sistema más justo y humano. Esta es la idea que lo ha distinguido y lo seguirá distinguiendo de las otras grandes corrientes de la época: liberalismo, populismo y nacionalismo. Mientras la realidad a la cual responde tenga vigencia, lo tiene también el socialismo. A ese objetivo se agrega ahora un nuevo paralelo y complementario: el gran intento civilizatorio iniciado en octubre de 1917 fracasó, dando origen a una sociedad estatista. En los países en los cuales predomina ese régimen, el socialismo pugna por su superación. A la lucha contra el capital, hay que agregar la lucha contra la dictadura de la burocracia. Esta posición no es nueva, pero debemos ahora reiterarla.

La experiencia extraída del colapso del gran ensayo nos obliga a rechazar toda concepción del socialismo como una simple antinomia del capitalismo: el que la propiedad privada sea la base de la explotación capitalista no quiere decir que deba necesariamente desaparecer en el socialismo. Ahora sabemos que la abolición del orden capitalista no asegura el surgimiento de uno socialista. Existen otras opciones no siempre descabidas. También nos enseña que en el siglo XXI el socialismo no puede aspirar a ser el portador único de la emancipación social, junto a él han ganado carta de legitimidad movimientos como el liberalismo social, el ecologista, el feminista, el de emancipación nacional, que tienen mensajes propios, irreductibles al pensamiento y la práctica socialistas.

La concepción de la nueva sociedad no puede concebirse como un conjunto de verdades definitivas. Los hombres y las mujeres que vivieron el tránsito del feudalismo al capitalismo no conocían el nombre de su punto de destino ni los rasgos de la sociedad por nacer. Tenemos ventajas sobre ellos, pero no tantas co-

mo creíamos hasta 1988. Cada gran experiencia obliga a revisar los objetivos y los medios que a ellos llevan. Dentro de medio siglo, la idea que nuestros hijos tendrán del socialismo, será muy diferente a la nuestra y tan pasajera como ella. Hoy vivimos precisamente uno de esos momentos impuesto por la crisis del estatismo y la metamorfosis del capitalismo de fin de siglo. Debe ser un examen de conciencia sereno, libre ya de las aclamaciones que impedían vislumbrar la verdad. Los fuegos artificiales y las marchas triunfales han terminado, es hora de regresar al trabajo honesto y la crítica despiadada de todo lo existente. Apoyándose en la tradición humanista de sus pensadores y el sentido emancipador de la mayoría de las luchas libradas por sus militantes, el socialismo puede y debe recomprender el camino. Así lo exigen los intereses vitales de una humanidad sumida en los ciegos antagonismos de clase, los egoísmos atomizados de pueblos y conglomerados de todo tipo. Una humanidad que en la desigualdad lacerante entre regiones e individuos, el despilfarro de sus recursos y la destrucción del medio ambiente, corre desenfrenada hacia un punto de no retorno.

Nuestra idea de la transición a la nueva sociedad debe ser modificada. Se trata de un proceso histórico sumamente prolongado que cubre varios siglos. Habrá revoluciones y también restauraciones, saltos hacia adelante y recaídas al pasado. Estamos a principio del camino. No existen atajos y el voluntarismo es fuente segura de monstruosidades stalinianas. Ninguna revolución puede de un solo golpe imponer el nuevo sistema y el acceso al poder de las fuerzas del socialismo es sólo un momento, no la culminación del proceso. En las complejas sociedades contemporáneas de amias formaciones, los seres humanos se enfrentan a obstáculos que sólo parcialmente tienen un origen de clase. Por eso el movimiento obrero —que a veces es depositario de tendencias conservadoras— es ya una base demasiado reducida para el movimiento de transformación social. Este abarca actualmente a todos los sectores progresistas, independientemente de su origen social. En los países estatistas, la solución no reside toda en las capas subalternas. Frecuentemente incluso, las necesidades inmediatas de esos sectores son conservadoras y no anticipan una nueva forma de vida. Perspectivas renovadoras sólo se hacen presentes si en una crisis como la actual un sector de la intelectualidad y la burocracia se une a las masas para una reforma o una revolución.

En siglo y medio, el movimiento ha transformado profundamente la vida de todos los trabajadores pero no ha logrado instaurar el socialismo en ninguna parte del globo. En el tercer mundo se han producido numerosas revoluciones triunfantes, pero el socialismo no puede ser instaurado. En el primer mundo, el socialismo podría ser fácilmente construido, pero ninguna revolución proletaria ha triunfado. Los que quieren no pueden y los que pueden no quieren. Estas verdades son el punto de partida de la nueva reflexión. La relación maligna que existe entre objetivos y resultados reales es el gran reto teórico de la actualidad. Pero la barbarie del stalinismo y los fracasos del "socialismo realmente existente" no deben transformarse en apología de un sistema que multiplica las capacidades productivas y exalta la libertad individual, pero consume y destruye a millones de hombres y mujeres como si fueran envases desechables.

Cuestionario 14

1. ¿Cuál es la concepción del autor respecto al socialismo?
2. Compare la postura de Alejandro Dabat en el artículo anterior respecto a la caída del socialismo, con la de Enrique Semo.
3. ¿Cómo justifica Enrique Semo la crisis del socialismo?
4. Señale las perspectivas que vislumbra el autor para el socialismo en el futuro.
5. Explique las otras alternativas que el autor menciona para lograr la emancipación social.

KARÉN JACHATÚROV

**La perestroika en el marco de la opción
socialista**

Karén Jachatúrov
"La perestroika en el marco de la opción
socialista"
en *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, de
Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y XOCH.,
México, 1991, pp. 205-215.

Los destinos del socialismo mundial, su teoría y su práctica despiertan interés en todos los países y provocan inquietud en considerable parte de la opinión pública internacional que vincula indisolublemente el futuro de la civilización humana, en el umbral del nuevo milenio, con la idea de la reestructuración social sobre los principios socialistas.

Y hay motivo para tal inquietud. La Unión Soviética atraviesa una profunda crisis social, económica y espiritual, agravada por los conflictos interétnicos, las tendencias centrífugas y separatistas, lo cual infunde preocupación por el futuro del gran Estado. Los procesos de renovación en los países de Europa del Este convierten en ficción el sistema socialista mundial. El movimiento comunista mundial también vive una crisis grave. Hay quienes afirman que el socialismo ha sufrido una derrota histórica.

Pero yo, como comunista convencido, veo con optimismo fundamentado la perspectiva del desarrollo socialista, al menos en mi propio país. No es la idea socialista en general la que ha fracasado, sino el comunismo de guerra, utópico y de ultraizquierda, refutado por Lenin en las postrimerías de su vida. Por ello, precisamente, hay fundamentos para afirmar que observamos en la URSS una crisis que no lleva al ocaso, sino a la renovación de la sociedad sobre la base de un nuevo enfoque de la esencia del socialismo.

Teniendo en cuenta nuestra propia experiencia y los logros teóricos a escala mundial, vemos hoy en el socialismo una magna idea que hunde sus raíces en los principios humanitarios de la cultura mundial y del pensamiento humano universal; un movimiento social crecido de la lucha de la clase obrera en la sociedad capitalista y convertido hoy en portavoz de los intereses de las más amplias fuerzas democráticas; un régimen socio-político que surge a determinado nivel de desarrollo de la civilización y se establece en distintas variantes con arreglo a las posibilidades históricas y las particularidades de cada pueblo.

Es difícil no compartir lo dicho por Mijaíl Gorbachov en el XXVII Congreso del PCUS, celebrado en julio pasado: "La ideología del socialismo se seguirá formando en el proceso de incorporación del país al progreso general de la civilización. Por ello, precisamente, el marco más amplio de su formación está determinado por la nueva mentalidad que se concibe ya como nuestro nuevo internacionalismo llamado a consolidar al mundo, y no dividirlo en campos opuestos". Aunar los esfuerzos en el progreso de la civilización humana es el imperativo de la época.

No vemos en el socialismo un modelo acabado, carente de perspectiva. Siempre es un proceso basado en la lucha por ampliar y afianzar los derechos y liberta-

des del hombre, la democracia económica y política; por suprimir toda clase de opresión social y nacional; por el triunfo de la justicia social y la solidaridad colectiva; por el desarrollo armonioso del individuo. En ello, justamente, consiste la esencia conceptual de la *perestroika* proclamada en abril de 1985 como la única alternativa razonable al sistema de administración autoritaria dominante a lo largo de los sesenta años posteriores a la muerte de Lenin, sistema que deformó la magna idea del socialismo.

Consideramos que la *perestroika* es una revolución dentro de la revolución, es una continuación de la obra inicial en 1917 por la revolución de octubre, de las ideas leninistas sobre un socialismo humanitarista y democrático. La *perestroika* está orgánicamente viaculada con la opción socialista del pueblo soviético.

Hoy la realidad soviética presenta muchas contradicciones, situaciones conflictivas y acciones destructivas. Por ejemplo, a mí me preocupa el hecho de que la conciencia mitológica y la idolatría arraigadas durante muchos años y correspondientes a los dogmas ideológicos del sistema de administración autoritaria se sustituyan en una parte de la sociedad soviética por otros extremos. En sus intentos de "demonizar" a la figura de Lenin, algunos de nuestros científicos, y no sólo ellos, tratan de encontrar en la herencia leniniana un código genético del terror stalinista y de toda la esencia antipopular del socialismo de cuartel.

La mayoría de los sociólogos soviéticos estiman que el principal postulado de la herencia leniniana no es la violencia, sino la creación en interés de la paz civil y la consolidación de la gente. En otoño de 1917, Lenin escribía en su famoso trabajo *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla* si en la orden del día sólo puede figurar la cuestión sobre un capitalismo estatal humanitarista y democrático, el que significará, de hecho el socialismo. Cuando a comienzos de los años veinte se desvanecieron las ilusiones sobre la posibilidad de derrotar de golpe a la burguesía mundial, la nueva y pragmática política económica llegó a sustituir la política de comunismo de guerra, violenta e igualitarista. Entonces apareció la tesis leninista de que "el cooperativismo en nuestras condiciones coincide totalmente con el socialismo" y "al propio tiempo, debemos reconocer un cambio radical de todo nuestro punto de vista sobre el socialismo".

Los sucesores de Lenin echaron al olvido sus legados, lo cual acarreó consecuencias trágicas a varias generaciones de la sociedad soviética. Con motivo del 50 aniversario del asesinato de Trotsky, se acentuó el interés por su persona, y más aún en México, donde se efectuó, quizá, el más importante delito político del siglo XX. Así terminó el duelo entre los dos "eminentes jefes" de la Revolución de Octubre, los dos aspirantes al trono proletario, a cada uno de los cuales le negó Lenin en su testamento político el derecho a ser su sucesor.

Hoy se pregunta con frecuencia: ¿qué camino seguiría la historia, si Trotsky hubiera vencido a Stalin? No vale la pena hacer tales pronósticos, máxime que Stalin, según el criterio fundamentado de muchos analistas, fue un Trotsky frustrado. El "jefe genial de todos los tiempos y pueblos", deliberando en una ocasión sobre la diferencia entre la oposición de izquierda y la de derecha, sentenció: "Ambas son peores". Tal vez este absurdo verbal determina con suficiente preci-

sión el lugar que ocuparon los dos jefes en la época posleniniana. Dicho sea de paso, titulé así mis reflexiones con motivo del aniversario del asesinato de Trotsky, publicadas en el semanario soviético *Literaturnaya Gazeta* (4 millones 500 mil ejemplares de tirada).

A mí entender, Trotsky y Stalin son hermanos uterinos, hijos de la revolución de octubre. Ambos ansiaban destruir el imperio zarista, marginados socialmente por el mismo; ambos recurrían a todos los medios para asegurarse un poder cesariano; ambos veían una norma natural de la revolución en el desenfadado "terror rojo"; ambos juraban amor hacia el pueblo trabajador y, al mismo tiempo, despreciaban al hombre de la calle, conculcando despiadadamente sus derechos elementales, sobre todo su derecho a la vida; ambos era ideólogos del socialismo de cuartel, encarnándolo en la práctica; ambos eran mutuamente intransigentes y se mostraban igualmente intransigentes respecto a toda manifestación de disidencia: incluso en el marco de la concepción comunista.

Los delitos de Stalin son por todos conocidos. ¿Y los de Trotsky? Fue el primero en decretar ejecuciones masivas de la población y fusilamientos de los comunistas. Procuraba militarizar la economía, formar "ejércitos de trabajo" y condenar al trabajo forzado a los obreros y campesinos. El primer comisario de pueblo para los asuntos extranjeros y el primer comisario del pueblo de las fuerzas navales de la Rusia soviética soñaba con abreviar a los "caballos rojos" con las aguas del Vístula y el Rhin, el mar Mediterráneo y hasta el Océano Indico.

Después de la muerte de Lenin, Stalin y Trotsky dieron iniección a aquella lucha sectaria a muerte en el partido, la que vino a confirmar la amarga verdad descubierta ya por los jacobinos franceses: la revolución devora a sus hijos. En aquel duelo histórico y, al mismo tiempo, trágico para el país, Trotsky fracasó como político, pues no pudo percibir los anhelos mitologizados de las masas populares excitadas por el entusiasmo de los pioneros de la sociedad socialista.

En efecto, la revolución de octubre incorporó al proceso histórico a decenas de millones de trabajadores. Los soviéticos lograron vencer a la intervención armada extranjera y a la contrarrevolución interna, crearon la potente industria y la agricultura colectivizada, liquidaron el analfabetismo, dieron escritura a casi cuarenta pueblos, acabaron con el yugo nacional y convirtieron las periferias atrasadas y oprimidas en repúblicas iguales en derechos. Los soviéticos hicieron su aporte decisivo a la victoria sobre el nazifascismo en la guerra más sangrienta en la historia de la humanidad y levantaron en años contados al país de la ruina posbélica. Fueron los primeros en el mundo en poner en órbita el satélite artificial de la Tierra y en enviar al hombre al espacio cósmico; consiguieron la paridad militar con Occidente, garantizando así la paz en la época de la "guerra fría". La memoria histórica del pueblo soviético guarda cada año vivido con todas sus desgracias y alegrías, derrotas y victorias.

Ahora bien, voy a volver a los orígenes de nuestros problemas actuales, a la confrontación entre Stalin y Trotsky. Al paso rítmico de los batallones de hierro del proletariado —si tomamos la valoración dada por Lenin a las masas verdaderamente revolucionarias—, a diferencia de los palabrerros de "izquierda", le convenía

mucho más que la consigna stalinista sobre la posibilidad de construir el socialismo en un país que la abstracta idea trotskista de la "revolución permanente". La falsa preocupación paternal de Stalin por su propio pueblo pesaba mucho más que el aventurerismo de Trotsky, incrédulo y exportador de revoluciones a países ajenos.

La legión de propagadores partidistas, creciente numéricamente y fiel fanáticamente a Stalin, inventó una leyenda negra sobre el firme partidario de Lenin y el enemigo del leninismo. "Georgiano admirable" y "Judas Trotsky" (ambos calificativos sacados del archivo leniniano, inesperadamente citados luego como nombres bíblicos) se convirtieron en sinónimos del bien y del mal, respectivamente.

Por una parte, el indoblegable bolchevique Stalin, siempre fiel a Lenin, y por la otra, el menchevique "congénito" Trotsky, quien se unió a Lenin sólo en la víspera de la revolución de octubre. A decir verdad, éste último llamaría a Trotsky, al cabo de poco tiempo, "jefe eminente".

El muy bien adiestrado y todopoderoso aparato del partido creó en un corto plazo un ambiente hostil respecto a Trotsky entre la "masa" de comunistas en consecuencia crecimiento que sabía poco de los méritos del comisario del pueblo ante la revolución. Mientras el mismo Trotsky, quien se encontraba en un estado de euforia política y vivía solamente de los recuerdos de las recientes victorias en los frentes de la guerra civil, seguía calificando desdeñosamente al Stalin vengativo como la "mediocridad más destacada".

El fracaso personal de Trotsky constituyó una etapa en el afianzamiento del poder absoluto de Stalin y del régimen totalitario en el país y luego fuera de éste. Los aliados de Stalin, provisionales y poco perspicaces, procedentes de la cada vez menos numerosa "guardia leninista", demostraron con su falta de principios individual y colectiva la posibilidad de azuzarlos impunemente unos a otros bajo el pretexto de la lucha permanente contra toda clase de "sectas", "desviaciones" y "oposiciones". Se comenzó a comprender todo ello sólo en la época del Gran Terror. Por ello, cuando Zinóviev y Kámenev, Rikov y Bujarin, Frunze y Kirov apedreaban a Trotsky y a sus partidarios poco numerosos, cavaban la tumba a sí mismos y, peor todavía, a la perspectiva de un desarrollo democrático de país.

Los partidarios de Lenin, fusilados luego en su mayoría, participaban, más o menos activamente, en la campaña de represiones contra Trotsky; su deportación a Alma Ata y luego su exilio al extranjero. La propaganda stalinista declaró a Trotsky fascista, agente de todos los servicios de inteligencia reales e incipientes, espía y boteador internacional que vendía al por mayor y al por menor el país de los soviets.

El mismo Trotsky perdía cada año más el sentido de la realidad. Esperaba un derrocamiento de la "camarilla de Stalin" y una invitación al Kremlin para organizar la "revolución proletaria a escala mundial". El odio hacia su enemigo principal le empujó a escribir una serie de panfletos de carácter antistalinista.

A lo largo de decenios el "trotskismo" se consideraba en la Unión Soviética una palabra más injuriosa. Según la lógica bolchevique de los años de preguerra, la socialdemocracia era peor que el fascismo, y el trotskismo peor que la socialdemocracia.

Hoy en la URSS se quita el tabú del nombre de Trotsky. Hace poco, se ha editado en Moscú su compilación *Acerca de la historia de la revolución rusa*; se preparan para la publicación otros trabajos. Por primera vez, en la enciclopedia *Gran revolución socialista de octubre*, Trotsky fue calificado como político y no como "espía internacional". Es necesario decir toda la verdad histórica sobre Trotsky, viendo en esta figura no el enemigo del socialismo en antigua interpretación de este término, sino el enemigo personal de Stalin. Pero hay que evitar que la campaña de difamación se traduzca, como suele suceder en nuestro país, en una campaña de publicidad desmesurada.

Los comunistas soviéticos no dejaban de repetir de año en año que el marxismo-leninismo no era un dogma, sino una guía para la acción. Entre tanto, sus obras de Marx, Engels, Lenin y, posteriormente, del Stalin canonizado se convirtieron en una especie de Escritura Sagrada, ajena a todo pensamiento vivo y creador. La dialéctica fue sustituida por la metafísica más anquilosada. Si estudiamos la anatematización de Stalin después del XX Congreso del PCUS, tal situación reinaba en nuestras ciencias sociales hasta los últimos tiempos. El socialismo en la URSS se denominaba real, desarrollado o en desarrollo.

Marx, Engels y Lenin fueron convertidos en íconos. Pero estos grandes pensadores y revolucionarios eran hijos, y a veces prisioneros, de su época con todas sus contradicciones y errores. Hoy es imposible pronosticar el futuro de la civilización mundial, basándose en *El capital* o *El manifiesto comunista* de Marx. Igualmente, *El Estado y la revolución* de Lenin (establecimiento de la dictadura del proletariado) como la única estructura posible de todo Estado verdaderamente socialista) puede ser valorado hoy como búsqueda frustrada de un modelo mágico de desarrollo.

Los comunistas soviéticos están abiertos hoy, sin prejuicio alguno, a estudiar cualquier modelo de desarrollo social, por ejemplo el alcanzado en los países escandinavos; están abiertos a dialogar con representantes de todas las orientaciones del pensamiento y la práctica socialistas, incluida, naturalmente, la Internacional Socialista. Otra cosa es que no podemos copiar modelos ajenos. Por ello, la *perestroika* es la búsqueda, basada en nuestra propia experiencia histórica, de un modelo de desarrollo socialista que corresponda a lo específico del pasado, el presente y el futuro de Rusia y de otras repúblicas soviéticas.

La *perestroika* en la Unión Soviética empezó por reformas políticas muy profundas, por el proceso de democratización que garantizó la libertad a todo ciudadano. La transparencia informativa quitó el velo de las cosas aparentemente más recónditas, permitió a la gente limpiarse de la inmundicia: temor, mentira e hipocresía. Por vez primera se hizo realidad la consigna "¡todo el poder a los soviets!". Las estructuras del partido y de gobierno entregaron el poder supremo a los congresos de diputados populares y al parlamento. El cuerpo de diputados fue elegido a base de pluralidad de candidatos.

El partido comunista renunció voluntariamente al monopolio sobre el poder político. En el país funcionan muchos partidos y movimientos políticos, entre ellos el partido constitucional-democrático (partido de la libertad popular), el partido de demócratas constitucionales, el partido socialdemócrata de Rusia, la unión de

mocrática, la orden unión ortodoxa monárquica, el partido liberal-democrático, el partido socialista, el movimiento democristiano ruso, la unión democristiana de Rusia, el partido informativo-popular de Rusia, el comité "acción civil", la confederación de anarcosindicalistas, la unión de las fuerzas democráticas de la sociedad "unidad por el leninismo y los ideales comunistas", la plataforma marxista en el PCUS, la federación del trabajo, el frente unificado de los trabajadores de la URSS y otros. Sólo en la pequeña Georgia aparecieron unos cuarenta partidos: desde el monárquico hasta el movimiento "Stalin".

El pluralismo político se afianza en la URSS acompañado por procesos dolorosos debidos, ante todo, a la falta de cultura política. Y no es de extrañar, pues el Estado ruso existe desde hace centenares de años, mientras el primer partido político legal apareció sólo en 1905. El pluralismo político en Rusia cuenta con menos de 15 años de su existencia. Por esto se explican en mucho hoy fenómenos negativos tales como la ola de mítines, la denigración mutua, el extremismo y la intolerancia, cuando un demócrata se convierte, bajo la bandera del anticomunismo, en luchador contra la disidencia. Creo que es un proceso provisional e incluso inevitable en algo, ya que el individuo obtiene al fin la verdadera libertad después de tantos años de aplastamiento de sus derechos civiles.

Hoy mucho depende de la capacidad del PCUS de recuperar la confianza entre las masas y llegar a ser la vanguardia de la sociedad. En este sentido, el XXVIII congreso del partido constituyó una etapa crucial. Puedo confirmarlo, ya que asistí al Congreso como invitado del CC del PCUS. El Congreso apoyó la política de Mijail Gorbachov y de sus partidarios, la declaración programática "Hacia un socialismo humanitarista y democrático" y el rumbo a la renovación del partido y de toda la sociedad en el marco de la opción socialista.

Pero los destinos del país dependen de la solución de los dos problemas clave: el económico y las nacionalidades.

La economía del país se halla en una situación crítica: las palancas del sistema de administración autoritaria centralizada y de planificación total (desde la producción de misiles hasta la de bolones y chupones) ya no funcionan, mientras las leyes objetivas del mercado no han entrado en vigor todavía. A todo ello deben sumarse la inflación galopante, el creciente déficit de bienes de consumo, la subida de precios en el mercado libre, la disminución de la producción industrial y de la renta nacional, el aumento de la deuda externa, la crisis ecológica, el crecimiento de la delincuencia, la aparición de clanes mafiosos, etcétera. Como resultado, crece la tensión social que se expresa en huelgas y otros fenómenos negativos.

La única salida es pasar a ritmo acelerado a la economía de mercado. Se deben llevar a cabo reformas radicales, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de propiedad. La causa principal de la crisis económica es el monopolio del Estado sobre la propiedad, que priva al hombre de la ligazón con los medios de producción, descarta la posibilidad de crear unas condiciones de trabajo en las que el interés económico del trabajador y del colectivo laboral se convierta en móvil de la producción y del intercambio. Actualmente, la propiedad estatal sirve de base para el sistema de administración autoritaria que impide el desarrollo de la

sociedad y sin cuyo desmantelamiento es imposible el proceso de renovación del país. Y no es de extrañar, pues, que todos los intentos anteriores de establecer unas relaciones económicas normales y errear un mercado, manteniendo intacto el monopolio del Estado sobre la propiedad, fueran condenados al fracaso. Por ello, la tarea primordial es transformar radicalmente las relaciones de propiedad liquidando el monopolio estatal. Debemos privatizar la propiedad, pero en el marco de la opción socialista.

Es necesario tener en cuenta el hecho objetivo de que los grupos de la población con pocos ingresos (unos diez millones de habitantes) tengan miedo a la economía de mercado. La revolución garantizó la instrucción y la asistencia médica gratuitas, las pensiones y otras formas de seguridad social. Pero cómo es posible comparar las tareas de la salud pública en los años veinte (luchar contra las epidemias y la mortalidad infantil masiva) con las que se plantean hoy y que resultan difíciles para cualquier Estado: garantizar materialmente el desarrollo de la medicina moderna y de la salud pública de alta calidad. La psicología masiva del parasitismo social prefiere la pobreza general, garantizada por el Estado, a la economía de mercado con los ingresos muy diferenciados.

El mercado regulado y socialmente orientado debe defender los derechos materiales de los pobres, sobre todo los pensionistas. El parlamento soviético aprobó la disposición "Medidas urgentes para estabilizar la economía nacional y pasar a la economía de mercado". Esto quiere decir que elaborando un programa de paso a la economía de mercado se prestará especial atención al contenido y el plazo de las medidas de estabilización, la protección social de los ciudadanos, la política respecto a los precios, divisas e impuestos; la política científico-técnica, la creación de condiciones propicias para el desarrollo de toda la infraestructura social, el complejo agroindustrial y las ramas industriales básicas; la estabilización de la situación ecológica en el país.

Otro problema muy importante concierne a las relaciones interétnicas, a la conservación de la federación soviética sobre una base cualitativamente nueva. La federación fue fundada en 1922 como unión voluntaria e igual en derechos, integrada primeramente por seis repúblicas socialistas soviéticas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Azerbaijón y Armenia. Posteriormente se sumaron Kazajstán y cuatro repúblicas de Asia Central. En fin, a la víspera de la segunda guerra mundial, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se incorporaron tres repúblicas bálticas, Letonia, Lituania y Estonia, así como Moldova.

La política stalinista respecto a las nacionalidades convirtió esta unión voluntaria de repúblicas soberanas, la única en la historia mundial, en un Estado unitario, declaró "contrarrevolucionarios" a los pueblos pequeños, desplazándolos por la fuerza de sus lugares de residencia y recortando las fronteras internas contrariamente a su voluntad.

La sociedad soviética afronta hoy los amargos resultados de aquella política irreflexiva y a veces criminal con respecto a las nacionalidades. Lamentablemente, ya son cosa común y corriente los conflictos interétnicos, incluidos los armados, entre algunas repúblicas federadas: Azerbaijón y Armenia, Uzbekistán y Kirguizia.

También surgen conflictos agudos dentro de las repúblicas debido a la discriminación de las minorías étnicas: en Azerbaiján, en torno al problema de Nagorni Karabaj; en Georgia, por los problemas de Abjazia en Osetia del Sur; en Uzbekistán, por los actos violentos contra los turcos mesjetas deportados en su tiempo a esta república; en Kirguizia, donde los uzbekos fueron víctimas de la violencia; en Moldova, donde tres comunidades nacionales pretenden lograr soberanía, etcétera. Las repúblicas bálticas se proponen separarse de la Unión Soviética.

El presidente de la URSS, en cooperación con los jefes de todas las repúblicas federadas, busca una solución constructiva a este problema, elaborando una nueva concepción del desarrollo de las relaciones entre todos los pueblos soviéticos y un nuevo acuerdo federal.

Existen diversas opiniones sobre la organización de una nueva unión. Representantes de muchas repúblicas federadas creen conveniente conservar los principios de la federación, pero cambiando radicalmente las relaciones existentes hasta ahora dentro de ella. Según ellos, la nueva unión ha de poseer todos los atributos de una formación estatal: soberanía, ciudadanía, legislación, propiedad, presupuesto y estructuras de dirección.

Representantes de algunas repúblicas abogan por una confederación. Pero sus opositores ven en ella un debilitamiento brusco del poderío del Estado, ya que con tal organización el Estado federado no va a poseer la soberanía necesaria ni otros muchos atributos estatales. El presidente de la URSS y el consejo de la federación adjunto a éste presentaron al examen del parlamento la propuesta de formar un comité encargado de elaborar un nuevo acuerdo federal e integrado por los máximos dirigentes de las repúblicas y con la participación directa del presidente.

Uno de los logros importantes de la *perestroika* en política exterior es la nueva mentalidad política con la prioridad de los valores universales, proclamada por la URSS. Cabe señalar que los fundadores del marxismo-leninismo también formularon así la cuestión. Por ejemplo, Lenin mencionó en su trabajo *Proyecto de programa de nuestro partido*, escrito a finales del siglo pasado:

...desde el punto de vista de las ideas fundamentales del marxismo, los intereses del desarrollo social están por encima de los intereses del proletariado, mientras los intereses de todo el movimiento obrero están por encima de los intereses de un grupo de obreros o de algunos momentos que vive este movimiento.

En la época nuclear, la prioridad de los valores universales se convierte en un imperativo.

¿Cómo entendemos nosotros, al igual que todas las personas sensatas, el concepto "nueva mentalidad política", aunque puede sonar de distinta manera en diversos países? Desde nuestro punto de vista es la necesidad de reconocer la vida humana y la paz universal como la medida suprema de todo; construir un mundo sin violencia ni armas nucleares; democratizar y humanizar las relaciones internacionales; desideologizar las relaciones interestatales; excluir los conflictos regionales y solucionar todos los litigios sólo por vía negociada; equilibrar los intereses universales y los nacionales; garantizar la seguridad global y equitativa, pues la se-

guridad puede ser global o no puede ser ninguna; reconocer la diversidad social del mundo y la existencia de cualquier estructura estatal, excepto a la que recurre a la violencia contra su propio pueblo o a la agresión contra otros pueblos; garantizar la libertad de opción por la vía del desarrollo como el supremo valor nacional; sanear la crítica situación económica mundial, teniendo en cuenta la deuda externa y el hecho de que la comunidad mundial no podrá ser estable mientras que los países ricos sigan enriqueciéndose, y los pobres empobreciéndose más aún; mostrar tolerancia política, ideológica, étnica, filosófica y religiosa como norma de conducta civilizada; reconocer la ideosincracia histórica y cultural de cada pueblo.

Hoy como nunca antes existen condiciones propicias para desarrollar una cooperación internacional a gran escala.

Primero, el mundo civilizado ha pasado de la confrontación a la cooperación, y la *perestroika* en la URSS contribuye a este proceso benéfico y a la estabilización de la situación internacional.

Segundo, se ha logrado un avance histórico en las relaciones soviético-norteamericanas, cuando la exhibición recíproca de los músculos y la confrontación irracional se sustituye por un proceso de cooperación que promete ser irreversible. En una declaración conjunta firmada en septiembre pasado por Mijail Gorbachov y George Bush se subraya: "Es imposible establecer un orden internacional pacífico, si los Estados grandes siguen absorbiendo a sus vecinos menos grandes". A mi juicio, este planteamiento debe extenderse no sólo al último caso (intervención de Iraq en Kuwait), que sirvió de pretexto para firmar dicha declaración sino también a otras acciones impropicias tales como, por ejemplo, la agresión soviética contra Afganistán y la agresión norteamericana contra Panamá.

Tercero, Europa desde los Pirineos hasta los Urales se convierte en una casa común para sus habitantes, donde se produjo el mes pasado el acontecimiento positivo más importante en los últimos cincuenta años: la reunificación de Alemania. La confianza entre todos los países europeos da un potente impulso al fortalecimiento de la confianza en el mundo entero.

En América Latina también se desarrollan profundos procesos democráticos. Por primera vez en la historia política de este continente el poder en todos los países pertenece a los gobiernos elegidos por vía constitucional.

La opinión pública soviética menciona con satisfacción que América Latina sale al amplio camino del desarrollo histórico, saluda el creciente papel de algunos Estados latinoamericanos y de la región en general en los asuntos internacionales, expresa su apoyo a los procesos democráticos en América Latina.

Se están creando condiciones favorables sin precedentes para desarrollar los vínculos multilaterales y cualitativamente nuevos entre la URSS y países latinoamericanos. Por vez primera en la historia, los presidentes de Argentina, Uruguay y Brasil visitaron la URSS. La declaración sobre las acciones conjuntas en aras de la paz y la cooperación internacional, firmada durante la visita del presidente brasileño, se sale del marco de las relaciones bilaterales y es una clara manifestación de nueva mentalidad política respecto a las relaciones de la URSS con países latinoamericanos. El ministro de Relaciones Exteriores soviético también realizó por pri-

mera vez un viaje a países de América del Sur. Tienen importancia internacional los resultados de la visita oficial y de amistad efectuada por Mijail Gorbachov a la República de Cuba y el acuerdo de amistad y cooperación firmado entre ambos países. Fue la primera visita del jefe del Estado soviético a América Latina.

Mijail Gorbachov es partidario activo de imprimir más dinamismo a las relaciones soviético-latinoamericanas, sobre todo en política. En su informe al primer congreso de los diputados populares de la URSS, consideró necesario mencionar las posibilidades singulares, aparecidas estos últimos años, de hacer más estrechos y productivos los vínculos soviéticos con América Latina. Como partidario de la prioridad de los valores universales, el líder soviético se pronunció por liquidar la tensión en Centroamérica mediante el proceso de Contadora, por solucionar todos los litigios por vía negociada. La opinión pública soviética aceptó con satisfacción la valoración dada por Mijail Gorbachov al Estado y las perspectivas del desarrollo de las relaciones con países latinoamericanos, sus palabras pronunciadas durante la toma de posesión (marzo del presente año) acerca del creciente lugar que ocupa América Latina en nuestras relaciones exteriores, de la posibilidad de fortalecer también en este terreno las tendencias positivas del movimiento internacional.

Como índice de la actividad social, en la URSS crece el papel que desempeña la "diplomacia popular", incorporando a la política exterior a millones de soviéticos, representantes de todos los grupos sociales, profesiones y nacionalidades.

Los activistas de la "diplomacia popular" constituyen un móvil de diversas organizaciones no gubernamentales que se pronuncian por la paz, la solidaridad y la cooperación internacional. Una de tales organizaciones es el Comité Soviético de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (CSSPAL), instituido a comienzos de 1984. Últimamente, su papel va creciendo gracias a la reestructuración de las organizaciones sociales soviéticas y a los cambios positivos operados en América Latina.

El CSSPAL procura sintetizar la actividad de las organizaciones sociales soviéticas con respecto a América Latina, dando prioridad al establecimiento y ampliación de contactos con diversos partidos políticos. Una de sus tareas de mayor agrado es familiarizar a los soviéticos, sobre todo la juventud, con el patrimonio histórico, las tradiciones nacionales y la vida moderna de los pueblos latinoamericanos. Uno de los incentivos de esta labor es el próximo quinto centenario de la primera expedición de Colón, acontecimiento histórico sumamente importante para los destinos de la humanidad y la civilización mundial. Hace poco, el gobierno de la URSS formó una comisión "Encuentro de los dos mundos". El autor de estas líneas es vicepresidente primero de dicha comisión.

Además, el interés por este suceso se determina en la URSS por otro factor. Se trata del descubrimiento de América por los rusos por la parte asiática. En 1991 se conmemora el 250 aniversario de la expedición rusa que dio inicio a la pertenencia de la parte noroeste de América del Norte. Cabe recordar que en el territorio de América del Norte, aparte de la Nueva Inglaterra, la Nueva España y la Nueva Francia, también existió la América Rusa. La Compañía Ruso-americana fundada en 1799 con su sede en la fortaleza Ross poseía una tierra en Alta California, vendida 140 años atrás. Posteriormente, fue vendida Alaska. Así, por las

velocidades de la suerte histórica, Rusia fue el primer país europeo en renunciar a sus colonias en América. El interés de los soviéticos por el pasado lejano es, ante todo, la memoria histórica como indicio de la pertenencia a la civilización mundial, como afianzamiento de nuestra participación humana en este mundo íntegro e interdependiente.

La *perestroika* en la URSS coincidió en el tiempo con el proceso de democratización en países latinoamericanos. Este hecho suscita en América Latina enorme interés hacia nuestra *perestroika* e induce a hacer un análisis comparativo de las sociedades que pasan del régimen autoritario a la democracia.

Claro que la *perestroika* en la URSS y los procesos democráticos en países latinoamericanos se desarrollan en condiciones de distintos sistemas políticos y sociales, tienen sus propias raíces y particularidades específicas. Pero con toda su diferencia, estos procesos, tanto en la URSS como en América Latina, se basan en una tendencia global a crear institutos democráticos en el marco de las sociedades civiles.

De ello habló de forma argumentada —comparando la situación actual en México y la URSS, la crisis que viven en el PRI y el PCUS tras perder su monopolio tradicional sobre el poder político, los procesos de privatización de la economía en ambos países— el director general del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del CEN del PRI, Abraham Talavera, en la conferencia científica internacional "Procesos de renovación democrática en la Unión Soviética y América Latina: orígenes y actualidad", organizada en abril pasado por el Comité Soviético de Solidaridad con los Pueblos de América Latina y el Instituto de Ciencias Sociales del CC del PCUS con motivo de 120 aniversario natalicio de Lenin.

Las ideas de Lenin siguen despertando interés en el mundo entero, pero sobre una nueva base creada por la *perestroika*, proceso que por vez primera procura "desposar" el socialismo con la libertad, lograr lo inconcebible antes: garantizar la libertad y la justicia social al individuo. La *perestroika* con su consigna "*más democracia, más socialismo*" es la esencia de ello. El tiempo dirá en qué medida podrá el pueblo soviético materializar este ideal. Al optar por el socialismo, muchos millones de soviéticos no escatiman esfuerzos por hacer realidad el sueño secular de la mejor parte de la humanidad: la libertad y la justicia social.

Cuestionario 15

1. ¿Cómo concibe el autor al socialismo?
2. Realice un perfil político de Trosky y de Stalin de acuerdo con su papel histórico en la URSS.
3. Explique qué es la Perestroika.
4. Señale cuáles son los principales problemas de la Unión Soviética.
5. ¿Qué papel desempeñará la Perestroika en el futuro del bloque socialista?

RENÉ VILLARREAL

***La crisis del capitalismo industrial y la
contrarrevolución monetarista.**

***El programa ideológico del neoliberalismo:
de la contrarreforma económica a la
contrarreforma política**

René Villarreal

"La crisis del capitalismo industrial y la
contrarrevolución monetarista. El programa
ideológico del neoliberalismo: de la
contrarreforma económica a la contrarreforma
política"

en *La contrarrevolución monetarista. Teoría,
política económica e ideología del
neoliberalismo*, México, Océano, 1984, pp. 29-
47 y 45-487.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL Y LA CONTRARREVOLUCION MONETARISTA

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos, personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez como farsa.

Carlos Marx*

En este mes se cumple el quincuagésimo aniversario de la crisis económica internacional de septiembre de 1931 [. . .] la más absurda consecuencia de aquellos días de septiembre tal vez sea que hoy, en un tiempo en el cual el cambio tecnológico debería hacer que el crecimiento rápido fuese bastante fácil, la mayoría de las economías industriales se encuentran atascadas en una prolongada estancación.

The Economist**

La del capitalismo es una historia de auge y depresiones. La diferencia es que esta recesión (de los setenta) ha sido deliberadamente fabricada por los gobiernos.

Paul Samuelson***

* 18 Brumario de Luis Bonaparte, Ed. Ariel, México, 1977, p. 11.

** "1931 and 1981", en *The Economist*, 5 de Septiembre de 1981, pp.11-12.

*** "La Economía Mundial a finales del siglo", en *Comercio Exterior*, Vol. 30, No. 8, México, agosto de 1980, p. 827.

INTRODUCCION

La década de los treinta fue testigo de la "Primera Gran Crisis" del capitalismo industrial y de la economía internacional en el siglo XX. Estados Unidos y Gran Bretaña, centros del capitalismo mundial, enfrentaron y proyectaron al resto del mundo el desempleo masivo y la depresión. En el ámbito internacional el comercio se contrajo y el patrón oro, base del sistema financiero mundial, mostró sus limitaciones y debilidades.

Cuarenta años después, en la década de los setenta, los países industriales experimentaron una "Segunda Gran Crisis" del capitalismo, que se ha prolongado hasta los ochenta. Estos países enfrentan hoy una doble crisis: de *desequilibrio macroeconómico* y de *productividad*. El primer aspecto se traduce en problemas de inflación, bajo crecimiento económico, desempleo y desequilibrio en la cuenta corriente de la balanza de pagos; el segundo se refiere a la caída y estancamiento en la productividad, que no es sino un fenómeno que tiene que ver con el patrón de acumulación y crecimiento en el largo plazo.

La economía internacional también se ha visto afectada por la crisis: el sistema monetario internacional de Bretton Woods —patrón de cambio oro y tipos de cambio fijo— no sólo mostró sus limitaciones y debilidades sino que se derrumbó y fue sustituido por el patrón dólar y el sistema de tipos de cambio flexible; el ritmo de crecimiento del comercio se contrajo y emergió abiertamente el neoproteccionismo. Por su parte, el patrón dólar ha agudizado la incertidumbre del sistema financiero internacional.

Estos problemas no sólo se presentan en la esfera económica, sino en la científica. La teoría económica existente ha sido incapaz de interpretar las crisis y proponer soluciones. De manera tal que se puede hablar también de una crisis profunda en el paradigma dominante de la ciencia económica.

Hace medio siglo se inició un fenómeno parecido al que hoy presenciamos. La Gran Depresión de los treinta probó el anacronismo del paradigma de la economía clásica y provocó su derrumbe con el surgimiento de la revolución keynesiana a partir de la

Teoría General. La crisis de los setenta ha puesto a prueba al paradigma dominante: la síntesis neoclásica/neo-keynesiana. Este paradigma ha mostrado evidentes limitaciones para interpretar la crisis e impotencia para proporcionar soluciones. Sin embargo, hoy, a diferencia de los años treinta, no ha surgido una revolución científica, sino una contrarrevolución. Probada la incapacidad del paradigma existente para interpretar y recomendar soluciones, se ha impuesto el "retorno a la ortodoxia" disfrazado con el ropaje del monetarismo. En la teoría "aparecen" el *monetarismo friedmaniano* y el *monetarismo bastardo* de la economía de la oferta; en la práctica, surge el thatcherismo en Inglaterra, la reaganomía en Estados Unidos, y así el monetarismo se constituye en un camino "atractivo" para muchos otros países.

Para entender los fenómenos anteriores es necesario comprender la naturaleza de la crisis del capitalismo industrial y de la economía internacional.

LA CRISIS DE LOS PAISES CAPITALISTAS AVANZADOS

Por vez primera en este siglo, en la década de los setenta las economías avanzadas, particularmente los Estados Unidos y Europa Occidental, enfrentan simultáneamente problemas graves de desequilibrio interno y externo, hasta antes peculiares de los países en desarrollo. Estas economías redujeron su tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) de 5.0% en el periodo 1960-1970 a 3.1% en los setenta. Paralelamente, en esta década la tasa de inflación más que se duplicó pues alcanzó niveles de dos dígitos contra 4.2% una década antes.¹

Los índices de desempleo también se elevaron casi en un 50%, de 3.5% en el periodo 1962-1972 a 5.7% en el lapso de 1973-1979.² Además, de haber sido países principalmente superavitarios, comenzaron a presentar problemas de balanza de pagos durante la segunda mitad de la década, debido tanto a los cuantiosos incrementos en los pagos al exterior por concepto de petróleo, como a la pérdida de competitividad y baja productividad de sus economías; así, en 1980 su déficit en balanza de cuenta corriente ascendió a 51.5 miles de millones de dólares.³

La recesión inflacionaria, o como se le ha dado en llamar, estancación (estancamiento con inflación) ha sido el síntoma más evidente y característico de la crisis del capitalismo industrial en los setenta. Los países industrializados de la Organización Económica para la Cooperación y el Desarrollo (OECD) presentaron en el

periodo 1967-1973 tasas de crecimiento de 4.8% y tasas de inflación menores al 5%; en cambio, en la década de los setenta el crecimiento se reduce al 2.5% y la inflación alcanza niveles superiores al 10 en varios años (ver cuadros 11 y 12).*

Japón, considerado el milagro económico de los sesenta y el centro emergente del capitalismo industrial, creció a tasas superiores al 10% durante más de tres quinquenios. En los setenta redujo su crecimiento a casi una tercera parte (3.7%) y presentó niveles de inflación superiores al 20% en algunos años. Estos problemas se presentan con mayor gravedad en Inglaterra pero con niveles de crecimiento significativamente inferiores.

Estados Unidos ha mostrado una declinación en su tasa de crecimiento del PIB. En el periodo 1957-1967 éste creció al 4.1%; entre 1967 y 1973 lo hizo al 3.5%, y finalmente en 1973-1978 su crecimiento cayó al 2.4 por ciento. En 1974 la inflación llegó a superar los dos dígitos (11%) y el desempleo alcanzó 8 millones de personas (7.5% de la fuerza de trabajo).

En las potencias industriales más importantes de Occidente (los miembros de la OECD) se estima que el número de trabajadores sin empleo asciende a 24 millones, de los cuales 3 millones corresponden a Inglaterra; 2 millones a Italia; 1.8 millones a Francia y 1.4 millones a Alemania Occidental, esta última considerada como el gran milagro económico europeo de la posguerra.

Ante este panorama, el Comisionado de la Comunidad Económica Europea para política social, Ivor Richard, advierte: "Enfrentamos en Occidente el peligro de manejar una economía que tiene como uno de sus subproductos la pauperización de grandes sectores de nuestra comunidad. Esto necesariamente implicará grandes cambios en la estructura social de nuestras sociedades". La crisis laboral en la Gran Bretaña es un claro ejemplo de este fenómeno, señala el *Observer* de Londres: "El resultado obvio es un incremento alarmante en el índice de alcoholismo, crímenes, políticas extremistas y, cada vez en mayor grado en las formas de violencia que sacudieron a Gran Bretaña el verano pasado".⁴

Como se puede observar (cuadros 1 y 2), no hubo país industrial que no presentara el síntoma de la estanflación como un nuevo problema de desequilibrio macroeconómico del capitalismo. De este modo, mientras en la década de los sesenta quienes instrumentaban la política económica podían escoger entre un menor desempleo a costa de una "modesta" mayor inflación (el "trade-off"

entre la inflación y desempleo), en la década de los setenta esa opción quedó cerrada, pues tanto la inflación como el desempleo se duplicaron (ver cuadro 3).

El desequilibrio interno que hemos reseñado se vio acompañado por un desequilibrio externo con lo cual el problema macroeconómico se presenta por "ambos filos de la tijera". A lo largo de los años setenta se observa que los principales países industrializados presentan déficit considerables en la cuenta corriente de sus balanzas de pagos durante varios años. De ellos, Estados Unidos constituye el caso extremo ya que alcanzó en 1978 un déficit de 16 000 millones de dólares (cuadro 4).

La crisis del capitalismo de los setenta no ha sido solamente un problema de desajustes macroeconómicos en las economías industriales. También se ha detectado una caída en el ritmo de crecimiento del ingreso nacional por persona ocupada. Este hecho en sí mismo ha puesto de manifiesto la crisis de la productividad; que se ha presentado como otro síntoma que refleja la existencia de problemas estructurales en el patrón de acumulación y crecimiento de dichas economías. Al efecto, el caso de los Estados Unidos ejemplifica la naturaleza del problema.

En la economía norteamericana, el crecimiento de la productividad, medida en términos de ingreso nacional por persona ocupada, no sólo ha disminuido, sino que además presenta un claro estancamiento. El aumento de la productividad en el periodo 1948-1973 fue de 2.4% promedio anual; en cambio, en el periodo de 1973-1978, fue nulo.⁵ La caída en la productividad es aún más dramática en el caso de Japón, en donde el aumento anual del rendimiento por hora de trabajo cayó de 9.9% en el periodo 1960-1973 a 3.8% de 1973-1979. El declinamiento para Italia fue de 7.8% a 1.6% anual, para Canadá de 4.2% a 1.0% anual y para Inglaterra de 3.8 a 1.9% en los periodos respectivos. Esto revela que la tendencia hacia la baja en la productividad en los países industrializados es generalizada, aunque en algunos incide con mayor fuerza que en otros (ver cuadro 5).

Las fuentes que explican la caída y estancamiento de la productividad de las economías industrializadas son muy variadas, así como lo son también sus interpretaciones. Sin embargo, es innegable que el problema de la crisis actual va más allá del manejo insuficiente de la política keynesiana de la administración de la demanda y de la política neoclásica de precios relativos. Los problemas de cambio tecnológico, de organización de los mercados, de asignación de recursos entre sectores, de bajas tasas de ahorro, de ob-

* Los cuadros del capítulo se encuentran en su apéndice correspondiente.

solescencia tecnológica para la revalorización de un recurso escaso y no renovable (el petróleo), etc., son problemas que se encuentran más en la estructura productiva y en el patrón de crecimiento que en la sola "ruta" de equilibrio macroeconómico.

LA CRISIS INTERNACIONAL DEL CAPITALISMO

El comercio y las finanzas internacionales han sido protagonistas también de la crisis del capitalismo contemporáneo. En las finanzas internacionales han ocurrido cambios que amenazan la seguridad y la estabilidad en los intercambios entre naciones. Al caer en desuso el marco de funcionamiento financiero establecido al término de la segunda guerra mundial, se ha evidenciado la crisis del sistema monetario internacional.

Bajo el sistema de Bretton Woods, Estados Unidos estuvo en posibilidad de desarrollar su comercio exterior e inversión extranjera bajo la "diplomacia del dólar", con todas las ventajas que implica ser el banquero central del mundo capitalista (la ventaja de la acuñación o del "seignorage").*

El aumento constante de la liquidez internacional a costa de los déficit en la balanza de pagos de los Estados Unidos ocasionó una pérdida gradual de la confianza en la paridad del dólar frente al oro, y un menor atractivo para mantenerlo como medio de reserva de divisas. Además, la posición competitiva norteamericana comenzó a verse erosionada, lo que motivó importantes cambios en la estructura del comercio mundial.

En 1968, Estados Unidos rompió con el patrón cambio-oro y lanzó "de facto" el sistema monetario internacional al patrón dólar. Sin embargo, no fue sino hasta 1971 que el dólar se desligó "de jure" del oro, tanto en su paridad como en su convertibilidad. La devaluación del dólar puso de manifiesto el problema de tener al patrón dólar como la parte central del sistema monetario internacional, lo cual constituye la contradicción básica del sistema.

De los nuevos fenómenos que perturbaban a la economía mundial surgió la necesidad de implantar un nuevo sistema de tipos de cambio: las tasas de cambio flotantes. Se hizo entonces también patente la integración indisoluble del comercio y las finanzas internacionales, en el marco de una economía cada vez más interdependiente, inestable e incierta.

* Se entiende por "seignorage" el beneficio que se obtiene de la diferencia entre el valor de una moneda y el costo de producirla.

La hegemonía económica y comercial de los Estados Unidos permitió la estabilidad del sistema financiero internacional gracias a la fortaleza del dólar durante casi toda la década de los sesenta hasta 1968, año en que el dólar sufre su primera crisis como medio de reserva internacional. Durante estos años el dólar mantuvo un tipo de cambio prácticamente fijo y, por lo tanto, estable respecto a las principales monedas internacionales (gráfica 1.1). Sin embargo, en la década de los setenta y ya de jure, bajo el patrón dólar, éste no sólo se devalúa drásticamente sino también muestra una gran "volatilidad". Debido a que el dólar es un medio de intercambio y depósito de valor, cuando éste se devalúa, las reservas internacionales en dólares pierden valor, originando así la pérdida de confianza en el dólar como medio de reserva. Ello implica que el propio sistema financiero se convierta en una fuente importante de la incertidumbre internacional.

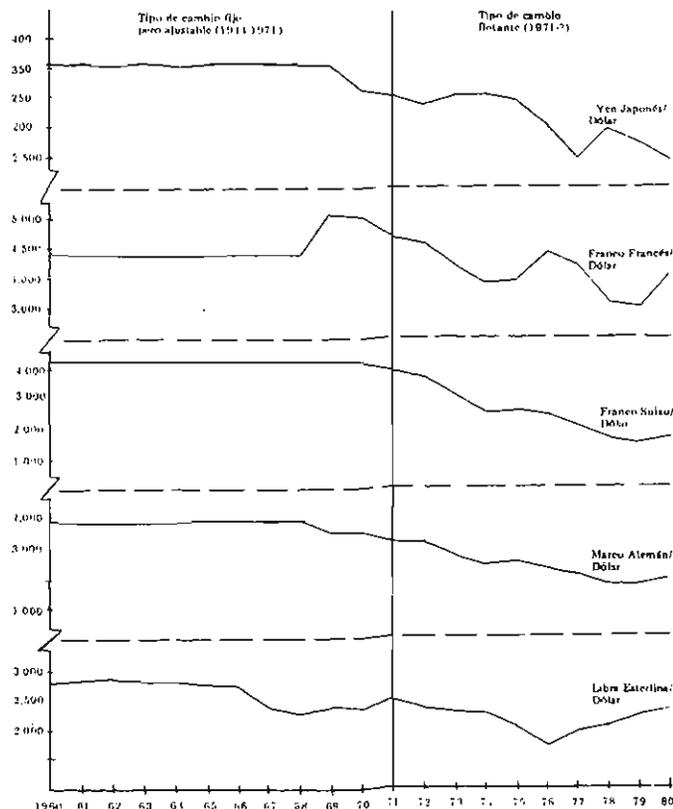
Para 1980 el dólar se había devaluado (en relación al tipo de cambio en los sesenta) un 18% respecto a la libra esterlina y al franco francés y en 50, 60 y 80% aproximadamente, en relación al marco alemán, al franco suizo y al yen japonés, respectivamente. Asimismo, la "volatilidad" del dólar se puede observar en el hecho de que prácticamente cada año, en la década de los setenta, todas estas monedas variaron su tipo de cambio con respecto al dólar (ver cuadro 6). A esto se debe la incertidumbre del sistema financiero y la pérdida de confianza en el dólar como medio de reserva internacional.

Esta crisis de confianza se ha puesto en evidencia con los países superavitarios de la OPEP:

"En una época de tasas de interés excepcionalmente altas en Estados Unidos, los grandes depositantes árabes petroleros han estado diversificando sus bienes apartándose más de la moneda norteamericana y colocando inversiones cada vez más cuantiosas en mercados no bancarios.

*"Sencillamente, los países árabes ricos han estado pasando por alto la oportunidad de obtener utilidades a corto plazo manteniendo los excedentes de sus ingresos petroleros en lo que durante los últimos 18 meses ha sido la inversión más rentable —depósitos en dólares a corto plazo. En vez de eso, los Estados petroleros se han concentrado más en la estrategia a largo plazo para equilibrar mejor sus carteras de inversiones."*⁶

GRAFICA 1.1
SISTEMA DE TIPO DE CAMBIO RESPECTO AL DÓLAR
DE ESTADOS UNIDOS



FUENTE: Ver apéndice Cuadro 3.

* En agosto de 1971 Estados Unidos suspendió la convertibilidad del dólar oro.

A últimas fechas se ha presentado otro síntoma inquietante: el aumento en las tasas de interés, que implica una revalorización del capital financiero y constituye, como veremos en seguida, *otro síntoma y causa* de la crisis del capitalismo. Las altas tasas de interés en los Estados Unidos permiten, en el interior de la economía, frenar la demanda y, teóricamente, la inflación, y en el exterior, "fortalecer" al dólar a costa de extender la contracción al resto de las economías occidentales, que se ven obligadas a aumentar las tasas de interés para evitar salidas de capitales.

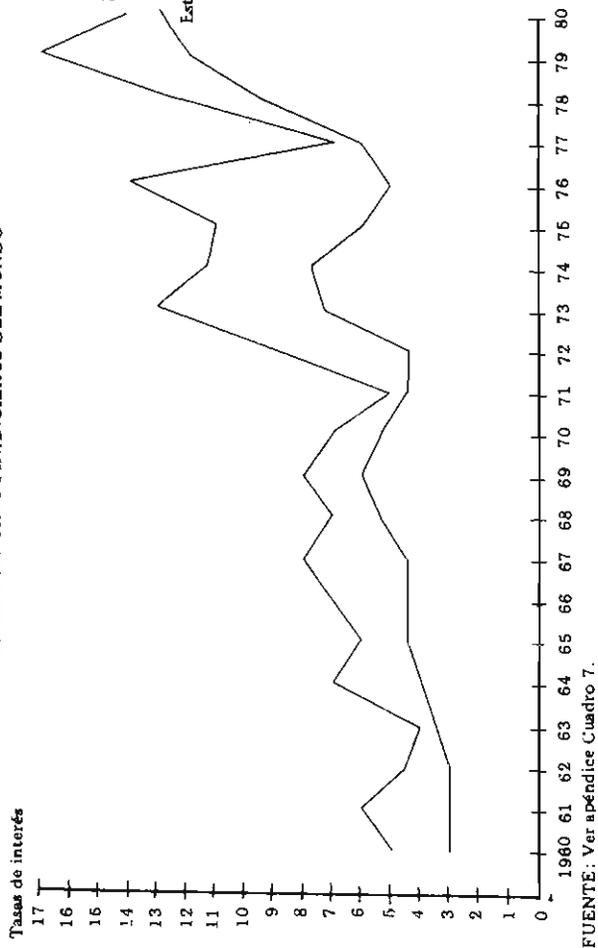
En los dos centros financieros más importantes del mundo occidental, Estados Unidos e Inglaterra, se puede observar el aumento de las tasas de interés y su mayor volatilidad (gráfica 1.2). En los sesenta, las tasas de interés fluctuaron en los Estados Unidos entre 3 y 6% y en Inglaterra entre 4 y 8%. Para 1980, estas tasas aumentaron a 13 y 14%, respectivamente. La volatilidad se manifiesta en forma clara en el caso de Inglaterra, donde la tasa de interés fluctúa del 14.25% en 1976, al 7% en 1977 y nuevamente al 17% en 1979 (ver cuadro 7).

Como dijera Helmut Schmidt en la Cumbre de Ottawa: "las tasas de interés están a los niveles más altos desde la era cristiana". Esto es cierto, pues las tasas de interés reales fluctúan entre 5 y 7% (después de descontar la inflación) lo que significa el doble o triple de la norma histórica de 2 a 3 por ciento.⁷

La revalorización del capital financiero ha venido a jugar un papel similar a la revalorización de petróleo, con sus consecuentes efectos. El FMI, en su reporte de 1981 sobre las *Perspectivas de la Economía Mundial*, señala:

*"Durante el periodo 1974-79, la tasa de retorno promedio anual para fondos a corto plazo en los Estados Unidos o en los depósitos en dólares americanos colocados en los mercados de divisas europeas fue tan sólo del 6 al 6.5% mientras que la tasa de crecimiento promedio anual de los precios de importación para los países exportadores de petróleo, en términos de dólares americanos, fue de alrededor de 12.5%. Sin embargo, desde finales de 1979 hasta finales de mayo de 1981, la tasa de interés para los depósitos a corto plazo en dólares americanos tuvo una tasa promedio entre 12 y 14%, mientras que la tasa de crecimiento en los precios de importación de los países exportadores de petróleo en términos de dólares, fue del orden del 7%."*⁸

GRAFICA 1.2
TASAS DE INTERES
EN LOS CENTROS FINANCIEROS DEL MUNDO



Es decir, en el periodo 1974-79 mantener reservas en dólares en depósitos a corto plazo para gastarlos en importaciones representó, para los países exportadores de petróleo, un costo promedio de 6 centavos por dólar al año, mientras que esa misma operación de 1979 a mayo de 1981 representó una ganancia promedio de 6 centavos por dólar al año.

Como lo ha planteado el Morgan Guaranty Trust Co., en su publicación *World Financial Markets* (Mercados Financieros Mundiales) de mayo de 1981: "un cambio de 1% en las tasas de interés ahora causa una mayor variación en los requerimientos financieros de los países en desarrollo que un cambio de 1% en los precios del petróleo".⁹

En el comercio mundial también se advierte un bajo dinamismo en la producción y una pérdida de competitividad del capitalismo industrial.

Durante veinte años las exportaciones de los países capitalistas aumentaron más rápidamente que la producción industrial. De 1953 a 1963, el volumen de la producción industrial de los países capitalistas se había incrementado en un 62%, mientras que sus exportaciones habían aumentado en un 82 por ciento. De 1963 a 1972, su producción industrial se incrementó en un 65%, mientras que las exportaciones lo hacían en un 111 por ciento.¹⁰ En 1975, por vez primera desde el inicio de la larga fase de expansión económica de la posguerra, el volumen de las exportaciones disminuyó. El FMI evalúa este retroceso en un 4% para el conjunto del comercio mundial de los países industriales.¹¹ Por otra parte, mientras que el volumen del comercio mundial creció al 8.5% promedio anual en los sesenta (1962-1972), en 1980 lo hizo sólo al 1.5 por ciento. En los países industriales, dichas tasas se redujeron del 8.8 al 4.5%, respectivamente en los periodos anteriores.

Además de lo anterior, los países industrializados redujeron su participación en el comercio mundial en la década de los setenta. Su participación en las exportaciones mundiales que fue casi de 78% en 1972, se redujo a 70% a fines de la década. Sin duda alguna se presentan dentro de estos países diferencias fundamentales. Estados Unidos tiene que establecer "acuerdos voluntarios" con Japón para que éste frene sus exportaciones, paralelamente obstaculiza las exportaciones de los nuevos países industrializados a través de medidas como la imposición de impuestos compensatorios y de eliminarlos del Sistema General de Preferencias. Todo ello ha venido a desembocar en el neoproteccionismo que ha tomado una "forma legal" en el sistema comercial que surgió de los códi-

gos de conducta sobre barreras no arancelarias de la Ronda Tokio, dando lugar al "Nuevo GATT" en los ochenta.¹²

Estas son a grandes rasgos, las características o síntomas de la crisis que se plantea al comienzo de esta década. Ante esta situación de crisis del capitalismo industrial, el paradigma existente de la ciencia económica, la síntesis neoclásica/neo-keynesiana no ha tenido respuesta, pues las políticas tradicionales de ajuste de precios relativos (mecanismo neoclásico) y de administración de la demanda (mecanismo neo-keynesiano) han mostrado su impotencia. Se acepta por diversos autores y en diversos foros mundiales que los problemas de las economías avanzadas y del comercio y finanzas internacionales son estructurales, pero no se cuenta ni con el esquema teórico que los interprete, ni mucho menos con las políticas de ajuste estructural. El único esquema al alcance es el retorno a la ortodoxia en sus dos formas: el Monetarismo Friedmaniano y el Monetarismo Bastardo.

La crisis del paradigma neoclásico/neo-keynesiano, tanto en su teoría —que resulta cada vez más inadecuada para explicar las crisis— como en sus recomendaciones de política económica —que resultan cada vez más impotentes para ayudar a salir de la crisis— explica de manera fundamental el *retorno a la ortodoxia* que implica la *contrarrevolución monetarista*.

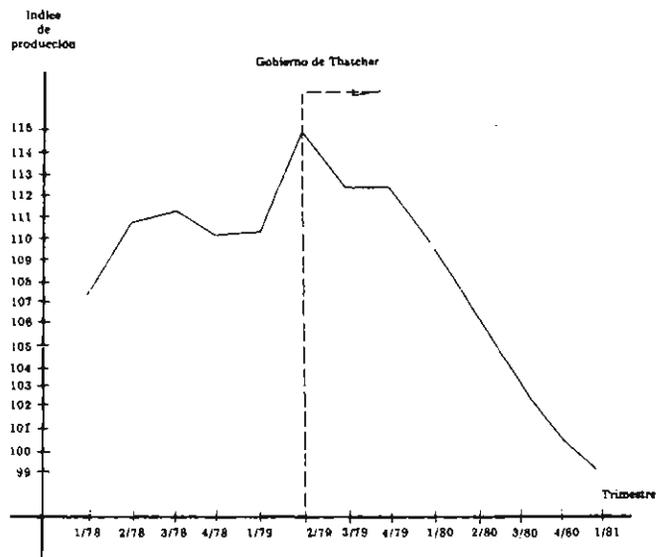
LA CONTRARREVOLUCION MONETARISTA

En Inglaterra la *contrarrevolución monetarista* se desarrolla bajo el "thatcherismo" que ha consistido en la aplicación del credo friedmaniano de contracción monetaria, de eliminación del Estado como agente económico y de liberalización del mercado bajo el viejo dogma de "dejar hacer, dejar pasar".

El resultado ha sido claro: se ha provocado deliberadamente una Segunda Gran Depresión. El número de desempleados en 1981 es el mismo que el de la Primera Gran Depresión cincuenta años atrás (3 millones de obreros). Con esta política Inglaterra se ha convertido en el otro caso histórico de desindustrialización deliberada, posterior al de Alemania en la posguerra.

Tomando como indicador el producto industrial de Inglaterra observamos una correspondencia exacta entre el crecimiento industrial del periodo anterior al gobierno de Thatcher y una recesión que se inicia el tercer trimestre de 1979* (gráfica 1.3). La inflación

GRAFICA 1.3
INDICE DE PRODUCCION INDUSTRIAL EN INGLATERRA
1978-1981
(por trimestres)



FUENTE: Cuadro 8 en el apéndice.

* Margaret Thatcher asumió el cargo de Primera Ministra en Inglaterra, el 4 de mayo de 1979.

en lugar de ser atenuada se aceleró de 5.1% en 1960-1973 a 18.0% en 1979-1980 y finalmente el desempleo que en los sesenta había sido 2.9%, se agudizó en forma tal que en 1980 fue de 7.6% de la fuerza de trabajo (ver cuadros 5 y 8).

La evidencia histórica no puede ser más clara, y apunta hacia una depresión deliberada del sistema productivo. Paradójicamente, esta política ha logrado su objetivo, el de la revaluación internacional de la libra esterlina. Al "dios" de la moneda se le ha inmolado la economía:

*"Hoy, frente a la crisis, el neoliberalismo juega la carta de la recesión y la austeridad. Su objetivo ya no es tanto el crecimiento del producto bruto sino el de las ganancias en una producción que se estanca. En realidad se trata de una operación conservadora por excelencia. Ya no se apunta a la creación de nuevas riquezas sino a la redistribución de las riquezas ya existentes. La aparición de preocupaciones exclusivamente monetaristas corresponde a las exigencias de esta nueva lógica: sacrificar la economía para salvar la moneda."*¹³

En Estados Unidos, centro dominante del capitalismo industrial, el credo ortodoxo ha dejado sentir también su influencia. Este credo, revisado y bajo el nuevo ropaje de la "economía de la oferta" consiste, en esencia, en la rehabilitación de la antigua Ley de Say, y configura, bajo la reaganomía, un caso de "monetarismo bastardo".

De acuerdo al monetarismo bastardo (como se verá en el capítulo 4) el Estado es la causa de todos los males; la estanflación y el estancamiento en la productividad son el resultado del exceso de oferta monetaria, de impuestos y de regulaciones del mercado. En consecuencia, la receta que se prescribe para que Estados Unidos recobre la grandeza y la posición hegemónica de los años cincuenta es muy simple: volver al liberalismo económico del "dejar hacer, dejar pasar" mediante la reducción de las tasas impositivas, la contracción de la oferta monetaria, la eliminación de regulaciones de mercado, y el restablecimiento del patrón oro.

Es importante, sin embargo, observar las diferencias entre el caso inglés y el norteamericano. Mientras que el thatcherismo, con todo realismo y crudeza, parte del principio de que la mejor terapia a la inflación es la recesión y está dispuesta a pagar el costo político del ajuste, la reaganomía vende falsas promesas a su pueblo a través de la economía de la oferta, estableciendo que la infla-

ción se puede reducir al mismo tiempo que se aumenta la producción y el empleo. En otras palabras:

*"Las dos principales democracias de habla inglesa se encuentran ahora en manos económicas conservadoras, pero las políticas y la postura pública de Margaret Thatcher en Gran Bretaña son muy diferentes de las de Ronald Reagan en Estados Unidos. La Primera Ministra amenaza a trabajadores, empresarios y ciudadanos como una muestra autoritaria disciplinando una clase desordenada. No tendrán trabajos, utilidades o prosperidad mientras no acaben de inflar sus salarios y precios. Nuestro presidente promete desinflación sin lágrimas, en verdad con prosperidad. Alienta a los sindicatos y a los empresarios para que continúen con sus actividades como lo han hecho hasta ahora. Después de todo, la inflación es sólo culpa del gobierno y todo lo que a nosotros, ciudadanos, se nos pide, es aceptar las bondades fiscales y dejar de consentir a los pobres."*¹⁴

El propio esquema de este monetarismo bastardo presenta contradicciones inherentes, pues por una parte disminuye las tasas de impuestos para aumentar la tasa neta de ganancias, y por otra, contrae el crédito, aumenta las tasas de interés, y lesiona así la tasa de ganancia. Estas políticas han llevado, ya desde el primer año de gobierno de Reagan no sólo a suscitar las críticas de los economistas nekeynesianos sino también a acentuar la pérdida progresiva de confianza de la propia comunidad de Wall Street. Así, las contradicciones y costos del monetarismo bastardo empiezan ya a evidenciarse (octubre de 1981):

"Las pruebas de un deterioro en la economía estadounidense van en aumento: dos bajas consecutivas en la actividad económica, en dos trimestres seguidos; la caída en la producción industrial en agosto y septiembre; el lento crecimiento del empleo, la acumulación de inventarios de las compañías conforme las ventas se debilitan, la erosión de las ganancias de las empresas [. . .]

"Desde el término de la Segunda Guerra Mundial, esta sería la octava recesión. Sin embargo, tiene un significado especial. Es la primera prueba real de una teoría de control económico —llamada economía de la oferta— y el compromiso del Presidente a ella [. . .]

“Si esta recesión fuera simplemente una más de las recesiones de posguerra, en la que el gobierno estuviera preparado para desenfundar el arsenal usual de armas keynesianas, probablemente el problema no sería grave; y además es probable que ni siquiera hubiera ocurrido [...]”

“Sin embargo, ante las indicaciones de que el banco central se aferrará a su estrategia de altas tasas de interés, y con la pronunciada aversión de la administración hacia los gastos públicos, algunos economistas predicen que lo que está empeorando como una baja suave, podría convertirse en un derrapamiento dramático [...]”*

“Sin embargo, la pregunta para la gente de Reagan es si, en respuesta al problema político del desempleo, ellos tendrán que pagar un homenaje a Keynes al retractarse de algunas de sus reducciones a los impuestos, permitiendo que el presupuesto crezca. O presionarán a favor de más cortes en los impuestos, en un esfuerzo por reivindicar las teorías, poco probadas, de la economía de la oferta.”¹⁶

A pesar de lo anterior, esta política de ajuste monetarista practicada en Estados Unidos se esgrime en el presente como receta al exterior en los diferentes foros internacionales, tanto financieros como de comercio y desarrollo.

En la última reunión sobre “La crisis de la economía mundial y los problemas del desarrollo”, llevada a cabo en el seno de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), Estados Unidos mostró claramente su oposición a cualquier administración global de la economía y reglamentación del mercado o estabilización del comercio de productos básicos. También este país cuestionó la preocupación del informe (de la UNCTAD) acerca de la reprivatización del sistema monetario y financiero internacional y criticó a la UNCTAD por sus persistentes ataques contra las empresas transnacionales y la economía del mercado. Además, responsabilizó al Tercer Mundo por la crisis de su desarrollo, atribuyéndolo a fracasos o errores en el manejo de sus economías y sosteniendo que la creciente pobreza se debe a un crecimiento demográfico descontrolado.¹⁷

En el otro foro, la XXXVI Reunión Anual del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (septiembre de 1981), la dele-

* Esto es, de una recesión a una depresión, pero como dijo Samuelson,¹⁵ a diferencia de la Gran Depresión. ésta es provocada deliberadamente por el gobierno norteamericano.

gación norteamericana declaró —entre otros puntos— que.

- está en contra de la ayuda gubernamental a países en desarrollo, la cual debe sustuirse por inversiones privadas directas y créditos.
- está en contra de los créditos en condiciones especiales a los países del Tercer Mundo, pues considera que el FMI subsidia en forma indebida los déficits externos de estos países.
- los países del Tercer Mundo deben eliminar todos los obstáculos —económicos, políticos y sociales— para el florecimiento de la inversión privada transnacional.

La contrarrevolución monetarista no sólo se ha dejado sentir en las economías nacionales de dos grandes centros industriales (Estados Unidos, Gran Bretaña) y en la propia política exterior de los Estados Unidos, sino que ya ha dado sus pasos para imponerse a nivel mundial.

En la reciente reunión Cumbre de Ottawa, de los siete grandes países industrializados (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania Occidental, Canadá y Japón) se propone una *gran respuesta a la crisis del capitalismo industrial*: el monetarismo. El propósito de la Reunión era buscar medidas comunes para salir de la crisis y revitalizar sus economías. Allí el credo monetarista dejó sentir su influencia, principalmente a través de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Las conclusiones de los siete países sobre la situación de la economía mundial, el comercio y las relaciones con el Sur indican simplemente que no existe voluntad política en el Norte para aceptar los costos de los ajustes necesarios para revitalizar la economía mundial y favorecer el desarrollo del Sur. En el comunicado oficial de Ottawa se asentó que:

“El desafío primordial que lanzamos en esta reunión es la necesidad de revitalizar las economías de las democracias industrializadas [...]”

“La prioridad suprema debe ser la lucha por bajar la inflación y reducir el desempleo [...]”

“En la mayoría de los países necesitamos reducir el endeudamiento público [...]”

“Debemos también reconocer el papel que juega el mercado en nuestras economías [...]”

“Consideramos el crecimiento monetario bajo y estable

como lo esencial para reducir la inflación, a lo que deben contribuir las tasas de interés y se verá con buenos ojos el hecho de que permanezcan altas en donde los temores de inflación sigan fuertes."

Como puede observarse, a través de la teoría y práctica del credo ortodoxo, el ajuste monetarista es la vía para revitalizar al capitalismo industrial; esto es, a través de la contracción monetaria y fiscal de la actividad económica, amparados en el lema ¡volvamos al *laissez faire!* con todas sus consecuencias políticas: al desván el Estado y las recomendaciones keynesianas.

En relación con el comercio mundial, los siete países declararon:

"Reafirmamos nuestro fuerte compromiso por mantener políticas liberales en el comercio y la operación efectiva de un sistema comercial multilateral abierto tal y como lo estipula el GATT [. . .]"

"Instrumentaremos los acuerdos alcanzados en las negociaciones multilaterales de comercio e invitaremos a otros países, en especial a los países en desarrollo, para que se unan a estos acuerdos comerciales mutuamente benéficos [. . .]"

"Damos la bienvenida a la nueva iniciativa representada en la propuesta del grupo consultivo de los Dieciocho, para que las partes contratantes del GATT se reúnan a nivel ministerial durante 1982. Asimismo, la propuesta de los países de la OECD para examinar los renglones comerciales [. . .]"

Parece que estos países tampoco están dispuestos a aceptar la salida al proteccionismo a través de un adecuado proceso de reestructuración industrial sino a través de las propias mecánicas neoproteccionistas del nuevo GATT.

Por último, sobre las relaciones con los países del Sur se señaló que:

"Apoyamos la estabilidad, la independencia y/o alineamiento genuino de los países en desarrollo y reafirmamos nuestro compromiso de cooperar con ellos, inspirados por el interés, respeto y beneficio mutuos, reconociendo la realidad de nuestra independencia [. . .]"

"Participaremos activamente en la conferencia de las Naciones Unidas con los países menos desarrollados [. . .]"

"El flujo de capital privado será impulsado en la medida en que los países en desarrollo proporcionen las garantías de protección y seguridad a la inversión [. . .]"

"La Unión Soviética y sus compañeros, cuya contribución es débil, deberían de dar una asistencia al mayor desarrollo y tomar una parte más activa en las exportaciones de los países en desarrollo, respetando su independencia y no alineamiento [. . .]"

"Llamamos a los países exportadores de petróleo con superávit para que dirijan un esfuerzo apreciable a financiar el desarrollo de los países en desarrollo no petrolero [. . .]"

Así se pone en evidencia la falta de voluntad política del Norte para coadyuvar a la solución del problema del Sur. La estrategia es sólo trasladar la responsabilidad de la cooperación internacional a tres grupos: transnacionales, Unión Soviética y países superavitarios de la OPEP; el Norte hará lo suyo propio "participando activamente" en la Conferencia de Naciones Unidas sobre los países menos desarrollados.

En la declaración conjunta de la Reunión de Ottawa se puede observar que los países del norte no están dispuestos a pagar el costo del ajuste, ni tienen un interés genuino en resolver los problemas que aquejan a la economía internacional. Antes bien, pretenden resolver sus problemas económicos internos por la puerta falsa del monetarismo y el neoproteccionismo. Esta vía es la de más funestas consecuencias para los países en desarrollo en vista de que es una negación rotunda a las posibilidades de financiar y promover su crecimiento, comercio e industrialización.

Así, la filtración de la teoría y práctica monetarista ha venido a configurar una verdadera *contrarrevolución monetarista* cuyas raíces se remontan al liberalismo del siglo XVIII. Esta filosofía pregona la libertad económica de la empresa y el libre mercado como "Ley" natural. En aquellos días, junto con lo anterior, la libertad política fue vigorosamente defendida.

Hoy, en las naciones industrializadas el credo monetarista ha venido acompañado de un endurecimiento progresivo en las condiciones políticas. En el Comunicado Oficial de la Reunión de Ottawa se enfatizó que:

"Debemos involucrar a nuestros pueblos en una mayor apreciación de la necesidad de cambio: cambio en las expectativas respecto al crecimiento y los ingresos, cambio en la adminis-

Lo que equivale a decir: se terminaron los buenos tiempos, los pueblos deben renunciar a lo que el “Estado benefactor” les consiguió. Empero, esta renuncia no puede ser ni voluntaria ni bien aceptada, de ahí que ya se hayan manifestado el conflicto político y la dureza del Estado, como en el caso de Gran Bretaña.

Para entender la esencia y la dimensión correctas de la crisis actual del capitalismo hay que ir al origen de la crisis en las ideas; esto es al neo-keynesianismo como paradigma dominante y a la corriente monetarista que intenta erigirse en el nuevo paradigma de la economía del mercado, tanto a nivel de la economía internacional, como de los países industrializados y en desarrollo. De aquí que, para la comprensión del funcionamiento teórico, de política económica e ideología del monetarismo que da origen al neoliberalismo de hoy, sea necesario ir a sus raíces en un proceso de retrospectiva histórica.

1. Banco Mundial, *Informe sobre el Desarrollo Mundial*, Washington, D.C.: agosto de 1980, p. 119.
2. Richard N. Cooper, “Tipos de Cambio Flexibles: Evaluación”, en *Perspectivas Económicas*, No. 30; 1980, p. 8.
3. Banco Mundial, *op. cit.*, p. 113.
4. Revista Time, “Acosa a Europa la peor plaga de desempleo desde la depresión. En peligro, la paz social: Time”, en *Excelsior*, México, D.F.: miércoles 14 de octubre de 1981, p. 9.
5. E. K. Denison, *Accounting for Slower Economic Growth*, The Brookings Institution, Washington, D.C.: 1979, p. 1.
6. Walter H. Heller, “Reducir el gasto público, su único recurso” de *The Wall Street Journal* publicado en *Excelsior*, México, D.F.: 10 de octubre de 1981, p. 4.
7. C. Fred Bergsten, “The Costs of Reaganomics”, en *Foreign Policy*, Carnegie Endowment for International Peace. Washington, D.C.: 1981, p. 32.
8. FMI, *World Economic Outlook*, Washington, D.C.: junio de 1981, p. 10.
9. C. Fred Bergsten, *op. cit.*, p. 33.
10. E. Manerl, *La Crisis 1974-1980 Interpretación Marxista de los Hechos*, Serie Popular Era; 1a. Edición 1977. México, D.F.; p. 24.
11. “Resumen del comercio mundial”, en *Boletín del FMI*, 14 de septiembre de 1981, p. 262.
12. René Villarreal y Rocío de Villarreal, “El Comercio Exterior y la Industrialización a la Luz del Nuevo GATT”, en *Comercio Exterior*, Febrero de 1980.
13. Kostas Vergopoulos, “El Neo-liberalismo contra el Estado”, en *Le Monde Diplomatique*, julio de 1981, p. 30.
14. James Tobin, “El plan económico de Reagan: el lado de la oferta, presupuesto e inflación”, en *Boletín de Indicadores Económicos Internacionales*, Banco de México, S. A.; Vol. VII; Núm. 3; julio-septiembre, 1981.
15. Paul Samuelson, “La economía mundial a finales del siglo”, en *Comercio Exterior*, Vol. 30; No. 8, agosto 1980, p. 827.
16. Karen W. Arenson, “La recesión es suave, pero puede convertirse en depresión”, de *The New York Times* en *Excelsior*, México, D. F.: miércoles 28 de octubre de 1981, p. 3.

EL PROGRAMA IDEOLÓGICO DEL NEOLIBERALISMO:

DE LA CONTRARREFORMA ECONÓMICA A LA CONTRARREFORMA POLÍTICA

Las posiciones del movimiento del libre cambio se basan sobre un error teórico cuyo origen práctico no es difícil identificar, pues reside en la distinción entre sociedad política y sociedad civil [...]. Se afirma así que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación. Pero como en la realidad efectiva, sociedad civil y Estado se identifican, es necesario convenir que el liberalismo es también una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coercitiva. Es un acto de voluntad consistente de los propios fines y no la expresión espontánea, automática, del hecho económico. El liberalismo, por lo tanto, es un programa político destinado a cambiar, en la medida en que triunfa, al personal dirigente de un Estado y al programa económico del mismo Estado, o sea a cambiar la distribución de la renta nacional.

Antonio Gramsci*

La relación entre libertad política y libertad económica no es tan íntima como pretenden algunos defensores del capitalismo. Por otra parte, es suficientemente real y de poca importancia.

*Así pues, sencillamente no es verdad que la economía de mercado genere —como por partenogénesis— un sistema de libertad política en que el individuo tenga derechos contra el gobierno así como en el gobierno. Los fisiócratas del siglo XVIII que inventaron el lema *laissez-faire, laissez-passer*, eran, ellos mismos, partidarios de la monarquía absoluta. Y en nuestra propia época tenemos muchos ejemplos de naciones que combinan los regímenes políticos autoritarios con economías que son predominantemente de mercado.*

Irving Kristol**

* *La política y el estado moderno*, Premiá Editora de Libros, S.A.; México: 1980, p. 7.

** "El socialismo como magia política", en *Facetas*, Vol. 12; Núm. 1, Washington, D.C.: 1979, p. 17.

INTRODUCCION

Ciertamente está en crisis el paradigma keynesiano, que representó una revolución en el pensamiento económico y, en la práctica, una profunda reforma que revitalizó y reactivó al capitalismo atenuado por la Gran Depresión. El estructuralismo cepalino, que promovió y encauzó la industrialización sustitutiva en América Latina, es ya, desde hace tiempo una rebelión interrumpida. Empero, ello no significa que el monetarismo deba sustituir a estas concepciones teórico-prácticas. Y no tanto porque las teorías y las prácticas keynesianas y del estructuralismo cepalino no puedan o no deban ser relevadas, cuanto porque lo que la *contrarrevolución monetarista* pretende dismantelar la estructura principal de la intervención estatal; es decir, el método keynesiano de política económica que vino a demitificar al postulado de la "mano invisible" como reguladora del mercado.¹

Pero no solamente eso. Sostendremos que la réplica monetarista va más allá de su enfrentamiento teórico con la revolución keynesiana y sus consecuencias económicas: aspira a conculcar, en una primera parte de su proceso de implantación, y después a socavar y abolir, en su etapa final, las conquistas políticas dura y largamente alcanzadas dentro del esquema de la democracia social y del capitalismo de economía mixta donde éste, con todas sus limitaciones y sus críticas,² es también un avance que no ha sido llevado hasta sus últimas consecuencias históricas ni en el ámbito de la teoría ni en el de la práctica.

La *contrarrevolución monetarista* —en cuanto versión contemporánea de la teoría cuantitativa de la ley de Say y de la vieja doctrina del *laissez-faire, laissez-passer* y su consecuente práctica económica— no solamente es, en los términos expuestos, una *contrarrevolución científica* y una *contrarreforma económica* sino también y peculiarmente, una *contrarreforma política antidemocrática*.

En los capítulos anteriores hemos dado cuenta y razón de aquéllas; en éste intentaremos develar el programa ideológico del monetarismo de libre mercado y fundamentar el costo político que significa implantarlo.

LA "TEORIA" POLITICA DEL NEOLIBERALISMO: LA ESCUELA DEL "PUBLIC CHOICE" (ELECCION PUBLICA)

La contrarrevolución monetarista o neoliberalismo, tal como la hemos enfocado y desarrollado, no circunscribe su teoría, pensamiento e ideología al campo monetario y económico sino que trascendiéndolos, actualmente abarca tres vertientes adicionales que les sirven de complemento en los aspectos político, social y jurídico.

En lo *político* el movimiento de estudios de *elección pública*, más conocido como *Public Choice*.

En lo *social*, las teorías del *capital humano*,*

En lo *jurídico* el movimiento de los *derechos de propiedad*. **

Hacer una descripción detallada de cada una de estas vertientes excede los propósitos de nuestro análisis. Sin embargo, conviene señalar que la escuela de elección pública pretende aplicar los instrumentos y metodología económicos al análisis de los fenómenos políticos:

* Comprenden una gran variedad de teorías que extienden el paradigma del *homo oeconomicus* a cuestiones sociales más complejas que el simple consumo o la producción de un bien. La obra más sobresaliente de esta escuela de pensamiento es *Human Capital: a theoretical and empirical analysis* [Capital humano: un análisis teórico y empírico] de Gary Becker profesor de la Universidad de Chicago. En conjunto, se intenta constituir en ella el fundamento de una "nueva sociología racional" y es la extensión del paradigma neoliberal a esta rama de las ciencias sociales.

** Sobre esta teoría, para que haya transacciones normales en el mercado es imprescindible que las partes posean un derecho de propiedad preciso sobre el objeto de la transacción. De esta forma ponen de relieve el carácter benéfico de la propiedad para el conjunto de la sociedad. Además se justifica el surgimiento histórico tanto de los derechos de propiedad como del Estado, cuyo papel primordial es custodiar esos derechos y asegurar el cumplimiento de las obligaciones pactadas entre individuos. El origen de los derechos de la propiedad se estudia en el artículo de Ronald Case (hoy profesor de economía en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chicago) *The Nature of the Firm* [La naturaleza de la empresa: 1937]. Pero sólo hasta la década de 1960, bajo el impulso de Ronald McKean y Warren Nutter, adquirió fuerza esta concepción.³

"La escuela del Public Choice es un movimiento científico cuyos orígenes, al igual que los del capital humano o los de la teoría de los derechos de propiedad, se remontan a los esfuerzos realizados en los años cincuenta para ampliar la aplicación de la metodología económica de mercado al terreno de las opciones no mercantiles. A caballo entre la investigación económica (utilización de los modelos econométricos), la ciencia política (estudio comparado de los sistemas de voto), la sociología (examen de la lógica del comportamiento) y la reflexión filosófica (investigación sobre los fundamentos lógicos del concepto de libertad), el Public Choice es un buen ejemplo de la evolución reciente de la teoría económica hacia terrenos que hasta ahora le eran ajenos".⁴

En cierto modo este movimiento pretende ser una respuesta a la crítica ya tradicional sobre las imperfecciones del mercado, situación que dio origen a la economía mixta, y a la participación del Estado como corrector de las imperfecciones de mercado y cooperador para que los recursos de la sociedad se utilicen de la manera más eficaz y eficiente posible desde un punto de vista colectivo.

En respuesta, la escuela del *Public Choice* postula que si el mercado es un mecanismo de asignación de recursos bastante imperfecto, el Estado tampoco está exento de imperfecciones. Se estudia éste como un mecanismo cuyos diferentes engranajes se descomponen de la misma forma en que los economistas neoclásicos han disectado desde hace bastante tiempo todos los aspectos del funcionamiento de los mercados privados:

"Lo que queremos —explica James Buchanan en un prólogo donde define el campo de las investigaciones del movimiento que anima— es aplicar al Estado y a todos los engranajes de la economía pública exactamente las mismas técnicas que se utilizan desde hace 40 años para analizar los defectos y deficiencias de la economía de mercado. El Public Choice no es más que el esfuerzo para formular una teoría general de la economía pública que permita en el campo de las elecciones colectivas lo que se realiza desde hace tiempo a nivel de la microeconomía de mercado. Se trata de comparar la teoría de la producción y del intercambio de bienes o servicios mercantiles con una teoría equivalente y, en la medida de lo posible compatible, del funcionamiento de los mercados políticos".⁵

La *solución burocrática*, afirma esta escuela, es siempre menos eficaz que la *solución de mercado*, y concluye que el Estado recauda más recursos de la sociedad que los que le entrega. En otras palabras, esta escuela representa un caso abierto de economicismo metodológico, pues no es científicamente concebible que se le demande a la teoría neoclásica de mercado el estudio de los problemas políticos del mundo contemporáneo, justo ahora que dicho paradigma no puede hacer frente a sus propios problemas económicos.

Se intenta hacer pasar el monetarismo como un simple producto del análisis de la economía positiva (que postula que el problema central en un capitalismo de libre mercado es la inflación y que su solución es muy sencilla: la oferta monetaria debe crecer a una tasa constante). Sin embargo, resulta evidente que en realidad se encubre todo un *programa ideológico-político* basado en el liberalismo económico elástico del *laissez-faire* y en la extensión gratuita del argumento de la libertad económica al de la libertad política. Se produce así un ataque abierto y de frente contra la intervención estatal y todas las conquistas sociales alcanzadas por el Estado benefactor que surge de la revolución keynesiana. En el caso de los países del Cono Sur, se llega todavía más lejos al abolir la libertad política, en nombre de la libertad de mercado, para justificar y legitimar el autoritarismo y la represión de los regímenes militares.

La contrarrevolución monetarista es una “sublevación conservadora”. Desafía al mundo con la audacia de su “revolución” de regreso a fin de dar marcha atrás en lo que parecía irreversible en el sistema capitalista contemporáneo: la participación en la economía del Estado keynesiano y el desarrollo de la democracia. Así, el *pensamiento económico de Friedman junto con el de Buchanan y Tullock, a través de la escuela del Public Choice, se conjugan para configurar el nuevo liberalismo como un proceso contrarrevolucionario no sólo en el orden económico sino también en el político.*

La tesis según la cual el capitalismo de libre mercado conduce por sí mismo a la democracia y la participación del Estado en la economía al totalitarismo, tiene su origen en la obra clásica de Friedrich von Hayek, *The Road to Serfdom* [Camino de Servidumbre] publicada en los primeros años de la década de 1940. En la actualidad el principal exponente de esta tesis es, sin duda alguna, Milton Friedman, especialmente en *Capitalismo y libertad* y en *Libertad de Elegir (hacia un nuevo liberalismo económico)*. En estos libros

Friedman expone con toda claridad y con una honestidad aterradora el programa y los principios ideológicos de lo que podría llamarse el *Manifiesto Monetarista* o *Proyecto de constitución del neoliberalismo*. Las tesis se basan tanto en la concepción económica del monetarismo como en la concepción política, social y jurídica de las otras vertientes neoliberales apenas enunciadas.

A continuación, se exponen los pronunciamientos de Milton Friedman en sus dos obras mencionadas.*

EL “MANIFIESTO MONETARISTA”

El enfoque constitucional: del mercado económico al mercado político.

*“Libertad de elegir (Hacia un nuevo liberalismo económico) trata el sistema político de un modo simétrico al económico. Ambos se consideran mercados en los que el resultado se determina a través de la interacción de personas que persiguen sus propios intereses individuales en vez de los objetivos sociales que los participantes juzgan ventajoso enunciar [...] Los lectores de Capitalismo y libertad encontrarán en este texto un desarrollo más completo de la filosofía que impregna ambas obras [...] así como una nueva aproximación a la ciencia política debida principalmente a los economistas Anthony Downs, James M. Buchanan, Gordon Tullock, George J. Stigler y Gary S. Becker. Ellos, junto con muchos otros, han venido realizando un trabajo importante en el campo del análisis económico de la ciencia política, y su influencia se deja sentir en este libro.”*⁶

Sobre la libertad económica y la libertad política⁷

“Es muy conveniente tener una etiqueta para el punto de vista político y económico elaborado en este libro. La etiqueta justa y apropiada es liberalismo.

[...] la organización del grueso de la actividad económica mediante la empresa privada que funciona en un mercado libre, como sistema de libertad económica y como condición necesaria para la libertad política.

* Transcribimos directamente las citas de Milton Friedman enmarcadas en subtítulos; el subrayado es mío.

[...] la libertad en las organizaciones económicas es en sí una parte de libertad en términos generales, así que la libertad económica es un fin en sí mismo.

[...] la libertad política llegó con el mercado libre y el desarrollo de las instituciones capitalistas.

[...] consideramos primero el mercado, como componente directo de la libertad, y luego la relación indirecta entre las organizaciones de mercado y la libertad política.

“Sólo hay dos maneras de coordinar las actividades económicas de millones de personas. Una es la dirección central, que implica el uso de la fuerza (la técnica del ejército y del Estado totalitario moderno). La otra es la cooperación voluntaria de los individuos (la técnica del mercado).

“La posibilidad de coordinación mediante la cooperación voluntaria se basa en la proposición elemental de que en una transacción económica ambas partes se benefician, con tal que la transacción sea voluntaria e informada bilateralmente.

“El modelo que funciona en una sociedad, organizada sobre la base del intercambio voluntario, es una economía de intercambio con libre empresa privada (lo que hemos venido llamando el capitalismo competitivo).

“Mientras se mantenga la libertad efectiva de intercambio, la característica central de la actividad económica con la organización de mercado, es que impide que (en la mayoría de las actividades) las personas interfieran unas con otras. El consumidor está protegido contra la fuerza de uno de los vendedores con los que puede tratar. El vendedor está protegido contra la fuerza de un consumidor, porque hay otros consumidores a los que se puede vender. El empleado está protegido contra la fuerza del patrón, porque puede trabajar para otros patrones, etc. Y el mercado hace esta labor sin necesidad de tener una autoridad centralizada.

“Por otra parte, la gran ventaja del mercado es que permite una amplia diversidad. Es, en términos políticos, un sistema de representación proporcional. Todo hombre puede (por así

decirlo) votar por el color de corbata que le guste, y obtenerla; no tiene que ver qué color le gusta a la mayoría y someterse a ella, si es que él está en la minoría [...]. A este aspecto del mercado es al que nos referimos cuando decimos que el mercado trae la libertad económica [...]. La libertad política significa que ningún hombre ejerce la fuerza sobre el resto de los hombres [...]. Al hacer que la autoridad política pierda el control de la actividad económica, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Hace que la fuerza económica actúe de contención del poder político, y no de refuerzo.

“Para que la defensa del capitalismo tenga algún significado, sus proponentes deben poder financiar su causa [...]. En la sociedad capitalista, lo único que hace falta es convencer a unas cuantas personas adineradas para que den fondos para lanzar una idea, por extraña que sea, y siempre hay personas así (muchos focos independientes de financiamiento).”

Sobre la distribución del ingreso: salarios, precios, utilidades⁸

“El principio ético que directamente justificaría la distribución de la renta en una sociedad libre de mercado es el siguiente: A cada uno, según lo que él y los instrumentos que él posee producen.*

“Habiendo competencia entre patronos y empleados, no parece haber razón para que los patronos no puedan ofrecer libremente a los empleados las condiciones que les parezcan.

“La distribución de la renta es aún uno de los campos en que el Estado ha causado más daño con algunas de sus medidas, de lo que ha podido compensar con otras.

[...] el impuesto sobre la renta con una escala tan ascendente es un serio impedimento al uso eficiente de nuestros recursos.

“Los controles de precios, tanto si son voluntarios como impuestos por ley, si se cumplen eficazmente, llevarán finalmente a la destrucción del sistema de libre empresa y a sustituirla

* En contraposición a la máxima marxista: a cada uno según su necesidad, a cada uno según su capacidad.

por un sistema controlado centralmente. Y no serviría ni para impedir la inflación. La historia parece demostrar que lo que determina el nivel de precios y salarios es la cantidad de dinero en el sistema, y no la codicia de los empresarios o de los obreros.

“Me refiero a la idea de que las empresas debieran contribuir al mantenimiento de las organizaciones de caridad y de las universidades. Este tipo de donaciones, por parte de las empresas, constituye un uso inapropiado de sus fondos, en una sociedad de libre empresa. La mejor solución sería la eliminación del impuesto sobre la empresa.

“En una sociedad de mercado la función operativa del pago de acuerdo con la producción no es esencialmente distributiva sino asignativa. Por tanto, es necesario que el pago se realice de acuerdo con la producción para que los recursos se utilicen de la forma más eficaz.

“En un mercado, la principal función instrumental de la distribución según lo producido, es el conseguir la asignación de recursos sin la fuerza.

“El igualitario también adoptará la misma actitud, pero querrá ir aún más allá. Querrá quitarles a unos para dárselo a otros, no como medio más eficaz mediante el cual “algunos” pueden conseguir el objetivo que se proponen, sino sobre la base de la justicia. En este punto, la igualdad entra en grave conflicto con la libertad; hay que elegir. No puede uno ser al mismo tiempo igualitario, en este sentido, y liberal.”

Sobre los monopolios⁹

“Los problemas más difíciles son quizá los que surgen con el monopolio (que coarta la libertad efectiva, al negar al individuo toda alternativa a un intercambio concreto).

“Cuando las condiciones técnicas hacen que el monopolio sea el resultado natural de las fuerzas competitivas del mercado, sólo hay tres posibilidades: el monopolio privado, el monopolio público o la regulación pública. Las tres son malas, pero hay que escoger entre ellas. Henry Simons, al observar la regulación pública del monopolio en Estados Unidos,

encontró resultados tan poco agradables que llegó a la conclusión de que el monopolio público sería un mal menor. Walter Eucken, famoso liberal alemán, al estudiar el monopolio público de los ferrocarriles en Alemania, halló unos resultados tan desagradables que llegó a la conclusión de que la regulación pública sería un mal menor. Yo [Milton Friedman], habiendo estudiado ambos, tengo que concluir, a desgana, que el monopolio privado puede ser el menor de los males.

“La medida más importante y eficaz para reducir el poder monopolista, sería una vasta reforma de la legislación impositiva. Habría que suprimir el impuesto a la empresa.”

Sobre el bienestar social¹⁰

“En realidad, si las leyes de salario mínimo tienen algún efecto, éste será el de aumentar la pobreza.

“El programa de seguridad social (seguro de vejez y de sobrevivientes), implica una invasión en gran escala en la vida personal de una gran proporción del país, sin que haya ninguna justificación persuasiva, al menos que yo pueda ver, no solamente de acuerdo con los principios liberales, sino de acuerdo con ningún otro.”

Sobre el comercio internacional¹¹

“Los controles sobre el comercio exterior se extienden al comercio interior. Se entrelazan en todos los aspectos de la actividad económica. Estos controles han sido defendidos a menudo, en particular por los países menos desarrollados, por considerarlos muy importantes para la consecución de su desarrollo y progreso [. . .] [sin embargo] la libertad de comercio interior y exterior es el mejor medio que tiene un país pobre para promover el bienestar de sus ciudadanos.”

Sobre las políticas monetaria y fiscal¹²

“En la actualidad la mejor medida consistiría en exigir a las autoridades monetarias que mantuvieran la tasa de crecimiento porcentual de la base monetaria dentro de un intervalo determinado [. . .] Una versión podría ser: El Congreso deberá

tener poder para autorizar la emisión de obligaciones por parte del Estado sin devengar interés en la forma de dinero y moneda o asientos contables, con tal que la cantidad total de dólares aumente en no más de un cinco por ciento cada año y no menos de un tres por ciento.

[. . .] Si se aprobara la enmienda anterior y se respetara estrictamente, se acubaría con la inflación y aseguraría un nivel de precios relativamente estable.*

De los sindicatos poderosos¹⁴

[. . .] la habilidad de éstos para aumentar los salarios de algunos trabajadores no significa que la sindicación universal pueda elevar los salarios de todos los trabajadores. Por el contrario —y ésta es una fuente muy importante de equívocos—, los beneficios que los sindicatos poderosos obtienen para sus miembros, se consiguen principalmente a expensas de otros trabajadores.

“Los dirigentes sindicales hablan siempre de conseguir salarios más altos a expensas de los beneficios. Esto es imposible: simplemente éstos no son suficientemente grandes.

“Una sindicación general [. . .] podría significar salarios más altos para las personas que obtienen un empleo junto con una cifra mayor de desempleo.”

Sobre la intervención del estado¹⁵

“El primer [principio general] es que la esfera del Estado ha de ser limitado. Su función principal ha de ser el proteger nuestra libertad [. . .] hacer cumplir los contratos privados, fomentar los mercados competitivos.

“Basándonos esencialmente en la cooperación voluntaria y en la empresa privada tanto para las actividades económicas co-

* Como ejemplo extremo, el caso de Chile cancela la vía del uso monetario para el Estado, al prohibir que el gobierno se financie por medio del Banco Central. Así, en el texto definitivo de la nueva Constitución chilena del gobierno de Pinochet, en su artículo 98 estableció que “ningún gasto público o préstamo podrá financiarse con créditos directos o indirectos del Banco Central”.¹³

mo para las de otra especie, podemos asegurar que el sector privado ejercerá un control sobre los poderes del sector gubernamental [. . .] El segundo principio general es que el poder del Estado debe estar disperso.

“Claro que la existencia de un mercado libre no elimina la necesidad de tener un gobierno. Al contrario, el gobierno es necesario tanto en su función de foro para determinar las reglas del juego, como en su función de árbitro para interpretar y hacer cumplir las reglas establecidas.

“Al hacer que la autoridad política pierda el control de la actividad económica, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Hace que la fuerza económica actúe de contención del poder político, y no de refuerzo.

“Lo que necesitamos urgentemente, tanto para la estabilidad económica como para el crecimiento, es una reducción de la intervención estatal y no un aumento.

“La necesidad de tener un Estado que cumpla estas funciones surge debido a que la libertad absoluta es imposible. Por muy atractiva que sea la anarquía, como filosofía, no es factible en un mundo de hombres imperfectos.

“La función del Estado [. . .] consiste en hacer algo que el mercado por sí solo no puede hacer: determinar, arbitrar y hacer cumplir las reglas del juego.

“Para tener una idea del papel que un liberal concedería al Estado puede que sea útil dar simplemente una lista de algunas de las actividades que actualmente realiza el gobierno [. . .] y que, en mi opinión, no tienen justificación válida de acuerdo con los principios enumerados anteriormente:

— Programa para mantener un precio de paridad en la agricultura.

— Aranceles sobre las importaciones, o restricciones a las exportaciones.

— Control estatal de la producción, como por ejemplo, mediante el programa agrícola o mediante el racionamiento en la producción de petróleo.

- El control de rentas [...] o controles más o menos generales sobre precios y salarios, tal como los que se impusieron durante la segunda guerra mundial.
- Salarios mínimos legales, o precios máximos, tal como el máximo legal de cero, que se les permite pagar a los bancos comerciales por depósitos a la vista, o el tipo de interés máximo que fija la ley para los depósitos de ahorros o a plazos.
- La reglamentación detallada de industrias, tal como la reglamentación de los transportes [...] Otro ejemplo es la reglamentación en detalle de la banca.
- Las limitaciones que impone implícitamente a la libertad de expresión la Comisión Federal de Comunicaciones mediante su control sobre la radio y televisión.
- Los programas actuales de seguros sociales, especialmente los programas de vejez y retiro.
- Las llamadas viviendas públicas, y toda la serie de subsidios encaminados a fomentar la construcción residencial.
- Los parques nacionales.
- La prohibición legal de transportar el correo con finalidad de lucro.
- Carreteras de pago, de propiedad y explotación pública, como hemos dicho anteriormente.”

El modelo “ideal” de organización económica¹⁶

Las objeciones de Friedman respecto del papel del Estado se extienden a la mayoría de las naciones contemporáneas. Sin embargo, el autor encuentra un caso actual que representa el modelo ideal de organización económica para el neoliberalismo, esto es la colonia inglesa de Hong Kong:

*“En el mundo de nuestros días, el gran Estado parece omnipotente. Podemos preguntar si existen algunos ejemplos contemporáneos de sociedades que descansen principalmente en el intercambio voluntario por medio del mercado para organizar su actividad económica, y en las que el Estado, se limite a cumplir nuestros cuatro deberes.**

* Hace cumplir la ley y respetar el orden, proporciona los medios para la definición de las reglas de conducta, falla los litigios, facilita los transportes y las comunicaciones y supervisa la moneda.¹⁷

“Puede que el mejor ejemplo sea Hong Kong [...] Es un poco irónico que Hong Kong, colonia de la Corona Británica, represente el ejemplo moderno de la libertad de mercado y del gobierno limitado.”

Del “Manifiesto Monetarista” se infiere que los problemas de la sociedad no provienen de un exceso de capitalismo sino, por el contrario, de una insuficiencia de propiedad privada y del exceso de intervencionismo del Estado que ha degenerado en Leviatán.

Si el Occidente está enfermo, nos dice Henri Lepage, “si los ríos se convierten en cloacas y las ciudades llegan a ser inhabitables, si la pobreza y la miseria persisten a pesar de la elevación general del producto nacional y de los esfuerzos políticos en la redistribución [...] todo ello no se debe a que nuestra sociedad es capitalista. A la inversa, se debe a que nunca ha sido realmente capitalista, puesto que lo que se reprocha al capitalismo no proviene de su naturaleza, de sus supuestas leyes, sino del hecho de que el Estado, traspasando sus límites naturales de acción, impide el funcionamiento eficaz de los mecanismos de saneamiento ligados al juego de la competencia”.¹⁸

Desde este justnaturalismo económico, arreglado y adicionado por los significados de la ley de mercados de Say, la contrarrevolución monetarista rescata la vieja ortodoxia y, disfrazada con los harapos del monetarismo, pretende provocar una revolución al revés para legitimar el renacimiento del pensamiento y la política económica de la Escuela Clásica.

Esta contrarrevolución monetarista ha salido del mundo de las ideas en los recintos académicos, y ya se encuentra en el mundo real avanzando a pasos agigantados tanto en países del centro como de América Latina.

EL NEOLIBERALISMO EN LA PRACTICA: DE LA CONTRARREVOLUCION ECONOMICA A LA CONTRARREFORMA POLITICA

Los experimentos están en la escena económica y política de nuestro tiempo. Y en ella sus guionistas y apuntadores se desempeñan como el poder tras el trono alentando a los actores con la consigna: “todo el poder a la contrarrevolución monetarista”. Sus embates alcanzan incluso a países como Estados Unidos e Inglaterra que tienen una larga tradición democrática, de muy difícil aunque no imposible cancelación.

“En los Estados Unidos, los dos profetas de la gran rebelión conservadora son, por supuesto, Howard Jarvis y el profesor Milton Friedman, ambos de California. El primero es un cruzado tallado a golpes de hacha, el segundo encarna magistralmente el papel de una fuerza moral e intelectual. En la estela de ambos nadan cardúmenes de peces menores: Paul Cann, el profesor Arthur Laffer, William Simon y el ex gobernador de New Hampshire, Meldrim Thompson, la señora Margaret Thatcher y Keith Joseph, en la Gran Bretaña, así como también, con un más acentuado carácter pragmático, Raymond Barre en Francia y a Menachem Begin, en Israel. Pero, además en los otros países industriales están surgiendo espíritus afines, reales o supuestos.”¹⁹

Un caso extremo, aunque transparente, está representado por un nuevo movimiento ideológico en el escenario político estadounidense, el movimiento libertario. Este “considera que la existencia del Estado es el mal supremo que hay que combatir [...] su objetivo es la desaparición del Estado pero dentro del marco de un sistema social en donde todas las funciones públicas serían privatizadas —de donde [surge] la denominación de “anarcocapitalistas”, reivindicada por algunos de sus dirigentes, como David Friedman, hijo del premio Nobel”.²⁰

En Estados Unidos esa rebelión conservadora provoca la llegada al poder de Ronald Reagan. Además “los maniáticos de la autoridad, que oyen voces en el aire, destilan su frenesí inspirados en algún mal escritor académico de algunos años atrás”.²¹ De esta manera se consolida Friedman: Y, con él, la obra y el cuadro de actores de la contrarrevolución monetarista, que es, para decirlo con palabras de Galbraith, una “sublevación conservadora” que se dispone a dar el jalón definitivo a la contrarreforma económica y la política del programa monetarista.

La contrarreforma económica y política enmascarada en el programa ideológico del monetarismo bastardo de la reagonomía intenta cancelar los logros sociales obtenidos gracias a las luchas de los trabajadores y a una larga tradición democrática, han sido incorporados en la legislación y en el orden público. Se pretende cancelar al Estado administrador de la demanda, que tuvo éxito al impedir que el desempleo regresara a los intolerables niveles de los años treinta, y desarticular al Estado benefactor, que ha trabajado para corregir la distribución inequitativa del ingreso inherente al sistema de mercado libre por medio de prestaciones, que han sido incor-

poradas al patrimonio social de la nación, como educación gratuita, seguro de empleo, vivienda, seguro social, etc. Esto ha sido expuesto con claridad por James Tobin:

“Para la revolución que tuvo lugar hace unos 35-45 años atrás, la reagonomía es, al igual que el thatcherismo en el Reino Unido, la contrarrevolución política e ideológica. Tal y como la teoría keynesiana inspiró la revolución, así la ola de reacción profesional contra la síntesis de los keynesianos y las doctrinas neoclásicas convertidas en la ortodoxia de los años sesenta es la que ahora sustenta la contrarrevolución.

“Me he referido a una contrarrevolución, de manera que debo recordar la revolución a la cual se contraponen. Esta tuvo lugar hace unos 35-45 años atrás, justamente antes y después de la Segunda Guerra Mundial, en este país y en otras democracias capitalistas occidentales. Cambios radicales ocurrieron en la práctica de la política económica y en la teoría de la economía política. La viva memoria de la Gran Depresión creó un consenso general en que el Estado debía asumir responsabilidades para mantener a los ciudadanos contra las inseguridades inevitables de la vida en una economía de mercado. El ‘New Deal’ en Estados Unidos y los movimientos socialdemócratas en Europa fueron los agentes de estos cambios. También expandieron la inversión pública en escuelas, habitación, transporte y otros bienes públicos; y aumentaron el poder que los trabajadores, las uniones de comercio y los granjeros tenían en el mercado con relación a las empresas. Durante tres decenios de la posguerra estos cambios fueron ampliamente aceptados por todos los principales partidos políticos y se hicieron extensivos a los gobiernos de varios colores políticos. Sin embargo, murmullos de descontento se han estado oyendo en volumen creciente a lo largo de los últimos quince años, solamente los contrarrevolucionarios han ganado poder político.

“Dos leyes del Congreso simbolizan la revolución. La Employment Act [Ley de empleo] de 1946 que concedía facultad al Gobierno Federal para el logro del ‘máximo empleo, producción y poder de compra’. Diez años antes, conforme a la ‘Social Security Act’ [Ley de Seguridad Social], el Gobierno Federal reconoció la obligación de proteger a los ciudadanos contra los infortunios económicos personales tales como quedarse sin trabajo, carecer de fondos en la vejez o sufrir la

orfandad infantil.

"Aquí, como en otras democracias, los gobiernos han tratado de parar el ímpetu de la desigualdad por la vía de la educación pública gratuita y la seguridad social, medidas de 'guerra contra la pobreza' y la imposición fiscal progresiva.

"El presupuesto de Estados Unidos y la legislación impositiva de 1981 son un revés histórico en la dirección y en el propósito. Pero el mensaje está bien claro: la desigualdad de oportunidades ya no es más una preocupación del Gobierno Federal. Claramente esto representa un giro de 180 grados en relación con el compromiso de la Ley de Empleo de 1946, sin mencionar la Ley del Pleno Empleo y del Crecimiento Equilibrado de 1978, la 'Humphrey-Hawkins Bill'."²²

EL ASALTO AL PODER DEL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO EN AMÉRICA LATINA

Hemos dejado claramente asentado que el programa de Friedman y asociados busca no sólo afianzar al mercado libre y eliminar la participación del Estado en la vida económica sino que impulsa, simultáneamente, el proyecto teocrático que pretende someter a las "libres fuerzas del mercado" toda la vida política y social en abierta réplica a la democracia y con gran desprecio por los métodos propios de ella. En su doble vía, contrarrevolución monetarista y tecnología política, se impulsa el programa para América Latina. Así lo afirma Thomas Molnar: "digamos claramente que el objetivo principal del contrarrevolucionario es eliminar la democracia"²³ y que detrás de esta "barricada no hay nadie o, por lo menos, que sólo está el Estado democrático [...] incapaz de defenderse".²⁴

DE LA "MANO INVISIBLE" DEL LIBRE MERCADO A LA "MANU MILITARI" DEL AUTORITARISMO

En América Latina, en Chile en particular, aunque también en Argentina, Uruguay y ahora en Perú, la contrarrevolución monetarista ha sentado precedentes que parecen de consecuencias irreversibles. En cada uno de esos casos el programa de Friedman ha probado de qué y de cuánto es capaz. Desde esos centros de la contrarrevolución en la periferia se promueve el golpismo militar y la expansión del monetarismo en los términos antidemocráticos de la vieja ortodoxia económica pre-keynesiana. Los autores de esta regresión, la presentan como la *Libertad de elegir*.²⁵

Este "nuevo" liberalismo económico no es sino la versión de trastienda del viejo liberalismo, doctrina que ya de regreso de las "fuentes de la economía política clásica" y pasando por Boisguillebert, los fisiócratas y Smith, postula "la existencia de un orden económico natural que implica una toma de posición anti-intervencionista".²⁶ Este liberalismo de añejo cuño, vislumbrado durante la administración Nixon-Kissinger, sale del sínodo nocturno de las academias platónicas de Chicago y Virginia al llegar al Gobierno el binomio Reagan-Haig, para "asesorar" a los heraldos de la "buena nueva" en Estados Unidos y en el mundo. Es la era de la contrarrevolución conservadora, pues "Ronald Wilson Reagan es un cruzado, es el primer conservador que se proclama públicamente como tal y que llega a la Casa Blanca".²⁷ En efecto, este conservadurismo, ejecutado con "el fervor de una cruzada religiosa",²⁸ Alexander Haig lo sintetiza en los siguientes términos: "la mejor vía para el progreso de Asia, África y América Latina es el desarrollo de *mercados libres*, estímulos a la iniciativa privada y flujo de inversiones externas".²⁹

Está claro que la contrarrevolución monetarista conduce al fascismo, pues en ninguna otra cosa puede desembocar "el objetivo perfectamente alcanzable del capitalismo como tal".³⁰ Sobre todo, y de manera particular cuando históricamente está probado que tal sistema sin reformas y sin control e intervención del Estado en el mercado no puede conducir más que a regímenes de presión, autoritarismo y cancelación de los más elementales derechos duramente conquistados por las revoluciones políticas populares. Esto se presenta con mayor claridad en América Latina. Pero no es todo. Desde el punto de vista económico y político lo que prevalece es el fascismo montado sobre mercados libres, estados policías, supresión de partidos, clausura de congresos, cancelación de las libertades de pensamiento y de reunión, desocupación masiva, derogación del derecho de huelga y salarios a pique en una economía prácticamente de guerra o economía fascista.

Lo que los "Chicago Boys" llevaron a Chile, tras el derrocamiento y asesinato de Allende y el asalto al poder por parte de Pinochet, fue precisamente el programa económico de Friedman. Se pretendió ofrecer el marco teórico ideológico a la nueva "oleada" del militarismo, adicionar a la *manu militari* del totalitarismo la *mano invisible* del libre mercado.

En efecto, Chile y Uruguay (desde 1973) y Argentina (desde 1976) son precisamente los casos de países latinoamericanos que en la década pasada sufrieron un violento giro no sólo en su sis-

tema económico, sino también en su sistema social y político. Este acontecimiento, muchas veces brutal, estuvo precedido por un fenómeno de activación política general que algunos sectores de la sociedad consideraron una amenaza seria para el orden social y para el funcionamiento y la acumulación eficiente dentro del sistema capitalista.

Los sectores que se sintieron amenazados fueron, en primer lugar, los estratos propietarios correspondientes al anterior modelo primario exportador; es decir, los empresarios de más antigua tradición, tanto nacionales como extranjeros, quienes miraron con cierta desconfianza el ascenso de nuevas clases propietarias impuesto por el modelo económico de industrialización sustitutiva. Se trata de las viejas clases agrarias y mineras que extendieron su dominio en algunos casos a actividades comerciales, industriales y financieras y que son portadoras naturales de la ideología liberal. Por otra parte, concurre también un nuevo grupo social que puede llamarse la "tecnocracia", que se formó a partir de los años cincuenta, en instituciones privadas de investigación y en organismos patrocinados por empresas nacionales y extranjeras.

Durante los diversos experimentos políticos de los regímenes democráticos anteriores a los golpes que habrían de instaurar el nuevo liberalismo, "se habían puesto en práctica políticas económicas y sociales de inspiración populista, desarrollista, cepalina y keynesiana [...] Esas políticas tuvieron el común denominador de colocar al conjunto de la industria como sector dinámico de la acumulación, continuar expandiendo el aparato estatal y buscar sostener el nivel de consumo del sector popular, así como, más en general, privilegiar el crecimiento de un mercado interno fuertemente protegido".³¹

La burguesía, y la nueva tecnocracia, fueron los voceros del fracaso económico que había de ocurrir. Cuando se desató la crisis económica (de distinto grado de seriedad en cada caso), "ambas derechas confluyeron sobre las fuerzas armadas, no sólo para recordarles cuántas veces habían pronosticado esos males, sino también para argumentar que tenían en sus manos la receta para extirparlos. No fue a pesar de, sino gracias a que esa receta implicaba cambios radicales, que ella se impuso en los gobiernos resultantes de la reacción de los más conservadores instintos de una sociedad. Luego de tantos años a la defensiva —de estar clamando al cielo (y a las fuerzas armadas, con las que por ésta y otras vías fueron estableciendo importantes vínculos)—, esos civiles económicamente liberales dejaron claro que, finalmente, su turno había llegado con

el duro autoritarismo que esos golpes implantaron".³²

De esta forma se estableció en estos países una alianza entre los militares, la burguesía tradicional poseedora del gran capital y la tecnocracia, a la que se agregó la influencia de los sectores financieros internacionales y las grandes empresas transnacionales. Esto es, la conjunción de la mano invisible del libre mercado y la mano militar del totalitarismo para establecer un *régimen neoliberal autoritario*.

DE LA IDEOLOGIA DE "CAPITALISMO Y LIBERTAD" A LA PRAXIS DEL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO

La contrarrevolución monetarista se presenta en América Latina como un simple programa económico de control monetario y estímulo al libre mercado. Sin embargo, es todo un programa político, que a su vez configura el programa ideológico del neoliberalismo.

En este sentido el neoliberalismo económico que pregona la corriente monetarista se considera como una condición de la libertad política (liberalismo político). Pero la historia y la experiencia reciente de América Latina es muy clara. El liberalismo económico, lejos de promover un liberalismo político, genera y requiere para su instrumentación un totalitarismo político que da lugar a un nuevo modelo: *EL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO*.

Milton Friedman, ideólogo y vocero principal de esta corriente neoliberal, ha señalado en numerosas ocasiones que:

"La libertad económica es un requisito esencial de la libertad política. Al permitir que las personas cooperen entre sí la coacción de un centro decisorio, la libertad económica reduce el área sobre la que se ejerce el poder político.

*"Además, al descentralizar el poder económico, el sistema de mercado compensa cualquier concentración de poder político que pudiera producirse."*³³

*"La gran ventaja del mercado es que [...] es, en términos políticos, un sistema de representación proporcional [...] Al hacer que la autoridad política pierda el control de la actividad económica, el mercado elimina esta fuente de poder coercitivo. Hace que la fuerza económica actúe de contención del poder político, y no de refuerzo."*³⁴

Sin embargo, en lo que concierne a los países latinoamericanos este modelo neoliberal no sólo no ha podido encajar sino que re-

quiere para su desarrollo un esquema político severamente represivo y autoritario. Como señala John Sheahan:

“En los países industrializados de Europa occidental y América del Norte el uso de políticas económicas orientadas al mercado ha sido asociado desde tiempo atrás con la limitación de las acciones arbitrarias de un gobierno. En América Latina hoy parece ser verdad lo casi totalmente opuesto. Chile, y ahora tal vez Argentina y Uruguay, también han fortalecido una identificación entre la insistencia en los principios del mercado y el uso de una represión política severa.

“¿Por qué la aplicación de los criterios de eficiencia tienen un efecto sistemáticamente negativo en fomentar la represión en los países latinoamericanos? La razón central es que las características críticas de sus estructuras económicas crean conflictos directos entre las preferencias populares y los criterios de eficiencia.

“La coerción puede tomar una infinita variedad de formas, pero las formas de brutalidad que han venido a ser características del gobierno (. . .) en Chile desde 1973 a la fecha, son, en sí mismas, como una clase especial de degradación de la humanidad.”³⁵

En la mayoría de los casos en los países en desarrollo los mecanismos de libre mercado no generan un modelo competitivo sino que, en muchos otros, los mercados son inexistentes (como en el sector agrícola). Los obstáculos o “cuellos de botella” estructurales, junto con una estructura económica poco desarrollada, impiden que la oferta productiva reaccione a los estímulos o señales de los precios relativos y de la demanda. La regla del sistema, más que la excepción, es que los mercados, en caso de existir, sean imperfectos (monopólicos, oligopólicos o monopsónicos).

En las economías capitalistas en desarrollo buena parte de los sectores estratégicos, dinámicos desde el punto de vista del crecimiento y determinantes en la distribución del ingreso, están en manos de empresas transnacionales. Esta es la razón por la que en buena medida una política de libre mercado y libre cambio significa, para la mayoría de estos países, determinar, por las fuerzas del mercado internacional y sus empresas matrices, el patrón “nacional” de acumulación, crecimiento y redistribución del ingreso.

La “oferta ilimitada de mano de obra”, esto es, el problema estructural de desempleo, impide, desde el punto de vista de la justi-

cia social y por lo tanto la estabilidad y libertad política, dejar que las libres fuerzas del mercado establezcan el precio de la mano de obra a niveles inferiores a los de los mínimos de subsistencia. Sin olvidar que para aplicar esos criterios de eficiencia del libre mercado es indispensable un sistema político represivo y autoritario como lo comprueba la experiencia reciente de América Latina.

Por lo tanto, está claro que en nuestros países la política económica debe basarse en métodos de *pacto social* y no en una *solución de mercado*. Esto es imprescindible porque las decisiones de política económica afectan al pueblo en general y requieren el consenso social, pues generalmente los beneficios y los costos no se distribuyen equitativamente, y menos aún en el caso de la contrarrevolución conservadora del neoliberalismo, que sin esbozo alguno es una “revolución de los ricos contra los pobres”.

Por todo esto, considerar sólo los criterios de eficiencia con las decisiones de política económica, significa adoptar un punto de vista tecnocrático y miope que equivale a pensar únicamente en óptimos parciales. En una concepción socioeconómica más amplia y global, aún sin abandonar el criterio de eficiencia, el óptimo global llevaría en muchos casos a aceptar criterios de mercado que aparentemente no fuesen muy eficientes de acuerdo a una visión estrecha, pero que serían la mejor posibilidad al considerar los objetivos sociales y políticos de justicia y equidad; objetivos igual o más importantes que el eficientismo económico.

Por otro lado la afirmación de que el libre mercado lleva a que la “autoridad política pierda el control de la actividad económica” eliminando “esta fuente de poder coercitivo” no sólo es gratuita sino contraria a la evidencia histórica: pues en cualesquiera de los casos el poder político pasaría a la gran empresa o a la gran financiera, las que a su vez requirieren de un Estado que proteja sus intereses. El binomio *poder* y *ganancia* resulta indisoluble en el sistema capitalista. Pasarlos por alto significa caer en la falacia friedmaniana de la ideología neoliberal. En otras palabras:

“Para Milton Friedman, principal teórico ‘neoliberal’, es preferible una sociedad fundada en el incentivo de la ganancia que una fundada en el hambre de poder. Como si en el sistema capitalista no fueran los dos fenómenos —la ganancia y el poder— dos aspectos del mismo proceso social.

“De hecho, el lucro ya es una forma concreta de poder, de dominación. La lucha por el lucro ya es en sí una lucha por el dominio. Sólo los espíritus ingenuos o hipócritas pueden con-

denar la lucha por el poder mientras glorifican la lucha por el lucro".³⁶

En su lucha contra el Estado keynesiano, los monetaristas emprenden una ofensiva clara y abierta en ambas direcciones: a las clases trabajadoras las llaman a combatir contra el "Estado protector" de los grandes monopolios que impide el desarrollo del modelo competitivo de mercados "socialmente justo"; a la clase capitalista la convocan a luchar contra el Estado benefactor, regulador e inversionista que perpetua la pobreza (a pesar del gasto social), obstaculiza la capacidad innovadora empresarial (exceso de regulación) y provoca la inflación (por exceso de gasto público):

"Dicho de otro modo, frente a los pobres los 'neoliberales' presentan al Estado como el instrumento de los ricos, pero, frente a los ricos, lo presentan como una burocracia parasitaria que se desarrolla a sus expensas. Todos los medios son buenos para suscitar la rebelión general de los ciudadanos 'contra el Estado'. Sin embargo, ¿apunta verdaderamente esta rebelión al Estado en general o, quizá, solamente a algunos de sus aspectos, reforzando, por lo demás, otros?"³⁷

El modelo neoliberal eleva los postulados del libre mercado, de la libre empresa y del libre comercio hasta sus últimas consecuencias; esto es, "hasta la cristalización de la ley del más fuerte, la ley de los monopolios".³⁸ Los liberales se oponen (como se ha documentado en el "monetarismo bastardo" y la reaganomía) a la legislación antimonopólica, aduciendo que es un freno a la capacidad innovadora y competitiva de la empresa, cuando en realidad dichas leyes tienen por objeto eliminar las "barreras a la entrada" de otras empresas a los mercados controlados por monopolios, es decir, pretenden promover la competencia "leal" en los mercados.

Nuevamente la ideología parece oscurecer el razonamiento lógico y consistente de los creyentes en las leyes del mercado libre.

El ataque neoliberal contra el Estado keynesiano implica, más que su desaparición, su "privatización". Con ello se intenta que éste cambie sus funciones para convertirse en un Estado autoritario que permita reprimir y controlar a los grupos marginados por el mercado. La ley de libre mercado es la ley del más fuerte y por ende da origen a la ley marcial, al fascismo de mercado. Tal como ha sido descrito de una manera objetiva, profunda, lúcida y contundente por el Premio Nobel de Economía, Paul Samuelson:

La solución del diablo (que nada soluciona) "Me refiero, desde luego, a la solución fascista. Si el mercado eficiente es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: deshagámonos de la democracia e impongamos a la sociedad el régimen de mercado. No importa que tengamos que castrar al sindicalismo y enviar a la cárcel o al exilio a los molestos intelectuales. . . Digamos que si Chile y los "Chicago Boys" no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como paradigma. . .

La más reciente edición de mi texto sobre economía tiene una nueva sección dedicada al desagradable tema del fascismo capitalista. . . He aquí cómo describo al capitalismo fascista:

Los generales y almirantes toman el poder. Barren a sus predecesores izquierdistas, exilian a sus oponentes, encarcelan a los intelectuales disidentes, reprimen a los sindicatos, controlan la prensa y toda la actividad política. . .

Empero, en esta variante del fascismo de mercado, los dirigentes militares entregan toda la economía a fanáticos religiosos, fanáticos cuya religión es el mercado de *laissez faire*. . . Entonces, hacen retroceder el reloj de la historia. Se deja libre el mercado y se controla estrictamente la oferta monetaria.

Sin la transferencia de pagos por seguridad social, los trabajadores deben trabajar o morir de hambre. Ahora, los desempleados contienen el crecimiento de la tasa competitiva de salarios. La inflación puede reducirse y hasta desaparecer.

Si el índice de producción se eleva y la inversión extranjera entra a raudales, ¿cuál es entonces el motivo de queja? Dejando a un lado la libertad política, en este modelo se tiende, sin duda, a un crecimiento significativo del grado de desigualdad de los ingresos, el consumo y la riqueza.

La historia no conoce un caso en que el fascismo haya triunfado, incluso en sus propios términos económicos, durante un período prolongado. Por desgracia tales sistemas no pueden evolucionar hacia democracias normales. Sólo pueden mantener las libertades comerciales imponiéndolas a sus electores populistas. Los dictadores no se atreven a aflojar su dominio. Nunca saben cuánta disensión están reprimiendo".*

Es así que el neoliberalismo necesita un Estado autoritario para funcionar.

Esta paradoja de la realidad actual contrasta con lo que suponía

en 1943 Friedrich A. Hayek, ideólogo anunciador del neoliberalismo. Entonces hizo notar su gran preocupación ante la amenaza de las políticas “socializantes” de la Inglaterra de la época que estaban llevando al país al fascismo, en estos términos:

“Es necesario declarar ahora la desagradable verdad de que estamos en cierto peligro de repetir la suerte de Alemania (. . .) Pocos son los dispuestos a reconocer que el nacimiento del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas del periodo precedente, sino el producto inevitable de aquella corriente”.³⁹

Pese a lo que los ideólogos de estas corrientes pudieran creer, la implantación en los años setenta, del neoliberalismo que impulsan Friedman y el mismo Hayek en los pueblos del Cono Sur de América Latina es precisamente una de las causas directas del fascismo que padecen. La represión no sólo se concentra en los trabajadores sino que perversamente se extiende a los propios empresarios. La experiencia de Chile es dramática: “El régimen militar chileno advirtió hoy (diciembre de 1982) que procederá con la ‘máxima severidad’ contra quienes intenten alterar el ‘orden establecido’, al confirmar la expulsión del país del empresario agrícola Carlos Podlech (presidente de la Asociación de Productores de Trigo) que fue detenido durante una concentración popular en protesta por la situación económica, reunión que contó con la adhesión de importantes sectores de pequeños productores del país”.⁴⁰

Esa forma de capitalismo de brutal capacidad de acumulación, ha conducido al nacionalsocialismo y al fascismo, resultante fatal del liberalismo económico del *laissez-faire* en unión libre con el autoritarismo y la represión.⁴¹ “El fascismo —escribió en un penetrante y lúcido ensayo Lawrence R. Klein—, es la forma que adquirirá nuestra sociedad capitalista, si no logramos realizar las reformas de Keynes”.⁴² Tal parece ser el epitafio para los países de América Latina que están sometidos al programa de la contrarrevolución monetarista, donde el mercado libre y la Ley de Say deciden el destino de sus pueblos, a la par que la privatización del Estado completa el cuadro.

Si no logramos realizar las reformas de Keynes, como postula Klein, por la vía del desarrollo de una verdadera economía mixta, el fortalecimiento de los Estados nacionales y los sistemas democráticos, agregamos nosotros, el neofascismo se enseñoreará de América Latina. Y “la única cosa que el fascismo ha aportado desde 1939, ha sido la prueba renovada y múltiple de su barbarie”.⁴³ Esta barbarie es la que ahora “racionaliza” en América Latina la

contrarrevolución monetarista.

En esto consiste el capitalismo fascista a que se refiere Samuelson, o el *modelo monetarista neoliberal autoritario*, como lo hemos llamado nosotros. En otras palabras:

“Todo parece indicar que el modelo económico ‘neoliberal’ siempre requiere orgánicamente de un Estado fuerte y autoritario. En un régimen keynesiano, las masas de trabajadores son integradas a las formas de poder mediante numerosos mecanismos socioeconómicos del Estado-providencia. En cambio, en el régimen ‘neoliberal’, en el que precisamente estos mecanismos entran en crisis —lo que permite hoy hablar de crisis del Estado, del keynesianismo, de la socialdemocracia, de los partidos, de los sindicatos, etc.—, no queda otro medio de control de las masas que el aparato represivo, dotado de las formas jurídicas del nuevo autoritarismo y de la ideología de la movilización general contra las amenazas que pesan sobre la seguridad de los ciudadanos. Se concluye que esta libertad económica que dice defender el ‘neoliberalismo’ está lejos de aumentar automáticamente las libertades políticas. Más bien lo contrario.”⁴⁴

Concluimos en concordancia con la regla observada en América Latina que implantar la *ley de mercado* hasta sus últimas consecuencias supone para nuestros países la *ley marcial*, esto entraña asociar de manera indisoluble la *mano invisible* del mercado con la *mano militar* del autoritarismo.

*La contrarrevolución monetarista en cuanto teoría, política económica e ideológica del nuevo liberalismo económico es en realidad todo un programa político antidemocrático que ha dado origen al modelo neoliberal autoritario y amenaza extenderse a todos los pueblos de América Latina. Por tanto no hay otra salida: con ella o contra ella.**

* El 25 de enero de 1982 Friedman escribió en *Newsweek*: “Predigo que la política de mercado libre no durará si el gobierno militar no es reemplazado por un gobierno civil [. . .] De lo contrario, tarde o temprano, y probablemente más temprano que tarde, la libertad económica sucumbirá al carácter autoritario de las fuerzas armadas. En pocas palabras, Pinochet ya no sirve y debe irse. Se trata de una declaración sorprendente. . . Ante esta nueva realidad Friedman ha reaccionado cambiando de opinión. Ahora dice [. . .] he argumentado durante largo tiempo que la libertad económica es una condición necesaria pero no suficiente para la libertad política. Me he conven-

NOTAS

1. Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*, Fondo de Cultura Económica; (colección popular), México: 1978.
2. Paul Mattick, *Marx y Keynes, los límites de la economía mixta*, Ediciones Era; México: 1978.
3. Henri Lepage, *Mañana, el Capitalismo*, Alianza Editorial; Madrid: 1979, p. 25.
4. *Ibid.*, p. 34.
5. *Ibid.*, pp. 33-34.
6. Milton y Rose Friedman, *Libertad de elegir*, Grijalbo; Barcelona; 1980, p. 10.
7. Milton Friedman, *Capitalismo y libertad*, Ediciones RIALP, S. A.; Madrid: 1966, pp. 17, 28, 30, 31, 32 y 33.
8. *Ibid.*, pp. 204, 212, 172, 175, 176, 211, 213 y 248.
9. *Ibid.*, pp. 29, 46, 47, y 172.
10. *Ibid.*, pp. 229 y 232.
11. Milton y Rose Friedman *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Grijalbo; Barcelona: 1980, pp. 64-65.
12. *Ibid.*, p. 425.
13. Raúl Brañes Ballesteros, "Chile, la Nueva Constitución Económica. Los Modelos constitucionales neoliberales", en *Comercio Exterior*, Vol. 32; No. 1; México, D. F.: enero de 1982, p. 42.
14. Milton y Rose Friedman, *op. cit.*, pp. 323, 324.

cido que esta generalización [...] induce a un error si no está acompañada por la proposición de que la libertad política a su vez es una condición necesaria para el mantenimiento duradero de la libertad económica. [...] El artículo de Friedman es un ejemplo de malabarismo intelectual. Primero afirma: 'Chile es un milagro económico'. Luego sostiene: 'Chile es un milagro político aún más importante'. Finalmente concluye que 'la política de mercado libre no durará si el gobierno militar no es reemplazado por un gobierno civil'. ¿Cómo es posible que dos milagros desemboquen en un descalabro? El único milagro es que Friedman aún conserve su auditorio y se vista con ropaje científico para ejercer la labor de predicador ideológico. Pretende disfrazar su nuevo rol de malabarista con su anterior prestigio de monetarista."⁴⁴

15. *Ibid.*, pp. 14, 15, 30, 31, 43, 56, 55 y 56.
16. *Ibid.*, pp. 56 y 57.
17. *Idem.*
18. Henri Lepage; *op. cit.*, p. 47.
19. John Kenneth Galbraith, "Predicciones para los ochentas", en *Revista Vuelta*, No. 41; abril de 1980.
20. Henri Lepage, *op. cit.*, p. 49.
21. John M. Keynes, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica; México: 1980, p. 337.
22. James Tobin, "El plan económico de Reagan: el lado de la oferta, presupuesto e inflación", en *Boletín de Indicadores Económicos Internacionales*, Banco de México, S. A. Vol. VII, No. 3, julio-septiembre, 1981, pp. 35-50.
23. Thomas Monar, *La contrarrevolución*, Unión Editorial, S. A.; Madrid: 1975.
24. *Idem.*
25. Milton y Rose Friedman, *op. cit.*
26. Jean Cartelier, *Excedente y reproducción: la formación de la economía política y clásica*. Fondo de Cultura Económica; México: 1981.
27. Varios autores, *¿Una revolución conservadora?*, Editorial Planeta (colec. documento), Barcelona: 1981.
28. Hugh Cecil, *Conservatismo*, Editorial Labor, S. A.; Barcelona, España; 1929.
29. Alexander Haig, Discurso en la sesión de apertura de la XXXVI Asamblea General de la O.N.U. en *Excelsior*; México, D. F.: 22 de septiembre de 1981, p. 2A.
30. Ronald L. Meek, *La fisiocracia*, Ariel quincenal: Barcelona, España: 1975.
31. Guillermo O'Donnell, "Las fuerzas armadas y el estado autoritario en el Cono Sur de América Latina", en *Estado y Política en América Latina*; Norbert Lechner (comp.), Siglo XXI Editores; México, D. F.: 1981, p. 206.
32. *Ibid.*, p. 207.
33. Milton y Rose Friedman, *op. cit.*, p. 17.
34. Milton Friedman, *op. cit.*, pp. 30 y 31.
35. John Sheahan, "Market-oriented economic policies and political repression in Latin America", Mimeo, Williams College; Williams Town, Massachusetts: 1978.
36. Kostas Vergopoulos, "¿El neoliberalismo contra el Estado?", en *Le Monde Diplomatique* (en español): julio de 1981.
37. *Idem.*
38. *Idem.*
39. Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid: 1978, pp. 28-30.

40. Agencias AP, DPA, EFE, IPS y UPI, "Advierte el gobierno de Pinochet que procederá con la 'máxima seguridad' contra sus opositores", en *Unomásuno*, 7 de diciembre de 1982.
41. Rembard Kühul, *Liberalismo y fascismo*, Editorial Fontanella, S. A.; Barcelona: 1978.
42. Lawrence R. Klein, *La revolución keynesiana*, Editorial Revista de Derecho Privado; Madrid: 1952.
43. Danial Guerin, *Fascismo y gran capital*, Editorial Fundamentos, Madrid: 1973.
44. Kostas Vergopoulos, *op. cit.*
45. Sergio Bitar, "Friedman pide la salida de Pinochet", en *Le Monde Diplomatique*, (sección especial latinoamericana), marzo de 1982, p. 26.

LA ALTERNATIVA NACIONALISTA Y DEMOCRÁTICA: LA ECONOMÍA MIXTA BAJO LA RECTORIA DEL ESTADO

A la alternativa neoliberal de capitalismo transnacional de economía libre, autoritario y bajo la rectoría del mercado —que surge de la contrarrevolución monetarista—, se contraponen la alternativa de capitalismo nacional de economía mixta, democrática y bajo la rectoría del Estado. En oposición antagónica al programa económico, político, social e ideológico del neoliberalismo, esta alternativa convoca al conjunto de las fuerzas de la sociedad, dentro de un marco democrático y participativo, a un programa para enfrentar la crisis respetando los más fundamentales postulados de libertad política y de justicia social, y salvaguardando la independencia y la soberanía nacionales.

Esta alternativa exige asimismo que el Estado asuma planificadamente ciertas funciones que debe desempeñar como agente económico y, paralelamente, apoyado en una ejecución estratégica y eficiente de tales funciones, promueva la participación social y con ello favorezca la democratización. *Se trata de impulsar un sistema nacional de economía mixta, democrático, bajo la rectoría del Estado y el cual se ejerce a través de un sistema de planeación participativa.*

El monetarismo neoliberal, que erige el interés individual, egoísta y darwiniano en la base legitimante del sistema capitalista de libre mercado, ha sido desmitificado no sólo en la teoría sino también en la práctica. La realidad histórica y, más particularmente, la experiencia contemporánea de los países del Cono Sur, han mostrado cómo la búsqueda del beneficio individual y la imposición de la ley del libre mercado, no necesariamente conllevan al beneficio y desarrollo social y colectivo; ni la libertad económica es, garantía, por sí misma, de la libertad política. El sustento

filosófico del argumento de Friedinan se revela así fundamentalmente falso. Por otro lado, la historia ha invalidado igualmente los totalitarismos socialistas que hacen de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado el sustento ideológico del despotismo de Estado. Frente a estas alternativas, igualmente falsas, el sistema de economía mixta y democrático representa una opción válida, teórica e históricamente, para fincar el proceso de crecimiento sobre bases cualitativamente diferentes, promoviendo el beneficio colectivo y el desarrollo social. Sin negar la existencia de clases e intereses de clase, muchas veces divergentes, se afirma la posibilidad de un pacto social renovado, que armonice las distintas fuerzas sociales en función de objetivos nacionales y comunitarios. La planeación democrática y participativa, como instrumento y principio de gobierno, aparece así como el mejor medio para fijar los límites de la acción del Estado y conjurar con ello toda tendencia hacia el totalitarismo.

La rectoría estatal en la economía existe en todas las sociedades, independientemente de su sistema político-ideológico y régimen predominante de propiedad, si bien con formas y énfasis diferentes. Los matices de la intervención estatal dependen de las peculiaridades nacionales; como son sus antecedentes históricos, grado de desarrollo y correlación de fuerzas sociales, correspondiendo a cada nación el diseño e implantación de su modelo particular, de las normas jurídicas que le proporcione estructura orgánica y de las reglamentaciones que diriman sus controversias.

En su sistema económico, este compromiso se manifiesta en síntesis dinámica entre libertades económicas y derechos sociales.

Un Estado de Derecho, democrático, es un medio para la realización de todos los posibles fines sociales. Ello demanda el engarce de las funciones del Estado con un sistema de planeación que consulta y conviene con los sectores para imprimir solidez, dinamismo, permanencia y equidad al crecimiento de la economía, mediante un diálogo sistemático entre los diversos grupos sociales.

En este contexto, Rectoría del Estado, en un régimen de economía mixta no significa un Estado más grande, sino un Estado más racional y eficiente en lo económico y más participativo y democrático en lo político.

De ahí que, el reto teórico y práctico de nuestra época es el desarrollo de una teoría de la intervención del Estado en sus funciones como agente económico: una teoría que establezca los límites y alcances del Estado, como Estado planificador, empresario, tributario, inversionista, promotor, benefactor y regulador;

teoría que necesariamente debe desarrollarse en el marco de un nuevo paradigma (el neoestructuralismo postkeynesiano de economía política) que puede dar respuesta y plantear salidas a la crisis del capitalismo contemporáneo. Lo que finalmente coadyuvará a fortalecer y desarrollar los sistemas nacionales, democráticos, de economía mixta bajo la Rectoría del Estado y de un sistema de planeación participativa, alejando de nuestros países de América Latina el espectro infame de la contrarrevolución monetarista.

Cuestionario 16

1. ¿Cómo se relaciona la estanflación con la crisis en el capitalismo avanzado?
2. ¿Cómo se refleja en el comercio mundial el bajo dinamismo de la producción y de la competitividad del capitalismo industrial?
3. ¿Cuáles son los aspectos principales que Friedman plantea sobre la intervención del Estado?
4. Defina cuáles son las características centrales de una alternativa nacionalista y democrática ante el avance neoliberal.

**JOSÉ VALENZUELA
FEIJOÓ**

***Liberalismo económico, apariencias y
realidades**

***Sobre el Estado y su papel económico
subsidiario**

***La liberalización y su impacto en los agentes
del crecimiento y el tipo de especialización
internacional**

José Valenzuela Feijoó
"Liberalismo económico, apariencias y
realidades. Sobre el Estado y su papel
económico subsidiario. La liberalización y su
impacto en los agentes del crecimiento y el tipo
de especialización internacional"
en *Crítica del modelo neoliberal. El FMI y el
cambio estructural*, México, UNAM, 1991, pp.
15-44.

LIBERALISMO ECONOMICO, APARIENCIAS Y REALIDADES

1. El subtítulo que hemos escogido para este trabajo pudiera asombrar, pues: *a*) en los planteamientos y documentos del FMI no es frecuente la utilización de la categoría "cambio estructural"; *b*) en el plano interpretativo, la ideología fondomonetarista resulta opuesta a la escuela estructuralista latinoamericana; *c*) existe la imagen de que las "recomendaciones" del FMI sólo conciernen a políticas de estabilización de corto plazo. Incluso, en relación, por ejemplo, a la inflación, la escuela estructuralista ha criticado duramente la visión del FMI calificándola de superficial en tanto sólo destaca lo que dicha escuela denomina "mecanismos de propagación".¹

Pareciera, por lo tanto, que el FMI es ajeno a propuestas de reordenamiento estructural.

Pero no hay tal. Si la ideología fondomonetarista se consolida como principio rector de largo plazo, la economía experimenta un cambio que sí es estructural aunque de signo contrario a los que usual y explícitamente —en la tradición latinoamericana— se han definido como reordenamientos estructurales. El modelo societal implícito es diferente, y los intereses sociales a los cuales responde, lo son también. En suma, la ideología del FMI recubre un proyecto *político* específico y éste busca un determinado reordenamiento económico estructural *adecuado* o *coherente* con tal proyecto y los intereses sociales que lo sustentan. Es en este contexto (y no en el puro plano técnico) que debe evaluarse la eventual funcionalidad o racionalidad social de la ideología FMI.

¹ Entre otros, véase Aníbal Pinto, *Ni estabilidad ni desarrollo*, Edit. Universitaria, Santiago, 1958; O. Sunkel, "La inflación chilena: un enfoque heterodoxo", *El Trimestre Económico*, núm. 100, octubre-diciembre, 1958; J. Grunwald, "La escuela 'estructuralista', estabilización de precios y desarrollo económico: el caso chileno", *El Trimestre Económico*, núm. 111, julio-septiembre, 1961. Para una visión actualizada, H. Assael, "Análisis retrospectivo de los ciclos inflacionarios en América Latina, 1950-1985", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 9, Madrid, 1987.

2. Desde un ángulo teórico muy general, la ideología del FMI se asienta en principios walrasianos tales como: a) la economía capitalista tiende espontáneamente a una situación de *equilibrio estable*; b) tal equilibrio se corresponde con una *plena utilización* de los recursos productivos; c) la asignación de los recursos es *óptima* y, por lo tanto, da lugar a la maximización del dividendo social.

Tales principios o hipótesis no han resistido la decisiva prueba de la contrastación empírica. Asimismo, se ha demostrado (Sraffa, Garegnani y otros) que la coherencia lógica interna del esquema deja mucho que desear. Si se insiste en ellos, no es por consideraciones científicas sino por afanes político-doctrinarios. A aquellos que se acercan a la economía con una moral victoriana o simplemente con candor, con más o menos ingenuidad, la afirmación pudiera resultarles algo escandalosa. Pero más vale reconocerlo: nuestra disciplina, y en general todas las "ciencias" sociales, poseen un estatuto científico más que dudoso. Bastante alejado, por ejemplo, de los cánones que imperan en las ciencias naturales. Son las "furias del interés privado" las que provocan tal situación y restringen y limitan su pleno desenvolvimiento. Ya Lenin recordaba el conocido aforismo: "si los axiomas geométricos chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase". En el caso de la teoría económica, el avance se ha dado más por el lado formal que por el lado de los contenidos sustantivos. Es decir, se observan algunos avances en las técnicas del análisis y en el rigor formal con que se desarrollan las exposiciones, lo cual ciertamente no es despreciable. No obstante, como muchos autores han reconocido, entre el rigor de las formas y la riqueza de los contenidos pareciera darse una relación inversa. Los contenidos, amén de vacíos y pobres, resultan brutalmente apologéticos en favor del *status quo*. Por ejemplo, R. Lucas escribe que "el desempleo involuntario no es un hecho o un fenómeno que haya de ser explicado por los economistas", y agrega que se trata tal desempleo, de una simple "construcción teórica" (1).³

³ Al respecto se ha comentado que "si el mundo está de hecho sujeto a perturbaciones frecuentes y a cambios continuos de los parámetros de comportamiento, el modelo de equilibrio no resultará adecuado para el análisis de la política económica, ni será obvio que un modo de análisis que parte siempre del equilibrio pueda generar respuestas significativas para un sistema cuyo estado inicial es inevitablemente el desequilibrio. Además, una proposición fundamental del monetarismo global (en menor medida que el enfoque monetario) es que en el sistema económico operan fuertes tendencias hacia la autocorrección. Pero las perturbaciones pueden ser de hecho acumulativas más bien que autocorrectivas". Ver Marina V. N. Whitman, "El monetarismo global y el enfoque monetario de la balanza de pagos", en R. French Davis (editor), *Interacción y desarrollo*, vol. 2, p. 51, FCE, México, 1981.

⁴ R. Lucas, "Unemployment Policy", en *American Economic Review*, vol. 68: citado por S. M. Sheffrin, *Expectativas racionales*, Alianza Universidad, Madrid, 1985, p. 51.

La cita corresponde a un ensayo publicado en 1978. Dicho año, el puro desempleo abierto, en Estados Unidos, afectaba a 6.4 millones de personas. La situación recuerda a la experimentada por la escolástica en los albores de la Edad Moderna. Y a la actual teoría económica dominante se le podría aplicar perfectamente el juicio de Bacon sobre la escolástica: "el estado actual del conocimiento parece representado al vivo en la antigua fábula de Escila, que tenía la cabeza y la cara de una virgen, pero su seno estaba lleno de monstruos ladrones de los cuales no se podía aliviar".⁴

Conviene agregar: la dimensión política es algo de lo que no puede escapar ninguna teoría social. El problema no reside en su presencia sino en las *posibilidades* que le otorga a la indagación científica. Estas pueden ser mayores o menores según la postura clasista de la cual se parte. En su tiempo, y desde sus posturas, autores como Smith y Ricardo —especialmente el último— escriben "sin pelos en la lengua".⁵ En nuestro tiempo, gente como Friedman no supera la más vulgar apologética. Visto el problema desde el ángulo del *pathos* cultural o "ética" que exige la indagación científica, se podría decir que sus posturas clasistas les permitirían un muy exiguo radio de maniobra.

Cabe también agregar: en ocasiones se defiende el esquema a partir del condicional "si se cumplen tales condiciones, entonces...". En este caso, el enunciado se reduce a una forma puramente lógica y en términos de autores como Schlick y Wittgenstein carece completamente de *significación cognitiva*. Por lo mismo, su validez (o "falsabilidad") deja de depender de la contrastación empírica. Y esto, pese a las bravatas empiricistas de Friedman y otros.

Por razones de espacio no entraremos aquí a discutir el estatuto epistemológico de tales principios y nos limitaremos a esbozar sus *efectos prácticos*. Es decir, buscaremos detectar a qué tipo de reordenamiento estructural, en países como México, pueden conducir.

3. Los principios antes mencionados se traducen en la propuesta de *liberación económica*. Es decir, la asignación económica de los recursos, según tal ideología, debe ser la resultante de la operación espontánea de las fuerzas de mercado. En la tradición clásica esto se entiende en el sentido de aceptar a la ley del valor como mecanismo central de regulación

⁴ F. Bacon, *Instauratio Magna*, Edit. Porrúa, México, 1975, p. 9.

⁵ Al respecto, los escritos de Ricardo sobre el impacto de la introducción de maquinarias son muy iluminadores. De paso, permítansenos agregar que una asociación como la postulada no se debe entender en un sentido mecánico sino —para llamarla de algún modo— "probabilística", como sujeta a la "ley de los grandes números". Permite, por ende, excepciones individuales. En economía, un ejemplo conspicuo y brillante lo da Schumpeter.

económica. En el plano más abstracto, a este principio se opone el de la planificación.

Cabe agregar que en economías como la mexicana, junto a la existencia del mercado como regulador de la asignación de los recursos, se observan otros elementos de regulación: a) la intervención estatal⁶ (forma embrionaria de la planificación) la cual complementa o corrige la acción del primer principio; b) la planificación corporativa u oligopólica. Ésta, a partir de cierto "poder de mercado", busca incidir en ciertas variables mercantiles (por ejemplo, en los precios) en favor del desarrollo de la corporación. Es decir, en la medida que la empresa se expande y ocupa espacios económicos crecientes, la planificación interna que le es propia se tiende a exteriorizar y a permear los espacios aledaños pertinentes.

La ideología del FMI critica a estos dos principios de regulación como distorsionadores e ineficientes, aunque es mucho más fuerte y explícita en relación al intervencionismo estatal. En la mayoría de los casos, la crítica al intervencionismo oligopólico se soslaya y permanece en la penumbra.

Friedman, por ejemplo, plantea el problema del "monopolio técnico" y sostiene que se debe elegir entre "tres demonios": el monopolio privado no regulado; el mismo pero regulado por el Estado, y, como tercera alternativa, el monopolio estatal. Para él, el "demonio menor" reside en el monopolio privado no regulado.⁷ Gary Becquer, por su lado, sostiene que es preferible "no regular a los monopolios económicos y sufrir sus malas consecuencias, antes que regularlos y sufrir los efectos de las imperfecciones de la regulación estatal."⁸

Según Reder, "normativamente, la economía de Chicago dice que el monopolio es malo; positivamente, que su existencia es poco frecuente y su impacto limitado". Agrega que "en el trabajo aplicado... se asume, en ausencia de suficiente evidencia contraria, que los precios y cantidades observadas se pueden considerar como buenas aproximaciones de los valores de equilibrio competitivo del largo plazo. Llamo a esto, el supuesto de buena aproximación."⁹ O sea, se habla mucho de empirismo pero si la evidencia contradice a las hipótesis básicas, se rechaza la empiria.¹⁰

Esta especie de "doble" o dualismo crítico da lugar a un efecto muy especial. Como las estructuras oligopólicas existen y pesan, el argumento *explicito* en favor del mercado y la libre competencia se traduce (o meta-

morfosea) en un argumento velado o *implícito* en favor del oligopolio. Dicho de otro modo, como la operación espontánea del mercado estimula la diferenciación económica, el afán de liberalización no puede sino contribuir al proceso de oligopolización. Por ahora, el punto a recalcar sería la profunda disociación que emerge entre el discurso ideológico explícito y su contenido y efectos prácticos. De aquí también algo ya apuntado: la eventual racionalidad social de tal discurso debe buscarse por afuera de sus entornos propios. Al respecto, recordemos la útil advertencia de Baran: "en general, bien puede decirse que para la apreciación del papel desempeñado por un grupo o por un individuo en el proceso histórico, las motivaciones subjetivas (conscientes o inconscientes) son mucho menos importantes que su actuación objetiva. En caso de duda, siempre es útil preguntarse en todas estas cuestiones: *¿cut bono?*"¹¹

4. La preferencia por el intervencionismo oligopólico respecto al estatal es también reveladora del partidismo militante y de los escasos afanes democráticos del monetarismo.

El Estado, ciertamente, no funciona en términos neutrales o equidistantes de los diversos intereses sociales, pero en tanto busque preservar la legitimidad del sistema se afana por encontrar acuerdos o consensos políticos.

Es decir, el Estado toma en cuenta los intereses ajenos a su base de sustentación clasista más inmediata y no se reduce a la pura utilización de las bayonetas. Además, está en la naturaleza misma de la institución estatal el que deba operar con una visión totalizante o de conjunto, la cual —como regla— escapa al más unilateral intervencionismo corporativo. Usualmente, este último peca de cierta miopía política y tiende espontáneamente al autoritarismo, a extender al conjunto social las reglas o normas de su proceder interno. Con ello, para decirlo de algún modo, tiende a obligar al Estado a mostrarse en su desnudez más esencial: como aparato especial y organizado de represión.

Al decir de Prebisch, "no cabe duda... que ciertos economistas neoclásicos reciben con beneplácito la intervención del poder militar a fin de dominar el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y corregir su violación de las leyes del mercado."¹² En las fábricas, recordemos, no existen papeletas electorales: impera el despotismo del capital y es el Estado el garante de dicho orden. Pero el más eficaz de los Estados es el que no se ve obligado a revelar su naturaleza más íntima o esencial. Es decir,

¹¹ Cf. Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, rce, México, 1975, p. 53.

¹² Cf. Raúl Prebisch, "Monetarismo, aperturismo y crisis ideológica", *Revista de la CEPAL*, núm. 17, agosto, 1982, p. 150.

⁶ Dr. hecho, en México elevada a principio constitucional.

⁷ M. Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, 1962, p. 128.

⁸ Cit. por Melvin W. Reder, "Chicago Economics: permanence and Change", en *Journal of Economic Literature*, vol. xx, marzo de 1982.

⁹ Cf. Reder, *ob. cit.*, p. 15 y 12. Agreguemos: Reder es profesor de Chicago.

¹⁰ En este sentido, autores como Mises y Hayek son mucho más coherentes al proclamar que la economía es una disciplina apriorística, en el sentido kantiano.

aquel que puede reconocer la validez de las papeletas electorales fuera de las fábricas.

Al respecto, puede ser útil recordar una opinión de Spaventa sobre los programas fondomonetaristas: "el impacto del programa total sobre la expectativas es tan importante como una correcta definición de las metas, y su eficiencia puede ser ampliada o disminuida por un grado mayor o menor de consenso político y social. Tal consenso no es un problema que el Fondo pueda esperar resolver, pero tampoco es un problema que el Fondo pueda permitirse olvidar".¹³ Otro autor apunta al "escaso entusiasmo por considerar las políticas de estabilización como un programa social concertado".¹⁴ En suma, entre las políticas del FMI y el consenso social se tiende a generar una clara contradicción. Implícitamente, Spaventa considera al sistema democrático como un dato (o "variable independiente") y de allí sus dudas sobre la doctrina. El economista italiano escribe para Europa, pero en América Latina, tenemos derecho para pensar al consenso como un dato irremovible?

La evidencia muestra más bien lo contrario. Es decir, el intento de aplicar coherentemente la doctrina ha conducido a "olvidar" el consenso y a la instauración de regímenes autoritarios.

5. El auge del conservadurismo es un fenómeno que también se observa, y con gran fuerza, en los países centrales del sistema capitalista.

Dicho auge está muy asociado a la crisis del patrón de acumulación vigente en la posguerra y a lo que podría denominarse crisis ideológica (o crisis de confianza) de las políticas económicas, de inspiración más o menos keynesiana, que lo acompañaron y racionalizaron. Robert J. Barro, uno de los principales exponentes de la denominada "moderna macroeconomía clásica" o escuela de las "expectativas racionales",¹⁵ escribe que "la macroeconomía se encuentra en un estado de cambio. El modelo keynesiano, que tuvo aceptación casi universal como paradigma básico hasta finales de la década de 1960, es cada día menos popular".¹⁶ De hecho, en el manual de macroeconomía escrito por tal autor, el modelo keynesiano ocupa 25 páginas sobre un total de 539 (edición castellana).

En el plano político, para concentrarnos en Estados Unidos, Reagan representa el clima del conservadurismo. Sostiene, por ejemplo, que "el

poder impositivo del gobierno... no debe ser usado para regular la economía o traer cambio social". Asimismo, en el *Informe Económico Presidencial* de febrero de 1982, indica que "mi primer y más importante objetivo ha sido mejorar el desempeño de la economía reduciendo el papel del Gobierno Federal en todas sus muchas dimensiones (...) debemos dejar a la iniciativa privada todas las funciones que los individuos pueden desempeñar privadamente".¹⁷

Como debiera ser evidente, el proyecto de reestructuración no se limita al plano interno de la sociedad estadounidense. Por el peso y vinculaciones "hacia afuera" del Estado imperial, tales mutaciones necesariamente provocan un gran impacto en el resto del mundo. Pero no se trata, en exclusividad, de los efectos o impactos puramente "espontáneos". En Estados Unidos todo proyecto de reestructuración debe funcionar con una dimensión internacional explícita. Es decir, también supone una reestructuración dada de la economía internacional, la cual se podrá lograr, en mayor o menor grado, según la correlación de fuerzas que opere en el plano internacional.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la supremacía económica y política de Estados Unidos resulta aplastante. Al finalizar los sesentas ya se observan cambios significativos y se puede hablar, si bien no de pérdida de su papel hegemónico, sí de un deterioro más o menos significativo. En este sentido, el proyecto de reestructuración global de Reagan (frente al campo "socialista", frente a las otras potencias capitalistas y frente a la periferia capitalista) persigue un objetivo muy evidente y explícito: recuperar la ofensiva y la vieja posición hegemónica. No es casualidad, por lo mismo, que hasta el lenguaje de la actual administración recuerde las encendidas —y brutales— peroratas de un Foster Dulles y, si nos vamos más atrás, de un Tedoro Roosevelt, el arquitecto del *big stick*.¹⁸

Por ahora, no es el caso entrar a un examen detallado del proyecto global de reestructuración manejado por Reagan. De momento, y fijando la atención en América Latina, nos bastan algunas consideraciones muy elementales y generales.

Sigún Reagan, "la manera de la Administración de abordar los asuntos económicos internacionales está basada en los mismos principios que sus-

¹³ Luigi Spaventa, "Tow letters of Intent: External Crisis and Stabilization Policy, Italy 1973-1977", en J. Williamson (edit.), *IMF Conditionality*, Institute for International Economics, Washington, D.C., 1983, p. 465.

¹⁴ R. Dornbusch, "Comments", en Williamson (edit.), *op. cit.*, p. 229.

¹⁵ En realidad, dicho enfoque no tiene nada de clásico. Es más bien una reactualización de las hipótesis básicas del neoclasicismo (Walras, Jevons, etcétera). La denominación deriva de la confusión introducida por Keynes al calificar de "clásicos" a los neoclásicos.

¹⁶ R. J. Barro, *Macroeconomía*, Editorial Interamericana, México, 1986, p. rx.

¹⁷ Ambas citas, tomadas de CEPAL, *Relaciones económicas internacionales y cooperación regional de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 1987, p. 77.

¹⁸ Tedoro Roosevelt *dixit*: "desearla que tuviéramos una política exterior de consistencia perfecta y que la finalidad de esa política fuera la expulsión de todas las potencias europeas y que cada pie de suelo americano estuviera en mano de estados americanos independientes y, de ser posible, en poder de los Estados Unidos bajo su protección". Cf. E. E. Morrison, *The letters of Theodore Roosevelt*, Massachusetts, 1951, vol. 1, p. 746. Cit. en A. Murga, *Enclave y sociedad en Honduras*. Edit. Universitaria, Tegucigalpa, 1985, p. 36.

tentan sus programas internos: creencia en la superioridad de las soluciones de mercado para los problemas económicos y énfasis en la actividad económica privada como motor del crecimiento no inflacionario.¹⁹ Al decir de CEPAL, "el rechazo de las prácticas estatistas fuera de Estados Unidos tiene un carácter energético, comparable con el trato restrictivo dado a los gobiernos considerados poco cooperadores. De hecho, la política y práctica de las relaciones económicas internacionales de Estados Unidos están impregnadas por el espíritu existente en materia de posiciones ideológicas y políticas".²⁰ Y, como suele suceder en los tiempos actuales, el liberalismo económico se combina con formas políticas para nada liberales y sí muy coactivas e intervencionistas.

Lo anotado se traduce en "recomendaciones" que recrean el viejo ideal decimonónico y manchesteriano: libre circulación de mercancías y de capitales, libertades cambiarias, etcétera. Por lo tanto, apertura externa de la economía y rechazo a los afanes por sustituir importaciones y crecer en función de los mercados internos. Asimismo, presiones por adelgazar el gasto público y, en general, el papel regulador que pudiera asumir el gobierno. En suma: es la espontaneidad del mercado la que debe controlar y regular la asignación de los recursos, tanto en el plano nacional como en el internacional. Ahora bien, ya hemos apuntado que —en condiciones de dominio de estructuras oligopólicas— la espontaneidad y neutralidad del mercado son pura *aparición*. De hecho, lo que éste sanciona son los principios de la regulación *monopólica*. Por lo mismo, tenemos que la fetichización del mercado no es sino el velo ideológico con que se recubre la toma de partido en favor de los oligopolios. Puesta la doctrina en el espacio económico internacional, sus consecuencias no son menos nítidas: opera en favor de los grandes conglomerados transnacionales. En pocas palabras: se intentan crear las condiciones para un nuevo sistema de división internacional del trabajo, regulado por las grandes corporaciones, adecuado a las condiciones actuales y funcional al proyecto estadounidense global. En estos afanes, agencias como el FMI y otras similares —no en vano consideradas como una especie de "segundo brazo" de la política exterior de Estados Unidos— juegan un papel fundamental.

¿Cuál es el impacto de tal proyecto en las economías y sociedades latinoamericanas? La respuesta, en alto grado, equivale a responder por el contenido del modelo neoliberal, propósito de este libro.

Permítasenos agregar dos últimas y muy elementales consideraciones. Primero: la concreción de tal proyecto en tal o cual país de la región no depende en exclusividad de los afanes estadounidenses. Estos necesitan

de una base de apoyo interno y, por ende, de clases o fracciones de clases cuyos intereses sean convergentes con los de la potencia imperial. Segundo: la citada alinación no constituye un hecho fatal o inexorable. Dependerá de la correlación interna de fuerzas y ésta no necesariamente puede favorecer al esquema neoliberal. Ciertamente, tal correlación se ve fuertemente influenciada por la orientación de los intereses estadounidenses. Pero éstos no funcionan como un *deus et machina* irrevocable. Los destinos nacionales, por lo menos en estos tiempos, no son equivalentes al destino o *moira* de los griegos clásicos.

6. Hasta el momento hemos esbozado cinco hipótesis básicas: a) las políticas auspiciadas por el FMI tienen también alcances estructurales y de largo plazo; b) el diseño estratégico implícito recubre un proyecto de reordenamiento social más amplio: es decir, estamos en presencia de un proyecto político y del correspondiente juego de intereses sociales que lo impulsan; c) en tal proyecto, más allá de las declaraciones líricas en favor de la libre competencia, se privilegia la centralidad de la regulación oligopólica; d) el intento de impulsar y consolidar tal proyecto, por lo menos en América Latina, ha provocado usualmente el deshancio de las normas del juego político democrático y del consenso relativo que le es inherente. Es decir, ha propiciado la emergencia de regímenes autoritarios; e) el proyecto o "paquete neoliberal" impulsado por el FMI, está fuertemente asociado al plano de recuperación hegemónica y de reestructuración global impulsado por los sectores dominantes de Estados Unidos, en especial, por el gobierno de Reagan. Es decir, el esquema neoliberal, tal cual ha venido funcionando en la región, resulta muy funcional o adecuado a tales propósitos. Por lo mismo, se podría considerar como una prolongación o expresión regional concreta de dicho proyecto global.

Lo anotado nos conduce a plantear un conjunto de interrogantes que trataremos de responder en los próximos capítulos. La primera y muy obvia es sobre el contenido del reordenamiento estructural impulsado por el FMI. Una segunda interrogante, ciertamente decisiva, se refiere a la identificación de los intereses y grupos sociales que impulsarían el proyecto de marras. La tercera interrogante debería apuntar a la eventual justificación histórica de la emergencia de un proyecto como el aludido. Es decir, deberíamos contestar cuáles son las causas que le han venido otorgando su relevancia práctica —o sea, *factual*— en el presente latinoamericano.

Nuestro trabajo se concretará básicamente en torno a la primera interrogante. Aclarada, se puede avanzar con mayor seguridad a contestar la segunda. No obstante, pensamos que una respuesta rigurosa demandaría el concurso de sociólogos y politólogos y como no tenemos las califica-

¹⁹ Según CEPAL, *op. cit.*, p. 78.

²⁰ *Ibid.*, p. 78.

ciones del caso, nos limitaremos a un esbozo de respuesta muy tentativo y preliminar. En cuanto a la tercera interrogante, supone un ejercicio de historia económica que excede los límites de este trabajo. En todo caso, pensamos que la expansión que sigue puede proporcionar algunos elementos o "pistas" para la respuesta del caso.

SOBRE EL ESTADO Y SU PAPEL ECONÓMICO SUBSIDIARIO

1. En cuanto al papel económico del Estado, aunque no se arribe necesariamente a caricaturas decimonónicas, se postula una reducción drástica. Desde un ángulo más bien cuantitativo, se recomienda: i) reducir el gasto público como porcentaje del PNB;²¹ ii) finanzas públicas equilibradas; iii) reducir peso de empresas públicas productivas.²²

2. En un plano más cualitativo se postula una política económica más o menos "neutral". Para lo que aquí nos interesa, el punto clave es si el Estado debe interferir mínimamente en la asignación de recursos que derivan de la actuación espontánea del mercado (desde Pigou se reconocen excepciones que, en todo caso, no alteran la filosofía básica). En la moda más reciente se indica que los agentes no pueden ser sorprendidos (o engañados) dos veces, que muy pronto y de modo muy racional ajustan sus expectativas y la economía vuelve a retomar sus valores de tendencia "naturales". De acuerdo con Karl Brunner, la hipótesis sobre "una inestabilidad del sector privado genera implicaciones de largo alcance. Ella da lugar a un concepto activista y altamente intervencionista de la política. El sector gubernamental aparece necesariamente como el 'estabilizador último'. La tesis de la inestabilidad favorece el desarrollo de una extensa burocracia que atiende diariamente un amplio rango de programas y de regulaciones detalladas. La hipótesis alternativa, esencialmente invierte el punto de vista keynesiano tradicional. Ella argumenta que el sector privado es en su esencia un absorbedor de *shocks*, es estabilizador y autoajutable. *La inestabilidad es producido fundamentalmente por la opera-*

²¹ Para Friedman el gasto público "ideal" debería acercarse a las pautas que seguía antes de la Primera Guerra Mundial. Es decir, alrededor de un 5% del PNB.

²² En épocas de crisis el poder del FMI se acentúa. De aquí que no deba asombrar que hoy en toda América Latina se observe una "curiosa" tendencia a la reprivatización. En este sentido, el secretario de Estado Schultz ha alabado al gobierno mexicano sosteniendo que "la reprivatización es un componente decisivo del cambio estructural". Ver *Excélsior*, 21-2-86.

ción del sector gubernamental. En ocasiones, también se sostiene que tal inestabilidad se incrementa con el tamaño relativo del gobierno".²³ Otro autor sostiene que los keynesianos han sido responsables de los mayores fracasos políticos de los sesenta y setenta, agregando que "sus recomendaciones probaron ser erróneas, no sólo a causa de sus pronósticos inadecuados sino porque ignoraron los efectos de largo plazo de sus políticas y también porque muchas de sus creencias en torno a su capacidad para un ajuste fino (*fine tune*) de la economía resultaron también falsas".²⁴

Friedman, por su lado, declara que "no hay ningún defecto fundamental del sistema de precios que haga del desempleo el resultado natural de un mecanismo de mercado plenamente operativo";²⁵ y agrega, con tono típico, que la noción de un capitalismo inestable es ajena a los "economistas profesionales". La excepción, en cuanto a "respetabilidad académica", sería Keynes. Pero, "la demostración de esta posición por Keynes, es falsa".²⁶

En relación a Keynes, quizá no esté demás recordar dos aspectos: i) refiriéndose a la evidencia empírica, señala que "excepto durante la guerra, dudo que tengamos alguna experiencia reciente de un auge tan poderoso que llevara a la ocupación plena";²⁷ ii) en el plano teórico, apuntando a la visión neoclásica, escribe que "sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales".²⁸

3. En realidad, la evidencia histórica resulta del todo concluyente respecto a la controversia. Esto, en virtud del hecho, bastante notorio por lo demás, de las fluctuaciones y ciclos económicos. Estas fluctuaciones, además, quedan prácticamente sin explicar en la perspectiva neoclásica. Al respecto, Solow ha comentado:

Arguyen que no se puede creer en las fallas del mercado para compensarse sin tener una teoría aceptable para explicar por qué eso sucede así. Esto es un precepto interesante cuando se piensa en él. Recuerdo haber leído una vez que todavía no se explica cómo se las arregla la jirafa para bombear la cantidad adecuada de sangre a lo largo de todo el cuello hasta su cabeza;

²³ Karl Brunner, "Issues of Post-Keynesian Monetary Analysis", en Thomas Mayer (edit.), *The Structure of Monetarism*, W. W. Norton and Co., Nueva York, 1978, p. 74. Los subrayados son nuestros.

²⁴ Allan H. Meltzer, "Monetarism and the crisis in Economics", en D. Bell e Irwing Kristol (edits.), *The crisis in Economics Theory*, Basic Books, N. York, 1981, p. 39. Para el caso de América Latina bastaría correr un poquito hacia atrás las fechas y cambiar keynesianos por cepalinos para repetir la cita.

²⁵ M. Friedman y Anna J. Schwartz, *Monetary Trends in the United States and the United Kingdom*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1982, p. 42.

²⁶ *Ibid.*, p. 43.

²⁷ *Teoría General*, vcr. México, 1974, p. 287.

²⁸ *Ibid.*, p. 15.

pero es difícil pensar que nadie concluya de aquí que las jirafas no tienen el cuello largo. Por lo menos, nadie que haya estado alguna vez en el zoo.²⁹

Otro connotado autor —James Tobin— señala: "El punto de vista según el cual el sistema de mercado posee, para un conjunto invariable de instrumentos de política económica, poderosos mecanismos de autoajuste que garanticen la estabilidad de su equilibrio con pleno empleo no es avalado ni por la teoría ni por la larga historia de fluctuaciones económicas del capitalismo." Sostiene que no se puede negar que el Estado puede ser y haya sido, en algunas ocasiones, una fuerza desestabilizadora. Pero que aquellas "sean la única fuente de *shocks* que perturben un mecanismo intrínsecamente estable, es una proposición que sólo pueden avanzar seriamente personas que tienen una fe extravagante en sus propios modelos abstractos y atestiguan una verdadera amnesia histórica".³⁰

Cabe también recordar que antes de la Segunda, y especialmente de la Primera Guerra Mundial, el Estado más bien prescindía en materia económica y el gasto público constituía un bajísimo porcentaje del gasto total. No obstante, el ciclo operaba a todo vapor. Por lo tanto, mal se podría hablar de un sector privado esencialmente estable. Agreguemos: inestabilidad no significa —necesariamente— oscilaciones divergentes que conduzcan al derrumbe *automático* del sistema.

4. Por otro lado, y a contrapelo de algunas ilusiones keynesianas, la preservación del ciclo en la posguerra nos advierte que la intervención estatal *no lo puede suprimir*. Aunque sí, y bajo ciertas condiciones, lo puede llegar a suavizar bastante.

La contradicción implícita en los ciclos y crisis, ciertamente no se elimina. Lo que cambia son sus formas de manifestación y de desarrollo.

El problema de las políticas de corte keynesiano, el del manejo estatal anticíclico de la demanda agregada, es que si tal política llega a tener relativo éxito acercando la economía a niveles próximos al pleno empleo, también genera las condiciones para provocar lo que Kalecki denominara "ciclo político". En su lúcido trabajo de 1943, el gran economista polaco indicaba que "es errónea la hipótesis de que un gobierno mantendría el pleno empleo en una economía capitalista si sólo supiese cómo hacerlo".³¹ Al respecto, alude a tres razones. Por su extraordinaria actualidad (por ejemplo, para México hoy) permitásenos citar *in extenso* la primera razón:

²⁹ Robert M. Solow, "Sobre las teorías del desempleo". *Información Comercial Española*, julio-agosto de 1981, p. 139.

³⁰ James Tobin, "Reflexions sur la theorie macroeconomique contemporaine", *Economica*, París, 1983, p. 66.

³¹ M. Kalecki, "Aspectos políticos del pleno empleo". *Sobre el capitalismo contemporáneo*. Edit. Crítica, Barcelona, 1979, p. 25.

... bajo un sistema de *laissez-faire* el nivel de empleo depende, en gran medida, del así denominado estado de confianza. Si éste se deteriora, la inversión privada baja, lo que da como resultado una caída en la producción y un descenso en el nivel de empleo (ya sea directamente o a través del efecto secundario del descenso de ingresos derivados del consumo y la inversión). Ello otorga a los capitalistas un poderoso control indirecto sobre la política gubernamental: todo lo que puede conmover dicho estado de confianza debe ser evitado cuidadosamente porque podría provocar una crisis económica. Pero una vez que el gobierno aprende el truco de aumentar el empleo mediante sus gastos, este poderoso dispositivo de control pierde su efectividad. En consecuencia, deben ser considerados como peligrosos los déficit presupuestarios necesarios para llevar a cabo la intervención gubernamental. La función social de la doctrina de "finanzas estables" es la de lograr que el nivel de empleo dependa del "estado de confianza".³³

Para el caso de México, piénsese, verbigracia, en el significado más o menos equivalente que tiene el principio de la "libertad cambiaria". En otras palabras, si el "estado de confianza" se deteriora, el capital se declara en huelga: paraliza la inversión o procede a fugarse al exterior.³⁴

Otra de las razones a las cuales alude Kalecki deriva de las relaciones políticas a las que puede conducir el logro y el mantenimiento del "pleno empleo". En sus palabras, "bajo un régimen de pleno empleo permanente, el 'despido' dejaría de jugar su papel como medida disciplinaria. La posición social del empresario se vería paulatinamente socavada y la clase trabajadora tendría mayor confianza en sí misma y una mayor conciencia de clase. Las huelgas en demanda de aumentos salariales y por un mejoramiento de las condiciones laborales crearían tensiones políticas". Las ganancias, agrega Kalecki, podrían aumentar, "pero la 'disciplina en las fábricas' y la 'estabilidad política' son más apreciadas por los dirigentes que las ganancias. Su instinto de clase les dice que el pleno empleo duradero es erróneo desde su punto de vista y que el desempleo constituye una parte integral del sistema capitalista normal".³⁴

5. Las experiencias actuales, tanto en el polo desarrollado como en el subdesarrollado, confirman a plenitud las hipótesis kaleckianas.

³³ *Ibid.*, pp. 26-27.

³⁴ En el período 1979-1982, las entradas brutas de capitales (suma de las variaciones de la deuda externa bruta, privada y pública, y de la inversión extranjera directa neta) llegaron a 35.4 mil millones de dólares en México. En el mismo lapso, la fuga de capitales ascendió a 26.5 mil millones de dólares, o sea, casi la mitad de las primeras. Ver Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial, 1985*, Washington, 1986, p. 73.

³⁴ *Ibid.*, pp. 28-29.

Juliet B. Schor, por ejemplo, en un ejercicio econométrico que cubre a los países más desarrollados,³⁵ encuentra evidencias de interés para el período 1950-1980. En una primera fase que cubre aproximadamente las dos primeras décadas de la posguerra, el comportamiento de los salarios reales es procíclico. Posteriormente, digamos en el último tercio del período, tal asociación se debilita o desaparece. Es decir, el movimiento de los salarios reales tiende a independizarse de las fluctuaciones cíclicas, dando fe del creciente poder de regateo asalariado incubado por el auge y las bajas tasas de desocupación que tipifican a la posguerra inicial (años cincuenta y sesenta). El estancamiento de los setenta, según Schor, no es casual: "la restrictiva política macroeconómica ha jugado un importante papel. O sea, la situación reciente es al menos en parte atribuible a un esfuerzo deliberado por inducir un descenso económico".³⁶ De hecho, agrega la autora, "las actuales políticas deflacionarias de largo plazo pueden haber sido motivadas por el fracaso de los cambios en el producto para moderar la inflación y el crecimiento del salario real".

En ocasiones, se tiende a olvidar los rasgos más esenciales de un sistema. Por ejemplo, que la lógica esencial del capitalismo es una lógica de valorización del capital. Como escribía Marx, "la producción de plusvalía, la obtención de lucro, tal es la *ley absoluta* de este sistema de producción".³⁸ El grado de valorización del capital se mide por la tasa de ganancia y de aquí otra consideración elemental: las fluctuaciones de la tasa de ganancia regulan las fluctuaciones de la acumulación y del nivel de actividad económica. Toda crisis presupone una caída de la tasa de ganancia (las causas pueden ser diferentes) y, por ende, el problema que toda crisis plantea es el de la reconstitución de la tasa de ganancia.

Hasta los años treinta-cuarenta, el mecanismo tradicional utilizado fue la dilatación del ejército de reserva industrial. Por esta vía se reducían los salarios reales, aumentaba la tasa de plusvalía y se reconstituía la tasa de ganancia. Diversos factores, económicos y políticos, llevaron a impulsar otro método, conceptualizado por Keynes. En éste, se utiliza la inflación para reducir los salarios reales y, por la vía del gasto público, se suaviza el ciclo.³⁹ El problema que esto genera es el indicado por Kalecki. A largo plazo, el mayor poder de regateo asalariado puede llevar a entorpecer e incluso anular el mecanismo keynesiano.

³⁵ Alemania Federal, Canadá, Francia, Italia, Japón, Holanda, Suecia, Reino Unido y Estados Unidos.

³⁶ J. Schor, "Changes in the cyclical pattern of real wages: evidence from nine countries, 1955-1980", *The Economic Journal*, vol. 95, núm. 378, junio de 1985, p. 452.

³⁷ *Ibid.*, p. 465.

³⁸ Karl Marx, *El Capital*, rce, México, 1974, tomo 1, p. 522.

³⁹ Este punto se retoma en el capítulo vi, apartado 3.

El mismo Keynes apuntaba que "la estabilidad o inestabilidad de los precios en periodos largos dependerá de la fuerza de la tendencia ascendente de la unidad de salarios (o, más exactamente, de la unidad de costos) comparada con la tasa de crecimiento de la eficacia del sistema productivo".⁴⁰ En la posguerra llega un momento en que el salario real comienza a crecer igual o más rápido que la productividad.⁴¹ O sea, la tasa de plusvalía se congela o cae. El consiguiente aumento del costo unitario de la fuerza de trabajo, unido al impacto de las estructuras oligopólicas, da lugar a presiones inflacionarias cada vez mayores. En suma, el mecanicismo keynesiano se degrada, se torna disfuncional y obliga al reordenamiento estructural actualmente en curso. Es en este marco donde resurgen y se consolidan, como paradigma dominante, los enfoques del monetarismo.

Cuánto ha avanzado el recurso a la desocupación se puede ver en el cuadro que sigue:

CUADRO I
TASAS DE DESOCUPACIÓN EN PAÍSES INDUSTRIALIZADOS
(promedios del periodo, en porcentajes)

Países	Periodos				
	1958-66	1967-74	1975-79	1980-83	1984
Bélgica	2.6	2.6	7.0	11.5	14.0
Canadá	4.9	5.2	7.5	9.4	11.2
Franca	1.5	2.5	4.9	7.5	9.7
Alemania Federal	1.4	1.1	3.5	5.4	8.6
Italia	6.5	5.6	6.8	8.6	10.2
Japón	1.7	1.3	2.0	2.3	2.7
Holanda	1.2	2.2	5.3	9.9	14.0
España	2.1	2.7	5.8	14.6	20.1
Reino Unido	2.5	3.4	5.6	10.9	13.2
Estados Unidos	5.0	4.6	6.9	8.4	7.4
Promedio	2.9	3.0	5.6	8.9	11.1

FUENTE: C. R. Bean y P. R. G. Layard, "The rise in unemployment: a multi-countries study". En *Económica*, vol. núm. 210, 1986.

⁴⁰ J. M. Keynes, *Teoría General*, edición citada, p. 275.

⁴¹ En Estados Unidos, haciendo 1950-1954 igual a 100, en 1970-1974 la productividad llega a 154 y el salario real a 161. Ver Sydney Weintraub, *Capitalism's Inflation and Unemployment Crisis*, Addison-Wesley Publishing Co., 1978, p. 55.

Como ha señalado Kaldor, refiriéndose a la Inglaterra de la señora Thatcher, la real funcionalidad del monetarismo "radica en su éxito para transformar al mercado de trabajo de un mercado de vendedores del siglo xx, en otro decimonónico de compradores, con todos sus efectos sobre la disciplina fabril, reclamos salariales e inclinación a las huelgas".⁴² Otro autor apunta a los Estados Unidos de Reagan: "los banqueros centrales así como sus ruinosos parientes del tipo Hume-Friedman, interpretan fatuamente sus planteamientos como una lucha por el nivel de precios; en realidad, sus rabietas y resoplidos son invariablemente un combate con las ocupaciones, por mantener una economía suficientemente floja y lograr un vasto 'ejército de desempleados', desalentando los salarios monetarios y, por esta vía, el nivel de precios".⁴³ Pensando en América Latina, Prebisch apunta algo similar: "los economistas neoclásicos que profesan la fe monetarista aconsejan persistir en la política restrictiva hasta que la fuerza de trabajo se resigna a aceptar la reducción de sus remuneraciones reales, no insistiendo en resarcirse en todo o en parte del alza de los precios. Es posible que el riesgo de que se extienda el desempleo a quienes están todavía ocupados termine convirtiéndose en un factor de flexibilidad en las negociaciones de salarios".⁴⁴ Otro notable autor latinoamericano señala que:

...no es arriesgado afirmar que la teoría y las políticas monetarias interpretan mejor en momentos de estancamiento las necesidades de la burguesía internacional y de muchas burguesías nacionales que el keynesianismo, al sugerir remedios radicalmente reaccionarios para afrontar el malestar burgués: inducir abiertamente el desempleo ... para "darles una lección a los sindicatos" ... destruir el capital "ineficiente" por medio del libre cambio y altas tasas de interés; reducir los impuestos sobre las ganancias y los altos ingresos, aumentar los que pagan los asalariados, cortar drásticamente el gasto público especialmente en dirección a reducir el salario social. Todas éstas son medidas que deben conducir a elevar la rentabilidad de largo plazo del capital.⁴⁵

6. En resumidas cuentas, la propuesta de liberación económica encubre otra: restaurar a plenitud las funciones clásicas del ejército de reserva industrial. En la posguerra tales funciones se debilitaron y fueron en parte reemplazadas o complementadas por cierta inflación gradual.⁴⁶ Pero ya a

⁴² N. Kaldor, *The Scourge of Monetarism*, Oxford University Press, 1982, p. xn.

⁴³ Sidney Weintraub, *Our Stagflation Malaise*, Quorum Books, Westport, Connecticut, 1981, p. 89.

⁴⁴ Raúl Prebisch, *ob. cit.*, p. 149.

⁴⁵ S. Kalmanovitz, *El desarrollo tardío del capitalismo*, Siglo XXI Edits., Colombia, 1983, p. 262.

⁴⁶ El *trade-off* descrito por la curva inicial de Phillips, entre empleo e inflación, es muy gráfico al respecto.

fines de los sesenta el mecanismo comienza a mostrarse disfuncional. En uno y otro polo (en los países centrales y en la periferia latinoamericana) se agotan los respectivos patrones de acumulación de la posguerra y las necesidades del reordenamiento estructural ponen a la orden del día una drástica astringencia salarial.

De aquí el rebrotar monetarista,⁴⁷ el cual opera como una racionalización seudocientífica bastante adecuada a tales propósitos. Para el caso que nos preocupa —el de México y América Latina— se trata de un *prerrequiso imprescindible* para la consolidación del patrón de acumulación secundario-exportador.⁴⁸ Agreguemos, si tal tónica se preserva a *largo plazo*, el modelo secundario-exportador se “ladea” hacia la variante “neoliberal”.⁴⁹ Es decir, como efectos probables y de largo plazo, tendríamos mayor inestabilidad, más subutilización de recursos y menor crecimiento.

7. La interacción entre la política estatal y la vida económica es un hecho lo bastante obvio como para detenerse en él. Además, la política estatal nunca es neutral. La no neutralidad se puede entender en un doble sentido: a) el impacto diferencial que tienen estas políticas en las diferentes clases y capas sociales; b) la modificación que provocan en el comportamiento del sector privado. Y valga la aclaración: en tanto la naturaleza del sistema económico y del Estado se correspondan, la modificación es relativa y no puede afectar a la lógica más esencial del sistema, como, pongamos por caso, la de la valorización de los capitales. De hecho, tales modificaciones se subordinan a tal lógica esencial y, en fin de cuentas, su pretensión es servir de acuerdo a las condiciones históricas del caso.

El impacto modificador es bastante evidente cuando el intervencionismo estatal es amplio y explícito. Este, por ejemplo, es el caso de las políticas de orientación más o menos keynesianas que han dominado en los países desarrollados en la posguerra. Para América Latina, las políticas de industrialización ensayadas desde los cuarenta constituyen otro ejemplo.

Aunque menos obvia, habría también que destacar la incidencia por “omisión”. Dicho de otro modo, lo que a veces se denomina “prescindencia estatal” es también una forma por medio de la cual el Estado busca obtener determinados efectos en la actividad económica. En el caso concreto que nos preocupa, la “prescindencia” da lugar a efectos muy nítidos:

⁴⁷ “Quiénes creen que el neoclasicismo es una gran innovación teórica, parecerían no advertir que ha dominado plenamente en las épocas de crecimiento hacia afuera de la periferia, antes de la gran depresión mundial de los años treinta”, Prebisch, *op. cit.*, p. 145.

⁴⁸ Ver J. C. Valenzuela Feijóo, “El nuevo patrón de acumulación y sus precondiciones (Chile 1973-1976).” *Comercio Exterior*, septiembre de 1976.

⁴⁹ Más adelante se retoma este punto decisivo.

tendencias al estancamiento o a la recesión, incremento en la tasa de desocupación, descenso o congelación de los salarios reales y, por ende, menor participación de los salarios en el ingreso nacional. En suma, el sistema busca una abrupta elevación de la tasa de plusvalía.

La necesidad y consiguiente racionalidad de este objetivo no se podría rechazar. Hemos ya apuntado que en los países más desarrollados, al promediar los sesenta, los salarios reales comienzan a subir más rápidamente que la productividad: “durante el periodo en que el empleo se mantuvo casi constantemente alto, hubo una tendencia general de los tipos de salarios a crecer más rápidamente que la productividad”.⁵⁰ Para una jornada de trabajo constante, lo anotado provoca una caída de la tasa de plusvalía, y, a igualdad de otras condiciones, un descenso de la tasa de ganancia. La crisis, por lo tanto, tiene como origen fundamental una tasa de plusvalía insuficiente. Por lo mismo, la emergencia de un nuevo auge largo presupone la recomposición de la tasa de plusvalía. Al respecto, es útil recordar que el auge largo de la posguerra emerge en condiciones muy diferentes. En este caso, el problema previo era el de una tasa de plusvalía excesivamente alta aunada a gastos sobre el excedente insuficientes, con los consiguientes problemas de realización. En tales circunstancias, el ideario Roosevelt-Keynes era obviamente funcional y permitió un reajuste estructural con un contenido relativamente democrático y que consideraba, en algún grado, los intereses del sector asalariado. Recordemos que en los cuarenta la izquierda keynesiana asume cierta fuerza y pretende resolver los problemas de realización (esto es, de demanda efectiva) por la vía de una redistribución progresiva del ingreso y de un gasto público creciente y orientado a fines de bienestar social. En fin de cuentas, el sistema opta por un “keynesianismo militar”, pero ello no anula el dato básico del punto de partida: no se trataba tanto de elevar la tasa de plusvalía como de impulsar los gastos capaces de absorber (esto es, realizar) el excedente. En la actualidad, el problema es diferente: hay que elevar la tasa de plusvalía y de aquí la dificultad para impulsar políticas progresistas-liberales y de constituir bloques socio-políticos del tipo de los frentes populares europeos o rooseveltianos. Asimismo, esto explica —bastante más que las discusiones académicas— el descrédito de las políticas keynesianas y el auge de las doctrinas monetaristas.

En los países latinoamericanos de mayor nivel de desarrollo relativo, el problema es análogo mas no idéntico. En tales países, en la posguerra domina el patrón de acumulación que CEPAL denominara “desarrollo hacia adentro basado en la industrialización sustitutiva de importaciones”.

⁵⁰ Joan Robinson, prólogo a Alfred S. Eichner (edit.), *Economía postkeynesiana*, H. Blume edts., Madrid, 1984, p. 19.

Para lo que aquí nos interesa cabe recordar dos ingredientes claves de dicho estilo: i) la industrialización es parcial en el sentido de no cubrir el decisivo rubro de los bienes de capital; ii) se aboca casi exclusivamente a abastecer el mercado interno y revela una nula vocación exportadora. Se provoca entonces una aguda desproporcionalidad centrada en la baja capacidad material de acumulación, lo que se manifiesta en el desequilibrio externo y el consiguiente estrangulamiento de la acumulación y del crecimiento.⁵¹ La crisis de base, por lo tanto, reside en una desproporcionalidad como la indicada y no en una tasa de plusvalía insuficiente. Ahora bien, la resolución de tal desproporcionalidad exige impulsar la sustitución de importaciones en máquinas y equipos e impulsar las exportaciones manufactureras. Esto, a su vez, exige reconversiones tecnológicas que al elevar la composición de valor del capital amenazarían con un desplome de la tasa de ganancia. Para evitar esto, se necesita ajustar drásticamente hacia arriba la tasa de plusvalía. Podemos ver que la secuencia causal es diferente aunque el resultante sea similar a la vigente en las economías más desarrolladas. De aquí también otras similitudes: el contenido socialmente retrógrado de las políticas estatales y el auge, también en la región, del ideario monetarista.

Conviene agregar una última observación. Por lo menos en el caso latinoamericano, la pura elevación de la tasa de plusvalía no asegura la emergencia de un nuevo auge largo. Esta es una condición necesaria mas no suficiente. Según veremos más adelante, un requisito complementario e igualmente decisivo es la consolidación de un nuevo tipo de intervencionismo o *activismo* estatal. En esta condición se puede ensayar una hipótesis: a *corto plazo*, la doctrina de la subsidiariedad económica del Estado puede ser funcional en tanto ayuda a dismantelar la estructura del viejo intervencionismo estatal (el de la industrialización sustitutiva) y, por ende, *posibilita* la construcción del nuevo activismo.

Ciertamente, el FMI no hace de la prescindencia un fenómeno circunstancial sino que la predica para el largo plazo. O sea, se trata de una componente *estructural* del patrón de funcionamiento que impulsa. De aquí la interrogante sobre las consecuencias de esta "prescindencia" estructural. Según ya hemos señalado, esto nos conduce a la variante "neoliberal" del patrón secundario-exportador. Un análisis pormenorizado de los contenidos y efectos involucrados se desarrolla en los capítulos que siguen.

8. Intentemos un breve balance de lo expuesto: a) por su naturaleza, el capitalismo es un sistema económico esencialmente inestable y sujeto a oscilaciones cíclicas. En lo básico, tales movimientos vienen gobernados

por las fluctuaciones de la tasa de ganancia, que opera como el alfa y omega del sistema; b) hasta aproximadamente la gran crisis de 1929-1933, la reconstitución de la tasa de ganancia se sustenta fundamentalmente en la ampliación del ejército de reserva industrial; c) a partir de la publicación de la *Teoría General* de Keynes (en 1936) y, especialmente, después de la Segunda Guerra Mundial, se privilegia el expediente del gasto público y de una inflación reptante (*creeping inflation*). El ciclo se suaviza, mas no se elimina; d) a la larga, tal expediente comienza a tornarse disfuncional y engendra lo que Kalecki denominara "ciclo político". Al clausurarse la fase de auge de la onda larga de posguerra y agotarse el patrón de acumulación que se le asocia, la operación del mecanismo keynesiano encuentra dificultades mayores; e) al promediar los setenta, ya queda claro que el problema no se reduce a una pura reconstitución cíclica. Se requiere de un cambio estructural, es decir, pasar a un nuevo patrón de acumulación. En estas circunstancias, de exigencias obviamente mayores, el sistema vuelve su mirada al pasado y se vuelve a apoyar en el mecanismo clásico del ejército de reserva industrial. La denominada "prescindencia estatal" y el resurgimiento monetarista, en fin de cuentas, no son sino racionalizaciones para justificar tales afanes; f) en América Latina la trayectoria es diferente pero guarda analogías sugerentes. En los cuarenta el núcleo del problema se centra en la industrialización y su resorte clave: la sustitución de importaciones. Para ello, el intervencionismo estatal opera como llave de cruz. Es lo que predicaban Prebisch y sus huestes y llevan a la práctica (si no del todo, al menos en grado importante) los gobiernos "desenvolvimentistas" del periodo clásico; g) tal modelo de industrialización, al cabo del tiempo, tiende a agotarse. En los setenta (o antes) también en América Latina (en los países del cono sur y en México) las campanas tocan a difunto y reclaman por la emergencia de un nuevo patrón de acumulación; h) en el nuevo esquema emergente, lo mismo que en los países centrales, se plantea una necesidad imperiosa: redefinir el valor de la fuerza de trabajo y aumentar sustancialmente la tasa de plusvalía. De igual forma que en el centro, y aun con mayor fuerza, el mecanismo inflacionario no resuelve. En el cono sur, ciertamente, la inflación dista de ser reptante, y en un cuadro de mercados segmentados de la fuerza de trabajo, ello da cuentas cumplidas de la fuerza política alcanzada por las capas medias modernas y los obreros industriales. Por lo mismo, la redefinición —hacia abajo— del valor de la fuerza

⁵¹ Para una argumentación detallada, ver J. G. Valenzuela Feijóo, *El capitalismo mexicano en los ochentas*, UNAM, México, 1986, cap. iv.

⁵² Para el caso, no debe olvidarse el peso que —en la época— adquieren el campo socialista (sin paro) y los movimientos de liberación nacional. En este marco el procedimiento ortodoxo de recurrir a la desocupación masiva resultaba políticamente muy peligroso. Keynes, con su habitual clarividencia, fue muy claro al respecto.

de trabajo, exige una dilatación brutal del ejército de reserva industrial, ahora más urbano que rural. Asimismo exige reforzar el expediente económico con otros de naturaleza "más directa": bayonetas, etcétera. En este plano, el Estado se prodiga con raro entusiasmo y en nada respeta los principios de "prescindencia" y "subsidiariedad". Para el caso, en síntesis, el paquete neoliberal también funciona como una racionalización *ad-hoc*, adecuada a las tareas de reconstrucción y de *emergencia* de un nuevo patrón de acumulación. Que tal expediente también sea eficaz para una fase de *consolidación*, es una interrogante a resolver más adelante.

Si ahora recordamos lo expuesto en el capítulo anterior, podemos concluir que el paquete FMI: i) privilegia el modo de regulación monopólico, favoreciendo especialmente a las corporaciones transnacionales; ii) supone un brutal ataque a los niveles de vida, absolutos y relativos, de los sectores asalariados. El objetivo buscado es una mayor tasa de plusvalía y los mecanismos que se privilegian son la ampliación del ejército de reserva industrial y la coacción extraeconómica.

Por un lado, el capital transnacional y sus asociados internos. Por otro, la gran masa de los asalariados, especialmente el proletariado industrial. Tales son las grandes siluetas que se comienzan a perfilar.

LA LIBERALIZACIÓN Y SU IMPACTO EN LOS AGENTES DEL CRECIMIENTO Y EL TIPO DE ESPECIALIZACIÓN INTERNACIONAL

1. Lo señalado en el capítulo anterior nos lleva a plantear un efecto de la liberalización que creemos aún más decisivo. Nos referimos, en la realidad de países como México (y otros latinoamericanos, como los del cono sur), a su efecto sobre el *estilo* o modalidad de crecimiento.³³

Para aclarar mínimamente este punto, permítansenos algunas muy homeopáticas consideraciones referidas a: i) lo que podríamos denominar fuerzas impulsoras del crecimiento; ii) el papel del país en la división internacional del trabajo.

2. En cuanto al primer punto, señalemos que el inversionista privado nacional, en promedio, funciona con un horizonte de planificación reducido, con escasa capacidad de innovación tecnológica, y su inversión responde a una demanda insatisfecha presente y no se adelanta a ella. Más que a un modelo de inversión schumpeteriano, responde a otro más cercano a los del tipo del acelerador. Y al revés de lo que sucede en el esquema schumpeteriano, el citado patrón de comportamiento no genera desequilibrios "virtuosos" sino más bien cuellos de botella paralizantes,³⁴ los que provocan fuertes presiones inflacionarias, efectos negativos sobre el balance de pagos, etcétera.

³³ El concepto "estilo" de desarrollo es de raigambre cepalina. Ver A. Pinto, "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina", y Jorge Graciarena, "Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa", ambos en *Revista de la CEPAL*, núm. 1, primer semestre de 1976. En un sentido general, el concepto se asemeja al de "patrón de acumulación": ver J. C. Valenzuela Feijóo, *¿Qué es un patrón de acumulación?*: UNAM, México, 1990. Últimamente, autores como Gordon, Weisskopf y otros han manejado lo que denominan "estructura social de la acumulación" en términos más o menos semejantes. Ver, por ejemplo, D. Gordon, T. Weisskopf y S. Bowles, "Long Swings and the non reproductive cycle", *American Economic Review*, mayo de 1986.

³⁴ De aquí la noción del *big-push* de autores como Nurkse, Rosenstein-Rodan y otros.

Que la inversión privada nacional responde a las características aludidas fue señalado hace tres décadas por Jorge Ahumada,⁵⁵ y pese al periodo transcurrido no parece que se pueda hablar de modificaciones sustantivas. Por lo menos para el caso de México, los diversos intentos económicos que conocemos para especificar la función de inversión del sector privado nacional, acuden a supuestos más o menos semejantes.⁵⁶ Los estudios con una mayor cobertura de países subdesarrollados no son abundantes, pero apuntan —implícita o explícitamente— a lo mismo.⁵⁷ Incluso, tales estudios —dentro de ciertos límites— encuentran una asociación positiva entre la inversión privada y la pública, hablando algunos autores de *crowding-in*.

Lo anotado —el carácter básicamente inducido que tipifica a la inversión privada nacional en la región— no debería extrañar. La inversión funciona con carácter autónomo y como fuerza que arrastra al resto de la economía, especialmente a partir de su capacidad para introducir innovaciones tecnológicas. Es decir, su carácter autónomo se deriva de un rasgo previo: la capacidad de la empresa para generar y absorber progreso técnico. Para un horizonte científico y tecnológico dado, esto pasa a depender del nivel de desarrollo alcanzado por el sector productor de bienes de capital (el cual, agreguemos, funciona como *base material* del avance científico y tecnológico). Como es sabido, tales bases en la región brillan por su ausencia, y, por lo mismo —en tanto no exista un mínimo desarrollo al respecto—, no cabe esperar que la inversión privada regional abandone su comportamiento inducido.

En tal situación, resulta sencillo detectar el papel decisivo que pasa a desempeñar el gasto público y, de un modo más general, una intervención estatal *activa y desarrollista*. Como ha escrito White, "la moderna noción de 'desarrollo', y en no menor grado la disciplina 'economía del desarrollo', se sustentan en el más o menos explícito concepto del Estado como organizador y propulsor crucial del progreso económico". En los países de desarrollo más tardío y reciente, White agrega que el proceso "es menos espontáneo, más sujeto a determinación teleológica, con el Estado actuando

⁵⁵ Ver su pionera *Teoría y programación del desarrollo económico*, ILPES-CEPAL, Santiago de Chile, 1973, (tercera edición).

⁵⁶ Por ejemplo, SEPAPIN, *Modelo industrial de México*, nov. de 1982; SIE y CPE, *Aspectos dinámicos de la economía mexicana: un modelo macroeconómico*, 1984; Salvador Kalifa, "Inversión privada y política gubernamental en México: una interpretación de sus interrelaciones", Conferencia México-Estados Unidos, Standford University, 1985.

⁵⁷ Por ejemplo, U. Tun Ubi y Chorn-huey Wong, "Determinants of Private Investment in Developing Countries", en *The Journal of Development Studies*, vol. 19, núm. 1, octubre 1982; y M. I. Blejer y M. S. Khan, "Government Policy and Private Investment in Developing Countries", *IMF Staff Papers*, v. 31, núm. 2, junio de 1984.

como un agente principal de la transformación social tanto en contextos capitalistas (Japón, Alemania) como socialista (Unión Soviética)".⁵⁸

Otro autor, refiriéndose a Japón, comenta que en sus "primeras etapas de desarrollo ... el Estado fue el gran innovador y precursor industrial en un amplio frente. El primer crecimiento industrial de Japón parece haber sido 'planeado' y realizado en gran medida por el Estado. Más tarde, cuando los primeros obstáculos —incluso la dificultad inicial del mercado— habían sido vencidos, el Estado pudo en muchos casos traspasar a empresas privadas las obras que había iniciado. Parece, además, que el desarrollo industrial del Japón antes de 1914 se basó fundamentalmente en una expansión global del mercado interno. Fue posterior el hecho de que los mercados de exportación llegaran a ser importantes para la industria japonesa".⁵⁹ En realidad, incluso si se piensa en los países de desarrollo más temprano, como Inglaterra y Francia, el papel político y económico del Estado resultó también decisivo.⁶⁰

Recalquemos que lo anterior no responde —para emplear la terminología friedmaniana— a un juicio normativo sino a otro de carácter puramente positivo. Es decir, se limita a recoger y sintetizar la experiencia histórico-factual.

Tal experiencia, y para referirnos sólo a las vías del desarrollo capitalista, nos indica en resumen la presencia y necesidad de: a) *interferencia* estatal para impulsar y dinamizar la inversión privada; asimismo, para orientar su asignación o destino; b) intervención estatal productiva *directa* (o sea, inversión pública) utilizada con el afán de generar economías externas, superar cuellos de botella, abordar proyectos que el sector privado no puede solventar, etcétera; c) lo que podríamos denominar "comportamientos estatal desarrollista"; esto, para aludir a los aún más decisivos *aspectos socio-políticos* involucrados en todo proceso de desarrollo. Dicho de otro modo, es necesario que la naturaleza clasista *específica* del Estado dé lugar a una configuración de intereses favorables al desarrollo económico. Piénsese, por ejemplo, en las siguientes contradicciones: latifundio semifeudal frente a capitalismo industrial; importadores contra industria nacional; banqueros (interés) contrapuestos a empresarios industriales (beneficio empresarial). Siempre, si el Estado se pliega a los intereses del primer término no actuará a favor del desarrollo. Y viceversa.

⁵⁸ Gordon White, "Developmental States and Socialist Industrialization in the Third World", en *The Journal of Development Studies*, vol. 21, núm. 1, octubre 1984 p. 97.

⁵⁹ Ragnar Nurkse, *Problemas de formación de capital en países insuficientemente desarrollados*, FCE, México, 1965, p. 104.

⁶⁰ Al respecto, los mitos resultan impresionantes y confirman la brutal ignorancia de la historia económica que campea en el gremio de los economistas convencionales.

Pues bien, ante lo aludido podemos recordar el enunciado de cualquier manual de macroeconomía: de los grandes componentes del gasto agregado se pueden considerar como autónomos a la inversión privada, al gusto público y a las exportaciones. En América Latina, según hemos señalado, es muy escaso el componente autónomo de la inversión privada nacional. Nos quedan, entonces, el gasto público y las exportaciones. Además, si el Estado se rige por la doctrina de la "subsidiariedad", pareciera que debemos aceptar como único componente autónomo significativo del gasto a las exportaciones. En suma, el esquema de liberalización termina por adjudicarle a un solo elemento del gasto global —las exportaciones— el rol de propulsor o agente autónomo del crecimiento. De donde, la obvia pregunta: ¿volvemos entonces al modelo primario exportador y a la industrialización inducida y ramploña que le es propia? Y valga recordar: en el seno del patrón primario-exportador, "el dinamismo del sector externo no fue incompatible en algunos países con cierto grado de sustitución de importaciones que podría calificarse de 'espontánea', para diferenciarla de la sustitución 'forzada' que hubo de emprenderse posteriormente bajo condiciones adversas del comercio exterior. Mientras que la primera correspondía a iniciativas tomadas sobre la base de costos suficientemente bajos, la segunda fue impulsada sobre todo a través de medidas proteccionistas".⁶¹

Agreguemos: un nivel adecuado de demanda es una condición necesaria mas no suficiente de la inversión privada nacional. Dando por descontada una rentabilidad esperada alta, subsisten problemas de financiamiento, de capacidad tecnológica y gerencial, etcétera. De aquí surgen otras preguntas: ¿qué capacidad para asumir los proyectos decisivos en mayor grado posee el capital nacional, vis-a-vis, con el capital extranjero? ¿No es acaso el Estado el que reparte, concede y regula espacios de inversión?⁶²

3. Lo expuesto nos permite avanzar al segundo aspecto a examinar: el tipo de especialización internacional al que conduce el proceso de liberalización en América Latina.

⁶¹ Cf. CEPAL, *El proceso de industrialización en América Latina*, Nueva York, 1965, p. 15. El concepto de industrialización espontánea está estrechamente asociado al de "capacidad diversificante" del sector exportador. Ver O. Sunkel y P. Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del subdesarrollo*, Siglo XXI, México, 1975, pp. 310-321.

⁶² De acuerdo a Lessa y Dain, la especificidad del Estado latinoamericano reside en la articulación que prescribe entre capitales extranjeros y nacionales. El pacto a regular se basaría en dos cláusulas básicas: i) reservar espacios de valorización al capital nacional; ii) asegurarle a éste, rentabilidades no inferiores a la del capital extranjero. Ver Carlos Lessa y Sulamis Dain, "Capitalismo asociado: algunas referencias para o tema Estado e desenvolvimento", en Gonzaga M. Belluzzo y R. Coutinho (eds.), *Desenvolvimento capitalista no Brasil*, Editorial Brasiliense, São Paulo, 1984.

Supongamos un sistema de precios vigente hoy y libre de interferencias estatales (como aranceles, subsidios, etcétera). Esta especie de "paraíso neoclásico" es del todo irreal pero nos ayuda a perfilar mejor el argumento. En esa y otras situaciones opera una regla muy sencilla: si usted no es capaz de producir en condiciones ventajosas no entrará al negocio. Pues bien, respecto a los países más industrializados, el diferencial de productividades de México es hoy muy alto y sólo se puede compensar por la vía de salarios muy bajos o de recursos naturales excepcionales (renta diferencial). El problema que se encierra en tal situación radica en el tipo de especialización internacional al que puede conducir una visión estática y aperturista de la política económica: en las ramas económicas de mayor dinamismo, con más capacidad de arrastre y de irradiación tecnológica, la incidencia de tales factores (como la "baratura" de la fuerza de trabajo) tiende a diluirse cuando no a desaparecer del todo. Dicho de otro modo, si las tecnologías de producción son muy poco utilizadoras de mano de obra, los bajos salarios poco influirán en el abaratamiento de los costos de producción.⁶³ Consecutivamente, si el país acepta el veredicto del actual sistema de precios "liberado", se verá obligado a especializarse en ramas tradicionales, poco dinámicas y que en el polo desarrollado han sido desechadas por la ola del progreso. En suma, se reproducen la dependencia y el atraso relativo, amén de que la inserción del país en el sistema de división internacional del trabajo tenderá a recordar (virtudes del criterio estático de ventajas comparativas) las pautas del esquema primario-exportador decimonónico. Opera aquí una especie de metafísica económica o racismo larvado, pues ¿las desventajas de hoy acaso no pueden remediarse a futuro?

El problema objetivo reside en una de las características básicas de los precios de mercado no administrados: recogen o sintetizan las condiciones de producción acumuladas hasta el presente y carecen de un horizonte temporal largo y dinámico. La asignación de recursos que de ellos se desprende (por ejemplo, entre producción interna o importaciones) puede, por lo tanto, resultar la más eficaz en el corto plazo y pésima en el largo; esto es, la suma de los óptimos de corto plazo no equivalen al óptimo de plazo largo, pero esta información no la entregan los precios de mercado. Para acceder a ella, es necesario introducir un horizonte de planificación largo: "en el espacio temporal de un año existen muy pocas posibilidades de re-

⁶³ En ciertas ramas de vanguardia, la densidad de capital (acervos de capital fijo por hombre ocupado) no parece especialmente alta. En las llamadas "industrias de alta tecnología" (electrónica, computación, bioingeniería, etcétera) se pueden encontrar algunos ejemplos. Pero este rasgo no las hace más asequibles a los países atrasados, pues ocupan fuerza de trabajo altamente calificada y ésta, en nuestros países, no existe o posee un precio relativo más alto que en los países más desarrollados.

distribuir las fuerzas productivas con el fin de obtener la combinación más eficaz de las mismas. En un plazo de cinco años estas posibilidades son mucho mayores, y en un período de diez a quince años son enormes, a causa de las dimensiones alcanzadas por la acumulación".⁶⁴ Ahora bien, ¿cómo introducir tal horizonte temporal de largo plazo sino es por la vía de la intervención o regulación estatal?; como apuntaba Bazárov: "el sector estatal de la economía es, ante todo, una esfera de elaboraciones teleológicas... cuanto mayor sea la influencia operativa directa del Estado sobre un determinado sector de la economía, en mayor medida se ampliará el campo de acción de la elaboración teleológica, a costa de la prognosis genética".⁶⁵ Agreguemos que la "planeación corporativa" también contiene ingredientes "teleológicos", es decir, no se limita a un acomodo espontáneo y pasivo a las fuerzas del mercado. Pero esta capacidad es propia de los grandes conglomerados transnacionales y, como regla, escapa a las posibilidades del empresariado autóctono, el cual —todavía— necesita, en nuestros países, del "bastón" estatal.

4. Terminemos esbozando algunas conclusiones gruesas. El proceso de liberalización fondomonetarista genera un sesgo en favor de: a) un éxito de crecimiento centrado en la dinámica exportadora; b) que tales exportaciones sean principalmente de tipo primario o semimanufacturero; c) un creciente papel del capital extranjero.

Si bien observamos, el esquema de crecimiento implícito resulta bastante parecido a los cartabones que tipificaron al viejo modelo primario-exportador. En este patrón, la fuerza propulsora radica en el sector externo, las exportaciones son de carácter primario y la responsabilidad de producirlas es usualmente asumida por el capital extranjero. Para México y el cono sur, dicho estilo feneció con ocasión de la crisis del 29 al 33. Pero según vemos, medio siglo después, el FMI insiste en revivirlo.

Al promediar los cincuenta, cuando la industrialización avanza en la región, el conocido Jacob Viner criticó agriamente tales esfuerzos y conviene recordar el muy sarcástico comentario de Prebisch: "después de aparecer uno de nuestros primeros informes, acertó a pasar por aquí uno de los más ilustrados profesores en materia de comercio internacional... Ha condenado la industrialización latinoamericana, arrastrándonos en su exe-

cración a los economistas de la CEPAL que la preconizábamos. Ha condenado también toda forma de control deliberado del crecimiento económico y de orientación del comercio exterior. Pero por lo menos nos ha dejado una fórmula única y positiva de desarrollo económico: dedicarse a la agricultura y controlar la natalidad".⁶⁶

En relación a lo anotado, creemos también útil rescatar algunos planteamientos que Hirschman expone en un libro prácticamente olvidado.⁶⁷ En dicho texto el autor distingue dos efectos del comercio internacional: el "efecto abastecedor" y el "efecto de influencia" o de "potencia económica". Para esta última dimensión, comenta que "el comercio puede ser también una alternativa a la guerra... al suministrar un método de coerción propio en las relaciones entre las naciones soberanas".⁶⁸ Para que tal situación se precipite, resulta ideal que el país potencial se vincule comercialmente "a los países que no tengan posibilidad para producir por sí mismos las mercancías que exportan..." Y agrega: "de una nación que siga una política de potencia económica se puede suponer que exporta bienes industriales" y que "posee una situación monopolística en sus artículos de exportación dirigiendo el comercio a los países que están relativamente en condiciones pobres para producir estos artículos u otros similares. En nuestro caso esto se refiere a los países agrícolas; y el obstaculizar la industrialización o la supresión de las industrias ya existentes es parte importante de una política que trata de conservar o aumentar la influencia adquirida en otros países por una nación industrial".⁶⁹

De acuerdo con Hirschman (su texto fue escrito en 1942), hay un ejemplo diríamos paradigmático sobre tales "usos" del comercio exterior: la Alemania de Hitler. Casi medio siglo después, *mutatis mutandis*, si observamos los propósitos y métodos actuales, nos podríamos preguntar: ¿cuál es la diferencia entre los propósitos de Hitler y los del FMI?

5. El ideario neoliberal, según hemos visto, promueve una inserción en la economía mundial por la vía de los productos primarios. Esta canasta, sabido es, opera con una dinámica de crecimiento que se sitúa muy por debajo de los ritmos medios con que crece el comercio mundial. Además, como en el esquema son las exportaciones el único elemento propulsor de la economía, la conclusión es muy clara: en tal contexto, no cabe esperar —salvo coyunturas muy particulares— ritmos globales de crecimiento elevados y satisfactorios. Junto a ello, habría que apuntar la no menos cono-

⁶⁴ S. G. Strumilin, "Objetivos y métodos de elaboración del Plan Quinquenal", en Popov y otros, *Metodología de la planificación. Aportaciones soviéticas. 1924-1930*, Editorial Comunicación, Madrid, 1972, p. 228.

⁶⁵ V. A. Bazárov, "Criterios y métodos de la planificación", en *Metodología...*, ob. cit., p. 185. Y permítasenos agregar: las muy ricas discusiones soviéticas de los años veinte poseen una pertinencia que sobrepasa el marco de los problemas de la transición socialista. No en vano se ha afirmado que tales discusiones constituyen la cuna de la moderna teoría del desarrollo.

⁶⁶ R. Prebisch, citado por O. Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI Editores, México, 1980, p. 289.

⁶⁷ Albert O. Hirschman, *La potencia nacional y la estructura del comercio exterior*, Editorial Aguilar, Madrid, 1950.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 16.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 27 y 28.

cida inestabilidad de la capacidad para importar que se deriva de tal tipo de vinculamiento internacional. Además, se postula un Estado no intervencionista. Si esta falta de regulación estatal se conjuga con el mencionado modo de relación externa y la misma naturaleza —esencialmente oscilatoria— del capitalismo, arribamos a una segunda consecuencia: notoria acentuación de la inestabilidad.

El caso chileno, confirma de manera espectacular lo que hemos indicado (ver cuadro 1).

CUADRO 1

CHILE, CRECIMIENTO Y FLUCTUACIÓN DEL PIB *

	1958-1970	1973-1985
Variación del PIB (en %)	58.8	23.9
Tasa media anual (en %)	3.93	1.80
Coefficiente de variabilidad **	0.52	4.23

* Pesos constantes de 1980.

** Desviación estándar dividida por la tasa media anual.

FUENTE: Calculado a partir de FMI, *Estadísticas Financieras Internacionales*, Anuario 1986. Washington, 1986, pp. 280-281.

En el cuadro se distinguen dos periodos de doce años. En el primero se incluyen dos administraciones (Alessandri, derecha, y Frei, centro-derecha) cuya política económica fue ajena, en lo básico, a los cánones en discusión. El segundo se corresponde con la dictadura de Pinochet, años de orgía neoliberal. Se excluye el periodo 1970-1973 (Allende) en cuanto operó una lógica de relativa desestructuración capitalista. Se comparan, entonces, dos formas del todo procapitalistas. Y según se observa, la tasa media anual de crecimiento se reduce a menos de la mitad (pese a que en el primer periodo no fue precisamente espectacular) y apenas si se acompaña con el crecimiento demográfico —igual a 22.4%— del periodo 1973-1985. Por el otro lado, la inestabilidad del crecimiento se torna dramática: si en el periodo inicial fue de un 52%, bajo la égida friedmaniana llega a un 423!⁷⁰

⁷⁰ No obstante, los discípulos de Walras-Friedman-Lukas, siguen proclamando la "naturaleza esencialmente estable del capitalismo privado". Su proverbial "asepsia" y "ética" científicas quedan así, empíricamente (como les place), comprobadas. Y nos llevan a recordar el biblipo "vanidad de vanidades, todo vanidad".

Cuestionario 17

1. Señale los dos principios reguladores de la economía criticados por el FMI. Explique el principio regulador que el FMI apoya y por qué lo apoya.
2. Señale las cinco hipótesis básicas señaladas por Valenzuela sobre el neoliberalismo.
3. Explique en qué consisten las políticas keynesiana y neoliberal respecto al ejército industrial de reserva.
4. ¿Cuáles fueron los elementos y las consecuencias de la industrialización sustitutiva de importaciones en América Latina?
5. Señale las consecuencias – en términos de especialización internacional – de la liberalización promovida por el FMI en América Latina.

NORBERTO BOBBIO

El futuro de la democracia

Norberto Bobbio
"El futuro de la democracia"
en *El futuro de la Democracia*, México, 1992,
FCE, pp. 13-31.

1. INTRODUCCIÓN NO PEDIDA

INVITADO a presentar una disertación sobre el porvenir de la democracia, tema por demás insidioso, me defiendo con dos citas. Hegel, en sus lecciones de filosofía de la historia en la Universidad de Berlín, ante la pregunta hecha por un estudiante de si los Estados Unidos de América debiera ser considerado como el país del mañana, respondió, muy molesto: "Como país del mañana los Estados Unidos de América no me competen. El filósofo no tiene que ver con las profecías [...] La filosofía se ocupa de lo que es eterno, o sea, de la razón, y con esto ya tenemos bastante."¹ Max Weber, en su famosa conferencia, sostenida ante los estudiantes de la Universidad de Munich al final de la guerra, sobre la ciencia como vocación, respondió al auditorio que le preguntaba insistentemente su opinión sobre el futuro de Alemania: "La cátedra no es ni para los demagogos ni para los profetas."²

Aun quien no acepte los argumentos utilizados por Hegel y Weber y los considere un pretexto, no podrá dejar de reconocer que el oficio de profeta es peligroso. La dificultad de conocer el mañana también depende del hecho de que cada uno de nosotros proyecta en el futuro las propias aspiraciones e inquietudes, mientras la historia sigue su camino, desdiciendo nuestras preocupaciones, un camino formado por millones y millones de pequeños, minúsculos, hechos humanos que ninguna mente, por fuerte que pueda ser, jamás ha sido capaz de recopilar en una visión de conjunto que no sea demasiado esquemática para ser admitida. Por esto las previsiones de los grandes señores del pensamiento se han mostrado equivocadas a lo largo de la historia, comenzando por las de quien parte de la humanidad considero y considera aún fundador de una nueva e infalible ciencia de la sociedad: Carlos Marx.

Para darles rápidamente mi opinión si me preguntan si la democracia tiene un porvenir y cuál sea éste, en el supuesto caso de que lo tenga, les respondo tranquilamente que no lo sé. En esta disertación mi intención es pura y simplemente la de hacer alguna observación sobre el estado actual de los regímenes democráticos, y con ello, retomando la idea de Hegel, creo que ya tenemos bastante. Tanto mejor si de estas observaciones se pueda extrapolar una tendencia en el desarrollo (o involución) de estos regímenes, y por tanto intentar algún pronóstico cauteloso sobre su futuro.

¹ G. W. F. Hegel. *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte. I Die Vernunft in der Geschichte*. Meiner, Leipzig 1917, p. 200 [hay una edición en español con el título de *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid]

² M. Weber "La ciencia como profesión" en *El llamado intelectual como profesión* Einaudi, Turin, p. 61

2. UNA DEFINICIÓN MÍNIMA DE DEMOCRACIA

Hago la advertencia de que la única manera de entenderse cuando se habla de democracia, en cuanto contrapuesta a todas las formas de gobierno autocrático, es considerarla caracterizada por un conjunto de reglas (primarias o fundamentales) que establecen *quién* está autorizado para tomar las decisiones colectivas y bajo qué *procedimientos*. Todo grupo social tiene necesidad de tomar decisiones obligatorias para todos los miembros del grupo con el objeto de mirar por la propia supervivencia, tanto en el interior como en el exterior. Pero incluso las decisiones grupales son tomadas por individuos (el grupo como tal no decide). Así pues, con el objeto de que una decisión tomada por individuos (uno, pocos, muchos, todos) pueda ser aceptada como una decisión colectiva, es necesario que sea tomada con base en reglas (no importa si son escritas o consuetudinarias) que establecen quiénes son los individuos autorizados a tomar las decisiones obligatorias para todos los miembros del grupo, y con qué procedimientos. Ahora bien, por lo que respecta a los sujetos llamados a tomar (o a colaborar en la toma de) decisiones colectivas, un régimen democrático se caracteriza por la atribución de este poder (que en cuanto autorizado por la ley fundamental se vuelve un derecho) a un número muy elevado de miembros del grupo. Me doy cuenta de que un "número muy elevado" es una expresión vaga. Pero por encima del hecho de que los discursos políticos se inscriben en el universo del "más o menos" o del "por lo demás", no se puede decir "todos", porque aun en el más perfecto de los regímenes democráticos no votan los individuos que no han alcanzado una cierta edad. Como gobierno de todos la omniscracia es un ideal límite. En principio, no se puede establecer el número de quienes tienen derecho al voto por el que se pueda comenzar a hablar de régimen democrático, es decir, prescindiendo de las circunstancias históricas y de un juicio comparativo: solamente se puede decir que en una sociedad, en la que quienes tienen derecho al voto son los ciudadanos varones mayores de edad, es más democrática que aquella en la que solamente votan los propietarios, y a su vez, es menos democrática que aquella en la que tienen derecho al voto también las mujeres. Cuando se dice que en el siglo pasado en algunos países se dio un proceso continuo de democratización se quiere decir que el número de quienes tienen derecho al voto aumentó progresivamente.

Por lo que respecta a la modalidad de la decisión la regla fundamental de la democracia es la regla de la mayoría, o sea, la regla con base en la cual se consientan decisiones colectivas y, por tanto, obligatorias para todo el grupo, las decisiones aprobadas al menos por la mayoría de quienes deben de tomar la decisión. Si es válida una decisión tomada por la mayoría, con mayor razón

³ Sobre este punto véase mi ensayo "Decisioni individuali e collettive", en *Ricerche politiche due l'identità, interesn e scelte collettive* Il Saggiatore, Milán, 1983, pp. 9-30.

es válida una decisión tomada por unanimidad.⁴ Pero la unanimidad es posible solamente en un grupo restringido u homogéneo, y puede ser necesaria en dos casos extremos y contrapuestos: en una decisión muy grave en la que cada uno de los participantes tiene derecho de veto, o en una de poca importancia en la que se declara condescendiente quien no se opone expresamente (es el caso del consenso tácito). Obviamente la unanimidad es necesaria cuando los que deciden solamente son dos, lo que distingue netamente la decisión concordada de la decisión tomada por ley (que normalmente es aprobada por mayoría).

Por lo demás, también para una definición mínima de democracia, como es la que adopto, no basta ni la atribución del derecho de participar directa o indirectamente en la toma de decisiones colectivas para un número muy alto de ciudadanos ni la existencia de reglas procesales como la de mayoría (o en el caso extremo de unanimidad). Es necesaria una tercera condición: es indispensable que aquellos que están llamados a decidir o a elegir a quienes deberán decidir, se planteen alternativas reales y estén en condiciones de seleccionar entre una u otra. Con el objeto de que se realice esta condición es necesario que a quienes deciden les sean garantizados los llamados derechos de libertad de opinión, de expresión de la propia opinión, de reunión, de asociación, etc., los derechos con base en los cuales nació el Estado liberal y se construyó la doctrina del Estado de Derecho en sentido fuerte, es decir, del Estado que no sólo ejerce el poder *sub lege*, sino que lo ejerce dentro de los límites derivados del reconocimiento constitucional de los llamados derechos "inviolables" del individuo. Cualquiera que sea el fundamento filosófico de estos derechos, ellos son el supuesto necesario del correcto funcionamiento de los mismos mecanismos fundamentalmente procesales que caracterizan un régimen democrático. Las normas constitucionales que atribuyen estos derechos no son propiamente reglas del juego: son reglas preliminares que permiten el desarrollo del juego.

De ahí que el Estado liberal no solamente es el supuesto histórico sino también jurídico del Estado democrático. El Estado liberal y el Estado democrático son interdependientes en dos formas: 1) en la línea que va del liberalismo a la democracia, en el sentido de que son necesarias ciertas libertades para el correcto ejercicio del poder democrático; 2) en la línea opuesta, la que va de la democracia al liberalismo, en el sentido de que es indispensable el poder democrático para garantizar la existencia y la persistencia de las libertades fundamentales. En otras palabras: es improbable que un Estado no liberal

⁴ Me ocupé más ampliamente de este tema en el artículo "La regola della maggioranza: limiti e aporie", en AA.VV. *Democrazia, maggioranza e minoranza*, Il Mulino, Bologna, 1981, pp. 33-72, y en "La regola di maggioranza e i suoi limiti", en AA.VV., *Soggetti e potere. Un dibattito su società civile e crisi della politica*, Bibliopolis, Nápoles, 1985, pp. 11-23.

⁵ Somerido a la ley.

pueda asegurar un correcto funcionamiento de la democracia, y por otra parte es poco probable que un Estado no democrático sea capaz de garantizar las libertades fundamentales. La prueba histórica de esta interdependencia está en el hecho de que el Estado liberal y el Estado democrático cuando caen, caen juntos.

3. LOS IDEALES Y LA "CRUDA REALIDAD"

Esta referencia a los principios me permite entrar en materia, de hacer, como dije, alguna observación sobre la situación actual de la democracia. Se trata de un tema que tradicionalmente se debate bajo el nombre de "transformaciones de la democracia". Si se reuniese todo lo que se ha escrito sobre las transformaciones de la democracia o sobre la democracia en transformación se podría llenar una biblioteca. Pero la palabra "transformación" es tan vaga que da lugar a las más diversas interpretaciones: desde la derecha (pienso por ejemplo en el libro de Pareto, *Trasformazione della democrazia*, 1920,⁵ verdadero arquetipo de una larga e ininterrumpida serie de lamentaciones sobre la crisis de la civilización), la democracia se ha transformado en un régimen semi-anárquico que tendrá como consecuencia la "destrucción" del Estado; desde la izquierda (pienso por ejemplo en un libro como el de Johannes Agnoli, *Die Transformationen der Demokratie*, 1967, típica expresión de la crítica extraparlamentaria), la democracia parlamentaria se está transformando cada vez más en un régimen autocrático. Me parece más útil para nuestro objetivo concentrar nuestra reflexión en la diferencia entre los ideales democráticos y la "democracia real" (uso esta expresión en el mismo sentido en el que se habla de "socialismo real"), que en la transformación. No hace muchos días un interlocutor me recordó las palabras conclusivas que Pasternak hace decir a Gordon, el amigo del doctor Zivago: "Muchas veces ha sucedido en la historia. Lo que fue concebido como noble y elevado se ha vuelto una cruda realidad, así Grecia se volvió Roma, la Ilustración rusa se convirtió en la Revolución rusa."⁶ De la misma manera agregó, el pensamiento liberal y democrático de Locke, Rousseau, Tocqueville, Bentham, John Stuart Mill, se volvió la acción de... (pongan ustedes el nombre que les parezca, no tendrán dificultad en encontrar más de uno). Precisamente es de esta "cruda realidad" y no de lo que fue concebido como "noble y elevado" que debemos hablar o, si ustedes quieren, del contraste entre lo que había sido prometido y lo que se realizó efectivamente.

Señalo seis de estas falsas promesas.

⁵ V. Pareto, *Trasformazione della democrazia*, Corbaccio, Milán, 1920, que es una recopilación de artículos publicados en la *Rivista di Milano* entre mayo y julio de 1920. El libro de Agnoli, aparecido en 1967, fue traducido al italiano por Feltrinelli. Milán, 1969.

⁶ Boris L. Pasternak, *Il dottor Zivago*, Feltrinelli, Milán, 1977, p. 673.

4. EL NACIMIENTO DE LA SOCIEDAD PLURALISTA

La democracia nació de una concepción individualista de la sociedad, es decir, de una concepción por la cual, contrariamente a la concepción orgánica dominante en la Antigüedad y en la Edad Media según la cual el todo es primero que las partes, la sociedad, toda forma de sociedad, especialmente la sociedad política, es un producto artificial de la voluntad de los individuos. Los tres sucesos que caracterizan la filosofía social de la época moderna y que confluyeron en la formación de la concepción individualista de la sociedad y del Estado y en la disolución de la concepción orgánica son: a) el contractualismo del siglo XVII y XVIII, que parte de la hipótesis de que antes de la sociedad civil existe el Estado de naturaleza, en el que los soberanos son los individuos libres e iguales, los cuales se ponen de acuerdo para dar vida a un poder común que tiene la función de garantizar la vida y la libertad de estos individuos (además de su propiedad); b) el nacimiento de la economía política, o sea, de un análisis de la sociedad y de las relaciones sociales cuyo sujeto es una vez más el individuo, el *homo oeconomicus*, y no el *zón politikón* de la tradición, que no es considerado por sí mismo, sino sólo como miembro de una comunidad, el individuo específico que, de acuerdo con Adam Smith, "persiguiendo el interés propio, frecuentemente promueve el interés social de manera más eficaz que lo que pretendía realmente promover" (por lo demás es conocida la reciente interpretación de Macpherson, de que el Estado de naturaleza de Hobbes y de Locke es una prefiguración de la sociedad de mercado);⁷ c) la filosofía utilitarista, de Bentham a Mill, según la cual el único criterio para fundamentar una ética objetiva y, por tanto, para distinguir el bien del mal sin recurrir a conceptos vagos como "naturaleza" o cosas por el estilo, es el de partir de consideraciones de condiciones esencialmente individuales, como el placer y el dolor, y de resolver el problema tradicional del bien común en la suma de los bienes individuales o, de acuerdo con la fórmula de Bentham, en la felicidad del mayor número.

Partiendo de la hipótesis del individuo soberano que, al ponerse de acuerdo con otros individuos igualmente soberanos, crea la sociedad política, la doctrina democrática había ideado un Estado sin cuerpos intermedios, característicos de la sociedad corporativa de las ciudades medievales y del Estado estamental o de órdenes anteriores a la afirmación de las monarquías absolutas, una sociedad política en la que, entre el pueblo soberano, compuesto por muchos individuos (un voto por cabeza) y sus representantes, no existiesen las sociedades particulares criticadas por Rousseau y privadas de autoridad por la Ley Le Chapelier (abrogada en Francia solamente en 1887). Lo que ha sucedido en los Estados democráticos es exactamente lo opuesto: los grupos se han vuelto cada vez más los sujetos políticamente pertinentes, las grandes organizaciones,

⁷ Me refiero al famoso libro de C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism*, Clarendon Press, Oxford, 1962.

las asociaciones de la más diferente naturaleza, los sindicatos de las más diversas actividades, los partidos de las más diferentes ideologías y, cada vez menos, los individuos. No son los individuos sino los grupos los protagonistas de la vida política en una sociedad democrática, en la que ya no hay un solo soberano, ni el pueblo o la nación, compuesto por individuos que adquirieron el Derecho de participar directa o indirectamente en el gobierno, el pueblo como unidad ideal (o mística), sino el pueblo dividido objetivamente en grupos contrapuestos, en competencia entre ellos, con su autonomía relativa con respecto al gobierno central (autonomía que los individuos específicos perdieron y que jamás han recuperado más que en un modelo ideal de gobierno democrático que siempre ha sido refutado por los hechos).

El modelo ideal de la sociedad democrática era el de una sociedad centrípeta. La realidad que tenemos ante nosotros es la de una sociedad centrífuga, que no tiene un solo centro de poder (la voluntad general de Rousseau), sino muchos, y merece el nombre, en el que concuerdan los estudiosos de la política, de sociedad policéntrica o poliárquica (o en términos más fuertes pero no por ello menos apropiados, policrática). El modelo del Estado democrático basado en la soberanía popular, que fue ideado a imagen y semejanza de la soberanía del príncipe, fue el modelo de una sociedad monista. La sociedad real que subyace en los gobiernos democráticos es pluralista.

5. LA REIVINDICACIÓN DE LOS INTERESES

De esta primera transformación (primera porque se refiere a la distribución del poder) deriva la segunda referente a la representación. La democracia moderna, nacida como democracia representativa, en contraposición a la democracia de los antiguos, debería haber sido caracterizada por la representación política, es decir, por una forma de representación en la que el representante, al haber sido llamado a velar por los intereses de la nación, no puede ser sometido a un mandato obligatorio. El principio en el que se basa la representación política es exactamente la antítesis de aquél en el que se fundamenta la representación de los intereses, en la que el representante, al tener que velar por los intereses particulares del representado, está sometido a un mandato obligatorio (precisamente el del contrato del Derecho privado que prevé la revocación por exceso de mandato). Uno de los debates más célebres e históricamente significativos que se desarrollaron en la Asamblea constituyente francesa, de la que nació la Constitución de 1791, fue el que contempló el triunfo de quienes sostuvieron que el diputado, una vez elegido, se convertía en el representante de la nación y ya no podía ser considerado el representante de los electores: en cuanto tal no estaba obligado por ningún mandato. El mandato libre fue una prerrogativa del rey quien, convocando a los Estados Generales, pretendió que los delegados de las órdenes no fuesen

enviados a la Asamblea con *pouvoirs restrictifs*.⁸ El mandato libre, expresión incuestionable de la soberanía, fue transferido de la soberanía del rey a la soberanía de la asamblea elegida por el pueblo. Desde entonces, la prohibición de mandato imperativo se transformó en una regla constante de todas las constituciones de democracia representativa; la defensa de la representación política siempre ha encontrado seguidores convencidos entre los partidarios de la democracia representativa en contra de los intentos de sustituirla o de vincularla con la representación de los intereses.

Jamás una norma constitucional ha sido tan violada como la prohibición de mandato imperativo; jamás un principio ha sido tan menospreciado como el de la representación política. Pero en una sociedad compuesta por grupos relativamente autónomos, que luchan por la supremacía para hacer valer sus intereses en contra de otros grupos, tal norma, tal principio, ¿hubiera podido ser realizado? Por encima del hecho de que cada grupo tiende a identificar los intereses nacionales con los intereses del propio grupo ¿existe algún criterio general que permita distinguir el interés general del interés particular de este o de aquel grupo, o de la combinación de intereses particulares de grupos que se ponen de acuerdo entre ellos en detrimento de otros? Quien representa intereses particulares tiene siempre un mandato imperativo. ¿Dónde podemos encontrar un representante que no represente intereses particulares? La respuesta es obvia, no lo vamos a encontrar en los sindicatos de los cuales depende la estipulación de los convenios, como los acuerdos nacionales sobre la organización y el costo del trabajo, que tienen una gran importancia política. ¿En el Parlamento? ¿Pero qué es lo que representa la disciplina de partido si no una abierta violación de la prohibición de mandato imperativo? Aquellos que a veces huyen de la disciplina de partido aprovechando el voto secreto ¿no han sido calificados como "francotiradores", es decir, como réprobos expuestos a la censura pública? Además de todo, la prohibición de mandato imperativo es una regla sin sanción. Más aún, la única sanción que teme el diputado, cuya reelección depende del apoyo del partido, es la que deriva de la transgresión de la regla opuesta que le impone considerarse obligado por el mandato que recibió del propio partido.

Una prueba de la reivindicación, diría definitiva, de la representación de los intereses sobre la representación política, es el tipo de relación que se ha instaurado en la mayor parte de los Estados democráticos europeos, entre los grandes grupos de intereses contrapuestos (representantes de los industriales y de los obreros respectivamente) y el Parlamento. una relación que ha dado lugar a un nuevo tipo de sistema social que ha sido denominado, bien o mal, neocorporativo.⁹ Tal sistema está caracterizado por una relación triangular

⁸ Para una documentación más amplia ver: P. Violante, *Lo spazio della rappresentanza, Francia 1788-1789*, Mozzano, Palermo, 1981.

⁹ En particular me refiero al debate que se está desarrollando con creciente intensidad en

en la que el gobierno, representante de los intereses nacionales (teóricamente), interviene únicamente como mediador entre las partes sociales y, a lo más, como árbitro (generalmente impotente) del respeto de los acuerdos. Aquellos que elaboraron, hace diez años aproximadamente, este modelo, que hoy está en el centro de la discusión, sobre las transformaciones de la democracia, definieron la sociedad neocorporativa como una forma de solución de los conflictos sociales que utiliza un procedimiento, el del acuerdo entre las grandes organizaciones, que no tiene nada que ver con la representación política, y que, en cambio, es una típica expresión de la representación de intereses.

6. PERSISTENCIA DE LAS OLIGARQUÍAS

Considero en tercer lugar, como una falsa promesa, la derrota del poder oligárquico. No tengo necesidad de insistir en el particular porque es un tema muy tratado y poco controvertido, por lo menos desde que a finales del siglo pasado Gaetano Mosca expuso la teoría de la clase política que fue llamada, gracias a Pareto, teoría de las élites. El principio fundamental del pensamiento democrático siempre ha sido la libertad entendida como autonomía, es decir, como capacidad de legislar para sí mismo, de acuerdo con la famosa definición de Rousseau, que debería tener como consecuencia la plena identificación entre quien pone y quien recibe una regla de conducta y, por tanto, la eliminación de la tradicional distinción, en la que se apoya todo el pensamiento político, entre gobernados y gobernantes. La democracia representativa, que es la única forma de democracia existente y practicable, es en sí misma la renuncia al principio de la libertad como autonomía. Es pueril la hipótesis de que la futura computocracia, como ha sido llamada, permita el ejercicio de la democracia directa, es decir, que dé a cada ciudadano la posibilidad de transmitir su voto a un cerebro electrónico. A juzgar por las leyes que son promulgadas cada año en Italia, el buen ciudadano debería ser llamado a manifestar su voto por lo menos una vez al día. El exceso de participación, que produce el fenómeno que Dabrendorf llamó, desaprobándolo, del ciudadano total, puede tener como efecto la saturación de la política y el aumento de la apatía electoral.¹⁰ El precio que se debe pagar por el compromiso de pocos es frecuentemente la indiferencia de muchos. Nada es más peligroso para la democracia que el exceso de democracia.

Naturalmente la presencia de élites en el poder no borra la diferencia entre regímenes democráticos y regímenes autocráticos. Esto lo sabía Mosca, que era

Italia alrededor de las tesis de Ph. Schmitter, sobre el cual puede verse la antología *La società neo-corporativa*, a cargo de M. Maraffi, Il Mulino, Bolonia, 1981, y el libro a dos manos de L. Bordogna y G. Provasi, *Politica, economia e rappresentanza degli interessi*, Il Mulino, Bolonia, 1984.

¹⁰ Me refiero a R. Dahrendorf, *Il cittadino totale*, Centro de investigación y documentación Luigi Einaudi, Turín, 1977, pp. 55-59.

un conservador y que se autodefinía liberal, pero no democrático, quien ideó una compleja tipología de las formas de gobierno con el objeto de mostrar que, aunque jamás están ausentes las oligarquías del poder, las diversas formas de gobierno se distinguen en su diferente formación y organización. Ya que comencé con una definición fundamentalmente procesal de la democracia, no puedo olvidar que uno de los partidarios de esta interpretación, Joseph Schumpeter, captó perfectamente el sentido cuando sostuvo que la característica de un gobierno democrático no es la ausencia de élites sino la presencia de muchas élites que compiten entre ellas por la conquista del voto popular. En el reciente libro de Macpherson *The Life and Times of Liberal Democracy*,¹¹ se distinguen cuatro fases en el desarrollo de la democracia desde el siglo pasado hasta hoy: la etapa actual, que es definida "democracia de equilibrio", corresponde a la definición de Schumpeter. Un elitista italiano, intérprete de Mosca y Pareto, distinguió en forma sintética y, a mi parecer incisiva, las élites que se imponen de las que se proponen.¹²

7. EL ESPACIO LIMITADO

Si la democracia no ha logrado derrotar totalmente al poder oligárquico, mucho menos ha conseguido ocupar todos los espacios en los que se ejerce un poder que toma decisiones obligatorias para un completo grupo social. Al llegar a este punto la distinción que entra en juego ya no es aquella entre poder de pocos o de muchos, sino aquella entre poder ascendente y poder descendente. En este sentido se podría hablar más de incongruencia que de falta de realización, ya que la democracia moderna nació como método de legitimación y de control de las decisiones políticas en sentido estricto, o de "gobierno" propiamente dicho, tanto nacional como local, donde el individuo es tomado en consideración en su papel general de ciudadano y no en la multiplicidad de sus papeles específicos de feligrés de una iglesia, de trabajador, de estudiante, de soldado, de consumidor, de enfermo, etc. Después de la conquista del sufragio universal, si todavía se puede hablar de una ampliación del proceso de democratización, dicha ampliación se debería manifestar, no tanto en el paso de la democracia representativa a la democracia directa, como se suele considerar, cuanto en el paso de la democracia política a la democracia social, no tanto en la respuesta a la pregunta ¿quién vota? como en la contestación a la interrogante ¿dónde vota? En otras palabras, cuando se desea conocer si se ha dado un desarrollo de la democracia en un determinado país se debería investigar si aumentó o no el número de quienes tienen dere-

¹¹ C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford University Press, Oxford, 1977.

¹² Me refiero al libro de E. Burzio, *Essenza e attualità del liberalismo*, Utet, Turín, 1945, p. 19.

cho a participar en las decisiones que les atañen, sino los espacios en los que pueden ejercer ese derecho. Hasta que los dos grandes bloques de poder que existen en lo alto de las sociedades avanzadas, la empresa y el aparato administrativo, no sean afectados por el proceso de democratización —suspendo el juicio si esto sea, además de posible, deseable—, el proceso de democratización no podrá considerarse realizado plenamente.

Sin embargo, me parece interesante observar que en algunos de estos espacios no políticos (en el sentido tradicional de la palabra), por ejemplo en la fábrica, en ocasiones se ha dado la proclamación de algunos derechos de libertad en el ámbito específico del sistema de poder, a semejanza de lo que sucedió con las declaraciones de los derechos del ciudadano con respecto al sistema del poder político; me refiero, por ejemplo, al Estatuto de los trabajadores, que fue promulgado en Italia en 1970, y a las propuestas que se están discutiendo para la proclamación de una carta de los derechos del enfermo. Incluso con respecto a las prerrogativas del ciudadano frente al Estado, la concesión de los derechos de libertad es anterior a la de los derechos políticos. Como ya dije cuando hablé de la relación entre el Estado liberal y el Estado democrático, la concesión de los derechos políticos ha sido una consecuencia natural de la concesión de los derechos de libertad, porque la única garantía al respeto de los derechos de libertad está en el derecho de controlar el poder al que espera esta garantía.

8. EL PODER INVISIBLE

La quinta falsa promesa de la democracia real, con respecto a la democracia ideal, es la eliminación del poder invisible.¹³ A diferencia de la relación entre democracia y poder oligárquico, relación sobre la que hay una riquísima bibliografía, el tema del poder invisible hasta ahora ha sido muy poco explorado (sobre todo porque escapa a las técnicas de investigación utilizadas habitualmente por los sociólogos, tales como entrevistas, sondeos de opinión, etc.). Puede ser que yo esté influido especialmente por lo que sucede en Italia, donde la presencia del poder invisible (mafia, camorra, logias masónicas atípicas, servicios secretos no controlados y protegidos de los subversivos que deberían controlar) es, permítanme la redundancia, extremadamente visible. A pesar de todo, es un hecho que hasta ahora el más amplio examen del tema lo encontré en un libro de un estudioso norteamericano, Alan Wolfe, titulado *The Limits of Legitimacy*,¹⁴ que dedica un capítulo bien documentado a lo que llama el "doble Estado", doble en el sentido de que al lado de un Estado visible

existiría un Estado invisible. Es bien conocido que la democracia nació bajo la perspectiva de erradicar para siempre de la sociedad humana el poder invisible, para dar vida a un gobierno cuyas acciones deberían haber sido realizadas en público "au grand jour" (para usar la expresión de Maurice Joly).¹⁵ El modelo de la democracia moderna fue la democracia de los antiguos, especialmente la de la pequeña ciudad de Atenas, en los momentos felices en los que el pueblo se reunía en el Agora y omeaba libremente, a la luz del sol, sus propias decisiones después de haber escuchado los diversos puntos de vista de los oradores. Platón para denigrarla (aunque Platón era un antidemocrático) la llamó "teatrocracia" (palabra que no por casualidad se encuentra también en Nietzsche). Una de las razones de la superioridad de la democracia con respecto a los Estados absolutos que hablan reivindicado los *arcana imperii*, y defendían con argumentos históricos y políticos la necesidad de que las grandes decisiones políticas fuesen tomadas en los gabinetes secretos, lejanos de las miradas indiscretas del público, está basada en la convicción de que el gobierno democrático pudiese finalmente dar vida a la transparencia del poder, al "poder sin máscaras".

Kant enunció e ilustró en el Apéndice de la *Pax perpetua* el principio fundamental según el cual "Todas las acciones referentes al derecho de otros hombres cuya máxima no puede ser publicada, son injustas",¹⁶ queriendo decir que una acción que yo estoy obligado a mantener secreta ciertamente es una acción no sólo injusta sino tal que si fuese publicada provocaría una reacción que haría imposible su realización; para usar el ejemplo de Kant ¿qué Estado podría declarar públicamente, en el mismo momento en el que estipula un tratado internacional, que no lo respetará? ¿qué funcionario puede declarar en público que utilizará el dinero del pueblo para intereses privados? De esta manera de plantear el problema deriva que la obligación de la publicidad de los actos gubernamentales es importante no sólo, como se dice, para permitir al ciudadano conocer las acciones de quien detenta el poder y en consecuencia de controlarlos, sino también porque la publicidad es en sí misma una forma de control, es un expediente que permite distinguir lo que es lícito de lo que es ilícito. No por casualidad, la política de los *arcana imperii* corre paralela a las teorías de la razón de Estado, es decir, a las teorías para las cuales le está permitido al Estado lo que no le está permitido a los ciudadanos privados y por tanto el Estado está obligado a actuar en secreto para no hacer escándalo. (para dar una idea de la potencia extraordinaria del tirano, Platón dice que solamente a éste le está permitido hacer en público

¹³ De esto me ocupé hace algunos años en un artículo titulado "La democracia e il potere invisibile", en *Rivista italiana di scienza politica*, x (1980), pp. 181-203, incluido en esta recopilación (Véase p. 6).

¹⁴ A. Wolfe, *The Limits of Legitimacy. Political Contradictions of Contemporary Capitalism*, The Free Press, New York, 1977.

¹⁵ M. Joly, *Dialogue aux enfers entre Maquavel et Montesquieu, ou la politique de Maquavel au XIX^e siècle par un contemporain*; "chez tous les libraires". Bruselas, 1968 [Hay edición en español con el título de *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Seix Barral, Madrid].

¹⁶ J. Kant, *Zum ewigen Frieden*, Apéndice II, en *Kleinere Schriften zur Geschichtsphilosophie, Ethik und Politik*, Meiner, Leipzig, 1931, p. 163.

actos escandalosos que el común de los mortales sólo realiza en los sueños).¹⁷ Está por demás decir que el control público del poder es más necesario por cuanto estamos en una época en la que los instrumentos técnicos de los que puede disponer quien detenta el poder, para conocer con precisión todo lo que hacen los ciudadanos, ha aumentado enormemente, de hecho es prácticamente ilimitado. Si manifesté algún titubeo en que la computocracia pueda impulsar a la democracia gobernada, no tengo ninguna duda en el servicio que puede prestar a la democracia gobernante. El ideal del poderoso siempre ha sido el de ver cualquier gesto y de escuchar cualquier palabra de sus sujetos (posiblemente sin ser visto ni escuchado): hoy este ideal está a la mano. Ningún déspota de la Antigüedad, ningún monarca absoluto de la Edad Moderna, aunque estuviese rodeado de mil espías, logró tener toda la información sobre sus súbditos que el más democrático de los gobiernos puede obtener del uso de los cerebros electrónicos. La vieja pregunta que recorre toda la historia del pensamiento político: "¿quién cuida a los cuidadores?" hoy se puede repetir con la siguiente interrogante: "¿quién controla a los controladores?" Si no se logra encontrar una respuesta adecuada a esta pregunta, la democracia como advenimiento del gobierno visible, está perdida. Más que de una falsa promesa en este caso se trataría de una tendencia contraria a las premisas: la tendencia ya no hacia el máximo control del poder por parte de los ciudadanos, sino, por el contrario, hacia el máximo control de los súbditos por parte del poder.

9. EL CIUDADANO NO EDUCADO

La sexta falsa promesa se refiere a la educación de la ciudadanía. En los discursos apologeticos sobre la democracia, desde hace dos siglos hasta ahora, jamás falta el argumento de acuerdo con el cual la única manera de hacer de un súbdito un ciudadano es la de atribuirle aquellos derechos que los escritores de Derecho público del siglo pasado llamaron *actiuae civitatis*, y la educación para la democracia se desarrolla en el mismo sentido que la práctica democrática. De acuerdo con el modelo jacobino esto no debe ser primero, porque en primera instancia debe venir la dictadura revolucionaria y sólo después el reino de la virtud. Pero para el buen democrático esto no debe ser así, el reino de la virtud (que para Montesquieu constituya el principio de la democracia contrapuesto al miedo, principio del despotismo) es la misma democracia. La democracia no puede prescindir de la virtud, entendida como amor a la cosa pública, pues al mismo tiempo debe promoverla, alimentarla y fortalecerla. Uno de los fragmentos más representativos de esta idea es el que se encuentra en el capítulo "Sobre la mejor forma de gobierno" del libro titulado *Consideraciones sobre la democracia representativa* de John Stuart

Mill, allí donde distingue a los ciudadanos en activos y pasivos y especifica que en general los gobernantes prefieren a los segundos porque es más fácil tener controlados a súbditos dóciles e indiferentes, pero la democracia necesita de los primeros. Este autor concluye que si debiesen prevalecer los ciudadanos pasivos, con mucho gusto los gobernantes convertirían a sus súbditos en un rebaño de ovejas dedicadas únicamente a comer el pasto una al lado de la otra (y, agregaría yo, a no lamentarse aun cuando el pasto escaseara).¹⁸ Esto lo llevaba a proponer la ampliación del sufragio a las clases populares con base en el argumento de que uno de los remedios contra la tiranía de la mayoría está precisamente en el hacer partícipes en las elecciones — además de a las clases pudientes que siempre constituyen una minoría de la población y tienden por naturaleza a mirar por sus propios intereses — a las clases populares. Decía: la participación en el voto tiene un gran valor educativo; mediante la discusión política el obrero, cuyo trabajo es repetitivo en el estrecho horizonte de la fábrica, logra comprender la relación entre los acontecimientos lejanos y su interés personal, y establecer vínculos con ciudadanos diferentes de aquellos con los que trata cotidianamente y volverse un miembro consciente de una comunidad.¹⁹ La educación de la ciudadanía fue uno de los temas preferidos de la ciencia política norteamericana de los años cincuenta. Este tema fue tocado bajo el título de "cultura política", y sobre él se escribieron ríos de tinta que rápidamente se decoloró: entre las diversas distinciones recuerdo aquella entre cultura de los súbditos, es decir, dirigida hacia los *output* del sistema, o sea, hacia los beneficios que los electores esperan obtener del sistema político, y cultura participante, es decir, orientada hacia los *input*, que es propia de los electores que se consideran potencialmente comprometidos con la articulación de las demandas y con la formación de las decisiones.

Veamos alrededor. En las democracias más consolidadas se asiste impotentes al fenómeno de la apatía política, que frecuentemente involucra a cerca de la mitad de quienes tienen derecho al voto. Desde el punto de vista de la cultura política éstas son personas que no están orientadas ni hacia los *output* ni hacia los *input*. Simplemente están desinteresadas por lo que sucede (como se dice en Italia con una frase afortunada) en el "palacio". Sé bien que también se pueden dar interpretaciones benévolas de la apatía política, pero incluso las interpretaciones más moderadas no me pueden quitar de la cabeza que los grandes escritores democráticos sufrían al reconocer en la renuncia a usar el propio derecho un buen fruto de la educación de la ciudadanía. En los regímenes democráticos como el italiano, en el que el porcentaje de votantes todavía es muy alto (pero va descendiendo en cada elección), existen buenas razones para creer que esté disminuyendo el voto de opinión y esté au-

¹⁷ Platon, *República*, 571 cd.

¹⁸ J. S. Mill, *Considerations on Representative Government*, en *Collected Papers of John Stuart Mill*, University of Toronto Press, Routledge and Kegan Paul, vol. XIX, Londres, 1977, p. 406.

¹⁹ *Ibidem*, p. 470.

mentando el voto de intercambio, para usar la terminología ascética de los *politica scientis*, el voto dirigido hacia los *ouput*, o para usar una terminología más cruda, pero quizá menos mistificadora, el voto de clientela, basado frecuentemente en la ilusión del *do ut des* (apoyo político a cambio de favores personales).

De igual manera, se pueden dar interpretaciones moderadas para el voto de intercambio, pero no puedo dejar de pensar en Tocqueville quien, en un discurso en la Cámara de Diputados (el 27 de enero de 1848), lamentando la degeneración de las costumbres públicas, por las que "las opiniones, los sentimientos, las ideas comunes son substituidas cada vez más por los intereses particulares", se preguntaba, dirigiéndose a sus colegas, "si no hubiese aumentado el número de los que votan movidos por intereses personales y si no hubiese disminuido el voto del que vota con base en una opinión política", y condenaba esta tendencia como expresión de "moral baja y vulgar", de acuerdo con la cual "quien goza de los derechos políticos considera que puede usarlos en beneficio personal siguiendo el interés propio".²⁰

10. EL GOBIERNO DE LOS TÉCNICOS

Falsas promesas. Pero, ¿caso eran promesas que se podían cumplir? Yo diría que no. Incluso dejando a un lado la diferencia natural, que indique al inicio, entre lo que fue concebido como "noble y elevado" y la "cruda realidad", el proyecto democrático fue pensado para una sociedad mucho menos compleja que la que hoy tenemos. Las promesas no fueron cumplidas debido a los obstáculos que no fueron previstos o que sobrevinieron luego de las "transformaciones" (en este caso creo que el término "transformaciones" sea correcto) de la sociedad civil. Indico tres.

Primero: conforme las sociedades pasaron de una economía familiar a una economía de mercado, y de una economía de mercado a una economía protegida, regulada, planificada, aumentaron los problemas políticos que requirieron capacidad técnica. Los problemas técnicos necesitan de expertos, de un conjunto cada vez más grande de personal especializado. De esto ya se ha dado cuenta hace más de un siglo Saint-Simon quien era favorable al gobierno de los científicos y no de los juristas. Con el progreso de los instrumentos de cálculo que Saint-Simon no pudo ni remotamente imaginar, y que sólo los expertos son capaces de usar, la exigencia del llamado gobierno de los técnicos ha aumentado considerablemente.

La tecnocracia y la democracia son antitéticas: si el protagonista de la sociedad industrial es el experto, entonces quien lleva el papel principal en dicha sociedad no puede ser el ciudadano común y corriente. La democracia se basa

²⁰ Alexis de Tocqueville, "Discurso sobre la revolución social", en *Scriviti politici*, ed. al cuidado de N. Matteucci, vol. 1, Utet, Turin, 1969, p. 271.

en la hipótesis de que todos pueden tomar decisiones sobre todo; por el contrario, la tecnocracia pretende que los que tomen las decisiones sean los pocos que entienden de tales asuntos. En los tiempos de los Estados absolutos, como dije, el vulgo debía ser alejado de los *arcana imperii* porque se le consideraba demasiado ignorante; ciertamente hoy el vulgo es menos ignorante pero los problemas que hay que resolver, como la lucha contra la inflación, el pleno empleo, la justa distribución de la riqueza, ¿no se han vuelto cada vez más complejos?, ¿no son estos problemas tan complicados que requieren conocimientos científicos y técnicos que el hombre medio de hoy no puede tener acceso a ellos (aunque esté más instruido)?

11. EL AUMENTO DEL APARATO

El segundo obstáculo imprevisto y que sobrevino es el crecimiento continuo del aparato burocrático, de un aparato de poder ordenado jerárquicamente, del vértice a la base, y en consecuencia diametralmente opuesto al sistema de poder democrático. Si consideramos el sistema político como una pirámide bajo el supuesto de que en una sociedad existan diversos grados de poder, en la sociedad democrática el poder fluye de la base al vértice; en una sociedad burocrática, por el contrario, se mueve del vértice a la base.

Históricamente, el Estado democrático y el Estado burocrático están mucho más vinculados de lo que su contraposición pueda hacer pensar. Todos los Estados que se han vuelto más democráticos se han vuelto a su más burocráticos, porque el proceso de burocratización ha sido en gran parte una consecuencia del proceso de democratización. La prueba está en que hoy el desmantelamiento del Estado benefactor que ha necesitado de un aparato burocrático que nunca antes se había conocido, esconde el propósito, no digo de desmantelar sino de reducir, bajo límites bien precisos, el poder democrático. Es conocido el porqué jamás la democratización y la burocratización pudieron caminar juntas; asuntos que por lo demás ya había visto Max Weber. Cuando los que tenían el derecho de votar eran solamente los propietarios, era natural que pidiesen al poder público que ejerciera una sola función fundamental, la protección de la propiedad. De aquí nació la doctrina del Estado limitado, del Estado policía, o, como hoy se dice, del Estado mínimo, y la configuración del Estado como asociación de los propietarios para la defensa de aquel supremo Derecho natural que era precisamente para Locke el Derecho de propiedad. Desde el momento en que el voto fue ampliado a los analfabetos era inevitable que éstos pidiesen al Estado la creación de escuelas gratuitas, y, por tanto, asumir un gasto que era desconocido para el Estado de las oligarquías tradicionales y de la primera oligarquía burguesa. Cuando el derecho de votar también fue ampliado a los no propietarios, a los desposeídos, a aquellos que no tenían otra propiedad más que su fuerza de trabajo,

ello trajo como consecuencia que éstos pidiesen al Estado la protección contra la desocupación y, progresivamente, seguridad social contra las enfermedades, contra la vejez, previsión en favor de la maternidad, vivienda barata, etc. De esta manera ha sucedido que el Estado benefactor, el Estado social, ha sido, guste o no guste, la respuesta a una demanda proveniente de abajo, a una petición, en el sentido pleno de la palabra, democrática.

12. EL ESCASO RENDIMIENTO

El tercer obstáculo, está íntimamente relacionado con el tema del rendimiento del sistema democrático en su conjunto: un problema que en estos últimos años ha dado vida al debate sobre la llamada "ingobernabilidad" de la democracia. ¿De qué se trata? En síntesis, primero el Estado liberal y después su ampliación, el Estado democrático, han contribuido a emancipar la sociedad civil del sistema político. Este proceso de emancipación ha hecho que la sociedad civil se haya vuelto cada vez más una fuente inagotable de demandas al gobierno, el cual para cumplir correctamente sus funciones debe responder adecuadamente pero, ¿cómo puede el gobierno responder si las peticiones que provienen de una sociedad libre y emancipada cada vez son más numerosas, cada vez más inalcanzables, cada vez más costosas? He dicho que la condición necesaria de todo gobierno democrático es la protección de las libertades civiles: la libertad de prensa, la libertad de reunión y de asociación, son vías por medio de las cuales el ciudadano puede dirigirse a sus gobernantes para pedir ventajas, beneficios, facilidades, una más equitativa distribución de la riqueza, etcétera. La cantidad y la rapidez de estas demandas son tales que ningún sistema político, por muy eficiente que sea, es capaz de adecuarse a ellas. De aquí deriva el llamado "sobrecargo" y la necesidad en la que se encuentra el sistema político de tomar decisiones drásticas; pero una alternativa excluye a la otra. El tomar una alternativa no satisface sino crea descontento.

Además, la rapidez con la que se presentan las demandas al gobierno por parte de los ciudadanos, está en contraste con la lentitud de los complejos procedimientos del sistema político democrático, por medio de los cuales la clase política debe tomar las decisiones adecuadas. De esta manera se crea una verdadera y propia ruptura entre el mecanismo de recepción y el de emisión, el primero con un ritmo cada vez más acelerado, el segundo con uno cada vez más lento. Precisamente, al contrario de lo que sucede en un sistema autocrático que es capaz de controlar la demanda habiendo sofocado la autonomía de la sociedad civil, y es mucho más rápido en la respuesta en cuanto no tiene que respetar los complejos procedimientos decisionales como los del sistema parlamentario. En conclusión, en la democracia la demanda es fácil y la respuesta difícil; por el contrario, la autocracia tiene la capacidad de dificultar la demanda y dispone de una gran facilidad para dar respuestas.

Después de lo dicho hasta aquí, cualquiera podría esperarse una visión catastrófica del porvenir de la democracia. Nada de esto. Con respecto a los años comprendidos entre la primera y la segunda Guerra Mundial, que Elie Halévy llamó la "era de los tiranos" en su famoso libro que lleva tal nombre,²¹ en estos últimos cuarenta años el espacio de los regímenes democráticos ha aumentado progresivamente. Ejemplo de lo antes expuesto lo podemos encontrar en el libro de Juan Linz titulado *La caduta del regimi democratici*,²² que toma los datos informativos principalmente de los años posteriores a la primera Guerra Mundial, y el de Julián Santamaría, *Transizione alla democrazia nell'Europa del sud e nell'America Latina*,²³ que los toma de los años posteriores a la segunda. Al terminar la segunda Guerra Mundial bastaron pocos años a Italia — diez a Alemania — para derribar el Estado parlamentario; después que la democracia fue restaurada, pasada la segunda guerra, no ha vuelto a ser derrotada, al contrario, en algunos países fueron derrocados los gobiernos autoritarios. Incluso en un país con democracia no gobernante o mal gobernante, como Italia, la democracia no corre serios peligros, aunque digo esto con un cierto temor.

Se comprende que hablo de los peligros internos, de los peligros que pueden venir del extremismo de derecha o del de izquierda. En la Europa oriental, donde los regímenes democráticos fueron sofocados al nacer y todavía no logran nacer, la causa fue y continúa siendo externa. En mi análisis me he ocupado de las dificultades internas de la democracia, no de las externas que dependen de la colaboración de los diversos países en el sistema internacional. Ahora bien, mi conclusión es que las falsas promesas y los obstáculos imprevistos de los que me he ocupado no han sido capaces de "transformar" un régimen democrático en un régimen autocrático. La diferencia sustancial entre unos y otros permanece. El contenido mínimo del Estado democrático no ha decaído: garantía de los principales derechos de libertad, existencia de varios partidos en competencia, elecciones periódicas y sufragio universal, decisiones colectivas o concertadas (en las democracias cooperativas o en el sistema neocorporativo) o tomadas con base en el principio de mayoría, de cualquier manera siempre después del debate libre entre las partes o entre los aliados de una coalición de gobierno. Existen democracias más sólidas o menos sólidas, más vulnerables o menos vulnerables: hay diversos grados de

²¹ E. Halévy, *L'ère des tyrannies. Etudes sur le socialisme et la guerre*, introducción de C. Bouglé Nrf, Paris, 1936.

²² Se trata de una recopilación de diversos ensayos a cargo de Juan Linz, publicada originalmente en inglés, *The Breakdown of Democracy*. The John Hopkins University Press, Londres, 1978, y después en italiano en, Il Mulino, Bologna, 1981, en el que los tres temas fundamentales son el advenimiento del fascismo en Italia, Alemania y España.

²³ Publicado por el Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid, 1981.

aproximación al modelo ideal, pero aun la más alejada del modelo no puede ser de ninguna manera confundida con un Estado autocrático y mucho menos con uno totalitario.

No hablé de los peligros externos, porque el tema que se me asignó se refería al porvenir de la democracia, no al de la humanidad, sobre el que debo confesar que no estoy dispuesto a hacer ninguna apuesta. Parodiando el título de nuestro congreso: "Ya comenzó el futuro", alguien con humor negro podría preguntarse: "¿y si en cambio el futuro ya hubiese terminado?"

Pero al menos me parece que puedo hacer una constatación final, aunque sea un poco arriesgada: hasta ahora ninguna guerra ha estallado entre los Estados que tienen un régimen democrático, lo que no quiere decir que los Estados democráticos no hayan hecho guerras, sino que hasta ahora no las han hecho *entre ellos*.²⁴ He dicho, la observación es temeraria, pero espero una réplica. ¿Tuvo razón Kant cuando proclamó como primer artículo definitivo de un posible tratado para la paz perpetua que "la Constitución de todo Estado debe ser republicana"?²⁵ Ciertamente el concepto de "república" al que Kant se refiere no coincide con el actual de "democracia"; pero la idea de que la constitución interna de los Estados fuese un obstáculo para la guerra entre ellos es una idea fuerte, fecunda, inspiradora de muchos proyectos pacifistas que se han presentado desde hace dos siglos, aunque no han tenido una aplicación práctica. Las objeciones contra el principio de Kant siempre han derivado del no haber entendido que tratándose de un principio universal, éste tiene validez solamente si *todos* los Estados y no pocos o algunos asumen la forma de gobierno requerida para el logro de la paz perpetua.

14. APELO A LOS VALORES

Para terminar, es necesario dar una respuesta a la pregunta fundamental, a la pregunta que he oído repetir frecuentemente, sobre todo entre los jóvenes, tan fáciles a las ilusiones como a las desilusiones: si la democracia es principalmente un conjunto de reglas procesales ¿cómo creer que pueda contar con "ciudadanos activos"? Para tener ciudadanos activos ¿no es necesario tener ideales? Ciertamente son necesarios los ideales. Pero ¿cómo es posible que no se den cuenta de cuáles han sido las grandes luchas ideales que produjeron esas reglas? ¿Intentamos enumerarlas?

El primero que nos viene al encuentro por los siglos de crueles guerras de religión es el ideal de la tolerancia. Si hoy existe la amenaza contra la paz del mundo, ésta proviene, una vez más, del fanatismo, o sea, de la creencia

²⁴ Esta tesis ha sido sostenida recientemente con argumentos doctrinarios e históricos por M. W. Doyle, "Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs," en *Philosophy and Public Affairs*, XI, 1983, pp. 205-35, 523-53.

²⁵ I. Kant, *Zum ewigen Frieden*, op. cit., p. 126.

ciega en la propia verdad y en la fuerza capaz de imponerla. Es inútil dar ejemplos, los tenemos frente a nosotros todos los días. Luego tenemos el ideal de la no violencia: jamás he olvidado la enseñanza de Karl Popper, de acuerdo con la cual, lo que esencialmente distingue a un gobierno democrático de uno no democrático es que solamente en el primero los ciudadanos se pueden deshacer de sus gobernantes sin derramamiento de sangre.²⁶ Las frecuentemente chuscas reglas formales de la democracia introdujeron, por primera vez en la historia de las técnicas de convivencia, la resolución de los conflictos sociales sin recurrir a la violencia. Solamente allí donde las reglas son respetadas el adversario ya no es un enemigo (que debe ser destruido), sino un opositor que el día de mañana podrá tomar nuestro puesto. Tercero, el ideal de la renovación gradual de la sociedad mediante el libre debate de las ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir: únicamente la democracia permite la formación y la expansión de las revoluciones silenciosas, como ha sido en estas últimas décadas la transformación de la relación entre los sexos, que es quizá la mayor revolución de nuestro tiempo. Por último, el ideal de la fraternidad (la *fraternité* de la Revolución francesa). Gran parte de la historia de la humanidad es la historia de las luchas fratricidas. Hegel (y de esta manera termino con el autor con el que comencé) en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* definió la historia como un "inmenso matadero".²⁷ ¿Podemos contradecirlo? En ningún país del mundo el método democrático puede durar sin volverse una costumbre. ¿Pero puede volverse una costumbre sin el reconocimiento de la fraternidad que une a todos los hombres en un destino común? Un reconocimiento, tan necesario hoy, que nos volvemos cada vez más conscientes de este destino común y deberíamos, por la poca luz de razón que ilumina nuestro camino, actuar en consecuencia.

²⁶ K. Popper, *La sociedad abierta e i suoi nemici*, Armando, Roma, 1975, p. 179.

²⁷ Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, etc., op. cit., vol. I, p. 58.

Cuestionario 18

1. ¿Cuál es el significado de democracia para el autor?
2. ¿Cuáles son los elementos fundamentales de la democracia?
3. ¿Cuáles son los problemas a los que se ha enfrentado la democracia a través del tiempo?
4. ¿Cuál es la visión de Bobbio respecto al futuro de la democracia?
5. ¿Cuál es el ideal del Estado democrático según el autor?

FERNANDO H. CARDOSO

**La democracia en las sociedades
contemporáneas**

Fernando H. Cardoso
"La democracia en las sociedades
contemporáneas"
en *El Estado periférico latinoamericano*, de
Juan Carlos Rubinstein (Comp), Colombia,
Eudeba-Tercer Mundo, 1991, pp. 161-169.

¿Qué sentido tiene hoy una reflexión sobre la democracia? No me refiero, por supuesto, a las grandes cuestiones políticas acerca de la soberanía popular, la representación política, la alternancia en el poder, que se plantearon desde el siglo dieciocho en los países que son hoy sociedades democráticas con economías capitalistas maduras. Me refiero a los países que sin tener a aquéllos por "espejo" de su futuro, conservan, por lo menos, algunos rayos refractados del curso de la "gran historia" de los países occidentales.

La pregunta puede parecer extemporánea, pero la verdad es que la idea de democracia ha sufrido tantas modificaciones, en la izquierda y en la derecha, que, en todo caso, corresponde. ¿No habría cierto tradicionalismo, dirán los críticos del liberalismo de orientación izquierdista, en volver a colocar en el centro del debate político la cuestión *formal* de la democracia, cuando los problemas *reales* son los sociales y económicos? A su turno, los espíritus autoritarios de varios matices (desde los conservadores hasta el fascismo) podrían indagar acerca del irrealismo de los intelectuales que persisten en hablar de democracia cuando el Estado hoy absorbió las funciones de los parlamentos, y cuando el modo técnico de vivir supone orden (aunque sin la ley) y decisión (aunque sin participación).

Cabe, pues, el beneficio de la duda. ¿No seremos nosotros, los que hablamos de democracia, esqueletos de dinosaurios, amontonados en algún depósito arqueológico de la historia?

La respuesta no es sencilla y requiere de un zigzag discursivo para ganar, posiblemente, fuerza de convencimiento.

Descubrámonos primero, humildemente, para reconocer, con la izquierda, las insuficiencias de la idea democrática como palanca para las transformaciones sociales. Hay que reconocer que las sociedades cambian y a veces en beneficio de las mayorías, sin que ellas sean necesariamente democráticas, en el plano social, y siendo con mayor frecuencia aún, autoritarias y totalitarias en el plano político. No existe, pues, relación de necesidad entre "transformación social" y democracia. No ha de ser, por lo tanto, en el plano instrumental, en nombre de la eficacia para la obtención de las mejores condiciones de vida para las masas populares, pobres y mayoritarias, donde se ha de fundamentar la validez de la noción democrática.

No obstante, aun cuando ocurran transformaciones profundas en la sociedad, la cuestión de acceso al poder, de la autonomía de las clases y de los grupos sociales, de la re-

* *Nueva Sociedad* N° 35, julio/agosto de 1981.

** Sociólogo brasileño, Profesor titular de la Universidad de Saint Pablo y de la Ecole de Hautes Etudes de Paris. Presidente del Centro Brasileño de Análisis y Planeación (CEBRAP).

gulación del ejercicio de la autoridad, etc., continúan planteándose. Polonia es el ejemplo más directo de esto. Y no deja de ser verdad —y cuánta— que especialmente en los países subdesarrollados las masas pobres son muy sensibles a la lucha por la democracia y la sienten como parte de una lucha más general por el mejoramiento de sus condiciones de vida. Nicaragua y El Salvador son ejemplos de esto. Pero aun en ciertas sociedades subdesarrolladas que dan grandes saltos en la dirección del crecimiento económico y de las transformaciones sociales, bajo regímenes militares y autoritarios, como el caso de Brasil, el argumento de que hay más pan, y también más vino, no es suficiente para conlleva la atracción de la idea democrática.

Si, no obstante, los hechos muestran que el bienestar material (y aun hasta el espiritual: más entretenimiento, más cultura, etc.) puede ser alcanzado sin que se produzca la democratización de la sociedad y con autoritarismo político, muestran también que, a despecho de ello, la idea democrática persiste.

Conviene, por lo tanto, ir despacio con las angarillas: no hay discurso "objetivista", en nombre de lo social, capaz de oscurecer la importancia de la cuestión del acceso, de la participación y de la reglamentación del poder. Por lo menos en las sociedades que ya experimentaron el sabor de las libertades aseguradas o que recibieron los efectos de refracción de algún centro cuyo modelo de civilización contempla estas dimensiones.

En el reverso de la medalla, el argumento tecnocrático-derechista, si es verdad que se funda en los cambios que efectivamente ocurrieron en las sociedades contemporáneas, se deite a medio camino. Es efectivo que la propia tecnificación de la producción y hasta de la vida cotidiana misma creó condiciones nuevas para el ejercicio de la política. Los saberes específicos son esenciales hoy día para que se consiga producir y mandar. Pero es una ilusión creer que sólo "el monopolio del saber" asegura la eficacia. Mucho del desafío contemporáneo pasa por lo opuesto a esta actitud: por lo menos hasta ahora fueron las sociedades más capaces de generalizar el acceso a la información y de contrapesar la voracidad burocrática por el monopolio de la técnica, las que compatibilizaron con más éxito la creatividad con la expansión económica. E hicieron esto *aumentando los controles democráticos de la sociedad sobre el Estado*, especialmente en Europa Occidental.

Es engañoso, por lo tanto, el argumento de la "modernidad" —esto es, el modo tecnológico de producir y vivir— estimula la posibilidad democrática. Sería correcto decir que, así como la crítica socialista a la democracia exige que ella se coloque al nivel de la sociedad y no apenas del Estado, la crítica a la concepción derechista de la democracia exige que ésta sea pensada a nivel del desafío de nuevas formas de generalización del saber y de acceso a las decisiones, para que la sociedad no quede en desventaja definitiva ante la burocracia y el Estado.

Transformación del modelo societario

Dicho esto, en lugar de proseguir el camino de bosquejar una redefinición del campo teórico en que se puede colocar hoy el problema de la democracia, prefiero transferir el tema al plano de un conjunto de cuestiones más inmediatas referidas directamente a América Latina.

En este continente, bajo el mismo telón de fondo de desigualdades, hay que distinguir variadas situaciones, y conviene ordenarlas a partir de dos hechos y sus necesarias incidencias. El primero guarda relación con la "forma actual" de desarrollo económico. El segundo se refiere al procedimiento propiamente político, a los regímenes y al grado de evolución del Estado.

En cuanto a la forma actual de desarrollo, hay dos procesos nuevos en el continente. Uno, la emergencia de economías planificadas centralmente, como Cuba, y de economías de países que pasaron por transformaciones políticas y mantienen como opción el modelo de planeamiento global. No me referiré en este trabajo a este tipo de sociedad. El otro, guarda relación con los efectos del actual proceso de reorganización del espacio económico a nivel mundial que contempla distintos ajustes de las economías periféricas a los desafíos del capitalismo oligopólico internacional. Estos ajustes van desde la absorción de parte del proceso productivo internacional por las economías locales (sea con base en la dinamización del mercado interno, como es el caso de Brasil y México, especialmente, sea reconstruyendo "enclaves industriales" para formar plataformas exportadoras, que, aun así, repercuten sobre el mercado interno) hasta la pura y simple estrategia de la reorganización del sector primario exportador con miras a las brechas que presenta el comercio internacional contemporáneo (como es advertido el caso de Chile y con otras características el caso de la producción petrolera).

Es obvio que no todos los países del continente latinoamericano se industrializaron bajo el modelo "dependiente-asociado" y que tampoco pudieron encontrar brechas compensadoras para la estrategia exportadora actual. Tal vez no sea exagerado decir que la mayoría de las economías nacionales se arrastra frente a dilemas crónicos y trabajosamente se van adaptando en cualquier forma a las vicisitudes de la explotación capitalista internacional.

En cualquier circunstancia, las formas emergentes de reintegración presentan características relevantes:

- La gran empresa monopólica (y frecuentemente oligopólica) es la matriz del desarrollo capitalista contemporáneo.
- En las economías locales las pocas empresas que pueden combatir con aquéllas, habitualmente multinacionales, son las empresas del Estado o sectores privados fuertemente protegidos por el Estado.
- En estas circunstancias, la expresión "capitalismo de libre empresa" tiene un sentido meramente retórico. La reglamentación del mercado, por la imposición oligopólica o por determinación estatal, es condición indispensable para la prosperidad económica.

En general, se produce una situación en que la gran empresa por disponer del saber tecnológico se asegura las ventajas de la anticipación acerca de lo que va a ocurrir en el mercado, se precipita la obsolescencia de ciertos productos y, en fin, se manipula a los consumidores y se obliga a la autoridad estatal a reglamentar a posteriori situaciones en las cuales la empresa ya se aseguró el control. Como máximo se obtiene un control compartido mediante el cual el Estado abre ciertas brechas para la defensa del sector productivo estatal y del capital oligopólico nacional.

De más está decir que los defectos de la forma contemporánea de desarrollo capitalista están lejos de limitarse al sector productivo. Ellos alcanzan al conjunto de la sociedad. Lejos están los tiempos en que se podía caracterizar la economía dependiente de América Latina como "dual" en el sentido de que habría la industrialización de una "Bélgica" en el corazón de una "India" subdesarrollada.

Los impactos de la industrialización contemporánea y de la estrategia exportadora actual inciden sobre el conjunto de la sociedad. Esto no quiere decir que las sociedades latinoamericanas se vuelvan más igualitarias y homogéneas, sino que la desigualdad actual es constantemente restaurada por las fuerzas desarrollistas y *no es la misma que antes*. La superexplotación del trabajo se une a la superacumulación del sector privado y al papel del Estado en el reciclaje de los recursos. El plan del "empleo mínimo" de Chile y la presión que él ejerce sobre los salarios permite la reconversión de la economía chilena y así por el

estilo. Todo esto en el contexto de economías que, en su conjunto, crecieron fuertemente en los diez años anteriores a la crisis actual, de sociedades en las cuales las migraciones y el crecimiento urbano fueron muy marcados, en las cuales hubo una recomposición en la estructura de clases, con la emergencia de amplias capas técnicas y burocráticas de asalariados y el fortalecimiento numérico del sector obrero.

En síntesis, con los nuevos modelos de crecimiento económico capitalista-asociado, se transformó el modelo societario, dando lugar a la emergencia de lo que los sociólogos occidentales llaman "sociedades urbanas de masas". En ellas, las clases continúan siendo la matriz de la organización social, pero la fragmentación provocada por la jerarquía de los salarios y de oportunidades en el interior de cada clase, más la tecnificación del modo de producir y vivir, agregado a la revolución de los medios de comunicación (especialmente la TV) y su difusión y el fortalecimiento del Estado más la expansión de la burocracia pública y privada, redefinen todo el comportamiento social.

Nada de esto es nuevo, puesto que —total— constituimos sociedades dependientes cuyo modelo de civilización y cultura está, en lo fundamental, dado de antemano. Pero el arraigo de situaciones de este tipo y su expansión en América Latina provocaron una aceleración del tiempo histórico. Populismo, guerrilla rural, caciquismo tradicional, así como analfabetismo, enfermedades crónicas, carencias vitales elementales continúan existiendo, y aquí y allá condensan el proceso histórico, actualizando odios y esperanzas. Detrás de este zigzaguo, entrecanto, se perfilan cambios de fondo que dan un nuevo diseño al perfil de las sociedades latinoamericanas.

La cuestión de la democracia en América Latina

Si éstas son las consecuencias más generales del patrón actual de desarrollo económico sobre las sociedades latinoamericanas, no se crea que él es neutral respecto a la política. Es una buena norma apartar el esquematismo de una relación lineal entre lo económico y lo político. Apartémoslo. Venezuela, por ejemplo, pasa velozmente por las transformaciones económico-sociales mencionadas. La democracia representativa como forma de gobierno y aun cierto avance democrático al nivel de la sociedad (no de la economía), ligados a las luchas de las clases medias contra las dictaduras pasadas y la ausencia, en esas mismas clases, de un "espíritu de jerarquía" y de sentimiento de distancia social de los dignatarios, no fueron, sin embargo, conmovidos. O sea, la redefinición del patrón socio-económico se produce, sin que en el otro extremo emerja el autoritarismo. No fue éste, eso sí, el caso de los países del cono sur.

No obstante la relativa estabilización de Pinochet el rechazo a la imposición autoritaria uruguaya; la continuación del "empate social" argentino a pesar de los baños de sangre autoritarios; la nueva emergencia de tendencias importantes de "democracia conservadora" en el Brasil, y la nueva constitucionalidad peruana, demuestran que es un mero simplismo imaginar que la "nueva etapa" oligopólica-dependiente-asociada del desarrollo capitalista de la periferia es un factor explicativo monocausal, y aun admitiendo se que él interfiere en la interpretación, no se le pueden atribuir efectos unívocos.

En resumen, existe una dimensión política específica, que reelabora los injunjos originados en la base socioeconómica. Esta dimensión depende de cómo se aglutinan las fuerzas políticas, cómo se presentan los argumentos políticos a la sociedad y cómo los objetivos propuestos son (o no son) capaces de acelerar la nueva articulación de las fuerzas sociales, transformándolas en factores políticos.

Dicho esto, el punto de partida contemporáneo para el debate sobre la democracia no puede ser otro que el actual punto de llegada, diversificado, que presentan sociedades na-

cionales que en el pasado reciente reaccionaban muy diversamente a los desafíos políticos, sociales y económicos planteados por la emergencia de la ya mencionada rearticulación de la matriz socioeconómica.

¿Qué significa hoy hablar de democracia en Chile? Algo claro y difícil: fin de la represión, fin del autoritarismo, creación de un nuevo sistema de partidos, etc. ¿Y en Brasil? Algo distinto: cómo enraizar los partidos en los movimientos sociales, qué proponer como alternativa de gobierno que signifique cambios sociales profundos, cómo tener acceso a los medios de comunicación de masas, etc. Con mayor razón, en Venezuela o en Costa Rica tiene otros rasgos: es el cansancio por la democracia política sin avance social significativo, la duda sobre si la transición hacia el socialismo puede pasar por una democracia representativa, etc. ¿Y en Nicaragua? Es saber si el pluripartidismo y la existencia (¿hasta qué punto?) de una "burguesía patriótica" es compatible con el avance de la reforma agraria y tratar de resolver la difícil cuestión de un país económicamente débil con las aspiraciones de consumo que ha abierto el proceso de democratización. ¿Y en México? Tal vez a este país se aplique el concepto de Wjair sobre Polonia, de modelo político a base de "partido único". Hay elecciones, hay pluripartidismo, pero el partido mayoritario es tan fuerte y con raíces tan profundas en el Estado y desde allí hacia la sociedad, que las oposiciones se desesperan sin atinar a resolver cómo bloquear un poder sindicado por ellas de corrupto y prepotente.

Se ve, por lo tanto, que en el lenguaje político actual se usa el término democracia para designar distintos procesos. El rigor científico no puede naufragar en el claroscuro de una semántica hinchada por las cuestiones inmediatas y tópicas. Pero so pena de hacer un puro formalismo científico académico, de ellas tampoco puede prescindirse.

Siendo así, ¿en qué términos plantearse la cuestión de la democracia en América Latina?

Las rápidas referencias iniciales a las clases y al modelo económico emergente son suficientes para mostrar que hoy la idea de la iniciativa económica libre como fuerza principal de la sociedad es una falsedad. Las clases poseedoras no basan jamás su *éxito* político en la libre iniciativa, sino sólo como retórica o demagogia. Hoy ellos claman por el poder porque son (suponen ser) "competentes" para ordenar la producción e innovar (en la organización, en la técnica, en la propaganda). Por eso, son también más dóciles a los segmentos técnico-burocráticos del Estado y "habían" por intermedio de "sus" funcionarios de empresa técnico-burocráticos, en la práctica diaria, un lenguaje afín con el del Estado, sea él militarizado o civil, ya que se le considera "competente", esto es lo que asegura las condiciones de racionalidad formal y de dominación social sustantiva, para que la acumulación se expanda.

Estamos, pues, lejos de la época en que el propio Marx reconocía el papel de la burguesía para asegurar ciertas libertades, desde el siglo XVIII, y también en que Weber clamaba que contra la asfixia burocrática estaba el papel creador del *Unternehmen* (de la empresa).

No hay, por lo tanto, cómo apoyar en el empresario la idea democrática, ni que ella reciba cierto "espíritu de libertad". Esto no quiere decir que en situaciones concretas frente a la expansión burocrático-estatal o de la pugna interoligopólica, o de éstos con el sector competitivo (relativamente) del empresariado, no existan, y puedan y deban ser aprovechados, los impulsos democratizadores de una parte del empresariado. Pero no vendrá de ellos, como norma, el fuego sagrado para llevar adelante la lucha por las libertades individuales y principalmente públicas.

Si la "clase histórica de la democracia, la burguesía liberal de esta parte del mundo, no da consistencia al ideal democrático, ¿por qué, entonces, dirán los más avanzados, no virar luego la página de la historia?

Despacio con las angarillas. ¿Virar para qué? Para el socialismo. Pero, ¿para qué socialismo? ¿Acaso los polacos no luchan por el acceso al poder, alternancia, voto secreto, delegación legítima, transparencia de la sociedad y, principalmente, del Estado? Y no son los únicos, sino los más turbulentos y exitosos en la lucha.

Continúa, pues, en pie la cuestión: agotada la burguesía como reserva para la lucha democrática, ¿con quién contar? Contestada esta pregunta, vendrá luego la urta: ¿cuáles serán los lugares de combate? Y por fin, ¿luchar por qué?

No puedo más que indicar cuestiones y direcciones en la respuesta. Así como históricamente la noción democrática vino acompañada por la noción de derecho y éste tuvo su fundamento en la propiedad (siendo descerrada de las viejas arcas romanas), precisamente porque fue la burguesía la que para existir políticamente exigió las reglas que la defendiesen en el mercado y defendiesen el Estado de la monopolización aristocrática, hoy la idea de democracia sólo encuentra resonancia en el anhelo de las masas por dos razones básicas: reconocimiento de sus perfiles sociales (autonomía) y acceso a las decisiones. En este sentido la querrela entre el aspecto político formal de la democracia y el aspecto social de la igualdad se supera por la *fusión práctica* entre el reconocimiento político de la existencia en la *ciudadanía* y en el *Estado* (volveré sobre el tema) de nuevos agentes sociales (las llamadas "masas") y el acceso a los mecanismos de reglamentación que *deciden* sobre las inversiones y la distribución. Formalmente —y sólo formalmente— la lucha de "Solidaridad" es la misma (y más avanzada) del proletariado del ABC de San Pablo: reconocimiento de la existencia propia (independiente del Estado y de la empresa) y anhelo de estar ubicado políticamente en los planos en que se toman las decisiones que determinan el nivel y el modo de vida de todos en la sociedad contemporánea.

El nuevo sujeto histórico de una democracia actualizada nace de este modo exigiendo más que la "ciudadanía". La ciudadanía es el reconocimiento del individuo en el "mercado político" —si puede decirse de esta manera—. Con ella vienen las ficciones de la igualdad ante la ley, del derecho igual para todos, del pacto que se funda en la Constitución. El lenguaje, o el balbuceo, de la democracia contemporánea, es otro: se quiere el reconocimiento de "categorías sociales" que demandan reglas en virtud de las cuales, más allá del plano formal de la igualdad, se aseguren "derechos de interferencia" en el plano social y económico. Y estos desembocan en el *Estado*.

De la dialéctica perversa al cerco creador

Si antes se podía pensar que la ciudadanía señalaba la geografía del conjunto de las clases, conformando sus fronteras nacionales, hoy, de inmediato, la demanda de libertad pasa de lo individual (derecho a no ser torturado ni detenido arbitrariamente, para colocar las cosas crudamente) a lo social: derecho a decidir sobre el propio destino que es, no un nivel general o de la sociedad en su conjunto, sino un nivel inmediato de reconocimiento de las diversidades sociales, sin la ficción de la igualdad formal ante la ley.

De esta manera, el diálogo en su comienzo (es lo que yo llamo una "dialéctica perversa" porque no se supera) se realiza entre la "base" (noción oscura) de la sociedad —el movimiento social, la protesta violenta, etc.— y el Estado, por más que los participantes en los movimientos, a nivel declaratorio y de la conciencia ingenua pregonen su "horror al Estado": quieren niveles de salario garantizados por el Estado, guarderías infantiles, saneamiento, transportes, etc. que dependan de la acción pública directa o regulatoria. Poco a poco, esta presión democrática se desdobra: se transforma en tendencia hacia las decisiones públicas y se manifiesta celosa de sus propios instrumentos formales de separación del Estado. Nace así la simiente de la democracia moderna.

O sea, la tecnificación de la sociedad, la burocratización de las empresas del Estado, "la inmodernidad" no es vía de dirección única: ella alcanza al conjunto de la sociedad y da origen a reubicaciones también del lado de los oprimidos. Por el mismo impulso centralizador de base técnica que diseña el conjunto (no la totalidad) surgen nociones que van más allá de lo inmediato y de lo irremediablemente privado o particularizador (aunque sea la categoría *mita de meialúrgico*, por ejemplo), para comenzar a alcanzar una política de conjunto. En este momento chocan con el Estado y pasan de la "dialéctica perversa" —ojalá— al "cerco creador".

La "masa" que comienza a perfilarse en esta lucha como agente histórico de una democracia que no se limita meramente a la ciudadanía y a la noción de derecho privado, ni considera el derecho público como una mera extensión de aquél, toma la forma del trabajador urbano, del "comida fría" rural, del aparcerero y también del asalariado llamado de "clase media". No es oportuno repetir aquí nuevos análisis sobre esto, pero es obvio que la proletarianización de la antigua "pequeña burguesía" profesional, la emergencia de funciones técnicas y burocráticas privadas y públicas, la expansión de las universidades como matriz de estas nuevas clases, dan la posibilidad de nuevos comportamientos y de nuevas alianzas entre las clases trabajadoras y las clases medias asalariadas.

Ahi está el sujeto histórico de la nueva democracia, social-socialista (ojalá). Que podrá reunir las ansias de reconocimiento, con la necesidad de control indispensable frente a las luchas sustantivas (la reforma del campo, las nacionalizaciones y, más que esto: cómo, por quién). Que estas clases no pueden limitar su ímpetu a la satisfacción parcial de sus necesidades no es una cosa unida a la conciencia empírica de ellas: es una cosa que se impone por el mismo movimiento que hace programada a la sociedad; la base tecnológica de la civilización actual y el carácter de Moloch del Estado, obligan a la sociedad civil a politizarse en la lucha.

A la cuestión de las áreas de lucha está delineada *ipso-facto* por el modo como describe la emergencia de los actores de la democracia contemporánea. Si ellos son el movimiento popular, el movimiento de las clases no propietarias ni al servicio de la gran empresa, la arena de lucha *no son los partidos*, sino que es la llamada sociedad civil; los movimientos sociales, la prensa, los sindicatos, la TV, las iglesias, las formas de cultura de masas (la música principalmente). Es allí que germina lo nuevo.

Pero si lo nuevo no rompe la particularidad del movimiento que se quiere controlar, lo que verdaderamente cuenta en la sociedad moderna (la inversión; por ejemplo, hacer reactivos; la guerra o preservar la ecología y generalizar el bienestar social; qué política educacional adoptar; qué tecnología generalizar, etc.), restituye la "dialéctica perversa". Los movimientos sociales se interesan por lo presente, por lo que es típico, de los "parches" a las fallas del sistema que hacen las clases dominantes, y éstas arremadas al Estado, en el secreto de los gabinetes, toman las decisiones que van a conformar la vida futura de las masas dominadas.

Surge de allí la necesidad del partido pero, ¿qué partido? Tampoco sobre el tema hay tiempo y espacio para grandes elaboraciones. En América Latina, en un modo general, tuvimos dos tipos de partidos, el ideológico de vanguardia y el comité electoral. El germen del cual el particularismo del movimiento contestatario pasará a la política en un contexto global no será ninguno de los dos. Pero probablemente contendrá aspectos de ambos. Si el partido no es capaz, en su papel de vanguardia, de diseñar algo de lo que puede llegar a ser la sociedad del futuro, no tendrá acogida ni ejercerá una pedagogía de la transformación. Si fuese sólo eso, quedará restringido al rol de una vanguardia esclarecida que desdoba a las masas y no pasará más allá del círculo ardiente de los propios militantes.

Si el partido no fuese, también, comité electoral despreciará la voluntad de la mayoría, que quiere votar y ganar, como una posibilidad de ser gobierno, sin cuya condición

(total o parcial, y, aunque *gobierno* no sea la misma cosa que *poder* o que *dominación*) no existirá la posibilidad de transformar la "dialéctica perversa" entre los "buenos" y los "impuros", en práctica transformadora de la sociedad y del *Estado*. Si sólo fuese comité electoral se cierra a los verdaderos cambios y se producirá la desmoralización por no poder contituirse en un instrumento de conducción política.

No ignoro lo que implica, en este contexto, un largo debate sobre el populismo. Prescindiendo de ello, para evitar interpretaciones equivocadas que la brevedad de la exposición seguramente traería. Pero el populismo, para decir algo, es la forma política que la "dialéctica perversa" asume del lado de los oprimidos. Condición propiciadora de un salto cualitativo, puede ser también el Waterloo de muchas ilusiones.

Aquí cabe otro paréntesis. Hablé del partido. Pienso mejor en los partidos. Si la base de la sociedad actual es diversificada y compleja y si existe el reconocimiento de que la política no es la mera *expresión* en el plano institucional del choque de las fuerzas y los intereses sociales, sino que es también un "deber ser" y la anticipación de proyectos, nada justifica el monopolio en el paso de lo social a lo político. Es en este plano y no en el de la conciencia individual o del pacto entre voluntades individuales y de libre elección personal, que ha de justificarse el pluralismo. No es preciso pensar como los federalistas ni negar a Rousseau para adoptar la idea de la división del poder (a lo Montesquieu) y de la libertad de organización política. Cabe, dentro de la propia tradición socialista y en nombre de la autonomía práctica y teórica de los miembros de la sociedad —por homogenea que esta sea— reivindicar el pluralismo. Si adoptáramos pura y simplemente la defensa del pluralismo como reivindicación de las reglas formales de alternancia en el poder, no tenemos cómo escapar de la crítica formal marxista: lo político pensado como algo aparte de lo social.

Si justificásemos la diversidad en nombre precisamente de la multiplicidad de cuestiones y de soluciones que presenta lo real, se salta el cerco de la metafísica y, al mismo tiempo, se desmitifica el germin de totalitarismo que la idea de partido y organización única poseen.

Por fin, en el gran escenario del Estado es un secreto de Polichinela que en las sociedades modernas el ejecutivo invade funciones de otros poderes. Si en la defensa de la democracia caímos en la trampa de pensar que los "partidos constitucionales" organizarán la voluntad general, aunque fragmentándola, para ejercer el control del ejecutivo, a través de los parlamentos, la dura crítica sobre el formalismo de la política burguesa caerá sobre nosotros. Naturalmente que la verdadera política burguesa no se hace en los parlamentos, sino en el ejecutivo y en las empresas. Y es ahí también que las fuerzas democráticas tendrán que jugar el valor de su perseverancia. Si no ha de haber una política democrática para el Estado, no habrá política, por la buena y bella razón de que la "sociedad contemporánea", su economía y su sociabilidad, se reproducen por el Estado y con el apoyo decisivo del Estado.

En esta materia el aspecto dinosaurio de la democracia que heredamos del siglo XIX es alarmante. El político profesional y el parlamento tradicional disponen del "ministerio de la palabra"; los funcionarios, técnicos y políticos efectivos de la gran empresa inventan, discuten e imponen planes y soluciones; controlan recursos y manipulan la información.

¿Quién será contrario a la "modernización" del parlamento? Nadie. ¿Quién acredita que de él deriva el control efectivo de las decisiones cotidianas? Nadie.

El parlamento continuará siendo esencial. Símbolo e instrumento de la libertad y de la crítica social. Pero sin que los partidos —y la gran presión democratizadora de la sociedad— tengan acceso y controlen democráticamente la administración, quedará sólo el consuelo de la protesta. Para los buenos y cándidos espíritus es suficiente la buena con-

ciencia. Para satisfacer a los hombres públicos y a las masas empobrecidas es preciso mucho más que eso.

De ahí la importancia de los votos, de aumentar las áreas de lucha por la administración y por el control del Estado. Es comprensible el "horror al poder" del hombre común, en el cual ve una fuente de corrupción y de privilegios. Es inaceptable que los reformadores y los partidos abdiquen de la creencia de que, a despecho de ello, domesticarán al monstruo estatal. ¿Cómo? Dando a las masas acceso directo a él. ¿Cómo? Fragmentándolo (como quería la buena tradición americana de los siglos XVIII y XIX) sin aplastar la voluntad pública en las manos de los intereses particulares, tornando más transparentes las decisiones, articulando el debate sobre las cuestiones estatales, usando la TV para sensibilizar al público sobre ellas, desacralizando la burocracia y los técnicos, convirtiendo al prepotente en un delegado sumiso a su constitucionalidad, antes que en un profeta.

Hay, pues, un largo camino que recorrer para transformar la idea democrática en algo compatible con la necesidad de cambios estructurales, y sin desfigurarla. Este largo camino requiere de algo más que de la mera actualización; no se trata de tomar a los clásicos de la democracia y colocarlos al día; requiere algo más también que la simple adición de socialismo a las reglas formales de la democracia; requiere todo eso como una respuesta creadora a una sociedad cuya base de civilización y cuyas necesidades son distintas de las sociedades del pasado, aun del pasado reciente.

Esto no quiere decir que esta proeza sea imposible. Ella se viene realizando día tras día. Las diferentes situaciones políticas latinoamericanas a que me referí dan una urgencia y una dimensión variable a la idea democrática. Esto es cierto. Pero todas ellas tienen algo en común, que también mencioné; se refunden al calor del capitalismo oligopólico, se industrializan o simplemente enfrentan el desafío del crecimiento económico; en este proceso se transforman socialmente, de modo contradictorio. Pues bien, de una manera variable, según las especificidades nacionales y el desarrollo de la lucha social entre las clases, en todas ellas se comienza a perfilar el nuevo actor histórico. Nuevo, no porque antes no existiese, sino porque ahora existe de un modo específico: enfrentándose con el Estado, siendo más bombardeado por los medios de comunicación de masas, sujeto a una burguesía que perdió la capacidad histórica para ser artífice de la democracia en una sociedad de masas.

Por esto, aunque en algunos casos la lucha política se da en torno de un plebiscito en otros de una huelga, en otros de elecciones, en otros de una confrontación armada, siempre sigue planteada la pregunta: ¿De qué democracia se trata, hecha por quién y con qué capacidad de unir lo formal a lo real?

Cuestionario 19

1. ¿Cuáles son las formas de desarrollo en el continente americano señaladas por Cardoso? Señale sus características según proceda.
2. Explique las consecuencias de la transformación del modelo capitalista asociado para el conjunto de la sociedad.
3. ¿Cuáles son las razones que le dan significado hoy a la democracia? Explíquelas.
4. ¿Cuáles son las áreas de lucha de la democracia contemporánea?
5. ¿Cuáles son los aspectos del partido que resalta Cardoso?

LESTER THUROW

**Los problemas que se agravan
¿Quién dominará el siglo XXI?**

Lester Thurow

"Los problemas que se agravan. ¿Quién dominará
el siglo XXI?"

en *La guerra del siglo XXI*, caps. 7 y 8, Buenos
Aires, Vergara, 1992.

Los problemas que se agravan

En la década de 1980 gran parte del mundo ha afrontado un crecimiento más lento, un aumento de la desocupación y un descenso de los niveles de vida. Este mediocre resultado no ha sido consecuencia de una ola de mala suerte. Ha sido provocado por una serie de problemas cada vez más graves que tienen un denominador común. Todos han sido causados por una economía mundial que ha dejado atrás las relaciones de cooperación del período que siguió a la Segunda Guerra Mundial; para resolverlos, todos requieren el desarrollo de nuevas formas de cooperación global.¹

EL MEDIO AMBIENTE MUNDIAL

Uno de los principales problemas que requiere la acción cooperativa es la preservación y la mejoría del medio ambiente global. Cuando se diseñó la economía que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el medio ambiente no era un problema. Pero en la actualidad es necesario crear instituciones que afronten los problemas globales del medio ambiente. Estas instituciones tienen que vincularse con las que promueven el crecimiento económico, pues la contaminación y la preservación de las especies están inexorablemente relacionadas con el desarrollo económico. Están vinculadas porque los mercados no tienen en cuenta los costos de la contaminación ni asignan valor a la eliminación de las especies.

Para cada agente económico, el medio ambiente es un lugar donde es posible eliminar sin costo los desechos. La contaminación en la cual incurre un solo individuo no tiene un efecto visible sobre su propio medio ambiente. De ahí que todas las naciones tengan un mayor incentivo para contaminar que para incurrir en los costos de producir bienes o servicios sin contaminar. Pero si se suman los actos de todos los agentes individuales, cada acto de contaminación, en efecto, cuenta. El problema es diseñar una economía mundial en la cual los niveles de vida puedan crecer de prisa, pero no haya contaminación.

La preservación de las especies, por ejemplo el intento de salvar al búho manchado del noroeste del Pacífico en Estados Unidos, no se incluye en el cálculo económico de la explotación de la madera, a pesar de las protestas de los intereses madereros, pues hay un incentivo que lleva a todos a desentenderse y a permitir que otro se preocupe y pague por la diversidad biológica. Los que talan la madera de los árboles viejos saben que sus empleos corren peligro si se preservan los árboles en defensa del búho manchado. Nadie conoce el valor futuro de la diversidad biológica, y no hay un mercado donde pueda comprársela.

En principio, el medio ambiente es un lugar donde el economista profesional y los ecologistas profesionales deberían cooperar, pero en el curso de los últimos 25 años no existen dos grupos que se hayan profesado más antipatía. Incluso cuando empiezan a mostrar

simpatía cada uno por los propósitos del otro, difícilmente logran tolerarse en la misma habitación. El desagrado no es teórico. Los economistas no niegan la validez de las preocupaciones ambientales. Un medio ambiente limpio es uno de varios resultados económicos deseables. Los economistas hablan de la "internalización de las externalidades". Con esta frase aluden a una producción que debe organizarse de modo tal que quienes compran artículos se vean obligados a pagar el costo total de producir esos bienes con un método que no contamine el ambiente. En vista de lo que parece en teoría un acuerdo, ¿a qué responde la antipatía?

Si bien un medio ambiente limpio es un resultado económico deseable en la perspectiva de la teoría económica, es sólo uno de muchos resultados económicos deseables, y no tiene derecho especial a la prioridad. Otros resultados económicos pueden ser más valiosos que un medio ambiente limpio e incluso que valga la pena obtenerlos a costa de un medio ambiente más sucio. Esto es una conclusión de sentido común para los economistas, pero tiene el carácter de una herejía para los ecologistas.

Otra parte del problema tiene que ver con los diferentes conceptos acerca de la eficiencia de las reglas y los reglamentos versus los incentivos. Los economistas creen que los incentivos funcionan. Si la gente se ve obligada a pagar por lo que se denomina "gasto por emanaciones" cuando contamina, contaminará menos, y si los pagos son bastante altos, no contaminará nada. Los estados en los que rigen leyes acerca de la acumulación de botellas no soportan el espectáculo de ver las botellas desechadas en sus parques y autopistas. Y a la inversa, los economistas no creen que las prohibiciones contra la contaminación sean más eficaces que las leyes destinadas a impedir que la gente bebiese alcohol (la "ley seca") durante la Prohibición. Los impuestos que gravan el alcohol pueden ser cobrados, pero la fórmula "No beberás" no es eficaz.

A menudo los ecologistas creen que los incentivos no son eficaces. Las corporaciones y los ricos sencillamente pagan y continúan contaminando. Y lo que es más importante, los ecologistas no están preocupados únicamente por la eficacia de las normas y los reglamentos ambientales que ahora rigen. Desean persuadir a otros de que se les unan políticamente. Con este fin, las leyes que determinan prohibiciones tienen importancia para

consolidar las ideas y atraer seguidores. A muchos ecologistas puede convencerseles de que luchen por leyes que prohíban la contaminación oceánica; a pocos ecologistas puede persuadirse de que luchen por un impuesto del 1 por ciento sobre los arrojos de desechos en las aguas del océano.

Casi por la naturaleza de sus inquietudes, los economistas enfocan los bienes y los servicios como el centro principal de atención, y consideran que el medio ambiente es una cuestión secundaria. Los ecologistas ven el mundo exactamente al revés. Un medio ambiente limpio es fundamental; los bienes y servicios constituyen un objetivo secundario.

Por ejemplo, los economistas ven la generación de electricidad como un resultado muy deseable, y observan que cualquiera que sea el modo de producirla, se originan ciertos problemas ambientales. Si se utiliza carbón, el problema es la lluvia ácida y el relleno de los pozos mineros abiertos. Si es la energía nuclear, desemboca en los peligros de la radiación. Si es la energía hidráulica inunda los caminos y los valles. Si se utiliza petróleo o gas natural, está consumiéndose un recurso natural que tiene fin. Si se emplea la energía solar, se producen algunos desechos muy tóxicos (por ejemplo, arsénico) en el proceso de la fabricación de las células solares y además los recolectores solares tienen una tecnología intensiva en recursos, que exige enormes cantidades de espacio y de cobre. Todas las técnicas concebibles para la producción de electricidad originan desechos, y todas las técnicas que se pueden concebir matan gente, pero los beneficios que provienen de la electricidad justifican eso.

En contraste, los ecologistas concentran la atención en la lluvia ácida, el agotamiento de los recursos naturales o la radiación, y consideran a la electricidad más bien como un factor secundario. Creen que la conservación del medio ambiente puede conducir al empleo de menos electricidad sin una reducción perceptible de los niveles de vida. Pero para el economista tal cosa es imposible, a menos que la gente de hoy sea ineficiente y adopte una actitud irracional, una posibilidad que los ecologistas consideran posible y los economistas rechazan.

Desde el punto de vista de los ecologistas, los que sean perjudicados por los desechos tóxicos siempre deben ser compensados, incluso si los responsables no sabían en el momento

dado que la sustancia era tóxica. Los economistas tienden a percibir las pérdidas del medio ambiente tan solo como uno de los tantos elementos casuales que reducen los ingresos personales. No hay nada especial en las pérdidas del medio ambiente.

La economía implica una actitud esencialmente previsora. Deben fijarse los precios de modo que la economía del futuro sea eficiente. Estos precios deberían incluir cargas que garanticen que la contaminación actual está controlada, pero no incluir cargas orientadas a corregir el pasado (es decir, no deben cobrarse impuestos para alimentar un fondo que limpie los antiguos depósitos de desechos tóxicos en los casos en los que los verdaderos responsables hace mucho que están muertos y ya no actúan). Pagar por los pecados de antes con los precios actuales equivale a deformar la eficiencia y la belleza del mecanismo de los precios.

A los ecologistas no los preocupa la belleza de una economía de mercado libre. Un medio ambiente verde vale más que el dinero verde. Cuando se llega al famoso resultado de las ganancias de las empresas (una expresión que les encanta a los economistas y que detestan los ecologistas), la probabilidad de que los economistas y los ecologistas firmen un tratado de paz es menor que la que se da en el caso de Israel y sus vecinos árabes.² Pero deberían hacerlo.

Con los desastres ambientales posibles y los que ya existen —agujeros de la capa de ozono en la Antártida y ahora quizás en el Artico, lluvia ácida en Nueva Inglaterra y Suecia, calentamiento global, la destrucción de las selvas tropicales; que al parecer nos rodean, vale la pena recordar que estas situaciones pueden revertirse si tenemos la voluntad de hacerlo. No vivimos en una tragedia griega del medio ambiente, donde el resultado está predeterminado, al margen de los actos de los protagonistas.

Hace poco estuve en Baltistan, una región del extremo norte de Pakistán, en la frontera con China. Reune algunas de las grandes montañas del mundo (incluso Godwin Austen —también conocida como K2— entre otros), y a menudo se dice de ella que es un desierto vertical. No crece vegetación en las montañas, excepto donde las riegan, usando agua que proviene del deshielo de la nieve en las alturas. Estuve por primera vez en Baltistan en 1972. En ese momento los árbo-

les eran muy escasos y muy separados unos de otros. Hacia 1989, uno observa un mundo muy distinto. En las capitales regionales como Skardu hay un océano verde. Crecen bosques donde nunca los hubo. En el límite de la ciudad se utiliza el riego para agrandar los bosques. En las aldeas más alejadas del del camino, uno puede encontrar pequeños viveros donde se producen árboles para transplantarlos a otras áreas cuando tienen fuerza suficiente para sobrevivir. Estas parcelas a menudo tienen una cerradura en el portón de entrada, pese a que uno fácilmente puede traspasar los muros de barro que las rodea. La cerradura es sobre todo un símbolo del valor de lo que hay adentro, más que un verdadero impedimento destinado a quien quiera robar un arbolito.

Este cambio no sobrevino espontáneamente. Llegó porque los holandeses utilizaron el dinero destinado a la ayuda extranjera para ampliar las áreas que podían regarse, de modo que los agricultores pudieran plantar bosques sin necesidad de reducir el área que dedicaban a la producción de alimentos. Utilizando el dinero de la ayuda exterior, los holandeses lograron que plantar árboles fuese rentable. Los campesinos analfabetos pronto aprendieron que plantar árboles les permitía ganar dinero. Los holandeses bien pueden enorgullecerse de las sumas gastadas con inteligencia. Baltistan sin duda está mejor, y en cierto aspecto también los holandeses están mejor. Cada árbol contribuye a purificar la atmósfera.

Las actividades de los holandeses indirectamente son causa de vergüenza para Estados Unidos. Hace unos años Estados Unidos encabezó esfuerzos para obtener que todos los países desarrollados del mundo se comprometiesen a entregar el 1 por ciento de su PNB con destino a la ayuda económica al extranjero. Los holandeses cumplieron su palabra. Estados Unidos no. Hoy la ayuda al exterior representa alrededor del 0,2 de su PNB, pero casi todo este dinero va a Israel, Egipto, Turquía y Pakistán, donde de hecho forma parte de la ayuda militar. En un período bastante breve, Estados Unidos ha pasado de ser el más generoso de los países a ser el menos generoso. El modo en que a los norteamericanos les agrada verse a sí mismos (como generosos) es un reflejo del pasado, no del presente.

Pero si uno quiere ser obstinado, afronta un obstinado problema que exige solución. Las lluviosas selvas tropicales pueden producir la atmósfera que todos necesitamos para sobrevivir, pero para Brasil, Indonesia y China es económicamente racional talarlas. Nadie paga por el aire puro, pero la gente paga por las naranjas o la carne. Tienen todo el derecho del mundo a talar sus bosques y convertirlos en naranjales y tierras de pastoreo con el fin de enriquecerse.

En definitiva, el mundo industrial rico tendrá que hacer lo que los holandeses hicieron en Baltistan, y hacerlo en escala mucho más amplia en las áreas de la selva tropical. Los holandeses determinaron que para los baltistanos fuese más rentable plantar árboles que hacer otra cosa. La parte rica del mundo tendrá que pagar alquiler por las selvas lluviosas, de modo que el cultivo de las mismas se convierta en una actividad más rentable que la tala.

Los seres humanos no están acostumbrados a tener que pagar para conseguir un aire respirable y una atmósfera que les permita salir de sus casas sin enfermar de cáncer de la piel; pero tendrán que aprender a hacerlo. Pagarán a los pobres con el fin de que planten árboles, no porque sean generosos, sino porque necesitan respirar aire puro.

El problema fundamental es el retraso temporal. Cuando algo como el aire pasa de la condición de un elemento gratis a la de algo costoso, nadie quiere afrontar esa realidad. Todos preferiríamos encontrar el modo de retornar a los buenos viejos tiempos, cuando no necesitábamos inquietarnos por el aire puro y no pagábamos por él. Pero la nostalgia resuelve pocos problemas. Si queremos aire puro de aquí a treinta años, es necesario plantar hoy esos árboles.

Un medio ambiente sano es un aspecto importante del nivel de vida material de un ser humano.³ Sin embargo, se advierte cada vez más que un medio ambiente apropiado no puede obtenerse mediante los actos individuales de un país.⁴ El calentamiento global, el excesivo anhídrido carbónico en el medio ambiente, el agujero de la capa de ozono en la Antártida, y el exceso de fluorocarbono en la atmósfera, no son problemas que puedan ser controlados o remediados por un solo país. Será necesario idear soluciones cooperativas.⁵

Si yo quiero menos combustible fósil y mi vecino no practica ningún tipo de conservación, incurro en lo que puede ser un costo muy elevado sin el beneficio correspondiente. Si se necesitan más árboles en las selvas del mundo para evitar que las temperaturas continúen elevándose, los árboles existirán sólo si alguien consigue que plantar árboles sea más rentable que talarlos. No es equitativo, ni eficiente, ni menos probable, que los dueños de las selvas puedan ser persuadidos para que voluntariamente (y gratis) mantengan al resto del mundo abastecido de suficientes eliminadores de anhídrido carbónico. Los que tienen un alto nivel de vida material tendrán que pagar si desean contar con un alto nivel de vida ambiental que acompañe a todo lo demás que ya tienen.

Como los brasileños lo explican cuando tapan sus selvas, no están haciendo nada que no se haya hecho en Ohio 10 años antes. Por supuesto, la diferencia es que los árboles del bosque tropical brasileño trabajan más y son mejores eliminadores de anhídrido carbónico que los árboles de Ohio, pues los brasileños tienen hojas doce meses al año. Si el mundo necesita árboles, es más eficiente utilizar parte del ingreso obtenido en Ohio para pagar el aumento del número de árboles en Brasil, que reconvertir a Ohio a la producción de árboles.

Esto podría hacerse fácilmente utilizando satélites para medir las hectáreas de selva en Brasil y después, pagar a ese país una renta anual por su selva, tan alta como para permitirle ganar más plantando árboles que cortándolos y criando ganado. Los sistemas como el alquiler de las selvas brasileñas exigen la presencia de organizaciones oficiales cooperativas. A causa de los problemas del "free-rider" (usuario gratuito), estas instituciones necesitan tener el poder necesario para recaudar los impuestos que permitirán preservar el medio ambiente global.

No será fácil resolver problemas como el calentamiento global, a causa de las largas secuelas que producen. (El anhídrido carbónico descargado hoy afectará a la atmósfera del mundo dentro de 50 años). Cuando sea absolutamente claro que hay un proceso de calentamiento global, será demasiado tarde para hacer nada al respecto. Al mismo tiempo, no tiene sentido trastornar los estilos de vida y gastar enormes sumas de dinero en un problema inexistente. Estarán los que digan que hay que espe-

rar,⁶ del mismo modo que habrá algunos que dirán que hay que actuar.⁷ La respuesta acertada es hacer las cosas que tienen sentido, al margen de que exista o no un problema ilimitado de calentamiento global a largo plazo. En Estados Unidos esto significa un elevado impuesto para la gasolina; algo que tiene lógica dado los problemas de la balanza de pagos y las inseguridades en el suministro extranjero de petróleo. Desde el punto de vista mundial, tiene sentido preservar a las selvas.

En definitiva, un medio ambiente sano permite sostener a las poblaciones humanas. El uso de casi todo y la eliminación de casi todo es un fenómeno directamente proporcional a un número de personas que habitan el globo. ¿Cuántas personas puede llevar cómodamente ese gran vehículo que es la tierra? La respuesta depende de las ideas acerca de los estilos de vida óptimos.

Si la población mundial tuviese la productividad de los suizos, los hábitos de consumo de los chinos, los instintos igualitarios de los suecos y la disciplina social de los japoneses, el planeta podría sostener muchas veces su población actual sin contaminación excesiva y sin privaciones para nadie. En cambio, si la población mundial tuviese la productividad del Chad, los hábitos de consumo de Estados Unidos, los instintos igualitarios de India y la disciplina social de Yugoslavia, el planeta no podría sostener ni siquiera una cifra cercana a la actual. Por desgracia, la mayoría de los seres humanos parece corresponder a la categoría Estados Unidos-Chad-Yugoslavia.

La interacción entre el número de personas que un área dada puede soportar y los estilos de vida esperados puede verse en lo que se denominó a principios de la década de 1960 el problema de la "dieta mínima". ¿Cuál era la suma de dinero mínima que un norteamericano adulto necesitaba para adquirir una dieta equilibrada correspondiente a un año? En cierto modo, con relativa sorpresa, los economistas descubrieron que era posible adquirir una dieta equilibrada por lo que era entonces la suma de 79 dólares anuales y que hoy representaría 283 dólares. Sin embargo, la dieta consistía en comidas que dependían sobre todo de habas y tocino, con suficiente zumo de naranja e hígado para suministrar los minerales, las vitaminas y las proteínas que faltaban en las habas y el tocino. Y si uno estaba dispuesto a in-

gerir plantas nutritivas, pero no consumidas normalmente, por ejemplo, los dientes de león, podía obtenerse una dieta mínima incluso por menos. Se realizaron estudios similares sobre el calor y el espacio. Los esquimales nos proporcionan la prueba concreta de que en realidad no son necesarias grandes proporciones de las dos cosas. Si la gente estuviese dispuesta a vivir de la forma más barata que permita una expectativa de vida normal, no necesitaría mucho en términos de bienes y servicios y la capacidad de sostén de la tierra sería enorme.

Sin embargo, el problema no consiste en determinar qué es factible económicamente, sino qué es socialmente aceptable. ¿La mayoría de la gente está dispuesta a aceptar los supuestos que están detrás del problema de la dieta mínima, a saber, que nadie debe tener nada por encima y más allá de lo que necesita para llevar una vida sana? La respuesta sin duda es negativa, y esa falta de disposición es el límite real en la población mundial. Para mejorar su estilo de vida, los que "tienen" están dispuestos a observar cómo se abstienen "los que no tienen".

Por supuesto, estas actitudes pueden cambiar. Las ideas acerca de lo que es aceptable dependen de las circunstancias y cambian lentamente en el curso del tiempo, de acuerdo con la densidad demográfica. Por ejemplo, los japoneses viven en apartamentos atestados que a juicio de los norteamericanos son angustiosamente pequeños. Al ver cómo vive el resto del mundo rico, el descontento se está acentuando actualmente en Japón, pero por lo menos hasta hace poco los japoneses estaban socializados de modo que aceptaran las viviendas muy pequeñas. Pero no llegaron rápidamente a ese estilo de vida "amontonada". Esta forma se desarrolló lentamente en el curso de los siglos como consecuencia de la necesidad en un país cuya población ha llegado a ser cinco veces la de California en un área más o menos de la misma extensión. Si la población californiana aumentase lentamente hasta quintuplicarse, el estilo de vida aceptable en California también variaría. Los jardines y las piscinas de natación privadas desaparecerían. Sin embargo, los japoneses tienen un nivel de vida alto. Sucede simplemente que es muy distinto del nivel de vida norteamericano. Con un alto grado de disciplina y organización social, el mundo podría adaptarse a ca-

si cualquier población, con la única condición de que esta crezca con suficiente lentitud.

En términos realistas, una población mundial que crece lentamente, es necesaria en beneficio del desarrollo económico y del medio ambiente. Ni el crecimiento económico ni la disciplina social pueden salvaguardarse con un rápido crecimiento demográfico. El problema es cómo llegar de este punto al otro.

Cuanto más rico es el país, más lenta es la tasa de crecimiento demográfico. La mayoría de los países de Europa y Japón tienen tasas de crecimiento que son inferiores a las necesarias para mantener una población constante. Los que más pueden darse el lujo de tener hijos son quienes de hecho tienen menos. Lo que a simple vista parece una paradoja, no lo es. En los países ricos los padres comprenden que si desean tener un nivel de vida de alto consumo y quieren dar a sus hijos un estilo de vida por lo menos tan alto como el que ellos poseen, no pueden permitirse tener muchos hijos. En los países pobres los hijos no son la misma carga, pues nadie proyecta realizar las inversiones necesarias para enriquecerse. Pero como no se realizan estas inversiones, sucede que no existe la posibilidad de que los hijos de esta gente vivan en un país rico.

En los países rurales pobres durante la siembra y la cosecha los niños son seres productivos a edad mucho más temprana que en el mundo industrial. Lo que es más importante, en estos países los niños son el sistema de jubilaciones de la ancianidad. Hace dos décadas, cuando yo trabajaba en Pakistán, un campesino me explicó por qué necesitaba tener 17 hijos. En primer lugar, de hecho tendría sólo 9, pues 8 morirían antes que él. Segundo, en realidad, sólo tendría 3, pues otros 6 serían demasiado pobres para cuidarle en su ancianidad. Tercero, en realidad tendría uno solo, pues dos de los que dispusieran de bienestar suficiente para cuidarle serían mezquinos y egoístas y rehusarían hacerse cargo. En consecuencia, si no deseaba pasar hambre en su ancianidad, necesitaba por lo menos 17 hijos.

Aunque las poblaciones no aumentan rápido en el Primer y el Segundo Mundo, el rápido crecimiento demográfico en el Tercer Mundo origina un problema en el Primero. La producción de electricidad en China mediante la combustión de lignito

puede convertir a Tokio en un mar de lluvia ácida. Con los transportes modernos, también es evidente que gran parte del Primer Mundo ha perdido el control de sus fronteras. Donde hay enormes diferencias de ingresos entre regiones contiguas (Estados Unidos/México, Europa meridional/Africa septentrional), los seres humanos encuentran algún modo de trasladarse. Si un país desea continuar siendo miembro del Primer Mundo, no tiene más alternativa que realizar las inversiones necesarias en estos nuevos inmigrantes y en sus hijos. Pero esta actitud deteriora el nivel de vida de los que ya viven en el país, exactamente como si ellos mismos tuviesen más hijos.

Los extranjeros ricos no pueden obligar a los nativos pobres a tener familias más pequeñas. Pero los extranjeros ricos pueden concentrar la ayuda económica donde esta puede ser más útil. Ayudar a los países de rápido crecimiento demográfico es malgastar el tiempo. Nunca pueden elevar el nivel de vida, por mucho que se esfuercen o por mucho que se les ayude. La ayuda económica exterior debe concentrarse en los países subdesarrollados con tasas de crecimiento demográfico más lento o donde se realizan grandes esfuerzos para reducirlos. Proceder de otro modo es malgastar los limitados recursos en una tarea sin esperanza. Lo que Alemania, Japón y Estados Unidos no pueden lograr —enriquecerse mientras sus poblaciones crecen de prisa— no puede ser hecho por otros.

LOS DESEQUILIBRIOS ESTRUCTURALES DEL COMERCIO

El déficit comercial norteamericano y los excedentes de Japón y Alemania (son esencialmente imágenes reflejas uno de los otros) están originando fuerzas gravitatorias económicas semejantes al de un agujero negro en el espacio. Se cree que existen agujeros negros donde al parecer no existe nada, donde todo lo que ingresa se esfuma. Las fuerzas gravitatorias son tan intensas en el interior de un agujero negro que ni siquiera la luz pue-

de emerger, por lo tanto, de ahí el nombre. Como nadie puede idear el modo de visitar un agujero negro para informar acerca de lo que haya allí, lo que sucede en un agujero negro debe deducirse de lo que no puede verse. A causa de las fuerzas gravitatorias intensas, se cree que la naturaleza misma de la materia está modificada esencialmente.

Lo mismo sucede con los actuales desequilibrios estructurales en el comercio. Si bien antes ya ha habido déficits y excedentes comerciales, nunca habían sido tan considerables y ni existieron durante períodos tan prolongados. Cuanto más duran, mayor el impacto posible. En definitiva, lo mismo que un agujero negro real, estas fuerzas llegarán a ser tan considerables como para torcer y deformar la naturaleza misma de la economía mundial.

A partir de un excedente de 6.000 millones de dólares en 1981, Estados Unidos se hundió en el déficit al representar su papel tradicional de locomotora económica después de la recesión de 1981-1982. Como Estados Unidos crecía más velozmente que la mayor parte del resto del mundo, sus importaciones aumentaron más de prisa que las exportaciones, pero esto se vio magnificado por la peculiar mezcla de políticas fiscales y monetarias adoptadas por el gobierno de Reagan durante sus dos primeros años de gestión. Las elevadas tasas de interés se combinaron con los grandes recortes impositivos y un gran aumento en los gastos para la defensa. Los recortes impositivos y los aumentos en los gastos suministraron una locomotora keynesiana a la economía norteamericana y mundial, pero las altas tasas de interés atrajeron enormes flujos de capital extranjero, elevaron de manera drástica el valor del dólar y condujeron a un déficit comercial mucho mayor que lo que habría sido el caso si Estados Unidos se hubiese limitado a representar su tradicional papel de locomotora para salvar al mundo de su recesión. Sin esas elevadas tasas de interés, el dólar habría caído mucho antes.

A mediados de la década de 1980 se abrigaba la esperanza de que un modesto ajuste en el sentido descendente del valor del dólar curaría los desequilibrios estructurales del comercio que se habían manifestado en la primera mitad de la década de

1980. Todos tenían que mostrarse pacientes, y dar tiempo para actuar al dólar devaluado. Los valores de la moneda cambiaron, como debían hacerlo con el paso del tiempo, pero los efectos deseados no se produjeron. El valor del dólar cayó un 35 por ciento (ponderado con respecto al comercio), y el valor del yen se elevó un 35 por ciento, pero el esquema de desequilibrios en 1991, aunque superficialmente mejor, fue tan inmanejable desde el punto de vista estructural como había sido en 1985, cuando el valor del dólar había alcanzado su nivel más alto.

El déficit norteamericano de cuenta corriente llegó a su máximo en 1987, con la cifra de 144.000 millones de dólares, pero aún era de 99.000 millones en 1990, pese a que el valor del dólar norteamericano había estado disminuyendo durante cinco años. Hasta 1991 la mejora en la balanza comercial norteamericana se vio contrapesada por el deterioro en la balanza comercial de Gran Bretaña. El Reino Unido pasó de un excedente de 5.000 millones de dólares en 1985 a un déficit de 34.000 millones de dólares en 1990, pese a una disminución del 10 por ciento del valor de la libra. Si uno suma los déficits conjuntos de los dos países deficitarios, esos déficits combinados fueron mayores en 1990 que en 1985.

En la primavera de 1991, el déficit norteamericano mejoró temporariamente a causa de la recesión norteamericana (con el crecimiento más lento, Estados Unidos importó menos) y la guerra en el Golfo Pérsico (lo que el resto del mundo pagó a Estados Unidos por hacer la guerra—casi 60.000 millones de dólares—apareció como la exportación de un servicio—hacer la guerra—y determinó una mejora temporal de la cuenta corriente de Estados Unidos). Cuando comience la recuperación norteamericana, y se hayan cancelado todos los pagos por la Guerra del Golfo Pérsico, el déficit norteamericano se deteriorará rápidamente.

El excedente comercial de Alemania occidental aumentó constantemente de 1985 a 1989, a pesar del aumento del 20 por ciento en el valor del marco, y llegó a su máximo en 1989 con la cifra de 55.000 millones de dólares. El excedente alemán se redujo en 1990 y desapareció por completo en la primavera de 1991 cuando Alemania desvió exportaciones y aumentó las importaciones para desarrollar la empobrecida Alemania oriental. A la corta, este cambio concede al resto del mundo una pequeña

TABLA 7.1
Excedentes y déficits en cuenta corriente
(en miles de millones de dólares norteamericanos)

País	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
Estados Unidos	6	-7	-44	-104	-113	-133	-144	-127	-106	-92
Alemania Occidental	-3	5	5	10	17	40	46	50	55	44
Reino Unido	15	8	6	3	5	16	-7	-27	-34	-24
Japón	5	7	21	35	49	86	87	80	57	36
Países de reciente industrialización**	-	-	-	-	-	-	28	26	19	28
Exportadores de petróleo	47	-10	-20	-6	4	-23	-4	-13	6	-
Europa Occidental***	-33	-32	-	27	3	8	-5	-7	-21	-13
Otros	-107	-74	-38	-27	-34	-30	-5	-15	-53	-

Fuente: Fondo Monetario Internacional

* International Monetary Fund, *International Financial Statistics Yearbook 1990*, (Washington D.C.: IMF, 1990), págs. 142-143. "Economic and Financial Indicators", *The Economist*, 8 de marzo de 1991, pág. 102. "Economic and Financial Indicators", 25 de mayo de 1991, pág. 104. "Economic and Financial Indicators", 14 de junio de 1992. China External Trade Development Council, *Handy Economic and Trade Indicators*, (Taiwan: The Council, 1991), pág. 11. Monthly Statistics of the Republic of China, abril de 1991. International Monetary Fund, *International Financial Statistics Yearbook 1991*, (Washington D.C.: IMF, 1991), págs. 246, 542, 550, 576.

** Cuando no se enuncia por separado, incluido en Otros.

*** No incluye Alemania Occidental y el Reino Unido.

pausa económica, pero, ¿qué sucederá una vez que Alemania oriental haya sido reequipada e incorporada a un nuevo y más amplio mecanismo alemán de exportación? El excedente estructural del comercio de Alemania probablemente reaparecerá, más considerable que nunca.

El excedente japonés culminó en 1987 con 87.000 millones de dólares, descendió a 37.000 millones de dólares en 1990 como resultado de los precios más elevados del petróleo en el Medio Oriente, pero comenzó a ascender bruscamente otra vez en la primavera de 1991. Hacia el otoño de 1991 representaba una cifra que superaba holgadamente los 100.000 millones de dólares anuales. Los excedentes bilaterales de Japón con relación a Estados Unidos estaban descendiendo en 1991, pero sus excedentes con el resto del mundo aumentaban en proporciones aun mayores. Los grandes aumentos del valor del yen y los resultados de seis años, no han eliminado el excedente japonés.

Las variaciones de las tasas de cambio no cumplieron la función que se les atribuía tanto en los países deficitarios como en los de superávit. El desequilibrio fundamental que se manifestó en las cuentas comerciales del mundo durante la década de 1980 persistió obstinadamente a comienzos de la década de 1990.

Si bien el déficit y los excedentes estructurales del comercio pueden financiarse más fácilmente con un mercado mundial de capitales, este hecho sencillamente reduce su capacidad de freno a corto plazo a costa del aumento de su capacidad destructiva general. Pueden crearse grandes posiciones deudor-acreedor antes de que sea necesario hacer algo. Nadie puede pronosticar los tiempos exactos, pero ningún país puede continuar incurriendo permanentemente en déficits comerciales.

La matemática financiera básica es clara. Para mantener un déficit comercial, un país debe tomar prestado del resto del mundo y acumular deudas internacionales. Los intereses anuales de esta deuda acumulada tienen que ser pagados. A menos que un país obtenga un excedente comercial, tendrá que tomar prestados los fondos necesarios para realizar los pagos de sus intereses. Así, el monto anual que debe tomar prestado es cada vez mayor, incluso si el déficit comercial mismo no se amplía. A medida que crecen las deudas, aumentan los pagos en concepto

de intereses. A medida que crecen los pagos por intereses, aumenta la deuda. Con el paso del tiempo, la tasa de acumulación de la deuda se eleva, incluso si el déficit comercial básico continúa constante. El interés compuesto a su tiempo garantiza que los préstamos anuales requeridos lleguen a ser tan grandes que el resto del mundo no pueda (o no quiera, cosa que sin duda sucederá antes) prestar las sumas necesarias. Cuando suceda eso, habrá cambios drásticos.

Supongamos que Estados Unidos comienza con un déficit comercial de 100.000 millones anuales (más o menos la cifra actual). Durante el primer año debe tomar prestado 100.000 millones para financiar el déficit comercial. Pero a medida que el proceso continúa se acumulan las deudas. Con tasas de interés del 10 por ciento el segundo año, debe tomar prestado 110.000 millones (100.000 millones para pagar el déficit comercial y 10.000 millones para pagar los intereses de la deuda pendiente). Al tercer año debe tomar prestado 121.000 millones (100.000 millones para cubrir el déficit comercial y 21.000 millones para pagar los intereses de una deuda acumulada de 210.000 millones: 100.000 millones del primer año más 110.000 millones del segundo).

Cuando Estados Unidos deba un billón de dólares, deberá tomar prestados 200.000 millones por año: 100.000 millones para financiar su déficit comercial y 100.000 millones para realizar los pagos exigidos en concepto de intereses. Si se tiene un déficit comercial anual de 100.000 millones y se paga un 10 por ciento de intereses, el primer billón de deudas internacionales se acumula en 8,3 años, el segundo billón se acumula en 4,2 años y el tercero en sólo 3 años. Los pagos por la deuda y los intereses crecen con un ritmo cada vez más veloz.

Con el tiempo, el resto del mundo se resistirá a prestar las sumas necesarias. Las naciones rehusarán prestar porque los riesgos de la falta de pago de los norteamericanos, en monedas del mismo valor de las que se prestaron, es demasiado alto, o porque las sumas que es necesario prestar los obligan a ahorrar más de lo que están dispuestos a hacer: desean consumir su ingreso en lugar de prestarlo a los norteamericanos. Cuando suceda esto, la estructura del comercio mundial tendrá que sufrir un cambio significativo.

En los niveles de productividad norteamericanos, se necesitan alrededor de 2,5 millones de trabajadores de dedicación total para producir bienes y servicios exportables por valor de 100.000 millones de dólares. Como el resto del mundo ha estado obteniendo un excedente comercial de 100.000 millones de dólares con Estados Unidos, por lo menos 2,5 millones de trabajadores en el resto del mundo deben sus empleos a ese excedente comercial; incluso más si los excedentes de exportación corresponden a países cuyos niveles de productividad son inferiores a los de Estados Unidos. Cuando se interrumpe el préstamo, se interrumpe el excedente comercial (los norteamericanos carecen de fondos para comprar artículos extranjeros), y esos empleos relacionados con esas exportaciones desaparecen.

Pero eso no es más que el comienzo de los problemas en el resto del mundo. Sin el préstamo extranjero, Estados Unidos debe obtener un excedente comercial que le aporte los fondos necesarios para pagar intereses por sus deudas acumuladas. Si el préstamo se detiene cuando estas deudas se elevan a 3 billones de dólares, Estados Unidos debe obtener un excedente comercial de 300.000 millones para obtener los fondos necesarios que le permitirán pagar los intereses, suponiendo una tasa de interés del 10 por ciento. Un excedente comercial norteamericano de 300.000 millones de dólares significa un déficit comercial de 300.000 millones de dólares en el resto del mundo. Como 300.000 millones de exportaciones norteamericanas desplazan 300.000 millones de la producción de otros países, el resto del mundo pierde otros 7,5 millones de empleos, es decir, un total de 10 millones de empleos. Los cambios necesarios en la estructura del comercio internacional ciertamente serán grandes, y pueden ser súbitos.

En Estados Unidos la reestructuración necesaria es incluso más profunda. Cuando un país toma prestado dinero del resto del mundo, su consumo puede exceder su ingreso (producción). Con un déficit comercial, los norteamericanos llegan a consumir unos 100.000 millones de dólares en artículos suplementarios que no producen. Cuando el préstamo se interrumpe, pierden esos 100.000 millones agregados a su consumo, pero como tienen que comenzar a pagar intereses en lugar de tomar

prestados los fondos para pagar intereses, hay otra disminución inevitable de su consumo. Los 300.000 millones de dólares en pagos por intereses debidos al resto del mundo, ahora deben ser extraídos del bolsillo propio (antes se lo tomaba prestado de los extranjeros y se entregaba a los extranjeros), para darlo a los extranjeros que ahora son los titulares de esos créditos. El consumo total norteamericano disminuye en 400.000 millones de dólares.

Tomar prestado al extranjero es esencialmente un modo de elevar los ingresos actuales a costa de reducir los futuros; cuanto mayor sea la suma actual, más elevada será la sustracción mañana. Los norteamericanos han bajado la guardia en relación con esta resta futura porque la toma de préstamos se ha prolongado tanto tiempo que parece que puede continuar eternamente. Pero no es así.

Las posiciones de acreedor o deudor nacional neto se calculan restando todos los activos de propiedad norteamericana en el resto del mundo, de todos los activos de propiedad extranjera en Estados Unidos. A fines de 1982, a costos históricos, los norteamericanos poseían 152.000 millones de dólares más en concepto de activos en el resto del mundo que lo que el resto del mundo poseía en Estados Unidos.⁸ A principios de 1991, el resto del mundo posee en Estados Unidos 757.000 millones más de activos que lo que los norteamericanos poseen en el resto del mundo.⁹

Uno puede discutir sobre la posición exacta de deudor neto de los Estados Unidos. Varía según uno utilice los costos históricos o los valores de mercado. El Departamento de Comercio de Estados Unidos calcula que a finales de 1990 las deudas netas de Estados Unidos representaban sólo 361.000 millones de dólares a los valores del mercado.¹⁰ Los activos norteamericanos en el exterior han sido adquiridos antes que los activos extranjeros en Estados Unidos, y por lo tanto han tenido más tiempo para valorizarse. Pero sea cual fuere hoy la condición exacta de deudor, son aplicables los mismos límites. Las deudas más bajas simplemente significan que un país puede administrar su déficit comercial por un poco más de tiempo que si las deudas fuesen más elevadas.

Si bien el lenguaje de los préstamos extranjeros tomados y concedidos técnicamente es correcto, resulta engañoso cuando

se aplica a Estados Unidos. En los últimos años, los norteamericanos no han estado tomando tantos préstamos del resto del mundo, como vendiendo activos: por ejemplo, la Columbia Pictures y el Rockefeller Center. Desde el punto de vista funcional, y con respecto a su impacto sobre los futuros niveles de vida, es equivalente. Los préstamos llevan a futuros pagos de intereses y deben ser enviados al exterior; la venta de activos conduce a futuras ganancias o rentas que deben ser enviadas al exterior. En ambos casos, reducimos los futuros niveles de vida norteamericanos. Pero son distintos en el sentido que Estados Unidos no alcanza de golpe el límite del préstamo, como le sucedió a México el viernes 13 de agosto de 1982. Estados Unidos tiene muchos activos que podría vender, y por lo tanto, puede convertirse en una nación deudora neta en un grado mucho mayor que México.

Para ser exactos, Estados Unidos tiene alrededor de 25 billones de dólares en activos privados y teóricamente podría acumular deudas de esa magnitud antes de que fuese necesario detener los "préstamos" (venta de activos). En ese momento, los extranjeros serían dueños de todo lo que podría ser objeto de apoderamiento en Estados Unidos. A menudo, los norteamericanos hablan de la posibilidad de que los extranjeros compren a Estados Unidos, pero la realidad es que los norteamericanos están vendiendo Estados Unidos para mantener sus hábitos de consumo.¹¹ Si continúan así, conseguirán vender toda su herencia capitalista. El préstamo sin duda se suspenderá antes de que suceda tal cosa (los extranjeros temerán, con razón, la expropiación), pero nadie sabe hasta dónde puede llegar este proceso.

A medida que pasa el tiempo, las fuerzas económicas gravitatorias del déficit comercial son cada vez más fuertes. Nadie sabe cuánto tiempo podrá mantenerse ese déficit, pero no puede prolongarse eternamente. Además, es estúpido poner a prueba los límites del sistema. Una vez que uno entra en un agujero negro, no puede salir.

Como la cooperación es el único modo de evitar el agujero negro creado por los desequilibrios comerciales de carácter estructural, esta se convierte en algo importante. Si los países deficitarios deben llevar a cabo la totalidad del ajuste, les que-

dan sólo tres posibilidades: (1) Pueden reducir sus propias tasas de crecimiento y limitar las importaciones; (2) pueden permitir que las monedas se devalúen y así se reduzcan las importaciones y aumente la inflación; o (3) pueden reducir las importaciones apelando directamente a las barreras aduaneras. Todo esto conduce a un crecimiento mundial inferior. Si los países con excedente practican el ajuste creciendo más de prisa, sus importaciones aumentan y el crecimiento mundial se acelera, pero corren cierto riesgo con la inflación. No existe una solución indolora. El problema es cómo distribuimos ajustes o las obligaciones entre todos de modo que provoquen los menores daños y la más equitativa distribución del sufrimiento.

¿QUIEN ES EL POLICIA QUE MONTA GUARDIA?

En lugar de tener un sistema comercial internacional con normas acordadas y algún sistema internacional de solución de las disputas, ahora cada país está estableciendo sus propias normas, adoptando la posición de juez y aplicando castigos a los que violan su interpretación de las reglas. En lugar de utilizar la definición internacional del término "dumping" —vender en los mercados extranjeros a precios más bajos que en el mercado interno— los Estados Unidos, por ejemplo, aprobaron una ley que define al dumping como la venta de productos a menos precio que el costo total, más el 10 por ciento de los costos generales por lo demás no revelados, más un 8 por ciento de margen de beneficio sobre las ventas. Utilizando esta definición, 17 de las grandes firmas industriales más importantes de Estados Unidos podrían ser culpables de dumping, pues muy pocas firmas obtienen un margen de beneficio sobre las ventas del 8 por ciento. Armadas con una ley que convierte a casi todo el mundo en culpable de dumping, las empresas norteamericanas procedieron luego a mantener los productos extranjeros fuera del mercado, promoviendo juicios al amparo de la nueva ley antidumping de Estados Unidos.

Entretanto, los japoneses utilizan varias técnicas destinadas a provocar retrasos —allí se la denomina "orientación admi-

nistrativa"– con el fin de impedir que las empresas norteamericanas que poseen ventajas tecnológicas conquisten posiciones en el mercado nipón tan sólidas que después no puedan ser desalojadas por las empresas japonesas que quieran entrar en esos mercados. Corning Glass se enfrentó con esos retrasos en las fibras óptica; más recientemente, Motorola tuvo el mismo problema con los teléfonos celulares.

Las normas que rigen el comercio internacional están siendo infringidas unilateralmente, por dos razones. El mundo ha superado las reglas actuales, y las tasas flexibles de cambio, que supuestamente garantizaban un equilibrio general de las cuentas comerciales, han dejado de funcionar. El cuadro de excedentes y déficits es más desigual, más persistente y más considerable que lo que nunca ha sido antes. Los retrasos temporales son excesivos, y los desajustes demasiado amplios para tolerarlos. Durante el prolongado período en que soportan el déficit, los países creen que deben responder con actos que limiten sus importaciones en desafío a las normas del comercio internacional, pues demasiados productores locales se ven perjudicados por las importaciones y muy pocos se ven beneficiados por las exportaciones.

Es posible que el mundo desarrollado esté aproximándose hacia bloques comerciales, pero aun así, necesitará reglas de comercio y algún mecanismo que las controle. Con el tiempo será necesario redactar las normas que rijan un mundo basado en cuasi-bloques comerciales. ¿Qué técnicas de comercio administrado son permisibles? ¿Qué normas impedirán que los bloques comerciales sucumban a la tentación de la autosuficiencia? En la reunión en que se redacten las nuevas normas, habrá que incorporar una institución que fue propuesta, pero por último omitida, cuando se creó el GATT –la Organización del Comercio Internacional (OCI). La OCI fue concebida inicialmente para ser el juez y el policía del sistema comercial mundial. Estados Unidos rechazó la OCI porque no deseaba ser juzgado ni vigilado. Quería ser el juez y el policía. Pero Estados Unidos hoy no está en condiciones de representar ese papel autodesignado.

El mundo tiene que crear una institución que vigile un sistema comercial justo, incluso si el sistema es un sistema de comercio administrado.

La historia nos enseña que el capitalismo es un sistema intrínsecamente inestable y que de tanto en tanto hay que salvarlo de sí mismo. La inflación, el pánico financiero, las recesiones o las crisis, todos son elementos intrínsecos del capitalismo. El capitalismo es un fenomenal generador de bienes y servicios, pero lo mismo que un auto de carrera con muy buena puesta a punto, a menudo tiene desperfectos que necesitan muchas reparaciones regulares, así como revisiones y reglajes.

Piénsese en lo que estaría sucediendo ahora en Estados Unidos si el gobierno norteamericano no hubiese acudido al rescate de los bancos de ahorro y préstamo en bancarota, cuando se agotaron los fondos de garantía de los depósitos. Con los depositantes que habían perdido cientos de miles de millones de dólares, ya estaría desarrollándose un cataclismo semejante al de los años 30.

Con firmes medidas keynesianas de fortalecimiento de la demanda total para oponerse al ciclo (en la forma de un gran recorte impositivo, un gran aumento en los gastos para la defensa) la dura crisis mundial de 1981-1982 se convirtió en un resultado aceptable durante el resto de la década. Con las políticas keynesianas convencionales de carácter anticíclico, que aportaron mucha liquidez al sistema, el pánico mundial financiero de octubre de 1987 fue convertido en el rendimiento más dinámico de la década de 1988.

Pero el problema real probablemente no es el desastre. Si sobreviniera una brusca caída de la economía mundial, las tres grandes economías (Alemania, Japón y Estados Unidos) coordinarían sus esfuerzos para impedirlo. El problema real es que la tasa de crecimiento mundial sea tan baja que los niveles de vida desciendan en la mayoría del mundo, pero no tanto que amenacen la estabilidad del sistema, como sucedió durante gran parte de la década de 1980. En esas condiciones tan inseguras, no hay coordinación. Sin la creación de una demanda global suficiente, el resultado tiende a ser un mundo que en la década de 1990 crezca aun más lentamente que en la década de 1980.

La coordinación macroeconómica en un país ya no es posible. La locomotora norteamericana simplemente no tiene fuerza suficiente para continuar arrastrando el tren económico mundial. Con un déficit comercial que ya es grande, con un déficit del gobierno federal que también es considerable, y partiendo de una posición que es la del principal deudor del mundo, y no la del principal acreedor neto, Estados Unidos sencillamente no podría hacer en 1992 lo que hizo con eficacia en 1982: sacar al mundo de la crisis. El intenso estímulo macroeconómico de Estados Unidos en 1982 fue el último de estos esfuerzos solitarios que el mundo verá. En la década de 1990 ningún país parte de una posición suficientemente fuerte para ser la locomotora de la economía mundial.

Sin embargo, el mundo necesita una locomotora. Alemania occidental, uno de los grandes prestamistas de la década de 1980, será un gran prestatario en la de 1990, cuando invierta en Alemania oriental para construir la infraestructura del capitalismo. El resto de Europa oriental y Kuwait también serán grandes prestatarios en la década de 1990. Las tasas de ahorro nacional están descendiendo en todos los países importantes del mundo. Se perciben fisuras en el crédito mundial.¹² Si se elevan las tasas de interés real, el crecimiento tenderá a ser lento en el mundo desarrollado y negativo en el mundo subdesarrollado.

Si no sobreviene esta situación, el que fue el gran prestatario de la década de 1980, Estados Unidos, debe convertirse en el gran prestamista. Pero el paso de Estados Unidos de la condición de prestatario a la de prestamista implica recortes en el consumo público y privado. Durante el período de transición Alemania y Japón también tendrán que suministrar los mercados —la demanda agregada— que el mundo necesita para evitar una crisis.

Juntos, Estados Unidos, Japón y Alemania poseen la magnitud suficiente para ser la locomotora que impulse al resto del mundo hacia la prosperidad. Si actúan conjuntamente, el resto del mundo no tendrá muchas alternativas, salvo la de adoptar políticas análogas. El problema es lograr la coordinación, en los casos en que lo que es bueno para la economía mundial no es bueno en un sentido concreto para las economías nacionales de otros países.

EL PRESTAMISTA DE ÚLTIMO RECURSO

A través de una experiencia brutal las naciones han aprendido que necesitan administradores para sus sistemas financieros. Generalmente, las instituciones necesarias han sido creadas después de desastres como el derrumbe de la bolsa en 1929. Con el desarrollo de un sistema financiero mundial, el mundo necesita un administrador financiero.

Los países desarrollados necesitan prestamistas de último recurso cuando sobrevienen los pánicos financieros, como por ejemplo, el desastre de octubre de 1987. En ese caso especial, la estrecha coordinación entre los principales bancos centrales del mundo creó un banco central mundial de carácter provisional hasta que finalizó la crisis. Pero bien pueden aparecer circunstancias en las que la coordinación *ad hoc* no sea eficaz.

Los países en desarrollo necesitan un auténtico banco central de carácter mundial que ordene el caos de sus sistemas financieros, del mismo modo que las autoridades bancarias norteamericanas están ordenando el caos de la industria norteamericana de préstamo y ahorro. En ambos casos, hay muchas culpas que achacar a los que provocaron el desorden, pero el verdadero problema no es atribuir la culpa o castigar a los malvados, sino devolver la salud al sistema financiero de modo que pueda reanudarse el crecimiento real. Si tanto el Segundo como el Tercer mundo deben comenzar a crecer (y es del interés general de todos que eso suceda cuanto antes), es necesario idear algún sistema que atienda las deudas internacionales pendientes incurridas en el pasado, pero que no pueden ser canceladas en el futuro. Mientras existan esas deudas, no puede haber crecimiento.

Sólo un prestamista mundial de último recurso puede resolver los problemas actuales de la deuda, y sólo él puede asumir las pérdidas que evidentemente habrá. Obligar a los bancos privados que inicialmente realizaron los préstamos a asumir las pérdidas sería sencillamente provocar una crisis bancaria comercial que rivalizaría con la actual crisis de préstamo y ahorro. En definitiva, el contribuyente tendría que solventar esos costos, y esos sin duda serían más considerables que los costos asociados con un banco central de carácter mundial.

Los problemas de la deuda del Segundo y el Tercer mundo han sido sometidos a las posibilidades de solución del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional; pero estas instituciones a lo sumo pueden continuar poniendo parches un sistema que ya tiene demasiados. Ninguna de estas instituciones ha sido diseñada para resolver problemas de la deuda; ninguna dispone de los instrumentos necesarios. Pueden postergar el colapso, pero no pueden devolver la salud a los sistemas financieros del Segundo y el Tercer mundo.

LA ESTABILIDAD DE LAS TASAS DE CAMBIO EXTRANJERAS

En el tema de las tasas de cambio flexible los miembros de la profesión de la economía, yo incluido, se han equivocado. Allá por 1971, cuando el mundo adoptó el sistema actual de tasas de cambio flexibles, los economistas tenían la certeza de que sería imposible presenciar grandes fluctuaciones de las tasas de cambio entre los principales países durante breves períodos, o tener monedas que estuvieran esencialmente sobre o subvaluadas durante un período más o menos considerable. Sin embargo, durante las últimas dos décadas ambas cosas han sucedido.

Si se suman las variaciones de la productividad, la inflación y las tasas nominales de cambio, la tasa de cambio real dólar-yen aumentó un sorprendente 70 por ciento en el curso de unos pocos meses, a principios de la década de 1980. Una empresa norteamericana como Caterpillar (fabricante de equipos pesados para mover tierras), cuyos costos eran iguales a los de su competidor japonés Komatsu, de pronto comprobó que, sin tener ella en absoluto la culpa, se enfrentaba con costos que eran un 70 por ciento más elevados.

Con vaivenes tan violentos de las tasas de cambio, sencillamente no es posible tener economías eficientes. Nadie sabe dónde debe instalarse la actividad económica; nadie sabe cuál es la fuente más barata de insumos. No importa cuál sea el lugar en

el que se desarrollan las actividades económicas, la mayoría de las veces estarán instaladas en el lugar equivocado. El resultado es un aumento innecesario del riesgo y la incertidumbre; una creciente inestabilidad a causa del proteccionismo; se acortan los horizontes temporales porque las empresas tratan de limitar el riesgo y la incertidumbre evitando los compromisos de largo plazo; se reducen las principales inversiones nuevas a largo plazo; se incurre en enormes costos de ajuste a medida que la producción se desplaza hacia los lugares más baratos; aparecen las expectativas de inflación cuando los rápidos cambios de los valores de la moneda aumentan los precios de importación, con la consiguiente inestabilidad de las tasas de interés. Sin señales claras que indiquen dónde deben realizarse las inversiones duraderas e intensivas en capital, las empresas comerciales han optado por suspender tales inversiones. ¿Qué empresa quiere realizar inversiones importantes en instalaciones destinadas a durar 30 años para comprobar que los cambios inesperados de la moneda han convertido una inversión rentable en una inversión no rentable?

Los valores de la moneda también han cambiado en dirección contraria a lo que habría podido pronosticarse sobre la base de la teoría económica estándar. Durante los primeros seis meses de 1990, el valor del yen japonés disminuyó bruscamente, a pesar del excedente comercial japonés que era entonces el principal del mundo. Estos movimientos de la moneda no pueden pronosticarse ni explicarse. Incluso después de la caída del valor del yen, en 1990, nadie tenía una buena explicación acerca de las causas del fenómeno.

El mundo aprendió a vivir con la inestabilidad de la moneda en las últimas dos décadas, pero se ha pagado un precio elevado. Conviene recordar que la tasa de crecimiento real del mundo en la década de 1980 fue bastante inferior a la de la década de 1970, a pesar de los problemas con los alimentos, los problemas del petróleo, la inflación, las recesiones y los períodos difíciles por los que se recuerda esa década anterior.

Para limitar la inestabilidad de la moneda en Europa, los europeos están reconstruyendo un sistema de tasas fijas de cambio para Europa. Si la estabilidad de la moneda es necesaria pa-

ra el éxito europeo, probablemente también es necesaria para el éxito en el resto del mundo industrial.

SE NECESITA UN ADMINISTRADOR PARA EL SISTEMA

Si se quiere que funcione, un sistema de cuasi-bloques de intercambio comercial necesitará un administrador como sucedió con el sistema del GATT-Bretton Woods. Alguna nación tiene que asumir un papel de liderazgo y concentrar la atención en las cosas que es necesario hacer para preservar y mejorar el sistema. Los países no pueden atender constantemente a sus propios y estrechos intereses económicos individuales. Si lo hacen, ningún sistema puede sostenerse por sí mismo mucho tiempo. Alguien tiene que asumir un papel de liderazgo si el mundo no desea dividirse en bloques comerciales antagónicos, en los cuales cada uno intenta excluir de su dominio al resto.

Estados Unidos representó este papel durante la última mitad del siglo XX gracias al hecho de que era de lejos la economía más importante del mundo. En su condición de única superpotencia económica, no administró mediante el *diktat*, pero era un líder principal al que no podía desafiarse fácilmente. Todos necesitaban acceso a la economía norteamericana si querían prosperar. Estados Unidos mantenía a raya las amenazas militares del oso ruso y el dragón chino. El poder militar podía usarse implícitamente para obtener cooperación económica. Ese mundo ha desaparecido, pero el mundo todavía necesita un administrador. En el siglo XXI el administrador de la economía mundial será un par entre iguales, un líder por consenso.

Ni Japón ni Alemania pueden representar este papel. Las cualidades administrativas de Alemania se concentrarán en la construcción de la Casa de Europa durante la primera mitad del siglo XXI. Le quedará poco tiempo o talento para destinarlos a problemas más amplios. La cultura cerrada de Japón determina que sea casi imposible que los extranjeros participen en las deci-

siones japonesas. En consecuencia, las decisiones de Japón no podrán exhibir sensibilidad suficiente para contemplar las necesidades y los deseos del resto del mundo, de modo que este se muestre dispuesto a aceptar el liderazgo japonés. Asimismo, tanto Alemania como Japón soportan las consecuencias de una historia militar cuyos efectos prolongados hacen improbable que muchos de sus vecinos estén dispuestos a someterse a ese liderazgo.

Feliz o infelizmente, el liderazgo internacional es el único lugar en que el poder militar cobra importancia. Como Estados Unidos será la única superpotencia militar del mundo durante el siglo XXI, no queda más alternativa que convertirlo en administrador del sistema. Si rehúsa administrar, lo cual bien puede suceder, entonces no habrá administrador. Casi por definición, las superpotencias militares son países que no pueden ser administrados por otros. Si otra nación intentara administrar el sistema, Estados Unidos podría usar fácilmente su poder militar para frustrar esa administración.

En teoría, Estados Unidos podría adaptarse suave y elegantemente a una situación en la cual su PNB per capita estuviera cayendo en comparación al de las naciones más desarrolladas, y aun así ser un buen administrador del sistema comercial del mundo, un gigante militar amable. Pero en términos realistas, es improbable que suceda tal cosa. Si los norteamericanos perciben que son continuos perdedores, más tarde o más temprano formarán un círculo defensivo, y mantendrán fuera a otros, o atacarán a los que con razón o sin ella, crea que son los culpables de su fracaso. Con su negativa a cooperar, Estados Unidos posee el poder necesario para destruir el sistema económico mundial del siglo XXI.

A causa de esta realidad, el resto del mundo tiene un interés directo en el éxito de la economía norteamericana. El resto del mundo poco puede hacer para ayudar a Estados Unidos a resolver sus propios problemas económicos internos, pero el mundo necesita una economía norteamericana con éxito. Para representar este papel, Estados Unidos no necesita contar con la economía más próspera del mundo, pero sí tiene que estar en la carrera, corriendo con la manada, si es que va a representar ese papel que sólo él puede representar.

Para recordar

En la intensa atmósfera competitiva que existirá en el siglo XXI, todos los participantes deben recordar diariamente que juegan en un juego de competencia y cooperación, y no sólo de competencia. Todos quieren vencer, pero la cooperación también es necesaria si en definitiva ha de jugarse el juego.

¿Quién dominará el siglo XXI?

En el siglo XXI los ingresos per capita de los principales países industriales pueden converger, del mismo modo que los ingresos regionales han convergido en Estados Unidos durante los últimos 60 años.¹ Cuando Japón alcance a Estados Unidos y Europa, es posible que su tasa de crecimiento se desacelere y que ese país ya no intente adelantarse a la manada.² Pero en economía no hay mecanismos automáticos de feedback que conduzcan a la convergencia. Sucede precisamente la inversa; cuanto más rápido uno crece ahora, más fácil es crecer de prisa mañana. Cuanto más lento uno crece ahora, más seguro es que mañana crecerá lentamente.

Es difícil invertir el impulso actual, tenga este carácter ascendente o descendente. Si los ingresos se elevan de prisa con el

crecimiento intenso, es posible realizar grandes inversiones en el futuro sin necesidad de sacrificar el alto nivel de vida actual. Las dos cosas pueden obtenerse del crecimiento rápido. En cambio, transformar una sociedad de crecimiento lento e inversión escasa en una sociedad de crecimiento rápido y alta inversión exige sacrificios en el consumo actual para asegurar la inversión necesaria que permita obtener mayor crecimiento mañana.

En la carrera que se aproxima, una de las tres grandes potencias económicas tal vez se adelante a las dos restantes. Quien se adelante tiene probabilidades de permanecer en la vanguardia. Ese país o esa región del globo se adueñará del siglo XXI, en el sentido en el que el Reino Unido se apoderó del siglo XIX y Estados Unidos del siglo XX. Habrá construido el mejor sistema económico del siglo XXI.

Aunque la convergencia es improbable, también es improbable que en el siglo XXI haya un poder económico tan dominante como lo fue Gran Bretaña en el siglo XIX o Estados Unidos en el siglo XX. El predominio británico en el siglo XIX se basó en el hecho de haber comenzado la Revolución Industrial 50 años antes que el resto. Durante la primera mitad del siglo XIX no tuvo competencia. Una vez que la Revolución Industrial comenzó en otros lugares, Gran Bretaña continuó siendo la potencia más fuerte; pero su posición era muy distinta de la que tenía cuando el campo de juego económico era exclusivamente suyo. Todavía era la primera potencia, pero estaba muy presionada por otros, sobre todo por Alemania y Estados Unidos.

Asimismo, el dominio norteamericano durante la segunda mitad del siglo XX se basó en una experiencia histórica única. Durante la primera mitad del siglo Estados Unidos fue el poder económico principal. Tenía el PNB más alto del mundo y el nivel de vida per capita más elevado, pero también tenía antagonistas: Alemania occidental y el Reino Unido. Había industrias como los productos químicos en los que Estados Unidos ciertamente se retrasaba. Las ciencias superiores—la química y la física—perteneían a los alemanes occidentales.

Pero en la segunda mitad del siglo, la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial dejó vacío el campo de juego, salvo para Estados Unidos. Todos los demás quedaron muy

atrás, luchando para la reconstrucción. El dominio económico de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial (tenía la mitad del PNB mundial y era el líder tecnológico de hecho en todos los productos industriales), no había sido visto desde la época del Imperio Romano, y probablemente no reaparecerá durante los próximos 2000 años.

En consecuencia, es probable que el siglo XXI se caracterice por la existencia de un líder económico definido, pero no por la existencia de un país que se imponga a todo el resto.

LA EVALUACION DE LOS EQUIPOS

Japón

Si bien en el momento de entrar en el siglo XXI los tres antagonistas tienen niveles más o menos parejos (PNB per capita aproximadamente igual si se hace un promedio del poder adquisitivo externo y el interno), si uno considera los últimos 20 años, Japón tendría que ser el favorito en las apuestas a la hora de determinar a quién corresponderá el honor de ser el país dominante en la economía del siglo XXI.

En sólo 20 años, Japón ha pasado de la posición de un PNB per capita que era apenas el 50 por ciento del que tenía Estados Unidos, a un PNB per capita que es técnicamente un 22 por ciento superior al norteamericano, evaluando los dos PNB según los valores internacionales de la moneda.³ Mientras en 1970 ninguno de los 15 bancos más importantes del mundo era japonés, en 1990, 10 de los 15 bancos más grandes del mundo en 1990 eran japoneses, y los seis principales eran todos japoneses.⁴ En 1970 Japón tenía el 5 por ciento del mercado norteamericano de automóviles; en 1990, el 28 por ciento.⁵ En apenas 20 años, eliminó por completo a la industria norteamericana de artículos electrónicos de consumo. Solía tener déficit comercial y ser una nación deudora neta (pagó sus últimas deudas al Banco Mundial en 1990); hoy es el acreedor neto más importante del mundo, y posee el excedente comercial más grande del mun-

do. Durante los últimos 15 años, después de corregir por la inflación, el índice de crecimiento fue un 75 por ciento mayor que el de Estados Unidos, y el doble del que posee la Comunidad Europea.⁶ En la competencia cabeza a cabeza, ha sido imposible derrotar a sus compañías comunitarias.

El mercado interno japonés es el más pequeño de los tres antagonistas principales, pero tiene la ventaja de una larga historia unificada. La cohesión y la homogeneidad otorgan a Japón una capacidad para concentrar su poderío económico que muy pocos pueden igualar. Ninguna nación puede organizarse mejor para avanzar hacia metas comunes bien pensadas. Los estudiantes secundarios japoneses están cerca del primer lugar en cualquier evaluación internacional de resultados, y la capacidad nacional para educar a la mitad inferior del curso secundario simplemente no tiene igual en el resto del mundo.

Ninguna nación invierte más en el futuro. La inversión fija total, incluida la vivienda, es el doble de la que hallamos en Estados Unidos.⁷ La inversión en fábricas y equipos por empleado es tres veces la de Estados Unidos y doble de la europea; el gasto civil en investigación y desarrollo como fracción del PNB es un 50 por ciento superior al de Estados Unidos, levemente superior al de Alemania, pero muy superior al de Europa en su conjunto. Cuando se trata de invertir para el futuro, las firmas organizadas según los principios de la "economía de producción" tienen algunas ventajas fundamentales sobre las que se basan en la "economía de consumo".

La fuerza de Japón (su poderosa y cohesiva cultura interna) es también su debilidad. Las empresas japonesas han demostrado una capacidad de primera clase para dirigir a trabajadores extranjeros (a menudo obtienen de ellos más productividad que los propios gerentes extranjeros), pero en la medida en que el juego económico del siglo XXI exige que las empresas integren a los gerentes y a los profesionales de diferentes culturas y nacionalidades en un equipo homogéneo, Japón se enfrenta a un problema. La historia japonesa, las tradiciones, la cultura y el idioma determinan que sea muy difícil integrar como iguales a gerentes y profesionales extranjeros. Si el triunfo exige gerentes extranjeros de primera clase, las firmas japonesas se enfrentarán a un problema. Para incorporar a los mejores gerentes extranje-

ros, estos deben tener la posibilidad de ocupar cargos en la cumbre, pero esa oportunidad no puede otorgarse en la cerrada cultura corporativa japonesa.

Si bien todas las naciones copian para alcanzar a sus rivales, las que se han convertido en líderes con el tiempo también aprenden a abrir caminos nuevos. Japón aún tiene que demostrar que posee esta capacidad. Si no la tiene, puede mantenerse con una leve delantera frente a las naciones más ricas de otras regiones del mundo, en vista de su demostrada competencia en las tecnologías de los procesos; pero nunca podrá adelantarse mucho, a menos que también aprenda a inventar productos nuevos. Si es necesario copiar del extranjero los productos, el progreso económico del propio Japón se verá limitado por el ritmo de las invenciones de sus competidores.

Cuando uno intenta determinar si Japón se convertirá o no en líder en el área de la tecnología de los productos nuevos, vale la pena recordar un poco de historia norteamericana. En el siglo XIX se conocía a Estados Unidos como una nación de copistas. Las grandes invenciones que iniciaron la Revolución Industrial (la máquina de vapor, el telar mecánico, el horno de acero Bessemer) fueron invenciones británicas. Los norteamericanos eran famosos porque se apoderaron de estas invenciones y conseguían que rindiesen un 10 por ciento más que las de los británicos, del mismo modo que hoy los japoneses son famosos porque toman las invenciones norteamericanas y consiguen que funcionen un 10 por ciento mejor que las de los norteamericanos. Desde el punto de vista histórico, copiar para alcanzar es la esencia del juego. Después de que Estados Unidos alcanzó al resto hacia fines del siglo XIX, aprendió a demostrar inventiva en el siglo XX; pero eso le llevó medio siglo. No fue un líder científico durante la primera mitad del siglo XX, pese a que tenía el más elevado PNB per capita del mundo. No se adelantó al resto del mundo hasta que se convirtió en un líder científico, a mediados del siglo.

Creo que cuando Japón alcance al resto, también aprenderá a inventar. El ingenio necesario para mejorar los procesos no es menor que el que se requiere para obtener paradigmas de productos nuevos. Los japoneses están preocupados por su incapacidad para producir grandes novedades, pero un lector objeti-

vo de la historia no percibiría motivo para su inquietud. El único problema es el retraso temporal. Adquirir capacidad inventiva le puede llevar medio siglo a Japón, del mismo modo que Estados Unidos necesitó medio siglo para obtener el mismo resultado.

El éxito japonés se ha basado en una economía orientada hacia la exportación. Las exportaciones han sido el área de más dinámico crecimiento de la economía. Las industrias exportadoras han sido las líderes de la productividad. Las exportaciones han impulsado la economía interna. Las industrias internas han sido en general muy ineficientes juzgadas según las normas mundiales. Pero una estrategia orientada hacia las exportaciones no será el camino del éxito japonés en el futuro.

Para crecer con más rapidez que el resto del mundo, las industrias exportadoras japonesas han tenido que conquistar participaciones cada vez mayores en el mercado externo, con el fin de asegurar que Japón pudiese pagar las importaciones de materias primas que necesitaba para mantener el ritmo dinámico de su economía. El resto del mundo podía tolerar esta situación mientras las exportaciones japonesas fuesen pequeñas. Pero ahora, Japón tiene una economía tan grande, que el resto del mundo no puede permitir que las exportaciones japonesas aumenten y conquisten sus mercados con el ritmo que sería necesario para que Japón continuase creciendo mucho más rápidamente que el resto del mundo. El resto del mundo sencillamente impedirá que Japón sea una economía orientada hacia las exportaciones durante el siglo XXI, aplicando restricciones directas si tal cosa es necesaria. Si Japón desea crecer más velozmente que el resto del mundo durante el siglo XXI, tiene que hallar el modo de hacerlo mientras las exportaciones crecen más lentamente que su PNB. En definitiva, Japón debe transformarse para convertirse en una economía impulsada hacia delante por sus necesidades internas, más que por las exportaciones.

La necesidad de pasar de una economía orientada hacia las exportaciones a otra impulsada por el mercado interno se verá acentuada por el desarrollo de cuasi-bloques comerciales en Europa y América del Norte. Un universo de cuasi-bloques comerciales exigirá que se perciba a las compañías japonesas como partes integradas y no como extraños en Europa y Estados Uni-

dos. Eso implicará más producción en el extranjero y menos exportaciones de Japón.

Si Japón consigue convertirse en una economía orientada hacia el mercado interno, la vivienda y las inversiones en infraestructura señalarán el camino, pues estas son dos áreas en las cuales Japón es esencialmente un país subdesarrollado. Sin viviendas, y sin caminos y parques, los niveles de vida japoneses no pueden elevarse a la jerarquía mundial, sea cual fuere la productividad que sus ciudadanos alcancen en el trabajo. La vivienda es el cuello de botella decisivo que exigirá cambios importantes en ciertas tradiciones, como las que han permitido que aparezcan campos cultivados con arroz en el centro de Tokio como resultado de los bajos impuestos sobre la herencia de los arrozales, pero no sobre otros activos, o las leyes que restringen la construcción a causa de los terremotos, que impiden que se levanten edificios residenciales altos en Tokio, y la resistencia a aplicar leyes de eminente dominio que permitan adquirir las parcelas de tierra necesarias para las viviendas a gran escala y los proyectos de infraestructura pública. Si no se eliminan estas tradiciones, no puede haber novedades importantes en la construcción del espacio para vivienda. Sin novedades importantes en este aspecto, los japoneses continuarán siendo un pueblo pobre en un país rico.

Las empresas japonesas de economía de producción pueden ser las mejores en el juego económico del siglo XXI, pero si los japoneses quieren triunfar, habrá que injertar algo de la economía de consumo en la economía de producción. El dueño definitivo del siglo XXI tendrá que equilibrar estos dos impulsos humanos. El descontento en relación con la vivienda es tan grande entre los jóvenes trabajadores profesionales de Japón que es difícil creer que el país pueda resistir el cambio. Con el tiempo, las democracias, incluso las democracias de partido único, tienen que responder a las necesidades de sus ciudadanos.

La historia y la cultura de Japón pueden impedir que forme un cuasi-bloque comercial en la Cuenca del Pacífico para rivalizar con Europa o las Américas. Corea y las economías con base en China (China continental, Taiwán, Hong Kong y Singapur) tal vez prefieran concertar arreglos espe-

ciales con su mejor mercado –Estados Unidos– más que con su principal rival.

Los bloques comerciales implican cierto nivel de movilidad de la fuerza de trabajo, pero esto significa que los japoneses tendrán que estar dispuestos a asimilar trabajadores extranjeros. Si Europa occidental se preocupa por la inmigración de fuerza de trabajo que proviene de Europa central y oriental, piénsese lo que sucedería si se abriese la frontera entre Japón y China. Millones de chinos se trasladarían a Japón, pero la cultura japonesa es de tal naturaleza que probablemente sea el país del mundo menos dispuesto a asimilar inmigrantes, o menos capaz de hacerlo. La cultura que es actualmente en el mundo la que más dificultades opone a quienes pretenden incorporarse a ella, tendrá que ser mucho más accesible a los extranjeros si Japón quiere vencer. Pueden surgir unos pocos acuerdos comerciales especiales, pero Japón no puede organizar un mercado común de la Cuenca del Pacífico para rivalizar con la Comunidad Europea. Sencillamente, no hay pruebas de que esté dispuesto a realizar los ajustes necesarios.

Pero cualquier análisis de las fuerzas de los equipos antes de que comience el juego demostraría que Japón entra en la competencia teniendo de su lado *el impulso*: está creciendo con más rapidez e invirtiendo más en el crecimiento futuro que cualquier otro país sobre la faz de la tierra. Si los casinos de juego de Las Vegas recibiesen apuestas económicas además de deportivas, Japón sería el favorito a la posición de triunfador del siglo XXI. De aquí a 100 años, los historiadores que miren hacia atrás probablemente se inclinarán a afirmar que el siglo XXI perteneció a Japón.

Europa

Aunque en la década de 1980 fue el jugador más lento, Europa comienza la década de 1990 con la posición estratégica más sólida en el tablero económico mundial. Su posición se asemeja mucho a la que aparece en los libros sobre los "finales de partida" en ajedrez. Se muestra al lector una configuración de jugadores en un tablero, y se le dice que las negras pueden ganar en 5 movimientos, al margen de lo que hagan las blancas. Pero el

lector se enfrenta con la difícil tarea de descubrir y realizar esos cinco movimientos. Desde el punto de vista económico, Europa ocupa precisamente esa posición. Si realiza los movimientos justos, puede convertirse en el poder económico dominante del siglo XXI, al margen de lo que Japón y Estados Unidos hagan. En este caso, es fácil percibir cuáles son los movimientos acertados, pero muy difícil realizarlos.

Si Europa puede integrar realmente la Comunidad Económica Europea (337 millones de personas) en una economía y avanzar gradualmente hasta absorber al resto de Europa (más de 500 millones de personas) en la Casa de Europa, puede construir una economía con la cual nadie podrá compararse. Los 850 millones de personas de Europa son los únicos 850 millones de personas sobre la faz de la tierra que se caracterizan, por contar con una buena educación y porque no parten de la pobreza. Algunos de los países que deben ser agregados a la Comunidad Económica Europea, por ejemplo Suecia, Suiza, Noruega y Austria, de hecho están entre los más ricos del mundo.

La principal ventaja de Europa es que casi todos empiezan bien educados. Tal vez los comunistas no sean capaces de dirigir economías eficientes, pero dirigen algunos de los mejores sistemas de educación primaria y secundaria del mundo. Europa es la única región donde uno de los países, Alemania, es líder mundial en la producción y el comercio, y uno de los países, la ex Unión Soviética, es líder en las ciencias superiores. La ex Unión Soviética ha enviado muchas más naves al espacio que Estados Unidos, y en muchas áreas de las ciencias teóricas está a la cabeza del mundo. El excedente comercial de Alemania occidental en 1990 fue el más grande del mundo; sobre una base per cápita, también fue casi el triple que el de Japón. De aquí a una década, cuando Alemania oriental se haya integrado totalmente y esté a la altura de las normas de productividad alemanas, Alemania será incluso más formidable. Los mercados tradicionales de Alemania, Europa central y oriental, también pueden ser los de más rápido crecimiento mundial a principios del siglo XXI.

Si a las ciencias superiores de la ex Unión Soviética y las tecnologías de producción alemanas se suman el talento de Italia y Francia en el diseño y el mercado londinense de capitales de jerarquía mundial que oriente eficazmente los fondos hacia

Estados Unidos de América

las áreas europeas más productivas, se habrá creado una entidad inigualable. La Casa de Europa puede convertirse en una región relativamente autónoma, de rápido crecimiento, que podría distanciarse del resto de la manada.

Como los países europeos representan tanto las tendencias comunitarias como las individualistas del capitalismo, los compromisos necesarios para la integración europea podrían llevar a una combinación y una unión de las mejores vetas de ambas corrientes. Los europeos no necesitan adoptar ideologías extranjeras, norteamericanas o japonesas.

Los europeos también tienen la ventaja de ser quienes redacten las normas que regirán el comercio durante el siglo XXI. Y no podría sorprender que quienes redacten las reglas las formulen de tal modo que favorezcan a los que juegan el juego al modo europeo.

Pero eso no significa que Europa vencerá. Significa únicamente que puede triunfar si realiza exactamente los movimientos apropiados, sin importar la eficiencia con que Estados Unidos o Japón jueguen el juego económico. Los movimientos apropiados involucran dos problemas principales. Las economías de Europa occidental realmente deben integrarse, y esa integración debe extenderse rápidamente a Europa central y oriental. Las economías ex comunistas de Europa central y oriental tienen que convertirse en eficientes economías de mercado. Ninguna de las dos tareas es fácil. Ambas exigirán ciudadanos europeos dispuestos a realizar sacrificios hoy para crear un imperio económico mañana. Europa occidental tendrá que mostrarse dispuesta a conceder mucha ayuda económica a Europa central y oriental con el fin de poner en marcha el capitalismo.

Habrà que desechar las antiguas rivalidades fronterizas y étnicas tanto en Europa oriental como en la occidental. Los ingleses y los alemanes tendrán que llegar a ser *europeos*. Sus diferentes reacciones frente a la Guerra del Golfo ilustran claramente que los problemas políticos aún no están superados. Pese a esos obstáculos, la Casa de Europa mantiene la posición de apertura más sólida en el tablero económico mundial.

El choque entre el capitalismo y el comunismo fue un choque económico, ideológico y militar. El capitalismo, la democracia y un conjunto mundial de alianzas militares (como por ejemplo, la OTAN), se opusieron al comunismo, el totalitarismo y a otro grupo de alianzas militares (como por ejemplo, la del Pacto de Varsovia). En definitiva, la debilidad económica del comunismo llevó a la victoria del capitalismo, a la difusión de la democracia, al abandono del Pacto de Varsovia en marzo de 1991, y el derrumbe final de la propia Unión Soviética.

El choque entre el capitalismo individualista y el capitalismo comunitario es rigurosamente económico. Todos los capitalistas creen en la democracia; y creen en la propiedad privada de la riqueza. Estados Unidos será la superpotencia militar del siglo XXI. Pero ese hecho, en realidad es un impedimento que estorba sus intentos de continuar siendo una superpotencia económica durante el siglo XXI. Para ser una doble superpotencia, tendrá que estar dispuesta a invertir lo que otros invierten para lograrlo, y, además, tendrá que realizar las inversiones necesarias para mantenerse como superpotencia militar.

Estados Unidos ha sido rico por más tiempo que cualquier otro país, por lo tanto comienza el siglo XXI con más activos económicos reales que nadie, activos que pueden usarse en la competencia económica del siglo XXI. Desde el punto de vista tecnológico rara vez está muy rezagado, y a menudo marcha muy por delante. Su ingreso per capita y su productividad media no ceden a nadie el primer lugar. Su fuerza laboral educada en las universidades es la mejor del mundo; su mercado doméstico es mucho más grande que el japonés, y mucho más homogéneo que el europeo.

Pero malgastó gran parte de su ventaja inicial permitiendo la atrofia de su sistema educacional, transformándose en una sociedad de alto consumo y baja inversión, e incurriendo en enormes deudas internacionales. Hacia fines del siglo XX es el que está menos preparado para la competencia que se perfila en el siglo XXI.

La inversión norteamericana sencillamente no tiene jerarquía mundial. La inversión en fábricas y equipos por trabajador

es la mitad de la que hay en Alemania, y un tercio de la japonesa.⁸ El gasto civil en investigación y desarrollo es de un 40 a un 50 por ciento menor que el de Alemania y Japón. Las inversiones en infraestructura física son la mitad de las que estaban realizándose a fines de la década de 1960. Europa inicia una ambiciosa red ferroviaria de alta velocidad para unir sus ciudades principales, mientras en Estados Unidos se acumulan los fondos no gastados que se habían destinado a autopistas y aeropuertos. Además, Estados Unidos no es líder en la construcción de las modernas autopistas telecomunicadas del futuro.

Durante la década de 1980, el lento crecimiento de la productividad norteamericana estuvo disimulado por el rápido aumento de la fuerza de trabajo y por una capacidad no utilizada de tomar prestado que podía asignarse a la elevación del nivel de vida real de la familia con más rapidez que lo que el crecimiento de la productividad justificaba. En la década de 1990 la fuerza de trabajo norteamericana no crecerá rápidamente, y su capacidad de tomar prestado ya está cerca de la utilización total. En consecuencia, el problema invisible y no resuelto de la década de 1980, el lento crecimiento de la productividad pasará al primer plano y al centro en la década de 1990. Las posibilidades norteamericanas de adueñarse del siglo XXI dependen de la respuesta a una sencilla pregunta: ¿el crecimiento de sus tasas de productividad podrá alcanzar el nivel de sus principales rivales?

Paradójicamente, si Estados Unidos desea alcanzar un nivel de vida con un consumo de categoría mundial en el siglo XXI, tendrá que pasar de ser la sociedad de alto consumo y baja inversión, que fue en la década de 1980, a una sociedad de alta inversión y bajo consumo en la década de 1990. Después de orientarse hacia el presente, tendrá que orientarse hacia el futuro. Para elevar la inversión, el consumo (público y privado) debe aumentar más lentamente que el producto durante cierto período considerable, de modo que la inversión (pública y privada) pueda aumentar como fracción del PNB.

Cuando se trata de las habilidades y la educación de la fuerza de trabajo, segunda deficiencia del equipo norteamericano, el panorama es contradictorio. El sector de la fuerza laboral norteamericana que posee educación universitaria tiene

jerarquía mundial. La universidad es el punto en el que la fuerza laboral norteamericana alcanza al resto del mundo. Los norteamericanos se esfuerzan más que nadie para asegurarse la calidad en este nivel. Felizmente para los norteamericanos, la mayoría de los países que poseen un eficaz sistema de educación primaria y secundaria, aún no han creado buenos sistemas universitarios masivos que los acompañen. Los sistemas de educación de la elite a menudo se han convertido en sistemas de educación masiva con escasa inversión en instalaciones humanas o físicas. Los estudiantes que han trabajado muy duro para aprobar los exámenes de graduación del colegio secundario, a menudo convierten los primeros dos años de la universidad en un lugar de juegos. Pero el sector de la fuerza laboral norteamericana que no asiste a la universidad no tiene jerarquía mundial, y el sector de esa fuerza laboral que no se diploma en el colegio secundario (el 29 por ciento) de hecho tiene un nivel del Tercer Mundo en términos educacionales. La educación tiene que mejorar si los norteamericanos desean vencer.

En el ajedrez, la reina es la pieza más poderosa del tablero. Desde el punto de vista económico, la reina es la pieza que los norteamericanos tal vez han olvidado cómo mover. Traducido a la terminología económica, mover la reina significaría "alcanzar; recuperar". ¿De qué modo un país acorta la distancia en una industria fundamental en la cual está retrasado? ¿De qué modo un país recupera una industria fundamental de la cual ha sido desplazado por los agresivos competidores extranjeros? ¿Qué estrategia emplea un país para asegurarse su parte, o más que su parte, en las nuevas industrias de alto valor agregado, alta productividad, altos ingresos, alta elasticidad de la demanda que fluyen de la ventaja comparativa creada por el hombre?

Es posible que los norteamericanos hayan olvidado el modo de salvar el retraso, de volver a competir en ciertas áreas, pues no se vieron forzados a hacerlo durante medio siglo. Antes, pudieron vencer sin necesidad de contar con un plan. Pero el resto del mundo, que ha tenido que afrontar durante medio siglo el dominio norteamericano, ha llegado a mover con mucha eficacia las reinas de su ajedrez económico con el fin de alcanzar a Estados Unidos.

Desde el punto de vista geográfico, el socio comercial natural de Estados Unidos, América latina, es una región pobre y de escasa educación. El PNB per capita de América latina ha venido disminuyendo, y sus problemas con la deuda determinan que un rápido crecimiento sea improbable durante los primeros tramos del siglo XXI. Incluso si pudiera crearse un mercado común en América del Norte y del Sur, no ayudaría mucho a Estados Unidos. Además, los mercados comunes entre países con niveles muy diferentes de ingresos resultan intentos muy difíciles, porque la movilidad de la fuerza de trabajo libre que es parte de un mercado común determina que un excesivo número de personas se trasladen desde los países de salarios bajos hasta los de salarios altos. Estados Unidos concertará un acuerdo comercial especial con México con el fin de aumentar la creación de nuevos empleos en México y cortar la emigración a Estados Unidos; pero no podrá crear un auténtico mercado común con México, y mucho menos con la totalidad de América latina. Ese mercado común haría que demasiadas personas se trasladasen a Estados Unidos, provocando demasiada reducción en los salarios de los norteamericanos no especializados.

Al mismo tiempo, Estados Unidos tiene algunas cualidades culturales innatas. Si la cultura de Japón determina que sea el país donde los extranjeros se ven con mayores dificultades para participar como iguales, la cultura de Estados Unidos lo convierte en el país donde es más fácil que los extranjeros se conviertan en parte de la población. Es posible que los norteamericanos no sean grandes exportadores, pero son los mejores del mundo cuando se trata de administrar instalaciones de producción en el extranjero. Si las ventas originadas en las instalaciones norteamericanas de producción en el extranjero hubieran sido consideradas exportaciones, el déficit comercial norteamericano de 144.000 millones de dólares se habría convertido en un excedente comercial de 57.000 millones de dólares.⁹ Los norteamericanos rápidamente han convertido a los habitantes nativos en eficaces empresarios norteamericanos.

En las crisis (Pearl Harbor) o en las situaciones que pueden asemejarse a las crisis (Sputnik), los norteamericanos res-

ponden magníficamente. Los problemas claros (Sputnik; la invasión de Irak a Kuwait) obtienen soluciones claras, limpias y bien administradas. Estados Unidos es perfectamente capaz de reclamar para sí mismo el siglo XXI. El problema norteamericano no es vencer, sino obligarse a percibir que el juego ha cambiado, que tendrá que jugar un juego nuevo, con nuevas reglas y nuevas estrategias.

¿EL VENCEDOR ES...?

Puede argumentarse a favor de cada uno de los tres contendientes. El impulso adquirido favorece a los japoneses. Es difícil apostar contra ellos. Los norteamericanos poseen flexibilidad y una capacidad sin igual para organizarse si afrontan un reto directo. Comienzan con más riqueza y más poder que nadie. Pero la posición estratégica está del lado de los europeos. Son los que tienen más probabilidades de contar con el honor de ser los que bauticen al siglo XXI.

En definitiva, los europeos harán lo que sea necesario para completar la integración de los países que ahora están en el Mercado Común, sumarle el resto de Europa occidental, y pagar los impuestos necesarios para permitir que gran parte de Europa central y oriental se incorpore a la Casa de Europa, no porque ellos sean sabios y visionarios, sino porque no tienen alternativa. Para impedir que los polacos y otros europeos orientales de diferentes áreas se trasladen a París, Londres, Roma y Frankfurt, los europeos occidentales darán los pasos impuestos por las consideraciones estratégicas.

Para vencer, Japón y Estados Unidos también tienen que aprovechar las oportunidades estratégicas que se les ofrecen, pero tienen que ser capaces de ver los beneficios del cambio. No tienen presiones negativas, por ejemplo, la inmigración europea, que les fuercen a adoptar las decisiones apropiadas a pesar de ellos mismos. La historia y la naturaleza humana nos dicen que para los norteamericanos y los ja-

pones será mucho más fácil abstenerse de hacer de lo que deben hacer para triunfar.

¡Los historiadores futuros observarán que el siglo XXI perteneció a la Casa de Europa!

Cuestionario 20

1. ¿Qué papel juega el deterioro ecológico en el desarrollo de un país?
2. ¿Qué solución plantea el autor para el problema demográfico en los países pobres?
3. Según el autor, ¿cuál es la solución para que Japón, Estados Unidos y Alemania se conviertan en la locomotora del desarrollo mundial?
4. ¿A qué conclusiones llega el autor?
5. Reflexione sobre el contenido del artículo y dé su opinión al respecto.

PAUL KENNEDY

***Prólogo: Viejos desafíos y nuevos desafíos**

***El futuro del estado-nación**

***Hacia el siglo XXI**

Paul Kennedy

"Prólogo: Viejos desafíos y nuevos desafíos", "El futuro del Estado-nación", "Hacia el siglo XXI" en *Hacia el siglo XXI*, caps. I y XIV. Barcelona, Plaza y Janés, 1995.

Capítulo primero

PRÓLOGO: VIEJOS DESAFÍOS Y NUEVOS DESAFÍOS

Hace doscientos años, en las postrimerías del siglo xviii, los observadores de las corrientes sociales y políticas de Europa estaban de lo más preocupados. Una marea revolucionaria, surgida por primera vez en Francia en 1789, se extendía por los Estados vecinos, derribando regímenes desde Italia hasta los Países Bajos. En lugar de un cambio constitucional pacífico hacia un sistema político de corte representativo, la revolución se alimentaba a sí misma, produciendo demagogos, airadas multitudes callejeras, violencia y una nueva guerra paneuropea. Como consecuencia, las autoridades de países tan diferentes como la Inglaterra georgiana y la Rusia zarista adoptaron políticas encaminadas a suprimir las tendencias revolucionarias. Como suele suceder, las voces moderadas se vieron ridiculizadas por la izquierda y amenazadas por la derecha.

Aunque la Revolución francesa tenía causas específicas –por ejemplo, el empeoramiento de las finanzas estatales durante la década de 1780–, muchos sentían que existían razones más profundas para los levantamientos sociales. Una de ellas resultaba obvia para cualquiera que

hubiese visitado las hacinadas ciudades europeas u observado la creciente incidencia del subempleo rural: la ingente cantidad de seres humanos necesitados de alimentos, ropa, refugio y trabajo en sociedades que no estaban bien provistas para satisfacer tales demandas, al menos a semejante escala. En el campo, las casuchas rebosaban de niños. Las autoridades urbanas intentaban contener una turbulenta oleada de mendigos. En las ciudades más grandes, una población flotante de decenas de miles de parados dormía por las noches al aire libre y al día siguiente deambulaba por las calles. Cárceles, asilos, incluso y manicomios estaban llenos de despojos humanos que no habían llegado aún a la fosa común.

Los observadores no necesitaban estadísticas para darse cuenta de que sus sociedades experimentaban una explosión demográfica. Si hubiesen dispuesto de datos -la confección de un censo nacional empezó a introducirse en esa época-, las cifras habrían confirmado tal juicio. La población europea (incluyendo Rusia), que había sido de unos 100 millones en 1650, era de 170 millones un siglo más tarde y, en 1800, superaba con creces los 200 millones.¹ La población de Inglaterra y Gales creció sólo un 1 % en la década de 1720, alcanzó un 4 % en la década de 1750, fue aumentando aproximadamente en un 10 % a medida que se acercaba el año 1800 y siguió aumentando.² Debido al flujo demográfico procedente del campo, las principales ciudades crecieron aún más deprisa. En vísperas de la Revolución francesa, París contaba con un total de entre 600.000 y 700.000 habitantes, de los cuales unos 100.000 eran vagabundos: el material combustible para una explosión social. La población de Londres era todavía mayor: sus 575.000 habitantes en 1750 se habían convertido en 900.000 en 1801, incluyendo una multitud de bulliciosos vendedores ambulantes, carteristas, golfos y criminales muy bien retratada en los grabados de la época. Con cada vez más «pobres» que nacían en un mundo con relativamente pocos «ricos», ¿era de extrañar que las autoridades temieran y restringiesen las reuniones públicas, la difusión de panfletos, las «asociaciones» de obreros y otras actividades potencialmente subversivas?

Este impulso demográfico de finales del siglo xviii, que también se daba en países tan lejanos como China y Estados Unidos, tenía diversas causas. Una de ellas fue el inexplicable declive de la virulencia de enfermedades como la viruela. Otra, el creciente uso de las técnicas de vacunación. Otra, las mejoras en el suministro de alimentos y la dieta, al menos en ciertas zonas de Europa occidental. En algunas sociedades, las mujeres se casaban más jóvenes.³ Fuera cual fuere la combinación exacta de razones, lo cierto es que en la mayor parte del mundo había muchos más niños que un siglo antes. Y a medida que crecía, la población presionaba sobre los recursos existentes.

La perspectiva de un creciente desequilibrio entre la población y los recursos inquietaba profundamente a un culto e inquisitivo pastor rural inglés llamado Thomas Robert Malthus, quien en 1798 formuló sus pensamientos en una obra que lo ha hecho famoso en todo el mundo. En el *Ensayo sobre la población*,^{*} Malthus se refería a lo que, en su opinión, era el mayor problema al que debía enfrentarse la especie humana; a saber, «que el poder de la población es indefinidamente mayor que el poder de la tierra de producir subsistencia para el hombre».⁴ La causa de ello, sostenía, era que las poblaciones de Inglaterra, Francia y Estados Unidos se duplicaban cada veinticinco años, mientras que, aun cuando se conquistaban nuevas tierras, no existía certeza alguna de que las existencias de alimentos pudieran aumentar repetidas veces en la misma proporción. En realidad, si bien era concebible que la producción de una granja se duplicara en los siguientes veinticinco años, suponer que esta duplicación pudiera ocurrir una y otra vez era «contrario a todo nuestro conocimiento de las cualidades de la tierra».⁵ Dado que la población inglesa aumentó de modo

* De modo más preciso, T. R. Malthus, *An Essay on the Principle of Population as it Affects the Future Improvement of Society*, Londres, 1798. También conocido como el «primer» ensayo de Malthus sobre la población, puesto que lo reescribió en 1803 y hubo ediciones posteriores. [Existe traducción castellana, *Ensayo sobre el principio de población*, Akal, Madrid, 1990.]

geométrico de 7^* a 14 millones a lo largo del siguiente cuarto de siglo, hasta los 28 millones durante el siguiente y luego hasta 56 millones y 112 millones, Malthus previó que se produciría un desequilibrio cada vez mayor entre la demanda de alimentos por parte de las personas y la capacidad de la tierra para satisfacerla. El resultado, temió, sería el aumento de hambrunas, privaciones, muertes masivas por hambre y enfermedad y un desgarramiento del tejido social.

No es necesario citar aquí todos los debates entre Malthus y sus contemporáneos, baste con observar que escribió deliberadamente el *Ensayo* para rebatir los argumentos de ciertos escritores (Godwin, Condorcet) sobre la perfectibilidad del hombre. Esos optimistas habían concluido que, si bien en aquel momento las cosas estaban trastornadas, el crecimiento del conocimiento humano, la capacidad de automejora y los progresos del saber acabarían por conducir a una sociedad mucho más equitativa, libre de delitos y enfermedades, libre incluso de la guerra.⁶ El pesimista Malthus, en cambio, sentía que el crecimiento demográfico implicaba un empeoramiento de la condición humana, con la exacerbación de la diferencia existente entre los «ricos» y los «pobres» debido a las presiones sobre los recursos de la Tierra.

De una forma u otra, este debate entre optimistas y pesimistas ha seguido vigente hasta nuestros días y, como sostendrá este trabajo, es aún más pertinente hoy que cuando Malthus redactó su *Ensayo*. En cuanto al debate de hace doscientos años, los optimistas demostraron estar en lo cierto, aunque no necesariamente por todas las razones que ellos habían expuesto. Por un lado, los abogados de la perfectibilidad del hombre han sufrido frecuentes desengaños durante el transcurso de los siglos *xx* y, sobre todo, *xx*. Por otro, los razonamientos pesimistas y matemáticos de Malthus omitían cierto número de factores; de modo que la previsión de una «gigantesca e inevitable hambruna» se desvaneció, al menos en lo re-

* En realidad, en aquella época era mayor, de unos diez millones.

ferente a su Inglaterra natal. Sin duda en el siglo *xix* las Islas Británicas experimentaron algunas consecuencias negativas de la explosión demográfica: la pobreza rural se extendió y, mientras millones de personas decidieron permanecer en el campo, muchos más se desplazaron hacia las ciudades en busca de trabajo; extensos suburbios de casas baratas, sin agua, luz, calefacción y condiciones higiénicas aceptables surgieron en las nuevas ciudades manufactureras; había hordas de niños carentes de atención médica, nutrición, vestidos y educación adecuados; bandas de trabajadores agrícolas desempleados atacaban las nuevas fábricas agrícolas que les habían quitado el trabajo; la protesta social era generalizada, especialmente en los años en que las malas cosechas hacían subir el precio del pan, y las manifestaciones a gran escala (como la ocurrida en Peterloo en 1819) fueron ferocemente reprimidas por autoridades temerosas de una revolución jacobina.

No obstante, tres acontecimientos permitieron a los ingleses escapar al destino que Malthus había predicho para ellos. El primero fue la emigración; un gran número de personas abandonó las Islas Británicas buscando mejores condiciones en cualquier otra parte del mundo. En la década de 1820 emigraron poco más de doscientas mil personas, pero esa cifra se triplicó en la siguiente década y casi alcanzó los 2,5 millones en la de 1850. Entre 1815 y 1914, unos 20 millones de ingleses dejaron el país,⁷ un éxodo masivo dada la población global. (En 1900, la población inglesa era de 41 millones; sin emigración, habría superado los 70 millones.) Sin embargo, más importante que los números absolutos era el hecho de que los ingleses no encontraban trabas a la emigración por parte de las autoridades interiores o extranjeras. Además de quienes embarcaron rumbo a unos Estados Unidos hambrientos de mano de obra, millones se dirigieron también hacia colonias ricas en tierras y recursos (Canadá, Australasia, África meridional) y habitadas por pueblos que no podían resistir mucho tiempo la tecnología militar occidental. Las comunicaciones existentes (los veleros para grandes travesías, seguidos del barco de

vapor y el ferrocarril) permitieron que cientos de miles de familias cruzaran el Globo, con incomodidades, es verdad, pero con una relativa seguridad. Así pues, no había ninguna necesidad de permanecer en las chozas y los suburbios de Inglaterra o Escocia, vencidos por la presión de los números.*

El segundo acontecimiento fue que, mientras Malthus escribía el *Ensayo*, tuvieron lugar importantes mejoras en la producción agrícola británica –tan importantes que el proceso recibió más tarde el nombre de «revolución agraria»–.⁴ Lejos de ser un acontecimiento súbito –como sugiere la palabra «revolución»–, el proceso consistió en una serie de mejoras parciales (rotación de cosechas, técnicas de cría, gestión de las tierras, nuevas herramientas agrícolas, introducción de la patata, cercamiento de tierras comunales y drenaje de marismas, mayor publicidad de los métodos de cultivo, mejores comunicaciones y accesos a los mercados) que, de modo acumulativo, elevaron la cantidad y la calidad de la oferta alimentaria de Gran Bretaña, favoreciendo su bienestar, reduciendo las tasas de mortalidad y contribuyendo también al incremento demográfico. Con el paso del tiempo, un número cada vez mayor de personas no pudo abastecerse plenamente a pesar de la mejora de los recursos internos; en este sentido, Malthus tenía razón. Sin embargo, hacia el tercer cuarto del siglo XIX, la demanda británica de cereales, carne y otros alimentos pudo ser abastecida por las granjas creadas por los primeros emigrantes en Norteamérica, Australia y otras regiones –una producción que se transportaba en barcos de vapor provistos de cámaras frigoríficas–. Contrariamente a lo que Malthus presagió, «el poder de la tierra» fue capaz de alcanzar «el poder de la población», gracias al ingenio de sus propios habitantes.

El tercer y más importante acontecimiento fue que, justo una década o dos antes de que Malthus escribiese el *Ensayo*, Gran Bretaña entró en las primeras etapas de la revolución industrial, ese enorme salto productivo que

* En el caso de los cercados de tierras de los Highlands, la emigración fue más involuntaria que voluntaria.

siguió a la sustitución de las habilidades humanas por los aparatos mecánicos y de la fuerza animal y humana por la energía inanimada (vapor y, luego, electricidad).⁵ Incluso en sus formas iniciales, los telares mecánicos producían veinte veces lo que un obrero manual, y una máquina de hilar intermitente tenía doscientas veces la capacidad de una rueca. Además, el carbón que se utilizaba como combustible de estas máquinas, así como los productos que salían de las recientemente creadas fábricas en que dichas máquinas se agrupaban, eran transportados en locomotoras que poseían la capacidad de centenares de caballos de carga. Ningún avance tecnológico anterior había dado lugar a algo parecido al incremento productivo resultante de la revolución industrial.

Aunque la llegada del vapor tuvo muchas consecuencias a corto y largo plazo, la mayor fue que salvó al menos a una parte de la raza humana de las espantosas consecuencias de la explosión demográfica que tanto había preocupado a Malthus. La revolución industrial fomentó de tal modo la productividad, que la riqueza nacional y el poder adquisitivo general sobrepasaron el incremento demográfico. Durante todo el siglo XIX la población británica se multiplicó por cuatro, en tanto que el producto nacional creció cuarenta y dos veces.¹⁰

Esto no quiere decir que los beneficios materiales fueran inmediatos o, para el caso, que estuvieran equitativamente distribuidos. La industrialización produjo beneficios iniciales a empresarios, inventores, propietarios de talleres y promotores financieros, quienes advirtieron que los nuevos métodos de producción permitirían mayores beneficios. Pero, dejando de lado la cuestión crítica de proporcionar trabajo a la población creciente, no benefició demasiado a la primera o segunda generaciones de trabajadores, quienes, sometidos a terribles condiciones en fábricas y minas, fueron organizados junto con sus máquinas en un estricto y cronometrado sistema de trabajo absolutamente diferente a cualquier cosa vista hasta el momento. De modo claro, la diferencia residía entre el corto y el largo plazo. Sólo las posteriores generaciones de obreros se beneficiaron del aumento general

de la prosperidad surgido de la industrialización por la que sus padres y abuelos habían pagado un precio tan caro. No debe sorprendernos que Karl Marx –y de modo más reciente sus seguidores en todo el mundo– predijese que la proletarianización de las personas conduciría a una revolución contra las clases que detentaban el poder, y que no previera que la situación podía mejorar con el tiempo. Marx, un airado crítico de Malthus, fue aún peor que él en el arte de la predicción.

Al convertirse Gran Bretaña en el taller del mundo debido a las nuevas tecnologías y al sistema de producción de ellas derivado, sus habitantes se enriquecieron cada vez más. Con los beneficios de las crecientes exportaciones británicas –los cinco millones de libras de exportaciones textiles de la década de 1780 se transformaron en casi cuarenta millones en la década de 1820–,¹¹ el país pudo comprar los alimentos, las materias primas y demás bienes que la población necesitaba y hacer que los modernos medios de transporte suministraran con rapidez esos productos. Al ser su eficacia productiva mayor que la de cualquier otra sociedad de la época, y al gozar de niveles de vida cada vez más elevados, muchos británicos se hicieron partidarios del *laissez-faire* económico y de un orden comercial «abierto» en el que la propiedad y los límites nacionales contarán cada vez menos. Quizá fue el gran economista británico Jevons quien mejor plasmó este ambiente cuando en 1865 escribió, exultante:

Las llanuras de Norteamérica y Rusia son nuestros maizales; Chicago y Odesa, nuestros graneros; Canadá y el Báltico, nuestros bosques madereros; Australasia contiene nuestras granjas de ovejas, y en Argentina y las llanuras occidentales están nuestras manadas de bovinos; Perú envía su plata, y el oro de Sudáfrica y Australia fluye hacia Londres; los indios y los chinos cultivan té para nosotros, y nuestras plantaciones de café, azúcar y especias están todas en las Indias. España y Francia son nuestros viñedos, y el Mediterráneo nuestro vergel, y nuestros campos de algodón, que durante mucho tiempo ocuparon los Estados Unidos sureños, se extienden ahora por todas las regiones cálidas de la tierra.¹²

En muchos sentidos, fue uno de los grandes éxitos de la raza humana, muy diferente de la llegada del sistema de gobierno representativo o el auge de la tolerancia religiosa –aunque igual de importante–. La revolución industrial, junto con la anterior revolución científica de investigación y búsqueda independientes, creó una espiral ascendente de crecimiento económico y progreso tecnológico. Los nuevos inventos, las nuevas técnicas de producción, las nuevas formas de transporte y los nuevos capitales tendían a estimularse mutuamente. Por ejemplo, la creación a mediados del siglo XIX de grandes barcos de vapor de casco de hierro fue el resultado de revoluciones gemelas en la ciencia y la industria, así como un medio de mejora global de las comunicaciones, el suministro de alimentos, la emigración, etcétera. Desde entonces, la interacción de cambio tecnológico y desarrollo industrial ha sido imparable.¹³

Así, «el poder de la población» se vio correspondido no tanto por «el poder de la tierra» sino por el de la tecnología: el poder de la mente humana para encontrar nuevos modos de hacer cosas, inventar nuevos mecanismos, perfeccionar la organización de la producción, acelerar el paso de los bienes muebles y las ideas de un lugar a otro, estimular enfoques nuevos de viejos problemas... Malthus tenía toda la razón al observar que si la población de un país se duplicase cada veinticinco años, ello implicaría una carrera entre el consumo y los recursos; pero subestimó el poder de la ciencia y la tecnología para crear mejoras en el transporte de las personas, los bienes y los servicios, elevar la producción agrícola, estimular progresos en la producción de mercancías, como consecuencia de lo cual se inventaron y aprovecharon recursos nuevos para satisfacer las demandas crecientes de una población vigorosa. Además, los cada vez más elevados niveles de vida condujeron a cambios sociales –escolarización más prolongada, mejoras en la situación de las mujeres, mayor consumo, creciente urbanización– que tendieron a disminuir el promedio de hijos por familia. En otras palabras, Gran Bretaña experimentó una «transición demográfica» que acabó por conducirla, un siglo más tarde, a

una estabilización de la población. El aumento geométrico en la cifra sólo duró unas pocas generaciones.

En resumen, los británicos escaparon de la trampa malthusiana por tres puertas: emigración, revolución agrícola e industrialización. Sin embargo, es igualmente importante destacar que tal salida no fue muy corriente. Algunos países –Bélgica, Alemania y Estados Unidos– imitaron las prácticas británicas y siguieron la espiral ascendente de productividad, riqueza y nivel de vida. Pero muchos otros pueblos no fueron tan afortunados y, obligados por fuerzas internas o externas, perdieron cada vez más terreno. Irlanda, en desventaja en muchos sentidos (control político foráneo, infraestructura insuficiente, falta de carbón, bajos niveles de consumo per cápita, agricultura deprimida), fue incapaz de resolver «el problema central de la época [...] cómo alimentar, vestir y emplear generaciones de niños que superaban con creces los de cualquier época anterior».¹⁴ En la década de 1840, el hambre y la emigración hicieron que su población se viese reducida en una quinta parte.

La India es otro caso pertinente, y mucho más cercano al modelo de Malthus. Su población también se duplicó y reduplicó en el siglo XIX, pero sobre una base mucho menos productiva. Además, como los Estados indios habían sido incapaces de resistir militarmente a la Compañía de las Indias Orientales británica, poco fue lo que pudieron hacer sus súbditos cuando los textiles manufacturados británicos –no sólo más baratos, sino de mejor calidad que la tela autóctona– inundaron el país, desplazando en el proceso a los productores autóctonos tradicionales.* El terrible resultado fue que, si bien, según un cálculo, los pueblos británico e indio tenían niveles de industrialización per cápita más o menos similares al inicio de la revolución industrial (1750), en 1900 el nivel de la India era sólo una centésima del nivel del Reino Unido.¹⁵ No cabe duda de que la industrialización y la

* La India apenas importó 1 millón de metros de tejido de algodón en 1814, pero esa cifra llegó a los 46 millones en 1830 y a unos asombrosos 905 millones en 1870.

modernización crearon problemas en las sociedades industriales, pero éstos palidecen en comparación con «el destino de quienes aumentaron de número sin pasar por una revolución industrial».¹⁴

Vale la pena observar que en la época de Malthus hubo otra solución al problema del exceso de población, a saber: la agitación interna seguida de la agresión externa. En Francia, los descontentos populares destruyeron un Antiguo Régimen que, para mantener un rápido crecimiento demográfico, estaba mucho menos estructurado que Gran Bretaña en lo tocante a agricultura, industria y comercio, así como en actitudes y marco social. Al tiempo que las esperanzas iniciales de la revolución se veían frustradas como consecuencia del terror, la reacción y el bonapartismo, un gran número de franceses jóvenes, enérgicos y frustrados se desplegaban en ejércitos de ocupación fuera de Francia, la mayoría encontró la muerte en combate o debido a las enfermedades. De este modo, la expansión territorial desempeñó su papel tradicional como válvula para la superpoblación, las tensiones sociales y las frustraciones políticas, aunque a largo plazo no pudo competir con la combinación británica de innovación tecnológica, crecimiento económico y adquisiciones coloniales.¹⁷ De todos modos, los hechos indican que, entre las posibles consecuencias del rápido crecimiento demográfico, la turbulencia social y la expansión son tan plausibles como cualquier otra.

Hoy nos enfrentamos, con mayor fuerza que nunca, a estos mismos problemas interrelacionados: superpoblación, presión sobre la tierra, emigración e inestabilidad social, por un lado, y poder de la tecnología para incrementar la productividad y sustituir las ocupaciones tradicionales, por otro. Dicho en otras palabras, deberíamos considerar la situación demográfica y económica de finales del siglo XVIII como una metáfora de los retos que tiene planteados nuestra sociedad global, dos siglos después de las reflexiones de Malthus. Es más, resulta imperativo que lleguemos a comprender la interconexión de estos problemas en el dilema comparable de hoy. Las diferencias reales no están en la naturaleza de nuestros proble-

mas globales, sino en su mayor intensidad en comparación con los de finales del siglo xvii. La Tierra, otra vez, se enfrenta a una explosión demográfica, pero ahora no en las sociedades desarrolladas de Europa noroccidental, sino en las empobrecidas regiones de África, Centroamérica, Oriente Medio, la India y China; y esta explosión no implica a millones sino a miles de millones de personas. Al mismo tiempo, estamos presenciando una explosión del saber en un extraordinario número de ámbitos de la tecnología y la producción. En ambos sentidos, el impacto es mayor y se experimenta de un modo más rápido y amplio. En el siglo xviii, la población global se incrementaba en 250 millones de habitantes cada setenta y cinco años; hoy, ese mismo incremento se produce cada trece años. Mientras tanto, nuestro integrado mundo de ciencia y comunicaciones ha acelerado enormemente el ritmo del cambio tecnológico.

Aunque son pocos los dirigentes políticos —en caso de que haya alguno— que parecen dispuestos a enfrentarse a este hecho, la mayor prueba a la que se verá sometida la sociedad humana en el siglo xxi consistirá en el modo de utilizar «el poder de la tecnología» para satisfacer las demandas planteadas por «el poder de la población»; esto es, cómo encontrar soluciones globales eficaces con el fin de librar a las tres cuartas partes más pobres de la humanidad de la creciente trampa malthusiana de la malnutrición, la hambruna, el agotamiento de los recursos, la agitación social, la emigración forzosa y los conflictos armados; consecuencias que, aunque menos directamente, también pondrán en peligro a los países más ricos.

Este problema es menos acuciante debido a la separación geográfica entre el lugar en que se producen las presiones de la población y aquél donde se encuentran los recursos tecnológicos. En la Inglaterra de finales del siglo xviii, las explosiones demográfica y tecnológica ocurrieron en la misma sociedad y se influyeron mutuamente de manera que, en última instancia, resultaron beneficiosas: la mayor población estimuló la demanda de alimentos y fomentó la inversión agrícola; la industriali-

zación impulsó la riqueza nacional y eso a su vez condujo a una mayor adquisición de textiles, utensilios de cocina, alimentos. Así, el desafío planteado por una de estas grandes fuerzas renovadoras fue contestado por la otra gran fuerza. La demanda creciente quedó satisfecha con una oferta mayor, con lo cual quedó demostrado que un crecimiento rápido de la población no implica necesariamente unos niveles de vida per cápita más bajos si la productividad se incrementa a un ritmo igual o mayor.

Sin embargo, en el mundo actual ya no existe semejante superposición geográfica. La explosión tecnológica está teniendo lugar de forma abrumadora en las sociedades económicamente avanzadas, muchas de las cuales poseen poblaciones de crecimiento lento o incluso decreciente. Por otro lado, la explosión demográfica se está produciendo en países con recursos tecnológicos limitados, muy pocos científicos y obreros cualificados, una inadecuada inversión en investigación y desarrollo y pocas, o ninguna, corporaciones con éxito; en muchos casos, las elites gobernantes no están interesadas en la tecnología, y los prejuicios culturales e ideológicos contra el cambio son mucho más fuertes que en la Inglaterra de la revolución industrial.

Incluso estas diferencias de circunstancia no captan las dimensiones plenas del actual dilema global, porque hay que destacar también otras dos dificultades. La primera es que, en muchos países en vías de desarrollo, la presión demográfica está produciendo un agotamiento de los recursos agrícolas locales (pastoreo excesivo de las sabanas en África, erosión de los bosques tropicales de la Amazonia, salinización de la tierra desde la India hasta el Kazajstán) justo cuando se necesita una mayor producción agrícola. El propio Malthus dio por sentado que la oferta de alimentos seguiría aumentando, aunque no fuera al mismo ritmo que la población; a buen seguro que sus escritos habrían sido mucho más pesimistas si hubiese considerado posibles descensos en el «poder de la tierra» como los que están teniendo lugar hoy en África. La segunda dificultad reside en la existencia de indicios de que algunas de las nuevas tecnologías del Primer

Mundo, lejos de acudir en ayuda de la explosión demográfica de los países en vías de desarrollo, podrían empobrecerlos aún más al convertir en superfluas ciertas actividades económicas, del mismo modo que la máquina de hilar dejó sin trabajo, en la otra punta del planeta, a los tejedores de los telares manuales indios. A menudo, los nuevos adelantos científicos crean problemas estructurales a la hora de transferir los beneficios desde los «ricos» a los «pobres» en el seno de la sociedad; la comunidad global actual se enfrenta a un desafío mucho más grande, ya que las tecnologías avanzadas amenazan con socavar las economías de las sociedades en vías de desarrollo.

A pesar de ser bastante diferente, este libro tiene muchas semejanzas con *Auge y caída de las grandes potencias*. Para empezar, aunque el presente estudio no es en sí mismo una obra histórica, está basado en la perspectiva de la Historia, porque los hechos que se analizan no son completamente nuevos. En ambos libros se ofrece al lector un análisis de las fuerzas renovadoras que influyen en los acontecimientos internacionales. Al evitar el detalle histórico de *Auge y caída*, el centro de atención de este estudio se ha desplazado un poco para considerar el encuentro de la raza humana con la economía, el cambio económico y el crecimiento demográfico. Sin embargo, a su modo, cada uno constituye un intento por situar los asuntos del mundo en el contexto más amplio posible.

En segundo lugar, aunque esta obra no se interesa de forma especial por el conflicto militar, las fuerzas armadas, el equilibrio de poder y las formas tradicionales de pensar la seguridad nacional, sostiene que algunas de las nuevas fuerzas renovadoras que se ciernen sobre nuestro planeta podrían causar en el futuro inestabilidad y conflicto, y que los gobiernos y los pueblos necesitan reconsiderar sus viejas definiciones de lo que constituye una amenaza para la seguridad nacional e internacional. Al margen de si ha acabado o no la guerra fría, o de si es posible poner fin a las rivalidades en Oriente Medio, existen ahora grandes peligros no militares para la seguridad

y el bienestar de los pueblos de este planeta sobre los que es necesario poner atención.

En tercer lugar, dado que aquí se hace hincapié en hechos transnacionales, se ha prestado menos atención a los Estados-nación y a los sistemas diplomáticos o de alianza en el seno de los cuales aquéllos operan tradicionalmente. Esto no significa que no sea importante la actuación de quienes toman las decisiones en Washington y Moscú, o que el futuro de unidades territoriales específicas como Japón y la Comunidad Europea sea insignificante, o que las tendencias globales son tales que resulta irrelevante que uno viva en Suiza o en el Chad. Los diferentes países y regiones del globo están estructurados de diferente manera (en términos de emplazamiento geográfico, niveles de cualificación de la población, recursos nacionales, activos fijos) y están mejor o peor preparados para responder a los retos transnacionales a los que todos se enfrentan. Es más, en el seno de un determinado país las estructuras pueden hacer que el impacto de una nueva tecnología sea más severo —o más beneficioso— que en otro país con estructuras diferentes; la agricultura biotecnológica, para ofrecer un ejemplo obvio, puede ser beneficiosa en un país de alta tecnología e importador de alimentos como Japón, pero es potencialmente desastroso para países en vías de desarrollo como Ghana o Costa Rica, que dependen de la exportación de cultivos. El simple hecho del lugar en que un pueblo se encuentra situado en este planeta y de lo abundantes que sean sus recursos humanos y tecnológicos, afecta en gran medida sus perspectivas a la hora de enfrentarse a las inminentes transformaciones globales.

Por esta razón, mientras en los capítulos de la primera parte analizo las dimensiones de las fuerzas renovadoras transnacionales, en los de la segunda parte examino las consecuencias específicas para algunas de las zonas más importantes del globo: China y la India, los países en vías de desarrollo, Europa, la antigua Unión Soviética, Japón y Estados Unidos. Al igual que en la época de Malthus, los diferentes pueblos del globo no están colocados en la línea de salida mientras se preparan para pasar de un si-

glo al siguiente; y, en realidad, muchos se hallan en seria desventaja.

A primera vista, esto indica que, una vez más, la Historia está confeccionando sus listas de ganadores y perdedores. El cambio económico y el desarrollo tecnológico, como las guerras o los torneos deportivos, no suelen ser beneficiosos para todos. El progreso, saludado por las voces optimistas desde la Ilustración hasta nuestro tiempo, beneficia a aquellos grupos o países capaces de sacar partido de la ciencia y los métodos más nuevos, al tiempo que perjudica a otros, menos preparados tecnológica, cultural y políticamente para responder al cambio. Como sucedió con la revolución industrial en Inglaterra, el progreso tecnológico puede tener un efecto de difusión, de tal modo que los niveles de vida de todos los miembros de la sociedad acaben mejorando con el tiempo; sin embargo, eso nunca constituyó una explicación satisfactoria para los tejedores manuales desempleados en 1795, ni es probable que convenga a sus equivalentes contemporáneos.

Además de emprender la difícil tarea de evaluar a los ganadores y perdedores potenciales, esta obra también se pregunta si las actuales fuerzas renovadoras globales no nos están sacando de nuestros esquemas tradicionales para situarnos ante un singular conjunto de circunstancias nuevas, donde las organizaciones sociales humanas puedan no estar a la altura de los retos planteados por la superpoblación, el daño ecológico y las revoluciones tecnológicas, y donde la cuestión de los ganadores y los perdedores se convierta en cierta medida en irrelevante. Si, por ejemplo, el abuso continuo del medio ambiente en los países en vías de desarrollo conduce a un calentamiento global o si se produce un flujo masivo de refugiados económicos desde las regiones más pobres a las más ricas del planeta, todos sufrirán las consecuencias en grados diversos. En resumen, del mismo modo que las rivalidades entre Estados-nación se están viendo superadas por problemas mayores, nosotros podemos vernos obligados a reflexionar acerca del futuro en una escala mucho más amplia que la que ha caracterizado la políti-

ca internacional en el pasado. Incluso si las grandes potencias buscan todavía seguir en alza, o al menos no caer, sus empeños podrían muy bien tener lugar en un mundo tan deteriorado como para convertir gran parte de su esfuerzo en inútil.

Como esta obra trata ante todo de grandes tendencias globales, problemas ambientales, modelos demográficos y avances tecnológicos, quizá parezca que presta poca atención a las dimensiones intangibles y no materiales de nuestra existencia humana y social, a los valores espirituales y culturales. Esto puede ser cierto en lo referente a los temas generales de la primera parte, pero una lectura cuidadosa de los casos tratados en la segunda parte indica lo importante que son estas dimensiones en la comprensión del motivo por el cual las diferentes sociedades reaccionan de modo diferente ante los nuevos desafíos. En realidad, es probable que lo que más influya en la respuesta de un país ante el cambio sean sus actitudes sociales, sus creencias religiosas y su cultura. Los investigadores de aquellas civilizaciones del pasado que fracasaron en el intento de adaptarse al reto de la modernización, señalan, ejemplo tras ejemplo, los obstáculos que entorpecieron los nuevos progresos: una aversión a la industria y la manufactura, una sospecha propia de mandarines hacia el comercio y la empresa, una oposición tradicional o religiosa a los usos occidentales capitalistas, estructuras de poder que favorecían a los artesanos, la burocracia, los militares y la Iglesia, sistemas legales y fiscales (o incluso de descarado pillaje) que discriminaban a los empresarios y favorecían a los funcionarios.¹⁸

A menudo, los escritores occidentales han dado por sentado que tales obstáculos son característicos de las sociedades orientales y africanas, en contraste con la adopción por parte de Europa del racionalismo, el método científico y la experimentación que la llevaron en el tiempo a ejercer su dominio sobre el mundo.¹⁹ Tras los extraordinarios éxitos obtenidos en las últimas décadas por Japón en los campos de la invención, el diseño, la

industria y las finanzas, esta suposición parece más dudosa que nunca. Si se admite que ciertas regiones del mundo (Nueva Guinea, el desierto de Kalahari) plantean obstáculos naturales al desarrollo, parece igualmente justo admitir que en su mayor parte los pueblos del mundo, siempre que lo deseen, pueden responder de forma positiva al desafío del cambio. Pero la misma frase «siempre que lo deseen» implica una adopción de esas características que explican el éxito de Holanda en el siglo xvii y de Japón a finales del xx: la existencia de una economía de mercado, al menos en una medida en que los mercaderes y empresarios no se vean discriminados, desanimados o esquilados; la ausencia de una rígida ortodoxia doctrinal; la libertad de preguntar, discutir, experimentar; una fe en las posibilidades de mejora; un interés por lo práctico en detrimento de lo abstracto; un racionalismo que desafíe los códigos propios de mandarines, el dogma religioso y el folclore tradicional. Es tan improbable que una sociedad dominada por *mullahs* fundamentalistas o por terratenientes conservadores acepte el cambio en el siglo xx como lo fue en el siglo xv.

Los obstáculos culturales al cambio son comunes en todas las sociedades, por la razón obvia de que la llegada de una transformación amenaza los hábitos, los modos de vida, las creencias y los prejuicios sociales existentes. Es tan probable que se produzcan en las sociedades avanzadas como en las superdesarrolladas. En realidad, los que a menudo exhiben la mayor renuencia al cambio son los países —o las elites de dichos países— que han pasado su momento de mayor influencia en los asuntos regionales o mundiales y están siendo atrapados por países en rápido ascenso. En parte, las razones son de índole práctica, pero también psicológica y cultural. Tras haber llegado a la cima bajo unas situaciones históricas específicas, a los países en decadencia se les hace difícil aceptar que las circunstancias han cambiado, que hay modos diferentes de organizar la industria, educar a los jóvenes, distribuir los recursos y tomar decisiones políticas —y que dichos modos tienen mayor éxito—. Responder al cambio puede significar alterar las prioridades sociales, el siste-

ma educativo, los modelos de consumo y ahorro, incluso las creencias básicas respecto a la relación entre el individuo y la sociedad. Los estadounidenses, preocupados hoy por resolver el problema de cómo hacer frente al «desafío japonés», conocen la complejidad y profundidad de tales obstáculos culturales y sociales.²⁹

La estructura de este libro es relativamente simple. La primera parte analiza ciertas fuerzas mayores que actúan en favor del cambio que se ciernen sobre nuestro mundo, así como las consecuencias generales de dichas transformaciones. Aunque el libro está dividido en capítulos separados, espero que el lector perciba la interconexión existente entre la explosión demográfica y la creciente emigración ilegal, la revolución robótica y la demanda global de trabajo, la tecnología y la reducción de la soberanía nacional. Examinaré primero la explosión demográfica global por lo poderosas que resultan sus consecuencias, pero de inmediato introduzco un análisis del modo en que las nuevas tecnologías (ordenadores, satélites, información/comunicaciones) están globalizando los asuntos del mundo y cambiando la forma de operar de las compañías —esta yuxtaposición intenta resaltar el abismo existente entre los progresos que han tenido lugar en las zonas pobres y superpobladas del mundo y aquellos que se han dado en las zonas ricas y tecnológicamente desarrolladas—. Sigo con el mismo tema en el capítulo IV (agricultura biotecnológica) y el capítulo V (robótica), que exploran respectivamente los motivos por los cuales la revolución agrícola y la revolución industrial/tecnológica contemporáneas podrían agravar la explosión demográfica en lugar de ser factores atenuantes, tal como ocurrió en la Inglaterra de Malthus. Dado que todo esto apunta hacia la perspectiva de una separación cada vez mayor entre países ricos y pobres, el capítulo VI debate el modo en que el daño ecológico generalizado y, en particular, el calentamiento global, pueden obligar a las sociedades desarrolladas, conscientes al fin de la relación entre las tendencias demográficas, medioambientales y

tecnológicas, a ayudar a sus parientes más pobres. La primera parte finaliza con un capítulo que explora el grado en que los cambios transnacionales están afectando la posición del propio Estado-nación.

La segunda parte del libro examina las diferentes regiones del globo, así como sus respectivas capacidades para enfrentarse a nuevos desafíos. Los países/regiones se han seleccionado no sólo por su importancia, sino también por sus muy diferentes situaciones: Japón es visto cada vez más como una sociedad tecnológica dirigente; la India y China, con más del tercio de la población mundial, luchan con la tarea de detener el crecimiento demográfico y sacar partido de la tecnología; los países más pequeños del mundo en vías de desarrollo (se examinan aquí Asia oriental, Latinoamérica, los países musulmanes y el África subsahariana) muestran marcadas diferencias en las respuestas a los desafíos demográficos y tecnológicos; la antigua Unión Soviética se enfrenta a estas fuerzas globales al mismo tiempo que se desintegra su anterior unidad, mientras que la Comunidad Europea tiene que habérselas con los progresos transnacionales y esforzarse por una mayor integración; por último, Estados Unidos, bien equipado en lo referente al poderío militar, se enfrenta a unos desafíos radicalmente nuevos de una naturaleza no militar. Cada capítulo estudia, de manera prospectiva, una gama de resultados para el país o la región en cuestión.

La tercera y última parte cambia de nuevo el centro de atención para reflexionar sobre la pregunta más importante de todas: si estamos siendo desafiados por importantes fuerzas que actúan en favor del cambio, ¿de qué modo puede una sociedad «prepararse» mejor para la llegada del siglo XXI? ¿Qué características, qué fuerzas, son deseables que posea un pueblo en estos tiempos de cambios tan rápidos e impredecibles? Ésta parece ser una línea de investigación más sensata que adentrarse en la políticamente estimulante pero errónea pregunta sobre quién será el número uno en el año 2025 (o en el 2050), ya que admite la posibilidad de que las sociedades se adapten al cambio y se contra en el proceso de adqui-

rir características deseables, o de fundamentarse en ellas. Sigue abierta, como siempre, la cuestión de si los países y las regiones implicados se adaptan y adquieren dichas fuerzas. Los seres humanos hacen su propia historia, aunque —como nos recuerda Marx— bajo circunstancias influidas por el pasado.

Es importante hacer hincapié en el horizonte temporal que da forma al presente trabajo. Algunos críticos de mi discusión sobre la «relativa decadencia» de Estados Unidos en *Auge y caída de las grandes potencias* leyeron de forma equivocada el texto y concluyeron que me refería más al hoy que a la próxima generación. De modo similar, quienes no están convencidos del potencial de los robots (capítulo V) podrían no entender que los relativamente escasos ejemplos de fábricas automatizadas de hoy quizá no se diferencien de los pocos prototipos fabriles existentes cuando Malthus escribió su primer *Ensayo*; la adopción generalizada estaba a una generación de distancia cuando menos. Dado que la mayor parte de las proyecciones demográficas llevan hasta el año 2025, en este libro se supone un período de unos treinta años en la discusión de las tendencias transnacionales o de las perspectivas de una región particular. Las estimaciones que superan esa fecha son mucho más dudosas. Es más, el ejercicio se complica por el hecho de que algunas de estas fuerzas en favor del cambio se muevan a un ritmo más veloz que otras: por ejemplo, mientras que la población de Noruega sólo cambia lentamente, ¿quién puede prever a dónde nos llevará la revolución biotecnológica en el próximo cuarto de siglo? De modo similar, si estallan grandes convulsiones sociales (incluyendo guerras) a comienzos del próximo siglo, ¿de qué modo afectarán al destino de los países o a la velocidad de las tendencias transnacionales que aquí se discuten?

Por lo tanto, *Hacia el siglo XXI* no presupone que exista un proyecto o un plan de marcha ideal que, de ser seguido, permitiera a todas las sociedades resolver el enorme cambio de las próximas décadas. Presupone que las inminentes transformaciones —en particular la carrera entre demografía y tecnología— afectarán, tanto positiva

como negativamente, a algunas sociedades y clases más que a otras, debido sencillamente al desigual patrón de cambio y las diferentes respuestas que al mismo dé la especie humana. Por último, no sostiene que el cambio sea, en sí mismo, algo bueno, sino que es probable que produzca consecuencias beneficiosas y adversas. No obstante, si al menos lográramos entender las transformaciones que se ciernen sobre nuestro planeta, podríamos ser capaces de considerar cuál es la mejor forma de prepararnos para ellas.

NOTAS

1. Véanse las estimaciones generales de la pág. 30 de G. T. Trewartha, *A Geography of Population: World Patterns*, Nueva York, 1969.
2. N. Tranter, *Population Since the Industrial Revolution: The Case of England and Wales*, Nueva York, 1973, págs. 41-42.
3. Véase el debate en W. H. McNeill, *Plagues and Peoples*, Nueva York, 1976, capítulo VI; y en P. E. Razzell, «Population Growth and Economic Change in Eighteenth and Early Nineteenth-Century England and Ireland», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, Labour and Population in the Industrial Revolution*, Londres, 1967, págs. 260-281.
4. T. R. Malthus, *An Essay on the Principle of Population as It Affects the Future Improvement of Society*, Londres, 1798, pág. 13; reimpresso con notas por J. Bonar, Nueva York, 1965. [Existe traducción castellana: *Ensayo sobre el principio de la población*, Akal, Madrid, 1990.]
5. *Ibid.*, pág. 22.
6. R. L. Heilbroner, *The Worldly Philosophers*, Nueva York, ed. 1986, págs. 77-78.
7. P. Mathias, *The First Industrial Nation*, Londres,

1969, pág. 452; W. D. McIntyre, *Colonies into Commonwealth*, Londres, 1966, pág. 345.

8. Hay una buena y breve descripción en Mathias, *First Industrial Nation*, págs. 64-80; véase también, J. D. Chambers y G. E. Mingay, *The Agricultural Revolution 1750-1880*, Nueva York, 1966.

9. D. S. Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, 1969, pág. 1.

10. P. Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989, págs. 200-201; y véase el discurso más general en C. M. Cipolla, *The Economic History of World Population*, Harmondsworth, Mdssx., 7.ª edición, 1978, págs. 70 ss., 115; W. H. McNeill, *Population and Politics Since 1750*, Charlottesville, Va., 1990.

11. Mathias, *The First Industrial Nation*, tabla 15, pág. 466.

12. Citado en R. Hyam, *Britain's Imperial Century 1815-1914*, Londres, 1975, pág. 47.

13. Éste es el tema de Landes, *The Unbound Prometheus*.

14. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution 1760-1830*, Oxford, ed. 1968, pág. 129.

15. Esta cifra proviene de P. Bairoch, «International Industrialization Levels from 1750 to 1980», *Journal of European Economic History*, 11, 1982, pág. 294.

16. Ashton, *The Industrial Revolution*, pág. 129.

17. Para este razonamiento, véase W. H. McNeill, *The Pursuit of Power*, Chicago, 1983, cap. 6.

18. Véanse en particular E. L. Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, 1981; y C. M. Cipolla, ed., *The Economic Decline of Empires*, Londres, 1970.

19. Como se sostiene en K. Mendelssohn, *Science and Western Domination*, Londres, 1976.

20. Para una visión de esta preocupación, véase J. Fallows, *More Like Us*, Nueva York, 1989; D. Burstein, *Yen!*, Nueva York, 1988; R. Rosecrance, *America's Economic Resurgence*, Nueva York, 1990; S. Schlosstein, *The End of the American Century*, Nueva York, 1989.

Cuestionario 21a

1. Explique según Malthus, cuáles serían las consecuencias de una explosión demográfica.
2. ¿Qué argumentaban Godwin y Condorcet respecto a los temores de Malthus?
3. ¿Cuáles fueron las consecuencias de la industrialización?
4. ¿Cuáles son los problemas que subsisten actualmente y que ya existían en el siglo xviii?
5. ¿Qué perspectivas existen para el siglo xxi?

Capítulo VII

EL FUTURO DEL ESTADO-NACIÓN

Los capítulos anteriores han tratado acerca de los cambios demográficos, medioambientales y tecnológicos, todos ellos transnacionales, que se ciernen sobre la sociedad humana. Los siguientes capítulos debatirán los probables impactos de estas fuerzas sobre regiones y países específicos, a la luz de la capacidad relativa de estos últimos para responder a tales desafíos. Los países no sólo están dotados de forma diferente en términos geográficos (superficie, emplazamiento, recursos naturales), sino que también difieren la historia, las actitudes culturales, la estructura social y la capacidad económica de sus propios habitantes. Por lo tanto, algunos están mejor preparados que otros para enfrentarse a la subida de los niveles del mar, la revolución biotecnológica o incluso el cambio demográfico. La desigualdad entre las naciones sigue estando a la orden del día.

Pero antes de considerar las perspectivas de los diferentes continentes a medida que se acerca el siglo XXI, debemos discutir otra cuestión: ¿qué significan estos avances transnacionales para el futuro del propio Estado-nación, que es la unidad organizadora hacia la que la gente suele volverse cuando debe enfrentarse a algo nue-

vo? Al fin y al cabo, si nos sumergimos inmediatamente en capítulos sobre la capacidad relativa de Estados como el alemán o el etíope para tratar cambios globales, podríamos no darnos cuenta de que quizá la mayor parte de esas tendencias son de un alcance demasiado grande como para que los organismos nacionales estén bien capacitados para manejarlas. ¿Quiénes, sino las compañías globales, son en la actualidad los principales «actores» en el mundo de los negocios? ¿No está la tecnología creando ganadores y perdedores (en empleo y carreras) al margen de donde uno viva? En una época de intercambio monetario ininterrumpido o, para el caso, de calentamiento global, ¿son realmente importantes órganos nacionales tales como los consejos de ministros o los ministerios de comercio? Y si todo esto es cierto, ¿cómo puede pensarse que los países, como tales, puedan organizarse con el fin de prepararse mejor para el siglo que viene?

Para la mayoría de los ciudadanos, la idea de que no sólo industrias o actividades concretas sino los propios Estados-nación se estén volviendo anacrónicos es de lo más perturbadora. Es cierto que los Estados-nación, tal como los conocemos, son creaciones relativamente recientes, que aparecieron por primera vez en las «nuevas monarquías» —como España, Francia e Inglaterra—, de principios de la Europa moderna.¹ En vista del razonamiento actual según el cual la gente se aparta cada vez más de los gobiernos nacionales y acude a los organismos transnacionales o subnacionales para conseguir sus objetivos,* resulta irónico observar que las primeras monarquías modernas surgieron de un entramado de ducados, principados, ciudades libres y otras autoridades localizadas (Borgoña, Aragón, Navarra), a las que luego acabaron dominando; y que, a medida que reforzaron su poder internamente, los Estados-nación también se afirmaron frente a instituciones transnacionales como el papado,

* Véase más abajo, págs. 198-203.

las órdenes monásticas y caballerescas y la Liga Hanseática —que fue, en muchos aspectos, una especie de forma primitiva de compañía multinacional—.² Estados tan egoístas como la Inglaterra de Enrique VIII o la Francia de Luis XIV no podían tolerar ni autoridad por arriba ni independencia por abajo. Incluso cuando la autoridad estaba compartida internamente —como ocurría entre la corona y el parlamento ingleses—, seguía siendo cierto que ambas instituciones eran nacionales.

A medida que la nación moderna evolucionó, pronto adquirió sus características básicas, que ahora nos son familiares pero que en su tiempo resultaron a menudo novedosas y a las que se opusieron grupos marginalizados o superados por el proceso de formación del estado. El tipo «ideal» de estado —porque había excepciones como el imperio de los Habsburgo, multiterritorial y multiétnico— ocupaba un área geográfica coherente, como Francia o Suecia. Por lo tanto, poseía límites nacionales reconocibles que, con el tiempo, fueron cada vez más vigilados por empleados estatales tales como los funcionarios de aduanas, la policía de fronteras y las autoridades de inmigración. El derecho y la diplomacia internacionales reconocieron que era, junto con los demás Estados-nación, «soberano» —no había nada por encima de él—, lo cual no era nada sorprendente, ya que ese derecho consistía esencialmente en normas que, al menos en principio, los países habían aceptado observar. Cada estado produjo símbolos (bandera, himno, figuras y acontecimientos históricos, fiestas especiales) para reforzar la conciencia de la identidad nacional. Si bien los alumnos estudiaban materias universales como las matemáticas, la ciencia, la geografía, otros elementos del currículo (en especial, la historia) tenían un eje nacional, como también la propia enseñanza siguió un modelo nacional. El idioma nacional ocupó el lugar de las lenguas regionales como el bretón, el galés y el catalán, a pesar de que la resistencia fue a menudo profunda y determinada.³

También institucional y económicamente, el Estado-nación estaba en el centro de las cosas. Los hombres adultos eran reclutados o inducidos a entrar en los servi-

cios armados, que enseguida pasaron de ser levas feudales privadas a instituciones nacionales permanentes. A medida que el gasto estatal fue aumentando para satisfacer las necesidades internas y externas, aparecieron órganos financieros como un Banco Nacional o un Ministerio de Hacienda, surgieron asambleas nacionales para votar presupuestos anuales, nació un sistema impositivo nacional y unidades monetarias nacionales sustituyeron a las anteriores medidas. El sistema económico mercantilista, cuyo objetivo era reforzar las reservas de capital de un país, también apuntaba de modo deliberado a hacerlo fuerte y autosuficiente.⁴ Se redujo la dependencia de los suministros extranjeros de textiles, hierro, cereales y otros bienes, produciéndolos nacionalmente, creando trabajos y disminuyendo la salida de metálico. Las leyes de navegación procuraron asegurar que todo el comercio marítimo se realizara en barcos nacionales, tripulados por marineros nacionales. Los conocimientos sobre cómo manufacturar, por ejemplo, porcelana o sobre nuevos tipos de maquinaria textil no se transmitieron a extranjeros. En opinión de personas como Pitt, Colbert y Federico el Grande, todas estas acciones tenían como fin resaltar el poder y la conciencia nacionales.

En consecuencia, aparte de la revolución interna, la única amenaza real para el Estado-nación podía venir de otro Estado que buscara aumentar su poder relativo o de una coalición de Estados hostiles. Para asegurarse la seguridad nacional, los gobiernos confiaron en una mezcla de medidas militares y diplomáticas: mantenimiento de un ejército permanente, construcción de una flota, formación de alianzas o ententes contra un rival común. Las guerras, cuando se producían, podían ser caras, pero también servían para impulsar el fervor patriótico; denunciar la «abrumadora ambición» de Francia o las astucias de la «pérfida» Albión era siempre una buena forma de incrementar la solidaridad nacional.⁵ A comienzos del presente siglo, los sentimientos nacionalistas estaban siendo reforzados por renovadas carreras navales y armamentísticas, rivalidades coloniales, agitaciones de la prensa amarilla y los grupos de presión chovinistas, así

como por las nociones socialdarwinistas de una «lucha por la supervivencia» internacional. Por lo tanto, no es sorprendente que muchos de los ciudadanos de las potencias europeas partieran de buen grado a la guerra cuando dichos antagonismos estallaron en 1914.⁶

Este aumento continuado del poder y la autoridad del Estado-nación no se produjo sin cierta oposición. A pesar de las afirmaciones de unidad nacional, en Ulster, Alsacia, Cataluña, Alto Adigio, Silesia, Bosnia y una miríada de otros lugares, las antiguas rivalidades étnicas y los patriotismos locales fermentaban bajo la superficie. Desde *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1776) en adelante, una cantidad cada vez mayor de economistas, banqueros y hombres de negocios sostuvo que la gente tendría más dinero si la mano del Estado proteccionista y mercantilista se apartara de los asuntos económicos, y si el comercio y la inversión no operaran según los deseos gubernamentales sino siguiendo los criterios del mercado. Avanzado ya el siglo xx, a la ideología cosmopolita del liberalismo se unió (y se contrapuso), un movimiento obrero transnacional llamado marxismo. Cada uno de estos puntos de vista se opuso a la declarada autonomía del Estado-nación; sin embargo, siempre que tenía lugar una grave crisis internacional –como en 1914 y, de nuevo, en 1939– todos eran dejados de lado. Los tratados diplomáticos (Versalles, Locarno, los acuerdos navales de Washington y Londres) y las instituciones (la Sociedad de Naciones, el Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya) fueron incapaces por igual de evitar que los egoístas Estados soberanos marchasen a la guerra.

Con las dos grandes «guerras totales»⁷ de este siglo llevadas a cabo por economías desarrolladas y organizadas por burocracias modernas, el triunfo del Estado-nación pareció completo. Incluso los sistemas democráticos y liberales insistieron en el reclutamiento; el trato con el enemigo fue considerado traición y se congeló todo comercio de preguerra. Se impusieron controles sobre la industria y la inversión, las operaciones monetarias, incluso sobre las huelgas laborales, dado que el Estado-en-

guerra intentaba obtener la máxima producción posible de las personas. La Primera Guerra Mundial produjo el pasaporte; una prueba de la nacionalidad del individuo, pero, curiosamente, propiedad del Estado, que podía retirarlo cuando lo considerara necesario. La Segunda Guerra Mundial dio lugar al «producto nacional bruto», un instrumento de economista para permitir al Estado un examen exhaustivo de la actividad productiva. En ambos conflictos los gobiernos aumentaron fuertemente los controles sobre la información. Incluso las grandes obras de la cultura reflejaban la necesidad y resolución nacionales, como puede verse en la interpretación de Oliver de *Enrique V* u oírse en la *Octava Sinfonía* de Shostakóvich.

Después de 1945, estas tendencias menguaron un poco en la esfera económica pero siguieron fuertes en la vida política. Los acuerdos internacionales sobre finanzas y comercio, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, intentaron controlar cualquier reaparición del daño causado por el proteccionismo y la autarquía de entreguerras; el comercio exterior y los flujos de inversión se dispararon. Pero el incremento de las tensiones producidas por la guerra fría dañó el clima de las relaciones internacionales y otorgó una importancia cada vez mayor al concepto de seguridad «nacional». Las Naciones Unidas, concebidas como una versión mejorada de la Sociedad de Naciones, se resentieron por el hecho de que las superpotencias riñeran entre sí y vetaran las mociones contrarias. Las amenazas exteriores eran estudiadas por Consejos Nacionales de Seguridad u órganos con nombres parecidos; fuera adonde fuere el presidente estadounidense—incluso de vacaciones— a su lado estaba el «consejero de seguridad nacional». La seguridad nacional se utilizó para justificarlo casi todo, desde la construcción de un sistema de autopistas hasta la concesión de becas científicas y tecnológicas. También se utilizó, de forma negativa, para retener determinada información, impedir la entrada de determinados inmigrantes, prohibir el comercio con ciertos países y viajar a los mismos,

suspender las transferencias de tecnología. En el momento culminante de la guerra fría, con la Unión Soviética y Estados Unidos invirtiendo centenares de miles de millones de dólares al año en gastos de defensa, los observadores se preguntaron si ambos no se habían vuelto «Estados de seguridad nacional»; otros, preocupados por el desvío masivo de capital, investigación y desarrollo, científicos, ingenieros y técnicos hacia la carrera armamentista, temieron por su efecto sobre la competitividad a largo plazo.⁶

Tales modos de pensar tienen, todavía hoy, amplio predicamento. Durante las tensiones de la guerra fría, sin duda era fácil sostener que las amenazas al propio pueblo eran ante todo de naturaleza militar y que el Estado-nación seguía siendo el actor central de los asuntos mundiales. Incluso ahora, que ese conflicto ya no existe, los expertos en seguridad nacional y los funcionarios del Pentágono siguen encontrando muchas amenazas potenciales a la estabilidad internacional —y motivos para mantener grandes fuerzas de defensa—. La existencia de decenas de miles de ojivas nucleares en los Estados que anteriormente pertenecieron a la Unión Soviética, y el hecho de que su propiedad sea incierta; la posibilidad de otra ruptura en las negociaciones árabe-israelíes; unos regímenes explosivos en Libia, Iraq y Corea del Norte; la emergencia de grandes potencias regionales como la India y China; la proliferación de armamento sofisticado para «puntos calientes» del globo: todo ello implica la necesidad continuada de poder militar, controlado por el Estado-nación y sus instrumentos (Pentágono, Consejo de Seguridad Nacional, Jefes del Estado Mayor Conjunto), obrando en conjunción con las estructuras de seguridad internacionales (OTAN, Tratado de Defensa Estados Unidos-Japón, etcétera).

Estas presuposiciones tradicionales están sufriendo una presión cada vez mayor por la forma en que nuestro mundo está cambiando. Ahora que la guerra fría ha acabado, muchos teóricos sostienen que las rivalidades militares y las carreras armamentistas están siendo sustituidas por rivalidades económicas, carreras tecnológicas y

diversas formas de guerra comercial. En consecuencia, el lenguaje utilizado hoy para describir la inversión y el comercio internacionales ha adquirido una naturaleza cada vez más militar; se dice que las industrias están «sitiadas», que los mercados se «capturan» o «se rinden», y los índices comparativos de los gastos de investigación y desarrollo o de la cuota de bienes de alta tecnología se examinan tan pormenorizadamente como los tamaños relativos de las flotas de guerra antes de 1914.⁹ Incluso los expertos en seguridad nacional admiten ya la importancia de las dimensiones económicas del poder y reconocen que los instrumentos tradicionales como los ejércitos y las armadas no sirven de nada contra los desafíos económicos. Sin embargo, aunque este desplazamiento parezca novedoso, en realidad el viejo modo de pensar sigue en pie: el Estado-nación continúa en el centro de las cosas, embarcado con los demás Estados-nación en un incesante forcejeo por sacar ventaja. Sigue vigente un orden mundial neomercantilista, aun cuando ya no se considere como opción el recurso a la guerra.*

Sin embargo, como hemos visto en capítulos precedentes, otros expertos en asuntos internacionales señalan diferentes motivos de preocupación y nuevas amenazas a la seguridad. La superpoblación en los países más pobres del mundo podría dar lugar a guerras para conseguir recursos, exacerbar las tensiones étnicas, contribuir a las inestabilidades sociales y fomentar el expansionismo. Un flujo migratorio desde las zonas más pobres y convulsionadas del mundo hacia las más ricas y pacíficas no sólo tendrá costes sociales, sino que puede provocar mayores antagonismos sociales. Es probable que las diferentes tasas de crecimiento de los grupos étnicos dentro de unas mismas fronteras nacionales eleve tensiones ya existentes, como ha ocurrido en Yugoslavia o el Líbano. La explosión demográfica unida a la creciente indus-

* Excepto en la literatura extremista: véase G. Friedman y M. Lebart, *The Coming War with Japan*, Nueva York, 1991.

trialización tienen resultados ecológicos que podrían constituir una amenaza para los países. Además del riesgo creciente de guerras para la obtención de recursos por las menguantes reservas de agua, tierra de pastoreo, madera y similares, el daño medioambiental amenaza la prosperidad económica y la salud pública. Además, este daño recorta la producción global de alimentos, al mismo tiempo que, cada diez años, la población aumenta casi en mil millones de individuos, lo cual podría causar una hambruna global a una escala masiva y conducir a mayores inestabilidades sociales y políticas, guerras para la obtención de recursos y al deterioro de las relaciones entre los pueblos ricos y los pobres de la Tierra.¹⁰

El Estado-nación y su seguridad también se ven amenazados por la nueva división internacional de la producción y el trabajo. La lógica del mercado global no presta atención al lugar en el que se hace un producto, pero los planificadores de defensa –que siguen pensando según el parámetro tradicional de la seguridad nacional– sí que se preocupan. ¿No es vital para un país, sostienen, que mantenga su propia industria de electrónica y ordenadores, que sea capaz de producir su propio *software* tanto para fines militares como no militares?¹¹ Unas tendencias económicas no deseadas también pueden afectar de modo indirecto el poder nacional. Un país se vería seriamente perjudicado si su industria lechera o cárnica –fuente quizá de grandes beneficios de exportación– fuese devastada por la llegada de métodos biotecnológicos de producción alimentaria en algún otro lugar; o si su industria automovilística –otra fuente principal de riqueza y beneficios nacionales– fuera barrida por la invasión del mercado nacional por parte de rivales extranjeros más eficaces; o si los diseños y la producción de alta tecnología se desplazaran a otras partes y la base industrial resultase erosionada.

La revolución financiera internacional plantea sus propios retos a la supuesta soberanía del Estado-nación. El mundo sin fronteras implica una cierta cesión del control de un país sobre su propia moneda y política fiscal. Esta cesión puede reportar prosperidad, pero si el siste-

ma internacional es inestable, no hay autoridad que controle los potenciales flujos masivos de moneda. Con el volumen de intercambios monetarios diarios que supera con creces los PNB de muchos países, los gobiernos individuales y los ministerios de finanzas tienen mucho menos control sobre el sistema que el que tenían hace un cuarto de siglo. La simple conciencia de la desaprobación de ciertas medidas por parte del mercado (como el aumento de los impuestos) puede disuadir a los llamados gobiernos soberanos de ponerlas en práctica.

Aunque muy diferentes en su forma, estas diversas tendencias que van desde el calentamiento global al intercambio comercial permanente comparten características comunes. Son transnacionales por naturaleza, cruzan fronteras a lo largo y ancho de todo el planeta, afectan a sociedades distantes y nos recuerdan que la Tierra, a pesar de todas sus divisiones, es una unidad. Están en gran medida fuera del control de las autoridades del Estado-nación, tanto en el sentido directo de que los países no pueden impedir el inminente cambio atmosférico, como en el indirecto de que, en el caso de ser prohibidas actividades como la agricultura biotecnológica, la robótica o el comercio de divisas, eso no impediría que tuvieran lugar en otra parte. Por último, no cabe hacer frente a tales desafíos mediante el uso de la fuerza militar, que es el modo normal en que los Estados han reaccionado cuando su seguridad se ha visto amenazada. Los destacamentos de fuerzas y las divisiones armadas tienen sus usos, pero son incapaces de impedir la explosión demográfica global, detener el efecto invernadero, parar el comercio de divisas, prohibir las fábricas automatizadas y la agricultura biotecnológica en otros países, etcétera.

Estos avances, junto con desafíos secundarios como el terrorismo y el tráfico de drogas internacionales, han sugerido a algunos teóricos que hay «nuevas» amenazas a la seguridad nacional e internacional que están ocupando el lugar de las «viejas» amenazas de la guerra nuclear y la guerra convencional a gran escala. En consecuencia, sostienen dichos teóricos, los gobiernos deberían dejar de lado su obsesión por los peligros militares y concen-

trarse en la implantación de medidas para hacer frente a desafíos muy diferentes al bienestar nacional.¹²

Es probable que semejante sugerencia exagere la magnitud de las recientes alteraciones de los asuntos mundiales. Tiene mucho más sentido pensar que estas nuevas amenazas a nuestro modo de vida acompañan, en lugar de sustituir, a las amenazas a la seguridad más antiguas y tradicionales. Aunque la carrera armamentista con la Unión Soviética pierde significado, seguirá habiendo en el planeta un gran número de armas nucleares; también seguirán existiendo las propias potencias nucleares y, si no tienen éxito los intentos para detener su proliferación, se les unirán en el futuro otros países, menos escrupulosos quizá y casi con seguridad situados en regiones más turbulentas del planeta que Europa occidental y Norteamérica. Es improbable que los conflictos regionales, llevados por su propia dinámica socioeconómica, cultural o étnica, desaparezcan, y en muchas partes del mundo podrían muy bien aumentar en número y magnitud a medida que la lucha por los recursos se intensifique. Al fin y al cabo, la importancia de los Estados-nación y el poder militar quedó ampliamente demostrada en la guerra del Golfo de 1990-1991.

Por lo tanto, las fuerzas armadas seguirán existiendo y en ocasiones serán utilizadas. Pero esta dimensión militar tradicional de la «seguridad» coexistirá cada vez más con las dimensiones no militares descritas más arriba, obligando a los políticos y a los electores a redefinir su terminología tanto como a repensar sus políticas. En ocasiones, es previsible que asistamos a la combinación de las «nuevas» y las «viejas» dimensiones de los problemas de seguridad; las inestabilidades sociales causadas por la presión demográfica y el agotamiento de los recursos podrían producirse en regiones (sudeste asiático, por ejemplo) en que la proliferación de armas, las tensiones étnicas y las disputas territoriales constituyen desde hace tiempo una amenaza a la paz.¹³ Mientras tanto, el desmantelamiento de la carrera armamentista puede producir, de modo irónico, dos tipos diferentes de amenazas: el problema más tradicional de cómo impedir que cien-

tos o miles de cabezas nucleares y misiles de la antigua Unión Soviética caigan en manos «equivocadas» y la tarea más nueva, y quizás igual de difícil, de ocuparse de grandes cantidades de residuos nucleares, que constituyen un grave riesgo ecológico. En ambos casos, cabe sospechar, los estadistas y sus asesores deben de estar pensando a toda prisa en las consecuencias de estas nuevas amenazas, y sólo el observador más optimista puede suponer que acertarán en todas las ocasiones. Pero, ¿qué significaría «equivocarse»?

En este sentido más amplio e integrado, la seguridad «nacional» se vuelve cada vez más inseparable de la seguridad «internacional» y ambas adquieren una definición mucho más laxa; en lugar de la más estricta concepción militar está emergiendo una definición más amplia que abarca todo un espectro de desafíos, tanto antiguos como nuevos. En realidad, puede que al final lleguemos a estar de acuerdo en que amenaza para la seguridad nacional significa cualquier cosa que desafe la salud, el bienestar económico, la estabilidad social y la paz política de un pueblo.¹⁴

Sin embargo, el problema con semejante definición globalizadora es que carece del efectismo, la claridad y la inmediatez de una amenaza militar a la seguridad nacional. Cuando un ejército enemigo que invade a un aliado o la propia patria ha sido alcanzada por miles de misiles, es relativamente fácil movilizar a la opinión pública. Pero mucha gente distingue todavía entre «alta política» (esto es, claras amenazas al país) y «baja política» (riñas económicas, propuestas de reformas medioambientales, negociaciones comerciales), y si bien estas cuestiones de baja política están atrayendo ahora la atención pública, puede resultar más difícil de lo que fue durante el período de antagonismo bipolar convencer a los ciudadanos y los políticos de que hagan los sacrificios necesarios para enfrentarse a las nuevas amenazas.¹⁵

Estos cambios globales también ponen en cuestión la utilidad del propio Estado-nación. Al parecer, el actor autó-

no clave en los asuntos políticos e internacionales durante los últimos siglos parece estar no sólo perdiendo control e integridad, sino la clase equivocada de unidad para hacer frente a las nuevas circunstancias. En algunos problemas es demasiado grande para operar con eficacia; en otros, es demasiado pequeño. Por consiguiente, se producen presiones para una «redistribución de la autoridad» tanto hacia arriba como hacia abajo, creando estructuras que podrían ser capaces de responder de modo más efectivo a las fuerzas actuales y futuras en favor del cambio.¹⁶

La redistribución de la autoridad del Estado-nación hacia arriba y hacia abajo ha concentrado sobre ella una gran atención. No se trata únicamente del surgimiento de actores transnacionales como los grandes bancos y multinacionales o del auge del sistema global de comunicaciones en gran parte fuera del control de los gobiernos individuales. Se trata también del papel cada vez más importantes que desempeñan las instituciones y los acuerdos internacionales, lo cual nos lleva a razonar que, puesto que los nuevos retos son globales, sólo cabe enfrentarse a ellos con éxito a escala global por medio de organismos transnacionales y políticas acordadas en común, que abarquen desde una mayor cooperación y consulta entre las principales democracias industriales (las cumbres del G-7) hasta los tratados que prohíben el uso de CFC, pasando por el acrecentamiento del papel y los recursos de organismos internacionales como las Naciones Unidas, la UNESCO, el Banco Mundial y el FMI. En la medida en que esto último puede contribuir a la paz y la estabilidad (por ejemplo, con el incremento del uso de cascos azules de las Naciones Unidas en conflictos regionales), se trata de un avance bien recibido; y si resulta que suelen tener éxito (un éxito grande en el caso de lugares como Bosnia), elevaría el estatus de los órganos internacionales frente a los instrumentos y las políticas puramente nacionales.

También están emergiendo organizaciones supranacionales de tipo regional, en especial para fines comerciales. Aunque quizá sean prematuras las previsiones so-

bre la inminente división del mundo desarrollado en tres bloques comerciales y sus satélites, la creación de algo como la zona de libre comercio norteamericano (México, Estados Unidos y Canadá) incluye acuerdos para reducir la integridad económica nacional; dentro de las fronteras de la propia zona, las diferencias nacionales empezarán a borrarse. Este proceso se encuentra aún más avanzado en la Comunidad Europea, cuyos gobiernos y parlamentos nacionales han acordado ceder grandes ámbitos de soberanía nacional tradicional con el fin de obtener una mayor unidad económica y política; y es precisamente porque ya han llegado tan lejos por lo que existe la profunda controversia política entre los integracionistas y quienes se oponen a una mayor erosión de los poderes nacionales.*

La redistribución de la autoridad desde el Estado-nación a unidades más pequeñas está también motivada, y en no poca medida, por los avances económico y tecnológico. La ruptura de las fronteras en Europa, por ejemplo, permite la emergencia –en muchos casos, reemergencia– de zonas económicas regionales que habían sido parceladas por sistema de tarifas y aranceles nacionales. Al desarrollarse nuevas relaciones comerciales, se desvanecen las anteriores; Eslovenia comercia cada vez más con Austria y menos con Serbia, Alsacia-Lorena se integra más con Baden-Würtemberg que con París, el norte de Italia establece vínculos más estrechos con los Estados alpinos que con Calabria o Sicilia. Los propios estados que conforman Estados Unidos, frustrados a menudo por la falta de interés mostrado por el gobierno federal, abren «misiones» en Tokyo y Bruselas con el fin de dirigir la inversión y la diplomacia comercial. Ciudades rusas como San Petersburgo se declaran a sí mismas zonas de libre comercio con el fin de atraer inversiones extranjeras.

Muchos de estos avances son bastante inocentes y si los economistas los saludan con entusiasmo se debe a que, en su opinión, el comercio no restringido sigue su

* Véase el capítulo XII, «Europa y el futuro».

propio curso natural –y más beneficioso–. Pero esta redistribución de la autoridad hacia abajo también trae consigo el riesgo de desintegración nacional, al menos en sociedades en donde las rivalidades étnicas y las discusiones fronterizas alimentan las diferencias regionales. Aunque recientemente hemos presenciado los más espectaculares ejemplos de esta desintegración de la cohesión nacional en la Unión Soviética y Yugoslavia, hay muchos ejemplos en otras partes del mundo. En gran parte de África, el modelo de Estado al estilo europeo se está derrumbando, las fronteras se hacen permeables, están en auge las rivalidades étnicas y regionales. Esta cuestión general de centro *versus* provincias o unidad *versus* diversidad también conduce a los países observadores a diferentes posiciones políticas; una Alemania culturalmente homogénea podría sentirse inclinada a simpatizar con las demandas autonomistas de eslovenos y croatas en Yugoslavia, mientras que se comprende que gobiernos con sus propios problemas étnico-regionales (España, por ejemplo) se muestren un tanto nerviosos a la hora de apoyar movimientos separatistas en algún sitio. Todos los tensos debates sobre la intervención internacional (por ejemplo, para ayudar a los kurdos) están impregnados de esta problemática más amplia de la legalidad y la integridad del Estado-nación.

A la luz de las grandes tendencias globales debatidas en los anteriores capítulos, no debería sorprendernos que estallaran más conflictos internos y regionales. Con las presiones demográficas acumulándose en diversas partes del globo, el aumento de la lucha por los recursos y la revolución de las comunicaciones que a menudo alimenta las animosidades étnicas en lugar de producir ciudadanos del mundo, puede muy bien intensificar los desafíos a la autoridad nacional –en especial, en las partes más pobres del mundo–. Hace dos siglos, Immanuel Kant observó que la Naturaleza empleaba dos medios para separar a los pueblos: «diferencias de lengua y de religión», ambas tendentes a producir «odio mutuo y pretextos para la guerra». Con el tiempo, esperaba Kant, el «progreso de la civilización» acabaría llevando a un

acuerdo pacífico entre todos.¹⁷ Quizá sea así algún día; pero la situación actual indica que tenemos un largo camino por recorrer y que el progreso de la «civilización» no sigue el paso de esas tendencias que están transformando nuestro planeta y desafiando nuestros acuerdos políticos tradicionales. Por el contrario, las fundamentalistas, en parte como reacción a la globalización, reúnen fuerzas para responder, mientras que incluso en las democracias ganan terreno los movimientos políticos nacionalistas y xenófobos, todo lo cual perjudica sus posibilidades a largo plazo de «prepararse» para el futuro.

Esto deja a la Humanidad ante un enigma. A pesar de todo el debate sobre la redistribución de la autoridad y las lealtades de grupo, las viejas estructuras existen –y, de hecho, en algunos lugares son cada vez más firmes–. Quizás en décadas recientes haya habido cierta erosión de los poderes del Estado-nación, pero la mayoría de éste sigue siendo el lugar primario de identidad; al margen de quién sea su patrón o de cómo se ganen la vida, los individuos pagan impuestos al Estado, están sometidos a sus leyes, sirven (cuando es necesario) en sus fuerzas armadas y sólo pueden viajar con su pasaporte.* Además, a medida que surgen nuevos desafíos (ya sea la emigración ilegal o la agricultura biotecnológica), los pueblos –al menos, en las democracias– se vuelven de modo instintivo hacia sus gobiernos para encontrar «soluciones». La explosión demográfica global, la contaminación atmosférica y el cambio provocado por la tecnología tienen, cada uno de ellos, su propio impulso transnacional; pero son los gobiernos y los parlamentos nacionales quienes deciden abolir los controles monetarios, permitir la biotecnología, reducir las emisiones industriales o instituir una política demográfica. Esto no significa que siempre lo logren; de hecho, una de las principales argumentaciones de este libro es que la naturaleza de los nuevos desa-

* O, en el caso de los europeos, teniendo un pasaporte de la Comunidad Europea.

ños hace que para los gobiernos sea mucho más difícil que antes ejercer el control sobre los acontecimientos. Aun así siguen proporcionando la institución básica por medio de la cual las sociedades intentarán responder al cambio. Por último, si tiene que existir una acción coordinada por parte de los pueblos de este mundo para, por ejemplo, detener la destrucción de los bosques tropicales o reducir las emisiones de metano, no cabe duda de que son necesarios acuerdos *internacionales*, negociados por los gobiernos participantes.

En suma, aun cuando la categoría y las funciones del Estado hayan resultado erosionadas por las tendencias transnacionales, no ha surgido ningún sustituto adecuado para reemplazarlo como unidad clave a la hora de responder al cambio global. El modo en que la dirección política de un país prepare a su pueblo para el siglo *xv* sigue siendo de vital importancia, incluso cuando los instrumentos tradicionales del Estado se están debilitando, razón por la cual es preciso ahora considerar las perspectivas de los países y las regiones individuales en la medida en que responden o dejan de responder a los desafíos del próximo siglo.

NOTAS

1. C. Tilly, ed., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, N. J., 1975; J. H. Shennan, *The Origins of the Modern European State 1450-1725*, Londres, 1974; H. Lubasz, ed., *The Development of the Modern State*, Nueva York, 1964.

2. Para detalles, véase P. Dollinger, *La Hanse*, París, 1964, y el análisis más corto en G. V. Scammell, *The World Encompassed*, Berkeley/Los Ángeles, 1981, capítulo 2.

3. Véanse V. G. Kiernan, «State and Nation in Western Europe», *Past and Present*, vol. 31, 1965, págs. 20-38; y, en especial, D. Kaiser, *Politics and War: European Con-*

flict from Philip II to Hitler. Cambridge, Mass., 1990, capítulo 2.

4. Para un buen ejemplo, véase C. Wilson, *Profit and Power: A Study of England and the Dutch Wars*, Londres, 1957; y, de modo más general, Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, caps. II y III.

5. O. Ranum, ed., *National Consciousness, History and Political Culture in Early-Modern Europe*, Baltimore/Londres, 1975; C. Jones, ed., *Britain and Revolutionary France: Conflict, Subversion and Propaganda*, Exeter Studies in History, n.º 5, Exeter, 1983; L. Colley, «The Apotheosis of George III: Loyalty, Royalty and the British Nation 1760-1820», *Past and Present*, n.º 102, febrero de 1984, págs. 94-129; *idem Britons*, New Haven/Londres, 1992.

6. M. Howard, *The Lessons of History*, New Haven, Ct., 1991, capítulos 4-7; J. Joll, *The Origins of the First World War*, Londres/Nueva York, 1984, caps. 4-5, 7-8.

7. Bien cubierto en A. Marwick, *War and Social Change in the Twentieth Century*, Londres, 1974; y A. Calder, *The People's War*, Londres, 1969.

8. G. Adama, *The Iron Triangle*, Nueva York, 1981; R. W. DeGrasse, *Military Expansion, Economic Decline*, Armonk, N. Y., edición de 1985; L. Thurow, «How to Wreck the Economy», *New York Review of Books*, 14 de mayo de 1981, págs. 3-8; M. Kaldor, *The Baroque Arsenal*, Londres, 1982; R. Cohen y P. A. Wilson, *Superpowers in Economic Decline*, Nueva York, 1990.

9. J. Joffe, «Germany After NATO», *Harper's Magazine*, setiembre de 1990, pág. 31; E. N. Luttwack, «From Geopolitics to Geo-Economics», *National Interest*, 20, verano de 1990, pág. 19; N. Munro, «Atwood: New Power Found in Economics», *Defense News*, 4 de diciembre de 1989, pág. 18 (informando sobre el discurso del secretario adjunto de Defensa estadounidense, Donald Atwood); C. V. Prestowitz et al., eds., *Poweromics: Economics and Strategy After the Cold War*, Lahman, Md., 1991.

10. Véanse los artículos en A. H. Westing, *Global Resources and International Conflict*, Oxford/Nueva York, 1986, así como el caso específico estudiado por J. R. Starr

y D. C. Stoll, *The Politics of Scarcity: Water in the Middle East*, Boulder, Colo., 1988.

11. T. H. Moran, «International Economics and National Security», *Foreign Affairs*, vol. 69, n.º 5, invierno 1990-1991, págs. 80-82; *idem*, «The Globalization of America's Defense Industries: Managing the Threat of Foreign Dependence», *International Security* 15, verano de 1990, págs. 57-100.

12. Véanse las referencias en la nota 9 más arriba, así como en T. C. Sorensen, «Rethinking National Security», *Foreign Affairs*, vol. 69, n.º 3, verano de 1990, págs. 1-18; W. Greene, «An Idea Whose Time Is Fading», *Time*, 28 de mayo de 1990, p. 90.

13. Véanse S. Hassan, «Environmental Issues and Security in South Asia», *Adelphi Papers* 262, otoño 1991 *pássim*; y, de manera más general, el ensayo en Westing, ed., *Global Resources and International Conflict*.

14. Véanse de manera más extensa los comentarios en J. T. Mathews, «Redefining Security», *Foreign Affairs*, vol. 68, n.º 2, primavera 1989, págs. 174-177; y el artículo en L. Brown et al., *State of the World 1990*, *pássim*.

15. Moran, «International Economics and National Security», pág. 90.

16. Este párrafo se toma prestado del comentario de Rosenau de «The relocation of authority», citado en el capítulo III, nota 9.

17. Immanuel Kant, *Zum Ewigen Frieden*, 1795; Stuttgart, 1954 ed, pág. 49. Esta cita fue recordada en mi atención por H. W. Smith, «Nationalism and Religious Conflict in Imperial Germany 1887-1914», conferencia en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Yale, 1991, págs. 1-2.

Cuestionario 21b

1. Explique cuál es el papel del Estado-Nación en el proceso civilizatorio.
2. Señale la importancia de la división internacional del trabajo y de la producción frente al Estado-Nación.
3. Explique el significado de los avances transnacionales para el futuro del Estado-Nación.
4. Señale la incidencia de la revolución financiera internacional en el Estado-Nación.
5. ¿Sobre qué aspectos actúa y ejerce mayor control el Estado-Nación?

Capítulo XIV

HACIA EL SIGLO XXI

El problema replanteado

Este libro empezaba con un ejemplo histórico de hace doscientos años (la preocupación de Malthus ante la explosión demográfica de la Inglaterra del siglo xviii) para introducir al lector a los temas de los que se ocuparía el resto del estudio. Este capítulo final empieza con un ejemplo mucho más reciente que puede arrojar luz tanto sobre las continuidades como sobre los cambios de nuestra situación mundial moderna. En octubre de 1930, un año después del crac de Wall Street, pero antes de la crisis de Manchuria y la toma del poder por parte de los nazis, el londinense *The Economist* registraba con pesimismo los problemas contemporáneos globales y concluía:

La dificultad suprema de nuestra generación [...] es que nuestros logros en el plano económico de la vida han dejado atrás nuestro progreso en el plano político hasta tal punto que la economía y la política están perpetuamente desfasadas. En el plano económico, el mundo se ha organizado en una unidad de actividad única y globalizadora. En el plano político, no sólo ha permanecido dividido en sesenta o setenta Estados nacionales sobera-

nos, sino que las unidades nacionales se han hecho cada vez más pequeñas y más numerosas y las conciencias nacionales más agudas. La tensión entre esas dos tendencias antitéticas ha estado produciendo una serie de sacudidas, choques y rupturas en la vida social de la humanidad [...].¹

Al final, la Segunda Guerra Mundial, con su nacionalismo intensificado y las generalizadas demandas de ciudadanía no tardaría en resolver esa tensión entre las «dos tendencias antitéticas» en favor del Estado-nación, al menos temporalmente. El siguiente medio siglo, en el que a la guerra fría hubo que sumar numerosos conflictos regionales, enfatizó también el nacionalismo político a costa del cosmopolitismo económico. Al mismo tiempo, el colapso de los imperios coloniales occidentales y, de modo más reciente, la desintegración de la Unión Soviética han hecho que las unidades nacionales se hayan vuelto «más pequeñas y más numerosas», de modo que a principios de la década de 1990 existían casi tres veces más estados que sesenta años antes. Sin excepción, ya se tratara de una antigua república soviética o de una colonia francesa del África occidental, el nuevo Estado establecía todos los atributos habituales de la soberanía: gobierno nacional, fuerzas armadas, puestos fronterizos/aduaneros, presupuestos, moneda, etcétera.

Sin embargo, este florecimiento del nacionalismo simultáneo a la disolución de los viejos imperios no podía alterar el hecho de que la duradera paz establecida por las superpotencias a partir de 1945, con una coalición dirigida por Estados Unidos que en gran parte del globo protegía un orden comercial relativamente abierto, impulsaba nuevamente el comercio, las finanzas y la tecnología hacia «una única y globalizadora unidad de actividad» a medida que la integración económica se incrementaba año tras año. Como consecuencia, la sociedad global de hoy, se enfrenta, en una proporción mayor que su predecesora de hace sesenta años, a la tarea de reconciliar el cambio tecnológico y la integración económica con las estructuras políticas tradicionales, la conciencia nacional, las necesidades sociales, los arre-

glos institucionales y los modos habituales de hacer las cosas.

Además, los esfuerzos por armonizar las estructuras económicas y políticas se verán complicados por tendencias que hace tres generaciones apenas eran evidentes, pero que en la actualidad amenazan con exacerbar las relaciones sociales de todas las maneras y quizás amenacen incluso la existencia a largo plazo de la propia Humanidad.²

La primera y más importante es el crecimiento de la población del planeta y los crecientes desequilibrios demográficos entre países ricos y pobres. Cuando en 1930 *The Economist* hizo el estudio sobre la situación mundial, la población global era de unos dos mil millones de personas. Europa, Norteamérica y descendientes caucásicos como Australia contenían una parte considerable de la población mundial (quizás alrededor de un tercio) y sus tasas de fecundidad estaban muy por encima del nivel de sustitución.* Las poblaciones de Asia, África y América Latina también crecían, pero sus tasas de fecundidad más elevadas quedaban contrarrestadas por unas tasas de mortalidad extremadamente altas. Ahora, todo eso ha cambiado: la población mundial supera con creces los cinco mil millones y puede que se dirija hacia los diez mil millones o más a mediados del próximo siglo, y la mayor parte de ese crecimiento tiene lugar en las regiones más pobres del mundo, mientras que las sociedades desarrolladas tienen tasas de crecimiento lento, o incluso negativo, y albergan un número cada vez mayor de ancianos. El resultado es una creciente desigualdad mundial entre el lugar donde se encuentran las riquezas, la tecnología, la buena salud y otros beneficios, y aquel donde viven las nuevas generaciones en rápido crecimiento y con pocos de esos beneficios, si es que gozan de algunos. Una explosión demográfica en una parte del globo y una explosión tecnológica en otra no es una buena receta para un orden internacional estable.

* Francia, con un incremento demográfico notoriamente lento durante el siglo XIX y principios del XX, podría ser aquí la excepción.

Mientras tanto, la explosión demográfica también produce desafíos medioambientales cualitativamente diferentes de los que existían hace sesenta años. Por supuesto, en aquella época se daba una espantosa contaminación en las ciudades industriales de Europa y Norteamérica, los niveles de anhídrido carbónico iban en aumento y en ocasiones las prolongadas sequías convertían las tierras cultivables en yermos polvorientos. Pero durante el pasado medio siglo se ha producido un crecimiento exponencial en las emisiones industriales, en especial debido al intento por parte de los países de desarrollo reciente de crecer a toda velocidad, el drenaje de las tierras pantanosas y los acuíferos, el ataque a los bosques tropicales y el pastoreo excesivo de llanuras y sabanas, que en la actualidad son mucho más extensivos; todo ello sin contar las evidencias de un «efecto invernadero» que puede cambiar las ecologías de muchas maneras diferentes. Como consecuencia de los cambios en el clima y la subida de los niveles del mar, se verán afectadas incluso las sociedades más responsables desde el punto de vista medioambiental. Es inconcebible que la Tierra pueda mantener una población de 10.000 millones de habitantes devorando recursos al ritmo de las sociedades más ricas de hoy –ni siquiera a la mitad de ese ritmo–. Mucho antes de que la población alcance ese nivel, se ocasionará un daño irreparable a bosques, reservas de agua y especies de animales y plantas, y quizá se traspasen muchos umbrales medioambientales.

Otra tendencia más evidente en la actualidad que en los tiempos de nuestros abuelos, es el modo en que la tecnología está convirtiendo en superfluos trabajos tradicionales, sustituyéndolos por sistemas de producción completamente nuevos. Esto, en sí, no es mal recibido; la historia económica del mundo y de la creciente prosperidad global de la humanidad procede de la invención de modos nuevos y mejores de hacer las cosas, desde la producción textil impulsada por vapor al diseño de automóviles por ordenador. Pero algunos cambios son más arrolladores que otros, y en las próximas décadas es posible que la revolución biotecnológica haga superflua la agri-

cultura tradicional, mientras la revolución robótica cambia un modo de manufactura y una estructura de empleo industrial que han existido durante los últimos dos siglos.

En caso de que se produzca, la transformación de la agricultura y la manufactura tal como las conocemos no tendrá lugar en el vacío, puesto que dicho proceso coincidirá con una explosión demográfica, en la cual cientos de millones de personas buscarán un trabajo que quizá la agricultura biotecnológica y la manufactura automatizada hayan hecho innecesario. Ocurrirá también al tiempo que las corporaciones multinacionales, liberándose de sus raíces locales, compiten cada vez más por cuotas del mercado global y emplean todos los recursos (traslado de la producción, instalación de la automatización, adopción de nuevas tecnologías creadas en el laboratorio) para conseguir ese fin. Estas compañías están actuando sencillamente según las «reglas» del *laissez-faire* capitalista, la cuestión es que algunas comunidades locales del mundo desarrollado, y todas las sociedades del mundo en vías de desarrollo, tendrán dificultades a la hora de aceptar la lógica del mercado global si funciona en detrimento de ellas. En lugar de tendencias económicas y tecnológicas encaminadas hacia esa globalizadora unidad de actividad, el mundo sin fronteras, podrían provocar los choques comerciales y la inestabilidad que *The Economist* observaba en 1930. Asimismo, podrían provocar enormes brotes de violencia, así como el hacinamiento de decenas de millones de personas sin trabajo en las ciudades del mundo en vías de desarrollo.

La actual revolución global que se da en el ámbito de las finanzas y las comunicaciones es también más intensa que en la época anterior, aunque incluso entonces hubo severas crisis monetarias y retiradas masivas de capital (como cuando a finales de la década de 1920 se sacaron de Europa los dólares estadounidenses), que contribuyeron a la inestabilidad y exacerbaron las relaciones interestatales. Actualmente resulta dudoso saber si nuestros más sofisticados controles oficiales se han mantenido al mismo nivel que el riesgo de turbulencia financiera derivado de un comercio electrónico/informa-

tizado ininterrumpido durante las veinticuatro horas del día, y cuyas sumas exceden con creces los PNB de la mayor parte de los países. Sin embargo, el cambio más importante se está dando en el ámbito de las comunicaciones globales. Hace cincuenta o sesenta años, la radio y la televisión estaban empezando a tener impacto, pero sólo entre las pocas sociedades relativamente ricas; en nuestro final de siglo, afectan a pueblos (en especial a las generaciones más jóvenes) de todo el planeta. Además, si en un momento se creyó que los nuevos medios de comunicación incrementarían el poder de los gobiernos (como, por ejemplo, sostuvo Orwell en 1984), su efecto en tiempos recientes ha sido el opuesto: romper monopolios estatales de la información, traspasar las fronteras nacionales, permitir a los pueblos oír y ver cómo otros hacen cosas de modo diferente. También ha hecho a los países ricos y pobres más conscientes de la diferencia que los separa de lo que era posible hace medio siglo, y ha estimulado la emigración legal e ilegal.

Como resultado de estos cambios, algunas comunidades, e incluso países enteros, parecen tener un control cada vez menor sobre sus propios destinos. Las estructuras de poder tradicionales se encuentran desconcertadas por las tasas de fecundidad inferiores al nivel de sustitución, la inmigración ilegal y los flujos monetarios masivos; carecen de respuestas satisfactorias —o sencillamente carecen de respuestas— a la amenaza del desempleo a gran escala en la agricultura y la manufactura; les resulta difícil impedir que las compañías se trasladen a otras regiones u ocultar la información de la televisión y la radio transnacionales; vacilan y se preocupan ante las consecuencias del calentamiento global. Y a la vista de la torpeza con que las estructuras establecidas se enfrentan a estos desafíos, la gente responde con resignación (reflejada en los menguados porcentajes de votantes en muchas elecciones), buscando nuevas estructuras (desde el experimento de la Comunidad Europea al desmantelamiento de la Unión Soviética y Yugoslavia), exigiendo protección frente a las fuerzas globales de cambio (como se ha visto en las presiones de los agricultores franceses

y los trabajadores textiles estadounidenses) y volviéndose con furia contra los inmigrantes recientes. En resumen, nos enfrentamos de nuevo a esa «serie de sacudidas, choques y rupturas en la vida social de la humanidad» observada por *The Economist*; y parece muy probable que tales choques continúen en el futuro.

En vista de la rapidez y la complejidad de estos cambios, ¿hay algún grupo social que esté realmente «preparado» para el siglo XXI? Sin duda, existen compañías (en todos los campos, desde los productos farmacéuticos al sector aeroespacial) e individuos (especialmente profesionales que proporcionan servicios con elevado valor añadido) que se benefician de los actuales acontecimientos socioeconómicos y están tomando posiciones con entusiasmo para obtener mayores ventajas. Sus perspectivas son la base de las numerosas obras optimistas de Kenichi Ohmae, George Gilder, Ben Wattenberg y otros que prevén una prosperidad cada vez mayor para la Humanidad. Por otro lado, hay miles de millones de individuos pobres y sin educación en los países en vías de desarrollo y decenas de millones de trabajadores no cualificados y no profesionales en el mundo desarrollado cuyas perspectivas no sólo son escasas, sino que, en muchos casos, empeoran por momentos. Su suerte es el motivo de preocupación de los escritos pesimistas sobre la explosión demográfica y las catástrofes medioambientales de los Ehrlich, el Worldwatch Institute y otros, y también inspira estudios sobre las futuras tendencias vocacionales y sus consecuencias sociales, como la obra de Robert Reich. En un principio, parecería que sólo una escuela de pensamiento tiene razón, pero podría ser que cada una de ellas hubiera examinado diferentes aspectos de un único fenómeno, de modo que los optimistas están entusiasmados por los «ganadores» mundiales, mientras que los pesimistas se preocupan por el destino de los «perdedores». Pero si ambas son correctas, la diferencia entre ricos y pobres se ensanchará claramente a medida que nos adentremos en el siglo XXI, lo cual no sólo conducirá al malestar social dentro de los países desarrollados, sino también a crecientes tensiones Norte-Sur, emigra-

ciones masivas y daños medioambientales de los cuales incluso los «ganadores» podrían no salir indemnes.

Aunque muchos individuos y empresas parecen estar en una buena posición para encarar el siglo XXI, son relativamente pocos los países que parecen encontrarse en una situación similar. De los abarcados en este estudio, los mejor situados por el momento parecen ser Japón, Corea del Sur, así como algunos otros estados comerciales de Asia oriental, Alemania, Suiza, algunos estados escandinavos y quizá la Comunidad Europea; aquellos que, de un modo u otro, tienen en común altas tasas de ahorro, impresionantes niveles de inversión en plantas y equipos nuevos, excelentes sistemas educativos (en especial, para quienes no van a la universidad), una fuerza de trabajo cualificada y buenos sistemas para volver a formar a los trabajadores, una cultura manufacturera con muchos más ingenieros que abogados, un compromiso con la producción de manufacturas bien diseñadas y con elevado valor añadido para el mercado global, así como unos superávit comerciales en bienes «visibles» bastante consistentes. También gozan de homogeneidad cultural y coherencia étnica; pero eso quizá no sea importante como factor, puesto que la homogeneidad cultural y lingüística también existe en sociedades con mucho menos éxito económico.*

Sin embargo, incluso los países que están bien preparados desde el punto de vista tecnológico se encuentran con dificultades a la hora de enfrentarse a ciertas fuerzas de cambio global tales como la caída de las tasas de fecundidad, los desequilibrios demográficos, el calentamiento global, la inestabilidad financiera, o la necesidad de proteger las comunidades agrícolas para que no se vuelvan cada vez más obsoletas. El hecho de que dispongan de amplios fondos para pagar una nueva formación a los trabajadores o encarar proyectos de protección ambiental es una gran ventaja, pero es improbable que ese dinero resuelva todas las dificultades. No obstante, resul-

* Y Suiza, de la que puede sostenerse que es uno de los países «más preparados», contiene cuatro divisiones lingüísticas.

ta evidente que las sociedades que poseen recursos técnicos y educativos, amplios fondos y solidaridad cultural están en una posición mejor para enfrentarse a los desafíos del próximo siglo que las que carecen de tales ventajas.

Las dificultades de la reforma

¿Qué puede hacerse? ¿Cómo pueden los países prepararse mejor para el siglo que viene? Antes de intentar dar una respuesta, debemos hacer resaltar las dos mayores dificultades que debe encarar cualquier programa de reformas sistemáticas. La primera es la aparente inevitabilidad de las tendencias demográficas y medioambientales globales. Con alrededor de mil millones de nuevas bocas que alimentar cada década, ¿importa mucho que haya cien millones de personas más o menos, o que en el año 2050 haya en el planeta 9.000 millones de seres humanos en lugar de 10.000 millones? En cualquiera de los dos casos, las consecuencias serán enormes; sin embargo, debido sencillamente al número de mujeres que llegarán a la edad fértil durante los próximos veinte años, es probable que los grandes incrementos sean inevitables. De modo similar, como las emisiones atmosféricas crecen de año en año y aumentarán aún más debido al crecimiento de la industrialización y la población globales, los niveles de CO₂ parecen destinados a aumentar con el tiempo; por esta razón, la mayor parte de las reformas sólo podrán disminuir el incremento de las emisiones invernadero, no detenerlas, ya que eso se considera imposible. De nuevo, si el crecimiento de la población de la India ha conducido a la pérdida de más de los dos tercios de sus bosques durante este siglo, ¿no debemos esperar que el actual crecimiento demográfico haga desaparecer el resto, como ha sucedido en Etiopía y Haití?*

* Actualmente, sólo el 14 % de la India está cubierto por bosques, cuando el siglo pasado esa proporción era superior al 50 %. Hace cuarenta años, Etiopía tenía un 30 % de suelo boscoso, reducido en la actualidad a apenas un 1 %.

palabras, lejos de constituir un estímulo para la puesta en práctica de acciones preventivas, las tendencias globales son tan grandes que no pueden por menos que causar desesperación. Puesto que es improbable que dichas tendencias se alteren en un grado significativo, ¿no deberíamos adoptar políticas de reacción y adaptación (de ser necesario, en el caso de las sociedades más ricas y desarrolladas la cruel política de bloquear los crecientes flujos migratorios procedentes de las tierras superpobladas y pobres).

La segunda dificultad reside en el ritmo y la instrumentalidad de las reformas propuestas desde el punto de vista de la política práctica. Aun cuando valga la pena contener el calentamiento global (prohibiendo los coches que despiden muchos gases, conteniendo las emisiones de las fábricas, deteniendo la tala de bosques, etcétera), el problema es que esas acciones deben ponerse en práctica ahora para que tengan consecuencias dentro de veinticinco o cuarenta años. Aparte de ahorrar para la vejez (cosa que beneficia directamente a los ahorradores), los seres humanos suelen mostrarse remisos a realizar sacrificios a corto plazo para conseguir una mejora lejana (e incierta) del bien general; y las perspectivas de los políticos son aún más cortas. A diferencia de las amenazas tradicionales a la seguridad nacional, estos peligros son menos obvios y, por lo tanto, es menos probable que den lugar a una respuesta unificada y decidida. Además, los mecanismos usuales mediante los cuales los Estados-nación responden a las amenazas parecen inadecuados para algunos de los desafíos aquí planteados. Detener el calentamiento global requiere cooperación internacional, mientras que la introducción de los robots es tarea que corresponde a los fabricantes individuales; en ambos casos, el Estado-nación es demasiado pequeño o demasiado grande.

Sin embargo, aunque estas nuevas fuerzas de cambio global vuelven irrelevantes muchos instrumentos nacionales, sabemos que los estados siguen siendo el lugar principal de la autoridad y la lealtad. Recogen y distribuyen una gran parte de la producción de una sociedad.

Poseen un sistema deliberativo para discutir políticas y un sistema rector para ponerlas en práctica. Establecen prioridades políticas. Sólo los estados tienen la autoridad para firmar acuerdos internacionales destinados a reducir las emisiones de CO₂ y regular la agricultura biotecnológica. Es más, si una sociedad desea mejorar su preocupación general para enfrentarse al próximo siglo (fomentando una mano de obra cualificada, o disminuyendo –o elevando– las tasas de fecundidad), ninguna otra estructura posee la eficacia potencial del propio estado.* Preparar de modo activo a un pueblo para el futuro, como han hecho Corea del Sur y Singapur, o preferir que hagan ese trabajo los métodos del *laissez-faire*, como en Estados Unidos, es una decisión de los gobiernos nacionales y sus electores; razón por la cual no debemos esperar respuestas uniformes a estos desafíos transnacionales, sino una mezcla de respuestas; mientras algunos estados intentan febrilmente mejorar, otros se mostrarán reacios al cambio o incapaces de hacer gran cosa.

Dadas las dificultades de la reforma, es probable que por parte de la Humanidad prevalezcan la huida instintiva de los cambios incómodos y su preferencia por llevar a cabo sólo los menores. Con todo, pueden considerarse una gama de medidas para las sociedades que desean prepararse para el siglo XXI. La mayor parte son específicas del tipo de país (Botswana, lógicamente, tiene necesidades diferentes de Gran Bretaña), pero otras requieren de la cooperación internacional para que sean eficaces. Estas reformas costarán dinero y, por ello, suponen un debate sobre las prioridades del gasto, aunque es improbable que las sumas que se barajan igualen las dedicadas a la carrera armamentista de la guerra fría.

Puesto que este libro no tiene como objetivo ser un manual de respuestas sino una guía para la comprensión de los cambios globales, no hará un repaso de los nume-

* Eficacia «potencial» debido, por supuesto, a las diferencias reales entre estados fuertes (Corea) y débiles (Etiopía). Esta discusión da por supuesta la existencia de sociedades razonablemente fuertes y capaces que pueden decidirse a favor o en contra de los cambios.

rosos estudios que describen de forma pormenorizada programas reales de cambio. Por ejemplo, organizaciones como el Worldwatch Institute han recomendado una serie de reformas para detener el creciente daño a que se está sometiendo al medio ambiente: reducir las emisiones de las fábricas mediante un uso más eficaz de la energía, sistemas de filtros y dispositivos de extracción; invertir en transporte público, desarrollando combustibles alternativos para los coches y tomando otras medidas para reducir la dependencia del petróleo; ahorrar recursos hidrológicos y reducir la dependencia de los acuíferos; impulsar en países en vías de desarrollo las transferencias internacionales de tecnología y la formación, y negociar entre los países ricos y los países pobres un pacto mediante el cual los últimos protejan sus bosques a cambio de una mayor ayuda, asistencia en la creación de empleos alternativos y un acceso garantizado a los mercados.³ Algunas de las propuestas del *lobby* medioambientalista quizá sean poco prácticas,⁴ pero otras parecen perfectamente factibles y baratas; con la «tecnología apropiada» de un simple horno solar, por ejemplo, las familias del mundo en vías de desarrollo pueden cocinar la mayor parte de las comidas sin la depredación diaria de leña causante de tanta deforestación.⁵

Tampoco es necesario repetir aquí los hallazgos de innumerables trabajos sobre el modo de hacer que la propia sociedad sea tecnológica e industrialmente más competitiva en una era de producción globalizada. Todo estudio de «competitividad» en los Estados Unidos, donde la cuestión se examina con profundidad, concluye prácticamente con la misma agenda: incrementar las tasas nacionales de ahorro y reducir los déficit presupuestarios que drenan fondos de la inversión productiva; elevar los niveles del I y D comercial; evitar el desvío de demasiados recursos hacia lo militar; escapar –¿pero cómo?– de una cultura empresarial que se ha hecho demasiado dependiente de las expectativas que pone Wall Street en los beneficios a corto plazo; centrarse en hacer productos bien diseñados y fiables para los mercados más exigentes del mundo; mejorar muchísimo y de modo

extensivo los niveles de cualificación y formación entre la fuerza de trabajo y proporcionar oportunidades para una nueva formación, y elevar los niveles educativos, en especial, de los que no van a la universidad.⁶ Ya sea de modo implícito o explícito, en dichos estudios se realizan comparaciones desfavorables con Japón y Alemania, considerados principales ejemplos de sociedades muy cualificadas y basadas en la tecnología cuyas perspectivas, a medida que transcurre la década, son buenas.

Por último, una propuesta detallada para hacer frente a la explosión demográfica repetiría sencillamente lo que han señalado numerosos estudios de organismos internacionales: el único modo práctico* de garantizar un descenso de las tasas de fecundidad y, por ende, del crecimiento demográfico, es introducir formas baratas y fiables de control de la natalidad, como ha ocurrido, por ejemplo, en Brasil, donde la tasa de fecundidad cayó de 4,7 hijos por mujer en el período 1970-1975 a 3,5 hijos por mujer en el período 1983-1986.⁷ Esto es también cierto de otros países en vías de desarrollo en donde se han establecido programas activos de planificación familiar. Semejante solución se enfrenta sin duda a dificultades (costumbres culturales locales, la desaprobación del Vaticano, la oposición de los gobiernos conservadores estadounidenses que no han distinguido entre contracepción y aborto), pero ello no modifica el hecho de que el crecimiento demográfico es peligrosamente elevado en las sociedades en que se lleva a cabo una escasa planificación, al tiempo que mengua en países donde ésta tiene lugar. Sin duda, elementos como la urbanización y el cambiante papel de las mujeres contribuyen también a una transición demográfica, pero el modo más rápido de estabilizar el tamaño de las familias –y desactivar la amenaza planteada por la duplicación de la población

* En teoría, por supuesto, existen otros modos, como abstenerse de tener relaciones sexuales y casarse tarde (a lo que Malthus se refería cuando pedía «moderación moral»). Es difícil ver en qué forma ello es posible para las recién casadas de quince años en sociedades que como las de África o la India están dominadas por los hombres.

mundial en las próximas décadas-, consiste ante todo, en implementar medidas para reducir la concepción.

En resumen, no es que las soluciones a tales desafíos transnacionales no existan, sino que los electores y los políticos se muestran igualmente reacios a poner en práctica los cambios que provocan costes personales a corto plazo para conseguir beneficios a largo plazo. Está muy bien que, por ejemplo, los cultos y ecológicamente conscientes suecos presionen para que se reduzcan drásticamente las emisiones de CO₂, se impongan mayores impuestos sobre los carburantes, se supriman las centrales nucleares y se incremente a gran escala la ayuda al desarrollo; dadas las ventajas relativas del país, los costes no serán aplastantes. Pero sería políticamente muy diferente exigir a los granjeros de la región meridional de las Grandes Llanuras, ya amenazados por la biotecnología y el calentamiento global, que dejaran de sacar agua de los acuíferos, cambiaran los automóviles por bicicletas, invirtieran en dispositivos que ahorran energía, etcétera; también sería políticamente insensato esperar el apoyo de tales granjeros a un incremento de la ayuda exterior para permitir a los países más pobres aumentar su producción agrícola. De modo similar, si bien los liberales occidentales coinciden en que hace tiempo que se espera la mejora del papel de las mujeres en los países musulmanes y del África subsahariana, semejante transformación plantea un gran desafío a las culturas tradicionales dominadas por los hombres y es probable que encuentre una fuerte resistencia. Puesto que sería contraproducente que los países más ricos intentaran imponer tales cambios sociales, la cuestión tendrá que ser decidida por las propias sociedades en vías de desarrollo «desde dentro», y en estos ámbitos sensibles los indicios apuntan a un inminente choque entre secularistas y fundamentalistas.⁴

Sin embargo, aunque este libro no es un manual de soluciones técnicas a los acontecimientos globales, es importante hacer hincapié en tres elementos clave de cualquier esfuerzo general tendiente a preparar la sociedad global para el siglo XXI: el papel de la educación, el lugar de las mujeres y la necesidad de dirección política.

El papel de la educación y la posición de las mujeres

Si mi análisis es a grandes rasgos correcto, las fuerzas de cambio a las que se enfrenta el mundo podrían ser tan trascendentales, complejas e interactivas como para exigir nada más y nada menos que una reeducación de la Humanidad. Ésta no es una conclusión nueva. Los pensadores sociales, desde Wells hasta Toynbee, han sostenido de modo repetido que la sociedad global se halla inmersa en una carrera entre la educación y el desastre; y al fin del siglo estas apuestas están más altas sencillamente porque las presiones demográficas, el daño medioambiental y la capacidad de la Humanidad para provocar una destrucción masiva son mucho mayores.

Un papel más importante para la educación implica muchas cosas, tanto filosóficas como prácticas. Por ejemplo, puesto que la innovación tecnológica crea trabajos nuevos al tiempo que destruye viejos, los países desarrollados que no posean un sistema nacional de formación y reformatión (siguiendo las pautas del plan de aprendizaje de Alemania o los métodos de Suecia de preparar a los trabajadores desocupados para aprender un nuevo oficio) es muy probable que se encuentren en una posición más desventajosa que hoy en día. Además, no sólo padece la productividad económica sino también el tejido social, debido, por ejemplo, al inadecuado programa británico de formación profesional o a los aún menos organizados esfuerzos estadounidenses. Pero los sistemas que funcionan dependen de la planificación y la cooperación entre escuelas, empresas y gobierno, algo a lo que las culturas políticas del *laissez-faire* tienen aversión y a lo que los países más pobres no pueden aspirar por carecer de recursos.

Con todo, los desafíos a los que se enfrentan países como Gran Bretaña o Italia a la hora de reestructurar los sistemas educativos no son nada comparados con aquellos a los que deben enfrentarse los países en vías de desarrollo. En Somalia, donde la tasa de alfabetización de varones adultos es del 18 % y la femenina de un 6 %, sólo

hay 37.000 alumnos en la enseñanza secundaria (cifras de 1986); del escasísimo personal profesionalmente formado, varios centenares son médicos y, es de presumir, no existen los ingenieros, diseñadores de *software* y demás especialistas necesarios para conducir a Somalia al mundo moderno.⁹ En Corea del Sur, en cambio, donde las tasas de alfabetización masculina y femenina son del 96 % y el 88 %, respectivamente, y donde hay 5.000.000 de personas en la enseñanza secundaria y 1.300.000 en la enseñanza superior, grandes cantidades de profesionales entran cada año al mundo del empleo productivo.¹⁰ A todas luces, los países en vías de desarrollo que consigan seguir el camino de Corea del Sur pueden albergar esperanzas de un brillante futuro económico; pero, como hemos visto más arriba, muy pocas sociedades pobres se encuentran en una posición tan favorable. El atraso tiene muchas causas, pero la principal es que en muchas culturas la educación se considera menos importante de lo que es en Asia oriental.

Sin embargo, educación, en el sentido más amplio, significa algo más que «reequ coastar» técnicamente la fuerza de trabajo, el surgimiento de clases profesionales o incluso el fomento de una cultura manufacturera en las escuelas y las universidades con el fin de mantener una base productiva. Implica también un profundo conocimiento de por qué está cambiando nuestro mundo, qué sienten otras gentes y culturas ante estos cambios, qué tenemos todos en común y, también, qué divide las culturas, las clases y los países. Además, aunque este proceso de indagación debe, en la medida de lo posible, ser tolerante y empático, no puede carecer de valores. Al final, no se trata solamente de comprender lo que le estamos haciendo a nuestro planeta como a través de un telescopio gigante observamos cambios que están teniendo lugar en Marte. Puesto que todos formamos parte de la ciudadanía del mundo, también necesitamos dotarnos con un sistema ético, un sentido de la justicia y un sen-

* La población de Corea del Sur es unas cinco veces la de Somalia, pero, incluso proporcionalmente, las diferencias son inmensas.

tido de la proporción al considerar los diferentes modos en que, colectiva o individualmente, podemos prepararnos mejor para el siglo XXI.¹¹ En las sociedades en que las fuerzas fundamentalistas bloquean la indagación y el debate sin trabas, donde los políticos, para obtener el apoyo de intereses especiales, lanzan invectivas contra pueblos extranjeros o minorías étnicas, y donde unos medios de comunicación de masas y una cultura popular comercializados empujan hacia los márgenes las cuestiones serias, la posibilidad de que la educación introduzca un entendimiento más profundo de las tendencias globales se encuentra seriamente limitada.

Resaltar el papel de la educación va inextricablemente unido a una cuestión aún más grande, a saber, la posición de las mujeres tanto en los países en vías de desarrollo como en los desarrollados. En el primer caso, parecen claras las pruebas que vinculan la baja situación de la mujer a la explosión demográfica, la pobreza aguda y el atraso económico.* Como muestran las estadísticas de la División de Población de las Naciones Unidas, en un país tras otro se produce una fuerte correlación inversa entre la tasa de alfabetización adulta femenina y la tasa de fecundidad global (véase tabla 13).

Existen unas pocas e interesantes excepciones a esta regla (Mongolia afirma tener una tasa de alfabetización adulta femenina del 88 por ciento y una tasa de fecundidad global de 5,4), pero de forma abrumadora las pruebas indican que cuando las mujeres pueden acceder ampliamente a la educación el tamaño familiar medio cae de modo abrupto y se produce la transición demográfica. La explicación obvia (casarse más tarde, retrasar el nacimiento de los hijos, elegir una carrera) se ve confirmada por un conjunto de estadísticas que incitan aún más a la reflexión y que muestran la relación entre la educación de la madre y el número de hijos en países en vías de desarrollo (tabla 14).

* Las únicas excepciones, sospechamos, son algunos estados árabes ricos en petróleo en los que la situación de la mujer es baja pero el PNB per cápita elevado, esto último debido a un accidente geológico más que a las energías creativas nativas.

TABLA 13. Tasa de alfabetización adulta femenina y tasa de fecundidad global. Países seleccionados¹²

<i>País</i>	<i>Tasa de alfabetización adulta femenina</i>	<i>Tasa de fecundidad global</i>
Afganistán	8 %	6,9
Omán	12 %	7,2
Rep. Árabe de Yemen	3 %	7,0
Honduras	58 %	5,6
Burkina Faso	6 %	6,5
Sudán	14 %	6,4
Singapur	79 %	1,7
Canadá	93 %	1,7
Chile	96 %	2,7
Hungría	98 %	1,8
Thailandia	88 %	2,6

TABLA 14. Número medio de hijos por años de educación de la madre. Países seleccionados¹³

<i>País</i>	<i>Sin educación</i>	<i>7+ años de educación</i>
Benín	7,4	4,3
Sudán	6,5	3,4
Haití	6,0	2,8
Ecuador	7,8	2,7
Jordania	9,3	4,9
Pakistán	6,5	3,1
Portugal	3,5	1,8

En general, las mujeres de los países en vías de desarrollo con siete o más años de educación –y quizá de las clases más adineradas?– se casan aproximadamente cuatro años más tarde que aquellas que carecen de educación, muestran niveles más elevados de uso de contraceptivos y gozan de tasas más bajas de mortalidad infantil y materna,¹⁴ de modo que tanto ellas como su descendencia

cuentan con mejores oportunidades en la vida. De esto puede deducirse que un cambio en la situación de las mujeres reduciría de modo importante el crecimiento demográfico en el mundo en vías de desarrollo. Pero ¿qué probabilidad hay de que esto ocurra en esas partes de Asia meridional, África y el mundo musulmán en que las restricciones de género son tan pronunciadas?

En el mundo desarrollado, donde los varones mayores se lamentan de las tasas de fecundidad inferiores al nivel de sustitución y preguntan por qué las «mujeres brillantes y cultas» tienen cada vez menos hijos (o ninguno),* el desafío es diferente, pero sigue involucrando a las mujeres en lo referente al papel que desempeñan en la sociedad. Si darnos por sentado que para ninguna sociedad es bueno que su población no consiga renovarse –aunque sólo sea por las tensiones producidas por el alto índice de «dependencia de ancianos»–, los políticos que se preocupan por esas tendencias quizá necesiten reexaminar sus propias normas sociales y culturales. En Japón, por ejemplo, los hechos indican que una nueva generación de mujeres cultas siente aversión ante la expectativa tradicional de, una vez terminada la universidad, convertirse en amas de casa a tiempo completo, con la misión de criar a los niños en diminutas viviendas mientras sus maridos están ausentes desde primera hora de la mañana a última de la tarde.¹⁵ Es probable que una aversión semejante exista en Italia y España, donde en los últimos años las tasas de fecundidad globales han caído en picado. No cabe duda de que, al menos en el caso de Japón, la consiguiente escasez de trabajo puede en parte controlarse mediante el creciente uso de los robots; pero si Japón desea volver a tasas de fecundidad de sustitución, se necesitará algo más que ajustes técnicos. Al respecto, los políticos japoneses e italianos harían bien en estudiar el caso de Suecia, donde, tras décadas de frenazo económico, la tasa de fecundidad ha crecido claramente desde el 1,6 (1983) hasta el 2,1 (1990).¹⁶ Las investigaciones iniciales de este fenómeno (que también aparece en otros países

* Véase más arriba, pág. 57.

ses del norte de Europa) indican que el motivo podría ser una combinación de excelentes provisiones sociales (permisos pagados de maternidad y paternidad, asistencia infantil, jardín de infancia, viviendas cómodas), y un importante grado de igualdad sexual reflejada, medida, por ejemplo, en la cantidad de ministras y mujeres que se dedican a la política.

De modo irónico, pues, si el mundo se mueve hacia un mejor equilibrio demográfico (decrecientes tasas de fecundidad en las sociedades más pobres y crecientes en las más ricas), la lección parece ser que, mientras los países de África y Oriente Medio necesitan educar a las mujeres hasta niveles semejantes a los de Corea, países como Japón, Portugal, España e Italia precisan imitar las prácticas escandinavas. Ambas cosas implican un cambio en los roles de los sexos y un conjunto diferente de desafíos.

La cuestión del liderazgo político

Quizá parezca curioso concluir esta obra con una discusión acerca del liderazgo político, puesto que, a menudo, las tendencias demográficas y las nuevas tecnologías parecen ser demasiado irresistibles como para incidir sobre ellas. En realidad, la idea clave de este capítulo no es su inevitabilidad, sino, considerando la transformación de la sociedad global, lo difícil que resulta modificar ideas anquilosadas y el peligro que encierra permanecer culturalmente ciegos. Al fin y al cabo, es evidente que en muchos países existe un interés tan amplio como intenso por saber hacia dónde se dirigen el mundo en general y el propio país en particular. Los desafíos tecnológicos, las cuestiones de género, la emigración, el futuro de la agricultura, el daño medioambiental, las consecuencias de la globalización y el impacto de todo ello sobre las políticas, las prioridades del gasto, incluso los valores y la cultura, son tema de un profundo interés desde Francia a Japón, desde Kansas a El Cairo. Explican, al menos en parte, la búsqueda de nuevas estructuras políticas

transnacionales y subnacionales, las innumerables comisiones que investigan los sistemas educativos nacionales, los llamamientos en favor de una acción conjunta sobre el calentamiento global o la ayuda al desarrollo, los debates sobre apertura o protección comercial. El hombre y la mujer de la calle saben que su mundo está cambiando y les preocupa. Por encima de todo, tras el desencanto generalizado con los liderazgos políticos, existe un malestar ante los cambios actuales o inminentes ya sea en países industriales avanzados como Estados Unidos, Francia y Japón, en regímenes marxistas que sobreviven o que han desaparecido recientemente disueltos, en amplias zonas de América Latina y África, en los gigantes asiáticos de la India y China o, para el caso, en el mundo musulmán, donde la juventud, descontenta, se vuelve hacia las normas fundamentalistas. En los estados autoritarios, tal malestar se ve en gran parte suprimido, pero, tanto en las democracias más viejas como en las más nuevas, la exigencia de respuestas políticas a los nuevos desafíos es enorme.

A menudo, dichas respuestas pueden ser reaccionarias. El proteccionismo, las políticas antiinmigratorias, el bloqueo de nuevas tecnologías y el hallazgo de nuevos enemigos para sustituir los adversarios de la guerra fría son reacciones comunes en una época de «sacudidas, choques y rupturas en la vida social de la Humanidad». Resulta evidente que una sociedad que desee estar mejor preparada para el siglo XXI pagará un precio por conseguir semejante transición; necesitará renovar las técnicas e infraestructuras nacionales, desafiar intereses creados, alterar muchos hábitos viejos y quizá corregir las estructuras gubernamentales. Pero esto supone una visión a largo plazo en una época en que los políticos, en su mayoría (tanto en los países ricos como en los pobres), apenas son capaces de enfrentarse siquiera a problemas a corto plazo; y esto significa un riesgo político, puesto que muchas de las reformas propuestas serán impopulares a causa de los intereses creados. Junto a las voces que piden un cambio, existen grandes sectores que esperan que las cosas sigan como están, congelar las cosas en lugar de

responder a ellas. Además; los expertos no terminan de ponerse de acuerdo sobre las cuestiones críticas. ¿Podemos mantener un mundo de ocho mil o diez mil millones de personas? ¿Pueden seguir aumentando las existencias de alimentos? ¿Con qué rapidez se está produciendo, si es que se produce, el calentamiento global? ¿Es mejor la «economía dirigida» que el *laissez-faire*? ¿Debe tener restricciones la globalización? Y, dadas las diferencias de opiniones en torno a estas cuestiones, ¿por qué apresurarnos con cambios conflictivos?

Puesto que la mayoría de los políticos, especialmente en países como Japón, Estados Unidos, Francia, Italia y Alemania, han llegado hasta la cima mediante un proceso de compromiso, concertando tratados y alianzas y teniendo cuidado de no molestar intereses poderosos, a duras penas están preparados para respaldar ahora políticas conflictivas tendentes a obtener supuestos beneficios dentro de veinte años –sobre todo, cuando existen expertos que sostienen que hay poco o ningún motivo de alarma (por ejemplo, en torno a las existencias mundiales de alimentos), o que se necesita un estudio más profundo–. Como han señalado los «cornucopianos» desde Godwin y Condorcet, hace ya dos siglos, Malthus se equivocó en sus previsiones sobre el futuro de Gran Bretaña debido a la capacidad de la Humanidad de desarrollar nuevos recursos por medio de la tecnología. Si sus predicciones para el siglo xix resultaron ser falsas, ¿por qué habría que seguir prestando atención a los gritos alarmistas de los actuales «neomalthusianos» acerca del siglo xxi?¹⁷ Además, han pasado sólo un par de décadas desde la última oleada de predicciones pesimistas (*The Silent Earth*, el informe del Club de Roma, etcétera), que provocó una preocupación generalizada y acabó por desvanecerse.

Quizá deberíamos distinguir aquí entre los reformistas que abogan por medidas prudentes para en un próximo futuro controlar la población y limitar las emisiones de los vehículos, por ejemplo, y los escritores apocalípticos que sostienen que todo se perderá a menos que se produzca cuanto antes un cambio drástico en el com-

portamiento humano.¹⁸ Al denunciar a estos últimos tachándolos de alarmistas y de estar equivocados, algunos conservadores tienden a agrupar a todos los reformistas en el mismo campo. Sin embargo, es conveniente realizar una distinción entre las propuestas de reforma moderadas y las más radicales, especialmente porque son las primeras las que tienen más posibilidades de convencer a los políticos.

A pesar de la división de opiniones acerca del destino que le espera a nuestro mundo, hay tres razones principales por las que las sociedades deberían tomarse en serio el desafío de prepararse para el siglo xxi. La primera se refiere a la competitividad relativa. Por más que el crecimiento económico no sea lo único que importa, sin duda es cierto que un nivel de vida decente proporciona una base para gran parte de lo que los grupos y los individuos consideran importante: buena salud, educación, ocio, etcétera. Sin embargo estos beneficios, derivados de la innovación tecnológica y el mayor crecimiento, no fluyen de modo igual para todos sino que suponen recompensas para aquellas sociedades más exitosas. Una economía con una incapacidad creciente de mantenerse a la altura de las nuevas tecnologías, que experimenta tasas bajas (o negativas) de crecimiento, con niveles de renta per cápita estáticos o en descenso justo cuando los cambios demográficos imponen nuevas demandas sociales, está situada con menos fortuna que una que sigue siendo competitiva y adaptable. De este modo, un fracaso a la hora de repensar, formarse y equiparse con perspectivas al futuro producirá otra cosecha de perdedores económicos de la Historia.

La segunda es la necesidad de responder a los desafíos demográficos y medioambientales, en lugar de esperar que la solución aparezca por sí sola.¹⁹ El consumo actual de recursos terrestres es mucho mayor que en tiempos de Malthus (o incluso que en la década de 1960) debido al tamaño de la población, las enormes cantidades de materias que ésta consume y la complejidad de las actividades económicas. En consecuencia, la velocidad del asalto humano a la Naturaleza se ha incrementado mu-

chísimo: «Países enteros se han deforestado en unas pocas décadas; la mayor parte del mantillo de las regiones puede desaparecer en el plazo de una generación, y una reducción crítica del ozono puede producirse en unos veinte años.»²⁰ Dicho en otras palabras, podría ocurrir que, aun cuando los pesimistas de hace varias décadas se hubiesen equivocado en su calendario, los argumentos globales sobre el creciente daño infligido al planeta fueran haciéndose cada vez más válidos –por lo que no habría que ignorarlos–. Por último, sigue en pie la cuestión de que, actualmente, las sociedades mejor capacitadas para adaptarse son aquellas que, como la Inglaterra de Malthus o el Japón actual, poseen capital, conocimiento científico, habilidades técnicas y personal profesional cualificado e inventivo, mientras que los países que se enfrentan a los problemas más serios están mucho peor equipados para dar una respuesta.

Por supuesto, esta preocupación por el daño medioambiental no significa que haya que detener todo crecimiento económico, porque ello perjudicaría a las sociedades más pobres y, en cualquier caso, contradice el argumento en favor de una mayor competitividad. En vez de eso, los políticos y los electores deberían tomarse mucho más en serio las propuestas para un «crecimiento sostenible» que han formulado los expertos en desarrollo.²¹

La tercera y última razón para reformar nuestra situación global existente es muy tradicional: reducir las posibilidades de inestabilidad política, con las consiguientes amenazas de violencia y guerra. Es verdad que muchas veces es imposible anticiparse a tales convulsiones; si hace cinco años no podíamos suponer el grado de derramamiento de sangre y violencia que ha desgarrado Yugoslavia, ¿cómo podemos esperar saber qué guerras y tumultos tendrán lugar dentro de una década? Con todo, muchas explosiones sociales, como el estallido de las revoluciones francesa o rusa, se ven precedidas de una clara acumulación de presiones semejante al incremento de las tensiones a lo largo de los bordes de las placas tectónicas antes de producirse un terremoto o, también, al

estallido de un desastre medioambiental una vez el daño incremental ha superado cierto umbral. Aunque por lo general es imposible saber con exactitud dónde o cuándo tendrá lugar la irrupción, los científicos pueden prever, dada la acumulación general de presiones, que algún día tal vez ocurra una explosión. Por analogía, no resulta irrazonable sugerir que a medida que aumentan las presiones en el seno de las sociedades humanas (rápido crecimiento demográfico, recursos menguantes, desempleo, emigración hacia barrios de chabolas, falta de educación) es probable que se produzcan explosiones sociales y políticas, sobre todo si las causas medioambientales de conflictos agudos interaccionan con las disputas tradicionales sobre fronteras, agua, derechos de pastos, etcétera.²²

Las guerras civiles o externas (con su gran cantidad de bajas) fueron, como la hambruna y la enfermedad, algunos de los antídotos malthusianos a una explosión demográfica y, quizá, los más eficaces de todos puesto que mataban personas en la flor de la vida. La importancia de semejante turbulencia no es sólo local. Actualmente las inestabilidades podrían tener lugar en regiones donde la posesión de armamento avanzado, como los misiles de alcance medio con cabezas químicas, biológicas e incluso nucleares, por parte de regímenes ambiciosos y amenazados, dan lugar a una combinación potencialmente letal, cuyas consecuencias distarían mucho de ser locales.

En resumidas cuentas, necesitamos preocuparnos por la situación de nuestro planeta como un todo, no sólo porque nos enfrentamos a una nueva agenda de riesgos para la seguridad, como el calentamiento global y la emigración en masa, sino también porque estos fenómenos podrían interactuar con las viejas amenazas a la estabilidad internacional, como las guerras regionales, la toma de rehenes y el cierre de rutas marinas, y agudizarlas. Aunque las nuevas fuerzas transnacionales de cambio global parezcan situarse en un plano diferente de las preocupaciones tradicionales de los Estados-nación (tal como se analizan en mi obra *Auge y caída de las grandes*

potencias), constituyen causas adicionales de conflicto social.

Después de considerar esta serie de problemas, puede parecer que nuestro liderazgo político simplemente humano no está en condiciones de hacer gran cosa y que deberíamos prepararnos para una continuación de sacudidas, choques y rupturas en la vida social de la Humanidad –y a una escala cada vez más global e intensa–. En ese caso, sería insensato que un país (o una clase social) diera por sentado que puede aislarse de los cambios futuros –algunos de los cuales pueden ser inesperados y, quizás, espectaculares–, en los mundos de la política, la economía y el medio ambiente. Además, en el improbable caso de que los gobiernos y las sociedades decidan transformarse, deberíamos reconocer que nuestras actuaciones podrían tener sólo un efecto marginal en las profundas fuerzas motrices del mundo actual. También deberíamos ser conscientes de que las intervenciones (tales como aumentar la educación femenina en los países en vías de desarrollo) podrían producir cambios imprevistos e inintencionados. Nada es seguro excepto que nos enfrentamos a un sinnúmero de incertidumbres; pero el simple hecho de reconocerlo proporciona un punto de partida vital y es, por supuesto, mucho mejor que permanecer ciegamente inconscientes de que nuestro mundo está cambiando.

Así, a pesar del tamaño y la complejidad de los desafíos globales a los que nos enfrentamos, es demasiado simple y prematuro concluir de modo pesimista que nada puede hacerse. Incluso Malthus fue lo bastante cuidadoso como para finalizar su *Ensayo sobre la población* sugiriendo que, a pesar de las siniestras tendencias demográficas, los asombrosos avances técnicos de su época podían tener una influencia positiva en las dimensiones morales y políticas de la sociedad. Lejos de abrumar a los seres humanos con una sensación de desesperación, señaló que la ciencia podría estimular respuestas constructivas y alterar hábitos sociales.²³ Aunque pueda haber considerado esa posibilidad como improbable, al menos se mostró dispuesto a admitir que teóricamente la Hu-

manidad podía cambiar su modo de actuar y evitar el destino que preveía. Lo mismo es cierto hoy.

Muchos intentos anteriores de vislumbrar el futuro han concluido con un tono de irrefrenado optimismo, con presagios pesimistas o, como en el caso de Toynbee, con llamamientos a una renovación espiritual. Quizás esta obra debiera finalizar también con semejante observación. Sin embargo, sigue siendo un hecho el que, como no conocemos el futuro, es imposible afirmar con certeza si las tendencias globales conducirán hacia terribles desastres o serán desviadas por los sorprendentes avances de la adaptación humana. Lo que está claro es que, tras el desvanecimiento de la guerra fría, no nos enfrentamos a un «nuevo orden mundial» sino a un planeta perturbado y fracturado, cuyos problemas merecen que tanto políticos como electores los consideren seriamente. Como sugieren los capítulos anteriores, el ritmo y la complejidad de las fuerzas de cambio son enormes e intimidantes; sin embargo, quizá sea posible todavía que hombres y mujeres inteligentes dirijan sus sociedades mediante la difícil tarea de prepararse para el siglo que viene. Aunque, si los desafíos quedan sin respuesta, la Humanidad será la única culpable de los problemas y desastres que puedan estar acechándola.

NOTAS

1. *Economist*, 11 de octubre de 1930, pág. 652. (Estoy en deuda con el doctor Maarten Pereboom por esta referencia.)
2. Para una mayor discusión de estas tendencias, véanse J. L. Gaddis, «Toward the Post-Cold War World», *Foreign Affairs*, vol. 70, n° 2, primavera de 1991, págs. 102-122; R. Wright y D. McManus, *Flashpoints*.
3. L. R. et al., *State of the World 1989*, cap. 10, «Outlining a Global Action Plan».

4. *Ibid.*, 1990, cap. 7, «Cycling Into the Future».
5. D. M. Kamimen, «Technology for Development: Sustaining, not Obliterating, the Environment», *Research & Exploration*, invierno de 1991, págs. 3-5.
6. Para ejemplos recientes, véanse W. S. Dietrich, *In The Shadow of the Rising Sun*, Universidad Park, Pa., 1991, pássim; *Competing Economies: America, Europe and Pacific Rim*, Oficina de Asesoramiento Tecnológico, Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C., octubre de 1991, especialmente, págs. 13-14; Malabrè, *Within Our Means*, cap. 6.
7. *World Resources 1990-91*, págs. 61-62, 256. Para un punto de vista más crítico de la situación brasileña, véase *State of the World 1992*, pág. 96.
8. P. Waldman, «Conflict in Algeria over Islamic Military Pits Father Against Son», *Wall Street Journal*, 23 de enero de 1992, págs. A1, A8.
9. *World Resources 1990-91*, pág. 262; Paxton, ed., *Statesman's Yearbook 1990-91*, pág. 1.087.
10. *Ibid.*, pág. 785; *World Resources 1990-91*, pág. 263.
11. Muy bien argumentado en Hans Kung, *Global Responsibility: In Search of a New World Ethic*, Nueva York, 1991.
12. *World Resources 1990-91*, págs. 256-257, 262-263.
13. *Ibid.*
14. *Ibid.*, pág. 266, notas a la tabla 16.5.
15. D. E. Sanger, «Minister Denies He Opposed College; for Japanese Women», *New York Times*, 19 de junio de 1990; «The Dwindling Japanese», *Economist*, 26 de enero de 1991, pág. 36.
16. «The Missing Children», *Economist*, 3 de agosto de 1991, págs. 43-44.
17. Para el uso de los términos «cornucopianos» y «neomalthusianos», véase el excelente estudio de T. F. Homer-Dixon, «On the Threshold», págs. 76-116.
18. Véanse, por ejemplo, J. Bellini, *High Tech Holocaust*, San Francisco, Cal., 1986, pág. 251; Ehrlich y Ehrlich, *Population Explosion*, caps. 1 y 12. En muchos sen-

tidos, el tono de esta literatura repite el del *lobby* antinuclear: véase, por ejemplo, J. Cox, *Overkill*, Harmondsworth, Mddsx., ed. 1981.

19. Esto sigue de cerca a Homer-Dixon, «On the Threshold», págs. 100-101.

20. *Ibid.*

21. Como se argumenta repetidamente en los temas del anuario de L. R. Brown *et al.*, *State of the World*: ver la edición de 1992, caps. 3, 9, 11.

22. Homer-Dixon, «On the Threshold», pássim; Eberstadt, «Population Change and National Security», pássim; Foster, «Global Demographic Trends to the Year 2010», pássim.

23. T. R. Malthus, *An Essay on Population*, 2 vols., Londres, ed. 1914, págs. 261-62. Malthus siguió escribiendo nuevas versiones de su primer *Ensayo* durante varias décadas, por lo que pudo corregir algunos de sus argumentos.

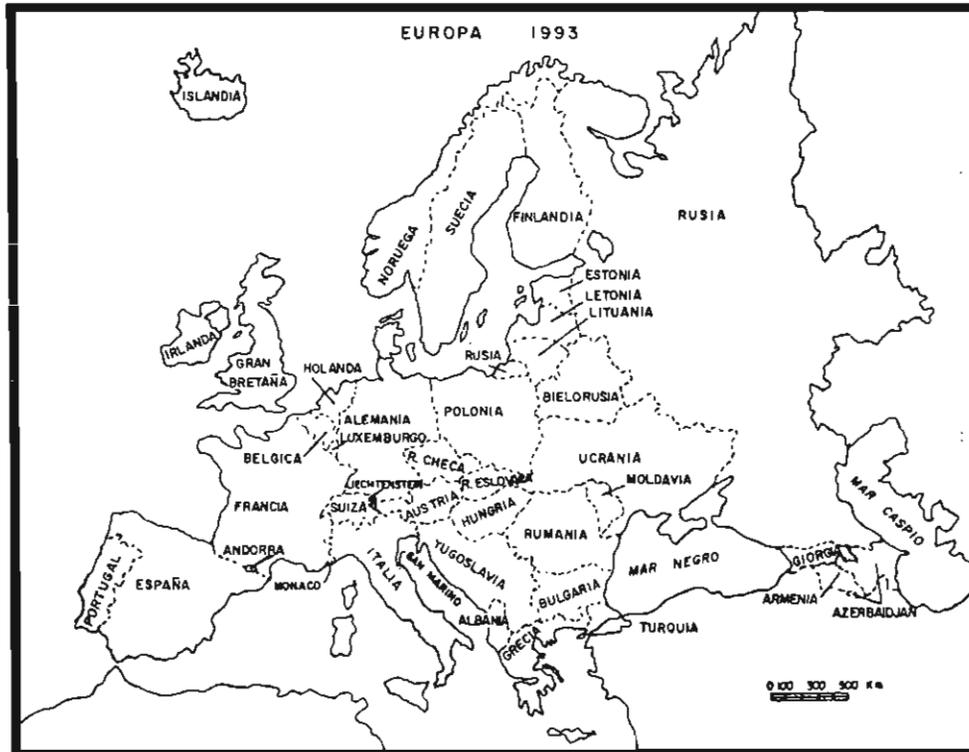
Cuestionario 21c

1. Enuncie los principales problemas a los que se enfrenta la civilización actual.
2. ¿Cuáles son los tres elementos indispensables para preparar a la sociedad ante el futuro?
3. ¿Cuál es el papel que desempeña la educación en la estrategia para encarar el porvenir?
4. ¿Cómo actúa la tecnología en el proceso civilizatorio?
5. Reflexione sobre la lectura y dé su opinión acerca del mundo en el siglo XXI.

MAPAS

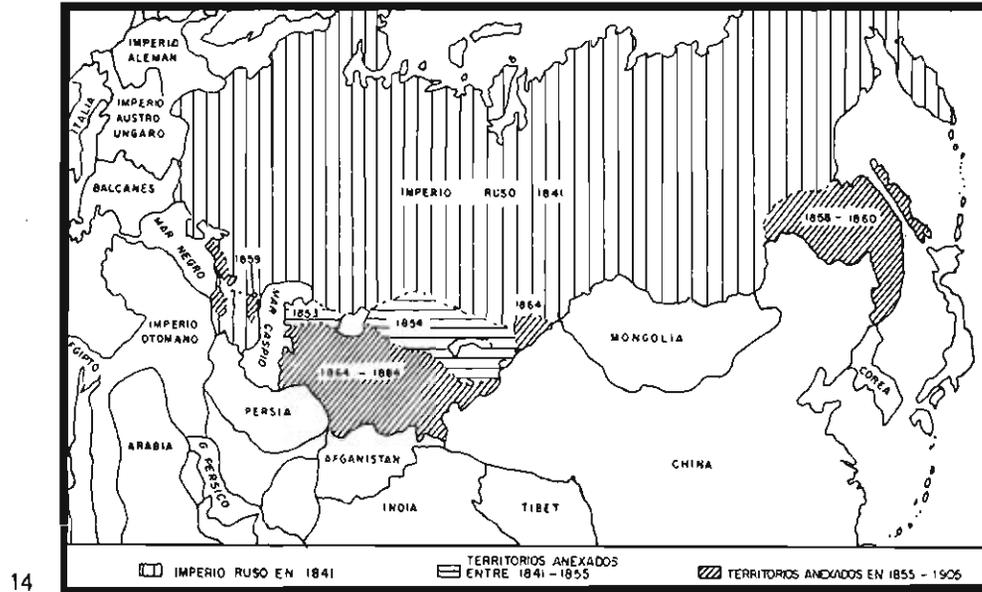
Política y Cultura

Año I, No 2 invierno/primavera de 1993



Política, y Cultura

Año 1, No.2 invierno/primavera de 1993



TERRITORIOS PERDIDOS POR RUSIA DESPUES DE LA 1ª GUERRA MUNDIAL.

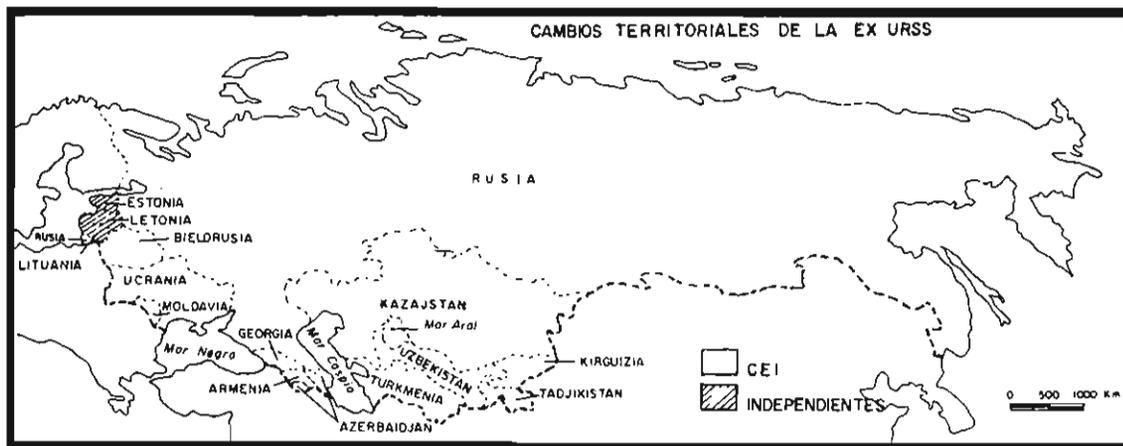


15

TERRITORIOS GANADOS POR LA URSS DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

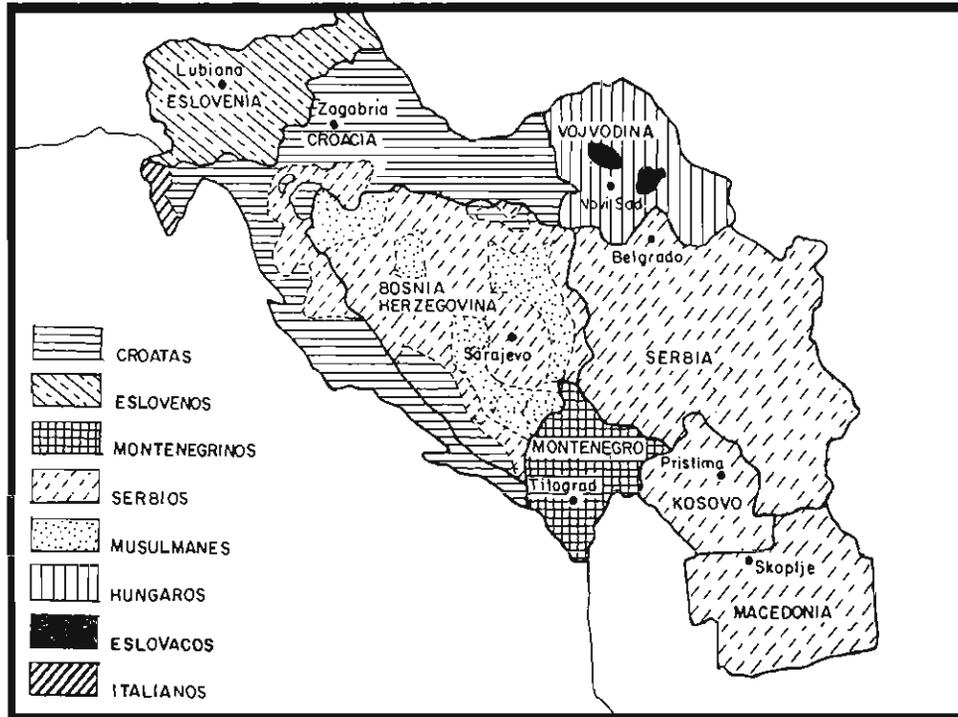


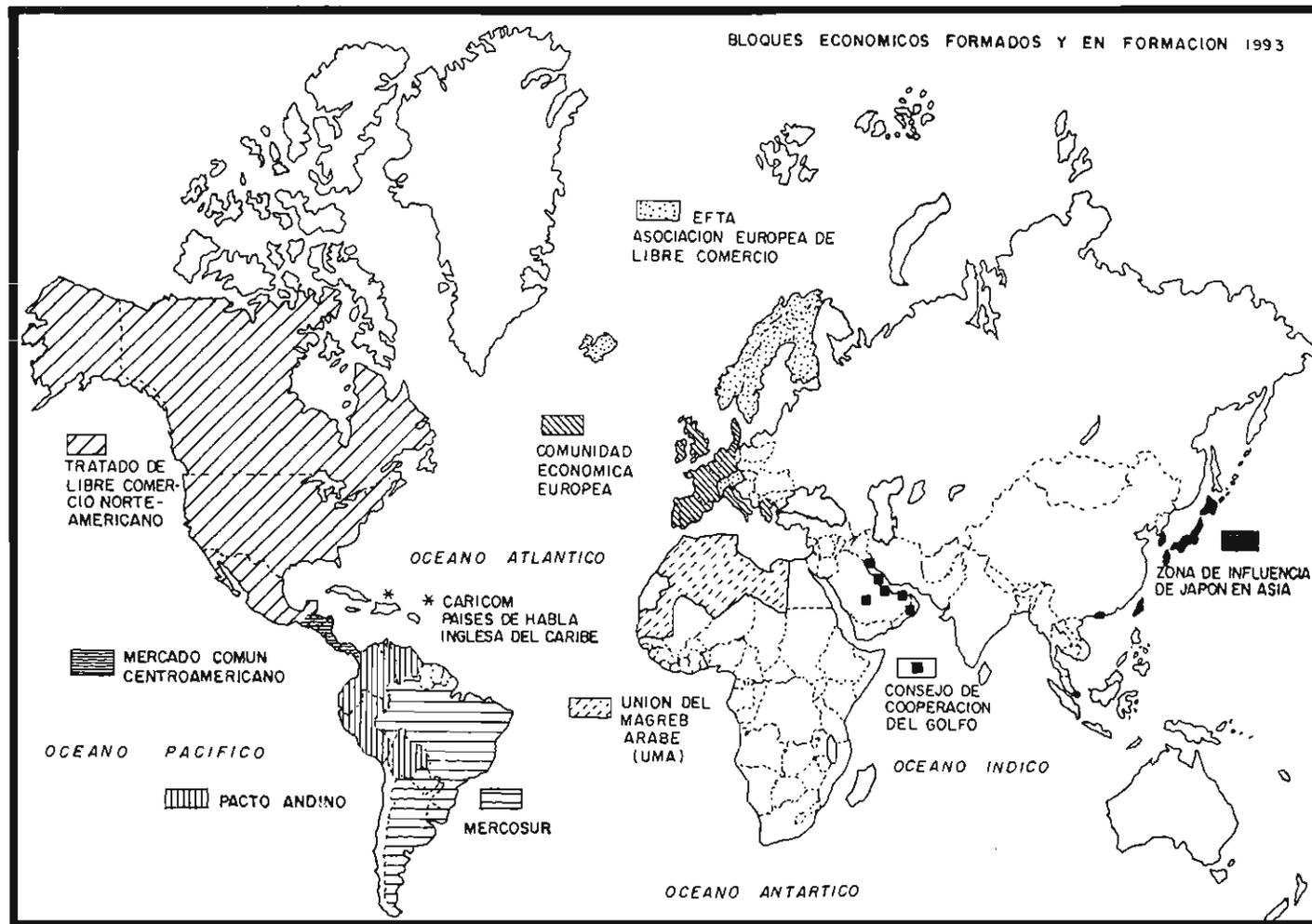
16



17

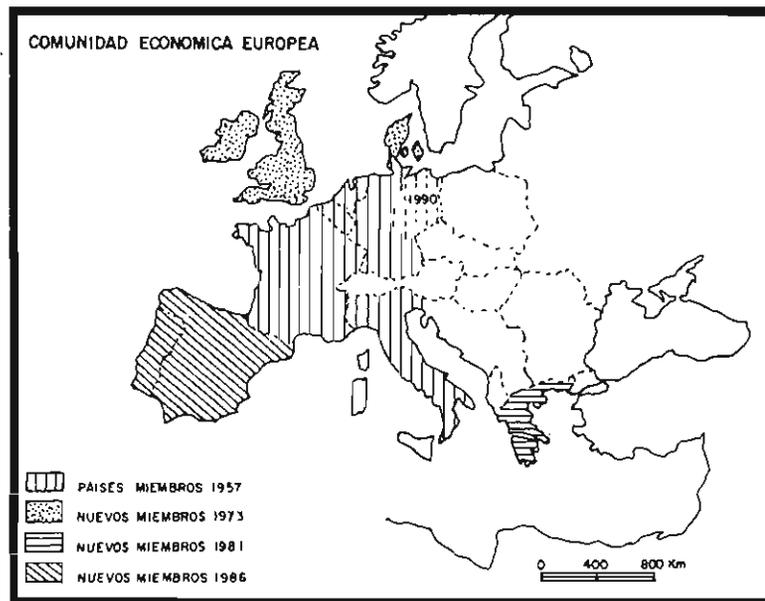
DIVISION POLITICA Y DISTRIBUCION ETNICO - RELIGIOSA EN YUGOSLAVIA 1993





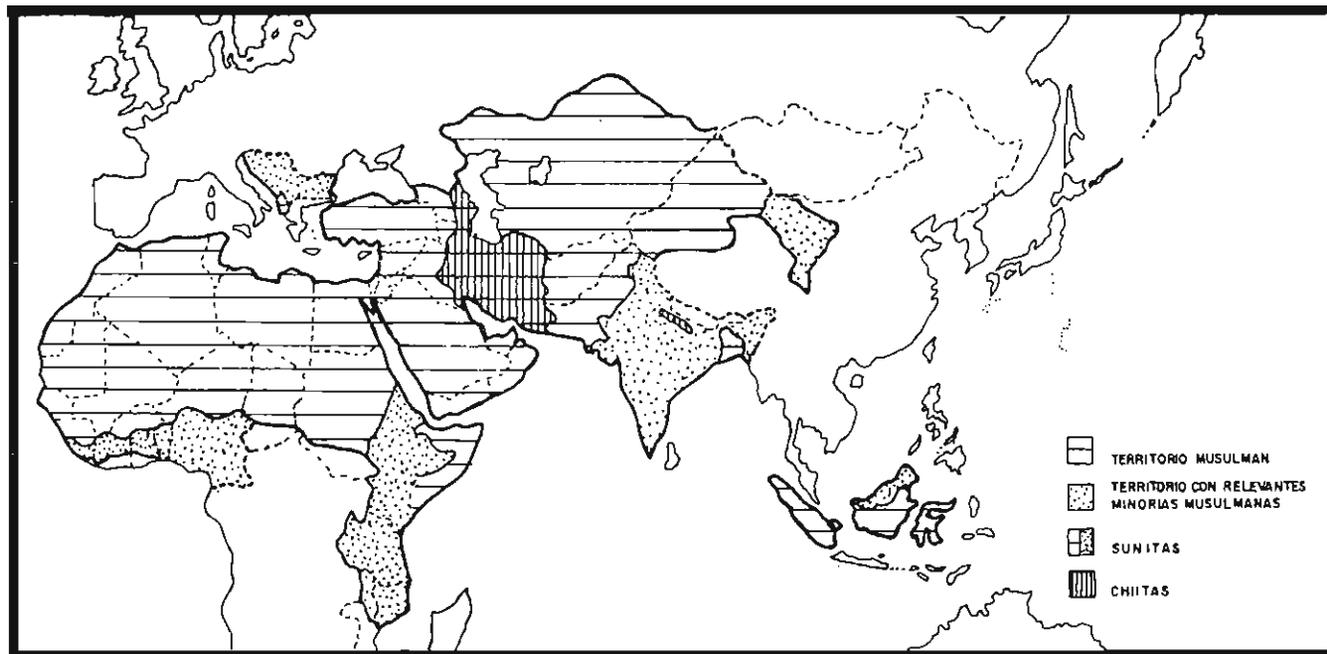
Política y Cultura

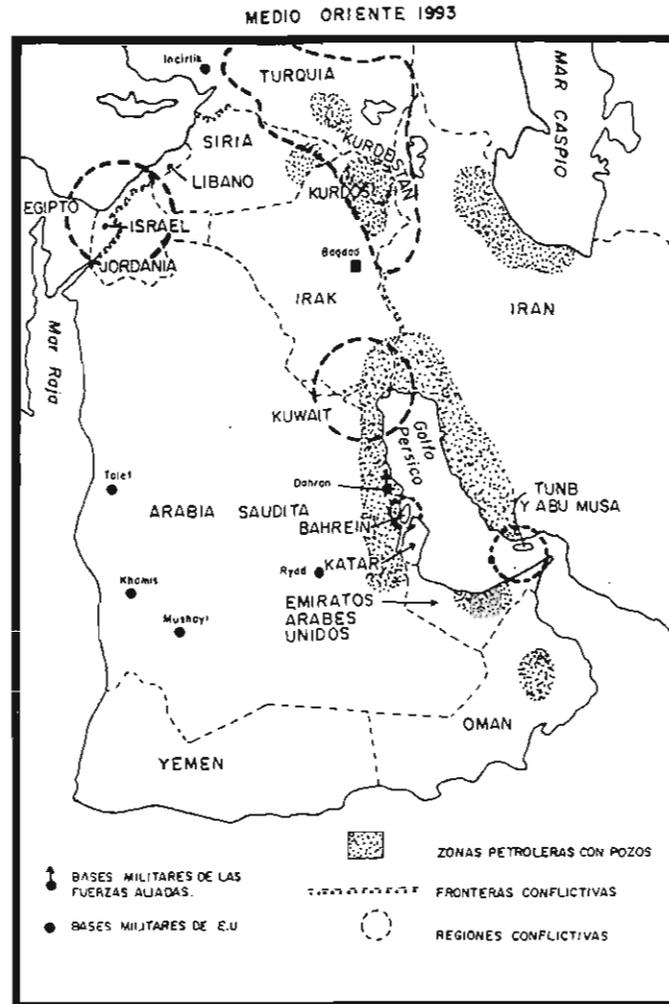
Año 1, No.2 invierno/primavera de 1993



20

MUNDO ISLAMICO





CRONOLOGÍA

Tomado de C.D.H Cole

Introducción a la historia económica México. FCE

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1751			Clive toma Arcot	Primera Parte de la <i>Encyclopédie fran- cesa</i>	1751
1752	Pararrayos de Franklin				1752
1753		Fábrica de porcela- na de Sévres			1753
1754	<i>Treatise on the Scurvy</i> , de Lind Black descubre el ácido carbóni- co gaseoso				1754
1755	Huntsman fabrica acero de fun- dición	Bakewell inicia la mejora del gana- do			1755
1756			Principia la Guerra de los Siete Años		1756
1757			Victoria de Clive en Plas- sey		1757
1758				<i>Tableau Economi- que</i> , de Quesnay	1758
1759	Faro de Smeaton Eddystone		Inglaterra conquista Ca- nadá		1759
1760	PRINCIPIA LA ERA DE LOS CANALES	Fundiciones de Carron			1760
1761		Canal de Bridgewater			1761
1762	Experimentos de Dixon con el gas de hulla			<i>El contrato social</i> de Rousaeau	1762
1763					1763
1764	Máquina hiladora de Hargrea- ves				1764
1765					1765
1766					1766
1767	Watson destila la hulla		Viajes del Capitán Cook. (-1779)	Aparece el primer volumen de la <i>En- cyclopaedia Bri- tannica</i>	1767
1768	Cavendish descubre el hidrógeno				1768
1769	ENERGÍA DE VAPOR Y CARBÓN	Se patenta la máquina de vapor de Watt	Fábrica de Wedg- wood en Etruria		1769
1770	HILANDERÍA A MÁQUINA	Telar hidráulico de Arkwright			1770
1771		Vehículo a vapor de Cugnot	Rusia conquista Crimea		1771

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1772	Experimentos eléctricos de Cavendish		Primera partición de Polonia	1772
1773	Ariete hidráulico de Whitehurst			1773
1774	Globo de Montgolfier Priestley descubre el oxígeno		Hastings, Gobernador General de la India	1774
1775				1775
1776	Se emplea por primera vez la máquina de Watt en las minas de carbón		DECLARACION NORTEAMERICANA DE INDEPENDENCIA	<i>La Riqueza de las Naciones</i> , de Adam Smith 1776
1777	Termina la construcción del Canal <i>Grand Trunk</i>	<i>Bath and West Agricultural Society</i>		1777
1778	Lavoisier destruye la teoría del flogisto	Coke de Norfolk inicia la agricultura científica		1778
1779	Letrina de Bramah Hiladora intermitente de Crompton Dixon produce alquitrán de hulla Puente de hierro de Coalbrookdale			1779
1780		c. Aumenta rápidamente la producción de carbón		1780
1781		Comienzan sus actividades las fábricas de Le Creusot	Rebelión de Tupac Amaru en el Perú	1781
1782	Máquina de doble efecto de Watt			1782
1783	Hunter funda el Museo de Anatomía	Palmer organiza los coches-correo		1783
1784	ERA DE LOS CARRUAJES: EXPANSIÓN DE LA INDUSTRIA DEL HIERRO Procedimiento de pudelación de Cort Vehículo a vapor de Murdoch Lámpara de corriente de aire de Argand			1784
1785	Telar mecánico de Cartwright Procedimiento de blanqueo de Berthollet			1785

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1786					1786
1787	Primeras máquinas trilladoras		Redacción de la Constitución de los Estados Unidos (en vigor desde el año 1789)		1787
1788			Colonización de Nueva Gales del Sur		1788
1789	Lavoisier clasifica los elementos químicos Controversia sobre electricidad entre Galvani y Volta		REVOLUCIÓN FRANCESA	Se termina la <i>Historia Natural</i> de Buffon	1789
1790	Procedimiento de Leblanc para obtener sosa cáustica Máquina cardadora de Cartwright Rotativas		Robert Owen inicia sus experiencias comunistas en Indiana Francisco de Miranda planea la independencia americana	<i>Reflections on the French Revolution</i> , de Burke <i>Los derechos del hombre</i> , de Paine	1790
1791					1791
1792	Aparato de alumbrado por gas de Murdoch				1792
1793	AUMENTAN LOS CERCA- MIENTOS DE TIERRAS PARA LA AGRICULTURA Telégrafo aéreo de Chappe	<i>British Board of Agriculture</i> Manía inglesa de construir canales (-1797)	Francia e Inglaterra en guerra Segunda partición de Polonia Francia proscribire la esclavitud Abolición de la esclavitud en Haití	<i>Political Justice</i> , de Godwin	1793
1794	Soporte de corredera de Maudslay Despepitadora de algodón de Whitney		Juicios por traición en Inglaterra		1794
1795	Telar de Jacquard	Implantación del sistema <i>Speenhamland</i>	Tercera partición de Polonia		1795
1796	Jenner inicia la inoculación Prensas litográficas de Senefelder				1796

		<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1797			El Banco de Inglaterra suspende los pagos en oro			1797
1798		Mejoras de Curr en los montacargas mineros	Club Smithfield Impuesto sobre la renta, de Pitt	Rebelión irlandesa	<i>Ensayo sobre la población, de Malthus</i>	1798
1799		<i>Royal Institution</i>	<i>Ley de Asociación</i>	Napoleón, primer Cónsul		1799
1800		Pila de Volta Herschel descubre los rayos infrarrojos	Banco de Francia Owen adquiere New Lanark			1800
1801		Primer censo inglés	Ley General de Cercamiento de Tierras			1801
1802	BARCOS DE VAPOR	<i>Charlotte Dundas</i> , de Hymington Se abre el muelle de las Indias Occidentales		Compra de Louisiana		1802
1803	SE EXTIENDE EL TEJIDO A MÁQUINA	Telar mecánico de Horrocks Trilladoras a vapor				1803
1804		Vehículo a vapor de Trevithick	Principia el alumbrado público con gas (Windsor)		Código Napoleón (-1810)	1804
1805		Acueducto de Telford, en Pont Cysyllte				1805
1806		Davy descubre el potasio y el sodio	Decretos de Berlín	Gran Bretaña proscrib el tráfico de esclavos		1806
1807		El <i>Clermont</i> de Fulton Telégrafo eléctrico de Somming	Órdenes Reales, con anuencia del Consejo del Rey			1807
1808		Dalton formula la teoría atómica Investigaciones de Gay-Lussac sobre los gases	Asociación Lancelotiana			1808
1809						1809
1810		Davy aísla el cloro Comienza a usarse la tubería de hierro en la condorción de agua potable	Matines luditas (-1811)	Principia el movimiento de independencia en América Latina		1810
1811	LOCOMOTORAS	La <i>Puffing Billy</i> de Hackworth Prensa de imprenta movida a vapor, de Koenig				1811
1812		El <i>Comet</i> , de Bell Locomotora, de Blenkinsop		Guerra anglo-americana (-1815)		1812

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1813		Abrogación del <i>Statute of Artificers</i> (-1814)	La Compañía de las Indias Orientales pierde el monopolio	<i>New View of Society</i> de Owen	1813
1814	Primeras locomotoras de Stephenson Se imprime mecánicamente el <i>Times</i>				1814
1815	Lámpara de seguridad de Davy Comienza el camino a Holyhead de Telford	Leyes de Granos inglesas	Fin de las guerras francesas		1815
1816	Calidoscopio de Brewster				1816
1817	Casómetro de Clegg			<i>Economía Política</i> , de Ricardo	1817
1818		Se funda la <i>Institution of Civil Engineers</i>		<i>El reino animal</i> de Cuvier	1818
1819	El <i>Savannah</i> cruza el Atlántico Descubrimientos electro-magnéticos de Oersted	Se emite la 1ª Ley de Trabajo inglesa.	Estados Unidos compra Florida Fundación de Singapur		1819
1820	Obra de Ampere sobre electro-dinámica	Matanza de Peterloo: seis Leyes.			1820
1821	Faraday descubre la rotación electromagnética	El Banco de Inglaterra reanuda los pagos en oro.	Guerra de Independencia de Grecia	<i>Report to the Country of Lunark</i> , de Owen	1821
1822	Primera máquina calculadora de Babbage Máquina fundidora de tipos (monotipo), de Church	<i>Société Générale</i> Belga			1822
1823	SE EXPANDE LA INDUSTRIA QUÍMICA Faraday licúa el cloro Filtro de arena para agua de Simpson Fábricas de álcalis de Muspratt		Asociación Católica irlandesa Doctrina Monroe Gran Bretaña reconoce la independencia de las Repúblicas latinoamericanas		1823
1824	Fresadora perfeccionada de Maudsley	Se abrogan las Leyes de Asociación inglesas		<i>Catechisme des industriels</i> , de Saint Simon	1824

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1825	Hiladora automática de Robert Se termina el Canal de Erie Principia el túnel de Brunel bajo el Tímesis	Crisis comercial		1825
1826	COMIENZA LA ERA DE LOS FERROCARRILES Ferrocarril de Stockton y Dar- lington Telford termina el puente Ma- nai Krupp comienza a producir armas Se formula la Ley de Ohm			1826
1827				1827
1828	SE DESARROLLA LA IN- DUSTRIA DEL HIERRO Máquina segadora, de Bell Tiro de aire caliente de Neilson Máquina hiladora de anillo, de Dunforth			1828
1829			Ley de emancipación ca- tólica	1829
1830	FRANCISCO MORAZÁN ES NOMBRADO PRESIDENTE DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DE CENTRO- AMÉRICA Pruebas de Rainhill: el <i>Rocket</i> , de Stephenson Máquina de coser de Thimontier	Rebelión de los tra- bajadores agrico- las de Inglaterra	Revoluciones francesa y belga Insurrección polaca	<i>Filosofía positiva</i> , de Comte (vol. I) 1830
1831		Primera epidemia de cólera en In- glaterra Se funda la <i>British Association</i>	Partido de la Joven Italia	1831
1832			Ley inglesa de Reforma	1832
1833	Teléfono eléctrico de Weber y Gauss Whitworth comienza a trabajar en la estandarización	Gran Unión Nacio- nal de Sindicatos Primer subsidio ofi- cial para la edu- cación (Gran Bre- taña)		1833
1834	Máquina segadora de McCor- mick Jaula de Hatt para bajar a las minas	Primera Ley de Be- neficencia ingre- sa El Zollverein ale- mán		1834
1835	Motor eléctrico de Jacobi Se instituye el servicio geológico	Ley de Caminos in- glesa		1835

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1836	Propulsor de hélice de Ericsson	Se reducen los aranceles ingleses al papel de periódico Primer auge ferroviario			1836
1837	TELEGRAFÍA Telégrafo eléctrico de Cooke y Wheatstone Se abre el ferrocarril de Londres a Manchester				1837
1838	El <i>Sirius</i> y el <i>Great Western</i> cruzan el Atlántico impulsados a vapor	<i>Royal Agricultural Society</i>		<i>La Carta del Pueblo</i>	1838
1839	Martinete de Nasmyth Procedimiento fotográfico de Daguerre	Liga contra las Leyes de Granos	Primera petición cartista Guerra china del opio	<i>Organisation du travail</i> , de Loula Blanc	1839
1840	LÍNEAS TRANSATLÁNTICAS Establecimiento de Rothamsted c. Se implanta la electrotipia	Correo a penique, en Inglaterra Línea Cunard			1840
1841	Procedimiento fotográfico de Fox Talbot Roscas de tornillo estándar de Whitworth Método para ablandar el agua, de Clark		Hong Kong pasa a poder de Gran Bretaña		1841
1842	Patente de superfosfato, de Lawes	Peel reduce los aranceles británicos Se reinstaura el impuesto sobre la renta	Francia conquista Argelia (-1847) Segunda petición cartista	<i>Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population</i> , de Chadwick	1842
1843					1843
1844	Telégrafo de Morse	Se inicia el período de unión ferroviaria Ley reglamentaria de bancos ingleses Pioneros de Richdale			1844

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1845	Schonbein obtiene el celuloide	Plan territorial car- visita	Anexión de Texas por Es- tados Unidos	1845
1846	Grúa hidráulica de Armstrong Prensa rotativa de Hoe	Derogación de las Leyes de Granos inglesas	Se fijan los límites de Oregón	1846
1847		Ley de la jornada de diez horas		1847
1848		Segunda epidemia de cólera	Año de revoluciones en Europa	1848
		Descubrimiento de oro en California	Tercera petición cartista	<i>Principles of Political Economy, de Mill</i> <i>Manifiesto Comunista, de Marx</i>
1849	Se funda la Agencia Reuter	Derogación de las Leyes de Navega- ción inglesas	Gran Bretaña se anexa Punjab	1849
1850	SE GENERALIZA EL USO DE ENBARCACIONES DE HIERRO	Se termina el puente Menai de Stephenson		1850
1851	Máquina de coser de Singer Telegrafía submarina (Dover-Ca- lais)	Gran Exposición Se descubre oro en Australia	<i>Coup d'Etat de Napoleón</i>	1851
1852	c. Comienza la ventilación mecá- nica en las minas Dirigible de Giffard con motor de vapor	Ley de Sociedades Industriales y de Previsión en In- glaterra		1852
1853	Puente Saltash, de Brunel		Perry abre los puertos ja- poneses al comercio	1853
1854			Guerra de Crimea (-1856)	1854
1855		Se abrogan los aranceles sobre papel de periódico	Segunda Guerra del Opio	1855
		Ley inglesa de Res- ponsabilidad Li- mitada		
1856	DESARROLLO DE LA IN- DUSTRIA DEL ACERO	Convertidor Bessemer		1856
1857	Primer intento de tender el ca- ble en el Atlántico Dinamo de Mollet para faros		El motín de la India	1857

		<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1858		Anilinas de Perkin				1858
1859	COMIENZA EL AUGE DEL PETRÓLEO	Aleación del acero de Mushet Botadura del <i>Great Eastern</i> Se excava el primer pozo petro- lero en E.E. UU			<i>El origen de las es- pecies</i> , de Darwin <i>Letters on Agriculture</i> , de Liebig	1859
1860		Anillo de Pacinotti	Presupuesto de La- bre Comercio de Gladstone Traa- do de Cobden			1860
1861		Experimentos con coloides de Graham Instituto Tecnológico de Massa- chusetta	Principia el hambre en Lancashire	Rusia proscribte la servi- dumbre Guerra civil norteamerica- na (1-1865)		1861
1862		Primeros plásticos de Parkes	<i>Homesend Act</i> (ley de dotación de tierras nortame- ricana) Ley de Sociedades inglesas	Francia se anexa Cochín- china		1862
1863		Cosechadora mecánica de Ridley y Jones	Sociedad Cooperati- va al por mayor inglesa	Se proclama la emancipa- ción de esclavos en E.E U.U.		1863
1864		Ecuaciones de Clark Maxwell		Asociación Internacional de Trabajadores		1864
1865		Lister inicia la cirugía aséptica Teletipo de Hughes Procedimiento de Solvay para la obtención de sodio	Unión Monetaria Latina	Movimiento feniano irlan- dés		1865
1866	CRECIMIENTO DE LA IN- DUSTRIA ALEMANA	Horno de hogar abierto de Sie- mens El <i>Great Eastern</i> tiende el cable submarino Mendel publica sus investigacio- nes	Crisis de Overend y Gurney	Guerra austro-prusiana		1866
1867		Martin usa chatarra en el horno de hogar abierto de Siemens Se implanta el acero al ferro- manganeso		Segunda Ley de Reforma inglesa Compra de Alaska Dominio del Canadá	<i>El Capital</i> , de Marx	1867

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1868	Rotativa de Walter			<i>Greater Britain</i> , de Dilke	1868
1869	Inauguración del Canal de Suez Inauguración del ferrocarril <i>Central Pacific</i> Se inventa la colotipia	Congreso de los sindicatos ingleses			1869
1870	CRECEN LAS EXPORTACIONES DE TRIGO NORTEAMERICANO Investigaciones de Pasteur sobre el gusano de seda Generador eléctrico de Gamme	Ley de Instrucción pública inglesa Se reforma el Servicio Civil oficial inglés	Guerra franco-prusiana Unificación de Italia		1870
1871	Se inaugura el túnel del Montenis Taladro neumático de Ingersoll	Ley de Sindicatos inglesa	La Comuna de París El feudalismo es abolido en Japón Se establece el Imperio alemán		1871
1872	Fotografado de dibujo a línea Telégrafo duplex de Edison				1872
1873	SE EXPANDE LA INDUSTRIA QUÍMICA Primera máquina de escribir eficaz Mond establece la fábrica de productos químicos de Winnington	Alemania adopta el patrón oro			1873
1874	Principia el comercio de carne refrigerada				1874
1875	PRINCIPIA LA "GRAN DEPRESIÓN"	Primera "Conferencia" Naval Unión Postal Universal	Unificación del Partido Socialista Alemán		1875
1876	Teléfono de Bell Fonógrafo de Edison		Atrocidades en Bulgaria La Reina Victoria es proclamada Emperatriz de la India Asociación Internacional del Congo, de Leopoldo.		1876
1877	Motor de gas de Otto				1877
1878	Luz de arco voltaico de Brush Micrófono de Hughes Kelvin mejora el compás náutico	Se fundan las compañías telefónicas	Tratado de Berlín Leyes anti-socialistas de Bismarck		1878

		<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económica</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1879		Procedimiento básico del acero de Gilchrist-Thomas Se construyen los primeros barcos mercantes de acero	Alemania nacionaliza los ferrocarriles Crisis agrícola en Inglaterra	Liga Agraria irlandesa	<i>Progress and Poverty</i> , de George	1879
1880	SE EXPANDEN LAS INDUSTRIAS ELÉCTRICAS	Lámparas eléctricas de Swan y Edison		Aumenta la inmigración a E.E. U.U.		1880
1881		La Exposición de París se alumina eléctricamente Generadores de Brush y Edison Pasteur demuestra la vacunación Comienza la construcción de la presa Vyrnwy	Francia inicia los subsidios a la navegación	Francia ocupa Túnez Compañía inglesa <i>North Borneo</i> <i>Compañía Royal Niger</i>		1881
1882	PRINCIPIA LA PARTICIÓN DE AFRICA	Submarino de Goubet	Se funda la Cia. <i>Standard Oil</i>	La Triple Alianza		1882
1883		Método de medio tono de Meissnerbach Motor de corriente alterna de Tesla	Leyes del Seguro Social de Bismarck			1883
1884	SE AUMENTA LA PRODUCCIÓN DE ORO	Ametralladora de Maxim Turbina de vapor de Parsons	Se descubre el yacimiento de oro de Witwatersrand	Alemania adquiere África Suroccidental Tercera Ley de Reforma inglesa Inglaterra conquista Nigeria (-1886)		1884
1885		Linotipo de Mergenthaler Se termina el ferrocarril <i>Canadian Pacific</i>	Alemania y Estados Unidos adoptan la política de subsidios a la navegación	Gordon muere en Jartum		1885
1886		Motor a petróleo, de Daimler	Fiebre del oro en Transvaal	Gladstone propone la autonomía de Irlanda		1886
1887		Gramófono de Berliner Procedimiento de cianuración, para la extracción del oro		Primera Conferencia de las Colonias Inglesas		1887
1888		Planta de energía eléctrica de Ferranti en Deptford Trabajos de Hertz sobre telegrafía		Cia. inglesa <i>East Africa</i>		1888

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>	
1889	Instituto Pasteur			<i>Fabian Essays</i>	1889
1890	Patente cinematográfica de Friese-Greene	Huelga de estibadores en Londres	Cia. inglesa <i>South Africa</i>		
	Primera planta de energía eléctrica movida por turbinas c. Monotipo de Langston	Cia. <i>Royal Dutch Oil</i>	República de Brasil	<i>Principles of Economics</i> , de Marshall	1890
1891	Comienzan los tranvías eléctricos		Arancri Mc Kinley (E.E. U.U.)		
	Subterráneo de la City y South London		Ley Sherman antimonopolística (E.E. U.U.)		1891
	Principia la construcción del ferrocarril Transiberiano		Alianza franco-rusa		
1892					1892
1893		Sindicato del Carbón de Renania y Westfalia	Se funda el I. L. P. inglés		1893
1894	Primeros experimentos de Marconi sobre el radio		Guerra chino-japonesa		1894
	Se termina el canal para buques de Manchester		Caso Dreyfus		
1895	Comienza la proyección de películas	<i>Confédération Générale du Travail</i>	Matanzas en Armenia (-1896)		1895
	Comienzan los ferrocarriles eléctricos		Japón adquiere Formosa		
	Apertura del Canal de Kiel		Francia su anexa Madagascar		
1896	Roentgen descubre los rayos X	Fiebre de oro en Klondyke	Expedición Jameson		1896
1897	El <i>Daily Mail</i> de Northcliffe	Arancri Dingley (E. E. U.U.)			1897
1898	Alberin Santos Dumont vuela en su dirigible	Corren imperial de penique	Canadá inicia las preferencias imperiales		1898
			Alemania ocupa Kiaochow		
			Incidente Fashoda		
			Guerra hispano-norteamericana		
1899	Mme. Curie descubre el radio	Principia la construcción de ferrocarriles en las colonias inglesas	Rusia arrienda Puerto Arturo		1899
	Escuela de Medicina Tropical de Londres		Guerra de los boers (-1901)		
			E.E. U.U. anuncia la política de puerta abierta en China		

		<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1900		Primer dirigible de Zeppelin	La <i>Colonial Stock Act</i> inglesa	Rebelión de los boxers en China Se funda el Partido Laborista Inglés Oficina Internacional Socialista	1900
1901	PRINCIPIA LA ERA DEL VAJIO	Marconi radia a través del Atlántico	<i>U. S. Steel Corporation</i>	El Commonwealth de Australia	1901
1902		Laboratorio Nacional de Física	Alemania eleva sus aranceles	Alianza anglo-japonesa	1902
1903	PRINCIPIA LA ERA DEL AUTOMÓVIL	Se funda la Cía. <i>Ford</i> de automóviles El aeroplano de los hnos. Wright Primeros barcos movidos por diesel	Campaña de Chamberlain para reformar los aranceles	África del Sur y Nueva Zelandia adoptan la política de preferencias imperiales República de Panamá Aumenta la inmigración a Argentina	1903
1904		Válvula de Fleming (inalámbrico)		<i>Entente Cordiale</i>	1904
1905	PRINCIPIA LA ERA DEL CINE	Teoría especial de la relatividad de Einstein Se abren al público los primeros cines		Guerra ruso-japonesa Primera Revolución Rusa	1905
1906		Procedimiento Rubel de <i>offset</i> De Forest mejora la válvula de Fleming	Ley inglesa de Litigios Comerciales	Victoria liberal en Inglaterra	1906
1907		Trabajos de Bakelund sobre plásticos	Unión de las Cías. <i>Royal Dutch-Shell Oil</i>	Nueva Zelandia convertida en dominio	1907
1908			Crisis financiera en E.E. U.U. Ley inglesa de Pensiones a los Ancianos	Australia adopta la política de preferencias imperiales Revolución de los Jóvenes Turcos	1908
1909	PRINCIPIA LA ERA DEL AVIÓN	Ford construye los primeros tractores Blériot vuela sobre el Canal de la Mancha	Cía. <i>Anglo-Persian Oil</i> Presupuesto de Lloyd George	Ola de inmigración a E.E. U.U.	1909

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1910	Se construye el primer buque- tanque de motor c. Generador de arco de Poilsen para telegrafía inalámbrica		Unión Sudafricana Japón se anexa Corea	1910
1911		Inquietud obrera en Gran Bretaña (-1914)	Crisis de Agadir Italia se anexa parte del N. de Africa	1911
1912			República China Primera Guerra de los Balkenes Protectorado francés en Marruecos	1912
1913				1913
1914	PRIMERA GUERRA MUN- DIAL Apertura del Canal de Panamá	Sistema bancario de la Reserva Federa- l (E.E. U.U.) Ley Clayton contra monopolios (E.E. U.U.)	Primera Guerra Mundial (-1918)	1914
1915	Se construyen los primeros tan- ques	Se inicia el movi- miento de los de- legados de gremios en Inglaterra	Las "21 demandas" de Ja- pón a China	1915
1916	Teoría General de la Relatividad, de Einstein Se produce en Alemania hule sintético	Departamento de Investigación Científica e In- dustrial (Inglaterra)	Rebelión irlandesa	1916
1917	REVOLUCIÓN RUSA; SURGE EL COMUNISMO		Revolución Rusa E.E. U.U. entra a la gue- rra India establece impuestos a la importación de al- godón Declaración de Balfour acerca del territorio pu- rrio judío Tratado de Brest-Litovsk Revolución alemana	<i>El Estado y la Re- volución, de Lu- nin</i> 1917

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1918				1918
1919	Alcock y Brown cruzan el Atlántico	Comisión inglesa del Carbón Conferencia de Washington (I.L.O.)	Tratado de Versalles: Sociedad de Naciones Tercera Internacional Matanza de Amritsar	1919
1920	PRIMEROS PROGRESOS EN LA INVESTIGACIÓN DEL ÁTOMO <i>British Medical Research Council</i> Rutherford divide el átomo	Plan de electrificación de Rusia	Guerra ruso-polaca La Prohibición en E.E. U.U. Guerra civil irlandesa	1920
1921	PRINCIPIA LA ERA DEL RADIO Principia la radiodifusión en E.E. U.U.	Principia la depresión de post-guerra Nueva Política Económica en Rusia	Tratado irlandés	1921
1922	Principia la radiodifusión en Inglaterra		Golpe fascista en Italia Se reanudan las conquistas italianas en África	1922
1923			Francia ocupa el Ruhr Dictadura en España	1923
1924	Primeros experimentos con radar (Appleton)	Plan Dawes de Reparaciones	Kemal, Presidente de Turquía Ley de Inmigración Norteamericana	1924
1925	Principia la radiodifusión de onda corta inalámbrica	Gran Bretaña vuelve al patrón oro	Pacto de Locarno	1925
1926	Baird hace demostraciones de televisión	Cártel del acero en Europa Huelga general en Inglaterra	Victoria del Kuomintang en China	1926
1927	Primeras películas habladas Autogiro de La Cierva Principia la aplicación de la rejilla eléctrica en Inglaterra		El Kuomintang expulsa a los comunistas	1927
1928	Fleming descubre la penicilina	Primer Plan Quinquenal ruso		1928
1929		Principia la Depresión en E.E. U.U. Principia la colec-	El Partido del Congreso exige la independencia de la India	1929

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1930		tivización de la agricultura rusa Arancel Hawley-Smoot (E.E. U. U.)	Conferencias de Mesa redonda en la India (-1933)	1930
1931	CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL	Plan Young de reparaciones	Conferencia Naval en Londres	1931
1932		Gran Bretaña abandona el patrón oro	Japón invade Manchuria	1932
		Conferencia sobre aranceles en Ottawa	Conferencia de Desarme	
1933	REVOLUCIÓN NAZI	Suicidio de Ivar Kreuger "New Deal" de Roosevelt	Revolución nazi en Alemania	1933
1934		Conferencia Económica Mundial	Supresión del socialismo austríaco	1934
		En Nicaragua es asesinado el patriota César Augusto Sandino	Kirov es asesinado La crisis de Abisinia	1935
1935		Se aplica el radar a la localización de aparatos aéreos		
		Comienza a usarse el motor de turbina de gas		
		Se termina el oleoducto de Iraq		
		Comienzan a usarse las sulfamidias		
1936		Principian las difusiones de televisión	Los nazis recupan la zona del Rin	<i>Teoría General de la Ocupación, de Keynes</i> 1936
1937			Guerra civil en España El <i>Front Populaire</i> en Francia	1937
1938			Japón invade China	1938
		México expropia el petróleo	Los nazis ocupan Austria	
1939	SEGUNDA GUERRA MUNDIAL		Crisis de Munich	1939
1940			Segunda Guerra Mundial (-1945)	1940
			Cae Francia	

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1941	Motor de retropropulsión, de Whittle		Los nazis invaden Rusia E.E. U.U. entra en la guerra Carta del Atlántico	1941
1942				1942
1943			Italia se transforma en República Irlanda se convierte en República En Guatemala es derrocado el dictador Jorge Ubico En El Salvador es derrocado el dictador H. Hernández Martínez	1943
1944	Proyectiles dirigidos alemanes	Conferencia de Bretton Woods	Día "D" Conferencia de Dumbarton Oaks	1944
1945	PRIMERAS BOMBAS ATÓMICAS		Termina la Guerra Mundial El Gobierno Laborista en el poder (Inglaterra) Carta de las Naciones Unidas	1945
1946		Préstamo de E.E. U.U. a Inglaterra	Las Filipinas se constituyen en República	1946
1947	PRINCIPIA LA "GUERRA FRÍA"	Se anuncia el "Plan Marshall" Conferencia económica de Ginebra	India y Pakistán convertidos en dominios Se establece el Cominform	1947
1948	Se construye el sincro-ciclotrón		Golpe comunista en Checoslovaquia Se establece el Estado de Israel Principia la "guerra fría" En Venezuela es elegido presidente Rómulo Gallegos Birmania se transforma en República	1948

	<i>Inventos, descubrimientos y obras principales</i>	<i>Política y organización económicas</i>	<i>Acontecimientos políticos</i>	<i>Otros acontecimientos</i>
1949			Se proclama la República democrática de Vietnam Yugoslavia rompe con el Cominform	1949
1950	COREA DEL NORTE INVADE A COREA DEL SUR	Estados Unidos autoriza la producción de la bomba de hidrógeno	Programa de Desarrollo del "Punto Cuarto" de Truman Se formula el Plan Schuman	1950
1951			Principia la guerra de Corea Conferencia de Colombo sobre Asia Sudoriental Crisis en Persia por el petróleo Egipto denuncia el Tratado con Inglaterra En el Uruguay, mediante plebiscito, se reforma la Constitución y es sustituida la forma presidencial de gobierno por un Consejo Nacional de nueve miembros	1951
1952			Bolivia nacionaliza el estaño Por plebiscito, se ratifica la Constitución que establece que Puerto Rico es Estado libre y asociado	1952
1953				1953
1954			Francia reconoce la Independencia del territorio norte de Indochina	1954
1955			Cae en Argentina el dictador Juan Domingo Perón	1955
1956			El Suro es devuelto a Alemania	1956

VIDEOS

Catálogo de Videos para el curso de Doctrinas Políticas y Sociales III

TÍTULO	TEMA	Número	Formato	Tiempo
ACORAZADO POTIOMKIN, EL (Película)	Cinematografía	0024	BETA	75 min
ALEMANIA Y EL MAPA DE EUROPA	Alemania	602	VHS	
ALTA TECNOLOGÍA EN JAPÓN	Desarrollo Tecnológico-Japón	1421	VHS	
CHINA	China	1629	VHS	
CHINA BAJO EL COMUNISMO	China	651	VHS	
CHINA: EL OTRO CONTINENTE	China	592	VHS	
COMENTARIOS(500 motivos)IMÁGENES DE ALEM.	Alemania-Imágenes de la Cd.	1667	VHS	
COOPERATIVAS DE YUGOESLAVIA E ISRAEL	Yugoeslavia, Cooperativas	1294	VHS	
COOPERAT. DE: YUGOESLAVIA (PKB) E ISRAEL		1260	VHS	
DESPUÉS DE LA URSS: LA RUSIA ETERNA?	Rusia	590	VHS	
CONSEJO DE SEG.DE NAC. UNIDAS EN LA ACT.	ONU	1579	VHS	
EL SOCIALISMO Y NVOS.MUNDOS (Primera Pte.)	Socialismo	588	VHS	
EL SOCIALISMO Y NVOS.MUNDOS (Segunda Pte.)	Socialismo	589	VHS	
EL SOCIALISMO Y SU INVIERNO	Socialismo	587	VHS	
ENSAYO ACERCA DE LA GUERRA	Guerra	697	VHS	
ENS.D' GUERRA 1ª G.MUND.HITLER ANATOMÍA DE DICTAD.. 2ª G. MUND. VICTORIA D' ALIADOS	Segunda Guerra Mundial	749	VHS	
ENSAYO DE GUERRA	Primera Guerra Mundial	1399	VHS	
ENTREVISTA A FIDEL CASTRO	Castro Rus, Fidel	752	VHS	
EUROPA Y EL TERCER MUNDO	Política Intern. S. XX	1439	VSH	
EUROPA Y LA GUERA FRIA	Política Intern. S. XX	1456	VHS	
EUROPA: DIFICULT. Y PROMESAS DE LA UNIDAD	Comunidad Económ. Europea	1538	VHS	
FASCISMO ORDINARIO	Alemania-Fascismo	238	VHS	
FIN DEL COMUN.? LA CRISIS DE EUROP ESTE. II.	Comunismo	586	VHS	
FIN DEL COMUNISMO?:CHINA	Comunismo-China	591	VHS	
GOLFO PÉRSICO (I), EL	Conflicto del Golfo Pérsico	593	VHS	
GOLFO PÉRSICO (II), EL	Conflicto del Golfo Pérsico	594	VHS	
GOLFO PÉRSICO (III), EL	Conflicto del Golfo Pérsico	595	VHS	
GOLFO PÉRSICO (IV), EL	Conflicto del Golfo Pérsico	596	VHS	
GOLFO PÉRSICO (V), EL	Conflicto del Golfo Pérsico	597	VHS	
HITLER ANATOMÍA DE UN DICTADOR	Hitler Bibliografía	1399	VHS	
HITLER ANATOMÍA DE UN DICTADOR	Hitler, Adolf	0050	BETA	23 min.

TÍTULO	TEMA	Número	Formato	Tiempo
HITLER ANATOMÍA DE UNA DICTADURA	Hitler, Adolf	265	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 1	Europa 1901-1938	1604	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 2	Europa 1939-1949	1605	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 3	Europa 1950-1961	1606	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 4	Europa 1962-1979	1607	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 5	Europa 1980-1989	1607	VHS	
IMÁGENES DEL SIGLO VEINTE: VOL 6	Europa 1989-1992	1608	VHS	
IMÁGENES MEDIEVALES	Edad Media	239	VHS	
JERUSALEM:DENTRO DE SUS MUROS	Jerusalem-Historia	236	VHS	
JERUSALEM:DENTRO DE SUS MUROS	Jerusalem-Historia	280	VHS	
JERUSALEM: DETRÁS DE SUS MUROS	Jerusalem	151	VHS	
KIBBUTZ, THE (ESPAÑOL)	Comunidades Judias	0041	BETA	25 min.
LA ALEMANIA DE HITLER 1937-1941	2ª Guerra Mundial	1487	VHS	
LA ALEMANIA DE HITLER 1941-1945	2ª Guerra Mundial	1487	VHS	
LA GUERRA FRÍA	Política internacional S. XX	1439	VHS	
LA GUERRA FRÍA	Política Internacional S. XX	1456	VHS	
LA LISTA DE SCHINDLER	Racismo	1329	VHS	
LA NUEVA ECONOMÍA	Economía	555	VHS	
LA ONU Y EL CAMBIO DE MUNDO(1ª PTE)	O.N.U.	581	VHS	
LA ONU Y EL CAMBIO DE MUNDO(2 PTE)	O.N.U.	582	VHS	
LA ONU Y LOS NUEVOS MUNDOS (I)	O.N.U.	583	VHS	
LA ONU Y LOS NUEVOS MUNDOS (II)	O.N.U.	584	VHS	
LA OTRA CUENCA: JAPÓN, ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA		566	VHS	
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA SUBIDA DEL FASCISMO	Guerra Mundial- Aspectos Históricos	1438	VHS	
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA SUBIDA DEL FASCISMO	Guerra Mundial- Aspectos Históricos	1455	VHS	
LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA	Desarrollo Tecnológico S.XX	1440	VHS	
LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA	Desarrollo Tecnológico S.XX	1456	VHS	
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	Guerra M.-Asp.Hist.	1438	VHS	
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	Guerra M.-Asp.Hist.	1455	VHS	
LA VICTORIA DE LOS ALIADOS	2ª Guerra Mundial	1399	VHS	
LAS NACIONES UNIDAS EN TRANSICIÓN	O.N.U.	1582	VHS	
LOS 5 NUEVOS ESTADOS ALEMANES	Alemania-Unifi.Estatal	1667	VHS	
LOS GDES.DÍAS DEL SIGLO: TRAGEDIA 2/SEP/1939	2ª Guerra Mundial	1487	VHS	
MAHATMA GANDHI	Gandhi, Mahatma	0014	BETA	18 min.
MUSSOLINI	Mussolini,Benito-Fascismo	1698	VHS	
PICASSO	Picasso	1702	VHS	46 min.

T I T U L O	T E M A	Número	Formato	Tiempo
PICASSO Y EL CUBISMO	Picasso-Cubismo	1702	VHS	20 min.
PRIMERA GUERRA MUNDIAL, LA	Primera Guerra Mundial	1399	VHS	
PRIMERA GUERRA MUNDIAL, LA	Primera Guerra Mundial	623	VHS	
RETO SOVIÉTICO	Rev.Industrial Rusa	663	VHS	
CHINA BAJO EL COM				
RUSIA:¿DONDE SE LOCALIZAN LOS RECURSOS	Rusia,Recuros Nat.	1661	VHS	
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	2ª Guerra Mundial	1399	VHS	
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	2ª Guerra Mundial	698	VHS	
2ªGUERRA MUND. BIRMANIA 1942-1944	2ª Guerra Mundial	1681	VHS	
2ªGUERRA MUND. NORMANDIA GRAN CRUZADA	2ªGuer.MunD.1942-44	1681	VHS	
2ªGUERRA MUND.VICTORIA DE LOS ALIADOS	2ª Guerra Mundial	699	VHS	
UNIÓN SOVIÉT.:ESTRELLA ROJA 1941-43	2ª Guerra Mundial	1487	VHS	

APOYOS LITERARIOS

ALBERTO MORAVIA

La Romana

GÜNTER GRASS

EL tambor de hojalata

Los plebeyos ensayan la revolución

ALDOUS HUXLEY

Un mundo feliz

GRAHAM GREENE

Los comediantes

El poder y la gloria

GEORGE ORWELL

Bajos fondos

Exteriores de París y de Londres

Homenaje a Cataluña

El león y el unicornio

Granja de animales

1984

Llegó por el aire

ERNEST HEMINGWAY

Adiós a las armas

Por quién doblan las campanas

MIGUEL DELIBES

Mi idolatrado hijo Sisi

CAMILO JOSÉ CELA

La colmena

BORIS PASTERNAK

El doctor Zhivago

MARIO VARGAS LLOSA

Conversación en la catedral

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- BAUER, Otto.
"El fascismo y capitalismo", México, Martínez Roca, pp. 150-175.
- BOBBIO, Norberto.
"El futuro de la democracia", en *El futuro de la Democracia*, México, 1992, fce, pp. 13-31.
- BOCK, Hans-Manfred.
El fascismo, pp. 125-143.
- CARDOSO, Fernando H.
"La democracia en las sociedades contemporáneas", en *El Estado periférico latinoamericano*, de Juan Carlos Rubinstein (Comp), Colombia, Eudeba-Tercer Mundo, 1991, pp. 161-169.
- COLE, G. D. H.
"La Unión Soviética desde principios del primer Plan Quinquenal", en *Historia del pensamiento socialista (Socialismo y Fascismo 1931-1939)* México, fce, 1965, pp. 216-245.
- DABAT, Alejandro.
"El derrumbe del socialismo de Estado y las perspectivas del socialismo marxista", en *El socialismo en el umbral del siglo xxi*, de Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y UAM XOCH., México, 1991, pp. 88-116.
- GALBRAITH, John K.
"Causa y efecto", en *La crisis del 29*, Buenos Aires, Ariel, 1976, pp. 231 - 262.
- GONZÁLEZ, Casanova P. y E. Florescano(coords.)
"La economía internacional", en *México Hoy*, México, Siglo xxi, 1987, pp. 21-35.
- GONZÁLEZ, G. Marco A.
"Del Estado Benefactor al Estado Neoliberal", en *Ciencia ergo sum. vol. I*, UAEM, 1994, pp. 26-32.
- JACHATÚROV, Karén.
"La perestroika en el marco de la opción socialista", en *El socialismo en el umbral del siglo xxi*, de Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y XOCH., México, 1991, pp. 205-215.
- KENNEDY, Paul.
"Prólogo: Viejos desafíos y nuevos desafíos", "El futuro del Estado-nación", "Hacia el siglo xxi", en *Hacia el siglo xxi*, caps. I y XIV. Barcelona, Plaza y Janés, 1995.
- MAYER, J. P.
"De la República de Weimar a la gran Alemania de Hitler"; en *Trayectoria del pensamiento político*, México, fce, 1985, pp. 994-231.
- PICÓ, Josep.
"Teorías sobre el Estado del bienestar", "El Estado del bienestar y las clases sociales", en *Teorías sobre el Estado del bienestar*, México, Siglo xxi, 1990, pp. 1-17 y 29-37.
- SABINE, George.
"El significado actual del liberalismo", en *Historia de la teoría política*, México, fce, 1988, pp. 53-54
- SEMO, Enrique.
"Umbral de una época", en *El socialismo en el umbral del siglo xxi*, de Arturo Anguiano (coord.), UAM AZC. y UAM XOCH., México, 1991, pp. 117-135.
- STOESSINGER, John G.
"El conflicto militar por el poder", "La lucha económica por el poder", en *El poderío de las naciones*, México, Gernika, 1986, pp. 185-274.
- THERBORN, Góran.
"Los retos del Estado de bienestar: la contrarrevolución que fracasa, las causas del malestar y la economía política de las presiones de cambio"; en *Crisis y futuro del Estado de bienestar*, de Rafael Muñoz de Bustillo (Comp.) Madrid, Alianza, 1984, pp. 81-99.
- THUROW, Lester.
"Los problemas que se agravan. ¿Quién dominará el siglo xxi?", en *La guerra del siglo xxi*, caps. 7 y 8, Buenos Aires, Vergara, 1992.
- VOLIN.
La revolución desconocida, capítulos I-VIII, Editores Mexicanos Unidos/ Ediciones Minerva, 1984.
- VALENZUELA Feijó, Jose.
"Liberalismo económico, apariencias y realidades. Sobre el Estado y su papel económico subsidiario. La liberalización y su impacto en los agentes del crecimiento y el tipo de especialización internacional"; en *Crisis del modelo neoliberal. El FMI y el cambio estructural*, México, UNAM, 1991, pp. 15-44.
- VILLARREAL, René.
La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo, México, Océano, 1984, pp. 29-47 y 45-487.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Se recomienda el texto de Hans Kelsen *Esencia y valor de la democracia* (Barcelona, Labor, 1934) porque el autor es uno de los estudiosos del Derecho más connotados del siglo xx. Como teórico político fue de los primeros que dirigió su crítica a los principales pensadores de la teoría política: Marx, Engels, Lenin, Max Adler, Otto Bauer, etc., y a los teóricos del Derecho soviético: Stucka, Pashukanis y otros. Sus numerosas obras no se constriñen al campo del Derecho, sino que abarcan también la teoría política; las primeras giran en torno a la elaboración de la teoría pura del Derecho desligada de toda contaminación política, religiosa o ideológica.

En su libro *Esencia y valor de la democracia* (1920), podemos leer parte de la contribución de Kelsen a la elaboración teórica de la democracia liberal, construida en la primacía de la libertad sobre la igualdad. En el capítulo I, sobre la libertad, encontramos los planteamientos filosóficos kantianos a partir de los cuales el autor hace una clara distinción entre el mundo humano-social y el reino natural y, por lo tanto, entre ciencia de la sociedad y ciencias naturales. Analiza la transformación del concepto de libertad que él concibe en tres estadios o etapas.

En el capítulo II, Kelsen distingue dos conceptos de pueblo: el primero es un concepto psicológico que abarca a todos los seres sin contar diferencias nacionales, religiosas o económicas, y representa más bien una aglomeración de grupos que una masa compacta de naturaleza homogénea. En un segundo sentido, la unidad del pueblo es sólo una realidad jurídica, "un sistema de actos individuales regidos por la ordenación jurídica del Estado" (p. 31). Esto es importante porque lleva a afirmar a Kelsen que el

pueblo en sentido estricto es sólo el titular de derechos políticos, señalando que entre los que tienen derechos políticos y los que en realidad ejercen sus derechos políticos hay una gran diferencia.

Al respecto plantea Kelsen que la democracia moderna descansa sobre los partidos políticos, cuya significación crece con el fortalecimiento progresivo del principio democrático.

Paul Mattick en su libro *Los límites de la economía mixta* (Era, México, 1975) analiza el planteamiento teórico manejado por Keynes para hacer frente a la crisis de 1929, señalando que la participación del Estado para regular la economía era indispensable a fin de evitar las crisis.

Así, esta participación se haría presente en el control del sistema monetario ya que éste permitiría vigilar más de cerca la tasa de interés, es decir que Keynes consideraba que todos los problemas económicos podían ser resueltos a través de medios monetarios.

Mattick rescata los planteamientos básicos de controversia que Keynes tiene con algunos teóricos tradicionales respecto al control del sistema monetario, donde consideraba que éste se había convertido básicamente en un control del crédito a través de la tasa de interés, donde la excesiva inflación o deflación se le podía atribuir a la diferencia entre el ahorro y la inversión. Otros elementos no tomados en cuenta en la teoría tradicional eran: el desempleo, el salario, el consumo, la demanda efectiva y la liquidez. Afirma el autor que "la crisis ocurre... porque de repente surgen dudas en relación a la confianza que puede tenerse en el rendimiento probable y una vez que aparece, la duda se extiende rápidamente"

(Mattick, 1981: 26.). Por lo que Keynes llega a la conclusión de que la participación del Estado es indispensable para crear las condiciones necesarias para el funcionamiento equilibrado del 'capital'.

El texto de Manuel García-Pelayo, *El Estado social y sus implicaciones* (Madrid, Alianza Universidad, 1989), describe las repercusiones de los grandes cambios de tipo económico, social e internacional sobre los sistemas políticos que se han producido desde finales del siglo XIX y sobre todo con la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial. El Estado social significa históricamente el intento de adaptación del Estado liberal burgués a la sociedad industrial avanzada, la que presenta nuevos problemas complejos, pero también muchas posibilidades técnicas y organizativas para afrontarlos. De esta forma podemos observar un cambio del capitalismo salvaje del siglo XIX, cuando éste llega a su apogeo, hasta un capitalismo organizado que va otorgando derechos, beneficios, y prestaciones a los trabajadores, tanto por las presiones del movimiento obrero como por concesiones de las clases dominantes y del Estado. Así, la antigua contraposición entre un Estado y una sociedad civil completamente autónomos es sustituida por un doble proceso de interpenetración: la estatización de la sociedad y la socialización del Estado.

La dirección permanente y programada del sistema económico global, el papel de empresario y de cliente asumido por el sector público, el crecimiento de los servicios sociales (seguro de desempleo, educación, jubilación) y la redistribución fiscal de la renta, son algunos de los instrumentos mediante los cuales el Estado benefactor o Estado social, se responsabiliza de lo que el autor llama *la procura existencial de los ciudadanos*. Igualmente García-Pelayo estudia la relación del Estado social con la democracia, el Estado de derecho y el mercado.

José Insulza, en el artículo "El contexto global de la crisis" incluido en *México ante la crisis* (Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín, coordinadores), nos habla de la crisis mundial de 1985 y su impacto en los países latinoamericanos; es decir, que América Latina se enfrenta en este periodo a "una aguda crisis económica caracterizada por la parálisis de los ritmos de crecimiento en la mayoría de los países de la región, por un alza desmesurada en los niveles de endeudamiento externo, por el recrudecimiento de los procesos inflacionarios y por altos niveles de desempleo: el colapso político de regímenes autoritarios establecidos en la década pasada como complementos indispensables de modelos económicos concentradores y abiertos, un conflicto bélico entre 'aliados occidentales' que puso en descubierto las reales orientaciones del sistema interamericano; la agudización y regionalización del conflicto centroamericano, que amenazaba con convertirse en guerra abierta contra países de la región, con participación activa de Estados Unidos...", que aunado a la creciente competencia entre las potencias por ganar mercados y adquirir materias primas, así como por buscar nuevos espacios para vender sus tecnologías, hacen del continente una muestra clara de la crisis de hegemonía que estaba mostrando Estados Unidos, quien durante las décadas anteriores había podido mantener su dominio de manera prácticamente indisputada.

El texto señala la forma como las grandes potencias se disputan el llamado Tercer Mundo, el cual no sólo es presa de ellas, sino también es cautivo de las recesiones económicas que viven los países centrales o desarrollados, ya que éstos para mitigar los efectos de la crisis, trasladan los costos principales de dichas recesiones hacia la periferia.

Walter Laqueur es un estudioso de la historia contemporánea, en *Europa después de Hitler*; 2 tomos, Madrid, Sarpe, 1995, realiza un verdadero tratado sobre la época actual, pues intenta condensar

en un solo libro los acontecimientos de índole política y cultural, económica o social que sucedieron en Europa a partir de 1945. La obra está dividida en dos tomos de cuatro partes. La primera cubre el periodo que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial a la muerte de Stalin, en donde se señalan las características de la posguerra, las reformas laboristas de Gran Bretaña, el crepúsculo en Alemania, la guerra fría, entre otros temas. La segunda parte trata de las principales tendencias socioeconómicas de esta época, para analizar en la tercera los acontecimientos y el desarrollo cultural europeo desde mediados de la década de los años cincuenta. Por último, en la cuarta parte se examina la política europea a partir de 1955 con su respectivo análisis histórico-político. El libro viene acompañado de una semblanza del autor, de un elenco de fechas clave para entender la historia de ese periodo y de una bibliografía sobre Europa después de 1945. El mérito de esta obra, aparte de su valor histórico, es que trata las tendencias y rasgos observables en la historia de Europa en los diferentes países que incidieron fundamentalmente para el cambio sociopolítico del momento.

WOLFGANG BENZ y Hermann Graml (comps.) en el libro *El siglo xx. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder* (Siglo XXI, México, 1990; Historia Universal siglo XXI, 36), centran su enfoque sobre aquellos problemas mundiales cuya dimensión histórica es determinante para nuestra época. Se analizan en primer término las condiciones históricas previas de los conflictos

contemporáneos, como las dos guerras mundiales, los conflictos posteriores a 1945, entre los cuales los compiladores destacan los problemas internacionales y nacionales y las conquistas históricas como potencial competitivo. Se analiza el oriente medio, el mundo árabe-islámico, la República popular China como nuevo factor de poder en la política mundial; los movimientos de liberación en África y la situación de los países en vías de desarrollo, para terminar con el nuevo orden económico mundial.

El mérito de la obra está en que por ser una compilación de propuestas de varios autores, se obtiene un estudio variado y enriquecedor de la historia de la época contemporánea.

R.a.c. Parker en *El siglo xx. Europa. 1918-1945*, (14 ed., México, Siglo XXI, 1990 Historia Universal siglo XXI, 34), centra su estudio en la historia de la Europa de entreguerras, 1918-1945. Aquí el autor realiza un análisis detallado de algunos puntos relevantes de la historia europea de ese periodo.

Parker, inicia su libro a partir del estudio de la situación de países como Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria, Turquía, Rusia, Gran Bretaña y Francia después de la Primera Guerra Mundial, para examinar las tendencias económicas y sociales que se desarrollaron en Europa entre las dos guerras mundiales. Se detiene el autor en el preludio de la Segunda Guerra Mundial y finaliza con un capítulo que a manera de conclusión examina los principales aspectos de la última guerra mundial.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ABERASTURY, Marcelo.
Política mundial contemporánea, Buenos Aires, Mundo Moderno, Paidós, 1970.
- ALBERT, Michel.
Capitalismo contra capitalismo, México, Paidós, 1992.
- AYRES, Robert W.
La próxima revolución industrial, México, Gernika, 1987.
- BATRA, Ravi.
The myth of free trade. A plan for America's economic revival, New York, 1993.
- BETTELHEIM, Charles.
La economía alemana bajo el nazismo, 2 vols, Madrid, Fundamentos, 1973.
- BRACHER, Karl Dietrich.
La dictadura alemana, 2 vols, Madrid, Alianza, s./a.
- BROWN, Seyom.
Nuevas tensiones en la política mundial, Buenos Aires, Editora Distribuidora Argentina, 1974.
- BRUUN, Geoffrey.
La Europa del siglo XIX, 1815-1914, México, FCE, 1977.
- BURON Thierrey y P. Gauchon.
Los fascismos, México, FCE, 1983.
- CARR, Edward.
La revolución rusa: de Lenin a Stalin. 1917-1929, Barcelona, Alianza, s./a.
- CARSTEN, F. L.
La ascensión del fascismo, Barcelona, Ariel, 1969.
- CEFKIN, J. Leo.
Política internacional contemporánea. Tensiones, conflictos y perspectivas, Buenos Aires, Troquel, 1973.
- CIPOLLA, Carlo M.
Historia económica de la población mundial, Barcelona, Crítica, 1978.
- CLAUDÍN, Fernando.
Eurocomunismo y socialismo, México, Siglo XXI, 1978.
- COLLETTI, Lucio.
La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía, Barcelona, Anagrama, 1977.
- CROUZET, M.
La época contemporánea, Barcelona, Destino, 1961.
- DAVIDSON, Eugene.
¿Cómo surgió Adolfo Hitler?, México, FCE, s./a.
- DEUTSCHER, Isaac.
La revolución inconclusa, 50 años de historia soviética, México, Era, 1967.
- DIMITROV, Jorge.
Contra el fascismo y la guerra, México, Cultura Popular, 1980.
- DOMHOFF, William G.
Who rules America now? A view for the 80s, New Jersey, Prentice Hall, 1983.
- FABBRI, Luce.
Camisas negras, Buenos Aires, Nervio, 1935.
- FANON, F.
Los condenados de la tierra, México, FCE, 1963.
- FIELDHOUSE, David K.
Economía e imperio en la expansión de Europa. 1830-1914, México, Siglo XXI, 1978.
- GENTILE, Giovanni.
Filosofía del derecho, Buenos Aires, Losada, s./a.
- GLADE, William (editor).
Privatization of public enterprises in Latin America, San Francisco, International Center for Economic Growth, 1991.
- GONZÁLEZ, Casanova Pablo (coord.).
Estados Unidos, Hoy, México, Siglo XXI, 1986.
- GORZ, André.
Estrategia obrera y neocapitalismo, México, Era, 1969.
- GRAMSCI, Antonio.
Sobre el fascismo, México, Era, 1979.

- GUERIN, Daniel.
Fascismo y gran capitol, Madrid, Fundamentos, 1973.
- GUICHONNE, Paul.
Mussolini y el fascismo, Barcelona, Oikos-tau, 1970.
- HALPERIN, Donghi Tulio.
Historia contemporánea de América Latina, Madrid, Alianza, 1972.
- HITLER, Adolfo.
Mi lucha, México, Planisferio, 1974.
- HOROWITZ, Irving L., et al.
La sociedad industrial contemporánea, México, Siglo XXI, 1972.
- HUDSON, Michael.
Superimperialismo. La estrategia económica del imperio norteamericano, Barcelona, Dopesa, 1973.
- IBARRA, David.
Privatización y otras expresiones de poder entre Estado y mercado en América Latina, México, UNAM, 1990.
- JENKINS, Robin
La explotación. La estructura mundial del poder, España, Comunicación num. 31, 1974.
- KIKERI, Sunita, et al.
Privatization. The lessons of experience, Washington, D. C., The World Bank, 1992.
- KUHNEL, Reinhard.
Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués, Barcelona, Fontanela, 1978.
- LABARIEGA, Vilianueva Gabriel (comp).
Régimen de las relaciones internacionales II, México, UAM, 1989.
- LENIN, Vladimir I.
El Estado y la revolución, Moscú, Progreso, 1971.
- LENIN, Vladimir I.
El imperialismo, fase superior del capitalismo, Moscú, Progreso, 1971.
- MAGDOFF, Harry.
Ensayos sobre el imperialismo. Historia y teoría, México, Nuestro Tiempo, 1979.
- MANDEL, Ernest.
El dólar y la crisis del imperialismo, México, Era, 1974.
- MANDEL, Ernest
Ensayos sobre el neocapitalismo, México, Era, 1971.
- MCWILLIAMS, Wayne C. & Piotrowski, Harry
The world since 1945. A history of international relations, Colorado, 1993.
- MILIBAND, Ralph.
El Estado en la sociedad capitalista, México, Siglo XXI, 1971.
- MOMSEN, W. J.
La época del imperialismo, México, Siglo XXI, 1978.
- NEUMANN, Franz Behemoth.
La estructura y práctica del nacionalsocialismo, México, FCE, s.la.
- NOLTE, Ernest.
La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas. Barcelona, Península, s.f.
- O'CONNOR, James.
Estado y capitalismo en la sociedad norteamericana, Buenos Aires, Periferia, 1974.
- OFFE, Claus.
Contradicciones en el Estado de bienestar, México, Patria, 1991.
- PALMER, P. y J. Colton.
Historia contemporánea, Madrid, Akad, 1980.
- PARKER, R. A. C.
El siglo XX, Europa, 1918-1945, México, Siglo XXI, 1978.
- PIERRE, Charles Gerard.
Génesis de la revolución cubana, México, Siglo XXI, 1987.
- PIRENNE, J.
Historia Universal, tomo IX, México, Cumbre, 1976.
- PORTELLI, Hughes.
Gramsci y el bloque histórico, México, Siglo XXI, s.la.
- POULANTZAS, Nicos.
Fascismo y dictadura. La tercera internacional frente al fascismo, México, Siglo XXI, 1980.
- REICH, Wilhelm.
La psicología de masas del fascismo, España, Bruguera, s.f.
- SCHARPF, Ritz W.
Socialdemocracia y crisis económica en Europa, Valencia, A fons el Magnánim, 1990.
- SCHMITT, Karl.
El concepto de lo político, México, Folios, 1985.
- SCHULTZ, A. M.
Hacia la reunificación: la cuestión alemana en la década de los ochenta, México, FCE, 1990.

ILVA, Michélena J. A.

Política y bloques de poder. Crisis en el sistema mundial, México, Siglo XXI, 1991.

SNOW, Edgar.

China: La larga revolución, Madrid, Alianza, 1974.

SONNTAG, R. y H. Valencillos.

El Estado en el capitalismo contemporáneo, México, Siglo XXI, 1980.

SWEEZY, Paul.

Teoría del desarrollo capitalista, México, FCE, 1981.

TANNENBAUM, Edward R.

La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945), Madrid, Alianza, 1975.

THOMSON, David.

Historia mundial, 1914-1968, México, FCE, 1979.

TOGLIATTI, Palmiro.

Lecciones sobre el fascismo, México, Cultura Popular, 1977.

TREVOR-ROPER.

Los últimos días de Hitler, Barcelona, Plaza Janés, 1973.

VERNON, Raymond.

La promesa de la privatización, México, FCE, 1992.

WALLERSTEIN, Immanuel, et. al.

Dinámica de la crisis global, México, Siglo XXI, 1987.

WISKEMANN, D.

La Europa de los dictadores, 1915-1945, Madrid, Siglo XXI, 1978.

Del imperialismo a la globalización neoliberal
Doctrinas Políticas y Sociales III - Segunda Parte
Se terminó de imprimir en el mes de marzo del año 2005 en los talleres de la Sección de Impresión y Reproducción de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

La edición estuvo a cargo de la Sección de Producción y Distribución Editoriales
Se imprimieron 200 ejemplares más sobrantes para reposición.



División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Sociología

Coordinación de Extensión Universitaria
Sección de Producción y Distribución Editoriales

DEL IMPERIALISMO A LA GLOBALIZACION 3-2
GONZALEZ, DE LA TORRE * SECCION DE IMPRESION

22403



\$ 28.00

ISBN: 970-654-625-1



978-97065-46258



ANTOLOGÍA III